

Gonzalo Torrente Ballester

Los gozos y las sombras I

El señor llega

Prólogo de Víctor García de la Concha

Prólogo

Víctor Gacia de la Concha

A Gonzalo Torrente Ballester (El Ferrol, 1910-Salamanca, 1999) le gustaba recordar que a los doce años los Reyes Alagos le habían dejado en los zapatos un libro que incluía Hamlet y Romeo y Julieta. Había sido un lector precoz, pero fue sobre todo un buen lector, selectivo y reflexivo. De ahí, el poso de tradición literaria e intelectual condensado en sus escritos. Se familiarizó de joven, mientras estudiaba Leyes, con las vanguardias; pasó a estudiar filosofía por libre y se hizo orteguiano; terminó, ya casado, por licenciarse en historia. En París, adonde llegó persiguiendo un manuscrito para su tesis doctoral, se reencontró con un viejo conocido, Lawrence Sterne, quien, de mano de su Tristram Shandy, le condujo al modelo definitivo de su creación literaria: Cervantes.

Comenzó escribiendo teatro, pero pronto le pareció un marco estrecho para expresar el mundo que bullía en su mente y decidió tentar la novela. En 1943 apareció Javier Mariño. A pesar de ser publicada por la Editora Nacional, fue retirada de inmediato porque la censura eclesiástica la tachó de «vitanda y terriblemente pecaminosa». De nada valió el subtítulo, «Historia de una conversión», y el final patriótico que el autor había añadido convencionalmente. Dispuesto a superar el fracaso, volvió Torrente a reflexionar sobre la teoría orteguiana de la novela, y puso manos a una novela, El golpe de estado de Guadalupe Limón, que, al tiempo que esboza una teoría de la creación novelística de marcado carácter intelectual, constituye una sátira de la historia que falsea la verdad en aras de los intereses políticos de la clase dominante. En esa denuncia y en la necesidad de relativizar los mitos insiste en su tercera novela, Ifigenia, «la novela desencantada de un hombre desencantado»; lo que él era, cada vez más; en el orden político y en su apreciación de la literatura que por entonces se hacía en España.

A la hora de afrontar la renovación de la novela, ante el escritor se abrían, ajuicio de Torrente, dos posibilidades: desarrollar la tradición de la gran

novela realista del siglo XIX, eliminando lo que la modernidad -Proust y Joyce, sobre todo- ya habían descartado; o explorar, como ellos mismos hicieron, nuevos temas y formas. Se inclinó por lo primero y en 1957 publicó *El señor llega*, primera novela de la trilogía *Los gozos y las sombras*, que completarían *Donde da la vuelta el aire* (1960) y *La Pascua triste* (1962). No fue fácil encontrar editor. El panorama novelístico español estaba entonces dominado por el objetivismo europeo, cuya teoría y práctica ejemplificaban entre nosotros *La hora del lector*, de José María Castellet, y *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio. Pesaban mucho también la preocupación social y el compromiso político. Mal iba a suscitar la atención una novela que, a primera vista, parecía continuar la tradición de las viejas historias de hidalgos y pazos arruinados, por más que fuera proyectada sobre un conflicto entre pescadores y obreros antes de la guerra civil.

Sin embargo, dos años más tarde el jurado del prestigioso Premio March eligió *El señor llega* como la mejor novela española aparecida en los cinco años anteriores. Habían de pasar aún otros diez para que la trilogía alcanzara el reconocimiento que merecía. El deslumbrante éxito de *La saga / fuga* de J. B. hizo volver la vista en 1972, con una mirada nueva, hacia *Los gozos y las sombras*, esa novela en tres tiempos en la que, como el propio Torrente repitió una y otra vez, están ya anticipados con claridad procedimientos narrativos y gran parte de la modernidad literaria que él venía a aportar a la narrativa española. La realización de una buena serie televisiva contribuyó más tarde a popularizar la trilogía y a consolidar la gloria literaria que llegaba, tardía, al escritor. Gonzalo Torrente ha explicado que la trilogía procede de la experiencia que él tenía de las ciudades pequeñas de la costa gallega y que el situarla sobre el fondo de un conflicto social se debe a sus lecturas de Marx. En realidad, el conflicto entre el socialismo de los astilleros, que en la novela gravita en torno a la figura de Cayetano Salgado, y el tradicionalismo encarnado por Carlos Deza y el anarquismo predicado por Aldán a los pescadores de Pueblanueva del Conde, es una situación inventada, ya que en Galicia nunca se ha producido tal oposición. Por lo que respecta a las lecturas marxistas, debo aclarar que Torrente sitúa su novela en las antípodas del realismo socialista que propugnaba presentar casos típicos de personajes típicos en situaciones típicas. Eso, precisa él, es costumbrismo, y la trilogía -conviene advertirlo a los que a ella accedan desde el recuerdo de la serie televisiva- no es, para nada, costumbrista.

Es, sí, intensamente gallega y al afirmarlo pienso en la definición que nuestro novelista da de Galicia: « Un pueblo lógico instalado en una tierra mágica ». En su cultura lo fantástico y lo real están indefinidamente mezclados. Descreyendo del llamado realismo mágico -el difundido en la novela hispanoamericana se reduce, según él, a « una prosa con muchos ele-

mentos líricos», insiste Torrente en que cuando hablamos convencionalmente de realismo estamos disminuyendo el alcance de lo real y reduciéndolo a cosas tan evidentes como la realidad material y la realidad humana. Hace falta ir más allá, porque «todo lo que podemos nombrar, es real». El único límite que en esa línea debe imponerse el novelista es el de la verosimilitud, que se sustenta en el «principio de realidad suficiente».

Sobre esa pauta de cuño cervantino afronta él en la trilogía el conflicto entre los que en Pueblanueva prefieren el antiguo sistema jerárquico y los que se comprometen con otro nuevo. Nos hallamos, pues, ante un argumento colectivo. Partidario del retorno a la novela con personaje, defiende también Torrente la necesidad de que el novelista «conceda a cada hombre la atención ancha que merece su desventurada existencia», y trate de «captar entre la ceniza gris y el cieno de cada vida esa hora espléndida que redime al hombre y le da sentido». Ahí radica el sentido ético de la novela. Se comprende entonces que, centrada la trilogía en los antagonistas, Carlos Deza y Cayetano Salgado, al paso de cada episodio y hasta de cada página, veamos cómo los dos van cediendo espacio de protagonismo a muchas gentes de Pueblanueva del Conde, que entran y se mueven en escena por libre, quiero decir no tipificadas o encuadradas en el respectivo grupo social al que teóricamente pertenecen.

El conflicto colectivo se encarna de ese modo en un protagonismo literario igualmente colectivo y el interés de la novela se desplaza de lo socioeconómico a lo personal de cada uno. Con ello, la perspectiva de la narración va cambiando sin cesar. Porque los personajes piensan en un discurso libre y no son meros portavoces o traductores de la ideología del autor, como ocurre en las novelas de tesis. Torrente siempre ha sostenido que la «invención de modos de pensar» es una función tan novelesca como la invención de acciones. Es la razón de que los personajes de la trilogía hablen tanto. En Pueblanueva del Conde se habla mucho y se discute y se chismorrea más. Lo adivinamos ya en la introducción de *El señor llega*, cuando nos damos cuenta de que quien nos está facilitando la información básica de la historia es un sujeto virtualmente colectivo, un contertulio del Casino; a trechos oiremos después la voz de la colectividad que ofrece el contrapunto de todo lo que va sucediendo.

Más que por lo que hacen, vamos descubriendo el ser de cada uno por lo que dice, y la logomaquia, tan típica de la novela de Torrente, produce, como en un juego de espejos, novelas dentro de cada novela: el modelo cervantino que él mismo estudió en su ensayo *El Quijote como juego*. Cervantino es también el intento de equilibrar los elementos culturales con la experiencia de la vida. Como fruto de ello, la novela se desarrolla en una dinámica centrífuga, abriéndose a mil problemas ideológicos e incorporando una gran cantidad de materiales de la tradición y la vida popular: mitos, costumbres, leyendas. Todo eso, y el humor y la ironía que difumi-

nan los perfiles hirientes de las ideas y de las cosas, crea la atmósfera galaica de la trilogía.

En uno de los juegos de espejos, la voz que la abre anunciando la vuelta del «Churruchao» con palabras de la liturgia cristiana del Adviento, El señor llega palabras que reflejan la esperanza depositada en su venida por el viejo sistema de Pueblanueva-, es la misma que cierra la trilogía proclamando el triunfo de la acción, de Cayetano Salgado, sobre la palabra Carlos Deza. Pero lo hace reconociendo la realidad. «Dicen por ahí fuera que no tenemos libertad». Simplemente ha cambiado el titular del dominio sobre el pueblo. De ahí el título: La Pascua triste. Todo sigue «gris y ceniza».

Ajena a cualquier propósito moralizador, la trilogía se limita a mostrarnos la trama del tejido de la vida: gozos y sombras. Pero su autor decía que los personajes de una obra «encuentran al escritor sumergiéndose en el agujero de unas palabras para pasar a un mundo completamente distinto». El agujero de las palabras: ¡qué hallazgo genial y fecundísimo! A través de él nos transporta Gonzalo Torrente como «señor de las palabras» a un espacio fascinante en el que todos nos convertimos en ciudadanos de Pueblanueva, y ésta es ya Pueblanueva del mundo.

Gonzalo Torrente Ballester

Los gozos y las sombras I

El señor llega

A quien más dolor me causa

La venida de Carlos Deza a Pueblanueva del Conde., si bien se considera, no fine venida, sino regreso. La precedieron anuncios, y aun profecías, especie de bombo y platillos con los que se quiso como de acuerdo, rodearla de importancia; y hubiera estado bien si las esperanzas levantadas con tanta música no hubieran de ser desbaratadas luego por el propio interesado.

Pero la música y la bambolla estuvieron de más. Carlos se fue, o más bien se lo llevaron, cuando era muchacho, y más tarde regresó. El número de los que vuelven nunca es tan grande como el de los que se van, y no puede decirse que todos los que regresan hayan de ser considerados como personajes. Unos traen dinero, automóvil y una leontina; otros, más modestos, un sombrero de paja y un acordeón; los más, una enfermedad de la que mueren, y todos, todos, el acento cambiado y cierta afición a hablar de los que todavía quedan en la emigración, de los que han de volver y de los que ya no volverán, por vergüenza de su mala suerte o porque se han muerto. En cierto modo, todos éstos forman grupo; en la calle, los días de feria, o en el Casino, si son socios; por haber estado lejos y haber visto mundo, se les considera, y por la experiencia que tienen, se les consulta sobre las elecciones, o si conviene poner la fuente nueva aquí o allá, o si verdaderamente importa mantener las líneas de autobuses con La Coruña o pedir al Gobierno que de una vez haga el prometido ferrocarril. Pero Carlos, ni estuvo tan lejos, ni se ha traído automóvil, ni una leontina, ni siquiera un acordeón; y si se le pregunta sobre la fuente nueva, se encoge de hombros y sonríe.

Quedamos en que, más que venida, fue regreso el suyo y que no había para qué ponerse así. Pero si sobraban los anuncios y las profecías, hay que reconocer que no era difícil haberlas hecho. Porque, sin ser de los que vana América, donde hay que pelear con la suerte y con la muerte, otros como él también se fueron, y volvieron. De unos, nadie lo recuerda, apenas: así de don Fernando, padre de Carlos, que llegó a diputado, y un día regresó, se casó y vivió en su pato, hasta que marchó de nuevo sin que se haya sabido a dónde, ni cómo, ni por qué. Doña Mariana también se había marchado, puesto que regresó, y esto es también historia antigua, pero sabido de todos. Que el padre de Carlos y doña Mariana se hubieran ido y hubieran regresado, nada prejuzga. Pero también se fue y regresó Eugenio Quiroga, y, más tarde, Juanito Aldán; y lo de estos dos ya supone

algo. Era fácil decir: también volverá Carlos. Era fácil. Y no había para qué ponerse así.

La primera en sacar las cosas de quicio fue doña Matilde, su madre. Que la pobre lo hiciera no tiene nada de extraño. Le llegaban con cuentos de Cayetano Salgado. Le decían, por ejemplo: «Cayetano hace, o tiene, o puede»; y ella respondía: «Ya verán cuando venga mi hijo». O bien alguien aseguraba que Cayetano era muy guapo; y entonces ella mostraba el retrato de Carlos, que siempre fue feo hasta en fotografía. O se hacían las amilagradas de que Cayetano estuviese en Londres, y ella hablaba de Viena como de ciudad más importante, en la que nadie de Pueblanueva había estado ni había oído hablar, porque decir de los valeses que eran de Viena era como decirlo del pan. Quién, creyó que Viena era una panadería, y cuando doña Matilde mostraba las tarjetas postales con palacios, iglesias y parques, abría la boca de una cuarta: «¡Ah! ¿Es que el pan viene de ahí?».

La pobre doña Matilde se pasó varios años hablando de la vuelta de su hijo, casi amenazando con ella, y se murió sin verla, pero segura de que un día había de acontecer. Todas las disposiciones del testamento la daban por segura. Hubiera sido un mal hijo Carlos de quedarse en el extranjero, o de irse a Madrid directamente sin pasar por Pueblanueva. ¡Si hasta el lugar del cementerio donde yacía doña Matilde era provisional, porque había dispuesto que su hijo eligiese la huesa definitiva! ¡Bah!; Tanto preocuparse por lo que pase después de muerta!...

Lo de que amenazaba con el regreso de Carlos es la pura verdad. No es que las cosas de Pueblanueva marchen tan bien que sean perfectas, pero no están como para amenazas. Es cierto que Cayetano manda, pero alguien ha de mandar. Si a todas las madres se les ocurriese que habían de ser sus hijos los mandones, ¡menudo berenjenal se armaría entre ellas! Doña Matilde había cogido esa perra como pudo coger otra cualquiera: cosas de vieja. Por otra parte, hay razones para explicarlo. El mandón había sido siempre un Churruchao: Deza o Sarmiento, Aldán o Quiroga, y por primera vez alguien mandaba, ajeno al clan. Pero mandaba por conquista, no por herencia; por la fuerza de su dinero, no de bóbilis, bóbilis; mandaba por redaños y nadie se movía. El cisma se armó con los anuncios y profecías, pero fue poco duradero. «Mi hijo va a venir pronto y ya veréis cómo pone en orden las cosas», decía doña Matilde. Y alguien bajaba del pazo con el cuento, pasaba de unos a otros, y la amenaza tuvo eco, y el cisma, partidarios. Nunca faltan amigos de novedades, y revoltosos atosigados, y descontentos silenciosos: para éstos, cualquier ocasión es buena, aunque sea cambiar de amo. Si por un lado les han tundido las costillas, buscan quien se las tunda por el otro, y tan contentos.

Eugenio Quiroga regresó calladamente, ya va para veinte años; quiso pintar a una moza desnuda y le armaron un lío; luego se fue al convento y se

metió a fraile: a nadie se le ocurrió pensar que pretendiese echar a los Salgado del mando, y menos del mundo. Y Juanito Aldán volvió tan desacreditado, que cuando empezó a hablar del anarquismo y de todo eso, lo enviaron a paseo. Los dos predicán, uno en la iglesia, el otro en la taberna, pero nadie les toma en serio lo que dicen: porque Pueblanueva no será capital de provincia, ni cabeza de partido, pero no faltan en el Casino gentes ilustradas y entendidas: don Lino, el maestro, republicano de siempre, o don Casto, que fue en Buenos Aires presidente de la Sociedad de Hijos de Pueblanueva, y aunque vive en La Coruña, pasa aquí los veranos; y algunos más. Ya sin hablar de Cayetano.

Contando con esto, doña Matilde debió callar la boca. Pero habló, y ése fue su mal. Los que perdían al mus, se hicieron partidarios de Carlos, sólo porque Cayetano ganaba siempre. Los propietarios de tiendas sin clientela se pasaron a Carlos sólo porque el astillero de Cayetano es un negocio de millones. Los que tenían hijas mozas de buen ver cambiaron de chaqueta sólo porque Cayetano se había acostado con ellas o acabaría acostándose. Y así los demás. Nadie sabe qué esperaban, ni por qué. Hubiera sido razonable de un ingeniero o de un ricacho, pero Carlos era médico de locos, y nada más. Un médico de locos es la misma persona, que estudie en Viena o en Santiago de Compostela. Podrá curar a los imbéciles, pero el mangoneo de Pueblanueva es otro cantar, y nada fácil, por cierto. Para mandar en Pueblanueva, hoy por hoy, se necesitan riñones y dinero.

Doña Matilde describía a su hijo a su manera, el auditorio interpretaba a la suya, y la especie, llegada a los corrillos, se transformaba al gusto de cada cual. Ya se sabe lo que pasa con los cuentos. Y como lo que doña Matilde contaba de su hijo, inventado por ella, tocaba en el milagro, se tuvo a Carlos por una especie de curalotodo que así levantaba la paletilla como sacaba los demonios. Esto último no hacía mucha gracia a los curas, porque, desde siempre, los demonios no salen del cuerpo más que yendo en romería a la ermita de San Andrés, conforme se sale de la ría, a la derecha; y si Carlos los expulsaba de los cuerpos sin el concurso del santo, la ermita quedaría sin clientela. De los curas viene el cuento de la brujería de Carlos. El día que don Julián disputó con don Lino, éste se puso de la parte de Carlos y de la ciencia, y el cura le respondió que, fuera de Dios Nuestro Señor y de sus santos, sólo el demonio puede hacer curaciones, y que si Carlos las hacía, el demonio tendría que ver con sus artes. En aquella ocasión don Lino tuvo pocos partidarios. La gente se inclinó por don Julián, y si hasta entonces la reputación de Carlos permanecía en cierto modo vaga, desde entonces se concretó como profesional del meigallo científico. Es posible que algunos esperasen que apareciera vestido con un batón negro bordado de estrellas; un cucurucho en la cabeza, y en la mano la vara de las virtudes. Pero, así o de otro modo, los cismáticos no dudaron que podría desbancara Cayetano y mandar en Pueblanueva.

El padre Eugenio tuvo también su parte. El padre Eugenio, desde que se ordenó, venía todos los domingos a predicar el Evangelio, si no es durante la Semana Santa, que permanecía en el Monasterio. Se empezó a decir que Carlos llegaría para Navidades. El padre Eugenio, así como un mes antes, comenzó las profecías desde el púlpito, y aunque no se nombró a Carlos para nada, todo el mundo lo entendió desde el principio. «Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con gran poder y majestad. » La gente se miraba, y don Julián, que medio se había dormido en el presbiterio, levantó la cabeza, asustado. Fue por el tono con que el padre Eugenio lo dijo; que las palabras, según se supo luego, eran del Evangelio. Al domingo siguiente, lo que gritó fue esto otro, comentado después: «Excita, Señor, nuestros corazones, a preparar el camino de tu Unigénito», y todo se le volvía luego hablar de esperanzas y redenciones, como si Carlos, cuando viniese, fuera a repartir las tierras, a curar a los tísicos y hacernos iguales a todos. Andaba la gente revuelta, después de este domingo, y taciturna, y aunque pocos se hablaban, todos, al mirarse, se entendían; más o menos como cuando vino la República, que nadie osaba hablar de ella claramente, pero se comunicaban las esperanzas con escasas palabras; y si esta de Carlos sucedió en los mismos términos, fue, seguramente, por el poco tiempo que la República llevaba, y porque la gente no estaba muy contenta y creía que Carlos iba a traer lo que la República no les había dado: lo cual sucede por culpa de los que prometen sin discreción cosas que luego no podrán cumplir. El tercer domingo, el padre Eugenio habló del Precursor, y empezó a decir cómo era, y todos vimos que estaba retratando a Juanito Aldán, tan largo y seco como el propio padre Eugenio, y al referirse a sus discípulos, era verdaderamente a los pescadores a quienes se refería, por que Aldán hablaba en las tabernas a los pescadores y de la revolución social y de todas esas gaitas. Hasta entonces, el revoltijo no había bajado a las tabernas, pero, aunque los pescadores no van a Misa, no faltó quien les refiriese lo del sermón, y así se alborotaron. Se alegraban, además, de que alguien contase con ellos, aunque fuese el padre Eugenio. Y Aldán les predicó aquel día que el nuevo mundo no podría hacer nada sin el proletariado. Por último, el domingo cuarto, el fraile repitió muchas veces que «el Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan de verdad», y explicó también que en otros tiempos los cristianos saludaban, diciendo: «El Señor viene, el Señor llega», y que para los cristianos el Señor estaba siempre llegando de verdad, y que ahora iba a llegar a Pueblanueva y, con Él, su reino y su justicia. Cayetano tuvo que tomar cartas en el asunto. Dijo en el Casino que el padre Eugenio estaba loco, y que si seguía por aquel camino, hablaría a las autoridades. El propio don Lino, que hasta entonces se había mantenido a la expectativa, más que nada por ser Carlos hombre de ciencia se pasó al bando de Cayetano, porque él no podía estar con los

fomentadores de la superchería. Estas palabras fueron de gran efecto en el Casino, ya que don Lino tenía con Cayetano un antiguo resentimiento a causa de su mujer, con la que Cayetano había andado un par de años antes; y la reputación de don Lino ganó mucho al ver los socios del Casino y demás gentes de bien cómo sacrificaban sus rencores a sus convicciones. Aquella tarde, el maestro ganó al tresillo más de lo corriente, en parte por la suerte, ya que juntó espada-mala-basto dos o tres veces, en parte porque los otros le dejaban jugar siempre y ganar, en atención al sacrificio. Que a los pocos días su hijo mayor, un mangante sin oficio ni beneficio, entrase en las oficinas del astillero con sueldo de meritorio, fue una galantería particular de Cayetano. La verdad es que, si antes no lo había hecho, la culpa fuera de don Lino, porque Cayetano se portó siempre bien con las mujeres, y el astillero está lleno de padres, hermanos y maridos de sus queridas. Don Lino se mosqueó lo suyo cuando lo del lío, y alardeó contra Cayetano, pensando que por tener un sueldo del Estado podría mantenerse independiente; y cuando vino la República, trabajó por ella como si trabajase contra Cayetano; pero éste, desde sus viajes, renegaba del Rey por lo bajo, y poco antes de las elecciones mandó a todos sus obreros que votasen por los republicanos; y él mismo se hizo socialista, con lo cual sacó a los concejales que quiso y dejó a don Lino en el aire. Era una pena el malentendido entre los dos, y todos lo lamentaban, y no faltó quien dijese al maestro -o, al menos, así se cuenta-, que la culpa de que Cayetano se hubiese acostado con su mujer sólo la tenía ella. Afortunadamente, la llegada de Carlos, o, mejor, los disparates de fray Eugenio, volvieron a la amistad a estos dos hombres, y entre las personas sensatas hubo un respiro como de alivio, porque hubiera sido un contratiempo que don Lino se convirtiese al cisma. Conviene recordar que por estos días, antes de Nochebuena, hacía muy mal tiempo, y se habían perdido dos barcos con sus tripulaciones: uno, estrellado en los acantilados, y el otro, hundido Dios sabe dónde, sin dejar rastro; y esta circunstancia patética favorecía los disparates, sobre todo entre las clases más afectadas por la desgracia o más temerosas de que se repitiese. Por fortuna, el cuarto domingo de Adviento roló hacia el nordés, y luego vinieron las nieblas y el orballo, con mejor temperatura y mar llana. Pero el temporal de las almas tardó más tiempo en amainar. Es el caso que todos tenían algo que ganar y nada que perder, andaban por aquellos días alucinados como cuando vienen los misioneros y arman esos pitotes con amenazas de infierno. Como hubo buena pesca, los taberneros vendieron vino en abundancia. Pero en todos esos lugares, los espías de Cayetano tomaron nota de cuanto se decía, y por quién: en el astillero despidieron a diez o doce, por traidores.

Nadie sabrá jamás la parte habida por doña Mariana Sarmiento en el jaleo. Doña Mariana apenas era pariente de Carlos, y, sin embargo, le

escribía desde la muerte de doña Matilde, le administraba las tierras y le cobraba los cuatro cuartos que rentaban. Que el padre Eugenio no le habló, está probado. Que ella se dormía durante los sermones del domingo, todo el mundo pudo verlo, y no es nada nuevo, porque se dormía siempre. Tampoco dijo a nadie cuándo llegaba Carlos, pero se pudo colegir de la visita que hizo una tarde al pazo, y del tiempo que pasó en él, recorriéndolo todo, y de las órdenes que dio para que lo limpiasen y adecentasen un poco. Pero aquello no había manera de adecentarlo, aunque vinieran treinta mujeres y fregasen durante quince días seguidos, porque lo que necesitaba, más que treinta mujeres, eran treinta albañiles y carpinteros, y algunos meses de trabajo. Por lo cual, doña Mariana dejó el patio cerrado y dispuso en su casa habitación para Carlos. Eso sucedía cosa de una semana antes de la llegada. Las noticias venían por Aurora la Rucha, hija de Manuela la Rañesa y de un patrón de pesca llamado el Rucho, que había dejado hijos por un lado y por otro. Manuela cocinaba para doña Mariana y Aurora servía de doncella, y no podía ver a su ama porque la obligaba a vestirse de negro, con cofia y delantal, como en las capitales, sin que pudiera quitárselos cuando salía a la calle, y así todo el mundo conocía que era sirvienta; aunque en este punto nadie dio la razón a la Rucha, porque es natural que todo el mundo manifieste por el traje la condición. Lo que sucedía es que entre Aurora y doña Mariana existían otros resentimientos. Aurora nació en la casa, que doña Mariana se portó bien con Manuela cuando quedó preñada. Pero, a los quince o dieciséis años, la Rucha empezó a verse con los mozos, y a escaparse por las noches, y doña Mariana, que andaba sobre aviso, la metió en cintura con buenas broncas y amenazas de poner en la calle a la madre y a la hija, si seguía en aquellos pasos. Y aquí sí que la gente estuvo de parte de la Rucha, porque ni doña Mariana era quién para meterse en esto y en lo otro, que para eso estaba la madre de la Rucha, ni tenía autoridad moral para hacerlo, por lo de ese hijo que doña Mariana tuvo, de soltera, como todo el mundo sabe. Una mujer no puede reprochar a las demás sus propios pecados.

La Rucha andaba de emisaria entre la casa y la calle. Cómo se preparó la habitación y se eligieron sábanas finas y colchas de damasco; cómo se encargaron vinos a La Coruña, vinos de mesa, embotellados y coñac bueno; cómo la vieja andaba endemoniada porque el piano desafinaba y no había a mano quien lo afinase, ya que ella no se fiaba de Paquito el Relojero, que es quien afina los dos o tres pianos que hay en el pueblo: estoy muchos detalles más los contó la Rucha. Y todo el que tenía dos dedos de frente se preguntaba a qué venían tantos preparativos y tanto amor a Carlos, al que doña Mariana, si le conocía, no debía recordar. Carlos marchó de Pueblanueva hace quince años, para estudiar en la Universidad. Estuvo en Santiago, después en Madrid. Finalmente marchó

al extranjero. En este tiempo, doña Matilde fue a verle alguna vez, pero doña Mariana no le vio nunca, ni se sabe que se hayan escrito hasta la muerte de doña Matilde.

Hay un misterio en todo esto, y cuantos llevan la cabeza sobre los hombros se echaron a conjeturar. Porque es notorio que doña Matilde odiaba a doña Mariana, y que en los últimos treinta años se vieron dos o tres veces nada más, y discutieron, y pelearon. ¿Por qué se marchó Carlos y no volvió? Pase que no haya venido desde Viena, que está lejos y el viaje debe de ser caro; pero Santiago está ahí al lado, y Madrid no mucho más allá. Iba su madre a verle, que le costaba igual. Carlos podía haber venido a pasar las vacaciones en su casa y con su madre. Cualquier buen hijo lo hace. Alguna vez hablaron de esto a doña Matilde, y ella se revolvió, diciendo que Carlos no vendría hasta que hubiese terminado la carrera, y que ella no quería que viniese. Pero acabó la carrera, y marchó a Viena sin venir. Algo cambió, sin embargo, porque desde entonces, doña Matilde comenzó sus predicciones y sus amenazas. « Ya verán todos cuando Carlos venga. »

«Cosas de Churruchaos. » Es lo que suele decirse como recurso fácil, como si se dijese: cosas de locos. Pero los Churruchaos no están locos ni lo estuvieron. Doña Matilde fue en todo una mujer razonable, aunque orgullosa; se sacrificó hasta morir para que Carlos tuviera estudios, y si en su mano estuviera, le hubiera dejado una fortuna, y no el pazo y las cuatro tierras desperdigadas que le quedaron. Tampoco doña Mariana está loca. ¡No, ésta no! Pero doña Matilde impidió que su hijo viniese a Pueblanueva, y doña Mariana, que no debe recordar ni la cara que tiene, hace preparativos para recibirlo como si fuera un hijo o un marido. Sábanas de hilo, colcha de damasco, y el piano desafinado. En el Casino daríamos cualquier cosa por estar en el ajo.

-¿Usted recuerda a Carlos, don Cayetano?

-¡Claro que lo recuerdo! Es de mi edad, meses más, meses menos. Y hemos jugado juntos muchas veces.

-Entonces son ustedes amigos.

-Amigos, lo que se dice amigos...

-Cayetano sonrió y encendió su pitillo.

-Mire usted, Carlos y yo, y ese muerto de hambre de Juanito Aldán, jugábamos de niños. Eran unos insoportables presumidos. Muchas veces subíamos a las ruinas del castillo, y entonces, Aldán y Carlos comenzaban a llamar al espíritu del conde don Fernando, el que ajusticiaron en la plaza por mandato de los Reyes Católicos. Hacían como que se les aparecía el conde, se ponían a hablar con él, y a mí no me dejaban escuchar la conversación porque yo era un siervo.

-Un siervo? ¿Usted un siervo?

¡Un siervo! ¡Don Cayetano un siervo! ¡El más rico, el amo de Pueblanueva!

Cayetano Sálgado sabe más que nadie de los Churruchaos. A veces deja escapar un detalle, como sin darse cuenta.

Cuando Carlos Deza marchó a la Universidad, su madre intentó vender las tierras de su marido a don Jaime Salgado, el padre de Cayetano. Doña Mariana se metió por medio e impidió la venta.

Lo cierto es que Cayetano no lo contó nunca así. Hubiera tenido que confesar que su padre obedece a doña Mariana, y esto Cayetano no lo reconocerá jamás.

Doña Matilde no pudo vender sus tierras, y hasta pasados algunos años no volvieron a verse doña Mariana y ella. ¿De dónde sacó doña Matilde el dinero que Carlos necesitaba? Y si se lo dio doña Mariana, ¿por qué lo hizo?

No, no. Carlos no es el hijo de doña Mariana. El hijo de doña Mariana está en América. Carlos es hijo de doña Matilde y de don Fernando Deza: lo hemos visto nacer, y crecer, hasta que acabó el bachillerato y lo enviaron a la Universidad. Paquito el Relojero, que aunque está loco, tiene la mejor memoria del pueblo, quizá por loco, recuerda con precisión de horas todas las fechas exactas: cuándo vino de Madrid y cuándo volvió a marchar doña Mariana, cuándo se casó don Fernando Deza y cuándo doña Matilde parió a Carlos.

Doña Mariana y don Fernando Deza eran amigos, pero don Fernando no fue el amante de doña Mariana. El amante de doña Mariana fue don Jaime Salgado. El hijo de doña Mariana es medio hermano de Cayetano.

Esto lo sabe todo el mundo, y no es levantar calumnias, aunque Saquito el Relojero, razonando sobre fechas, no esté de acuerdo. Sucedió hace muchos años, y el hijo nació con el siglo. Nació en el extranjero, fue criado en Astorga por unos maragatos que le dieron el nombre. Su madre le pagó estudios, le hizo ingeniero, y lo despachó a la Argentina.

Nadie podrá explicar por qué se supo, ni cómo. La gente, entonces, era bastante más tonta que ahora, pero ya empezaban algunos a espabilarse. No había motivos para sospechar. Doña Mariana había vivido siempre en Madrid, y sólo vino a Pueblanueva a la muerte de su padre. Entonces la conoció don Jaime.

Ella se demoró en Pueblanueva cosa de cuatro meses, y regresó a la Corte. Pasó un año. Un día apareció en Pueblanueva y preparó la casa para quedarse. El hijo ya había nacido. No traía con ella criada que estuviera en el secreto y pudiera irse de la lengua, ni ella, naturalmente, lo dijo a nadie. Se sospechó, pero ¿por qué? Quizá alguna mujer. Las mujeres adivinan lo que a los hombres nos pasa inadvertido. Se sospechó. Corrieron las sospechas. Fue un silencioso escándalo. Hasta entonces, los Churruchaos solían tener hijos bastardos de muchachas labriegas, pero ninguna de sus

mujeres había dado que hablar. Nadie se atrevía a murmurar de doña Mariana por falta de hábito o quizá por cobardía. Por aquellos años, decir Churruchao todavía era decir algo. Los Churruchaos se venían abajo, no tenían dinero, vendían las tierras, y don Enrique Quiroga bebía en las tabernas. Sin embargo, aunque no fuesen respetables, había la costumbre de respetarlos. Los nativos de Pueblanueva eran todavía un poco siervos. Ya no necesitaban de los Churruchaos para sacar un hijo de quintas, ya daban sus votos a quien les pagase más, ya sabían que un lío con la justicia se arreglaba directamente con la justicia, y no por intermediarios; pero los Churruchaos eran aún los señores. El escándalo de doña Mariana fue un escándalo en voz baja; lo contaban los maridos a sus mujeres en la cama y las mujeres a sus hijas en la cocina y las muchachas a los novios en el portal. Hasta que Peix, el comerciante de paños, catalán, se atrevió a contarlo en voz alta.

Doña Mariana enviaba dinero a Astorga y de Astorga se recibían cartas. Un giro al mes y una carta al mes. Fue difícil convencer al cartero de que descubriese el nombre de los destinatarios de aquellos giros mensuales. Fue necesario prometerle un empleo en el Ayuntamiento, que por fin se le dio. Cuando Peix tuvo el nombre, un viajante, amigo suyo, que trabajaba la plaza de Astorga, se encargó de averiguar detalles y circunstancias. Peix fue durante una semana el hombre más importante de Pueblanueva. Poseía los datos del secreto y no los contaba a nadie.

¡Qué crueldad la suya, o qué talento! Su tienda parecía un jubileo. Vendió más en quince días que había vendido en un año. Se hicieron amigos suyos quienes jamás lo habían deseado. Por congraciarle, se improvisó una Junta general extraordinaria en el Casino y le eligieron secretario. Por adularle, las Hijas de María nombraron tesorera a la señora de Peix. Tenía un lío con el Ayuntamiento por el reparto de las contribuciones, y se le arregló a su gusto. Su vecino, el maragato tendero de ultramarinos, no queriendo desatender la tienda, enviaba por delante a su mujer, para que sonsacase al catalán, y dicen que el catalán puso los cuernos al maragato en la trastienda, pero sin que el adulterio sirviera para que contase nada. «Pero, señores míos, ¿por qué suponen ustedes que sé algo de nuevo? ,Mi palabra de honor que no sé más que ustedes!» Ya lo llevó Dios, al pobre, y en el otro mundo estará pagando las que hizo en éste, si hay justicia; pero en aquella ocasión Pueblanueva pagó con su pelleja la curiosidad y comprendió tardíamente que Peix era un pájaro de cuidado. «E un bon peixe, este Peix.» El cuento de doña Mariana fue base de la fortuna de los Peix, un capitalito muy seguro que sus hijos se encargan ahora de dilapidar. Porque no podía más, o porque ya había conseguido cuanto le apetecía, por fin Peix reventó. Se supo que un matrimonio de Astorga criaba un niño al que había dado nombre, y que a ese matrimonio iban los cuartos mensuales de doña Mariana. Faltaba sólo averiguar quién era el

padre.

Se descartó en seguida a don Fernando Deza. Se había casado ya, y esperaba a Carlos, cuando nació el hijo de doña Mariana. Y antes de que ésta regresase a Pueblanueva, don Fernando se fue y no volvió. No es que fuera imposible que en el matrimonio y en la desaparición de don Fernando hubiera tenido que ver doña Mariana, pero que hubieran sido amantes no lo creía nadie. Era muy brava ella, y muy apocado él. Podía ser, pero nadie lo creía. Nadie -además- deseaba creerlo. El escándalo no habría sido lo bastante morrocotudo. Un lío entre Churruchaos se quedaba entre ellos, comido con su pan.

Don Jaime Salgado la visitaba con frecuencia. Se habían hecho amigos a la muerte de dora Pedro Sarmiento, cuando doña Mariana vino a hacerse cargo de la herencia. Los Salgado ya tenían su astillero montado, que era un buen negocio. Don Jaime frecuentaba lcz casa de doña Mariana. Don Jaime estaba ya casado y era padre de Cayetano. Frecuentaba la casa. Fue entonces cuando entró Manuela de cocinera: aún no había tenido la hija del Rucho. Manuela contaba, como era su obligación, lo que veía. Don Jaime llegaba a la casa, merendaba con doña Mariana, hablaban mucho. ¿Nada más? Manuela, por la salvación de su alma, juraba que nada más. En casa de don Jaime había mucho disgusto. No es que a doña Angustias le faltase nada, pero su marido no había vuelto a dormir con ella desde el nacimiento de Cayetano. Doña Angustias, que había sido bonita, engordaba, se pasaba las tardes en la iglesia, y andaba siempre triste. Los domingos iba a la misa de nueve, y don Jaime a la de once: a la salida, acompañaba a doña Mariana, haciéndole homenaje. Y si se encontraban, cualquier tarde o mañana, por la playa o por el muelle, a donde ella iba a pasear, la acompañaba también, siempre respetuoso y amable, más respetuoso y más amable de lo que fuera menester. Las criadas de doña Angustias contaban de las disputas. Una vez, doña Angustias, fuera de sí, gritó a su marido: «¡Me tienes abandonarla por esa zorra!». Y don Jaime le pegó. Las criadas dicen que le pegó. No lo vieron, pero oyeron llorar a su señora. La oyeron llorar y la sintieron encerrarse en su cuarto con Cayetano, que también lloraba. «¡Me tienes abandonada por esa zorra.» Era el dato que faltaba. En el Casino, en las tiendas, en los hogares, la gente respiró. Ni entonces ni después se pudo comprobar, por detalles fidedignos, que don Jaime fuese amante de doña Mariana, que fuese el padre de su hijo; pero seguridad moral, ésa la tenía todo el mundo. Seguridad y alegría. Hubiera sido un Churruchao o un sujeto foráneo y desconocido, y las cosas habrían variado. Pero don Jaime Salgado nos pertenecía. Todavía su abuelo había andado a la mar, y de su padre le venía el origen de la fortuna, por unos pocos cuartos traídos de Cuba. Y aun ahora, enriquecido, trataba a la gente con mucho comedimiento, y procuraba no ofender a nadie con la riqueza, lo que se ve pocas veces en

los que medran.

Que don Jaime Salgado se acostase con doña Mariana valía tanto como si se acostasen todos los hombres honrados de Pueblanueva. Que hubiera tenido un hijo de ella, valía como si todos lo hubiéramos tenido. La justicia de este mundo llega tarde, pero llega. Durante cientos de años, los Churruchaos hicieron hijos a quienes les pareció. Durante diez o doce, cada vez que don Jaime hacía su visita, pensábamos: se va a acostar con ella. ¡Cuántas tardes, en el corrillo del Casino, nos echábamos a imaginar: ahora don Jaime hará esto, hará lo otro! Y era como si nosotros mismos anduviésemos en ello. Pero el bien de Dios dura poco, y ahora, de todo aquello nos quedan los recuerdos.

La historia de doña Mariana se sigue contando. Es como esas piezas de música que aparecen en todos los programas: como «La Comparsita». Todo el mundo debe saberla. Doña Mariana continúa paseándose, tan tiesa, todos los atardeceres de bonanza, con sus perros, y la Rucha detrás; se pasea como si fuese la señora, y lo es en apariencia. La saludamos: «Buenas tardes, señora», y aún hay quien dice: «Buenas tardes nos dé Dios». Pero todos lo decimos con una sonrisa debajo de los labios, como si quisiéramos llamarle ¡zorra!, y el insulto nos quedase en la sonrisa.

I

El tren que traía a Carlos Deza de Alemania le dejó en la estación del Este, a las nueve de la mañana. Se informó. La salida más cómoda para España era a la misma hora, desde Austerlitz. Tenía por delante un día entero casi vacante, porque la visita a don Gonzalo Sarmiento le consumiría poco rato. Dejó consignado el equipaje, y con un maletín en la mano se metió en la ciudad. Calculó la distancia hasta un café donde otras veces acostumbraba a desayunar, y, por gastar el tiempo, marchó a pie. Mientras desayunaba pidió un periódico, y se enteró de lo que acontecía en Francia, en el mundo y también en España. Nada era nuevo. Pasó después por un hotel conocido, cerca de la Sorbona, y le dieron cama para una noche.

-Iré hacia las once.

Le quedaba tiempo. Entró en una librería, revolvió un poco, y compró dos libros profesionales. Le atrajo también un volumen de poesía, de faja muy llamativa, pero no se atrevió a hojearlo. Pensó, sin embargo, que no estaba muy informado de la poesía francesa en los últimos dos años, pero también era cierto que desconocía lo que la ciencia francesa había dicho durante el mismo tiempo. Por imperativo moral adquirió un tercer libro, sobre localizaciones cerebrales, y salió. En el metro empezó a leer. Era ciencia alemana explicada en francés; casi todas las cosas estaban más claras que en alemán. Pensó que si hubiera estudiado con aquellos textos, ahora sería un buen psicoanalista.

Sarmiento vivía en Montmartre. Tenía apuntada la dirección en alguna parte. «¿Si la habré perdido?» Buscó en los bolsillos, y se olvidó de la ciencia alemana y de la claridad francesa. ¿Cómo es que don Gonzalo Sarmiento vivía en Montmartre? En Montmartre ya no vivía nadie. Preguntó a un guardia dónde estaba la calle; el guardia señaló hacia arriba. Cerca de la Basílica, al lado de la plaza. «Junto a la casa del pintor Utrillo», añadió el guardia. Carlos comenzó la ascensión, sin prisa, consultando el reloj. Quería llegar a las once. Quizá no fuese buena hora, pero, en cualquier caso, alguien le diría cuándo estaba en casa don Gonzalo. Tenía que ser conocido. Vivía en París desde principios de siglo. A principios de siglo, todavía los artistas vivían en Montmartre. Fue don Gonzalo, seguramente, de los que no emigraron.

«Te pido que si pasas por París vayas a ver a mi primo Gonzalo. No será una visita agradable, porque Gonzalo es una calamidad, tiene que estar muy viejo y nunca fue inteligente. Gonzalo me importa un bledo, pero quiero que me traigas una impresión personal de su hija. Creo que está en un colegio, a pesar de sus veinte años, pero, si es posible, me gustaría que la vieses y hablastes.» Esto decía la carta de doña Mariana.

Dio con la casa, colgada sobre la vertiente, cara a París. Era un bonito lugar, y, desde allí, se veía la ciudad, borrosa en medio de la niebla rojiza. Antes de llamar, estuvo un rato contemplando. Quizá tuviese explicación que todo el mundo hubiera emigrado a Momparnasse. Desde aquellas alturas, el aire imponía un modo de pintar.

-Bueno. ¿Y a mí qué me importa todo esto?

Sin embargo, permaneció todavía unos minutos cara a París; y como fuese temprano, se entró en la plaza. Estaba llena de americanos curiosos, sentados en las terrazas del centro. Un viejo barbudo tocaba en un violín el vals de La viuda alegre. Carlos sonrió. Años antes, la primera vez que había estado allí, le explicaron que aquel violinista viejo, que mendigaba de mesa en mesa sobre notas de vals vienés, no era más que un mendigo aparente: «Forma parte de la decoración. La Comuna libre de Montmartre le paga un sueldo, le da un piso y le deja ejercer la mendicidad mientras conserve su figura. Si perdiera la barba, sería despedido». Montmartre pagaba sus tipos raros y conservaba su singularidad revolucionaria y romántica. Los americanos seguían viniendo en grandes autocares, y se conmovían con los falsos bohemios, las falsas prostitutas y los falsos mendigos. «En el fondo es admirable», pensó Carlos. Y buscó, otra vez, la casa de don Gonzalo Sarmiento.

Se llegaba a la puerta por unas escaleritas exteriores y un patinillo. La casa, pequeña y vieja, pintoresca, demasiado pintoresca, como cultivada en su pintoresquismo. De la puerta colgaba una anilla de hierro. Tiró, y en algún lugar remoto sonó una campanilla. Por la ventana de la portería, encima de la puerta, un poco más arriba de su cabeza, asomó una mujer morena, de pómulos anchos. Carlos dio el nombre de don Gonzalo Sarmiento.

-Segunda puerta, a la izquierda.

La escalerilla de piedra continuaba más allá de la entrada, ascendía oscura, y, allá arriba, se clareaba misteriosamente.

-Segunda puerta, a la izquierda.

«¿Qué clase de tipo será?» Las gentes que se había tropezado por la calle tiraban a menestrales. Gonzalo podía ser un artista fracasado, fiel a su tiempo. ¡Vaya usted a saber! Alguna gente quedó en Montmartre y él había oído hablar de alguien, pintor, de Pueblanueva, que había estado en París. Pero no le sonaba que fuese un Sarmiento.

La segunda puerta, a la izquierda, no tenía aldaba. Golpeó con los

nudillos, y pasado el tiempo hubo de golpear de nuevo. Por los resquicios salía un olor fuerte de verduras cocidas. Olor a col, a lombarda. Alguien se movía dentro. Una voz dijo, en francés: «Pase, si gusta».

Pasó. Un pasillito y una gran habitación iluminada. Al cabo del pasillo, contra la luz, había un hombre con un mandil de cocina atado a la cintura y recogido por una punta. No preguntó nada. Miró y dijo, simplemente, alegremente: «¡Oh!», y se hizo a un lado.

Carlos, sin embargo, permaneció junto a la puerta.

-Busco a don Gonzalo Sarmiento -dijo en español.

-¡Claro, claro! Yo soy Sarmiento. ¡Pase, pase, por favor! ¡Pase!

Un temblor de voz, como trasluciendo sorpresa y satisfacción. Carlos entró en la habitación iluminada. No tan grande como parecía desde el pasillo, pero grande, con dos ventanas sobre la niebla de París.

Gonzalo Sarmiento se había arrimado a un lado, le tendía una mano y sonreía.

-No me diga usted quién es. Usted es Quiroga, el hermano de Eugenio, o su primo, quizá. Pero Quiroga.

Carlos le estrechó la mano y movió la cabeza.

-No. No soy Quiroga. Soy Deza, Carlos Deza.

Sarmiento dejó de sonreír.

-Pero ¿es usted de Pueblanueva?

-Eso sí.

-Tenía que ser.

Le empujó hacia un sillón tapizado de terciopelo verde, muy deslucido.

-Me pareció usted un Quiroga. ¿No le conoce? Tiene que conocerle. Él está en Pueblanueva.

-Lo siento, pero no le conozco ni sé quién es. Falto de Pueblanueva hace más de quince años.

-Entonces, ¿cómo viene usted a verme? Si no le manda Eugenio, ¿quién le envía?

Carlos explicó por qué venía, y quién le mandaba.

Evidentemente, a Sarmiento el nombre de su prima le alegraba menos que el de Eugenio Quiroga.

-Sí, sí, Mariana. No puedo preguntarle cómo está, porque usted no viene de Pueblanueva. Además, hubo carta de ella hace pocos días. Todos los meses escribe, y yo le mando las cartas a mi hija.

Empezó a explicar que Germaine estaba en un colegio de monjas en Normandía; un buen colegio, pero algo más barato que los de París. Sin embargo, no quedaba muy lejos. Él iba todas las semanas y pasaba las tardes del domingo con su hija.

Carlos no prestaba mucha atención a sus palabras. Si Germaine no estaba, había desaparecido el interés de la visita. Examinó la habitación. Muebles gastados; la mesa, con tapete de croché; en las paredes, retra-

tos de divos, recortados de revistas y con marcos de fabricación casera. Caruso, Anselmi, Tita Ruffo y Conchita Supervía, vestidos a la moda de años atrás; recortes de revistas antiguas, bastante polvorientos, deslucidos los passe-partout. Corno centrando los cuadros de un testero, había un retrato al óleo: no podía verlo bien desde su asiento. Y también un cromo antiguo del Sagrado Corazón y otra estampa religiosa, muy moderna. Por una de las puertas, entornada, venía el olor a lombarda.

Sarmiento se había sentado sin quitarse el mandil. Seguía hablando de su hija, del colegio: Germaine permanecería en él hasta cumplir veintiún años. Carlos le examinó distraídamente, pero también profesionalmente. El examen no fue muy favorable.

De repente, Gonzalo dejó de hablar de su hija y del colegio.

-¿Sabe usted que me dio una gran alegría al verle? Eugenio Quiroga fue nuestro amigo. Le queríamos mucho y él fue siempre muy bueno con nosotros. Pensé que sería su hermano, porque hijo no puede ser. Eugenio marchó hace veinte años y estaba soltero. Era un buen pintor.

Se levantó, como quien va a hacer algo, pero se sentó en seguida.

-Usted también es un Churruchao, ¿verdad?

Carlos asintió sin gran convencimiento.

-Le hubiera reconocido en cualquier parte, como reconocí a Quiroga hace veinticinco años. ¡Gran cosa, pertenecer a nuestra familia!

Su voz sonaba a falso. Decía aquello como si pretendiese halagar a Carlos, asegurando algo de lo que Carlos debía estar previamente convencido.

-Una gran familia. Ya no somos parientes, pero nos reconocemos. Hace veinticinco años Eugenio era como usted, así de alto, así de rubio y peco-so, con ese cabello de zanahoria.

Rió.

-Yo también era así, y en París me tomaban por escocés. Y un día, en un café, encontré a Eugenio. Nos miramos. Yo le dije: «¿Usted es un Churruchao?». Y él se echó a reír. «¡Pues claro, hombre, que lo soy!» Desde entonces fuimos amigos. Asistió a mi boda como testigo y pintó un retrato de mi mujer.

Hizo una pausa, mirando a Carlos.

-¿Quiere usted verlo?

Corrió a la pared y trajo el óleo. Carlos lo tomó de sus manos y se torció un poco para que la luz iluminase la pintura. Buena mano, estilo dubitante. Un impresionismo que quiere dejar de serlo, pero que no sabe lo que ser.

-No pudo haberme hecho mejor regalo de boda. Suzanne murió pronto, y no tenemos otro retrato suyo.

Recogió el cuadro, le quitó el polvo con el revés del mandil y lo colgó de nuevo.

-Eugenio era un buen pintor. Me extraña no haber sabido de él. Se marchó empezada la guerra, me prometió volver, pero ni escribió siquiera. ¿No se habrá muerto?

Carlos dijo que, en su niñez, recordaba haber oído hablar de alguien que era pintor y que había venido a París. Sí. Probablemente al empezar la guerra.

Gonzalo siguió hablando, de Eugenio, de los Churruchaos, de su mujer y de cosas pasadas. De vez en cuando consultaba el reloj. Y Carlos, por hacer algo, le examinaba el rostro, las manos, la figura. Primero, con criterio biológico; más tarde, psicológico, y aun moral y social. Era un hombre prematuramente senil y no había sido nunca fuerte; tampoco lo era su carácter. Parecía miedoso, inseguro. Sus rasgos eran delicados, distinguidos. Tenía raza. Valía más lo que significaba que lo que era.

-¿Y su hija? Doña Mariana me encargó que la visitara en el colegio. ¿Puedo hacerlo?

Don Gonzalo retrocedió en el asiento, como si aquellas palabras le hubieran asustado.

-¡No, no es posible! Está en Normandía. Tendría usted que retrasar mucho el regreso. Claro que Germaine se alegraría de conocerle, pero la visita no sería fácil. El reglamento del colegio es muy estricto, y sólo a los padres, o a alguien acompañado de los padres se les permiten las visitas, y yo no podría acompañarle hasta el sábado.

Se levantó otra vez y fue a un escritorio. Volvió con una fotografía en la mano.

-Pensaba enviar a Mariana este retrato. ¿Quiere llevárselo usted?

¡Qué modo extraño de mirar, tan temeroso! Como si un no de Carlos pudiera provocar una catástrofe.

-Claro que lo llevaré. Con mucho gusto.

-Es reciente. Se lo hizo en el colegio hace un par de semanas. Véalo usted. Es Germaine.

No había duda. También alta, asténica, un poco huesuda. Se adivinaba el rojo de los cabellos. Tendría veinte años, vestía pantalones de montar, y llevaba en la mano una fusta. Pero el retrato estaba hecho en París, 24, rue de la Sorbonne, por E Millet. Gonzalo no lo había advertido.

-Mariana se cuida mucho de nosotros, de mi hija. Le paga los estudios, y quiere, naturalmente, que vayamos a vivir con ella. Iremos, claro. Ya no duraré mucho.

Miró otra vez el reloj, disimuladamente, y se le alteró la mirada.

-Tengo que salir. ¿Quiere usted que lo hagamos juntos? Espéreme un momento. Dar una vuelta por la cocina, y cambiarme.

Mientras esperaba, Carlos paseó por la habitación y curioseó. Allí vivían dos personas. Había huellas de dos vidas muy distintas. Se acercó al piano y recorrió las teclas. En el portamúsica, piezas para cantar con

acompañamiento de piano, piezas de estudiante. Se sentó, abrió una de ellas, y la tarareó, con muy mala voz, acompañándole. Entró Gonzalo, ya vestido, el abrigo al brazo, y un capacho en la mano.

-¿Toca usted el piano? Es natural. Nosotros tenemos sensibilidad. Eugenio era pintor, y yo quise ser escritor. Es natural que sea usted músico.

Había dicho nosotros con énfasis falso, y, sin embargo, satisfecho.

-No soy músico. Soy médico.

-¡Ah! Pero toca usted muy bien.

-Me gusta.

Gonzalo señaló las piezas para piano y canto.

-Pertenecieron a mi mujer. Era soprano, ¿sabe?, o más bien lo hubiera sido, pero enfermó de la garganta...

Hizo un gesto como diciendo: «y se acabó». Carlos no pudo saber si se refería a la voz de Suzanne o a la entrevista. Salieron juntos. Al cabo de la escalera, Gonzalo gritó en francés, mirando al ventanillo de la portera:

-¡Volveré en seguida, madame!

Había empezado a llover.

-¿Se marchará usted pronto?

-Mañana.

-¡Ah! En ese caso, no me atrevo a rogarle que vuelva por aquí. Tendrá que hacer en París.

-¡Oh, sí! Tengo algo que hacer.

-Le ruego que me escriba. Si otra vez vuelve a París no deje de verme. Traeré a Germaine unos días, para que usted la conozca.

-No será fácil que vuelva.

Gonzalo iba de compras. Se despidieron pronto. Recuerdos a Mariana, y todo eso; Germaine queda muy bien, y está muy bonita. Es una chica muy distinguida. Le gustará a Mariana.

Carlos le vio bajar por una calleja y vio también que, cuando se había alejado, se encasquetó el sombrero y se puso el abrigo. ¡Un hongo gris y un macferlán de varias esclavinas, un macferlán auténtico, de tela a cuadros! No pudo reprimir la sonrisa, ni casi las ganas de seguirle y comprobar, de cerca, la realidad de su disfraz. Iba a hacerlo, siguiendo un impulso cruel. Pero, en la plaza, el violín seguía tocando el vals para los norteamericanos, y el vals le trajo una luz, como una revelación: don Gonzalo Sarmiento era también un tipo curioso de Montmartre; recibía probablemente de la Comuna libre un sueldo y la autorización de habitar en aquel piso extrañamente luminoso, colgado sobre París. A cambio, había de salir a la calle disfrazado con hongo y macferlán. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué había mentado tanto, y qué ocultaba? ¿Tenía acaso una amante joven, para la que guisaba, por la que hacía el payaso por las calles, y no quería ser descubierto? Y si no era esto, ¿qué era? Sintió por

don Gonzalo una ternura triste.

Echó a andar, cuesta abajo, metido en sí, recordando las palabras de Sarmiento, el color de su casa, los cromos, las piezas para piano y canto, el olor a lombarda, el temor, las mentiras, el disfraz, como intentando dar a todo sentido y coherencia. No se dio cuenta de que, al final de la cuesta, se cruzaba con él una muchacha pelirroja, cuya figura larga y delgada podía muy bien pertenecer a una Churruchao. Llevaba, bajo el brazo, un cartapacio grande.

Comió tarde ya, en un restaurante de los muelles, en la Rive gauche, y después fue caminando, por el Pont Neuf, hacia el Palais Royal. Se había olvidado de Gonzalo, de sus mentiras, y de Germaine, pero algo sucedido en la casita de Montmartre se lo recordaba, aunque abstraído de la ocasión y de la persona que lo había provocado. Había llegado a ciertas conclusiones coherentes con su profesión, pero había ido más allá: «Sus rasgos eran delicados, distinguidos. Tenía raza. Valía más lo que significaba que lo que era».

Si escribiera a Zarab Krámer: «Hoy he conocido a una especie de medio pariente mío», y luego, por toda descripción, le hablase de la distinción de sus rasgos, Zarah se reiría y le contestaría en seguida: «Querido Carlos. ¿Es que estás traicionándonos, o bien empiezas a traicionarte?». Y añadiría a continuación que la ortodoxia exigía conclusiones biológicas, psicológicas y sociales, por este orden, pero nada más. «Tú no eres un artista ni un hombre de mundo, sino un psicólogo que ha intentado pasar de la escuela de Freud a la de Jung.»

Zarah también significaba algo. Significaba la rebelión contra la Escuela de Viena y la invitación a emigrar a Alemania. Era húngara, ocultaba su condición judía, y proclamaba la esperanza en la redención de los hombres por medio de la ciencia tudesca. Se había presentado en su cuarto, un día, vestida ya de viaje, y con el maletín en la mano. «No aguanto más. Me marchó.» Pero se sentó en el borde de la cama y empezó a hablar. La noche anterior había cenado con unos compañeros que celebraban el fin de los estudios. Dos de ellos, servios, habían expuesto sus proyectos profesionales. «Reconoce, Carlos, que esos dos tipos no pasan de investigadores de cloacas. Yo no estoy dispuesta a convertirme en eso. Me voy a Alemania.»

Se fue. Supo de ella pocos días después. «En el sanatorio donde trabajo hay lugar para ti. Ésta es otra vida, Carlos. Mucho más seria y limpia que la de Viena. Ya sé que tú no serás nunca lo que los servios, pero Viena es peligrosa. Te dejas llevar demasiado por la sensibilidad, y tu formación profesional exige que sacrifiques la música, la poesía, y todas esas aficiones tuyas. Aquí se trabaja con rigor y método, ascéticamente.

¿Por qué no vienes? Además, te necesito.»

Tenía que escribirle a Zarah. Le había prometido hacerlo desde París, además de telegrafiarle. «Querida Zarah: Estoy en París, hace unas horas, y las que todavía me quedan me sobran enteramente.» Así podía empezar la carta, y sería verídica. Se metió en un café, pidió coñac, y se puso a escribir la carta a Zarah.

«Querida Zarah: Estoy en París hace sólo unas horas, y las que todavía me quedan de estar aquí las pasaré aburrido. La verdad es que todo me recuerda nuestro último viaje.»

Y ¿por qué empezar así, si era mentira? No la había recordado en todo el día. Quizá un deseo inconsciente ejercía la censura sobre el recuerdo. Porque debiera haberla recordado.

«Bueno. Si he de serte sincero, no te he recordado hasta ahora mismo. Esta mañana, adquirí en una librería algo sobre Localizaciones cerebrales, que debería interesarte; no pensé en ti, al comprarlo. Te lo enviaré, porque a mí no me importa gran cosa, y a ti te servirá: pero conviene que sepas que no lo compré para ti. Y ahora me pregunto: ¿Por qué no te he recordado?»

»Mira: realmente estuviste presente en mi recuerdo desde que nos despedimos en la estación de Potsdam hasta que me quedé dormido. Quizá entonces el tren hubiera pasado ya de Leipzig. Cuando me desperté, empezó a obsesionarme un recuerdo infantil, que te brindo para que lo analices, a ver si me descubres un complejo: Mi casa es vieja y tiene torre; hace muchos años, la puerta de la torre estaba cerrada con llave y cerrojos, pero, al cumplir yo los diez años, mi madre la mandó tapiar. ¿Por qué? Supongo que no será la habitación de Barba Azul lo que así se ocultó a mi curiosidad. Pero, desde que desperté en el tren, deseo echar abajo el tabique y conocer la habitación de la torre. Y ahora que lo pienso, es tal deseo lo que mueve mis actos desde hace un par de meses. He intentado engañarme a mí mismo convenciéndome de que regreso a España para cuidar de mis intereses, abandonados desde la muerte de mi madre; o para hacerme catedrático de alguna universidad; o para montar una casa de locos. Pero no son más que pretextos. En realidad, me atrae la puerta tapiada. No puedo remediarlo. Me atrae desde que, hace algún tiempo, la recordé, no sé en qué ocasión ni por qué. ¿Qué opinas de esto?»

»Debes sentirte defraudada. No puedo evitarlo. Han bastado unas horas de separación y unos kilómetros de distancia para que todos los proyectos comunes hayan dejado de interesarme. Pero ahora me pregunto: ¿cómo pudieron haberme interesado nunca? Recuérdales bien: Nos iremos al Brasil y allí montaremos un sanatorio. Viviremos mientras nuestros cuerpos sean capaces de placer. Después, nos suicidaremos.

»¿Es posible que tú, tan perspicaz, no hayas averiguado lo poco que me

importa el placer? Casi tan poco como esa ciencia que no conseguí aprender en años tan largos. ¿Te sorprende esto? También a mí, pero acabo de descubrirlo. Hasta ahora, dos mujeres me han llevado por caminos que no eran míos. Primero, mi madre: por complacerla me hice médico. Después, tú: fui tu amante no sé por qué.

»Ahora pienso que algo de esto lo sospechabas. De ahí tu insistencia en retenerme, incluso en comprometerme. Si hubiera aceptado el puesto que me ofrecían en el hospital -y que tú buscaste para mí-, me esperarían unos cuantos años en Alemania, repartidos entre la investigación, la clínica y tu cama. ¿Cuál de estas tres cosas me importa menos?

»¡Cómo he perdido el tiempo, y qué vacío me encuentro! Tengo treinta y cuatro años y estoy como un muchacho a quien aconsejan que tome una decisión, salvo que a mí nadie me aconseja y que yo no puedo decidirme porque no tengo en qué elegir. Llevo algunas horas, pocas, entregado a los impulsos espontáneos. Te avergonzaría saber que no he elaborado un solo proyecto, que no sé qué voy a hacer dentro de unos minutos, cuando me canse de escribir. Esta carta tampoco estaba prevista., y menos sus palabras. Es probable que no te la envíe.

»Lo que parece una decisión, no lo es. O lo es negativamente. O lo es sin elección. Pienso que se elige cuando varias cosas atraen en mayor o menor medida, y se toma una de ellas, renunciando a las demás. Pero yo, al decidirme a no volver, no he puesto nada de mi parte. No fue un acto voluntario. Fue como si tú, y todo lo que significas, estuvierais sobre mí como una costra y os hubierais desprendido. No creas que por eso me considero más ligero. No. Estoy lo mismo, sólo que sin ti.

»Lo bueno del caso es que el mundo hacia el que voy tampoco parece importarme mucho. Esta mañana estuve con un viejo chiflado y mentiroso, que, en cierto modo, es medio pariente mío, y me habló de cosas de allá. ¿Es eso de lo que él me habló lo que voy a encontrarme? Me interesa saber lo que hay detrás de la puerta tapiada, me interesa como a un niño. En realidad, es el interés de niño el que ahora surge, tal como entonces era, sin ninguna modificación. Y pienso si habrá dentro de mí muchas cosas como ésa, enterradas y puras. Pienso también si volverán a salir y qué haré con ellas. Lo correcto hubiera sido que hubiesen madurado conmigo, y tuviesen mi edad y mi color, pero los años no las han cambiado. Están aquí, intactas, y me dan algún miedo.

»Empieza a parecerme que lo de la puerta no es más que un símbolo, y que lo que verdaderamente me atrae es la libertad. No fui libre nunca desde que abandoné mi pueblo. Hace de eso, si cuento bien, diecisiete años. Mi madre no me dejó volver jamás. Me escribía todas las semanas y, durante las vacaciones, me visitaba. Cada carta suya era un decálogo, y yo la obedecía; así hasta que murió. Pero, cuando ella murió, ya habías aparecido tú. ¡Qué extraña coincidencia de fondo entre mi madre y tú!

Las dos queríais hacer algo de mí, y yo jamás logré interesarme por lo que de mí queríais. Ignoro todavía cuál era el propósito de mi madre, y jamás he logrado saber cuáles son tus verdaderos propósitos. A ella, como a ti, debía servir para algo que no era mi carrera, o más bien mi carrera debía de servir para algo que no he sabido nunca. Es el caso que tú ordenaste mi vida como antes la había ordenado mi madre. Tus decálogos eran aún más duros y exclusivos.

»Por esto sospecho que lo que verdaderamente me aleja de ti es la necesidad de ser libre. Si lo quieres, animalmente libre. La puerta cerrada ponía un límite a mi libertad que, entonces, existía de veras. ¿Será por eso por lo que quiero abrirla? Quizá oculte una habitación vacía, y quizá la libertad sea también como una habitación vacía.

»Pero, en cualquier caso, necesito experimentar la libertad. Si andaba su-apetito por debajo de mi conciencia, ahora lo reconozco y lo acepto. No tengo la menor idea de lo que me pueda pasar, pero voy a ver qué pasa.

»Sé que te reirás. Tú no crees en la libertad, ni la amas: para ti no es más que una palabra que designa una ilusión científicamente destruida. Si no estás irritada, quizá intentes analizar lo que es mi deseo a la luz de la ciencia, y probablemente encontrarás una palabra más precisa con que designarlo. Bueno. Yo sigo llamándole apetito de libertad. Mi ciencia es la tuya, y sé que si pensase un poco llegaría a encontrar la misma palabra, pero renuncio. De momento, no me creo interesante como tema de investigación.

»Ya ves a lo que ha llegado esta carta empezada con los mejores deseos. No pensaba escribírtela todavía, ni en estos términos, sino engañarte, no en una, en varias cartas. Primero te diría que te echaba de menos; luego, que las cosas me retenían en España. Confiaba en que, mientras tanto, hallarías a alguien dispuesto a colaborar contigo durante algunos años y a suicidarse contigo cuando todo se hubiese terminado. Esa persona la hallarás de igual manera. Me permito recordarte al doctor Motcha. Es judío como tú, estaba enamorado de ti y quedó muy triste, en Viena, cuando marchaste. Él no se atreve a ir a Berlín ni a desertar de la ortodoxia freudiana, pero, en cambio, le creo dispuesto a emigrar a Brasil. También tú tendrás que emigrar: no te valdrán de nada tu admiración por los prusianos, y tu tremendo complejo de inferioridad ante ellos, tu deseo de pasar por prusiana; te cortarán la cabeza o te echarán de Alemania a causa de tu nombre, de tus orejas y de tus talones; lo sabes perfectamente. Al doctor Motcha le sucederá algo parecido si los nazis entran algún día en Viena. Huirá. Sabe mucho de psiquiatría; ganará dinero. Y, sexualmente, es mucho más apto que yo para hacerte compañía. Por qué no le escribes?

»Me estoy cansando, Zarah. Podría decirte muchas cosas más, pero no

tengo gana. Adiós.»

Metió la carta en el bolsillo, pagó el coñac y salió a la calle. Había comenzado a llover y caminó un rato bajo los soportales de la calle de Rivoli. Finalmente, se encaminó a su hotel: pasaba el Puente Nuevo cuando, con una gran risotada, recordó que había escrito a Zarah en español. Rompió la carta en pedazos, y los arrojó al río. «Le enviaré el libro sobre Localizaciones cerebrales.»

II

Era día feriado. La baca del coche comenzó a poblarse de aldeanas con cestas de hortalizas y sacos con crías de cerdos, y una hubo que intentó meter en el coche una ternera lechal. Dentro y fuera armaban una feroz algarabía en lengua vernácula, aumentada por los gruñidos de los animales. Peleaban entre sí, peleaban con el cobrador, pelearían con la luna si les llevase la contraria. Carlos, encaramado en el más alto y desamparado de los bancos, reía a cada incidente. A su derecha, una vieja, con cara de raíz de árbol, no había dejado de chillar desde su llegada; a la izquierda, una mujer joven, envuelta en un grueso mantón, no había abierto la boca en todo el camino, aunque la vieja se dirigía a ella exclusivamente. Pero, cuando comenzó a llover, la joven ofreció a Carlos un cobijo bajo el mantón. Y sólo entonces habló:

-El señor va a mojarse.

Y como Carlos declinase el ofrecimiento, la vieja de la derecha intervino:

-Dale el mantón, mujer. ¡Pues no faltaba más!

Prefirió compartirlo a dejarla a la intemperie. El mantón, cubriéndoles las cabezas, les dejó aislados del exterior. El griterío quedaba fuera, como lejos, y con el rumor de la lluvia se alejaba cada vez más, hasta quedar todo en silencio. La moza era rubia; dos trenzas le caían apretadas sobre los pechos.

-El señor es don Carlos Deza, ¿verdad? -preguntó la muchacha después de un rato.

-Sí. ¿Cómo lo sabe?

-El señor no tiene por qué tratarme de usted. Soy Rosario; la hija del Galán, un casero del señor. Soy como la criada del señor.

-¿Quiere decir que vive usted en mi casa?

-No. Mi padre lleva arrendadas unas tierras del señor, y una casita. Las lleva desde hace muchos años. Ya en vida de mi abuelo. La que va a su lado es mi madre.

No había sido caridad el ofrecimiento del mantón, sino pleito homenaje. Estuvo tentado de desembarazarse de él y mojarse: no entendía bien aquellas cosas.

Rosario no le había mirado de frente. Hablaba sin volver la cabeza, en un castellano forzado, de acento muy abierto. Carlos se fijó en ella, estudió su perfil. Podía ser una aldeana francesa, ancha de pómulos, rubia, colorada. Las ropas eran de buena calidad y corte ciudadano: sólo el mantón y el pañuelo atado a la cabeza denunciaban a la campesina. Sobre el escote bailaba una medalla de oro, grande. Las manos, también grandes, no deformadas por la labranza, ni sucias del trabajo, sino limpias, con las uñas bien cortadas. Le preguntó indirectamente:

-Luego, ¿trabaja usted mis tierras?

-Yo, no, señor. Mi padre. Yo soy costurera. Y ya le dije al señor que no me trate de usted.

Sacó la cabeza del mantón, y habló con su madre. Le habló en gallego. Carlos no entendió bien lo que decía, aunque comprendió que se refería a él. La madre, entonces, metió baza, y le hizo mil ofrecimientos humildes. Desde que la madre habló, Rosario volvió a su mutismo. Llevaba las manos cruzadas sobre el regazo. Carlos vio entonces, en sus muñecas, pulseras de oro fino, pulseras gruesas, de traza moderna.

La vieja había iniciado una retahíla de quejas: la tierra daba poco y doña Mariana les había subido la renta a quince duros anuales. ¡Quince duros, señor, por unos ferrados de tierra y una casa! Era cosa de doña Mariana. Ni el padre del señor, ni su madre, que Dios tuviera en la gloria, habían tocado nunca la renta antigua, los siete duros que pagaban desde hacía cincuenta años.

El autobús subía una larga cuesta, jadeando. Se detuvo dos o tres veces. El conductor cogió agua en un regato y la echó al motor, que humeaba. Lograron alcanzar la cima. Entonces, Rosario dijo:

-Ya llegamos, señor.

Y señaló, con un gesto, el fondo del valle. Pueblanueva del Conde aparecía envuelta en lluvia menuda y gris, irguiéndose en una colina, entre dos ríos. El de la derecha venía limpio; el de la izquierda, sucio de escorias. Se juntaban y se prolongaban en la ría, cada vez más ancha, dando vueltas a los montes, hasta perderse, lejos, en la mar abierta.

Bajaban por una carretera pina, de curvas pronunciadas. Rosario, en una de ellas, tocó el codo de Carlos.

-Mire, señor. La casa del señor.

Carlos miró. A la derecha, sobre una roca enorme casi cortada a pico sobre la mar, estaba su casa. Un grupo de árboles altos medio la ocultaban. Vio una esquina de la torre, cubierta de hiedra.

-Va a pasar mucho frío en esa casa. ¡Tanto tiempo sin vivir nadie en ella!

-¿Estuvo usted allí alguna vez? -dijo Carlos, por decir algo.

-Cuando murió la señora. Asistí al velorio. Ya va para cuatro años.

Terminada la cuesta, el autobús entró en un puente largo, luego en

una calle de casas pobres, apoyadas de una parte, en los restos de las murallas. El otro lado de la calle lo bordeaba un pretil de piedra que lamían las aguas. Había gente en las ventanas y junto al pretil: Le miraron al pasar el autobús y siguieron mirándole cuando ya había pasado; Carlos no lo advirtió: estaba distraído por un rumor lejano, como de muchos martillos o de máquinas taladradoras, que llenaban el espacio. Al volver una esquina, se hizo más próximo y agudo. Carlos preguntó qué era.

-Es el astillero, señor -respondió Rosario. Y al hacerlo, volvió por primera vez el rostro. En su mirada y en su voz había cierto orgullo, casi como si hubiera dicho: mis astilleros.

El autobús llegó a la plaza, y se detuvo. Los de arriba y los de abajo se hablaban a gritos. Carlos pudo bajar, amenazada su cabeza por el saco de los lechones. Rosario no había querido descender antes, pero, entre la cabeza de Carlos, y sus piernas, permitió que interpusieran el saco. No obstante, y sin quererlo, vio Carlos que las tenía lindas, y que sus medias y zapatos eran finos, muy finos, impropios de una costurera hija de labradores. Se encogió de hombros pensando que quizá Pueblanueva no fuese tan medieval como siempre había creído, a pesar de todos aquellos rostros, casi mogólicos, que llenaban la plaza; vueltos hacia él, todos los rostros vueltos hacia él, y todas las miradas: como un anillo de curiosidad y silencio alrededor de aquel bullicio que armaban los viajeros; como un anillo de esperanza que empezara a decepcionarse. Duró unos instantes profundos. Luego, las cabezas se tornaron, después de haber sonreído todos los rostros. Sólo el hombre que parecía un espantajo se le quedó mirando con sus ojuelos bizcos y vivos, de esclerótica enrojecida. Vestía desaliñado; iba sin abrigo, como si quisiera exhibir la gran corbata verde; y se tocaba de un sombrero de paja anticuado y recomido. Bajo, enteco, rechupado. Las dos manos apoyadas en un bastón de caña gruesa, con anchos anillos metálicos en los nudos. Desentonaba. Carlos improvisó un diagnóstico de urgencia: paranoide. Le hubiera estudiado más; le hubiera, quizá, saludado. Pero la dama del paraguas le hacía señas, y prescindió del loco.

La dama del paraguas también desentonaba. No lo llevaba ella, sino una sirvienta que, desde atrás, lo sostenía muy en alto, para que no estorbese. La dama del paraguas fue rápidamente identificada como doña Mariana. Quedaba un poco lejos del autobús, arrimada a la pared de una casa, como buscando la protección inútil del alero, pero la sonrisa era bien visible. Carlos se detuvo unos instantes, y recordó algo de que había hablado, días atrás, Gonzalo Sarmiento. Evidentemente, aquel « nosotros » dicho sin gana, entre una mentira y otra, significaba algo, aunque sólo fuese algo biológico. Doña Mariana, frente a él, pertenecía al « nosotros »: como Carlos, era alta, huesuda, pelirroja. Como Carlos, como

Gonzalo, como Germaine, como aquel otro Churruchao con quien Carlos había sido -una vez- confundido. Por lo menos en un lugar del mundo, «nosotros» parecía significar algo. No en París, claro: Gonzalo había exagerado. Mucho menos en Berlín o en Viena: para Zarah, Carlos era un pelirrojo asténico como otros pelirrojos asténicos. Pero en Pueblanueva era otra cosa.

Doña Mariana le había visto vacilar. Se desentendió del paraguas y fue hacia él con gesto abierto. Era, en cierto modo, normal. Adelantaba los brazos, y la expresión del rostro era sinceramente afectuosa: ¿por qué? No se conocían más que a través de las cartas cambiadas durante cuatro años. A las gentes no se les cobra afecto verdadero más que tratándolas un día y otro.

-¡Carlos, querido Carlos!

La voz le temblaba. Carlos se dejó abrazar y la abrazó también. Respondió como pudo a las preguntas sin orden, por las que doña Mariana parecía querer enterarse en un minuto de treinta años de vida.

Desentonaba. Las gentes que les miraban, las vendedoras del mercado, los próximos y los lejanos, eran de otra manera, y, desde luego, de otra clase: abigarrados, gesticulantes, chillones. Trajes de pana, pañuelos de colores y hablar rápido e incomprensible, en gallego silbante y cantarín. Doña Mariana se movía con calma y preguntaba en voz baja. No era la dama de provincias, un poco rancia, que Carlos esperaba hallar, sino algo perteneciente a un mundo ya muerto y enterrado, pero lleno de resplandor y distancia.

-¡Qué mal día traes, criatura! ¿Cómo se te ha ocurrido venir ahí encarado? ¡Con el frío que hace!

No eran cumplidos triviales, ni tampoco lo que se dice por llenar un vacío, sino palabras sinceras.

-¡Bah! Este frío no es nada, y esa mujer me tapó con su mantón.

Señaló a Rosario, que permanecía junto al autobús, recogiendo los fardos que su madre la enviaba desde lo alto.

Doña Mariana sonrió.

-¡Buena pieza está hecha la Rosario!

Se habían mirado, un instante, las dos mujeres. Carlos vio cómo la costurera saludaba tímida, sumisa, y escondía luego el rostro bajo el mantón. Fue muy rápido. Rosario dejó en seguida de existir para doña Mariana.

-Vámonos ya. No te preocupes de tu equipaje.

Le cogió del brazo, empujándole. La sirvienta traspasó a Carlos el paraguas y caminó detrás.

Bajaron por una calle estrecha y empinada, llena de tiendas pequeñas con la mercancía asomada a las puertas. Doña Mariana seguía preguntando, y Carlos respondía. Pudo ver alguna cabeza que fisgaba a su paso,

que le examinaba, que se volvía para comentar con alguien escondido en la sombra. Llegaron a la orilla del mar, pasaron el largo puente y se desviaron de la carretera, por una calle adoquinada que bordeaba la playa.

-¿Recuerdas mi casa? -preguntó doña Mariana.

-No. Casi no recordaba la mía -respondió Carlos señalando el pazo encaramado en el roquedo, enfrente de ellos-. Hubiera pasado sin verla, pero aquella muchacha del autobús me la enseñó.

-Tu casa está hecha una ruina. El tiempo que pases aquí serás mi huésped.

Carlos se estremeció. ¿Si también doña Mariana, como su madre, como Zarah, pensaría gobernarle y someterle a decálogo? Instintivamente se soltó de su brazo y miró su perfil. Parecía enérgica e inteligente. Los rasgos, un poco duros; pero quizá en su juventud hubiera sido hermosa. Se parecía al retrato de Germaine que traía en la maleta para entregarle.

-Quizá me quede poco tiempo. Aquí...

Hizo un gesto vagamente negativo.

-Es natural. ¿Qué vas a hacer en Pueblanueva? Tengo ganas de oír tus proyectos. Esto es el último rincón del mundo: sólo una vieja loca como yo puede vivir aquí, pero aún me queda bastante que hacer.

Habían llegado. Carlos miró la casa y se sorprendió. Era un edificio grande, con fachada de piedra labrada, muy francesa y neoclásica en las líneas, muy proporcionada: ventanas pintadas de blanco, ancha de zaguán. Se continuaba en una tapia encalada hasta el final de la calle: por encima de las bardas asomaban las copas de unos magnolios. No había en ella nada de pueblerino, menos de aldeano. En el fondo del zaguán, relucían los cobres de la puerta interior. Un enorme felpudo cubría el suelo. De las paredes laterales colgaban dos farolas de bronce.

La criada se adelantó a abrir, y doña Mariana empujó suavemente a Carlos. Había acudido otra criada, joven, que sostenía la puerta y saludó al entrar: «Bienvenido, señor», como si la hubieran ensayado. Carlos se vio ante un enorme espejo colgado en el vestíbulo. Se vio modesto y escueto, con sus pantalones arrugados y su chaqueta de pana deslucida, al lado de doña Mariana, elegante y anticuada, y se sintió inferior. Todo cuanto le rodeaba era rico y sólido. Ni siquiera lo que recordaba de su casa podía compararse. En el espejo, su figura y la de doña Mariana contrastaban, y, sin embargo, había entre las dos algo de común, además de la facha. Ella también miraba al espejo.

-Eres como tu padre. Claro que él vestía mejor que tú, pero os parecéis.

-Usted sabe que yo no lo recuerdo.

-No puedes recordarlo. Apenas tenías un año cuando... cuando murió.

-¿Cuándo murió?

Iba a añadir: ni usted ni yo sabemos cuándo murió mi padre. Pero decidió callarse. Decirlo, significaba iniciar con doña Mariana un modo de conducirse que quizá fuese inoportuno; que lo era, sin duda, en aquel momento, mientras ella le sonreía, con verdadero afecto, desde el espejo.

-Tienes preparado el baño, y lista una habitación que da a la mar. Te gustará. Mientras te bañas, habrán llegado las maletas. Muévete en mi casa con entera libertad. No es un ofrecimiento; es un ruego.

El gesto de él, al darle las gracias, quería decir claramente: ¿por qué guarda usted conmigo tanta cortesía? Soy, para usted, un desconocido.

-No somos apenas parientes -añadió ella-, pero tu padre y yo fuimos amigos, y tú eres la única persona que me interesa en el mundo.

Decir a Carlos: «Eres la única persona que me interesa en el mundo», no podía formar parte de las fórmulas corteses; pero a Carlos, más que las palabras, le había sorprendido el tono con que doña Mariana las había dicho, casi abrazándole otra vez -con las palabras, porque su tono era como si abrazasen, como algunas palabras que deben decir las amantes o las madres-. No cabía duda de que, formal y realmente, él era la única persona que interesaba a doña Mariana, pero, ¿por qué? Lo pensó mientras su cuerpo se demoraba en el agua caliente, mientras se friccionaba y secaba. No sabía por qué. El amor de doña Mariana tenía que ser el resultado de sucesos pretéritos, de sucesos ignorados, de vidas anteriores que él desconocía, que aparecían ahora en el ardor de unos ojos y en el temblor de unas palabras. «Eres la única persona que me interesa en el mundo.»

Llamaron a la puerta del baño, y la mano de la criada introdujo púdicamente su traje planchado, una muda interior, una camisa limpia. Mientras se vestía, paró mientes en que las paredes estaban revestidas de caoba y no de mármol o azulejos. «Un baño antiguo, el baño de personas que desconocen la ducha fría como fuente de salud y la higiene como obligación moral, para quienes el agua caliente es un placer debilitante.» Carlos solía ducharse en una habitación con cuatro tonos de blanco; se duchaba muy deprisa, porque a las nueve tenía que entrar en la clínica, y Zarah, que siempre remoloneaba unos minutos en la cama, pedía a gritos que le dejase el sitio. El agua fría y la prisa no le permitían entonces pensar. Pensar, lo que se dice pensar, así por las buenas, libremente, no se lo habían permitido nunca, ni su madre, ni Zarah, ni sus maestros. Todos habían actuado como duchas frías y urgentes. Habían separado lo importante de las bagatelas, y habían dicho: por aquí, sólo por aquí, para llegar a esta conclusión, que es la verdad. La verdad en forma de ducha fría. Quizá, bajo la ducha fría, las palabras de doña

Mariana no hubieran vuelto a su memoria ni las hubiera analizado; no las hubiera hallado incomprensibles, o al menos aparentemente fuera de lugar. Concluyó que el baño caliente no era tan perjudicial como decían: su cuerpo descansaba y había podido pensar, pero de otra manera, dejando que el pensamiento fuera y viniera, fluente y libre, no por un cauce predeterminado.

Pues no estaba tan mal, así vestido, con las mismas ropas del viaje, sus únicas ropas, que parecían otras después de cepilladas y planchadas. Se vio en el espejo. La suntuosidad de la caoba parecía pedir, sin embargo, otro sujeto: un sujeto envuelto en batín de seda, con pañuelo al cuello, con tupé y bigotes engomados, quizá con un monóculo. Pero él no estaba mal. Hizo el nudo de la corbata un poco más abajo de su lugar, para esconder las partes deslucidas del tejido, y salió al pasillo. La criada joven, cuyo nombre ignoraba todavía, esperaba junto a la puerta.

-¿No quiere nada más el señor? ¿No necesita nada?

Hablaba en un castellano forzado, de fonética abierta y dura, como Rosario, la chica del autobús.

-La señora le espera.

Entró en el comedor. Se detuvo un momento, sorprendido. Era grande, rico, lujoso; buenos cuadros en las paredes y mucha plata en las vitrinas. Pendía, sobre la mesa, una gran lámpara de cristal. Todo francés y antiguo. Sus recuerdos de Pueblanueva no casaban con aquella suntuosidad. .

-Pareces otro.

Dijo que sí con la cabeza. Doña Mariana se había sentado a la mesa, y le señalaba un lugar junto a ella. Sonreía abiertamente, con una sonrisa que abreviaba circunloquios, que parecía suprimirlos. Carlos fue a sentarse. Hizo un gesto con las manos que, al mismo tiempo que aceptaba, mostraba su incomprensión. Añadió:

-Es usted muy amable conmigo.

-¡No, hijo! Por ahora, no lo soy contigo, sino con tu padre.

Carlos sonrió.

-¿Herederero?

-Tu padre fue el mejor hombre del mundo.

Todo aquello podía reducirse a fórmulas conocidas, pero, por algo muy atractivo que había en el rostro de doña Mariana, prefirió dejar para más tarde cualquier meditación sobre el asunto. Doña Mariana le sonreía, le miraba, le hablaba abiertamente. Todo era en ella franco y simpático, y el tono de su voz conservaba la calidez. «Alguna vez -pensó Carlos- habló a mi padre así. No debo hacerme ilusiones.» Se le pasó por las mientes organizar un sistema de cautelas, pero apenas pudo iniciarlo.

-Naturalmente, tú lo ignoras. Probablemente no sabes nada de tu padre, y lo que puedas saber no le será favorable. Es cierto. Tu padre

desapareció cuando eras niño, y no se volvió a saber de él. Tu madre...

-Mi madre me habló de él muy pocas veces.

-... tenía toda la razón para odiarlo, y no seré yo quien se lo discuta. Sin embargo, tu padre fue el mejor hombre del mundo. Desapareció por un exceso de bondad.

La criada había entrado con la sopa, y la servía. Cuando salió, doña Mariana continuó hablando.

-Lo has ignorado siempre. Quizá eso haya estado bien cuando fuiste un niño, porque te hubiera perjudicado escuchar de tu madre palabras violentas contra tu padre. Ella supo callar, porque creyó que era su obligación, y siempre la he admirado por eso. Pero hace unos años que debieras saberlo todo. No se puede cortar a un hombre toda relación con el pasado, no se puede mandar a nadie por el mundo sin raíces, como tu madre quiso hacerlo. Aunque el pasado sea doloroso, aunque hayamos de avergonzarnos de él, nos pertenece tanto como le pertenecemos, y tenemos derecho a conocerlo.

Tomó un sorbo de sopa.

-Tu madre no quiso nunca que vinieses aquí, y tenía, a su modo, razón. No debes venir para quedarte. Pero yo, ahora, me alegro de que hayas venido, porque lo que aquí puedas saber y conocer te hará más hombre.

Le miró con una sonrisa jovial, por encima de las gafas.

-Quizá entonces dejes de ser para mí el hijo de Fernando, y seas Carlos.

Carlos, sin embargo, no sonreía, ni la miraba siquiera. Con la vista baja, revolvía inútilmente la sopa con la cuchara. Sus cautelas no le habían servido para evitar una conversación de tema imprevisible y cuyas causas no podía imaginarse.

-No esperabas esto, ¿verdad? O, al menos, no lo esperabas tan pronto.

-Desde luego, no lo esperaba.

-Es posible que haya sido un poco brusca, y que las conversaciones serias debiera haberlas dejado para más tarde o para dentro de algunos días. Pero, ya lo ves, salió solo. No obstante, no hay por qué hablar de esto ahora.

-Sin embargo, hemos comenzado.

-He comenzado yo, porque tú no has dicho nada.

-Estoy algo confuso. Lo inesperado no es sólo que me hable usted de mis padres. Usted misma es inesperada.

Doña Mariana rió.

-En cuatro años de correspondencia, tuviste tiempo de darte cuenta de que soy una vieja loca. Pero, loca o no, soy la única superviviente de unos acontecimientos a los que debes la vida. Si te los ocultase, andarías por el mundo como un hijo de nadie. Porque yo pienso que no basta tener un

nombre, y aparecer en un registro como hijo de Fulano y Fulana. Fulano y Fulana son siempre algo más que ¡in nombre, y es por ese algo por lo que somos verdaderamente hijos de nuestros padres. Lo demás...

Se interrumpió. Tomó apresuradamente unas cucharadas de sopa, pero no era la sopa lo que importaba en aquel momento.

-Yo, por ejemplo -dijo luego, con sencillez-, he tenido un hijo que no tiene mío más que la vida física y el dinero.

Entraba la *Rucha* con el pescado, y doña Mariana volvió a enmudecer. Cuando quedaron solos de nuevo, Carlos le respondió:

-Creí que era usted soltera.

-Lo soy.

Carlos bajó la voz al responder.

-No creo haber dado lugar, ni haber pretendido, que usted hiciera una confidencia de esa naturaleza.

-Lo primero que te dirán en Pueblanueva -Interrumpió ella, como sin darle importancia- es que doña Mariana Sarmiento ha tenido un hijo de soltera. Tienen necesidad de decirlo a todo el mundo, y más a ti. Te lo dirán, además, bien adobado de mentiras. Pero, aunque así no fuera, te lo hubiera dicho igual. Acabarás comprendiendo por qué, entre nosotros, las cosas tienen que quedar claras, y es natural que sea yo la que empiece.

Entraba otra vez la *Rucha*.

-Ahora bien: todo esto puede quedar para más tarde. Empiezo a pensar que ha sido prematuro. Yo debía de haberte preguntado cosas tuyas. No sé nada de ti, y quiero saberlo todo, o quizá necesite saberlo.

Dejó sobre el plato los cubiertos, y, mientras la *Rucha* retiraba el servicio, ella permaneció en silencio, con la cabeza un poco baja.

-Nunca se te ocurrió pensar que fueras tan importante para una persona que apenas te conocía, ¿verdad?

Carlos meneó la cabeza.

-Comprendo, sin embargo, que no es por mí mismo, sino que el interés de usted, como antes dije, lo recibo en herencia. ¿No es eso?

Rió, sin forzar la risa, sin reticencia. Doña Mariana rió también, y añadió algo como «¡Ya seguiremos hablando!». Bebió un sorbo de vino, y, mientras bebía, miraba a Carlos, ofreciéndole el brindis. Él bebió también.

-No sé por qué me parece que vamos a entendernos. Y me alegra, caramba, ya lo creo que me alegra. Tenía un poco de miedo a tu llegada. Eso de ser médico de locos da cierta importancia, y pudiera suceder que tú te la dieras y te parecieran enojosos mis sentimientos.

Para tomar café, le llevó a una salita tan elegante como el comedor, pero menos solemne y más graciosa. Habían encendido la chimenea, pero ellos tomaron asiento alrededor de la camilla. Carlos se fijó por

primera vez en que no había luz eléctrica, sino candelabros con velas, cuyo uso diario parecía evidente, y quinqués de petróleo. Doña Mariana le explicó que la luz eléctrica le molestaba, y que el quinqué y las velas le gustaban más.

-Y no hallo razón para privarme de lo que me gusta. Por otra parte, así estaba mi casa cuando la heredé; y así quedará cuando muera. La única novedad es ese gramófono que ves ahí, con esa horrible corneta verde. Comprendo que desentona, pero a mí me han gustado siempre la ópera italiana y los cuplés picarescos, y cuando quiero oírlos, como ya no voy al teatro, los toco en el gramófono, y ya está.

Se levantó rápidamente, cogió un disco al azar y lo puso sobre el platillo. El gramófono empezó a cantar:

¡Ay qué tío tan atroz!
¡Qué pellizco más feroz!,
me dio en la parte posterior saliente,
que me dejó toda la región doliente;
pero luego se calmó...

-¿No te divierte? -dijo, riendo, doña Mariana.

Carlos confesó que sí.

-No creas que sólo escucho frivolidades. Por ahí andan Anselmi, Caruso, Tita Ruffo, *El Toreador*, el *Spirito Gentile* y todo lo que nos entusiasmaba en el Real cuando yo era joven. Pero no vivo de recuerdos. Estoy encantada de mi edad, tengo muchas cosas que hacer todavía, y me queda muy poco tiempo para la nostalgia.

Los nombres de los tenores habían recordado a Carlos su visita a Gonzalo Sarmiento y los retratos de divos recortados de revistas.

-Es curioso. La afición a la ópera, ¿es cosa de familia?

-¿Por qué?

-Todos estos tenores que usted acaba de nombrar, y muchos más, los he visto retratados en casa de su pariente.

-¿Quieres decir en casa de Gonzalo? ¡Dios mío! ¡No había vuelto a recordarle! ¿Le has visto? ¿Cómo es Germaine?

-No lo sé. Está en un colegio de Normandía y no he podido verla, pero traigo un retrato suyo. Espere un momento.

Salió a buscar el retrato y se lo entregó a doña Mariana. Ella quedó un rato mirándolo, con las gafas montadas sobre la nariz, muy hacia la punta.

-Es linda, ¿eh?

Carlos asintió.

-Si su padre no fuese un cabezón, esta chica estaría conmigo hace mucho tiempo. Es mi única heredera.

Carlos relató su entrevista en la casita de Montmartre.

-Gonzalo es un imbécil. Lleva treinta y cinco años en París. Quiso ser escritor y no pasó de mendigo. Tuvo que vender de su patrimonio y ahora vive de lo que le mando. Lo hago por la chica, no por él. Y en estas condiciones, se atreve a rechazar mis ofrecimientos. ¿Qué piensa? ¿Que yo no sabría educar a mi sobrina, o que Pueblanueva es poco para ella?

-Tengo la impresión de que su primo vive con alguien. No estaba muy tranquilo conmigo, y deseaba echarme cuanto antes. Era evidente que quería ocultarme algo.

-Puede suceder que se haya vuelto a casar o que...

Se encogió de hombros.

Allá él. Cuanto antes se lo lleve la trampa, mejor para su hija.

Cambió de conversación. Hizo preguntas a Carlos sobre su vida en Viena y en Berlín. Viena, sobre todo, le interesaba.

-Estuve allí hace mucho tiempo. Era una ciudad hermosa y divertida. ¿Lo es todavía?

Doña Mariana se refirió a lugares que Carlos desconocía casi enteramente.

-Hermosa sí, pero también triste. La estropeó la guerra.

-Entonces, hijo, ¿qué vida hacías allí?

-La de estudiante pobre.

-Pero ¿no has sentido nunca el deseo de salir de la pobreza, de vivir de otra manera? Tu padre no era así. -Señaló con un gesto el gramófono y los discos. -Hemos ido mil veces juntos a la ópera, cuando él estaba en Madrid. Era un gran tipo tu padre, y le sentaba muy bien el frac.

-Le confieso que, a mi llegada a Viena, también me tiraba esa vida, y alguna vez he alquilado un *smoking* para ir a los conciertos de gala, pero después...

-¿No te alcanzaba el dinero?

-Simplemente dejó de gustarme.

-Y, ¿cómo te decidiste a regresar?

Estuvo a punto de declararle su curiosidad por lo que se ocultaba detrás de una puerta tapiada, pero prefirió mentir.

-Necesito encerrarme una temporada. Si he de ser catedrático...

-¿Tienes novia? -le preguntó doña Mariana de sopetón.

Carlos vaciló de manera visible.

-Novia, o amante, o algo así. No te avergüences de decirlo, porque carezco de prejuicios.

-Había una mujer de la que deseaba separarme.

-¿La quieres?

-No. No creo haberla querido nunca.

En los ojos de doña Mariana resplandeció una rápida alegría. -Una de las cosas que temía era que una mujer tirase de ti, y sin embargo, sería lo natural.

III

Fue doña Mariana quien indicó la conveniencia de darse una vuelta por la casa de Carlos, para que viese cómo estaba aquello. Mandó que engancharan su coche, anticuado, que a Carlos parecía delicioso, y dando un rodeo por la carretera, llegaron al patio. Estaba cerrado el gran portón de hierro de la entrada. Lo abrieron entre Carlos y el cochero, con ruido de hierros desvencijados. El coche fue dando tumbos, por la avenida embarrada, hasta la puerta de la casa, que también hubo que abrir entre dos. Se fijó Carlos en el Jardín, cuya traza se perdía por la invasión de zarzas y saúcos nacidos en todas partes; en la hiedra que trepaba por los troncos y las paredes; en las verbenas crecidas en los aleros y en las juntas de las piedras.

El zaguán, y la casa toda, olían a humedad. Faltaban, algunos cristales en las ventanas; las cortinas se habían descolgado por alguna parte, y así pendían, movidas del viento. Crujían los entarimados, y las puertas, al abrirse, cantaban sobre los goznes una canción perezosa y monótona. Los muebles, grandes, sin brillo, con las tapicerías deslucidas. Los vidrios de los cuadros habían perdido transparencia. Había, en todas partes, desconchados, manchas de humedad. Entraron en el sobrado; el piano atrajo a Carlos: le, abrió y tocó una escala. Sonaba mal. Se volvió hacia doña Mariana.

-Esto es una ruina.

-En todo caso, no me parece lugar adecuado para ti, si piensas encerrarte a estudiar. Eso necesitará, por lo menos, un poco de calor, y aquí hace un frío que hiela.

Se sopló los dedos a través de los guantes.

-Debe darte mucha tristeza, si recuerdas cómo estaba la casa cuando eras niño.

-No recuerdo nada en absoluto. Es decir...

Miró a su alrededor.

-Por alguna parte había una puerta cerrada. Mi madre hizo venir a un albañil para que la tapiase. Es lo único que recuerdo con toda claridad.

Doña Mariana se echó a reír.

-No puede ser la habitación del fantasma. En Pueblanueva nunca los hubo, y menos en tu casa. Sería algún capricho de tu madre.

Señaló un rincón del estrado.

-Si el piso estaba tan podrido como ése, no fue más que una precaución razonable.

Carlos se encogió de hombros.

-Lo único que sé es que era la habitación de la torre.

Doña Mariana se había sentado, con cautela, en un sillón. Levantó el rostro hacia Carlos.

-Entonces -dijo, con repentina seriedad- lo que tu madre quiso fue ocultarte el lugar donde tu padre pasó diez años de su vida, antes de casarse, y casi todo el tiempo que estuvo casado. Sigue siendo una precaución razonable. Por lo mismo, te alejé de Pueblanueva cuando fuiste bachiller, y no te permitió volver.

Carlos se sentó también, y permaneció unos instantes en silencio.

-Es curioso. Desde hace un par de meses, el recuerdo de esa puerta tapiada no se aparta de mí. No olvide usted que, entonces, trabajaba en una clínica de Berlín. Me hubiera sido fácil pedir a un compañero que me escuchase y que me ayudase a esclarecer las razones por las que aquel recuerdo, olvidado tantos años, volvía a la conciencia, y por qué precisamente éste y no otro. Sabe Dios las cosas que hubieran salido a relucir, pero, en principio, yo no debía temerlas. Por el contrario, me hallaba en la obligación profesional de sacarlas a luz y de curarme de ellas, porque a un psicoanalista en ejercicio le está vedado, al menos teóricamente, padecer complejos de cualquier clase. Sin embargo, no lo hice, ni pensé hacerlo; y no porque temiese descubrir un mundo de recuerdos monstruosos, que me avergonzase o me destruyese, sino porque preferí dejar que reviviera el recuerdo y marchara solo, a ver a dónde me conducía. Fue, en cierto modo, una experiencia hecha sobre mí mismo. Y ya ve usted a dónde me ha traído.

Sacó un pitillo y lo encendió.

-Yo he creído siempre que hay cierta clase de hombres que va a donde quiere; y que otros van a donde les llevan las circunstancias. Me tuve siempre por abúlico, y lo soy. Pero esto de ahora me hace pensar en el Destino.

Doña Mariana dio un respingo.

-No se asuste -continuó Carlos-. Una mujer que tenía ciertos proyectos sobre mí, me había trazado un camino que incluía también la muerte, una muerte casi a plazo fijo. Si yo no hubiera recordado la puerta que mi madre mandó tapiar, hubiera continuado al lado de Zarah y dentro de unos años hubiera muerto con ella. Le aseguro que estábamos recia-mente atados, no por amor, ni siquiera por la costumbre, sino por una especie de sumisión tácita que yo no estaba capacitado para discutir; la voluntad de Zarah era más fuerte que la mía y si yo hubiera querido abandonarla por una decisión consciente, no hubiera podido. Sin

embargo, algo tan tenue como un recuerdo nos ha separado. Y ahora resulta que el recuerdo me trae a un pasado que no me preocupó jamás, sin el que hubiera podido vivir tranquilamente; justo frente a lo que mi madre quiso alejar de mí y usted pretende que yo conozca. ¿No lo encuentra un poco raro? A mí, por lo menos, me llena de perplejidad. Soy un hombre de ciencia; puedo creer o no en la libertad, pero jamás he creído en el Destino. El Destino no es un factor científico.

Dio un par de chupadas al pitillo. Doña Mariana había enmudecido y le escuchaba con atención; parecía querer sacarle las palabras con la mirada.

-¿No dice usted nada?

-¿Qué quieres que te diga? -hizo una pausa y sonrió-. Hablas de cosas que no entiendo.

-Pero puede comprender, al menos, que me hallo en un brete. Acaso detrás de esa puerta no exista más que una habitación vacía. Sé, por lo menos, que no estará allí el cadáver de mi padre, ni nada melodramático. Habrá, todo lo más, huellas de su vida, o quizá ni eso, sino sus trajes y sus zapatos, lo que dejó al huir y que mi madre escondió para que yo no le hiciese preguntas molestas. Pero queda lo que usted sabe. Tengo que elegir entre abrir la puerta y escucharla a usted, o dejar la puerta como está y rogarle que se guarde sus historias. Tengo que elegir y no me siento libre de hacerlo, porque ahora mismo la curiosidad puede más que yo. Una curiosidad, si se quiere, científica. Necesito explicarme lo que, de momento, me resulta inexplicable.

-Yo dejaría de hurgar en la razón de las cosas.

-O en su sinrazón. Pero sucede que no puedo portarme de otro modo.

-¿Tu madre?

-Lo que soy, y cómo soy, se lo debo a ella, a su voluntad imperiosa, constante, implacable. Pero, entiéndame, por favor. Jamás mi madre pudo desear que yo me dedicase alguna vez a destripar las cosas. Jamás pensó que, por obedecerla, pudiese llegar un día en que yo, antes de vivir, piense sobre la vida, y quizá la deje luego inservible para vivirla, a fuerza de pensar en ella. Antes le dije que hubo una mujer. Si yo no hubiese analizado mis relaciones con ella y la realidad de mis sentimientos, habría sido feliz a su lado. Me temo que, inevitablemente, estropearé cualquier sentimiento o cualquier situación que pueda hacerme feliz. Mi madre no quiso esto, sino todo lo contrario. Quería que yo fuese feliz, pero pensó que mi felicidad consistía en aquello que la hubiese hecho feliz a ella. Quería que yo tuviese una gran carrera y que fuese un hombre importante. Esto no lo consiguió, pero me puso en el camino de llegar a ser, no sólo lo que soy, sino cómo soy. Lo hizo -añadió con un tono de amargura- con la mejor voluntad maternal del mundo, pero sin dar lugar a escapatoria.

-Tienes idea de sus sacrificios para darte carrera?

-Los imagino.

-Son inimaginables. Fueron...

Se estremeció, y comentó que hacía mucho frío.

-Vámonos, si usted quiere -respondió Carlos.

-No. Puedo aguantar un poco más si abres un armario que hay en la habitación de al lado y sacas de él una manta y me la echas por las piernas.

Lo hizo Carlos. Doña Mariana se arrebujó.

-Mira. Antes de casarse tu padre, estuve en esta casa muchas veces. Después de su matrimonio, en vida de tu madre, sólo tres, todas por tu causa. Tu madre había sido mi amiga antes de casarse. Cuando tu padre desapareció, vine a verla, y me echó con cajas destempladas. No tenía razón desde mi punto de vista, pero acaso la tuviera desde el suyo. Después, cuando te envió a estudiar a Santiago, volvía verla. Ella quería vender todo tu patrimonio para pagarte los estudios: las tierras, los pinares, y esta casa si fuera menester. Y yo, que lo supe, vine a decirle que no lo hiciera. Le ofrecía el dinero necesario, todo el que quisiera, y lo rechazó: volvió a echarme, con las mismas palabras de quince años antes, y por las mismas razones. Yo la hubiera mandado a paseo si no existieras tú; y tú, por su orgullo o por su capricho, estabas a punto de quedarte sin nada. Fíjate bien: no me había importado si fuesen otra clase de bienes; pero éstos, tu casa, las tierras, los pinares, todo lo que había sido de tu padre, tu padre lo había amado. Yo tenía que evitar que fuera a parar, por cuatro cuartos, a manos de los Salgados, que es lo que tu madre pretendía; y como podía impedirlo, lo impedí. Finalmente, volví, la tercera vez. Le hice ver que no conseguiría dinero, y que despojarte de lo tuyo, aunque fuese para darte carrera, era un disparate. Tuvimos, aquí mismo, en este sobrado, ella ahí y yo aquí, una disputa violenta, pero acabó cediendo. Entiéndeme. No aceptó el dinero que le ofrecía, pero sí accedió a trabajar para mí. Durante muchos años, casi hasta su muerte, bordó juegos de cama y mantelerías para mi casa, y ropa interior para mí, que le pagué como a cualquier bordadora porque no aceptaba un céntimo más. Con ese dinero, y con lo que daban tus tierras, pudiste estudiar en Santiago y en Madrid, y te envió algún dinero a Viena.

Hizo una pausa.

-Si ahora me dijeras que no le estás agradecido, te despreciaría.

Carlos había escuchado con la cabeza baja, como avergonzado.

-La he querido mucho -respondió-. La habría querido más si no me hubiera apartado tan pronto de sí. La habría querido más aún si no me hubiera convencido, desde niño, de que el amor se manifiesta en la obediencia. La amé obedeciéndola. Fui a donde quiso, estudié para médico porque lo quiso, y si mi marcha a Viena fue de mi gusto, lo fue también

del suyo. Cuando murió, hacía largo tiempo que no la veía, pero todas las semanas recibía su carta. Me daba órdenes y reglas, sólo órdenes y reglas, y yo las seguía. Las seguí durante mucho tiempo después de su muerte. Agradezco a mi madre lo que hizo, y me conmueve, pero...

Se interrumpió un momento; alzó la cabeza y miró a doña Mariana.

-...tengo que preguntarme si el sacrificio de mi madre sirvió de algo.

-A ella la hizo feliz.

-Bien. Lo que usted acaba de contarme me duele en el corazón, pero es indudable que si mi madre viviera y me escuchase, en el caso de que yo me atreviera a ser franco con ella como lo soy con usted, se sentiría defraudada. No sólo no soy lo que ella quería, ni como ella quería, sino que no puedo serlo. Además -añadió- no me importa.

Se levantó, dio unos pasos por la habitación con las manos metidas en los bolsillos de la americana y la punta apagada del pitillo entre los labios. Se acercó luego a la ventana y miró al exterior, silencioso. Se volvió de pronto.

-Pero no debe usted despreciarme. Sería injusto. Yo he amado a mi madre y la he obedecido, pero ella se equivocó. Ahora tengo treinta y cuatro años y me parece tarde para empezar de nuevo. Lo único que me queda de estos años pasados es eso que a usted le sorprende: la manía de analizarlo todo. Es un hábito del que ya no podré apartarme nunca, por mucho que haga. Y lo malo es que me conduce siempre a conclusiones en las que no creo.

Sacó otro pitillo, lo encendió, sopló sobre la cerilla y se quedó mirando el humo.

-Y; sin embargo...

Arrojó la cerilla.

-No importa que usted no entienda bien lo que voy a explicarle. Necesito pensarlo y decirlo, y usted está ahí, usted me ha traído a esta situación, y..

Se interrumpió y sonrió.

-... usted está bien tapada con tina manta. Puede escucharme. Necesito juzgar, desde mi situación presente, un acontecimiento pasado.

-Quizá -interrumpió doña Mariana- no sepas aún lo suficiente para juzgarlo. En esa historia que acabo de contarte hay más capítulos.

-No se trata ahora de ella. Por otra parte, tampoco debo juzgarla... todavía. Se trata sólo de que, en esta situación a que he llegado, una ocurrencia insignificante cobra una importancia inesperada y un sentido inexplicable. Perdóneme si vuelvo a la puerta tapiada. Si, como le expliqué antes, yo le hubiera dicho a un compañero de clínica, o a un maestro: «Me pasa esto», él hubiera descubierto en seguida la causa, y asunto concluido. Habría vuelto a olvidar la puerta. Pero no lo hice. Entonces, para mí, aquella determinación se me antojó un ejercicio libre de mi

voluntad en un terreno incontrolable. Ni siquiera Zarah podía obligarme a psicoanalizarme, porque se lo oculté también. Cultivé el recuerdo como se cultiva una planta y esperé. Hace cuatro días, en París, creí deberle mi libertad, pero ahora resulta que mi acto de voluntad está en conexión, no con mi vida personal, no con lo que sé de mi vida, ni con lo que hasta ahora he esperado de ella, sino con la de usted y con lo que usted quiere de mí, que no sé lo que es, pero que, en todo caso, no es lo que he querido yo. Esto es inexplicable. Es muy fácil responder: sucede así por casualidad, pero yo no creo en la casualidad.

Doña Mariana había escuchado con muestra de entenderle enteramente. Cuando Carlos terminó, ella se encogió de hombros.

-Lo que no me explico, criatura, es por qué te haces cuestión de esto. ¿Qué más dan los porqués, si es que existen? Lo importante, a mi juicio, es que, si te hablo de tu padre como deseo, tu vida puede cambiar; y ahora que ya has hablado un poco de ti, deseo ardientemente que cambie, porque no me gusta: ésta es la cuestión. ¿Para qué romperse el caletre con las otras? Te aseguro que me sorprende que se te hayan ocurrido. En mi cabeza, desde luego, no caben.

-Sin embargo, para mí, esclarecer lo que no entiendo puede suponer también un cambio de vida. Algo así como si un hombre que no cree en Dios se lo encuentra, de pronto, en la mesa del café.

-¿Tú crees en Dios?

La mano de Carlos, que llevaba un nuevo cigarrillo a la boca, se detuvo a medio camino.

-¿Por qué lo pregunta?

-Es que yo no creo.

Lo hubiera esperado Carlos de cualquier otra persona; pero de pronto comprendió que ya se había hecho una idea de doña Mariana, y que en ella no cabía una confesión paladina de ateísmo. La sorpresa se le trasladó en el rostro.

-En cualquier caso -tartamudeó-, eso no importa.

Doña Mariana sacudió la manta que le cubría las piernas, y se levantó.

-Vámonos.

Pero permaneció frente a Carlos, mirándole a la cara, y le puso una mano encima del hombro.

-Ya lo creo que importa. Precisamente porque no creo en Dios es por lo que necesito que me juzgues.

-¿Yo?

-Tú, Carlos Deza, hijo de Fernando y de Matilde, a quienes hice daño: -Eché a andar hacia la puerta, y la madera del piso crujió bajo sus pasos. El suelo se movía suavemente, como un barco mecido por la resaca. Se movía con música. Carlos tardó en seguirla unos segundos.

El resto del día transcurrió como si no hubiera pasado nada, como si ciertas palabras no se hubieran pronunciado, y no porque Carlos hurta-se el bulto a las consecuencias, sino porque doña Mariana parecía haber-las olvidado, o, en todo caso, hacía como si las olvidase. Durante el regre-so, habló a Carlos de la situación de sus propiedades, cuyas rentas ella había doblado con gran esfuerzo, pero sin que el resultado fuese el que debía esperarse. «Tu padre -dijo también- carecía de sentido para el dine-ro. Resulta ridícula la cifra de algunos arrendamientos, y ahora, con esas leyes que dan los republicanos, es muy difícil subir las rentas.» Llegaron a casa, y mandó que preparasen la merienda. Preguntó a Carlos si té o chocolate; Carlos dijo que té, y lo sirvió la Rucha. Siguieron hablando de intereses, o, mejor, siguió doña Mariana refiriéndose a los de Carlos y al poco tino con que sus tierras se habían explotado. Después de merendar, puso unos discos, y por ahí sacó la conversación de la música. «Tú toca-bas el piano, verdad?» Carlos le respondió que sí, y entonces ella le invi-tó a que tocase un poco. Lo hizo Carlos. Mientras tocaba, la observó. Ni una sola vez pareció ensimismarse o dejarse arrebatarse por pensamien-tos, sino que permanecía despierta y atenta a la música. Preguntaba, y Carlos le respondía. Lo que más le gustaban eran los vales de Viena. «¡Qué quieres, hijo mío! Son de mi tiempo.» Carlos tocó los más conoci-dos, y alguno nuevo que recordaba vagamente y que reconstruyó con esfuerzo. «Esto del piano, si no recuerdo mal, lo aprendiste por disposi-ción de tu madre.» Así era. «¿No te gusta?» Sí; a Carlos le gustaba la música.

-Ya ve usted. Si a mi madre se le hubiera ocurrido hacer de mí un músico, lo hubiera conseguido. Pero aprendí a tocar el piano porque, según mamá, es una especie de adorno bonito para un hombre. De todas maneras, lo que sé me ha bastado. No soy un gran pianista ni lo seré nunca, pero, para mis fines particulares, me defiendo.

-Es curioso -dijo doña Mariana-. Que yo recuerde, a ninguno de mis abuelos, ni tampoco a los tuyos, se les ocurrió jamás dedicarse a otra cosa que no fuera la política o su hacienda. Pero ya tu padre fue un tipo raro: tuvo un gran porvenir político y lo desdeñó. Los últimos años de su vida se los pasó escribiendo. Después, a mi primo Gonzalo le dio por la literatura y el periodismo, y les sacrificó su vida. Más tarde, el hijo de Quiroga salió pintor, tú eres un músico fracasado, y del hijo de Remigio Aldán, que también anda por aquí, dicen que es poeta, o que quiere serlo. ¿No encuentras esto un poco raro?

-Por lo que a mí se refiere, desde luego, no. Aunque, bien mirado, no soy un músico fracasado. Todo lo más, un psiquiatra fracasado. Lo que sucede es que mi madre me mandó aprender música para que, en las reuniones sociales, pudiera sentarme al piano y tocar un vals, y para que las señoras dijese: «¡Qué bien toca el hijo de Matilde!»; y, si acaso, para

que una chica de posibles se enamorase de mí; y yo lo que hice hasta ahora fue tocar para mí, porque me gusta; y, todo lo más, tocar para alguna persona que encuentre en la música el mismo gusto que yo. Pero le aseguro que, hasta ahora, no me ha proporcionado un buen partido para casarme.

-No eres ambicioso, ¿verdad?

-¡Oh, sí! Tengo algunas ambiciones; lo que me falta es pasión para realizarlas.

-¿Te acuerdas de Cayetano Salgado?

-Un chico rico que jugaba con nosotros, ano?

-Algo más que un chico rico, pero sí, es cierto: jugaba con vosotros; jugaba contigo y con Juanito Aldán. Ahora es el amo aquí. También él estuvo fuera, como todos vosotros. ¿Qué sucede, que todos os vais y luego volvéis? Pero Cayetano ha vuelto de otra manera. Estuvo en Inglaterra y en los Estados Unidos, se hizo ingeniero, ahora dirige los astilleros. Es muy rico, sabes?, más rico que yo. Cualquiera, en su lugar, hubiera elegido otro sitio para vivir. Los astilleros podría dirigirlos desde La Coruña, por ejemplo. Sin embargo, él vive aquí, aquí tiene su casa, y su madre, y su padre

Se interrumpió.

-A ésos también les hice daño, pero el juicio de Cayetano no me importa.

No esperó a que Carlos se apoyase en aquel inciso para volver a la conversación de la tarde, sino que continuó hablando de Cayetano y de sus astilleros, e incluso de su madre y de su padre. «Todo el que piensa vivir en Pueblanueva más de veinticuatro horas necesita saber a qué atenerse con esa gente, porque, quiéralo o no, se los tropezará.»

-Usted no parece quererlos mucho.

-¡Oh, no! Don Jaime es mi amigo, y aunque a su hijo le pese, mi administrador. Ya lo conocerás cualquier día. Una de las cosas que te dirán en seguida es que don Jaime Salgado es el padre de mi hijo. Esto no es cierto. Hace treinta y cinco años, cuando murió mi padre y vine a hacerme cargo de mi patrimonio, estos Salgados empezaban, tenían dinero, habían montado una pequeña factoría naval en que construían barcos de madera. Don Jaime era un buen hombre de negocios, pero Angustias, su mujer, ambicionaba algo más que dinero. Cada vez que un Churruchao vendía algo, ella mandaba a su marido que lo comprase.

Carlos la interrumpió:

-¿Un Churruchao? Alguna otra vez he oído ese nombre, pero no sé qué quiere decir.

-Los Churruchaos, hijo, somos nosotros; tú, y yo, y Juanito Aldán, y el padre Quiroga, y algún que otro bastardo pelirrojo que anda por ahí, por el campo.

-Una gran familia. Eso, al menos, me dijo en París Gonzalo. Y mi madre también me habló y me escribió muchas veces acerca de eso. No hablaba de los Churruchaos, pero ahora comprendo que se refería a ellos. Parece ser que mi obligación de ser un hombre importante tiene bastante que ver con mi pelo rojo y mis narices.

-¿Te has dado cuenta de que, desde tu llegada, es la primera vez que hablas con ironía?

-Perdóneme. Pero no puedo tomar en serio esas cosas. Vengo de un mundo en que ya no existen.

-Sin embargo, tienes el pelo rojo y las narices grandes, y eres largo y huesudo, como yo y como tu padre. Y como lo son y lo fueron muchos más.

-No he tenido ocasión de imponer mi criterio a la biología.

Doña Mariana se puso en pie.

-Ven conmigo.

Salieron. Por el pasillo, doña Mariana dijo:

-Tu padre nunca estuvo en el extranjero, y, además, aquéllos eran otros tiempos. Él se pasó muchos años de su vida escribiendo historias de Churruchaos. Ahora voy a enseñarte unos cuantos.

Abrió la puerta y entraron. Era un salón grande y oscuro. Doña Mariana lo atravesó y abrió las maderas: apenas entraba la luz del atardecer. Sin embargo, Carlos pudo entrever unos cuantos cuadros colgados en las paredes, diez o doce. Doña Mariana fue derechamente a la chimenea, y mostró a Carlos el que presidía. Era de una mujer.

-Ésta es Mariana Quiroga. Estuvo para casarse con un tatarabuelo tuyo, pero acabó casándose con el mío. Es una bonita historia de las que tu padre escribió. Tu padre decía que, gracias a esta mujer, nosotros, los Sarmiento, hemos sido enérgicos, realistas y positivos.

Carlos encendió una cerilla y la levantó sobre su cabeza, alumbrando el cuadro. Miró durante unos momentos el rostro delgado, decidido, despectivo, de Mariana Quiroga.

-Se parece a usted.

-¿Quieres con eso llamarme fea? -respondió doña Mariana riendo.

Carlos se disculpó.

-Lo soy ahora, de vieja, pero de moza no fui cosa despreciable. Tú mismo puedes verlo.

Fue hacia el extremo opuesto del salón, y mostró a Carlos un cuadro colgado sobre la consola.

-Así era yo a los treinta años.

Carlos encendió una cerilla.

-¿Le importa que use uno de estos candeleros? Usted lo merece.

Ella se lo alargó. A su luz, Carlos examinó el cuadro.

-Es un Sorolla-dijo ella.

A la luz del candelero se descubrían, si no los matices, al menos la figura: una Mariana joven, cuyo rostro se adelantaba, vigoroso, dominante, seguro de sí mismo. Decir que era bonita ponía límites demasiado estrechos a la realidad representada en el cuadro. Sin embargo, aquel rostro atraía, no por su perfección, sino por su vitalidad, contenida y como frenada por la sonrisa.

Carlos se volvió, y alumbró el rostro de doña Mariana.

-No compares -dijo ella sonriendo-. Lo de ahora es una ruina.

-Si eso que tiene usted que contarme de mi padre es que se enamoró de usted, me lo explico; pero si, además, me dice que lo abandonó todo por usted, o que por voluntad de usted fue vil o heroico, lo creeré mejor.

Doña Mariana movió la cabeza y sonrió con ternura.

-No tanto, hijo, no tanto.

-Usted me ha dicho repetidas veces que me parezco a él, y voy presintiendo que el parecido es más grande de lo que usted sospecha. Quizá, como yo, mi padre careciese de voluntad. En tal caso, habrá sido un cansancio para él entregarse a usted y limitarse a obedecer.

-Tampoco.

-Estoy describiéndole lo que yo habría hecho si usted se hubiera tropezado conmigo, y no es imaginación, sino recuerdo de una experiencia. Zarah es también una mujer fuerte, y yo, junto a ella, he sido vil, porque lo que ella me ofrecía lo era.

-Sin embargo, te has apartado.

-Todavía no sé cómo.

-Tu padre era débil, pero sólo aparentemente. Fue, como tú, capaz de dejar lo que le importaba, quizá lo que amaba, y esto le sucedió dos veces en su vida. Muchas veces he intentado entender su debilidad, que acaso no lo fuese, sino tan sólo falta de entusiasmo por lo que la vida le daba. Tu padre, como tú, pensaba mucho.

Carlos había dejado el candelabro sobre la consola. Doña Mariana encendió en sus velas las del candelabro parejo.

-Pero yo no quería hablarte de esto ahora. Te traje aquí para que vieres si tenía importancia el llevar en las venas una sangre y no otra. No me refiero, como puedes suponer, a importancia social, o a que tú y yo y todos nosotros nos pongamos a presumir de nobleza, porque todo eso va de capa caída; pero es indudable que el nacer de unos padres y no de otros da muchas cosas hechas, y otras, en cambio, las hace imposibles. Cuando uno nace, le regalan la figura y el temperamento: uno es guapo o feo según los padres que ha tenido; es fuerte o débil, es listo o burro. Yo vengo de Mariana Quiroga, que fue una mujer hecha y derecha, y por eso lo soy también. Si ella se hubiera casado con tu tatarabuelo y no con el mío, acaso ahora el fuerte serías tú, y yo no pasaría de ser una pobre y débil mujer.

Se sentó en un sillón.

-No vale de nada alegrarse o entristecerse por el pasado. Las cosas son como son y están bien así. Vosotros sois débiles y os da por pensar. Sois inteligentes y abúlicos. Ponen en vuestras manos una pera madura, y en vez de morderla, os echáis a investigar de dónde salió, y por qué no está en el árbol y sí en vuestras manos. A tu padre, lo que le gustaba era averiguar si comerse la pera era o no moral: nunca supo echar mano de lo que le apetecía, y eso que lo tuvo a su alcance...

Carlos permanecía apoyado en la consola. Miraba alternativamente a doña Mariana y a su retrato.

-Poco antes de casarse -continuó ella-, cuando vine a Pueblanueva, tu padre había descubierto ya la existencia de la otra Mariana, de ésa, y andaba muy interesado por escribir su historia. Venía todas las tardes a esta casa, revolvía papeles y merendaba conmigo. Me hablaba con entusiasmo de lo que iba descubriendo. Y resulta que no sólo tu tatarabuelo, sino varios tatarabuelos más, quisieron casarse con ella. Mariana Quiroga hubiera tenido que casarse alternativamente con un Aldán, con un Sarmiento, con un Deza, y con alguno de sus primos Quirogas, y dar a cada uno un hijo vigoroso; de esta manera, quizá todos vosotros seríais ahora fuertes y realistas como ella; no hubierais perdido el gusto de mandar, y no se os hubiera ido el pueblo de las manos. Pero aquellas gentes habrían visto mal que la chica se convirtiera en una especie de incubadora, y a ella misma no le hubiese apetecido. Por todo lo cual vosotros sois como sois, y yo estoy sola en el pueblo para hacer frente a los que quieren hundirnos.

Asió a Carlos de un brazo y lo atrajo hasta sentarlo junto a ella.

-Mira. A mí, los otros Churruchaos me importan menos. Allá ellos con su vida y con su destino. Pero tú me tocas más de cerca. No quiero que Cayetano te hunda como a los otros. Tu madre sospechaba que esto habría de suceder alguna vez, y por eso te alejó de aquí y quiso hacerte un hombre poderoso. Se equivocó en los medios. ¡Ah, si tu madre hubiera olvidado sus rencores y me hubiera dejado encaminar tu vida! Pero me tenía miedo. Todos me tienen miedo, y me lo tiene también ese bobo de Gonzalo. El miedo de los otros ha frustrado muchas cosas; pero lo que siento ahora es que tu madre se haya equivocado, ¿eme comprendes? Tenía que llegar este día en que vinieras a recobrar tu herencia, y ahora no tienes armas para defenderla. ¿Cómo vas a hacerlo, si sospecho que no te importa?

Al llegar a este punto -interrumpió Carlos-, no la entiendo bien; pero si a lo que se refiere usted es a esa herencia de mando y de poder que nos ha arrebatado Cayetano...

-¡No! Del todo, no. Todavía mando mucho.

-Aunque así sea. El mando no me interesa, efectivamente, ni proba-

blemente nada de esa herencia. Empiezo a comprender lo que mi madre quería de mí, pero mi madre había olvidado mi derecho a mi vida propia.

Hizo una pequeña pausa.

-Los hombres hemos cambiado. Reconozco que mi cabello y mis narices pertenecen a toda esa gente pasada, e incluso admito que si esa dama del retrato se hubiera casado con mi tatarabuelo, yo sería de otra manera, quizá más fuerte de lo que soy; pero, en ese caso, emplearía mi fuerza en hacer mi vida.

-Eres como tu padre: débil y terco.

Le cogió repentinamente una mano:

-... y simpático. Me parece que voy a quererte mucho.

IV

Cenaron, con fondo de flamenquerías anticuadas al gramófono, sin que las palabras importantes volviesen a surgir; sino que Carlos, solicitado por doña Mariana, volvió a contar cosas de Viena y de cómo se vivía allí, de las diversiones de la gente y de las personas que sonaban en la ciudad; de lo que Carlos poco pudo decirle, ya que ,sólo sabía de los hombres de ciencia, de los líderes políticos y de algún otro artista. Doña Mariana no había estado nunca en Berlín, y Carlos lo comparó con Viena, las ciudades y las personas. Entró la *Rucha* con el recado de que Xirome quería ver a la señora. Doña Mariana mandó que pasase, y Xirome,, desde la puerta, pidió permiso. Era un cuarentón de rostro curtido y cabello rubio, vestido de mahón deslucido, con botas de aguas, zamarra y una boina chica a la que daba vueltas entre las manos. Parecía muy apurado. Doña Mariana le mandó que hablase, y él contó la pelea habida en la taberna del *Cubano* entre unos marineros de su barco y unos obreros de la factoría. El bochinche se había armado porque los obreros, medio borrachos, se habían metido con «el señor Aldán», que hablaba a los marineros, según costumbre, de la revolución.

-¿Pudieron más los nuestros? -preguntó doña Mariana, interesada; y Xirome le respondió que, en general, los marineros se habían retraído, y que el suceso, todavía en marcha y en fase intermedia de disputa, parecía reducido a dos hombres de cada bando.

-¡Hay que pegarles! -casi gritó doña Mariana-. ¿Cómo andáis de vino? Xirome le respondió que mal.

-Toma dinero, y paga una ronda, o dos, o las que hagan falta, a los nuestros, y si alguno tiene apetito, que coma también.

Se levantó briosa, salió un momento y volvió con un billete en la mano.

-Ahí va el dinero.

Xirome lo cogió con evidente sorpresa.

-¿No es mucho?

-Ya me traerás lo que sobre, si sobra. Pero me disgustaría que ganasen los de la UGT

Xirome llevó la mano a la frente y salió pitando, la *Rucha* tras él. Y

doña Mariana, antes de sentarse, cogió del anaquel una botella de licor y sirvió dos copas.

-Esto hay que celebrarlo.

Tendió la suya a Carlos.

-¿Qué es lo que celebramos?

-La paliza que mis hombres darán a los de Cayetano.

-No entiendo nada. Y menos esa mención de la UGT que usted ha hecho. Eso me ha sorprendido más que otra cosa.

-Los del astillero están afiliados a la UGT, sólo porque mis pescadores pertenecen a la CNT.

-¿Sus pescadores?

-Todos los barcos de pesca de Pueblanueva son míos. Un mal negocio, puedes creerme, en estos tiempos de poca pesca. Si liquido a cero la temporada me daré por contenta. Pero, aunque me cuesten dinero, no amarraré los barcos.

A pesar de la explicación, Carlos seguía sin entender. Había quedado con la copa de licor en la mano, sin probarla, y miraba a doña Mariana. Se atrevió a preguntarle, un poco en broma:

-¿Por filantropía?

-No, hijo. Por hacerle la pascua a Cayetano. Él quiere acabar con la pesca, no porque le estorbe en sus negocios, sino sólo por ser el amo de la villa, y que aquí nadie gane un real que no sea suyo. Y a mí no me da la gana.

Bebió un sorbo de licor de la media copa que se había servido.

-Ya sé -dijo luego- que al final ganará él, pero será cuando yo muera. Lo siento por los pescadores. Les hará pasar hambre y entrar por el aro antes de admitirlos en el astillero. Pero, los pobres, ¿qué van a hacer? El que me herede no estará dispuesto a jugarse el dinero por una terquedad mía.

Miró a Carlos con seriedad súbita.

-Tú, por ejemplo, no lo harías, ¿verdad?

-¿Yo?

Acaso no comprendas que con mi dinero, con mis tierras y con mis barcos pueda legar a quien me herede ciertas obligaciones morales. No creo, incluso, que ningún notario se atreviese a escribirlas en mi testamento.

Se puso de pie, y, por hacer algo, cogió la botella de licor y la devolvió al anaquel. De espaldas a Carlos, continuó:

-La gente es imbécil. Si se me ocurriera dejar mi dinero para un hospital, lo encontrarían razonable; pero si lo dejo para que se impida a Cayetano Salgado mandar en el pueblo y hacer su santa voluntad, que no es santa, lo encontrarían disparatado. Y, sin embargo...

Se volvió a Carlos. Sus manos se movían lentas, elocuentes.

-El padre de Cayetano es mi amigo. No fue nunca mi amante, y hoy es ya un viejo chocho, una ruina babeante, pero fue mi amigo, todo lo amigo que puede ser un perro fiel. A Jaime le duele la enemistad entre su hijo y yo, que no puede ser sino eso, enemistad. Jaime espera que el lío se arregle, como en las comedias, con una boda. Cayetano Salgado con Germaine Sarmiento. ¿Lo encuentras bonito? A la madre de Cayetano le parece de perlas, porque ella siempre soñó que su hijo fuera dueño de esta casa y de todo lo bueno que haya en diez leguas a la redonda. A mí me parece monstruoso. Si mi sobrina llegase a casarse con Cayetano, creo que mis huesos se levantarían y vendrían una noche a asesinarla.

Cerró los puños con brío.

-Cayetano es un asqueroso. Será la primera persona de quien te hablen en el pueblo, antes que de mí, porque a mí me odian, pero a él le temen. Te contarán que es un conquistador, que no hay mujer que se le resista, y el que te lo cuente tendrá sus razones para convencerte, porque es muy probable que su mujer, si es todavía joven, o su hija, si la tiene, se hayan acostado con Cayetano. Y yo me pregunto qué diablo tiene un hombre en el alma para portarse así.

Sonrió de pronto.

-Esa chica que vino contigo en el autobús, Rosario la *Galana*, es la de turno. Lleva un mes con ella, o cosa así; le durará el tiempo que tarde en encapricharse de otra.

Sonaron, en aquel momento, dos disparos lejanos, apagados los estampidos por la lluvia; y, luego, como un rumor de voces alteradas y de gritos. Carlos corrió a la ventana y la abrió. Al final de la calle, hacia el otro extremo del pueblo, se veían bultos de gentes que corrían, y, a los gritos que daban, se sumaban chillidos de mujeres.

-Eso han sido los del astillero -dijo doña Mariana.

-¿Quiere usted que vaya a ver qué sucede?

-No deseo que te mezcles en el lío.

-Sin embargo... -y por reforzar su deseo, agregó-: Recuerde que Aldán está allí.

Se acercó a la ventana y miró también. El tumulto parecía sosegar; ya no gritaban las mujeres, y las sombras humanas desaparecían por una puerta.

-Es en la taberna del *Cubano*, algo así como el Cuartel General de los pescadores. Ve con cautela.

Carlos salió corriendo. Al pasar, cogió del perchero su gabardina, y se la puso mientras descendía las escaleras. Iba destocado, y sintió sobre la cabeza la lluvia menuda. Al alejarse de casa de doña Mariana sosegó el paso, y así llegó a la taberna, como el que pasea. No había encontrado a nadie en el camino, pero, de la parte del astillero, llegaban voces. Se detuvo frente a la taberna. Alguien discutía dentro, y la sombra de una

mujer pasaba y repasaba por los vidrios de la puerta. La empujó. La taberna era pequeña. Un grupo de marineros rodeaba la mesa del rincón. La muchacha que iba y venía traía ahora una palangana llena de agua y una toalla. Al verle, se detuvo y todas las voces callaron. El grupo de los marineros se abrió: estaba entre ellos Xirome, con la boina puesta y un gran chirlo en la frente.

-Buenas noches. Soy médico, y pensé... Si ha pasado algo...

Un hombre sentado a la mesa y vuelto de espaldas se levantó y fue hacia él. Era largo, delgado, pelirrojo. Sujetaba con la mano, sobre la cabeza, una toalla ensangrentada. Le tendía la otra mano.

-¡Carlos! ¡Carlos Deza! Soy Aldán. ¿No recuerdas?

Carlos señaló la cabeza.

-¿Estás herido?

-¡Oh; no es nada, no te preocupes! ¿Cómo estás? Ya sabía que habías llegado.

También Aldán le mostraba afecto, aunque pareciese que deseaba hacerlo público, que se gozaba en abrazarle precisamente delante de los marineros. Se volvió en seguida a ellos y les explicó que era «el doctor Deza», de quien tantas veces les había hablado. Le fueron dando la mano, uno a uno, silenciosos, pero con un brillo caliente en las miradas, con un respeto franco y esperanzado. Los últimos fueron el *Cubano* y la moza de la palangana. Aldán la había olvidado, y ella, con voz plantada y briososa, innecesariamente briososa, le dijo:

-Yo soy Carmiña. Éste -señaló al *Cubano*- es mi padre.

Espigada, morena, de pómulos anchos; llevaba con gracia el vestido aldeano, y con una toquilla negra refrenaba la osadía juvenil de sus pechos.

El *Cubano* dijo:

-Está bien. Ahora vete, y deja al señor en paz.

-¡Vaya! ¿Y la herida de Juan?

Sin hacer caso a su padre, dejó la palangana sobre la mesa y atrajo a Juan por un brazo, hasta sentarlo. Descubrió la herida.

-¿Quiere verla? Me parece que no es nada.

Carlos se acercó. Era una brecha pequeña, bien lavada ya. Mientras Carmiña secaba la sangre, Aldán explicó que le habían tirado una piedra, y que la reyerta había sido entre trabajadores del astillero y marineros.

-Ya sé. Los de la UGT contra los de la CNT

-Para ser más precisos, entre esclavos y hombres libres -respondió Aldán, con énfasis; y con un gesto circular mostró a los hombres libres.

Y el *Cubano* agregó, apasionadamente:

-Eso, eso. Entre esclavos y hombres libres. Nosotros defendemos la libertad.

Pero Carmiña estaba en desacuerdo. Mientras retorció la toalla, cor-

rigió:

-No haga caso, señor. Tan locos unos como otros. Lo que les gusta es darnos pesar a las mujeres. ¡Libres y esclavos! ¡Si cada cual pensase en lo suyo, y se dejasen de peleas!...

Envolvió con la toalla húmeda, a guisa de turbante, la cabeza de Aldán. Ahora aguarda así, hasta que llegue el boticario. Digo, si el señor no manda otra cosa. Podemos echarle aguardiente, si le parece mejor.

Carlos comprendió que se esperaba un consejo profesional; que quedaría muy bien respondiendo a Carmiña: «Sí; échale un poco de aguardiente»; pero se limitó a decir:

-No es nada y está limpia.

-El boticario ha ido por árnica y esparadrapo.

Carmiña se encogió de hombros y salió. Aldán, agarrada la toalla, empezó a contar lo que había sucedido.

-Pero eso es una agresión -le respondió Carlos-. ¿Por qué no los denuncias?

Los marineros y Aldán se miraron, sonriendo.

-¿Denunciarlos? ¿No sabes que el espolique de Cayetano es oficial del juzgado?

-Considera-intervino el Cubano-que el señor es recién llegado, y que no sabe...

Le explicaron que Cayetano tenía un hombre de confianza en el Ayuntamiento, otro en el juzgado, otro en la parroquia. Gente adicta, bien pagada. Romperían la denuncia, y, además, cualquier noche darían una paliza al denunciante.

-Nosotros -añadió el *Cubano* al final del relato- estamos contra esto. No somos asalariados de nadie. Yo trabajé en Cuba y sé lo que es la libertad.

Mostró una pierna de palo.

-Por defenderla en una huelga, perdí la pierna.

Los pescadores asentían, como si hubieran sido testigos.

Debía ser una historia muy conocida, que confería al *Cubano* autoridad y heroísmo.

—Sí, fue en el catorce, el mismo año de la guerra. Yo estaba de capataz en el «Sarna», un ingenio de azúcar.

Se abrió la puerta y entró un caballero de media edad, con un paraguas chorreante, un impermeable negro, muy deteriorado, y una gorra de visera a cuadros. Fue derecho a Aldán.

-Vaya. Aquí está el árnica. ¡Llueve a Dios dar agua!

Aldán señalaba a Carlos con la mano libre. El recién llegado se volvió.

-¡Ah! ¿Usted? ¡Entonces, ya no hace falta el árnica!

Se secó la mano y la tendió a Carlos.

-Soy Piñeiro, Baldomero Piñeiro, farmacéutico. ¿Cómo está usted? He

conocido a su padre. Claro que yo era, entonces, un rapaz, pero lo recuerdo bien, muy señor, de buena figura, siempre solitario. De una raza que no hay.

Carlos respondió con unas cortesías. Piñeiro retenía, aún, su mano.

-¡Ah, si hubiese hombres como su padre! No nos veríamos como nos vemos, bajo esta tiranía.

Se volvió a Aldán.

-¿Le explicaste?

Aldán afirmó con la cabeza.

-A esto llaman libertad -continuó Piñeiro-. «¡Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!», que dijo no sé quién. Usted lo sabrá, acaso.

-No lo recuerdo.

-No importa. Yo, tampoco. Tenía razón. ¡Ya lo creo que tenía razón!

De pronto frunció la frente.

-Oiga. No me tome usted por uno de éstos -señaló a los marineros agrupados-. No soy de la CNT, sino monárquico. Los señores y yo somos amigos, a pesar de la discrepancia política, y aliados contra el enemigo común.

Olía a aguardiente. Carlos examinaba su rostro arrugado y expresivo, la nariz colorada de bebedor, los ojos azules, un poco velados. Por debajo de aquella cabeza de carácter, a la que la visera daba el aire de un pájaro en esquema, algo apasionado e inteligente, rompía con destellos agudos el velo de la mirada.

-Monárquico. De los de antes, claro. Absolutista.

Y como Carlos pareciera no entender, preguntó:

-¿Sabe usted lo que es el absolutismo? ¿No oyó hablar nunca de eso?

Se disponía a informarle, pero la intervención de Aldán, reclamando el árnica, dejó a Carlos en provisional ignorancia. Don Baldomero limpió de nuevo la herida, le aplicó un apósito y lo sujetó con el esparadrapo. Carlos se había sentado, y alguien le servía una taza de vino. Carmiña salió de la cocina y le puso delante un plato de sardinas fritas.

-Otra cosa no habrá, pero vino y sardinas las hallará siempre en esta su casa.

Don Baldomero explicaba al auditorio el contenido del absolutismo y su conveniencia para la redención de las clases humildes. En tiempos de los grandes reyes, la monarquía y el pueblo se habían aliado contra los tiranos y los habían vencido.

Hubo un momento en que la presencia en público de Carlos pareció agotar sus efectos, o en que quizá unos minutos más entre los marineros le pusiesen en riesgo de familiaridad excesiva, o simplemente que allí no hubiese ya nada que hacer. De repente, y como sin causa, Aldán y don Baldomero mostraron deseos de marchar y ofrecieron acompañar a

Carlos hasta su casa, y, sin que él hubiese accedido, se levantaron. Xirome echó un vistazo a la calle, por si había enemigos; dijo que no, y esperó, sujetando la puerta, hasta que los otros salieron. Todos los marineros se habían puesto en pie, y como Carlos quisiera darles la mano, Carmiña intervino:

-¡Vaya! Dígales adiós, y basta. Lo mismo hicieron cuando vino el diputado. Como si no tuviera más que andar dando la mano a todo el mundo.

Tenía autoridad entre ellos. Los -marineros, el propio *Cubano*, retiraron las manos. Carlos, embarazado, golpeó a alguno en las espaldas, dio las gracias al *Cubano* por las sardinas y el vino, y prometió volver otro día, más temprano y con mejor apetito.

Iba Xirome delante, y Carlos entre Piñeiro y Aldán, cobijado por el paraguas del boticario. Por encima del rumor de la lluvia se oían las olas golpear contra el pretil; Carlos las escuchaba con más atención que la charla de Piñeiro, un poco gárrula, repitiendo lo ya dicho sobre Cayetano y su tiranía. Las había escuchado durante la tarde entera, desde que la sirena del astillero había hecho callar el estruendo de las remachadoras, y los ruidos naturales de la lluvia y la mar, las voces lejanas de las gentes, reaparecieran.

-... pero lo que sucede es que en este país, desde que vinieron los liberales, no hay autoridad.

-Mejor sería decir desde que los liberales no supieron hacer un estado.

-¿Un estado liberal? ¡Prefiero la anarquía, que, al menos, es el desorden sin careta!

Carlos se sentía ajeno y sin embargo, comprendía que aquellos problemas debieran interesarle. Se esforzó por seguir a don Baldomero en su razonamiento, pero no lo entendía.

-Bueno -intervino una vez-. ¿Y por qué aquí no se gobierna la gente en paz, como en el resto del mundo?

Don Baldomero se detuvo.

-Es que no estamos en el resto del mundo.

Lo dijo con énfasis, y Carlos tampoco comprendió la razón del énfasis.

-¿Y qué?

-España no pertenece al mundo. España, ¿entiende?, es un mundo por sí sola.

Aldán, al detenerse, había quedado fuera del paraguas. Acercó a las otras su cabeza aquilina.

-Carlos no ha vivido en España los últimos años, y no nos puede comprender. Pero quizá...

Se detuvo un instante.

-Somos como Rusia. ¿Comprendes, Carlos? Un país como Rusia. Al margen del mundo. Por eso hay aquí absolutistas, como Piñeiro, y anar-

quistas, como yo.

-Usted está loco, Aldán. No me venga con monsergas. Usted no es anarquista porque España sea como Rusia, sino porque ya no hay Inquisición.

Cogió a Carlos fuertemente por un brazo.

-Voy a explicarle... Pero no; aquí no. ¿Por qué no vamos a mi casa?

-¿A estas horas?

-¿Qué importa la hora? Venga. Tomaremos unas copas y le presentaré a mi señora.

Carlos indicó que, si tardaba, doña Mariana podría preocuparse.

-Le mandaremos recado por ,,¡tome, que va hacia allá. ¡Venga, venga!

Tiró de él, hacia arriba, por una calleja empinada, por cuyas losas resbalaba el agua con rumor suave.

-Y usted también, Aldán. Vamos a mi casa. Hay un brasero y una botella.

Sin embargo, don Baldomero no pudo dar las explicaciones anunciadas. Llegaron a la botica y entraron a la trastienda. Una mujer, vestida de trapillo, con bigudíes en el pelo, leía, sentada en una mecedora, a la luz de una lámpara con pantalla verde. Apenas se movió al ver a Piñeiro; pero cuando Carlos asomó por la puerta, dio un grito y salió corriendo hacia el fondo.

-¡Ay! ¡Cómo me cogió!

-Creo -indicó Carlos- que no debiéramos haber venido sin avisar.

-No se preocupe. Ya sabe cómo son las mujeres.

La rebotica era una estancia alargada y húmeda, con anaqueles en que los paquetes de específicos se mezclaban con libros envejecidos y rollos de periódicos. Había un par de retratos -los Reyes Desterrados- y una estampa grande, antigua, descolorida, del Sagrado Corazón de Jesús.

-La pobre Lucía no tiene mucha salud -continuaba Piñeiro-. Se pasa el día leyendo, cuando no está en la iglesia. Es muy religiosa, pero, como todas las mujeres, un poco coqueta.

Lucía regresó después de un rato. Se había peinado y emperifollado. Traía una bandeja con galletas y vino dulce, y después de dejarla sobre la camilla, tendió a Carlos una mano delgada y febril. Se excusaba de la huida.

-Este marido mío tiene la costumbre de llegar, de repente, con visitas, y una...

Tendría treinta años. Un poco pálida bajo los polvos y el colorete que se había echado precipitadamente. Bonita y un poco vulgar. Al hablar, no terminaba las frases, como si la presencia de Carlos la intimidase.

-Si quieres, puedes acostarte. Venimos a hablar de política.

-¡Vaya por Dios! La tienes a una sola todo el día y para una vez que...

Se volvió a Aldán:

-¿Fue una pedrada? Ya me dijo Baldomero...

Y, en seguida, a Carlos:

-Ya le habrán explicado quién es Cayetano. Se lo habrás explicado, ¿verdad, Baldomero?

Y como si la explicación de Piñeiro no hubiera sido suficiente, agregó:

-Una vergüenza. Sobre todo, para las mujeres. No respeta a nadie.

-Mujer, tú, por fortuna, no puedes decirlo.

-¿Qué sabéis los hombres? ¿O es que no hay otros modos de faltar al respeto que tocar o decir groserías? Hay también miradas, y de las miradas de Cayetano no se ha librado ninguna, ni yo misma. Aún ayer...

Se detuvo, como si fuera a decir algo inconveniente.

-Y eso que ahora, desde que tiene a la *Galana*, anda un poco más calmado. Lo malo son los días entre una querida y otra. Le aseguro que nos mira a todas como si fuese al mercado, a ver a quién va a comprar.

Carlos preguntó por la *Galana*.

-Ahí tiene usted: una moza decente. Costurera. Se hubiera casado con un hombre de su igual. La vio Cayetano, le dijo dos cosas, y metió a su padre y a su hermano en el astillero. ¿Qué iba a hacer ella?

-¿Qué iba a hacer? Mandarle a paseo. Es lo que haría una mujer decente. Lo que pasa es que, en este pueblo, no hay moral.

-¿Qué sabrás tú?

-Digo que no hay moral. Un pueblo donde todo tiene su precio, y donde el único que puede comprar es Cayetano, es un pueblo sin moral. Entiéndalo, Carlos. Ha caído usted-en un pueblo donde todo puede comprarse y donde no hay más que un comprador.

-Todo, no, Baldomero. A mí no puede comprarme Cayetano -dijo Lucía, corno ofendida.

-No pensaba en ti. Tú...

-¿Sabe por qué no pensaba en mí? No porque sea decente, sino porque ya me considera vieja para gustar a nadie, y porque estoy un poco enferma.

Miró a su marido, sonriente.

-Sin embargo, sabes de sobra que a Cayetano le haría mucha gracia... En fin, que le gustaría deshonorarte... Si yo no fuera como soy.. ¿Conoce usted al padre Ossorio, don Carlos?

-Apenas he llegado. Para ser el primer día, ya conozco a mucha gente.

-El padre Ossorio es un hombre extraordinario.

-Un chiflado -intervino Aldán.

-Calla, hereje. Sabes de sobra que es un santo. ¡Cuando usted le oiga, don Carlos! ¡Si viera usted qué bonita es la religión explicada por él! Es el director espiritual de un grupo de señoras y chicas con las que Cayetano no se atreve. Gracias a él... En fin: Aldán puede explicarle. Su hermana Inés es una de las nuestras.

-También yo puedo explicarle -dijo, con voz grave, Baldomero-. Es un fraile que no me gusta. Estuvo en el extranjero y entiende la religión a su modo. Para mí, un hereje. Todo lo que sea entender la religión de otro modo que nosotros es herejía.

-¡Qué sabrás tú!

Discutieron, marido y mujer, sobre el padre Ossorio, con intervenciones breves, burlonas, de Aldán. Carlos escuchaba y peleaba contra el sueño. No conseguía interesarse por la conversación. Aldán advirtió sus bostezos, propuso dejar la disputa para otro día. Momentos antes, Carlos había intentado descubrir, por debajo de las palabras y del rumor de la lluvia, el de las olas, cada vez más fuerte. Cuando salieron, de la ría venía un viento furioso, ruidoso, que envolvía al pueblo en un rumor más alto que el de las remachadoras. Las olas golpeaban el parapeto, y su espuma saltaba a las losas de la calle. Pasaron junto a un hombre, que, indiferente al viento y a la lluvia, tocaba la flauta en un rincón. Tocaba un aire burlón, el chotis de una revista musical reciente. Saludó, al pasar el grupo, y Carlos lo identificó como la primera persona que había visto en Pueblanueva, el loco de la pajilla y el bastón.

Le explicaron que se llamaba Paquito el *Relojero*, famoso por su memoria y por su habilidad mecánica, y que era una víctima más de Cayetano, pero no dijeron por qué.

La despedida fue larga por el pretexto de la lluvia; pero ni Aldán ni el boticario se avinieron a subir al piso de doña Mariana, como Carlos proponía, y tomar algunas copas, de modo que se estuvieron un buen rato en el zaguán. Aldán, extraordinariamente animado, habló por los codos, no de política, sino del pasado: los veranos que pasaban juntos Carlos y él, durante las vacaciones; lo que jugaban, lo que hacían y la amistad que entonces se tenían. Carlos lo recordaba todo perfectamente, y algunas veces se adelantaba a Aldán en el recuerdo. Escuchándoles, se convencía don Baldomero de que antaño habían sido uña y carne, y de que, en aquellos tiempos pasados, Cayetano Salgado no era más que un mozalbete tímido y torpe de modales, aunque hijo de rico, segundón en juegos, expediciones y jornadas marítimas. Calló Aldán, y no recordó Carlos que, el último verano pasado juntos, Cayetano había aparecido con un balandro flamante, regalo de su padre, y que desde aquel momento el mando y la importancia había pasado a sus manos, sin que Aldán o Carlos osasen discutirlo.

Se marcharon, por fin, en una escampada breve, porque, nada más alejados unos minutos, repitió la lluvia. Don Baldomero ofreció la rebotica como refugio, y unas copas de aguardiente. Aldán las aceptó. Entraron sin meter ruido, para que doña Lucía no se enterase y no le diese por bajar a estorbarles. La primera copa la bebieron de pie: Aldán ponderó la fuerza del aguardiente y la hermosa color con que las yerbas

lo teñían. Don Baldomero se consideró en la obligación de repetir, y bebieron la segunda ya sentados. El calor de la camilla convenía para secar las botas húmedas.

-¿Qué le parece Carlos? -preguntó Aldán.

-Es un tío simpático y campechano. De eso no hay duda.

-¿Piensa que será capaz de desbancar al otro?

-¿Desbancarlo? ¿Qué quiere usted decir?

-Mandar en el pueblo.

Don Baldomero se encogió de hombros.

-Vaya usted a saber. A lo mejor se marcha pronto.

Aldán tendió sobre la mesa la mano descarnada y golpeó el tapete.

-Entendámonos, ¿eh? Yo, por principio, soy enemigo de que nadie mande, pero ante una situación de hecho, prefiero a Carlos Deza. Es un intelectual y se avendrá a razones.

A mí, sólo me lo hace sospechoso el que sea intelectual, como usted dice. Los intelectuales han sido la plaga del país. Incluyo también a los de derechas, como puede imaginar. Por lo demás, me parece un tipo excelente.

-Yo no comparto sus prejuicios.

-Porque tiene usted otros.

-Exactamente. Pero no vamos a compararlos ahora, ni a discutir cuáles sean mejores. Yo soy un político, y reconozco como superiores los principios que al final venzan. Es decir, los míos.

-Los de usted no vencerán jamás.

-Eso ya se verá; pero insisto en que no lo discutamos. Lo que aquí se trata es la conveniencia de que Cayetano Salgado deje de ser el amo del pueblo para que lo sea Carlos. Más que de la conveniencia, de la posibilidad. Es algo sobre lo que usted y yo podemos ponernos de acuerdo.

-¿Es que piensa usted que le sería fácil manejar a Carlos?

Aldán bebió delicadamente un sorbo, y lo paladeó.

-Lo que estoy proponiéndole -dijo en seguida- es una cuestión de ética, no de política práctica, y menos de política inmediata. Se trata de establecer, teóricamente, la diferencia entre estar mandados por un zascandil o por una persona decente.

-¡Hombre!

-Entonces, pongamos los medios...

-¿Nosotros?

-Exactamente.

Don Baldomero rió, se le atragantó el aguardiente con la risa y tosió un rato.

-¡No diga bobadas! ¿Qué podemos hacer usted y yo? A usted le hacen caso unos cuantos pescadores que suman entre todos sesenta o setenta votos; a mí no me hace caso nadie. Pero aunque dispusiésemos de todos

los votos del pueblo, ¿qué podríamos hacer? Ahora mandan en España eso que llaman las derechas republicanas, pero en el Ayuntamiento de Pueblanueva, los concejales de Cayetano tienen mayoría. Mientras tenga el dinero, mandará.

-Mientras tenga vida -respondió Aldán sombríamente.

El boticario le miró asustado.

-¿Qué quiere insinuar?

-Nada. Le digo con la mayor claridad que Cayetano mandará mientras viva. Luego, para que deje de mandar, hay que matarle. Jamás imaginé que Carlos pudiera sustituirle simplemente; yo no soy un soñador ni un imbécil. Para que Cayetano deje de gobernarnos y pueda hacerlo otro hace falta una tragedia.

-Usted está loco.

-No. Digo las cosas como son. Vivo en la realidad y veo claro en ella. Y si la realidad es ésta, ¿para qué vamos a engañarnos? Hay que matar a Cayetano.

Se echó para atrás en el sillón, empezó a hacer un pitillo y miró a don Baldomero con mirada casi terrible, un poco velada, sin embargo, por el aguardiente. Añadió al mirar una sonrisa que quiso también ser terrible, quizá terriblemente sarcástica, pero que no alcanzó el matiz apetecido, y quedó en muequecilla inocente.

-Hay que matar a Cayetano, pero en este pueblo no hay nadie capaz de hacerlo más que usted y yo.

Don Baldomero hizo un gesto de protesta, pero por el tono de la voz se advertía su complacencia indisimulable por que se le atribuyesen agallas suficientes para matar a alguien. Pensó que Lucía debería estar delante. Lucía, que alguna vez le había negado corazón para dar muerte a una gallina.

-¡Hombre! Eso es mucho suponer. Quiero decir... No es que yo no me sienta con riñones para matar a quien sea si lo considero justo. Pero de lo que se trata ahora... En fin, sea usted más claro.

-Écheme otra copa. Está muy bueno ese aguardiente. Para hombre de acción y presunto ejecutor de Cayetano, bebo poco y pienso mucho, y quizá sea un error. Un hombre como yo debía beber más, pero...

Hizo un gesto vago.

-... no tengo dinero y no me gusta que me conviden.

Don Baldomero le había servido y alargaba hacia él la copa colmada.

-Iba usted a decir...

-... que cuando llegué a este pueblo, hace ahora más de dos años, comprendí en seguida dos cosas: que había necesidad de matar a Cayetano, y que sólo yo sería capaz de hacerlo. Más adelante, cuando le conocí a usted...

-Pero ¿en qué se me nota que también yo...? En fin, que también yo

tengo agallas.

-No sé. Pero eso no importa ahora. Lo que importan son las razones dialécticas que a usted y a mí nos permiten matar, y las especiales circunstancias por las que ni usted ni yo podemos hacer justicia.

Don Baldomero abrió los ojos asombrados.

-¿En qué quedamos?

-Una cosa es el poder moral, y otra... No sé cómo decirlo. En fin: si usted saliese ahora a la calle y se cargase a Cayetano, ¿sería lo bastante hábil para convencer al juez de que había cometido un acto justo?

-Es que si pensamos en el juez...

-Prescinda usted del juez. Piense usted en la opinión. ¿Hay alguien en el pueblo que no se alegre de la muerte de Cayetano? Sin embargo, ¿quién de ellos aprobaría la muerte que usted o yo, por las buenas...?

-¡No, no, no! Por las buenas, no. Usted acaba de decir que hay razones morales.

-Usted las tiene y yo también. Distintas, pero coincidentes en este caso. Usted y yo somos anarquistas, usted de derechas y yo de izquierdas. Usted es, además, teólogo, y sabe cuándo se puede matar lícitamente al Rey; las razones son aplicables al caso, y no hay más que hablar de esto. Yo estoy en la misma situación. Para mí, matar a Cayetano no sólo es un acto justo, sino un acto ejemplar y un acto necesario políticamente. Ahora bien, carezco de todo lo que pudiera justificarme ante la opinión. Ni siquiera pertenezco de derecho al partido anarquista. Nadie diría de mí que lo había matado por obediencia al partido. Y, en estas circunstancias, ¿qué podemos hacer usted o yo?

-Nada. Hablar y quedar de acuerdo, al menos en un punto. Yo tranquilizo mi conciencia pensando que, si hubiera inquisición, Cayetano sería quemado.

-Pero Cayetano sigue vivo y coleando y se ríe de usted, de mí y de todo el pueblo, cada mañana.

-Nos queda el consuelo de pensar mal de su madre. Yo lo hago también cada mañana.

-¿Y qué?

-Me tranquiliza mucho.

-No basta.

Aldán se levantó, y, al estar de pie, titubeó. Instintivamente buscó apoyo en el anaquel de los libros. Tenía la copa en la mano izquierda y movía la diestra con ademán oratorio.

-¿No ha pensado usted en las razones particulares?

-¿Cuáles?

-Las privadas, las domésticas. España es un país donde no es lícito matar al Rey si gobierna mal, pero puede matársele si ha seducido a la esposa, a la hermana o a la hija.

Don Baldomero palideció.

-¿Qué quiere usted decir?

-Que usted tiene una esposa, y que si usted mata a Cayetano porque haya seducido a doña Lucía, la gente lo encontrará lo más natural del mundo.

Don Baldomero rebulló en el sillón, inquieto.

-Bueno, bueno, pero él no ha seducido a mi esposa.

-Lo hará. Es fatal que lo haga. Ha venido al puñetero mundo para eso.

-Yo tengo honor, y si mi esposa me engañase, la mataría.

-Y a Cayetano, ¿no?

-La mataría a ella. La que peca es la esposa adúltera. De él ya hablaríamos luego.

Aldán le miró con desaliento.

-Entonces, si usted me falla por una interpretación casuística del honor, seré yo quien mate a Cayetano.

Arrojó, violento, la copa contra el suelo. Rígido luego, se golpeó el pecho con solemnidad que el aguardiente hacía grotesca.

-¡Yo, seré yo! Sólo usted podía disputármelo, pero renuncia. Muy bien. Se lo agradezco. Sólo me falta saber si lo mataré de un puñetazo, o usaré la pistola o el puñal.

Don Baldomero, sin hacerle mucho caso, recogía, apurado, los vidrios rotos.

-¡Hombre, no me rompa las copas! Después mi mujer protesta...

-¿Es que le tiene miedo?

-¿Miedo? ¿Yo miedo?

Con los pedazos de la copa en la mano se irguió.

-Usted no tiene experiencia del matrimonio, y no sabe que una mujer, cuando se pone pesada, es más temible que unas viruelas.

Arrojó los cristales a un rincón y se sentó.

-Usted, Aldán, es un buen muchacho. ¿Por qué se le han metido en la cabeza esas ideas? La vida es hermosa para quien quiere vivirla; para usted, que carece de religión, sería ancha y florida como un buen jardín.

-Un asco.

-Usted no trabaja. Bueno. Usted no anda con mujeres. ¿Por qué? Usted no ha corrido jamás una buena juerga. ¿En qué consume su juventud? Hay que comer, beber y fornicar, y dejarse de pensar. El pensamiento es el mal. Si usted no pensase tanto, no andaría preocupado por esa idea de matar a Cayetano.

-Y si no pensase en matar a Cayetano, ¿qué pito tocaba yo en el mundo? ¿Qué pito tocaba, dígame? Ningún pito. Sería como esos macacos que van al Casino, a murmurar o a jugarse los cuartos. Esclavos en vacaciones. Da el amo una patada y todos se echan a temblar. Yo, en cambio...

Se adelantó hasta la camilla y extendió los brazos, en movimiento circular, como si los abriese al ancho mundo.

-Vea usted mi vida. Soy casto y sobrio. Soy un asceta. No trabajo porque no quiero colaborar en un sistema económico ignominioso. Pero he dado a mi vida una finalidad. Todos los actos de mi vida se encaminan a ese fin: matar a Cayetano. Ahora me llaman vago; cuando les haya libertado del tirano, comprenderán. Y si no comprenden, peor para ellos.

Apoyó las manos en la mesa, miró a don Baldomero, inquisitivo.

-¿Me entiende? ¿Entiende lo que digo?

-No.

Llegó Aldán a su casa con el abrigo empapado, desnuda la cabeza y chorreándole el agua. Había perdido en el camino el apósito de la herida, y una parte de la cara iba manchada de sangre. El agua enrojecida le resbalaba por el cuello y le manchaba la parte superior de la camisa. Pero la lluvia le había espabilado. Olvidaba poco a poco su conversación con el boticario, y pensaba en Carlos con alegría, porque Carlos le había reconocido, había estado cordial, le había reiterado la amistad antigua.

No entró en seguida. Se cobijó bajo el alpendre, enjugó las manos y lió un cigarrillo. Había luz en la cocina, y la casa estaba silenciosa, envuelta en el rumor sosegado de la lluvia. Sus hermanas ya habrían cenado.

Volvió a pensar en Carlos. Pensaba en él desde mucho tiempo atrás, desde que había comprendido cuál debía ser su misión personal en Pueblanueva, desde que la había aceptado y esperaba su momento. Necesitaba a Carlos, no, como pudieran pensar algunos, como colaborador, menos aún como cómplice, sino como testigo. Estaba claro que nadie en Pueblanueva -probablemente tampoco fuera de ella- entendería lo que tenía que pasar. Dirían, por ejemplo: «Aldán mató a Cayetano porque se acostó con Clara». O, acaso: «Lo mató por pura envidia; lo de Clara es el pretexto». Y estas versiones, más o menos ampliadas, más o menos mezcladas a eso que llamaban la cuestión social, saldrían en los periódicos de La Coruña y en los de Madrid, donde nadie reconocería, donde nadie recordaría al protagonista del suceso. Ni siquiera los pescadores que le escuchaban en la taberna del *Cubano* lo comprenderían enteramente, ni siquiera el *Cubano* pasaría de barruntos oscuros, aunque, eso sí, diría a sus amigos: «No está claro: hay algo que nosotros no entendemos», porque el único que podía entenderlo era Carlos. Carlos discriminaría los motivos aparentes de los reales; Carlos comprendería enteramente el suceso en toda su grandeza. Para Carlos, Juan sería el hombre que acepta el destino y lo cumple sin vacilaciones y sin apresuramientos, esperando cada día la consumación de una etapa, que se anuda a la siguiente en un proceso de necesidad inexorable. Mas,

para que Carlos lo comprendiera, tenía que conocer previamente las situaciones y las personas: saber quién era Cayetano y quién era Clara. Sobre todo, saber quién era él, Juan, y cómo era, y cuáles sus circunstancias. Tenía que revelárselo poco a poco, metódicamente, para que compusiese un retrato justo, un retrato de cuerpo entero y de alma entera. Carlos tenía que saber, por ejemplo, que él era poeta. Y tenía también que hacerse una idea exacta de Clara, una idea personal: tenía que llegar a despreciarla para no sentir, después, compasión. ¡Oh, esto era muy importante! Necesitaba que Carlos, a su debido tiempo, comprendiese que si la liviandad de Clara la convertía en instrumento -Clara es liviana, Clara se vendrá cualquier día a Cayetano-, puesta en otra situación se vendería igualmente: de modo que él, Juan, no la empujaba, no la provocaba, sino que aprovechaba su libertad. Como quien dice: una conjunción de circunstancias dramáticas y de personas libres entre las cuales se desarrollan unas relaciones que terminan con la muerte de una de ellas a manos de otra. Siendo idénticos los hechos -liviandad, seducción, muerte-, su calidad moral depende de quien los realice. No es lo mismo matar a Cayetano por una simple cuestión de honra -como lo mataría, quizá, el boticario, si se atreviese-, que salvar a un pueblo de su tirano por pura fidelidad a un destino moral. Esto, que nadie entendería, que muchos tomarían a broma si se intentase explicárselo, es lo que Carlos Deza debería entender. Todo lo demás, desde las predicaciones sindicalistas en la taberna del *Cubano* a su negativa a aceptar cualquier trabajo que pudiera comprometer su libertad de acción, no eran más que puro trámite.

Entró por el patín de la cocina. Clara, de espaldas a la puerta, fregaba la loza. Inés, en un rincón, cosía, alumbrada de un quinqué.

Clara, sin mirarle, respondió a su saludo; Inés se levantó en seguida.

-¡Vienes sangrando!

Él sonrió.

-No es nada. Una piedra perdida. Se me ha caído la venda.

-Ven que te ponga algo.

Rebuscó en el canastillo que tenía delante. Clara había vuelto la cabeza.

-¿Te han sacudido? -preguntó.

-Una piedra perdida.

-Un día te traerán muerto.

Inés halló un trozo de tela blanca y lo rasgó.

-No seas bruta -dijo Clara-. Hay que echarle un poco de caña.

-¿La hay en casa?

-Siempre hay caña en casa -respondió Clara con amargura. Salió de la cocina, limpiándose las manos con el mandil.

-Ha llegado Carlos Deza, ¿sabes? -dijo Juan.

-¿Quién es?

-Carlos Deza. Pariente nuestro lejano. El del pazo del Penedo. -¡Ah! Esperaba de pie, con la tira de percal en la mano.

-Es un muchacho excelente. Viene de Viena, donde estudió la carrera de médico. Bueno, médico de locos. Se parece algo a mí, y me ha reconocido. De niños éramos amigos.

Clara regresaba con una botellita en la mano.

-Hemos recordado que jugábamos siempre juntos.

-¿De quién hablas? -preguntó Clara.

Juan explicó mientras le vendaban. Tampoco Clara había oído hablar de Carlos.

-¿Vas a cenar?

-No. He tomado algo por ahí.

-Hueles a demonios. ¿Es que vas a darte también a la bebida? Sólo te faltaba eso.

Clara volvió al fregadero. Con un esparto untado de jabón se restregó las manos ennegrecidas. Juan se sentó junto a Inés y, mientras ella cosía, recordó los veranos en que Carlos era su amigo y jugaban juntos.

-Venía a casa muchas veces, y también ha jugado con vosotras. A ti te quería muy bien, Inés.

-No lo recuerdo.

Clara preguntó, sin volverse:

-Y a mí, ¿no me quería?

-No muy especialmente.

-Sería raro que me quisiese -respondió, como sin dar importancia a la respuesta; parecía más interesada en la limpieza de sus manos-. ¡El puñetero hollín! -dijo-. No hay dios que lo quite, por mucho que se refriegue una.

Colgó el mandil en un clavo de la pared.

-Bueno. Voy a acostar a mamá. Hasta mañana.

Desde la puerta agregó, mirando a su hermano:

-Mucho debes de querer a ese Carlos, porque jamás te he visto de tan buen humor, ni tan amable como esta noche, a pesar de la pedrada.

Y ya en el pasillo oscuro:

-A ver si dura.

Juan iba a responder, pero los pasos de Clara sonaban fuertes en el fondo de la oscuridad. Inés no había levantado la cabeza: cosía el dobladillo de un abrigo rojo.

-Es un gran muchacho y tiene porvenir. Ya ves: si un día me dijese que quería casarse contigo...

Inés se pinchó un dedo con la aguja.

-¿Conmigo? No pienso casarme.

-¿Qué sabes tú?

Inés golpeaba el lugar pinchado con el dedal.

-Conviene que lo sepas, Juan. Voy a ser monja.

Dejó de coser, y miró a su hermano intensamente, con mirada resuelta, pero llena de amor.

-Me iré de casa, cuando en conciencia, ningún deber me retenga.

Tomó entre las suyas las manos de Juan. No dejó de mirarle.

-A ella le digo que me iré cuando haya reunido dinero de la dote, pero esto no es del todo cierto. No quiero que pueda decir nadie de mí que he abandonado a mi madre, ni que puedas pensar que te he abandonado a ti.

-Yo no tengo derecho...

-No se trata de eso. Y no hablemos más, porque nosotros nos entendemos, gracias a Dios, en silencio. Pero quiero que sepas que he comprendido a tiempo la importancia del deber, y que te lo agradezco.

Se levantó y recogió la costura. Antes de irse, añadió:

-Si me marchase ahora, sería una deserción, y Dios no estimaría un sacrificio que no lo es.

También Inés se retiró. «¿No te acuestas?», dijo al marchar; y Juan le respondió que estaba desvelado, y que se quedaría a leer un poco, acogido al rescoldo del llar. Quedó en silencio la cocina, y casi a oscuras. Lejos se oían los pasos de Clara, que iba y venía, quizá acomodando a su madre.

Aquellas tres mujeres constituían su vida privada; las mujeres y la casa. Hacía tres años que vivían allí, que se habían refugiado allí. Al llegar, la casa estaba tan vieja como ahora, pero había más muebles. Se habían vendido casi todos, antes de que Inés trabajase, para poder comer.

Hacía tres años. En agosto había hecho tres años, el trece de agosto, dos días antes de la fiesta local, pero ya con el pueblo engalanado, con barracas en la plaza y cohetería en los aires, con gentes endomingadas que esperan la llegada del autobús para comprobar que todavía las fiestas de la Virgen atraen forasteros, a pesar de la República reciente.

-¿Quiénes son éstos, mamá? -había preguntado un niño, señalándoles con el dedo; y la madre le había respondido:

-Parecen saltimbanquis que vienen a las fiestas.

Juan lo había oído. Juan había mirado a su madre y a sus hermanas, y se había mirado: enlutados, renegridos, sucios del polvo del viaje, con el escaso ajuar a cuestas. Podían ser saltimbanquis, pero eran Churruchaos. La gente lo adivinó cuando les vio desfilar camino de lo que se había llamado el pazo de Aldán, y, entonces, les volvió a mirar: con burla o compasivamente.

-Tienen que ser los de Aldán. El padre murió hace dos meses.

-¡Pobres, cómo vienen!

Enlutados, renegridos, etc.

El padre había muerto dos meses antes. «Don Remigio Aldán y de Saavedra, falleció en Madrid el 27 de mayo de 1931. Su desconsolada esposa, doña Dolores Muiño; su hija Clara, comunican a sus amistades tan sensible pérdida...»

Sólo Clara.

-¿Por qué yo sola? ¿Y vosotros?

Había tenido que explicárselo él, porque su madre se negara a hacerlo, porque se había retirado, se había escondido a llorar, quizá a beber anís, mientras él lo explicaba a Clara.

-Nosotros, Inés y yo, no somos hijos de matrimonio.

-Pero, ¿no sois, como yo, nacidos de los mismos padres? ¿No somos hermanos?

-Sí, pero sólo en cierto modo. Cuando naciste, papá y mamá ya estaban casados; pero, cuando nacimos nosotros, papá estaba casado con otra mujer. Somos adulterinos.

-Yeso, ¿qué importa? ¿No sois, de un modo u otro, hijos suyos?

Era una mala bestia sin principios, un ser primitivo y soez que sólo respondía a las incitaciones del hambre, del sexo y de la vanidad. Hablaba con desgarró de barrio bajo, con vocabulario y gestos de mercado. Su moral consistía en detestar la pobreza y quejarse de las deudas.

-Precisamente quiero que conste, a la hora de su muerte, que somos hijos suyos de otro modo que tú. Inés está conforme.

Inés no había hablado. Rezaba en un rincón, sin tristeza, serenamente. Parecía mentira que hubiese salido del mismo vientre. Pero a Inés la había hecho él. Las diferencias entre Inés y Clara las había creado él, paciente, valerosamente. Las había creado por su voluntad, para que fuesen distintas, para que nadie las confundiera.

El alma de Inés resplandecía: bastaba mirarle a los ojos; bastaba contemplarla, dulce, serena, por encima de sí misma. Juan pensaba que si él no era perfecto, si se veía obligado a simular y, a veces, a mentir, había sido, al menos, capaz de crear la perfección: Inés era la obra de sus palabras, de su paciencia, de su amor, y también de su rabia. Inés era su respuesta a la injusticia. Que, además de todo esto, fuese beata, era sólo un accidente inevitable.

Entró Clara con un lío de ropa, que arrojó a un canasto.

-¿No vas a dormir?

-Ya iré.

-Te va a coger el frío. ¿Quieres que eche unos leños al fuego?

-Bueno.

Mientras removía las cenizas, añadió:

-Encuentro a mamá peor. ¿No sería cosa de que la viese el médico?

-¿Para qué? No tiene remedio, porque de beber no va a quitarse.

No prendían los leños. Clara partió, con el hacha, unas piñas, y les puso fuego.

-¿Qué edad tiene ese amigo tuyo?

-¿Quién?

-Ese que acaba de llegar.

-La mía, más o menos.

-¿Y está soltero?

-Sí.

-No se le ocurrirá casarse en Pueblanueva.

-No creo.

Y por si Clara se hacía ilusiones, añadió:

Aquí no hay mujer para él. Es un sabio. Todas las mujeres de aquí son toscas e ignorantes.

Clara le miró de reojo, dijo:

-¡Hasta mañana! -y salió.

La ocurrencia de Inés entristecía a Juan. Pero, en cierto modo, tenía razón para irse de monja. No había hombre para ella en Pueblanueva. ¡Oh, no la concebía casada con uno de aquellos cernícalos que jugaban al mus en el Casino y mataban el aburrimiento planeando bromas brutales! Pero ahora estaba Carlos.

Inés podía casarse con Carlos, quizá le bastase conocerlo para renunciar al monjío. A Carlos tenía que gustarle Inés, tenía que darse cuenta en seguida de que era una mujer excepcional, no sólo una mujer bonita.

Inés y Juan Aldán habían nacido de don Remigio, que pudo haber sido conde y no lo fue por andar siempre entrampado, y de Lola Muiños, coruñesa, alias la *Cigarrera*, durante el matrimonio de don Remigio con Eulalia Montenegro. Ni Juan ni Inés sabían que las escopetas de caza habían tenido que ver con su venida al mundo.

La reputación de Remigio Aldán en Madrid, allá por los últimos años del XIX, se apoyaba principalmente en sus trajes hechos en Londres y en sus escopetas de caza. Vivía para lucir los trajes y para mostrar las escopetas a sus amigos, y en estas operaciones consumía cantidades evidentemente superiores a sus ingresos. Para equilibrar sus gastos, se metió a financiero.

A los cuatro o cinco años de casado tuvo que pasar con su mujer un par de inviernos en La Coruña. Unas jugadas de Bolsa sin fortuna habían quebrantado sus ingresos, y había que ahorrar.

Pero, en La Coruña, el número de caballeros que se vestían en Londres era proporcionalmente más crecido que en Madrid, y, además, tenían la mala costumbre de apreciar más el número de pichones muertos que la calidad de las escopetas. Ahora bien, Remigio Aldán mataba muy pocos

pichones, aunque él defendiese su buena fama de cazador asegurando que su especialidad eran los patos.

En general, no le creía nadie. Se daba cuenta, sufría mucho, y deseaba que el refuerzo de sus finanzas con la herencia de su mujer le permitiese el regreso a Madrid, donde la gente le creía o, al menos, aparentaba creerle. Pero su suegro llevaba tres inviernos muriéndose, y tardó otros dos en morir definitivamente.

Fue una espera larga, fueron dos años en que Remigio se sentía humillado cada vez que pisaba el Casino y alguien le preguntaba cuántos patos pensaba matar durante la temporada.

De pronto, un experto descubrió a Lola la *Cigarrera*. Había en el Casino especialistas en estos descubrimientos, verdaderos águilas husmeadores de mercados, vigilantes de salidas de talleres, zahorís de calles populares. Llegaba uno de ellos al Casino, y decía, por ejemplo:

-La hija de la Fulana se está poniendo muy buena. Habrá que pensar en ella el año que viene.

E inmediatamente todos tomaban nota, todos se proponían ponerle los puntos a la hija de la Fulana en cuanto hubiera ocasión.

Así fue revelada a los socios del Casino la existencia de Lola. Fueron descritas sus propiedades con meticulosidad casi científica, si bien con exceso de hipótesis. Pero sucedió que se mostraba esquiva a los primeros cortejadores, y que la peña de cazadores en descanso forzoso empezó a considerarla como pieza apetitosa por lo difícil.

Por qué Remigio tuvo más suerte que los otros, sólo puede conjeturarse. Persiguió a Lola, que tenía veinte años; la persiguió, primero, por cuidar de su reputación y porque no tenía mejor cosa que hacer; más tarde, porque le gustaba; finalmente, porque se había enamorado de ella. Y una noche, Lola, que vivía cerca de la Torre, le dejó entrar en su casa.

Guardó el secreto durante algunos días. Fue capaz de callarse la primera semana, pero, a la segunda, no le cabía en el cuerpo, se le escapaba como un sudor, como una sonrisa. Aquellas cosas, después de todo, había que contarlas. Fuera de la satisfacción personal, se hacían para que la gente las supiese, y mantenerlas ocultas era como el que tiene un buen traje metido en el armario. El traje en el armario y la aventura secreta se apolillan. Había que lucirla, aun a riesgo de que Eulalia se enterase. Lo exigía su buena reputación. Se decidió y lo contó al más indiscreto de sus amigos. Como no fue creído, invitó a que se hiciesen averiguaciones.

Cuando se supo en el Casino, Remigio fue respetado. Le preguntaron cómo había hecho, y respondió con una sonrisa picarona. Le propusieron cambiar a Lola por una finca con muchas perdices, y dio una bofetada al proponente. El escándalo conmovió a la ciudad durante un par de semanas. La reputación de Remigio subió unos cien enteros.

Cuando Lola le dijo que estaba embarazada, lo consideró como una fatalidad tan desagradable como las cuentas del sastre o del armero, pero igualmente inevitable. ,

Nació Juan. Doña Eulalia lo supo en seguida. Era tan orgullosa como tonta, y no podía concebir que nadie la humillara, ni aun su marido. Después de muchas vueltas, descubrió una razón que la tranquilizaba: «¡El pobre tiene tantas ganas de ser padre, y como yo no le doy hijos!» Durante diez o doce años, permaneció fiel a esta idea, y se valía de ella para justificar la conducta de su marido y la suya propia.

Pasaron los dos inviernos, murió el padre de Eulalia, y hubo dinero para marcharse a Madrid. Reforzada su capacidad financiera, Remigio se llevó a Lola consigo y le puso un piso modesto en la calle del Sombrerete. Eulalia lo supo, y se enteró también del nacimiento de Inés.

La existencia de Juan la preocupaba de vez en cuando, pero la de Inés la llenó de cuidados. Apenas nacida la niña, pensaba en su porvenir, pensaba en los riesgos que correría cuando fuese mayorcita, etc. Acudió al confesor, y como no halló respuesta satisfactoria, buscó otro, y otro, y otro, hasta que un fraile sentimental le aseguró que se hallaba en la obligación moral de apartar a aquellos niños del ambiente en que vivían, de cuidarse de su educación y casi, casi, de garantizar la salvación de sus almas, de las que sería responsable ante el Tribunal Divino.

Eulalia llamó, una noche, a su marido, puso las cartas boca arriba, y exigió que Juan e Inés dejasen la calle del Sombrerete y viniesen a vivir bajo su tutela. A Remigio le pareció monstruoso, pero cómodo, porque Eulalia no le había exigido que abandonase a Lola, ni nada parecido. Puso, sin embargo, algunas dificultades: «¿Qué va a decir la gente? ¿Y los criados?». Eulalia le respondió que lo tenía bien estudiado, que sus amistades no tenían por qué enterarse, y que con cambiar de barrio y de servidumbre, estaba todo listo.

La transferencia se efectuó en un mes de septiembre, al regresar del veraneo en Pueblanueva. Remigio se había quedado en el pazo, con veinte amigos y grandes esperanzas sobre los patos de aquel año. Eulalia, ella sola, recogió a los niños, los vistió de nuevo, los llevó al piso recién alquilado en la calle de Lista, y a la servidumbre que contrató dijo que eran suyos. No se cuidó de si la creían o no, ni le importó durante los años que le quedaron de vida, si sus amigas o las visitas de casa estaban en el secreto, y si la compadecían o la admiraban.

Empezó a vivir sólo para los niños y, sobre todo, para su salvación. A Inés le bastaría, seguramente, con la fe, pero Juan necesitaba algo más; necesitaba, por ejemplo, admirar a su padre, tan elegante y tan buen cazador, tan excelente caballero. Los trajes de Remigio, sus escopetas, su cortesía y aquellos sus modales imponentes fueron para Juan, asombroso, las señales externas de una eminencia humana que estaba obligado

a alcanzar por el camino de la admiración imitativa. Y, a Remigio, la devoción de su hijo le satisfacía tan hondamente que, al menos en apariencia, procuraba acomodar su conducta al exquisito patrón trazado por Eulalia. Cada vez que un fracaso le metía en tristezas, procuraba consolarse con aquella seguridad de que, al menos para Juan, era un hombre sin tacha.

Se preocupó también Eulalia de consultar con un abogado la situación legal de los niños. El abogado le leyó la legislación sobre hijos adulterinos, y Eulalia la halló cruel. Tomó la determinación de adoptarlos en cuanto llegasen, ella y Remigio, a la edad prescrita; pero no le dio tiempo, porque un otoño la cogió un frío en la Red de San Luis, y se murió.

No se llevaba de este mundo otra pena que la suerte de las criaturas. Remigio tuvo que jurarle que, en cuanto pasase un tiempo decoroso, se casaría con Lola. El tiempo decoroso hubo que abreviarlo, porque Lola, ya en la treintena, había quedado otra vez embarazada, y puesto que las cosas se habían puesto fáciles, no había por qué traer al mundo otra criatura con irregularidades en el Registro.

Así, Clara María Eugenia fue la única hija legítima de Remigio y de Lola. Cuando nació, la *Cigarrera* empezaba a engordar, y a estar triste, porque Remigio no la quería como antes, o, más bien, no la quería en absoluto. Se había casado por fidelidad al juramento prestado a la difunta, cuya distinción, cuyas virtudes, cuya generosidad le conmovían después de muerta. Pero no se arrepintió enteramente de haberla engañado, no sintió necesidad de arrepentirse del todo, porque, como Eulalia había reconocido, a él le gustaban mucho los niños y su primera esposa había sido estéril.

A pesar del amor de los niños, antes de casarse con Lola dejó el piso de la calle de Lista y alquiló otro, mucho más modesto, en la del Conde Duque, frente al Cuartel. Allí se alojó Lola con sus hijos y una criada para todo. Remigio, por su parte, se fue a vivir a la Gran Peña, y no dijo a nadie que hubiera vuelto a casarse.

Ahora que Lola era su mujer, la visitaba con más tapujos y más espaciadamente que en la calle del Sombrerete. Le había enorgullecido como amante, le avergonzaba como esposa. Las pocas veces que pensaba en sí mismo, no dejaba de lamentar la ocurrencia final de Eulalia. Los niños le parecían muy bien, y hasta los quería, a su modo; pero a Lola la hallaba ordinaria, llorona, impresentable.

Inés y Juan iban a los mejores colegios de Madrid, porque también Eulalia así lo había dispuesto, y porque había dejado una manda en su testamento para que se les pagase la mejor educación. Con Inés no había problema, porque, entonces, las hijas de buena familia no solían estudiar bachillerato. Pero a Juan, en cambio, hubo de matricularle en un Instituto, y cuando Remigio tuvo en sus manos la partida de nacimiento

-hijo natural de Lola Muiños Salgueiro, de veinte años...-, comprendió que el niño no podía enterarse de aquello. Inventó una historia para no matricularlo en Madrid, y lo llevó a Alcalá de Henares. Una escena patética con el director del Instituto, y unos duros al oficinista bastaron para que en la papeleta de examen el nombre de Juan Álvaro Muiños Salgueiro se transformase en un Juan A. Muiños sin más, que podía ser favorablemente interpretado. Pero al curso siguiente no volvió a Alcalá de Henares, por si una indiscreción -¿de quién, Dios mío? ¿De un bedel, de un catedrático mala sangre, de un chupatintas descontento?- revelaba al niño su condición bastarda. Entonces, marchó a Cuenca, un día antes de los exámenes, contó otra historia, pagó matrículas dobles, y Juan A. Muiño aprobó condicionalmente el primer curso, hasta que llegasen sus papeles de Alcalá de Henares. De esta manera, repitiendo el truco, pasó Juan el segundo curso en Ávila, el tercero en Ciudad Real, el cuarto en Valladolid, el quinto en Guadalajara. En el quinto hubo un tropiezo, porque Remigio fue reconocido por un funcionario que antes había estado en Cuenca, y que ahora vivía en Madrid, pero iba a Guadalajara tres días por semana. Se encontraron en el tren, y Remigio hubo de cantar de plano. Empezó a temer que el funcionario abusase del secreto, le convidó a comer, le dio coba, le hizo regalos, habló por él en el ministerio y consiguió su traslado a un centro de Madrid... Gracias a Dios, Juan terminó el bachillerato en Logroño.

«Ahora, lo mejor será que te vayas a la Argentina -le dijo-; no andamos muy bien de dinero, y no hay como América para rehacer una fortuna. En pocos años puedes volver millonario.» Quería sacudírselo de encima, pero a Juan le apetecía más la Universidad, y Remigio no era capaz de facturarlo por las buenas a Buenos Aires. «Me parece bien que estudies, pero, ¿qué carrera te gusta? A tu edad no se sabe bien para lo que uno sirve. Ya me ves a mí: soy abogado como si no lo fuera. ¡Ah, si hubiese sido ingeniero!» De modo que lo mejor era pasar un par de cursos de oyente, a ver si se aficionaba al Derecho, o a la Medicina... La cuestión era ganar tiempo. Cuando Juan decidió que el Derecho y las Letras le atraían igualmente, y que podía estudiar al mismo tiempo las dos carreras, Remigio lamentó que no le gustasen más las Ciencias Químicas, porque las Ciencias Químicas, con los adelantos, tenían un gran porvenir. Pero transigió. Sin embargo, a la hora de matricularse, andaba tan mal de dinero, que hubieron de dejarlo para septiembre, y en septiembre se prolongó el veraneo por razones misteriosas que desesperaban a Juan. «Mira, lo mejor será que vayas a la Universidad y estudies lo que te parezca, pero sin matricularte. Después que hagas el servicio, echas toda la carrera en un par de cursos, y no has perdido nada.» Y así, Juan estudiaba lo que le daba la gana, o no estudiaba y se iba al Ateneo y leía, y asistía, desde un rincón, a las tertulias políticas y literarias, y andaba

solo. Empezaba a tener conciencia de que algo le sucedía, sin saber qué: algo conocido de su padre, sólo de su padre, que evidentemente le engañaba, y le huía, y escurría la vista cuando Juan le miraba a los ojos. «¡Nada, hombre, no pasa nada, sino lo de siempre: que estamos mal de dinero y que hay que tener paciencia!»

Pero Juan no le creía. Juan sospechaba ya que, detrás de la fachenda impresionante de su padre, se escondía un pobre diablo tan cobarde como tramposo, o quizá tramposo por cobardía; un ser inquieto y acosado que no miraba de frente ni a los hombres ni a la vida, que tenía tanto miedo de la verdad como de los acreedores, y que se defendía con palabras vacías. Juan le perdió el respeto y dejó de amarle: se sentía burlado y necesitado de revancha. Inés también amaba a su padre: tenía que destruir aquel amor, hacer ver a su hermana que Remigio era un ser indigno. Tenía que conseguirlo, además, para que Inés le amase exclusivamente a él, para sentirse con ella solidario en el amor y en el desprecio.

Hasta que Juan fue llamado a quintas, y se enteró del secreto. Su padre tuvo que confesarlo, tuvo que explicarse, avergonzado: tuvo que disculparse también, aunque no lo consiguió: «¡Ya tenía veinticinco años, y a esa edad...! ¡Si supieras lo que he llorado en este tiempo!». Juan no le decía nada, ni le miraba siquiera, pero su silencio era tremendo. «Claro está que muy pronto lo arreglaremos. La Comisión estudia una reforma del Código Civil. En cuanto cambie el gobierno...» Mientras cambiaba el gobierno, Juan marchó a África y pasó allá todos los años de la guerra. Remigio pensaba piadosamente que una bala oportuna le ahorraría muchos sufrimientos, y Juan lo pensaba también, o, al menos, lo pensó durante algún tiempo. Pero terminó la guerra, y regresó a Madrid con galones de sargento, y un aire a la vez triste y terrible. Su padre le sugirió que se quedase en el ejército, que podía hacer carrera, y Juan le miró con desprecio, y se arrancó los galones dorados. Bueno...

Juan tenía una gran facha, aunque desgarrada y sin aliño. Miraba de frente al hablar, decía la verdad sin embarazo y sabía mandar: ¡dos años de sargento le habían dado una gran seguridad! Remigio empezó a pensar que Juan era un hombre importante. Allá en el fondo de su alma, le admiraba, quizá también le quería. Le gustaría verle contento.

«Ya verás. Estas gentes de la Dictadura vienen a transformarlo todo. La reforma del Código será un hecho en seguida. Yo soy amigo del General, como sabes, y tengo su promesa...» Juan se encogía de hombros, y marchaba a reunirse con poetas de vanguardia o con estudiantes comunistas. Otras veces, daba grandes paseos con Inés, la única persona de la familia a quien parecía querer. «Es natural. Al fin y al cabo...»

Evidentemente, Juan había dejado de respetarle. La admiración infantil, aquella devoción por el cazador irreprochable, por el incomparable

dandy, que Eulalia había creado y cultivado, se había trocado en desdén, en mudo sarcasmo. Remigio hubiera dado cualquier cosa porque Juan volviera a estimarle. Se veían raras veces: Remigio censuraba al Gobierno sólo porque Juan tenía ideas radicales; pero Juan sonreía... Cuando empezó a hablarse de República, y supo que Juan andaba en conspiraciones, se hizo un poco republicano. Un día, Juan fue detenido y estuvo unos días en la cárcel. Al salir, su padre le llamó, le dio una carta y un paquete. «Toma esto, lee esta carta y entrega todo en Palacio.» En la carta, con rebuscada impertinencia, Remigio devolvía al Rey su llave de gentilhombre. Juan rió a carcajadas y dejó sobre la mesa, sin explicación, la carta y el paquete. Al marchar, dijo: «Llévalo tú!». Y seguía riendo. Sin embargo, Remigio, con otra carta más cortés, envió la llave dorada, y al día siguiente le rogaron que pidiese también su baja en la Gran Peña. Entonces, se hizo francamente republicano, y se fue a vivir a una pensión barata de la calle de jardines, justo frente a la redacción de *La Tierra*. Juan desapareció de Madrid; se supo que se había sublevado en Jaca y que estaba en Francia, refugiado. Volvió al proclamarse la República. Remigio figuraba entre los que esperaban, en la estación del Norte, su llegada y la de otros estudiantes, pero Juan no se dignó reconocerle.

«¡Ahora, cuando los republicanos reformen el Código Civil, me daré el gustazo de arrojarle a la cara su partida de nacimiento con nombre y dos apellidos!» Pero no le dio tiempo. Alguien le dijo, un día, que Juan andaba entre los incendiarios de las iglesias, y él mismo, desde su balcón, le vio mezclado a los que quemaban la de San Luis; se halló responsable, y no pudo más. Se sintió mal. Le dio una cosa al corazón, se metió en cama, y a los pocos días murió.

En su cartera hallaron unas pocas pesetas, con las que se pagó el entierro y la esquila en el ABC. Su familia quedaba sin un céntimo. Juan tuvo que buscar dinero. Cargado de méritos revolucionarios, había solicitado el ingreso en el Partido comunista, y esperaba que le admitieran, pero no le pareció decente pedir antes de la admisión unas pesetas, menos aún un empleo. Fue a visitar a un ministro radical, amigo de Remigio, y consiguió unos duros a cuenta de unos artículos, firmados, en defensa del republicanismo radical: los artículos fueron publicados, pero a Juan se le negó el ingreso en el Partido comunista. Entonces, se sintió derrotado y triste, se sintió más solo que nunca. La idea de marcharse todos a Galicia le pareció una buena solución, aunque fuese una renuncia. Durante el viaje meditó largamente sobre el anarco-sindicalismo y la posibilidad de agarrarse a él como tabla de salvación.

V

Convinieron, doña Mariana y Carlos, en que los servicios de un albañil le ayudarían a derribar el tabique que tapiaba la puerta de la torre, y ella se encargó del aviso; un poco zumbona en sus palabras de complacencia, como si el propósito de Carlos fuese capricho de niño. Marchó él al pazo, donde esperaría hasta que el albañil llegase, y por si el frío era mucho, doña Mariana le proveyó de unos bocados para las once, una cantimplora de vino y un pequeño termo con café. Le encareció que no faltase a la hora de comer. Como el día seguía lluvioso, y el vendaval soplaba, recomendó a Carlos que cambiase el sombrero por una boina, y ella misma despachó a la Rucha para que la comprase. Con la boina puesta y con una bufanda, salió Carlos a la calle, y en vez de dar la vuelta por la carretera, subió por una escalerilla estrecha de gastados peldaños, que, desde la playa, ascendía a los huertos, pegada a las sinuosidades de la gran roca sobre la que el pazo se asentaba. Dejó franca la puerta, se metió en las estancias vacías y las recorrió durante un rato, sin propósito claro, más que esperar la llegada del albañil y presenciar la apertura del misterio. Pero, en su recorrido, llegó a lo que había sido dormitorio de su madre, con la gran cama de caoba y el colchón sobre la cama, envuelto en una arpillera. Había un escritorio cerrado. Carlos probó las llaves que doña Mariana le diera, y con una de ellas abrió la tapa, y pudo revolver los cajones llenos de papeles. Todos eran cuentas: las cuentas de lo que su madre había ingresado y gastado desde su matrimonio hasta su muerte; cuentas minuciosas, escritas con letra pequeña y clara, como dibujada. Cuentas extrañas, porque apuntaban lo ingresado y lo gastado, pero sin sumar las partidas, aunque clasificadas escrupulosamente: lo cobrado por rentas, los foros con su valor, lo que doña Mariana había pagado por las piezas bordadas, expresado el importe de cada pieza; y, en otros cuadernos, lo que había gastado en la educación de Carlos y todo el dinero enviado a Santiago, después a Madrid y por último a Viena. Como en los ingresos y en los gastos constaban las fechas, pudo Carlos comprobar que no sólo el dinero pagado por doña Mariana, sino la mayor parte de las rentas, lo había recibido él, y que

para sus gastos personales doña Matilde se había reservado cantidades de asombrosa modestia; como que se había alimentado del maíz y las hortalizas producidas por la huerta del pazo, del cerdo que criaba y mataba cada año, y de algún pescado y leche en proporciones irrisorias. Los huevos, los vendía.

El albañil llegó hacia media mañana. Venía provisto de pico, y acompañado de un rapaz. Carlos les condujo al fondo del pasillo, les señaló el muro -manchado de humedad.

-Hay que derribar esto.

-Bueno.

El albañil se quitó la chaqueta y la dejó en un rincón. Tentó el muro con el mango del pico y dio el primer golpe. Carlos se sobresaltó. Cayeron los primeros escombros: el rapaz los recogía en un capacho y los llevaba a fuera.

-¿Tardará mucho?

-Cosa de hora y media.

Carlos se marchó al salón. Hacía un frío endiablado, y las ráfagas de viento meneaban con ruido puertas y ventanas, silbaban en las rendijas. Buscó algo que quemar, encendió la chimenea y se sentó cerca del fuego. Sonaban, al fondo del pasillo, los golpes secos del pico.

Después de todo, aquello no era un acto trascendente. Le había, quizá, dado demasiada importancia. «Lo he mitificado», se dijo; y sonrió, porque ésa hubiera sido la expresión de Zarah. «Y, ¿por qué me importa la opinión de Zarah, por qué la constituyo en juez de mis actos? Mi madre también me juzgaría.» Le juzgaría desfavorablemente, como Zarah, aunque por distintos motivos. Su madre le diría: «Al abrir esa puerta, me desobedeces y ofendes mi memoria». Y Zarah daría una explicación sobre el complejo de obediencia; quizá sacase a relucir el Génesis y el Pecado Original, y hasta era posible que le preguntase por qué su inconsciente realizaba la identificación Jahwé-Madre. «Piensa sobre esto, querido; analízalo. JahwéMadre, y no Jahwé-Padre. ¿Qué te pasa con tu padre y con tu madre?»

El albañil apareció en la puerta del salón.

-Ya está. Venga a verlo.

Traía una llave grande, de hierro. Explicó que colgaba de un clavo, en la misma puerta, tapiada como ella. «Quise abrir, pero está recia. Habrá que echar aceite en la cerradura.» La puerta, desembarazada, cerraba el final del pasillo: grandota y tosca, de un verde sucio, reforzada de hierro.

Pagó al albañil, le acompañó hasta el zaguán: todavía charlaron un poco y liaron unos pitillos. El albañil se quejaba del mal tiempo. «Con esta lluvia no salen más que chapuzas.» Se marchó, cobijado, con el rapaz, bajo un enorme paraguas. Carlos, antes de subir, buscó en la cocina algún hierro que le sirviese de palanca. No encontró nada. Se

acordó de las tenazas de la chimenea. Con su ayuda, pudo abrir la puerta.

Olía a moho, a polvo, a ratones, a humedad. La luz entraba por las rendijas de una ventana frontera. Corrió a ella, buscó a tientas la falleba, franqueó las maderas y la vidriera, y respiró el aire húmedo. Se veían, desde la ventana, la ciudad y la playa, envueltas en lluvia; los montes, los pinares, la ría de aguas oscuras y revueltas, casi negras, con espuma de un blanco sucio. Se acodó en el repecho y esperó a que la habitación se ventilase o a que le viniesen' ganas de volverse a ver qué había. Recordó, una vez más, a Zarah y a su madre, pero ahuyentó las imágenes con un esfuerzo de voluntad. Fuera, seguía lloviendo, gotas gruesas, violentas. Escuchó la lluvia y dejó que las salpicaduras le mojasen la cara. Hasta que ya no pensó en Zarah ni en su madre. Se volvió y miró.

Una habitación grande, de techos altísimos, destartada, con polvo y telarañas en todas partes. Un tresillo antiguo, hecho jirones el damasco del tapizado. Un brasero grande, de bronce, en un rincón. Un escritorio con escribanía de porcelana -¡qué bonito, el galgo erguido entre los dos tinteros!-; reloj de cuco, La Vicaría en colores, dos armarios, una alfombra carcomida.

-No hay ningún esqueleto.

Lo dijo en voz alta, simulando cómicamente la decepción. En la cerradura de uno de los armarios colgaba un llavero con cinco o seis llaves oxidadas. Abrió las puertas, los cajones. Papeles por todas partes: papeles ordenados, clasificados, atados en legajos con balduque desvaído; y en cada legajo un marbete bien visible, escrito con letra grande y clara. Cajas de documentos y de retratos; paquetes de cartas, periódicos, el Diario de Sesiones, desde 1892 a 1900 y todos los trabajos de un hombre que escribe mucho y pacientemente. Algunos libros de historia, de religión y de política; varias novelas: Galdós, Pereda, Los Pazos de Ulloa, los Clásicos Rivadeneyra. Pero ninguno de los legajos se titulaba Mis memorias, sino Los hechos de 1808, Vida de Mariana Quiroga, Los Churruchaos en el siglo XVII Historia de los privilegios de los linajes Churruchaos. Tampoco había ningún sobre en el que se hubiera escrito con pluma trémula: «Para mi hijo Carlos, cuando alcance la mayoría de edad». Lo cerró todo, sonriente, desencantado: sólo retiró, de aquella balumba de papel escrito, un atadizo envuelto en papel fino, con este rótulo: Cartas de Mariana Sarmiento. Se lo echó al bolsillo, cerró la ventana y volvió al sobrado. Se puso, con calma, la gabardina y la boina; cogió el paraguas, y, con él en la mano, se sentó frente al fuego. Durante unos minutos miró las llamas, débiles ya. Luego se encogió de hombros.

-Ni a Adán ni a mí nos valió la pena pecar.

Llegó empapado. Doña Mariana le obligó a mudarse zapatos y calcetines y a calentarse un poco antes del almuerzo. Le trajo ella misma una

copa de jerez, y sólo cuando Carlos dejó de tiritar, se sentaron a la mesa.

-Bueno, ¿y qué? -preguntó ella.

-Nada, o casi nada. Papeles, y un mal olor endemoniado. Hay unos muebles bonitos, aunque muy estropeados, y la habitación es grande y con una vista hermosa. Buen sitio para trabajar... con otros muebles y con calefacción.

-Para trabajar, ¿quién? ¿Tú?

-¿Yo? No pensaba en mí.

-Dijiste que de este capricho podría resultar que te quedaras para siempre.

-Eso fue una tontería. No pienso quedarme. ¿Voy a cambiar mi vida por una decepción?

-¿Una decepción?

-¡Oh! Mis padres carecieron de sentido melodramático. No he hallado nada que me importase directamente. Después de lo pasado, ¿qué menos que una carta de mi padre, explicándome por qué nos abandonó?

-No puedo asegurarte que la haya escrito; pero, de haberlo hecho, tu madre la hubiera destruido, y estaría bien.

-Pudo pensar que yo necesitaría algún día 'saber si debo amar a mi padre.

-Ella no quiso que lo odieras, pero tampoco que lo amaras.

-Pero usted...

-Yo conocí a tu padre mucho mejor que tu madre.

-Entonces, cuanto mi madre hizo es inútil.

Bebió un sorbo de vino y miró a la dama.

-Inútil y equivocado, porque si yo he de amar el recuerdo de mi padre, será por lo que usted me cuente, y usted es parte interesada.

Echó sobre la mesa el paquete de cartas y doña Mariana las miró sin abrirlas.

-¿Las has leído?

-¡Oh, no! Son de usted.

-Pero fueron escritas a tu padre.

-No importa.

La dama rompió la cinta y el papel.

-Tienes que leerlas, aunque también te causen una decepción. No son lo que supones, sino cartas de amistad; diez años de amistad, que quizá hayan sido otro error. Él, aquí; yo, en Madrid o por el mundo adelante. Tienes que leerlas.

Las empujó hacia Carlos, suavemente.

-Son tuyas. Pero quiero que leas también las que él me escribió. Las conservo y a veces las leo. Después, juzgarás.

-Pero ¿por qué he de juzgar?

-Porque es a tu padre a quien encontrarás en ellas.

«Espera», dijo. Se levantó y salió rápidamente. Mientras volvía, Carlos revolvió los pliegos descoloridos, en que se adivinaba una escritura de letras grandes y firmes. Doña Mariana regresó en seguida; traía un sobre abultado. Lo tendió a Carlos.

-Toma. Después de que las hayas leído, y de que me hayas escuchado, podrás juzgar.

Carlos juntó en uno los dos paquetes.

-Tengo treinta y cuatro años, y hasta ahora he vivido sin pensar mucho en mi padre. Puedo seguir viviendo...

-Puedes, naturalmente. Puedes romper con tu sangre y con tus muertos, y marcharte. Pero serás un cobarde.

Lo dijo con violencia, con un punto de irritación. Carlos se sorprendió.

-Perdóneme. Yo no quería... -vaciló-. En fin, si usted lo quiere...

-No porque yo lo quiera, sino porque es tu obligación. Tienes que saber quién fue tu padre, y cómo fue, y por qué te engendró y por qué te abandonó; y después que lo sepas, juzgarlo. Un hombre no puede, cómodamente, echar su vida a la espalda. ¿O es que no tienes una moral?

-¿Qué quiere decir?

-Una moral. Cosas que debes hacer y cosas que no puedes hacer jamás.

-Como todo el mundo.

Doña Mariana se sentó y le miró con dureza.

-Tú no eres todo el mundo. Tú no tienes las mismas obligaciones que todo el mundo; sino las que te vienen de ser quien eres. Como a mí. Y tú tienes que hacerte cargo de lo que tu padre y tu madre fueron e hicieron, y pechar con ello, para tu bien o tu mal.

Se dulcificó un poco; llegó a sonreír.

-No me defraudes, por favor.

-Voy entendiendo que también mi padre la defraudó.

-¡Oh, no, no en este sentido! Tu padre conocía bien su deber; su defecto fue ser demasiado estrecho, demasiado exigente consigo mismo.

-¿Abandonó a su mujer y a su hijo por exigencia moral?

-No podía hacer otra cosa. Entonces...

Pareció como si fuera a contar algo, pero se detuvo.

-No, no. Ahora, no. Todavía no lo mereces. No sabes quién fue tu padre, no sabes el hombre entero que fue.

Señaló las cartas.

-Tienes que leer eso. Hoy mismo. Si después de leerlas no lo comprendes, me habrás defraudado para siempre, como mi hijo.

Hizo una pausa.

-¿Quieres servirme vino?

Carlos le llenó la copa.

-No tanto -bebió un sorbo-. Mi hijo también me defraudó y es neces-

rio que lo sepas. No fue capaz de arrostrar su condición. Hice que tuviera un nombre y una educación: le di la carrera que apetecía, pero llegó un momento en que debía elegir entre llamarse Pérez o ser mi hijo. Me rechazó. ¿Lo comprendes? Me rechazó y rechazó todo lo que yo podía significar para él, menos el dinero que le di para marcharse a América y para abrirse camino allá. Tenía miedo a que le llamasen hijo de puta, como a los hijos bastardos de las tenderas y de las pescadoras.

Volvió a beber.

-No lo siento. Nunca le tuve demasiado amor, pero cumplí con él todas mis obligaciones. Le hubiera amado, eso sí, si me fuera leal. Pero él no entiende de esos sentimientos. Es de esos hombres blandos que piensan que, para una mujer como yo, un hijo bastardo tiene que ser una catástrofe. Me hizo una escena de comedia, como si yo fuese una mujer seducida y abandonada, y cuando le expliqué que no era así, que yo le había tenido por mi voluntad, porque me dio la gana, me dijo que yo era una «mujer mala». ¡Qué imbécil! Ahora se casó. ¿Imaginas los apuros que habrá pasado para confesar a su esposa que es un bastardo, o el miedo de que una casualidad se lo descubra, si no lo ha confesado aún?

Apuró, finalmente, la copa.

-Tener ese hijo fue el único error de mi vida. Mejor dicho, no el único. Hay otro, pero de eso ya hablaremos.

Se levantó.

-Ahora voy a echar la siesta. ¿Te quedarás aquí?

Carlos respondió que iría a su cuarto.

-Te llevaré una manta para que te abrigues. Hace mucho frío. ¿O prefieres que te enciendan la chimenea?

Carlos no se sentó, sino que se echó en la cama, arropado. Fumó un rato. Pensaba, repensaba las palabras de doña Mariana, intentaba aceptarlas. Se sentía, otra vez, dirigido, -y pretendía mantener en su corazón una tenue resistencia. El montón de las cartas, junto a su mano, esperaba a que se determinase su voluntad. Como antes el hecho de abrir la puerta de la torre, su fantasía mitificaba conscientemente. «¿O mixtifico, quizá?», se preguntó. «¿No será dar importancia otra vez a cosas que no la tienen? Supongamos que, leídas esas cartas, descubro que mi padre fue un caballero o un canalla. ¿Y qué? ¿Por qué esto ha de influir necesariamente en mi vida? ¿Y, por qué, si obedezco una vez a doña Mariana, he de perder mi libertad, y, si la desobedezco, he de ser enteramente libre? En último término, ¿se juegan de veras mi libertad y mi destino? Y, si se juegan, ¿no he aceptado de antemano cuanto pueda acontecerme, al elegir el viaje, al abandonar a Zarah? El acto libre fue aquél, y lo que ahora haga es libre en función de aquella libertad. Se aceptan o se rechazan en bloque un hecho y sus consecuencias; no hay porqué ir analizando acto por acto, hasta convertir en problema la simple respiración.»

Todavía pensó: « Si lo analizo más, descubriré que me estoy engañando, y que todo es un sofisma. Bien. ¿Por qué me engaño? ¿Qué mueve, desde el inconsciente, mi deseo de engañarme? ¿Temor a la libertad? ¿Será que quiero ser gobernado otra vez; que la libertad, cuando la tengo, no me sirve de nada por cobardía?»

Y aún: «¡Tendría gracia que, gobernado por Mariana, llegase a hombre poderoso...!». Pero ya sus manos ordenaban por fechas las cartas del paquete. La correspondencia arrancaba de una carta de doña Mariana, escrita en Madrid en 1892. «Querido Fernando: ¿Qué disparate has hecho, y por qué? Acabo de enterarme de tu renuncia al acta de diputado y de tu marcha, que más parece fuga, sin despedirte. Papá se ha dado a los diablos y me pregunta si estás loco. Fue lo que el Ministro le preguntó esta mañana y lo que todo el mundo se pregunta. ¡Vuelve inmediatamente! Ya veremos de arreglarlo, y aunque no puedas recobrar el acta, con cualquier añagaza de prensa se disfrazará la cosa para que quedes con color y vuelvas a salir diputado en las próximas Cortes. No rechistes: haz las maletas (si has llegado a deshacerlas) y vuelve en seguida. Me costará trabajo no arañarte cuando te tenga otra vez delante. Te odio. Mariana.» Seguía inmediatamente otra carta de la misma fecha: «Fernando: te pido perdón. Hace sólo unas horas que te envié la carta anterior, y ya estoy arrepentida. Papá, a la hora de cenar, me ha contado todo: lo ha sabido en el Congreso, y lo sabe todo Madrid. Querido Fernando, ¿qué voy a decirte? No he llorado porque no acostumbro a hacerlo, pero estoy pesarosa de mi culpa involuntaria. Papá decía: “No se puede hacer carrera en este Madrid de pícaros cuando se es un caballero como Fernando”; lo decía apenado, y agregó: “Esos asuntos se arreglan ahora pagando a un par de bigardos que den una paliza al deslenguado, pero no con un duelo. ¿Por qué Fernando no habló conmigo antes de meterse en el jaleo?”. Tiene razón: ya que no a mí, debiste hablarle a papá. No le hubieras disgustado, porque cualquier mujer corre el riesgo de ser calumniada, y yo, por mi carácter, más que otra cualquiera. En ese caso, además sabemos que todo fue tramado para meterte en un lío y arruinar tu carrera política. Has hecho el juego, sin saberlo, a tus enemigos. Es decir, se lo has hecho a medias, porque a estas horas no hay nadie en Madrid más popular que tú -según papá me asegura- y podrías casarte con la chica que te diera la gana y hacer un buen matrimonio que restaure tu fortuna. ¡Nandito! ¿Por que eres impulsivo? Y, sobre todo, ¿por qué eres tan bueno? ¡Un poco de picardía, y habrás hecho tu carrera! Vuelve a Madrid; papá y yo te esperamos. Nada más que aprovechando el viento, haremos de ti un personaje. Vuelve en seguida. Te quiere, Mariana.» La respuesta de Fernando a estas dos cartas era larga, minuciosa «y sofisticada», añadió Carlos. Acumulaba razones para justificar su retirada. Razones morales. «No volveré más a Madrid»,

terminaba.

Diez, quince, veinte cartas más con dimes y diretes sobre si debes venir y si no puedo ir, con reproches y súplicas, en todos los tonos. Un lapso veraniego de dos meses: por las cartas siguientes, averiguó Carlos que, tanto Mariana como su padre, habían renunciado a la temporada en Deauville por acompañar a Fernando en Pueblanueva y convencerle. No lo consiguieron. Las cartas posteriores las encabezaba Mariana, muchas veces, con «Mi querido testarudo», únicas alusiones a un pleito fallado. Ella contaba sus viajes o describía fiestas, le informaba de escándalos sociales y maniobras políticas, de enriquecimientos, ruinas, matrimonios y muertes; él, de su vida monótona, de sus trabajos. Se sorprendía Mariana de que perdiera el tiempo averiguando la vida y milagros de Churruchaos remotos. «¿Qué nos importan esas gentes? -decía-; hay que vivir hacia delante.» «A ti, querida Mariana -le respondía Fernando-, te lleva el ímpetu, ya que no la esperanza. Yo, que no soy impetuoso, soy desesperado. ¡Si supieras qué pocas cosas me importan, y de ellas, qué pocas lograré! Mientras caminas, me detengo; y por no pensar en el futuro, me refugio en el pasado. Es, ya lo sé, una renunciación. De todos modos, entre los dos formaríamos un ser completo. A mí me falta la ilusión; a ti, el recuerdo.»

Fernando necesitó de los papeles que guardaban los Sarmientos; don Pedro, el padre de Mariana, le dio la llave, y libertad para entrar, salir y resolver. «Querida Mariana, te he encontrado, en genio y figura, pero cien años más vieja. ¿Te has fijado alguna vez en Mariana Quiroga, la mujer que está en el retrato de sobre la chimenea? ¿Sabes que fue como tú, y que todo cuanto eres se lo debes? ¡Para que luego me digas que no importan estas antiguallas! Muchas veces me he preguntado de dónde habías salido, a quién te parecías. Ahora, ya lo sé. Llevas en la masa de la sangre el mismo fuego que tu tocaya.» Mariana le respondía: «Si mi bisabuela fue como yo, estoy encantada de ser su nieta. Jamás he lamentado nada de mi carácter, ni aún de mi figura. Dale las gracias al retrato por todo lo que le debo».

Por éstas y otras cosas que en las cartas se hallaban, parecía haber sido Fernando varón solitario y haber llevado con extremosa dignidad su pobreza. No se cuidaba de sus tierras; las más, alquiladas por dos cuartos; las menos, trabajadas por jornaleros en la medida necesaria para que el dueño subsistiese. No se ocupaba de los predios incultos ni de los bosques en que robaban libremente los aldeanos. «Escribe a papá el casero que de tu soto de la Frouxeira quedan diez o doce castaños, y que hubo más de cien. ¿Qué haces, criatura? ¿Por qué te dejas robar de esa manera?» A esto, Fernando no contestaba directamente, sino con una apología de la vida modesta. Ni tampoco a las insinuaciones, reiteradas, de que debía casarse. «Vas a cumplir cuarenta años. ¿Es que piensas

morirte así?» «¡Tengo que hacer tantas cosas antes de pensar en los demás! ¿Sabes que en 1808, cuando vinieron los franceses, pasaron en Pueblanueva cosas notables, de las que todo el mundo se ha olvidado? ¿Sabes que tu bisabuela Mariana obligó a la gente a resistir, y que el Comandante francés la respetó por su valor, y vivió en tu casa sin llevarse ni una cuchara?» «Fernando, no consigo que me importe lo que pasó a mi bisabuela con los franceses; me importas tú.»

La correspondencia terminaba en 1899. Don Pedro Sarmiento había venido a Pueblanueva por sus negocios. La última carta, de Fernando, decía: «Tu padre está mal. Puede morir cualquier día. Debes venir cuanto antes».

Llamaron a la puerta. La criada le dijo:

-Tiene visita.

Y doña Mariana, que le esperaba en el pasillo, precisó:

-Es Rosario, la hija de tus caseros.

-¿Qué debo hacer?

-Recíbirla, naturalmente. Ahí, en la salita, que está encendido el fuego. Yo daré una vuelta, mientras.

-¡No me deje solo con ella! ¿No ve que no he hablado nunca con aldeanos?

-Como quieras.

Rosario apareció y se quedó en la puerta. Venía bien vestida, de rojo oscuro: el mantón negro, mojado de la lluvia, le cubría la cabeza, los hombros y la espalda. De un brazo, colgado, traía un canastillo de mimbre, reluciente de limpio, bien tapado con un mantelillo blanco.

Era bonita, carnosa, atractiva; se mantenía erguida en medio de la puerta; erguida y fuerte como segura de sí misma.

-¿Hay permiso?

-Pasa, Rosario -dijo doña Mariana.

Pero Rosario, después de un «Buenas tardes» masticado, se dirigió a Carlos, sin mirar a doña Mariana, como si lo evitase.

-Siéntate.

Con un movimiento brusco, Rosario se volvió.

-¿Yo?

-Naturalmente.

Rosario miró a Carlos, como pidiéndole permiso; pero Carlos no entendía la escena. Le divertía, y su mirada no supo responder.

-En esa silla, Rosario. Vamos, siéntate.

-Sí, señora -balbució la moza.

Se apoyó en el borde de la silla, y, un poco torcido el torso, se dirigió a Carlos. Había perdido la seguridad. Hablaba muy de prisa, como queriendo acabar pronto. Su cuerpo tiraba de ella hacia arriba; tenía que esforzarse visiblemente para permanecer sentada.

-Mi madre me encarga que venga a ver al señor, porque ella está en la cama, presa del reuma. Mi padre tampoco puede venir, porque trabaja en el astillero. Mi madre pide al señor que, cuando le venga bien, pase por el lugar y lo vea. Todo está cuidado y bien labrado. Mi madre...

Lo que hacían, lo que plantaban, lo que daba la finca.

-... y no haga caso el señor si mi madre se llora, porque la renta es justa y podemos pagarla. Pero la vieja no hace más que quejarse. Esto se lo dice una servidora, no de parte de mi madre.

Alargó hacia Carlos el cesto, que no había soltado.

-Pero esto se lo maneja ella, para la Nochebuena. Una pobreza. Lo mismo que llevábamos todos los años a la difunta señora, que en gloria esté. Todos los años por esta fecha.

Carlos miró a doña Mariana, interrogante.

-Acéptalo.

-Bien. Muchas gracias. Déjelo ahí y dígame a su madre que ya iré a ver la finca.

-Tengo que pedirle al señor otra vez que no me trate de usted. Una servidora...

Se levantó y caminó hacia atrás dos o tres pasos. Ya en la puerta, volvió a saludar, y añadió:

-Mañana pasaré a recoger el cestillo.

Desapareció rápidamente; sus zuecas resonaron sobre el linóleo del pasillo.

-¿Quiere usted explicarme esto, Mariana?

-Es bien sencillo. Has tenido tu primer regalo de Pascuas -revolvió en el cestillo- Mira: una taza de manteca cocida, un pollo desplumado y limpio, huevos... ¡Lo menos dos docenas!

-Pero... ¿y lo demás? ¿Por qué no quería sentarse? ¿Y por qué tanta ceremonia?

Doña Mariana rió.

-Querido Carlos, tú puedes ser amigo de ellos, robarles o hacerles caridades, respetarlos o acostarte con sus hijas. Guardarán las distancias si permaneces sentado y ellos de pie; si dejas que te llamen señor y les tuteas.

-Entonces, ¿por qué mandó usted que se sentase?

Volvió a reír la dama.

-Hice una prueba. Quería saber si a esa niña se le subieron los humos a la cabeza por ser querida de Cayetano. Como has visto, pasó un mal rato. Desde ahora tiene toda mi simpatía. Y, por lo que veo, también la tuya.

-¿La mía? ¿Por qué la mía?

-Lo digo por tu modo de mirarla. Reconozco que es muy bonita, pero dabas la impresión de que no ves una mujer desde hace un mes.

-Simple curiosidad. Ya el otro día, en el autobús, me sorprendió. Parece una francesa.

-¿No sabes que por aquí, cuando quieren elogiar a una moza, dicen que es grande y rubia como una francesa? Hay muchas como Rosario. ¡Ya las verás de cerca, ya! Lo menos media docena de tus remeros tienen hijas mozas. Si no han venido ya a verte, es porque me tienen miedo. Pero, como quedas aquí sólo unos días, empezará la procesión, y, con ella, las lamentaciones: que si la tierra no da, que si veinte duros son muchos duros... Todo mentira, por si te ablandas.

-Rosario no dijo eso.

-Rosario es orgullosa; los otros, no. Con la hija por delante, como en ofrecimiento, te contarán toda clase de calamidades, y si te enterneces, te dejan sin un cuarto; pero si la hija te gusta, te dejan a la hija; ya se las arreglarán después para sacarte, a cuenta, un buen pedazo de tierra. Es el procedimiento acostumbrado para quedarse con las fincas; más barato, desde luego, que comprarlas.

-Y usted, ¿lo encuentra moral? Se lo pregunto por lo mismo que usted me preguntó antes si yo tenía una moral.

Doña Mariana se encogió de hombros.

-Me trae sin cuidado. La moral, como yo la entiendo, no se para en pequeñeces. Pero si un hombre no sabe dominar sus pasiones más vulgares, y le cuesta la ruina, es que se lo merece.

-Y a Cayetano, ¿también le costará la ruina?

-¡Oh, no! Ése es duro y cruel. Paga con la esclavitud. El procedimiento es el mismo, en apariencia; sólo que Cayetano, en vez de regalar predios, da trabajo en su astillero, saca a la gente de la tierra y la mete en esas casas de cemento que hizo para los trabajadores, y ahí tienes a una familia que ya depende de él para siempre; porque al que se rebela lo planta en la calle y lo deja morir de hambre.

-Rosario, sin embargo...

-Rosario está en el principio. Ya verás cómo un día de éstos viene a verte su padre, o a mí, si te has marchado, y dice que la renta es mucha, que no puede pagarla, que sale tarde del astillero y no le queda tiempo para labrar la tierra, y que deja la finca libre. Sucederá en cuanto Cayetano lo mande. A no ser que...

Hizo una pausa.

-No. Sería raro.

Pasó la merienda sin que la conversación saliese del comentario vulgar o de la bagatela; y como doña Mariana no parecía dispuesta a traer de nuevo a las palabras el tema del mediodía, Carlos le siguió el aire, y cuando las cosas llegaron a lo frívolo, se sentó al piano y tocó para ella dos o tres canciones. Ella le dijo que si quería salir, lo hiciese sin cuidar de que la dejase sola, porque tenía algunas cartas atrasadas; Carlos lo

interpretó como una invitación.

-Iré, entonces, a dar una vuelta por el pueblo.

Pensó primero llegarse hasta la taberna, por si estaba allí Aldán, al que quería dar la impresión de que la amistad infantil no había sido olvidada; pero, al pasar el puente y llegar al arco de la Virgen, donde el pueblo viejo comenzaba, se sintió atraído por la calle pina y solitaria, enlozada y reluciente, y se metió por ella. Pasó junto a tiendas semiabiertas, de las que salían retazos de conversaciones vulgares; en alguna de ellas se asomaron para verle, y llegó a oír la voz de una muchacha que preguntaba: «¿Adónde irá?», seguida de un «cállate» autoritario. No hubiera podido contestar, porque no sabía a dónde iba y, sin embargo, su paso era enérgico y seguro, como de quien va a alguna parte. Después de un rato se halló en una plaza, alumbrada por cuatro faroles de hierro, y la recordó; reconoció sus luces y rincones: al fondo, en la oscuridad de unos castaños, se levantaban la iglesia de Santa María de la Plata, las torres agudas hundidas en la niebla, las piedras negras y labradas de su pórtico. De niño -todo surgía ahora, de repente- le gustaba mirar las figuras de la puerta, descabezadas; imaginar -sobre los cuerpos de santos- las cabezas desaparecidas; y ahora, plantado en mitad del atrio, de espaldas al crucero, jugó con los recuerdos, hizo surgir de las sombras rostros candorosos y sonrientes, rostros barbados o lampiños, coronados y nimbados, salvo aquel de un rincón que, por femenino, siempre había imaginado con velos y cabello rizo. Veinte años antes, le hacían feliz aquellas fantasías; revividas, le hicieron feliz momentáneamente.

Dentro, en la iglesia, voces viejas, arrastradas, cantaban una canción religiosa. Cantaban sin entusiasmo, voces cansadas. Cesó la canción, el pórtico se iluminó suavemente, y comenzaron a salir unas pocas gentes que huían en seguida, pegadas a las paredes, con chapoteo de zuecos sobre las losas del atrio. Algunas, al pasar, le miraron. Una de ellas, un hombre con un gran paraguas, volvió sobre sus pasos.

-Pero, ¡hombre! ¿Qué hace ahí? ¡Le va a coger una pulmonía!

Don Baldomero, con un impermeable negro y una boina calada hasta los ojos, le cogió de un brazo.

-Véngase conmigo. Le convido a una copa. ¡Con este frío...!

Calle abajo, le explicó que iba todas las tardes al Rosario.

-Mire, la verdad: lo hago por llevarle la contraria a mi mujer. Ella, con esa moda nueva del padre Ossorio, no es partidaria de novenas ni rosarios. En cambio, va todos los días a la misa del monasterio, aunque caigan centellas del cielo. Yo no estoy de acuerdo. Bueno, lo hago también por bien de mi alma, que lo necesita.

Había cerrado su paraguas y se cobijaba bajo el de Carlos.

-Usted me inspira confianza. Puedo decirle muchas cosas más y algún día se las diré.

Y, en seguida:

-Oiga, ¿es cierto que usted sabe la manera de quitarle a uno las preocupaciones?

Carlos rió.

-¿Qué quiere decir?

-Mire, desde que se supo que iba a venir, hemos hablado de usted muchas veces, como es natural. Con Aldán, claro. Él, ya lo sabe usted, no es de los míos, y le suelo hacer poco caso; pero muchas veces dijo que esto de confesarse no sirve ya de nada, y que, en lugar de confesor, se usan médicos, precisamente médicos como usted. ¿Es eso cierto?

-Sí, en cierto modo.

-¿Y sirve de algo? ¿Es como si le absolvieran a uno?

-Es otra cosa.

Habían llegado a la botica.

-Entre, entre. Hay brasero. Digo, si no tiene otra cosa que hacer.

Entraron. Don Baldomero colgó el impermeable de una percha y ayudó a Carlos a que se quitase el suyo. Cambió la boina por la gorra de visera.

-Si no le molesta, seguiré cubierto. Tengo frío. ¿Por qué no se pone el sombrero? Está en su casa.

De rodillas, meneó la ceniza del brasero; luego, acercó dos asientos.

-En seguida nos traerán de beber. Si quiere, de veras, escucharme...

-Claro. ¿Por qué no?

-Lo que le digo puede ser aburrido. Pero hace mucho tiempo que pensaba: cuando venga don Carlos, le hablaré. La culpa de la ocurrencia la tiene Juan, pero no se lo diga, por favor. Se reiría de mí, con razón, porque yo sostengo siempre que estas invenciones modernas no sirven para nada.

Se arregló el vuelo de la gorra y sacó tabaco de una petaca mugrienta.

-Fume. No le parezca mal lo que le digo. Yo creo que detrás de todo lo moderno está el diablo, pero...

Bajó los ojos y añadió en voz baja:

-... a veces hace falta el diablo para vivir en paz.

Entró la criada: la bandeja, el vino, las galletas, como la noche anterior, restos quizá de lo que le habían ofrecido. Don Baldomero llenó las copas; apuró la suya y volvió a llenarla.

-Hace un frío de todos los demonios. Pero, cuando hace calor, bebo lo mismo. No soy borracho, pero bebo. Ayuda mucho, ¿sabe? Usted, si se queda aquí, beberá también. ¿Qué se va a hacer en un pueblo como éste, sin nada en qué entretenerse? O se va a la taberna o se tiene vino en casa. Claro que también se come. Le convidaré un día con unos amigos: hay muy buen marisco. Esos días, entre lo que se habla y lo que se calienta la cabeza, no se piensa en nada; pero, cuando estoy aquí meti-

do, solo, ¿qué voy a hacer sino pensar? Pero pensar es malo. Todo el mal viene del pensamiento. Porque usted peca como un caballo, se arrepiente después, y hasta otra, y todo va bien si no piensa en el pecado. Pero, si piensa...

Se interrumpió y miró a Carlos con desconfianza.

-¿No le estoy aburriendo?

-No. Siga.

-Usted es un caballero, ya lo sé. Pero no está bien que, así, por las buenas, le coja el primero que pase por la calle, le meta en su casa y le diga: siéntese ahí, beba lo que quiera y escúcheme.

-Usted no es cualquiera, sino un amigo.

-¿De veras?

Carlos le respondió con un gesto.

-Usted, para nosotros -continuó don Baldomero- es algo más que un amigo. ¡No sabe cómo se le esperaba! Desde que se dijo que volvía, no hemos hecho más que hablar de usted, algo así como si fuese un redentor. Pero, en lo concerniente a mí, por motivos particulares. No es que esté loco, ¿eh? No es eso. Es...

Vaciló.

-Ante todo, ¿cree usted en Dios? ¿Es usted, como yo, católico, apostólico, romano?

-¿Por qué?

-Porque, si lo es, no me sirve. Pero si no lo es, tendré que explicarle algo previamente.

Señaló los libros del anaquel.

-Yo sé mucho de religión. Vea esos libros; los he leído todos. Usted quizá los desconozca, pero yo los sé de memoria. Sin embargo, no está en ellos toda la verdad. La verdad, a veces, se calla, porque no conviene que la gente la sepa, y hay una verdad que no encontrará usted en ningún libro, pero yo se la puedo decir. A mí es la que me importa más, porque se refiere a mi salvación. Yo no podré salvarme, y usted tampoco. Y lo más gracioso y terrible es que me condenaré sin comerlo ni beberlo.

-No entiendo bien. ¿Quiere decir que se condenará por los pecados de otros?

-No. Por mis pecados, sí, pero no por mi culpa. Por mis pecados y por la culpa de otros.

-¿Es ésa la verdad que no viene en los libros?

-No.

Se levantó, fue al anaquel, echó mano a uno de los volúmenes más desvencijados, pero volvió a dejarlo en su sitio.

-Mire, me he metido en un lío. Yo no debiera empezar por esto, ni siquiera mentarlo. Hay cosas que usted no entenderá, porque viene del extranjero y sabe poco de España. Para entenderlo hay que ser un espa-

ñol hasta las cachas, perdone la expresión, como yo; y sentirlo como yo.

Se sentó, bebió. «Quiere más vino?» Mordió una galleta.

-Iba a leerle el sermón de un francés antiguo, del que quizá haya oído hablar alguna vez, un tal Bourdaloue. Habla «Del escaso número de los que se salvan». ¡Terrible! No me explico cómo los que vivían fuera de España podían estar tranquilos. ¿Qué esperanza puede haber cuando el propio Cristo dijo «Muchos son los llamados y pocos los elegidos»? Es para mandarlo todo a paseo y echarse a la bartola, y pechar luego con lo que venga. Porque Cristo dijo: «Si quieres salvarte, haz esto». Pero, ¡amigo mío!, ¿quién es capaz de hacerlo? ¿Usted sabe lo que es ver una rapaza que pasa por la calle, con las tetas bailando debajo de la blusa, y en vez de mirarla como a una gloria, darle espalda y santiguarse?, pongo por caso de lo que no se puede hacer. De modo que, o renuncia usted a todo lo que hay de bueno en este pijotero mundo, o se condena. Y aquí viene el conflicto. ¿Quién es capaz de renunciar?

Se oyó ruido de pisadas y voces en el portal. Don Baldomero, rápido, se acercó a la puerta y echó la llave.

-Mi mujer. Ella no puede oír estas cosas. Ella -señaló vagamente en una dirección- es de las del monasterio. Ese puñetero fraile las embauca y les habla de esperanza. ¡Esperanza! ¿Es que hay alguna esperanza después de la República? ¡Dios nos ha dado la espalda, nos ha abandonado a nosotros mismos!... ¡Nos ha...!

Carlos alzó una mano, interrumpiéndole.

-Perdone, pero vuelvo a no entender. ¿Qué tiene que ver la República con la esperanza, la desesperación y todas esas cosas de que usted me habla?

-¡Ahí le duele, don Carlos! -respondió Piñeiro, casi gritando; y añadió en voz baja-: Ahí le duele. No lo entiende porque no es, propiamente hablando, un español. Usted empieza, seguramente, por ignorar la Historia de España, como casi todo el mundo. A usted le hablaron de reyes, batallas y monumentos. Eso es secundario; son las consecuencias de la verdadera Historia, que empieza el día en que Dios buscó, entre los pueblos, aquel más capaz de defender su Iglesia, y nos vio a nosotros, dispuestos siempre a morir por una cabezonada. Desde entonces nos señaló y nos envió a Santiago, a san Pablo y a la santísima Virgen María. Fue como si nos dijese: «Quedáis elegidos para la muerte». Pero, amigo mío, con los soldados se tiene benevolencia, y el Señor la tuvo con nosotros.

Volvió a beber. Carlos intentó detenerle con un gesto, pero Piñeiro le apartó la mano.

-Déjeme. Lo necesito. Sólo una vez dije lo que estoy diciendo, y le aseguro que no basta el valor de un hombre. Hace falta el vino.

Le miró de hito en hito.

-¿No se ha preguntado nunca por qué se salvan ciertos españoles especialmente pecadores? Lope de Vega, por ejemplo.

-Le pido perdón, pero, como es natural, ignoro si Lope de Vega se salvó.

-Se salvó, se lo garantizo. Y uno se pregunta cómo pudo salvarse un hombre como aquél, fornicador y sacrílego como nadie. Y uno se pregunta, con más perplejidad todavía, cómo aquel hombre pudo tener siempre confianza en su salvación. Porque la tuvo; de eso hay toda clase de seguridades. La tuvo, lo dijo, y fue el primero en preguntarse por qué la tenía.

Fue al anaquel, y, esta vez sin vacilar, hurgó en los plúteos y sacó un librejo, edición barata de Lope de Vega. Lo abrió y, abierto, vio Carlos que uno de los poemas aparecía encajado entre grandes rayas rojas.

-Ahí lo tiene. Léalo.

Carlos se acercó y leyó:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?

E, inmediatamente, el recuerdo de los versos restantes le vino a la memoria, y, con él, la clase de Literatura en el Colegio de jesuitas de Vigo. Apartó el libro y siguió recitando:

¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno, oscuras?

-¿Lo sabe?

-Claro. Soy bachiller.

-¿Y no se le ha ocurrido nunca preguntarse cómo pudieron haberse escrito esos versos?

-Le confieso que no.

-En la respuesta se encierran muchos secretos. ¡Ah! -añadió; y retiró el libro de sobre la mesa-. Sin embargo, está bien claro. No hay más que ponerse en el lugar de Dios.

Carlos dio un respingo evidente.

-¿Le sorprende o le asusta?

-Por lo menos, me sorprende. Porque, ¿quién podrá o sabrá ponerse en el lugar de Dios? Personalmente, no me atrevería ni a intentarlo. Que lo haga usted, que es creyente...

Vaciló.

-En fin: que me asusta un poco.

-No pase cuidado. No hay pecado. ¡Si lo sabré yo! Tengo amigos teólogos. El doctoral de Santiago es mi amigo, y hemos discutido de esto

muchas veces. Claro que él me decía que ando al borde de la herejía, pero me lo decía riendo. En fin: no se trata de ponerse *realmente* en el lugar de Dios, sino teóricamente. Es como un ejercicio escolar.

-¿Estuvo usted en el Seminario?

-Sí, claro. ¿Por qué me lo pregunta?

-No sé. Me lo pareció de pronto.

—Claro que estuve. Hice toda la carrera, y colgué la sotana dos meses antes de ordenarme. Me gustaban las mujeres.

Se sentó, encajó entre las palmas de las manos la cabeza, y se estuvo así unos instantes. Continuó luego, con voz sombría:

-Si no fuera por ellas, yo podría ser santo. Son mi pecado. Los otros vienen detrás. Me gustan las mujeres. Me gustan con las tetas en punta, bien duras. Es una especie de obsesión.

Miró a Carlos con los ojos ya extraviados por el vino.

-Es una tragedia, don Carlos. Mi mujer no tiene tetas. ¿Ha visto usted todo ese armatoste que se gasta? Postizo. Me engañó. Me dio el puñetero pego con unos cucuruchos de algodón en rama. Y cuando me di cuenta, ya no tenía remedio.

Carlos, un poco molesto de la confidencia, le interrumpió:

-Hablabamos de unos versos...

-¡Ah, sí, el soneto! El soneto. Usted pensará que una cosa no tiene que ver con la otra; pero todo viene de lo mismo, todo tiene su ilación. Me gustan las mujeres, me enamoro de la mía, cuelgo los hábitos, me caso como Dios manda, con la esperanza de vivir virtuosamente, y, ¡zas!, el desengaño. Y entonces pienso: Baldomero, el diablo se te ha metido en el cuerpo. Porque, a pesar del matrimonio, me siguen gustando las mujeres. A ésta la miro, a ésta la toco. Un día, caigo, y ya sabe usted lo que pasa: detrás de un pecado, ciento. Y empiezan a atormentarme los remordimientos. Tengo miedo al infierno. La teología no me deja vivir. Bebo, y el vino me hace pensar más. ¡Recoño! ¿Por qué tendremos cerebro? Bebo y pienso y peco; y un día descubro que aún hay esperanza de salvación, por lo que quiero explicarle, eso del soneto, y empiezo a estar tranquilo. Y, de pronto, la República. ¡Al diablo las esperanzas!

Se levantó con un gran esfuerzo.

-A usted le parecerá un disparate, pero los pechos postizos de mi mujer y la República española obedecen al mismo designio inescrutable del Señor. Y uno, ¿qué puede hacer... ?

Se tambaleó. Carlos le agarró por un brazo.

-Siéntese.

-... qué va a hacer uno... si...

Se pasó la mano por la frente, cerró los ojos y se dejó caer como un pelele.

Carlos abrió la puerta de la rebotica y llamó. Se oyeron, arriba, unos

pasos rápidos. La voz de Lucía preguntó, alarmada:

-¿Sucede algo?

-Baje, por favor.

Lucía no bajó. Sus pasos se retiraron de la escalera, y, después de un silencio, se escucharon de nuevo, más rotundos, pasos de taconeo.

«Ha ido a ponerse los zapatos», pensó Carlos.

Lucía apareció, toda apurada.

-Su marido, creo que se ha puesto enfermo.

-¡Dios mío!

Arrimada al quicio de la puerta, contempló a don Baldomero, derribado sobre el suelo de tierra apisonada, murmurando palabras oscuras. Lucía no se movió. Levantó hacia Carlos los ojos llorosos.

-¡Dios mío, qué vergüenza! ¿Qué pensará usted?

-Nada, señora. Eso le pasa a cualquiera.

-Una vez. Cualquiera hombre se emborracha una vez, pero el mío todas las noches. ¿Cree usted que esto es vida?

Sacó un pañuelo y se enjugó los ojos.

-¡Todas las noches, don Carlos! ¡Beodo, como el último marinero! Y una aguantando, un año y otro, sólo, porque una es decente...

Se acercó a la silla. Carlos la ayudó a sentarse.

-... sólo porque una tiene principios y es una señora. Pero ya ve, metida en este poblacho desde casada, sin otra ilusión que ir al cine los domingos por la tarde; y, encima, tener que acostar cada noche al marido como si acostara a un saco de patatas.

Le dio un hipido violento.

-¡No es vida; no, no es vida!

Carlos no sabía qué hacer. Lucía, convulsa del llanto, había apoyado los brazos en la mesa y escondía el rostro.

-¿Quiere usted un poco de agua? ¿Quiere que llame a alguien?

Ella parecía no oírle. Interrumpió los sollozos y le miró de nuevo.

-Además, me engaña. Es un adúltero. ¡A mí, a la más fiel de todas las esposas! ¡Y si supiera usted con qué clase de mujeres me ofende!...

-¿Por qué no calla de una vez? -dijo, desde la puerta, una voz brava, femenina.

Carlos se volvió. Era la sirvienta. No parecía importarle la presencia de Carlos. Miraba, furiosa, a Lucía.

-Usted tiene la culpa, deslenguada, que él, el pobre, bien bueno es.

Se dirigió a Carlos:

-¿No la ve? En vez de echar una mano a don Baldomero, se pone a llorar y a contar los trapos sucios. ¡Que si los contara todos...!

Lucía había dejado de llorar repentinamente; miraba a la criada con temor, un poco replegada hacia la sombra.

-Ayúdeme, señor -continuó la sirvienta-. Eche una mano.

Irguieron, entre los dos, el cuerpo, inerte ya, del boticario.

-¿A dónde hay que llevarlo? -preguntó Carlos.

-No pase cuidado. Ahora puedo yo sola.

Cargó sobre el hombro a don Baldomero y salió de la rebotica.

-Y usted, señora, a ver si deja de quejarse, que hay mucho que hablar -dijo, desde la escalera.

Subió pesadamente. Lucía volvió a llorar, con llanto menudo y silencioso. «Ya ve, don Carlos, ‘a qué triste condición me tiene reducida. Ella es la que manda en casa, la verdadera señora. Yo, un cero a la izquierda. ¡Mi propia criada! ¡A quien se le diga!... Todo porque no tengo un hermano que me defienda ni una madre que me recoja. Y como en este pueblo no hay un solo caballero...»

Se sobrecogió, de pronto.

-Perdóneme, no me refería a usted, sino a los otros, a los de aquí. Usted acaba de llegar y sólo ahora conoce la verdad de mi vida. ¡Si a esto puede llamarse vida!...

Pareció hacer un gran esfuerzo para levantarse. Carlos acudió otra vez.

-Gracias.

Teatralmente fue hacia la puerta.

-Usted no es todavía como los otros. Usted, si algún día doy la campanada, me comprenderá sin reírse de mí. Porque esto tiene que acabar, tiene que acabar...

Desde el primer escalón tendió la mano, aparatosamente. Carlos, después de una vacilación, se la besó.

-Buenas noches.

-Por favor, cierre la puerta, al salir, la de la calle. Muchas gracias.

Empezó a subir, con la cabeza vuelta hacia Carlos, con el mirar angustiado, hasta que Carlos salió. Corrió entonces, escaleras arriba; cruzó un pasillo, y el dormitorio en que su marido roncaba, y entró en un mirador. Por la rendija de una cortina husmeó la calle, arriba y abajo. Carlos bajaba sin prisa; la calle era larga y los faroles la alumbraban a cada trecho, de modo que Carlos atravesaba zonas de sombras y zonas de luz. Lucía le contempló hasta perderle de vista, hasta que se hundió en las sombras, y, aun entonces, continuó con la frente febril pegada al vidrio helado y húmedo, y en la retina persistía el recuerdo de Carlos, y en la mente el resumen de sus cualidades; caminaba con paso elástico, como los ingleses de las películas; era feo, distinguido y cortés. Y sabio. ¡Un sabio, venía del extranjero, de una Universidad extranjera! Sólo con mirarla aquel instante en que la había mirado habría descubierto -seguramente, o al menos adivinado- toda su intimidad. Lucía sintió el escalofrío de la desnudez. Toda, no: casi toda. No podía adivinar sus peleas, en sueños, con un demonio lúbrico que tenía la cara, que tenía la voz, y las manos, y los ojos fríos, de Cayetano Salgado -aquellas luchas tremendas de las

que despertaba agotada, jadeante-, aquellos riesgos de perdición que corría (en sueños) tantas noches, sin que su marido acudiese a socorrerla. ¡Cómo necesitaba de aquel socorro, cómo se perdería (¿sólo en sueños?) sin él! A no ser que Carlos quisiera socorrerla; bien entendido, un socorro espiritual, el socorro de una amistad inocente y elevada.

Tenía que atraerlo, hacerlo amigo. Pero ella no era atractiva.

Pensó en sus amigas, en las jóvenes que guiaba, en las que le acompañaban a la misa del monasterio. ¿Inés Aldán? No. Inés, si quería a un hombre, lo querría todo para ella. Inés, no. Rulita, quizá, o Julia Mariño. A éstas les bastaría con el cuerpo elástico de Carlos, y le dejarían el alma, para el ejercicio puro de la amistad. Eran dóciles y estaban ávidas de saber. Les enseñaría. ¿Y si alguna de las dos...? La adiestraría, y, después, escucharía la confesión nupcial. «¡Soy tan feliz!», diría la que fuese; y explicaría cómo lo había sido, sin saber que había obrado por delegación. Porque...

Se le metieron en el alma imágenes terribles, y un ardor pecaminoso le recorrió el cuerpo. Se santiguó, apartó la frente del cristal frío.

-¡Virgen Santísima, no!

VI

Cuando Carlos se levantó, ya entrada la mañana, la casa estaba llena de gente, y doña Mariana andaba atareada con el reparto del aguinaldo a las mujeres de los marineros; con ruido de zuecas y conversaciones aguardaban en el zaguán y en la acera a que Xirome las llamase. Entraban, recibían de doña Mariana el donativo y salían en seguida murmurando bendiciones; pero, al llegar al zaguán, contaban el dinero y preguntaban a las otras cuánto habían recibido; y alguna, descontenta, se quejaba en voz baja y maldecía de las aduladoras, pelotilleras y cuenteras que recibían, por el oficio, un duro más.

Carlos se ofreció a ayudar en algo; doña Mariana le dijo que no sabría componérselas con aquella gente, y que saliese hasta la hora de comer, si lo quería, puesto que había amanecido bueno, o se metiese en el salón, o donde el ajetreo y las voces no le molestasen. Carlos prefirió salir, y, en la calle, dudó si subir a su casa, o irse a la taberna en busca de Aldán, o a la botica. Vacilaba aún cuando alguien, alborozado, le llamó por su nombre, y en seguida un brazo le golpeó la espalda afablemente.

-¡Carlos! ¡Hombre, Carlos! ¿Ya no me recuerdas? ¡Soy Cayetano!

Se estremeció. Cayetano Salgado, con un impermeable inglés, boina y pipa, le abrazaba.

-Ya supe que habías llegado, pero no fui a verte porque no me llevo bien con la Vieja. Esperaba encontrarte en la calle cualquier día. ¡Qué bien te conservas, caray! Pareces un muchacho, pero debes pasar de los treinta, como yo.

Por lo pronto, había una diferencia entre Cayetano y los demás: emanaba, como si la exudase, sensación de poder, de seguridad, de satisfacción. Alto como Carlos, pero más ancho y fornido, sin nada de aldeano en el aspecto; vestido, sin embargo, como un marinero, con botas de agua y traje azul mahón; botas y traje de calidad excepcional, como el impermeable y los guantes.

-Hace años que no nos vemos, ¿eh? Lo menos quince o dieciséis. ¡Lo que ha pasado desde entonces!

Había dejado de abrazarle, pero no le soltaba, como interesado en que

los contempladores -alejados, pero atentos al encuentro- vieron su amistad y su buena voluntad.

-¡Quién nos lo iba a decir! Tú, hecho un sabio; yo...

Hizo con la mano un gesto que señalaba algo que en el aire había.

-¿No oyes? Son las remachadoras de mi astillero. ¿Ibas a alguna parte? Porque, si no, vente conmigo. Verás los barcos que estoy haciendo. ¡De mil toneladas, casco de hierro! Eso, por ahora. Más adelante...

Carlos se dejó llevar; se dejó convidar a cigarrillos Capstan, traídos directamente de Inglaterra. «Tengo también cigarros puros, fabricados para mí en La Habana, con mi retrato; ya te daré un puñado.» Se dejó guiar a través del astillero, y escuchó largas explicaciones sobre las remachadoras, sobre las soldaduras, sobre las gradas, sobre los operarios especializados: «Los mando al arsenal de Ferrol durante dos o tres años, pagados de mi bolsillo». Recorrió el interior del barco próximo a botarse, y asistió al diálogo, en inglés, entre Cayetano y un capataz de Southampton, vestido de mono y con sombrero hongo. «Mil quinientas pesetas mensuales le pago. Más que a un ingeniero.»

-Vamos, ahora, a casa. Hay que celebrar el encuentro.

Entraron en un edificio grande, antiguo, alzado sobre un promontorio que cerraba, por el sur, la cala donde se habían instalado las gradas.

-Es una casa vieja, pero le tengo cariño, porque aquí empezó mi padre el negocio. Claro que la he arreglado.

Atravesaron las oficinas, donde quince o veinte empleados trabajaban. Cayetano hizo, al pasar, dos o tres preguntas; le respondieron con respeto. Más allá de una puerta donde estaba escrito: «Director», la fisonomía del edificio cambiaba: calefacción, alfombra rica en el pasillo, muebles de caoba. Una puertecilla recia, casi misteriosa, totalmente inesperada por su traza Tudor, embutida en una pared ancha.

-Entra. Ya verás.

Le empujó hacia el interior deslumbrante. Un despacho inmenso, de techos altos de dos pisos, cubierto de roble antiguo; al fondo, un ventanal gótico inglés. Chimenea a un lado. Buenos muebles, buenos cuadros. ¡Ah! Sobre la chimenea, un óleo representando a Cayetano con traje de montar y fusta: la mano se apretaba sobre ella con vigor excesivo.

-¿Qué tal? ¿Te gusta?

Carlos tardó en responder.

-Confieso que me sorprende. Aquí en este pueblo...

Cayetano le palmoteó la espalda.

-Este pueblo ya no es lo que recuerdas, y será mucho más. Pero te doy la razón: el despacho es sorprendente.

Miró alrededor, contento de sí mismo y del despacho.

-*Chippendale*. Lo compré, entero, a un lord arruinado; lo mandé

desmontar, y, pieza a pieza, fue reconstruido en mi casa. Está igual que en el castillo. La única diferencia es mi retrato. Había el de un viejo con peluca, pero, como comprenderás...

El gesto lo explicó todo.

-Los demás los conservo. Son de mérito. Hay un Reynolds. Carlos, remotamente molesto, respondió:

-Sí. Aquél.

-¿Entiendes de cuadros?

-Un poco.

-Claro. Es natural. Eres un sabio.

Le llevó, dulcemente empujado, hacia el cuadro.

-¿Quieres verlo más de cerca? Mando en seguida que lo descuelguen.

-Lo veo perfectamente. Es hermoso.

Por compensar con una cortesía la respuesta brusca, se demoró en la contemplación e hizo algunas observaciones. Cayetano le escuchaba sonriendo.

-No entiendo de eso, pero me gusta tener buenas cosas. Soy un hombre de negocios, y, en cualquier caso, un cuadro de firma es una inversión, ya lo creo, una inversión segura.

Como si ya el capítulo se hubiese concluido, fue hacia un sofá.

-Tomaremos una copa. ¿Sherry? ¿Whisky;

Tocó un timbre. Entró un criado, que recibió órdenes y volvió en seguida con el sherry. Cristal de Bohemia, claro. Antes de servir, Cayetano hizo sonar las copas, para que Carlos comprobase, por el sonido, la calidad.

-A tu salud, y que estés contento con nosotros. Pues, como te decía...

Bebió de un sorbo y encendió un pitillo.

-... soy un hombre de negocios. Lo que me interesa es impulsar la industria, añadir cada año una nueva grada al astillero y meter cincuenta obreros nuevos al trabajo. Pueblanueva tiene un gran porvenir.

Carlos aseguró que desconocía la potencialidad económica del pueblo, y que más bien le había parecido siempre un lugar pobre y bello.

-Atraso. Nada más que atraso. La gente, aquí, vivía del campo y de la pesca. Hasta que a mi padre se le ocurrió montar un pequeño astillero, nadie pensó que pudiera ganarse un duro como no fuese arando y pescando. Pero lo de mi padre no fue más que el principio, y esto de ahora todavía no es nada. Dentro de diez años, Pueblanueva entera vivirá de mi factoría. Tengo grandes proyectos y dinero para realizarlos.

Explicó: explotación de minas abandonadas, un taller de carrocerías, quizá -si lograba interesar a un grupo financiero- altos hornos: «Porque hay carbón muy cerca; carbón de excelente calidad». La construcción de altos hornos sería la coronación de su obra.

-Pero antes hay mucho que hacer. Mientras ciento cincuenta hombres

pierden el tiempo en la pesca... Así no se puede. Son un mal ejemplo. El pescador es vago y va a la taberna; piensa que andar por la mar con peligro de su vida le da derecho a ser borracho y anarquista. Por otra parte, la multiplicidad de empresas les lleva a sentirse independientes; ellos cobran de doña Mariana, y eso les hace mantenerse en rebeldía. El pueblo entero tiene que constituir una unidad económica industrial. La pesca es un negocio ruinoso, y el campo no da más que maíz y berzas, con un esfuerzo desproporcionado. ¿Para qué gastar las energías de una sola persona en un trabajo antieconómico? Yo daré sueldos suficientes para que pueda traerse todo de fuera. Organizaré un economato, en el que cada trabajador encontrará lo que le haga falta sin necesidad de sostener un comercio miserable. Yo...

Concebía a Pueblanueva como una gran fábrica, dirigida por él desde el despacho comprado a un lord.

-No necesito decirte que también para ti hay un puesto.

-¿Para mí? No soy ingeniero, ni siquiera capataz.

Antes de responderle, Cayetano sirvió nuevas copas.

-Mira, Carlos: como puedes comprender, conozco la situación económica de todo el mundo, y sé que la tuya no es muy boyante. Lo más que puedes sacarle a tus tierras y a tus bosques, preocupándote de ellos, quiero decir, viviendo para ellos, son quinientas pesetas mensuales el año que venga bueno. Una miseria. Pero tú no querrás dedicarte a eso. Un hombre no se pasa quince años estudiando para pelear después con jornaleros y caseros.

-Nunca he pensado hacerlo.

-Lo suponía. Pero, en este caso, tus tierras no rentarán ni la mitad. Aquí todo el mundo roba lo que puede, como en todas partes. ¿Qué vas a hacer con cincuenta duros? Digo, a no ser que dispongas ya de un empleo.

-Todavía no. Llevo en España muy pocos días.

-Yo te lo ofrezco. Médico del astillero.

Carlos sonrió.

-Te aseguro que no sé entablillar una pierna rota. Soy médico de locos.

-¿Y qué? Me es igual. Aquí, entre el viento y el vino, todo dios está loco. Cabalmente, un médico de locos es lo que nos está haciendo falta; pero nadie puede ofrecerlo al pueblo más que yo.

Se levantó, dio unos pasos, se apoyó contra la chimenea.

-Te hago una oferta seria, en el caso de que quieras quedarte. Mil pesetas de sueldo para empezar, y veinte mil duros a tu disposición para organizar la clínica, la biblioteca y todo lo necesario; cada año un viaje al extranjero por cuenta de la casa, y un presupuesto extraordinario para material. Entera libertad en tu cometido. Yo, ni entiendo de locos, ni me importan. Aquí, en el pueblo, tenemos a uno muy divertido, Paquito el

Relojero, que vive en mi casa y que me sirve de bufón; pero éste no creo que tenga cura. Pero no es el único. Si la gente no estuviera loca, no haría tantas estupideces. Tendrás clientela a porrillo.

Sacó la pipa del bolsillo y la cargó mientras hablaba.

-Claro que puedes establecerte por tu cuenta, si es eso lo que prefieres; pero ni tienes dinero para poner la clínica, a no ser que vendas tus bienes, ni ganarás una peseta, porque aquí la gente paga al médico un duro al mes de iguala, y como ya tenemos a don José, nadie estará dispuesto a pagar dos cuotas. Además, la gente no entiende de psiquiatría. Cuando alguien se vuelve loco, lo llevan al manicomio de Conjo.

-Nunca he pensado establecerme aquí.

-¡Ah! Eso es otra cosa. Ya la discutiremos, pero no deja de ser razonable. Ahora bien, ¿tienes dinero para montar un sanatorio en otra parte? ¿Piensas vender tus bienes? En ese caso, te los compro. Quince por ciento más que el que más te pague. Te advierto que esta oferta también te conviene, porque si saben que los deseo, nadie se atreverá a comprarlos.

-Lo tendré en cuenta. Es lo más que puedo responderte ahora.

-No tengo prisa. Pero ya que hablamos de esto, ¿por qué vas a marcharte? En Pueblanueva se vive bien, y las condiciones que te ofrezco son inmejorables. Yo que tú me tomaría la molestia de estudiarlas bien, antes de rechazarlas. Aunque comprendo que así, de pronto...

Arrugó la frente; miró a Carlos con hosquedad.

-... hasta ahora no has hablado más que con mis enemigos. La vieja, y ese desgraciado de Aldán, y el boceras del boticario, y el *Cubano*, y la gente de la taberna. Estoy bien enterado. Envidiosos, fracasados, mendigos. Lo que te han dicho te hará desconfiar de mí. Pero tú eres inteligente, y comprenderás en seguida que un hombre como yo tiene enemigos necesariamente.

Volvió a sentarse junto a Carlos. Éste había encendido un cigarrillo, y no perdía un solo gesto, una sola palabra de Cayetano. Todo su ser receptivo, como cien mil antenas, permanecía alerta.

-Aldán era *nuestro* amigo. Envidioso ya, a los quince años, ¿te acuerdas?, ¡envidioso de tus trajes bonitos y de mis balandros!; pero eso se olvida cuando se es hombre, y yo lo olvidé. Llegaron por aquí los Aldán, hace dos o tres años, derrotados, hambrientos. Su padre no les había dejado más que deudas. Se metieron en ese pazo, donde llueve dentro como fuera, y no comen más que maíz y pescado. Llamé a Aldán y le ofrecí trabajo. Es listo, lo sé, y tiene estudios. No me hacía puñetera falta un tipo como él en mi oficina, discutidor y vago, pero le ofrecí un sueldo decente. ¿Sabes lo que me respondió? Que prefería morir de hambre con su familia antes que comer mi pan. Eso, en primer lugar, es una grosería...

Pegó un puñetazo en la mesa.

-¡Es un vulgar sinvergüenza! Prefiere comer de lo que cosen sus hermanas, y lo mismo comería de su trabajo si fuesen prostitutas; a él lo que le importa es andar por las tabernas hablando de revolución y justicia social, es decir, hablando mal de mí, que he sacado al pueblo de la miseria. Hasta que me canse y le dé una paliza delante de sus camaradas, a ver si hay uno solo que salga por él. Te habrá dicho pestes de mí -agregó, cambiando el tono de irritado en despectivo.

-Te aseguro que no. No hemos hablado de ti para nada.

-Ya te las dirá. Ninguno de ellos puede desear que seamos amigos.

-Concédeme discreción suficiente para saber elegir los míos.

-Yo, desde luego. Sé lo que vales, y respeto la inteligencia. La prueba acabas de tenerla. Pero a ellos no les preocupa eso.

-¿Y a ti te preocupan ellos?

Cayetano vaciló un instante.

-¿Qué quieres decir?

-Nada más que eso: si te preocupan.

-Como una pulga. El tiempo que tardas en matarla. Pero... ¿por qué ha salido a relucir esa gente? Hablemos de otra cosa.

-Me decías, por ejemplo, que en Pueblanueva se vive bien.

-¡Ya lo creo! Aquí me tienes a mí. Podría vivir en La Coruña, o en Madrid, o donde me diese la gana. Pero aquí lo encuentro todo. Incluso mujeres.

Golpeó la rodilla de Carlos con la mano abierta.

-¡Mujeres estupendas, chico! Y fáciles. No tienes idea... Un hombre como tú puede acostarse con quien le dé la gana. Aldeanas y de las otras. Las bañas, les pones ropa limpia, y como cualquiera de Madrid.

Bajó la voz, en tono confidencial, con picardía en la sonrisa y en los ojos.

-Mira. A ese imbécil de Aldán quizá no llegue a pegarle, pero un día cualquiera me acostaré con su hermana Inés, que es muy guapa, por cierto, y que lo está esperando a pesar de su aparente beatería; y al boticario le pondré los cuernos cuando me apetezca, no porque su mujer valga un pito, que no lo vale y está medio tísica, sino para que se calle de una vez.

Y añadió, como resumiendo:

-En Pueblanueva del Conde no hay más mujeres decentes que mi madre.

Cogido de repente, Carlos no pudo disimular su asombro; y puso la misma cara que si un relámpago le hubiera alumbrado en las tinieblas. Pero a Cayetano le engañó el gestó.

-No he querido ofenderte -dijo.

-,A mí?

-Tu madre fue una verdadera dama; lo sabe todo el mundo. No pensa-

ba en ella, como es natural; que en paz descanse. Me refiero a las otras, y lo que dije, dicho está.

Se puso de pie otra vez, de pie y erguido; y habló con voz tajante:

-No excluyo a ninguna. Y como lo que voy a decirte lo oirás un día de éstos, contado por cualquiera, quiero ser yo quien te lo diga. La primera de todas, la más zorra, la Vieja. Fue querida de mi padre durante veinte años, y tiene en América un hijo que es medio hermano mío.

Había orgullo en su voz. Comprendió Carlos que, para Cayetano, en *aquello* se coronaba la conversación; que para decírselo le había traído, le había convidado, le había hecho ofertas.

-Sólo por eso, ¿comprendes?, sólo por eso tolero que bastantes acciones del astillero estén en manos de la Vieja. Irán a parar a las de mi hermano cuando ella muera. Pero el daño que hizo a mi madre no se lo perdonaré jamás.

Hablaba con énfasis dramático, aunque sincero. Sin embargo, a Carlos le parecía que lo verdaderamente importante y revelador de cuanto había dicho fueran sus palabras anteriores. «No hay más mujeres decentes que mi madre.» Carlos se agarraba a ellas, las retenía, se hubiera desentendido de todo lo demás para quedarse a solas y contemplarlas, analizarlas, destriparlas, ver a su luz el alma de Cayetano.

-Son cuestiones distintas. Él es mi hermano, al fin y al cabo, y no quiere nada con su madre. Esto me lo hace simpático.

Sonó, con voz aguda y prolongada, una sirena, y, al mismo tiempo, el reloj de la chimenea -inglés auténtico y antiguo, por supuesto- dio las doce.

-Perdóname. Tengo que ir...

Pero no continuó la frase.

-Ven tú también. Ahora, todos los obreros que viven lejos, en vez de ir a sus casas y perder el tiempo, disponen de comedores limpios. Les traen el yantar, tienen una cantina barata por si quieren vino, y les queda luego media hora larga de descanso. Pronto les haré un casinillo para que jueguen a la brisca o al dominó. Ven. Yo me doy todos los días una vuelta, para que sepan que los cuido.

Salieron del despacho a un césped reluciente y, por una veredita, llegaron a una especie de barracón encalado, con grandes ventanales, por una de cuyas puertas iban entrando los obreros. Una larga cola de mujeres y mozas con cestos y fiambreras esperaba fuera.

-Para que no se arme barullo, primero entran ellos y se acomodan: después las mujeres, que, sabiendo cada una el sitio, van directamente. Todo bien organizado.

En la cola de mujeres había, al menos, rumor de voces, apagado súbitamente al paso de Cayetano y Carlos. Entraron, por una tercera puerta, a la cantina, desde cuyo mostrador se veía la nave ancha y fría,

con grandes mesas de pino, muy blancas y limpias. Los obreros entraban en silencio e iban cada uno a su mesa, después de coger un vaso de aluminio y llenarlo de agua. Algunos, pocos, se acercaban a la cantina y pedían medio cuartillo de tinto que les servía una moza en tazas blancas. Cayetano explicaba menudencias orgánicas, mientras Carlos, asintiendo sin saber lo que oía, examinaba a los trabajadores, se detenía en tal o cual rostro especialmente espabilado, o rencoroso, o triste. Luego, con algarabía de voces, aunque en orden, entraron las mujeres. Sacaban el contenido de los cestos o de las fiambreras, y esperaban, de pie, a que los hombres comiesen.

-Hay una de éstas que quiero que conozcas. Ven adentro.

Le llevó a una habitación desnuda detrás de la cantina, y encargó a la cantinera que llamase a alguien.

-Ya verás qué bombón. ¡Veintitrés añitos como veintitrés soles, estrenados por mí!

Rió sensualmente.

Ya te dije. Eso es muy fácil aquí.

No sorprendió a Carlos la voz de Rosario, que preguntaba, desde la puerta:

-¿Hay permiso?

Pero sí el tono desenvuelto, con un punto de desvergüenza. Carlos se volvió a mirarla; tardíamente, porque al entrar, Rosario le había visto y su actitud había cambiado.

-Buenos días -dijo, y se detuvo.

-Ven acá, buena pieza. -Cayetano la tomó de un brazo y la acercó hasta Carlos-. Este señor es el doctor Deza. Dale la mano.

-¿La mano? ¿Darle la mano yo al señor?

Instintivamente escondió los brazos; en su mirada había algo de angustia, pero en la de Cayetano brilló un relámpago de ira. Carlos corrió al quite:

-La conocía ya. Hemos venido juntos en el autobús, hace unos días.

Y le tendió la mano. Rosario, dubitante, la tomó.

-Tienes que perdonarle. No está todavía al tanto de las buenas costumbres. Pero es bonita, ¿verdad?

Dio una palmada a Rosario en el trasero, una palmada sonora; y Rosario se revolvió como pisada.

-¡Vaya! Podía guardar las bromas.

-¡Anda! Vete junto a tu padre, y aprende a dar la mano como una señorita.

Camino de la puerta, sin volverse, Rosario respondió:

-¡Vaya a paseo!

Cayetano afectaba diversión, pero en sus ojos persistía la dureza. -Arisca en público, pero en la cama es una gloria.

Y luego, como sin dar importancia:

-Si no me equivoco, vive en una casa de tu propiedad.

-¡Ah! ¿Sí?

-Una casa vieja, con unos ferrados de tierra: la Granja de Freame. Pero por poco tiempo. El mes que viene habré terminado el nuevo grupo de casas para obreros, y ocupará una con su familia. Me conviene sacar a mi gente de la tierra y tenerla cerca de mí. A éstos, por doble motivo.

Volvió a reír con la misma risa sensual y ruidosa mientras empujaba a Carlos hacia la salida.

-Ya lo sabes. Piensa lo que te ofrecí, si decides quedarte. No tengo prisa por la respuesta. ¡Ah! Y no cuentes nada a la Vieja; después, ella se lo dice a mi padre, y tenemos líos. No es por mi padre, sino por mi madre.

Añadió con unción respetuosa, sincera:

-Es una santa.

Carlos permaneció silencioso durante la comida. Tomaban café cuando doña Mariana le preguntó:

-¿Te pasa algo?

-No, pero estoy preocupado. ¿Sabe usted que esta mañana encontré a Cayetano? Me llevó al astillero, me lo enseñó, me invitó a una copa.

Contó lo sucedido.

-¿Y eso te preocupa? ¿Piensas aceptar su oferta?

-¡Oh, no, de ninguna manera!... No es por ese lado. Es...

Hizo con la mano un gesto vago.

-Mire usted: empiezan a fallarme los presupuestos. Claro que me sucede por la manía de imaginar la realidad desconocida en vez de esperarla. Pueblanueva no es como suponía; usted, tampoco. Pero si todo se redujese a Pueblanueva y usted, no habría problema. Ahora bien: ayer, un hombre disparatado y borracho me hace confidencias, y hoy, Cayetano Salgado exhibe ante mí su poder, pero, al mismo tiempo, su debilidad, aunque sin saberlo. Entre don Baldomero y Cayetano apenas si hay relación; no la hay entre lo dicho por uno y por otro. Sin embargo, los dos me interesan, lo cual tampoco es extraño, porque mi oficio empieza por ahí: interesándome por las gentes.

-Aunque así sea, ¿qué hay en ellos para preocuparte?

-No son ellos; soy yo mismo quien me preocupa. Más bien es mi relación con ellos y con usted. He vivido durante muchos años ignorándolos. De pronto, descubro que mi vida, y mi existencia, tiene una plaza en la de todos ellos; una plaza tan grande como la que tengo en la de usted. Por razones distintas, que no hubiera podido imaginar, todos me esperaban. Y no me extrañaría ya ir conociendo cada día nuevas gentes y encontrarme con que también significo algo para ellas. Gentes desconocidas ¿Por qué es así? ¿Tiene que ver esto conmigo, con mi vida? Vuelvo a hacerme la misma pregunta que el otro día: ¿es esto mi desti-

no? Y si lo es, ¿por qué lo he ignorado, por qué he preparado mi vida para un destino distinto?

Doña Mariana le había escuchado atenta, con la cafetera en la mano, sin servir el café. No respondió a la pregunta de Carlos, pero algo en sus ojos le invitaba a continuar.

-Ahora necesito hablar con usted de mi padre. He respetado su silencio de ayer. Pensaba respetarlo hasta que usted quisiera, pero ya no lo considero necesario. He leído las cartas.

-¿Y qué?

-Está claro que mi padre la quiso a usted toda su vida, y que no se lo dijo nunca por razones que ignoro, acaso por timidez. Y está claro también que usted ni comprendió su amor ni le amó. Esto es una novedad. Juzgándola por sus propias palabras, yo hubiera creído que usted no sólo le había amado, sino que le amaba todavía.

Doña Mariana había servido el café y ofrecía la taza a Carlos. Él la tomó y la dejó sobre la mesa, sin probarla.

-Hay, sin embargo, muchas cosas que ignoro. Espero que me las cuente.

-He querido mucho a tu padre, aunque a mi modo. Nunca fui sentimental ni enamorada. Sentí por él una gran amistad; si lo prefieres, una amistad de hombre a hombre.

-Sin embargo, usted tuvo un amor, o, al menos, una aventura amorosa.

-Ésa es otra cuestión, de la que ya hablaremos. Quise a tu padre, y sobre todo, le admiré. Era admirable, porque era entero y bueno. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza que me amase; me hubiera parecido ridículo que él, admirable, se fijase en mí, que tenía de mí misma muy mala opinión. Yo era una cabeza loca. Entiéndeme bien: no hice, por aquellos años, nada indecoroso, y lo que hice después tampoco lo fue. Quería y respetaba a mi padre, y por nada en el mundo le hubiese disgustado. Mis hazañas y mis locuras fueron demasiado atrevidas en una sociedad que poco a poco se libraba de la mojigatería. Montar a caballo, jugar al tenis y salir a la calle en bicicleta con falda-pantalón. Ésas fueron mis faltas más graves.

Carlos rió.

-Ahora te hace reír, y a mí también. Pero en mil ochocientos noventa y tantos, la cosa no era para tomarla a broma. Tuve mala reputación, aunque infundada. Tu padre, como sabes ya, se batió una vez por mí; pero me temo, además, que haya creído la calumnia, y que al creerla, todo se le hubiese desmoronado. Porque si no, ¿a qué vino su fuga, su renuncia a una carrera de extraordinario porvenir? Hubiera llegado a Presidente del Consejo. Valía más que todos los jóvenes de su tiempo juntos.

-Esto aclara una parte de la cuestión.

-Todavía no. No sabes que mi padre me dijo: «Ese chico te quiere», y que yo no lo creí; y, sin embargo, di vueltas a la idea muchas noches, y tuve escritas varias cartas preguntádoselo y no me atreví a enviárselas. No me cabía en la cabeza. Me parecía que si tu padre me quería, era menos admirable de lo que yo pensaba; y yo no era capaz de renunciar a admirarlo. Fue una estupidez.

-¿Por qué?

-Porque si tu padre me hubiese dicho que me quería, me habría casado con él; y lo mismo diez años después, cuando murió mi padre y vine a Pueblanueva. Entonces estaba convencida de que, si me había querido alguna vez, el amor le había pasado. Lo encontré solo, melancólico, entregado a trabajos inútiles, o que me lo parecieron. Yo tenía treinta años. Le dije: «Fernando, tienes que casarte»; y él no me respondió. Pero cuando le busqué una buena novia, una muchacha digna y con algún dinero, aceptó. Mía es la culpa de que se haya casado con tu madre.

Hizo una pausa. Algo en sus ojos mostraba su alma conmovida.

-He sabido siempre cuándo un hombre me deseaba, no cuándo me amaba. Quizá fuese por temor. No me importaba nada, más que la libertad, y sabía que al casarme con quien fuese, la perdería. Carlos sonrió.

-Veo que, a los treinta años, se parecía usted bastante a mí.

-Sí. Pero algo sucedió entonces que me cambió, aunque no me diese cuenta sino más tarde.

-¿La aventura?

-¡No! -respondió ella con desdén-. La aventura fue un error. Yo misma, cuando la recuerdo, no la entiendo bien.

Se levantó a medias y atizó los leños de la chimenea.

-La testamentaria de mi padre me retuvo casi un año en Pueblanueva. Yo pensaba, en un principio, vender mis bienes y no volver más por aquí, y así se lo dije a tu padre. Él no me respondió. Venía todas las tardes a verme, con el pretexto de estudiar los papeles viejos de nuestra casa. ¡Cuántas veces le dije: « ¿Por qué no te los llevas? Yo no los quiero para nada!»! Un día me pidió que le ayudase, y lo hice. Trabajábamos juntos dos o tres horas, merendábamos y comentábamos después, alegremente, lo que habíamos descubierto; de modo que, en pocos meses, supe de vidas y de hechos que había ignorado, y sin darme cuenta, fui teniendo amor a los muertos, a lo que habían hecho y a lo que habían dejado como recuerdo. Cuando un día vinieron a proponerme la venta de esta casa, y de mis fincas, y de todo lo que había heredado de mi padre, me pregunté con asombro si alguna vez había pensado en deshacerme de ellas. Y tu padre me dijo: «¿No lo recuerdas ya? Querías venderlo todo». Comprendí que él había cambiado mis sentimientos sólo con hacerme

conocer lo que desconocía.

-Hizo con usted lo que usted quiere ahora hacer conmigo.

-Quizá. En cualquier caso, no pretendo más que devolver lo que he recibido, o, si lo prefieres, restituirlo. Es, para mí, una cuestión de la mayor importancia. Debo a tu padre, a su paciencia, a su amor silencioso, lo que hoy más estimo de mí misma.

-¿Y no sería que mi padre pretendía no perderla, atarla a estas cosas y a estas tierras para tenerla a mano, aunque hubiera de casarse con otra mujer?

-Y si fuera así, ¿qué? No se me había ocurrido nunca, y acaso haya sido así.

Cerró los ojos, como recordando, y continuó:

-Pero no, no. No fue por eso. Cuando marché de Pueblanueva, tu padre, ya casado, recibió la noticia como cosa natural y esperada. Yo pensaba volver, no sabía cuándo, pero pronto. Me sentía, efectivamente, un poco atada por las cosas. La herencia de mi padre requería cuidado, y él lo había dejado todo de modo que me obligase a vigilar mi patrimonio si quería conservarlo. Sin embargo, mi vida anterior tiraba todavía de mí. Me ilusionaba ir a París, a la Exposición Universal, y allá me fui. Un día conocí a un hombre...

Otra pausa; un rictus ligeramente triste endureció sus labios.

-Ruso, militar. ¿Qué quieres? Por primera vez jugué al amor. Él era casado. De regreso a Madrid me sentí embarazada. Si viviese mi padre, hubiera sido una catástrofe. Muerto él, hice lo posible por tomar a broma mi situación. Tenía dinero suficiente y una idea de mí misma lo bastante elevada para no dejarme abatir. Mi posición y mi dinero me permitían guardar el secreto de mi estado sin asomo de escándalo. Fingí un mal de hígado y me dediqué a la cura de aguas en balnearios extranjeros. Llegó, sin embargo, el momento en que necesitaba la ayuda y la confianza de alguien. Escribí a tu padre desde Burdeos; le dije que me encontraba en un grave apuro y que le necesitaba a mi lado. Vino en seguida, me escuchó y sólo me respondió: «Si no me hubieras empujado al matrimonio, podría ahora casarme contigo». Nada más, pero con una voz tal, con una pena en la mirada, como si algo se hubiera destrozado para siempre en su corazón: una ilusión o una esperanza. Permaneció, silencioso siempre, junto a mí; me acompañó cuando nació mi hijo, buscó quien lo tomase a su cargo, quien le diese nombre, y cuando todo estuvo arreglado, marchó a Pueblanueva. También yo volví a Madrid, aunque hartado cambiada en mis aficiones y en mi humor, no por haber tenido un hijo bastardo, sino por la pena que había causado a tu padre. Me acusaba a mí misma de estúpida por no haber comprendido los sentimientos del mejor hombre del mundo. ¡Qué claros veía entonces los indicios de su amor, acumulados año tras año en cartas, en actos, en palabras!

Llegué a desesperarme, y un día decidí volver a Pueblanueva, y, si él lo quería, a ser su amante. ¡No te asombres, no pongas esa cara! Me importaba un bledo lo demás, si todavía él podía hallar en mí un poco de felicidad. Le escribí una carta. No le decía mi propósito, pero mis palabras eran lo bastante claras para que él supiera a qué atenerse. Malbaraté todo lo que en mi casa madrileña me resultaba odioso o inútil; envié lo demás a Pueblanueva, y poco después me trasladé aquí definitivamente; pero cuando llegué supe que tu padre había desaparecido. Nadie sabía por qué causa. Tu madre adivinaba que yo era la más importante de ellas, y así me lo dijo. Me culpó con razón. Sin embargo, ella ignoraba que su marido había huido para evitarle la humillación y el dolor de verle enamorado de mí.

Se oyeron en la calle ruido de músicas y voces infantiles que cantaban un villancico. Los ojos de doña Mariana se habían humedecido, y su rostro, habitualmente altivo, se dulcificaba y parecía implorar. Entró la *Rucha* y anunció que los niños de la Catequesis pedían el aguinaldo.

-Perdóname, Carlos. Tengo la costumbre de convidarlos personalmente.

Se levantó y salió. Carlos se acercó a la ventana y miró a la mar, indiferente al jolgorio de los niños, que entraban, atropellándose, en el zaguán. Había clareado la tarde, pero el viento salpicaba de blanco las crestas de las olas meneaba los *bous* anclados frente a la casa. Con la frente pegada al cristal frío, se esforzaba en pensar, sin conseguirlo; un sentimiento confuso y fuerte ascendía de su corazón y le oscurecía la cabeza, como si durante largos años hubiera estado escondido y ahora se derramase por todo su ser y lo llenase. Fue como una de aquellas olas en que la rasar se hinchaba, se levantaba, se rompía en la espuma. Abandonó la ventana, bebió rápidamente una taza de café y una copa de coñac. Se sentó, volvió a levantarse, buscó distracción en los cacharros guardados en la vitrina, hasta que, poco a poco, el oleaje sentimental se calmó y pudo pensar. Pensó sobre sí mismo, y halló que algo nuevo habían dejado las olas al retirarse: algo así como la evidencia abrumadora de que jarnás podría desligarse de los que le habían traído al mundo; de que un sentimiento nuevo le hacía solidario de sus pecados, y de que en esta solidaridad hallaba algo así como un descanso o una escapatoria.

VII

El día de Navidad, por la mañana, doña Mariana le pidió que la acompañase a misa; y como Carlos se sorprendiese, le explicó que era una de sus obligaciones sociales, y, desde luego, la que cumplía de mejor gana.

-Hay un lugar donde Cayetano no podrá vencernos nunca, porque él jamás tendrá acceso a donde nosotros lo tenemos.

Le contó por el camino que, en virtud de un antiguo privilegio, no sólo los varones de las familias Churruchaos, sino también las hembras, podían sentarse en un banco del presbiterio, precisamente al lado del Evangelio.

-Que se sienten los hombres en el presbiterio no tiene nada de particular; que nos sentemos las mujeres es tan extraordinario como el derecho de no sé quién a entrar a caballo en la catedral de Santiago. Tu padre me leyó en una ocasión el texto del documento, que guardo bien guardado, por si acaso. No sé cuál de los Suárez de Deza ayudó al arzobispo contra otro Suárez de Deza que lo tenía sitiado en su propia iglesia; pero el sitio se levantó precisamente por intercesión de una mujer, esposa del primero. El arzobispo, agradecido, la autorizó a sentarse en el presbiterio de nuestra iglesia -porque Santa María de la Plata es nuestra-; a ella y a todos sus descendientes, y a las esposas de los varones que saliesen de ella; de modo que tu madre, mientras vivió, oyó misa a mi lado y se sentó en mi mismo banco, aunque sin dirigirme la palabra. La madre y las hermanas de Aldán también pueden hacerlo, pero no se atreven. Van a misa a otra iglesia.

-Pero ¿y los curas?

-La iglesia, como te dije, es nuestra, o, mejor dicho, mía; y tengo derecho de presentación. A los curas, antes de ser nombrados, les parece muy bien el privilegio; pero más adelante suelen indicarme que renunciar a él, en mi nombre y en el de todas las que pueden reclamarlo, sería un acto de humildad.

Hizo una pausa y añadió:

-Como habrás observado, no soy humilde. Y, aunque lo fuese, tendría que aguantar, porque la única persona que se escandaliza de verme sen-

tada en el banco es doña Angustias, y es la única que protesta. Como da muchas limosnas y dinero para el culto, los curas siempre quieren estar a bien con ella.

Habían llegado ala iglesia. Grupos de hombres aguardaban junto al pórtico el toque de entrada. Saludaron. Doña Mariana, erguida y solemne, se adelantó por el pasillo, pasó la puerta del comulgatorio; Carlos la seguía unos pasos detrás. Se arrodilló junto a ella; se santiguó como ella y luego se sentó a su lado.

-Otro día, cuando entres -le dijo doña Mariana en voz baja-, ten la precaución de ofrecerme agua bendita.

El cura, al salir, después de inclinado ante el altar, se volvió hacia ellos e hizo una reverencia, a la que doña Mariana contestó. Empezó la misa. Carlos, olvidado del rito, miraba a doña Mariana. Se ponía de pie, se santiguaba, se arrodillaba cuando ella lo hacía. Después del Evangelio, el cura se sentó en un banco frontero, y un clérigo alto, desgarrado, narigudo y pelirrojo se arrodilló ante el altar y oró un momento; vestía la sobrepelliz encima de un hábito blanco y pardo. Saludó al oficiante y a doña Mariana. Carlos creyó que, además, le había sonreído a él como saludo singular v personal.

-Éste es Eugenio Quiroga.

Fray Eugenio habló, durante unos minutos, de la Venida de Cristo, que ya estaba entre nosotros: con voz pastosa y dramática, con palabras tan quintaesenciadas que -pensó Carlos- nadie debía entenderle. Quinta esenciadas y, sin embargo, sencillas. Modesto y sobrio en sus modales, sin gritos, sin imprecaciones, de una gran elegancia.

-¿Qué te parece el fraile? -le preguntó doña Mariana.

-Estoy sorprendido.

-Tiene fama de loco.

Al terminar la misa, cuando ya salían, un monaguillo se acercó a Carlos:

-Dice el padre que haga el favor de esperarle. Viene en seguida.

-Daré unas vueltas por la plaza, si no llueve, mientras hablas con él. Hace muchos años que no nos tratamos.

Salió doña Mariana. La iglesia quedaba vacía. Fray Eugenio apareció en el fondo del presbiterio y corrió hacia Carlos.

-Perdóneme que lo haya detenido, pero fue necesario. Ante todo, bien venido. Estoy verdaderamente contento de su llegada.

Le tendía una mano, que Carlos estrechó. El fraile parecía apurado; miraba atrás con desasosiego.

-Véngase aquí, a un lado, a una capilla. Tengo que decirle algo. Otro día nos veremos con más calma y hablaremos. Mire, escuche.

Espió el fondo de la iglesia, por si alguien saliera de la sacristía.

-Por favor, vaya usted a buscar a doña Mariana, y que vea la capilla de

los Churruchaos. Ahora mismo. Que no lo deje para mañana. Ahora mismo. Hágalo, por favor.

Le apretó el brazo, como despedida, y marchó hacia el fondo, sombra fantástica en medio de las sombras.

Carlos vaciló unos instantes; luego salió. Doña Mariana esperaba en una esquina de la plaza. Le contó lo que el fraile le había dicho, y le condujo a la capilla.

Se llegaba a ella por un pasillo abovedado, detrás del baptisterio. Al entrar se vieron detenidos por un montón de sacos, apilados en la misma puerta.

-¿Qué demonios es esto?

Doña Mariana golpeó uno de ellos con el paraguas, y salió un polvillo gris.

-Vamos a la sacristía.

Cruzó la iglesia con paso rápido y sin ningún miramiento. Abrió la puerta de la sacristía y entró, altiva, airada, irresistible.

-¡Don Julián!

Un cura cincuentón tomaba su taza de café. Al oírla alzó la cabeza.

-¡Doña Mariana!

-¿Qué pito tocan en la capilla de los enterramientos unos sacos de cemento? ¿Es que se ha caído algo?

El cura se levantó y fue hacia ella.

-No, señora. No se ha caído nada.

-¿Entonces?

-Vamos a hacer un altar a la Virgen de Lourdes.

-¿Con el permiso de quién?

-Doña Mariana, no creo que haga falta permiso.

-¿Se ha olvidado de que Santa María de la Plata es mía?

-Es también de la Iglesia.

-Pero es mía. Y yo no permito que levanten un altar encima de mis muertos.

Se sentó en un sillón, con fría, repentina calma.

-Don Julián, ¿quién paga ese altar de la Virgen de Lourdes? -Los fieles, naturalmente.

-Pero ¿qué fieles?

El cura vaciló.

-¡Vamos, dígallo!

-La mayor parte del dinero lo regala doña Angustias. Es presidenta de la Cofradía.

-Lo suponía. ¿Piensa usted que le importa el altar? Lo que ella quiere es tapar las estatuas de mis muertos, echarles tierra encima, a ver si la gente los olvida de una vez.

Se levantó y fue hacia el cura.

-Usted verá lo que hace.

-El altar, naturalmente. Salvo si el señor Obispo me lo prohíbe.

-En ese caso, cuente usted con que el Obispo se lo prohibirá. La iglesia es mía, y la capilla de los Churruchaos, más mía que nada.

-Si es tan suya la iglesia, ¿por qué no le arregla las goteras, y no manda que apuntalen las paredes, que un día vendrán abajo?

Doña Mariana calló un momento.

-Y usted, ¿por qué no me lo dijo?

-Nunca pensé que le importara tanto.

-Lo que me importe es cuenta mía. Y ahora haga el favor de acompañarnos. Quiero que vea la capilla don Carlos Deza.

-No pretenderá usted que aparte los sacos de cemento.

-No, pero tiene usted un sacristán que puede hacerlo.

El cura tragó saliva.

-También puede terminar el desayuno -añadió doña Mariana-. Esperaremos.

Se levantó y cogió a Carlos del brazo.

-Vamos.

Llegó, apurado, el sacristán; se metió en el pasillo, y al poco rato salió.

-Ya pueden entrar.

-Que venga don Julián.

Vino don Julián. Doña Mariana se sentó en un banco.

-Hágame el favor de enseñar la capilla a don Carlos. Yo estoy cansada.

Don Julián no disimulaba el malhumor, y fue delante de Carlos con malos modos y andar brusco. Apartó al monago de un empujón, y con cajas destempladas despachó al sacristán.

-Bien. Aquí la tiene. Véala a su gusto.

Entró Carlos. Una capilla románica, redonda, según la traza de los Templarios, visiblemente más antigua que la iglesia. Un sarcófago en el medio, levantado sobre dos jabalíes de piedra; y otros más, de diversas épocas, adosados a los muros: todos con sus estatuas de bulto, más o menos enteras. A un lado, sobre un altar pequeño, un Cristo de gran tamaño, alumbrado de dos cirios grandes y una lámpara de aceite. Recordó entonces Carlos que, de niño, su madre, al salir de la iglesia, solía rezar ante aquel Cristo.

-¿Qué? ¿Ha terminado?

-No es necesario que me acompañe, si tiene prisa-respondió Carlos, suavemente-. Comprendo que es una hora intempestiva.

-Está loca -dijo el cura, señalando con un gesto hacia fuera-. Y, además, tiene el demonio en el cuerpo.

-Quizá sólo sea un poco brusca de palabra.

-¡Tirana, eso es lo que es! No se le ocurre que, después del desayuno, tenga uno ganas de echar un cigarrillo.

-Creí que le había molestado lo del altar.

-¿A mí? ¡Allá ellas se entiendan, doña Mariana y doña Angustias! Pero usted comprenderá que si hay devotas que lo piden, ¿por qué no hacerlo?

Carlos señaló, con una sonrisa y con un movimiento de mano, los enterramientos.

-¡Bah! Gentes como ella o peores. ¿Para qué guardarles tanto respeto, si estarán en el infierno? No hubo un Churruchao bueno.

-Me parece que soy uno de ellos.

-Pues ande con cuidado con lo que lleva en la sangre...

-¿Usted cree?...

-Por lo pronto, no se sabe de ninguno que haya sido decente y buen cristiano.

-Me gustaría conocer el remedio para no ser como ellos.

Sin querer, le salió a Carlos la voz grave y la entonación seria. El cura le miró fijamente.

-¿Lo dice de veras?

-Claro...

-En ese caso, váyase del pueblo. Aquí ninguno de ustedes tiene nada que hacer. Los tiempos no son los de antes, y manda otra gente.

-No vengo a mandar.

-Ya sé. Usted viene a cuidar locos y endemoniados. No le arriendo la ganancia.

-Tampoco vengo a eso.

-¿Entonces...?

Dejó sin respuesta la interrogación del cura; con el pretexto de que doña Mariana pasaría frío, volvieron a la iglesia. El cura masculló un saludo y se escurrió hacia la sacristía. Salieron. En la plaza, doña Mariana rompió a reír y a burlarse de don Julián y del mal rato que le había hecho pasar.

-Sin embargo, mañana mismo iremos a Santiago. No quiero que Angustias consiga su altarcito.

Encargó, de camino, un automóvil que al día siguiente les llevase a Santiago, y, después de comer, trajo un montón de papeles y pergaminos catalogados, con transcripciones y traducciones escritas por el padre de Carlos. Metió en una cartera todos los concernientes a la propiedad de la iglesia y a sus derechos sobre ella. Resultaba que podía enterrarse en cualquier lugar de su recinto, no sólo en la capilla.

-Mira, de esto me había olvidado. Lo trataré también con el Arzobispo.

-Tengo entendido que las autoridades civiles prohíben que nadie se entierre en las iglesias.

-Lo arreglaré también. Un gobernador republicano es más fácil de manejar que un prelado.

Al día siguiente, muy temprano, vino a buscarlos el automóvil. Doña Mariana tenía sueño y se durmió al poco rato. Carlos, a falta de entretenimiento mejor, se entregó al paisaje: primero con resignación; más tarde, con gusto; por último, con fruición. En Santiago se aposentaron en un hotel caro, y Carlos se encargó de gestionar la entrevista con el Prelado. Después de comer, mientras la dama echaba la siesta, se perdió por las calles, con afán de reconocer lo que había conocido y de revivir lo vivido bastantes años antes.

Callejeó un par de horas, y, una de las veces que pasó delante del Hospital, se le ocurrió preguntar la dirección de un compañero. Se la dieron y le encaminaron. Llegó ante una casa nueva, en las afueras, de apariencia rica, con jardinillo, rejas en las ventanas y solana de piedra. Dio su nombre, le hicieron esperar un poco, y su amigo le recibió con alharacas de sorpresa.

-¡Hombre, Deza, Carlos Deza! ¿De dónde sales?

Alto, gordo, opulento, bien trajeado, contento de sí mismo. Le llevó al despacho, le preguntó por su vida, y, antes de que Carlos contase nada, habló de la suya.

-¡Ya ves, chico! Hice en Alemania cirugía de pulmón, y ahora le saco el jugo. Santiago sigue siendo un buen sitio para médicos.

Insistía en sus ganancias. Le mostró la casa, bien alhajada, con cuadros y porcelanas; le presentó a su mujer; le contó las operaciones difíciles que había hecho.

-Soy auxiliar de la Universidad; pero eso, económicamente, no significa nada. Sin embargo, da fama y permite esperar a que la cátedra quede vacante. Don Remigio la palmará pronto.

Agotada la información sobre sí mismo, preguntó:

-¿Y tú? ¿Qué haces?

-Nada.

-Ibas para sabio, y hasta oí decir que estudiabas en Viena, con Freud. ¿No es cierto?

-Sí. También estuve en Viena.

-La psiquiatría no es, todavía, buen negocio, aunque empieza a ponerse de moda en España. Desde que vino la República se habla mucho del psicoanálisis. ¿Piensas venir a Santiago?

-Todavía no pienso nada.

-Aquí, en eso de locos, andan todavía por la antigua. Pero si viene un tipo espabilado... Habría que poner una clínica, claro...

Lo dijo como guardándose, por inútil, la continuación: «... y tú no parece tener mucho dinero».

-Sí, naturalmente. Una clínica.

-Tropezarás con muchos inconvenientes. En la cátedra, con esto de la República, puedes decir lo que quieras, incluso que no crees en Dios;

pero el clero sigue mandando en la ciudad. Y eso del psicoanálisis no debe hacer mucha gracia a los curas. Es como quitarles la clientela.

-No tanto.

-Sin embargo, nunca sobran las precauciones. Yo, después de lo de don Roberto, ando con pies de plomo. La cirugía, por fortuna, no tiene nada que ver con la teología. Claro que no creo en Dios, pero voy a misa todos los domingos, y mi mujer, que es bastante beata, reza todas las novenas necesarias para que me dejen tranquilo. Hay que saber vivir.

Al despedirse, le invitó a tomar café al día siguiente, pero Carlos no le dio seguridades. Marchó al hotel. Doña Mariana le esperaba en el vestíbulo. Había ya merendado y hacía ganchillo. Carlos tomó una taza de té, y sólo pasado un rato contó la visita de su amigo.

-No me parece mal lo de la clínica -dijo doña Mariana.

-Tendría que venderlo todo, y; aun así, los comienzos serían modestos.

-Puedo ayudarte.

-¿En una empresa insegura?

-¿Y qué? Cuando puse dinero, hace treinta años, en el negocio de Salgado, pude haberlo perdido. Considera además que no ofrezco un préstamo. Eres demasiado orgulloso para aceptarlo, y haces bien. Haremos una sociedad.

Carlos, con las manos en los bolsillos, se había arrimado al piano y miraba al suelo.

-Mire, Mariana: este viaje a Santiago me ha servido de algo.

Se sentó en la banqueta del piano, vuelto hacia ella.

-Pasé aquí siete años. Era un estudiante como los otros; hacía lo que todos y, si acaso, estudiaba un poco más: de ahí me viene la reputación de sabio. Sin embargo, aspiraba a ganar dinero, a tener una posición, a ser catedrático. Con este propósito marché más tarde a Viena. Pero el tiempo pasado aquí debía haber sido definitivo: fueron los años en que la personalidad se cuaja. Ahora mismo yo tendría que ser la continuación de aquel muchacho que pagaba cuatro pesetas diarias de pensión y que, para estudiar durante la noche, echaba sobre la cama su abrigo y todos los abrigos que le prestaban los compañeros, porque hacía mucho frío. El mismo, mejorado, con más sabiduría. Pues bien: esta tarde he comprobado que entre aquel muchacho y yo no hay nada común. Creo que si de pronto borrasen todos mis recuerdos de entonces, si hicieran un vacío en mis recuerdos, sería el que soy, y nada mío me habrían arrebatado.

Doña Mariana le escuchaba con atención. Había dejado la labor y sus manos jugaban con la aguja.

-Entiéndame. No es sólo que haya pasado una hora con un viejo amigo sin hallar nada de común con él. Ha sido, sobre todo, la ciudad. He vivido siete años aquí, y, sin embargo, hoy me pareció nueva. La he descu-

bierto, la he sentido con ojos y corazón nuevos. No me han estorbado los recuerdos de los hechos ni de las personas; no he deseado encontrarme con nadie ni revivir ninguna amistad. Ha pasado como, hace dos o tres años, un fin de semana en Salzburgo. Había ido allá con Zarah, y la abandoné en el hotel, lo mismo que a usted, y me perdí en la ciudad, lo mismo que aquí, y, al regresar, le hablé de cosas vistas, de emociones experimentadas, que le hicieron considerarme con severidad, como la madre cuyo hijo hace algo que escapa a sus previsiones. Me temo que a usted le suceda otro tanto. ¿Cómo quiere que acepte la idea de montar una clínica, de gastar su dinero, si no me interesa?

-Parece que estoy oyendo a tu padre.

Carlos se estremeció.

A mí me ha parecido, durante todo el día, que sentía como él. Ahora mismo estoy convencido de que mi destino se parece mucho al suyo.

Se sentó en el sofá, junto a doña Mariana, y le tomó una mano. Ella le miró con un relámpago de sorpresa satisfecha.

-El otro día, cuando leí sus cartas, cuando la escuché a usted, no fue a mi padre a quien hallé, sino a mí mismo. Luchaba por convencerme de que no era así, de que padecía, una ilusión,. ¡yo qué sé!, de que usted me sugestionaba y sentía lo que usted quería que sintiese. Ahora ya no tengo dudas. Mi padre hubiera visto y sentido lo mismo que vi y sentí, y hubiera hecho lo que yo hice. Hubiera renunciado.

-¿A qué, criatura?

-Por lo pronto, a mi profesión. La siento tan postiza como podía sentir mi padre su acta de diputado. Había ido a la política porque a usted le era grata, y hubiera continuado en ella de haberse casado con usted, o de haber tenido esperanza. La única diferencia entre mi padre y yo es el papel que usted ha jugado en su determinación y el que juega en la mía. Usted se irritó entonces, y mucho me temo que también se irrite ahora, pero no tiene remedio. No pondré una clínica en Santiago, no seré catedrático de Universidad.

Soltó la mano de doña Mariana y ocultó la cabeza entre las suyas.

-No sé lo que haré.

-Lo que necesitas es buscar una mujer y casarte.

-¿Quiere usted que repita la historia de mi padre?

-¡Dios lo haga mejor!

-Ni mi padre ni yo, por lo que voy comprendiendo, pertenecemos a esa clase de hombres, normal, si usted quiere, que se casan con una buena chica, ponen un negocio y sostienen un hogar tranquilo. Mi padre se enamoró de usted, y yo quizá me enamore.

Pero, por favor, no me busque usted novia. Quizá no supiera decir que no.

Se volvió hacia ella, repentinamente, con una expresión nueva en la

mirada.

-¿Sabe qué me apetece ahora? No va usted a entenderlo, y hasta es posible que se ría de mí. Me apetece tocar el piano.

Ella no dijo nada, pero le sonrió con ternura.

Llevó a doña Mariana hasta el Palacio Arzobispal, y esperó fuera, paseando. La dama se entretuvo como una hora, y salió triunfal.

-No está mal este Arzobispo. Es un andaluz gracioso, pero listo. Claro que yo iba bien prevenida. Entré muy tranquila, y, antes de saludarle le dije: «No hablé jamás con un Prelado. ¿Qué debo hacer, arrodillarme o decirle buenos días?». Él, entonces, se echó a reír, me dio la mano y me mandó sentar. Primero me despaché a mi gusto, y él no dijo ni pío. Cuando terminé, sacó unos papeles que tenía preparados, les echó un vistazo y me respondió: «Tiene usted en parte razón y en parte, no. Claro está que el cura se ha pasado de raya, y que ese altar no se hará jamás, porque, aunque la capilla no fuera de propiedad particular tiene un valor artístico que no hay por qué estropear. Pero ¿y la iglesia? También tiene valor artístico, y, sin embargo, cualquier día se desmoronará. ¿Es que no le importa?». Me cogió desprevenida, y me disculpé como pude. «Tiene usted la obligación de restaurarla, si es que tiene dinero para hacerlo.» «Claro que lo tengo.» «Entonces, yo le prometo prohibir expresamente que se levante el altar de Lourdes si usted me promete arreglar la iglesia de modo que aguante otros seiscientos años.» «Prometido, pero con una condición.» «Cuál?» «Que cuando esté arreglada irá usted a inaugurarla.» «Las iglesias no se inauguran, señora, se bendicen o se consagran.» «Pues a consagrarla, que parece más solemne.» «No puedo prometérselo, porque estoy viejo y asmático, y como lo de la iglesia tardará bastante tiempo, a lo mejor ya he muerto.» «Pero, ¿y si está vivo?» Sonrió y dijo: «En ese caso, se lo prometo». Iba a levantarme, pero me detuvo: «No hemos terminado todavía. Si no me han engañado, usted y las mujeres de su familia, gozan de un extravagante privilegio que ofende las costumbres actuales de la Iglesia». «Hasta ahora, nadie se ha ofendido más que una señora rica del pueblo, que, como no puede sentarse en el presbiterio, y en cambio tiene un banco asegurado en primera fila, quiere que todos se sienten detrás.» «Aunque así sea, la Iglesia debe acabar con todas esas antiguallas feudales. Han pasado de moda.» «Eso mismo dice el capellán, y me extraña que esté usted de acuerdo con él.» «Los arzobispos y los capellanes estamos de acuerdo muchas más veces de lo que se supone. ¿Trae ahí el documento?» Le di la copia. «¿Es textual?», me preguntó. «Supongo que sí. Yo, como es natural, no sé latín.» Se puso las gafas y leyó atentamente. «Mi lejano antecesor en la Mitra, Dios lo tenga en su gloria, concedió este privilegio porque podía hacerlo, pero lo hizo tan escrupulosamente que

este humilde sucesor suyo no puede desbaratarlo. Sin embargo, Roma lo anulará.» «¡Ah, bueno!», le dije yo. «Si en Roma lo hacen...» «Lo harán, se lo aseguro.» «Tardarán mucho?» «Ya sabe usted que las cosas de Roma se eternizan.» «En ese caso, haga lo que quiera. Con que el día de consagrar la iglesia pueda todavía sentarme en el presbiterio, me doy por contenta.» Se echó a reír, y aquí me tienes.

VIII

La carta del Arzobispo a don Julián llegó el día de Inocentes; y la primera persona a quien se leyó -porque estaba en la sacristía, tratando de lo suyo, y de no estar hubiera el cura corrido a buscarla- fue a doña Angustias.

-Eso es una inocentada -dijo ella; pero don Julián le garantizó que la carta venía de Santiago, con todas las de la ley, y que el Arzobispo era el Arzobispo, y que había de obedecerle; con lo cual doña Angustias marchó echando chispas, y aquella misma tarde congregó en su casa a toda la Cofradía, y a las presidentas de varias Cofradías más. Se despacharon a gusto, respetando siempre al Arzobispo, es lo cierto; pero el Arzobispo sólo podía parecerles respetable si se le suponía engañado, de modo que toda la responsabilidad, así como buena copia de malas artes hipócritas y embaucadoras, le fue atribuida, con generosidad de proporciones, a doña Mariana. Los respectivos maridos lo supieron a la hora de cenar, y Cayetano un poco antes. Se habló del caso en todas las partidas de tresillo e incluso en la más vil de siete y media. Unánimemente fue considerado como agravio a doña Angustias, y cuando llegó Cayetano, todo el mundo estuvo de acuerdo en que doña Mariana era una tal y una cual, y que aquello se estaba poniendo intolerable, y que debería destacarse a La Coruña una comisión de las Fuerzas Vivas Republicanas para tratar con el Gobernador de que doña Mariana fuese desterrada; pero Cayetano se opuso a toda colaboración en la revancha, y aunque no contó a nadie lo que pensaba hacer, todo el mundo le oyó decir «que aquella puta vieja se las pagaría». Era tan grande su malhumor, que perdió veinte duros al tresillo. Don Lino, ganancioso, se creyó en el deber de acompañarle hasta casa, ya de madrugada. Cayetano iba en silencio. Don Lino, cada vez que acariciaba en el bolsillo los duros contantes y sonantes de la ganancia, se sentía más locuaz. Dio varias explicaciones marcadamente sociológicas acerca de la supervivencia de la tiranía, y por si Cayetano no se había dado cuenta, analizó también la intervención, nada lucida, del Arzobispo. «Esto le ayudará a comprender que toda colaboración de la Iglesia con la República es pura filfa. La Iglesia no cambia, amigo mío. Es monárquica

y feudal por naturaleza.» Le sorprendió mucho oír a Cayetano:

-Por lo pronto, haré una capilla junto al astillero.

-;Una capilla protestante?

-No seas bestia. Una iglesia católica, para que mi madre tenga el altar de la Virgen de Lourdes.

-Creí que usted no era católico.

-Yo, no; pero mi madre lo es.

Don Julián visitó a doña Mariana al día siguiente, y se enteró, con asombro, de que la iglesia entera iba a ser restaurada.

-;Quiere usted decir restaurada por entero?

-Eso. Como si la hiciéramos de nuevo.

-Pero, ¡es una locura! Con unas vigas de cemento, unas manos de cal, y tejas nuevas, no hay viento que la tumbe.

-Ése no fue el trato con el Arzobispo. La iglesia tiene mérito artístico y hay que respetarlo.

-¡Bobadas! Entonces, habrá que cerrar la iglesia.

-Queda la parroquial.

La noticia añadió matices al revoltijo; la gente se indignó más, pero, contra toda previsión, algunas posiciones de intransigencia fueron abandonadas. Don Lino, después de asegurar que la Vieja seguía siendo un personaje, más que odioso, peligroso, no pudo menos que aprobar la decisión restauradora; en primer lugar, la iglesia de Santa María de la Plata, que los gobiernos monárquicos no habían declarado monumento nacional a causa de su incuria, merecía todas las atenciones populares. «Al fin y al cabo, el pueblo es su verdadero propietario, y si hoy no se le reconoce este derecho, el día de la justicia no tardará. Entretanto, el capital cumple con su verdadera función empleándose en conservar el patrimonio nacional. La iglesia es del estilo románico más puro y la capilla de los Churruchaos, como sabes muy bien, una de las más raras muestras del estilo templario. Tiene mucho mérito, y debernos olvidar que los huesos que están allí pertenecieron a unos bandidos. Día llegará en que el pueblo exija entregar al viento sus cenizas, pero, ese día, defenderé con mi cuerpo las sagradas piedras. Sagradas, no porque la Iglesia las haya bendecido, sino porque están benditas por el arte de los canteros que las labraron.» Fue muy aplaudido. Mientras hablaba, le habían servido cartas. Jugó una bola y la sacó.

Don Baldomero buscó adrede a Carlos. Como hacía buena tarde, aunque fría, fueron a pasear al malecón, vacío a aquellas horas, sino de marineros que saludaban y escuchaban. Preguntó. Carlos le contó lo que sabía.

-¿Y no le dijo si el Arzobispo le había dado alguna bula o algún perdón especial?

-No lo creo.

-Me quita usted un peso de encima.

Lo dijo con énfasis dramático, con sinceridad honda; y suspiró.

-Bueno. No creo que sea para ponerse así, don Baldomero. ¿Qué le importan a usted las relaciones entre doña Mariana y la Iglesia?

-Nada, salvo en un punto. La Iglesia no puede perdonarla. ¿Me entiende? No puede, y si lo hiciera, si lo hace alguna vez, mis convicciones sobre la justicia se quebrantarían.

Iba embutido en un abrigo estrecho y largo, las solapas levantadas y las manos en los bolsillos. Las sacó y sopló la punta de los dedos.

-Quizá le parezca mal que hable así de ella, porque es usted su amigo; pero yo soy un hombre honrado y no sé andar con hipocresías. Considere, además, que mis querellas contra la Vieja no se parecen a las del resto del pueblo. Si ella es Sarmiento, yo soy Piñeiro, y a otra cosa: hay un punto en que los absolutistas somos demócratas. Y si tuvo un hijo de soltera, hizo bien, puesto que sus medios de fortuna se lo permitieron. De modo que, si quiere usted entenderme, no me confunda con Cayetano, ni con el maestro, ni con ningún tipo de esos que ahora andan otra vez alborotados por lo de la capilla y el altar de Lourdes.

Carlos, espiado por la mirada inquieta de don Baldomero, no se atrevió a sonreír.

-Contésteme.

-Somos amigos, ¿no? Usted me ha hecho confidencias y sé a qué atenderme.

-De eso hablaremos después, u otro día. Ahora se trata de doña Mariana, de la que me veo obligado a hablarle mal: por imperativo de conciencia, aunque no, entiéndame bien, por razones morales. Si fuera por ellas, tendría que hablarle mal de todo el pueblo, y, entonces, empezaría por mí. Las beatas dicen que dio mal ejemplo, y cuando aparece preñada una chica, le echan la culpa. Eso no es cierto. Antes de nacer la Vieja, las solteras parían porque los trámites les habían apetecido. ¡Y ahora, con esto del cine! Volvemos a lo del otro día. La moral es la moral, el hombre es pecador, y eso no hay quien lo arregle. Y no piense que estoy del todo contra el cine. Mire: en cierto modo, es un remedio. Ahí tiene a mi mujer. Gracias al cine, los domingos por la noche se siente cariñosa. Claro que no piensa en mí, sino en un tío guapo que se llama no sé cómo, pero es igual.

Se detuvo y cogió a Carlos por los brazos.

-Le digo estas cosas porque el otro día quedamos en que usted es como un confesor. A las íntimas me refiero. Usted pensará que soy un cabrón; y que cuando mi mujer se arrima, a quien se arrima en realidad es al tío guapo del cine; pero podría demostrarle que está equivocado. Si existe adulterio mental, allá ella. Entre el tío del cine y Cayetano, prefiero al del cine. Permite guardar las formas. ¿Está usted de acuerdo?

-No.

-¿Cómo que no?

-Desde mi punto de vista, no.

-Pues cállese.

Parecía repentinamente aterrado-o, quizá, dolorido.

-Cállese. No quiero discutir ahora de eso. Después de todo, es una superstición mía. No tengo pruebas de que mi mujer piense en nadie los domingos por la noche, ni siquiera de que piense. Pero si usted me convenciera de que, aun así, me pone realmente los cuernos, tendría que matarla.

Bajó la cabeza y miró a la mar. Bailaba, sobre las olas, una gamela. Dentro, un rapaz la achicaba, chorro a chorro, con un bote de conservas.

-En el fondo, quiero a mi mujer, y cuando me acuesto con otra, pienso en ella. ¿Tiene tabaco?

Lieron unos cigarrillos.

-Usted es un hombre difícil, Carlos. Me deja hablar solo, me mira, me hace perder el hilo y acabo por sacar los trapos sucios a la luz. ¿Por qué me deja hablar solo?

-Si usted quiere explicarme por qué el perdón de doña Mariana por la Iglesia es una injusticia, ¿qué voy a hacer, sino escuchar?

-Podía usted estar de acuerdo conmigo.

Carlos se encogió de hombros.

-No he pensado jamás en el perdón de doña Mariana, ni siquiera en mi propio perdón.

-¿De veras? Entonces, ¿no es usted creyente? ¿Es cierto que no lo es?

-Tampoco puedo responderle. Pero usted, el otro día, se confesó a mí precisamente porque no lo era.

-El otro día -respondió don Baldomero con melancolía-, me hacía falta que no lo fuese. Hoy, si no lo es, ¿cómo va a entender que la salvación de doña Mariana será una injusticia? A usted no puede dolerle... Pero quizá algún día le duela, y entonces se acordará de lo que le dije. Entérese bien: el padre de la Vieja era masón, y trajo el liberalismo a Pueblanueva. Él tiene la culpa de que haya aparecido Cayetano, de que los obreros sean socialistas, de que don Lino enseñe el ateísmo a los niños de la escuela. ¡Él, sólo él! Pero su hija pudo deshacerlo. Si ella lo hubiera querido, habríamos levantado una muralla en medio de esas montañas, nos hubiéramos encerrado aquí, el mal no habría penetrado. Pecaríamos, sí, señor, como siempre, pero con esperanza. Ahora nos hemos cerrado las puertas del cielo. Estamos tan malditos como todos los españoles.

Hizo una pausa.

-Estamos, quizá, mucho más malditos que los demás, y yo maldito sobre todos. Más maldito porque conozco el camino y no me atrevo a

seguirlo.

-El otro día me dijo usted que el camino no era fácil. Recuérdelo. Aquello de que Cristo había dicho...

-¡No, no! No es eso. Para salvarme no necesito ser virtuoso, sino sólo merecer, por algún acto mío, el arrepentimiento final. Volvemos a lo del otro día.

-Que usted no acabó de explicarme.

-¿Qué más da? Puedo explicarlo ahora. El secreto que nadie se atreve a decir es que los españoles nos hemos salvado, hasta ahora, por los méritos de España: España merecía por todos y para todos. Pero España ha dejado de ser meritoria, y nosotros quedamos en la miserable condición de cualquier cristiano. Si quieres salvarte, sé virtuoso. Si quieres salvarte, no robes, forniques, no tengas envidia. Sé bueno e irás al cielo ¿No lo encuentra terrible?

Hizo una mueca de asco.

-Así no se puede, amigo mío. Y no será porque no lo hayan vaticinado a tiempo. Mi bisabuelo, según le oí a mi padre, ya lo decía cuando la Virgen Santísima se apareció en Francia, y no en España, como debía ser. Fue una advertencia. No le hicimos caso: vino el liberalismo, vino la primera República, ahora viene la segunda... ¿En qué pararemos?

Carlos se encogió de hombros.

-No me lo pregunte. Le repito que no entiendo nada de lo que me dice, aunque me interesa.

-Yo se lo diré. Acabaremos en un país de desesperados, y la nación entera lo será también. Porque, amigo mío, se aguanta la vida cuando hay esperanza de salvación; pero, sin ella, ¿por qué vamos a aguantar? Lea los periódicos. Los obreros de tal sitio se dejan matar, los de tal otro prenden fuego a la fábrica, aquí y allá queman iglesias. ¡Naturalmente! ¿Para qué dejarlas en pie si no les sirven para nada?

-Bien; pero si es como usted dice, no veo que le quede ningún camino.

-Siempre está el monte -respondió, con brío, don Baldomero; y al decirlo, algo así como un envaramiento militar paralizó fugazmente su cuerpo-. Perdemos la esperanza si aceptamos este estado de cosas; pero si nos rebelamos, la esperanza puede volver al corazón.

-En cierto modo, es usted ya un rebelde.

-¿Qué idea tiene usted de la rebeldía? ¿Barafustar aquí y allá, poner verde al gobierno? No, amigo mío. La rebelión tiene que ser eficaz y pública. Echarse al monte con un fusil.

-¿Por qué no lo hace?

-Porque el demonio me tiene ya ganado; me hizo poltrón y borracho. En el monte, además, no hay mujeres. Y, como usted comprenderá, no es fácil encontrar a ninguna que se avenga a la vida de soldado. Los tiempos han cambiado.

-Según eso, los muertos en esa guerra tendrían abierto el camino del cielo.

-Sí. Pero ¿quién se atreve a arriesgarse? Es muy fácil pensarlo. Yo mismo, que tengo escondidos en el corral un par de fusiles viejos, lo pienso a veces. Pero no hago más que pensarlo: me falta el coraje de los hombres antiguos. Hemos degenerado; el liberalismo nos hizo maricones a todos.

Señaló con el puño cerrado la casa de doña Mariana, medio escondida entre la neblina del atardecer.

-Por eso la odio. Sin ella, yo hubiera sido el amo aquí, yo hubiera levantado murallas contra el mal, yo hubiera capitaneado un valle de rebeldes, y todos seríamos felices. Ahora, ni ella vive en paz, ni nosotros. Cayetano se enriquece cada día, y nosotros nos odiamos los unos a los otros porque Cayetano es rico. Seduce a las mujeres, nos deshonra, y nosotros nos odiamos porque no podemos seducir a la hija del vecino y deshonorarle. Pisa nuestros derechos, y nosotros nos odiamos porque no podemos pisar el derecho del vecino. ¿Ha visto alguna vez situación semejante? Somos las víctimas de Cayetano, y nos detestamos porque no podemos ser como él y hacer lo que hace.

-Según eso, para usted Cayetano es el mal.

Don Baldomero se quitó la gorra y se santiguó.

-Dios me perdone, es el Anticristo.

El día siguiente era el último del año. Carlos se despertó temprano, y vio desde la ventana la mar en calma y el cielo claro. Discutía, delante de la puerta, un grupo de pescadores alrededor de Xirome, vestidos con ropas de aguas, como si fueran a embarcarse. Cerca del malecón, una pareja de *bous*, con las máquinas encendidas, lanzaban señales de sirena. Los marineros embarcaron en la gamela: desde la orilla, unas mujeres decían adiós. Entró la *Rucha* con el desayuno.

-Le ha venido recado de que pase por el Ayuntamiento. Le molestó. Había hecho proyectos para aquella mañana. -¿Qué me querrán? -preguntó a doña Mariana.

Algo de contribuciones o de consumos.

Se sentó junto a ella y echó un vistazo al periódico. -¿Queda muy lejos la casa de la *Galana*?

-¿Por qué lo preguntas?

-Prometí ir allá, y había pensado hacerlo hoy. Doña Mariana sonrió.

-Si vas en el carricoche, cosa de diez minutos. -Mejor a pie.

-Hay una cuesta.

Carlos siguió leyendo los pronósticos del año próximo, los juicios del que iba a terminar.

-¿Qué podría llevarles de regalo? -¿A quién? ¿A la *Galana*?

A sus padres. Encuentro correcto corresponder al que me han hecho.

-¿Te refieres al pollo y a los huevos? Eso, hijo, forma parte de la renta. No tienes que corresponder, y, si lo haces, no te los quitarás de encima en toda tu vida.

-Quiero darles a entender que no soy un señor feudal. No están obligados a regalarme nada.

-Entonces, pensarán que eres tonto.

-No me importa.

Doña Mariana se encogió de hombros.

-Allá tú. Compra un pañuelo de la cabeza para la *Galana* vieja. Allí mismo, frente al Ayuntamiento, los verás en los puestos del mercado.

Carlos bajó al jardín, enganchó el carricoche y salió por la puerta trasera de la tapia. Estaban las calles llenas de gente que iba al mercado o regresaba de él. Se detuvo ante el Ayuntamiento y encomendó a un rapaz mirón el cuidado del carruaje. Iba a subir, pero lo pensó mejor:

-Iré a la vuelta.

Tenía prisa. Justificaba la prisa pensando que la casa de Rosario estaba lejos, y que si tardaba, ella se habría marchado ya a llevar la comida a su padre. No es que fuera a verla a ella, sino que la necesitaba de intérprete, porque la *Galana* vieja no hablaba castellano.

Compró el pañuelo, sin fijarse en el asombro que causaba a la vendedora y a sus parroquianas; y, después de pagarlo y guardarlo, compró otro, éste de encaje y para el bolsillo. Dio unas gordas al chico que le había guardado el coche, arreó el penco y salió del pueblo, hacia la carretera. Sólo cuando se hubo alejado, preguntó a unas mujeres por la casa de Rosario. Le indicaron el camino -una carretera lateral, con muchos baches; la casa que estaba pasada la primera vuelta, junto al río, ahí al lado.

Era una casa de dos plantas, de techos rojos, encalada, con un huerto cercado y el hórreo sobre el cancel. Ató a un árbol las riendas gritó:

-¡Eh! ¿Hay alguien?

Se abrió la vidriera del piso alto, medio se asomó una cabeza y la ventana se cerró en seguida. Pasaron unos instantes. Rosario apareció en la puerta de la casa, atravesó el corral esquivando las gallinas: tranquila y seria.

-Buenos días, señor. ¿Cómo no mandó recado de que iba a venir?
-abrió el cancel y quedó a un lado, mientras Carlos pasaba.

-¿No están tus padres?

-Mi madre está, sí, señor. Mi padre, a estas horas, trabaja.

-¿Puedo ver a tu madre?

-Sí, señor. Entre.

Alejó a las gallinas, de un grito. Carlos se dejó llevar. Entraron en la

cocina y ella le ofreció una banqueta de pino.

-Siéntese. Ahora vendrá mi madre. Tomará una taza de caldo, ¿verdad?

Olía a caldo y a heno. Rosario se sentó junto a la piedra del llar, en una silla baja, y tomó, de un cesto de mimbres, una pieza de ropa blanca. Miróla Carlos, y se inclinó sobre la labor.

-Con permiso.

Empezó a coser justamente detrás de su cabeza, la olla humeaba. Una vaca y un becerrito asomaban por la media puerta de la cuadra. Todo estaba limpio: la mesa de pino, el vasar, las banquetas, el suelo de tierra apisonada. Del techo colgaban mazorcas de maíz y una zaranda con un queso y tocino. Carlos no la había visto nunca.

-¿Qué es eso?

-La zaranda, señor.

Añadió, explicando:

-Es para que los ratones no se coman el queso.

Volvió a bajar la cabeza. Se oyeron pasos en la escalera, pasos difíciles y pesados de reumático impedido.

-¿Por qué baja tu madre? Puedo subir si está enferma; o volver otro día.

-No, señor, no está enferma. Es ella así.

La vieja *Galana* apareció, y saludó en su media lengua, amilagrada de que el señor hubiera venido. Carlos se acercó para ayudarla a bajar, y la vieja *Galana* no lo consintió.

-¡No faltaba más, señor! Si me hace falta, tengo a mi hija.

-Déjela. Lo hace sola a todas horas.

La vieja *Galana*, sentada al otro lado de la mesa, inició una larga serie de consideraciones sobre los tiempos, sobre las lluvias, sobre el trabajo, sobre el campo que no da nada, sobre las rentas y los consumos, sobre las enfermedades y la muerte. Rosario, en silencio, puso una servilleta blanca sobre la mesa, una cuchara de boj y un pedazo de borona.

-También tomará vino, ¿verdad?

Vino tinto, que sacó de una jarra; y, después, una gran taza de caldo, humeante y compacto. Carlos protestó por la cantidad.

-¡Tómelo, señor, no nos haga desprecio! El caldo es la raíz del cuerpo.

Las patatas, el maíz, las habichuelas. Los cerdos van baratos. Los huevos no se pagan...

-No se lamente más, mi madre, que de hambre no moriremos.

-Por lo que tu padre y tus hermanos ganan en el astillero, gracias a Dios, no por lo que saquemos de la tierra con nuestro trabajo.

-No se lamente más, mi madre.

Parecía disgustada y, al mismo tiempo, resignada. Se desentendió de la conversación y empezó a preparar la comida del padre y de los her-

manos.

-Quería decirles -Carlos aprovechó un resquicio en la charla de la vieja Galana- que agradecí mucho el presente de Navidad, y que les traigo el mío de Año Nuevo.

Puso sobre la mesa los paquetes de los pañuelos.

-Pensé que a usted...

Rosario se volvió rápidamente, enérgica.

-¿Por qué lo hizo? El señor no tiene por qué hacernos ningún presente.

-Este pañuelo para tu madre y este otro para ti.

-No tiene por qué hacerlo.

-Déjalo mujer. Si es su voluntad...

La vieja había cogido ya su pañuelo, lo manoseaba, elogiaba su calidad.

Rosario alargó la mano hacia el suyo.

-Gracias, señor.

La vieja preguntaba si el señor tenía ropas inservibles, porque los hombres gastan mucho en el trabajo, y, después, en la tierra, y que Rosario se había cansado de remendar, y ahora tenía que hacerlo ella.

No entendía la retahíla, ni le importaba. Rosario, arrodillada, cubría con un pañuelo el canastillo de las comidas. Recordó palabras de doña Mariana: «Grande y rubia como una francesa»; si no grande, al menos fuerte, equilibrada, armónica y pausada en el moverse. La ropa le ceñía los pechos y las caderas; arrodillada, le salían, de las zuecas de madera, unos talones y unos tobillos finos.

-Si quieres, te llevo en el coche.

Rosario volvió la cabeza, sorprendida.

-¿A mí?

-Si quieres... Voy para el pueblo.

Rosario había enrojecido y escondía la cabeza. Su madre respondió por ella:

-Está aquí, a un paso. Llega en seguida.

-Bueno...

Se levantó.

-Y, dígame, señor; la renta, ahora, ¿se la pagaremos al señor o a la señora?

Carlos hizo un gesto vago.

-¿La renta? Yo qué sé dónde estaré...

Rosario se irguió y colocó el cestillo sobre la mesa.

-Ya me voy, madre.

Pasó junto a Carlos y abrió una puerta que Carlos no había visto. Volvió en seguida, con el mantón sobre los hombros. La vio de frente, y advirtió que, por el escote, asomaba la punta del pañuelo que le había regalado.

-Buenos días. ¿Quiere algo del mercado, mi madre?

Con el canastillo bajo el brazo, salió. Desde la puerta, miró a Carlos y sonrió.

-Otro día me llevará, señor.

Evidentemente, la vieja Galana no quería que Carlos la alcanzase. Se empeñó en enseñarle la casa.

-Aquí, en esta habitación del bajo, duerme Rosario.

Entarimada de madera, con una cama nueva -casi le olía el barniz-, un armario de luna, mesas de noche, la Virgen del Carmen en la pared y otros cuadros de santos, más pequeños.

Aquí duerme ella.

Por la ventana -pensó Carlos- entrará Cayetano cuando la visite. Los muebles de la habitación, la colcha amarilla -portuguesa-, las alfombrillas coloradas, son regalo de Cayetano.

Pudo marchar. Fustigó al penco con rabia. Pero a la vuelta del camino, fuera de vista de la casa, Rosario esperaba.

-A mi madre no le parecía bien que viniese en el coche. Mi madre... ¿sabe?

Titubeó, sin alzar los ojos.

-No tienes que explicarme.

-Sí, señor. Es que mi madre tiene miedo a que...

Volvió a callar.

-... no sé si el señor sabe.

Anda. Sube, si quieres.

-No, señor. Pero quiero decirle...

Se arrimó a la vara del carricoche.

-¿Es cierto que el señor va a emplearse de médico en el astillero?

-No. Añadió estúpidamente:

-¿Quién te lo dijo?

-Él.

-No es cierto. Le miró con ojos alegres.

-Yo ya lo sabía. Gracias por el pañuelo. Se apartó. Carlos llevó la mano a la gorra.

Había olvidado el Ayuntamiento y su propósito de pasearse por allí al regreso. Dejó el carricoche en la cochera y subió silbando. Doña Mariana no estaba en su gabinete; se sentó a esperarla, con el periódico en la mano, pero sin leerlo. Llegó ella en seguida.

-Te sentí subir las escaleras. ¿Vienes muy contento?

-Normal.

-No has ido al Ayuntamiento.

-Lo he olvidado. Se levantó.

-Voy ahora mismo.

-No. No vayas. Ya no es necesario.

Señaló un sobrecillo azul, abultado de papeles.

-¿Contribuciones? -preguntó Carlos.

-No. Se sentó frente a él, con el sobre en la mano.

-Hablemos de tu padre.

Lo dijo con un tono nuevo, que borró el contento de la cara de Carlos.

-¿Está vivo? -y sin esperar respuesta-: Deme usted el sobre.

-No. No está vivo. Pero lo ha estado hasta hace poco tiempo. Puedes leer. El cónsul de Santiago de Chile comunica su muerte. Murió como un emigrante oscuro y pobre. Carlos leía rápidamente el traslado que el Alcalde le hacía, para su conocimiento, del oficio recibido de Chile.

-El siete de octubre, poco más de dos meses. La miró con angustia.

-Es absurdo.

-¿Es eso, verdaderamente, lo único que se te ocurre?

-Nada más, al menos de momento.

Se levantó, dio unos pasos con las manos en los bolsillos, volvió sobre sí mismo: el pliego oficial había caído sobre la alfombra.

-¿Qué quiere usted? ¿Que lllore? No puedo llorar por la muerte de una persona que ahora empieza a existir para mí, pero como un muerto. Todo lo que hemos hablado estos días, el amor hacia su memoria que indiscutiblemente nació en mí, la solidaridad que empiezo a sentir con él y con sus pecados, el peso de su destino sobre el mío, todo esto suponía su muerte, no reciente, no como un hecho inmediato del que deba dolerme como buen hijo. Una vez más le pido que me entienda.

-Tampoco yo he llorado.

-¿Entonces?

-¿Qué sé yo? Me pareció incomprensible, como a ti. No absurdo, incomprensible. Debe haber una diferencia.

-La hay. Y creo entenderla. Para usted, el modo de morir, y la vida que ha llevado hasta ahora, treinta y tres años de vida silenciosa, le parecen incomprensibles. A mí me parece absurda la muerte de un muerto. Eso es todo. Y, sin embargo...

-¿Qué?

-Algo más hay que ahora no acierto a ver, porque el cerebro se me ha cerrado, pero que siento; algo oscuro...

Se sentó junto a doña Mariana; en el brazo de la butaca. Atrajo hacia sí la cabeza gris de la dama.

-Usted y yo le hemos amado, cada uno a su modo, y no sabemos llorarle.

—Quizá él no haya querido que le lloremos.

-¿Puede usted adivinar lo que realmente ha querido, si de verdad ha querido algo? He intentado comprender su desaparición, y estos días,

después de haberla oído a usted, creí entenderla. Pero mi entendimiento suponía su muerte, su muerte antigua, su muerte casi inmediata a la huida. No entiendo este largo silencio, y esto me hace temer que todo lo demás de su vida tampoco lo haya entendido.

-¿Tan necesario es que entienda?

-Sí, Mariana. Usted me pidió una vez que juzgase; amar es ya un juicio. Ahora, más que nunca, quiero de verdad saber qué amo y por qué. ‘

Paseó de nuevo, en silencio; se detuvo delante de la ventana, contempló el haz de la mar, de un verde oscuro y revuelto. Volaban, sobre las menudas olas, bandadas de gaviotas.

-Mi propia vida, de pronto, cambia de sentido. Yo podía haberle buscado y encontrado, haberle devuelto a sus cosas, rescatarle para nosotros. No hice nada de eso, no sospeché jamás que fuese mi deber, quizá también mi necesidad. Si mi padre se hubiera cuidado de mí, mi vida no sería esta gran equivocación.

-¿Es un reproche que le haces?

-No. No a él, sino a mí. No sabré jamás los verdaderos motivos de su huida y de su silencio, pero, en cualquier caso, los respeto. Gracias a usted, estoy convencido de que era honrado.

Hundió los dedos en el pelo; dejó luego caer los brazos desalentadamente.

-¿Cómo compaginar esta seguridad de su honradez; más aún, de su sacrificio, con su silencio? ¿Cómo entender que su manera de ser honrado consistió en eso, en huir y callar, en morir sin morirse, en morir para mí, en dejarme vivir como si realmente hubiese muerto? Es lo que necesito comprender, y lo que me temo que no comprenderé nunca.

Cogió del suelo el papel y lo releyó.

-«Fernando Deza Montenegro, enfermo del Hospital General, muerto a los 72 años de edad; no deja más que sus ropas personales.» Oscuridad, humildad, pobreza y una aterradora soledad.

Dobló el papel y lo guardó.

-El 7 de octubre. Hasta el 7 de octubre, yo tenía padre, pero vivía como si no lo tuviese. El 7 de octubre, Zarah y yo habíamos ido a pasar en una playa unas vacaciones de quince días. Me había arrastrado contra mi voluntad, con el pretexto de que el aire de la mar me era necesario, pero, en realidad, por apartarme de Múnich, a donde yo quería ir porque tenía allí un amigo poeta. Quince días de tedio higiénico junto al mar Báltico. ¡Oh, Mariana! ¿Sabe usted qué atroz tormento es hacerlo todo por higiene, por higiene física y mental? ¿Dormir por higiene y acostarse con una mujer por higiene? Cuando tomábamos el sol yo cerraba los ojos y me fingía dormido; pero, en realidad, imaginaba largas conversaciones con mi amigo, el poeta muniqués. O, simplemente, soñaba. Ya entonces mi alma se escapaba de Zarah, aunque todavía la puerta de la torre no

se me había recordado.

Palideció intensamente; se arrimó a la pared por no caer. Miró a Mariana con mirada asustada y vacía, como si mirase el vacío.

-Entonces la recordé. Fue por aquellos días. Pudo haber sido el 7 de octubre.

-¿Qué quieres decir con eso, Carlos? -también a doña Mariana le temblaba la voz.

-Nada. Sólo quiero señalar un hecho que tampoco entiendo.

Quedó arrimado a la pared, derecho, como envarado; y miraba otra vez como si mirase al vacío. No había recobrado la color. Doña Mariana se levantó, fue hasta él, quedó enfrente de él, le miró con fijeza, quiso llenar con su mirada la mirada de Carlos; quiso ir más allá de la mirada y saber qué pensaba o qué sentía, o, quizá, qué presentía sin atreverse. Le agarró, con fuerza, de los brazos, le sacudió. Él tardó en recobrase, en sonreír.

-Esto es importante, Mariana. Pero no la engaño ni me engaño. Mi padre murió el 7 de octubre, y quizá el mismo día, quizá un día después, o un día antes, recordé la puerta que mi madre había mandado tapiar, en mi presencia; y ese recuerdo tiró de mí, de manera incomprensible, y me trajo hasta aquí, junto a usted, y me hizo hallar el recuerdo de mi padre y amarle. Es inevitable que intente establecer una conexión entre un hecho y otro. Una conexión cuya existencia no me cabe en la cabeza.

IX

Doña Mariana insistía en que se estaba calentando los cascos con una cuestión trivial, de la que, sin embargo, se veían obligados a hablar en toda ocasión, aunque uno y otro se hubiesen propuesto no aludirla ni rozarla; y a esto se agarraba Carlos para negarle trivialidad, puesto que subyacía a cualquier otro tema, y cualesquiera que fuesen las palabras dichas, siempre una de ellas servía de anzuelo, al cabo del cual, como pez estremecido, surgía la pregunta: ¿tienen que ver entre sí estos dos hechos? Para doña Mariana, no pasaba de casualidad; hablaba a veces de azar, y Carlos, si negaba la existencia de casualidades, daba en cambio al azar una importancia trágica que a doña Mariana se le antojaba excesiva, pues para ella casualidad y azar significaban lo mismo. Pero Carlos complicaba las cosas.

-Hay una diferencia, y ahora que la siento, la veo clara. La casualidad es la pura coincidencia en el tiempo (quiere decir, al mismo tiempo) de dos sucesos sin relación entre sí, cada uno de los cuales obedece a sus causas particulares; al coincidir se influyen el uno al otro, y siguen luego su curso, cada cual por su lado, sin que el momento en que han coexistido y se han influido afecte profundamente a cada uno de los destinos. Pero, cuando la coincidencia y la influencia recíproca tuercen el destino de cada uno de ellos, es decir, obra en cada uno de los sistemas de causas como una causa nueva que altera la fuerza de las anteriores, y el curso del acontecimiento queda profundamente modificado, a eso le llamamos azar porque no sabemos llamarle de otra manera. Azar, destino, ¿qué más da? Puedo sacar de mi propia experiencia ejemplos claros. Mi encuentro con Zarah, una mañana de enero, a la puerta de la Universidad, fue una casualidad. Fuimos amantes durante dos años, luego dejamos de serlo. Dos años que dejaron en mí recuerdos, acaso hábitos, pero no huellas profundas. En el conjunto de mi vida, mis relaciones con Zarah son un episodio sin importancia. Apurando mucho el análisis, tendría que aceptarlo como algo acontecido para que otro algo pueda acontecer después, como instrumento de alguien que quiere algo de mí y que, cumplida su función, desaparece. Otra cosa sería si la

hubiese amado. En cambio, esto de ahora no es una casualidad. Es, si usted quiere darle ese nombre, un azar; pero, indiscutiblemente, ha alterado mi vida, ha comenzado a alterarla antes de que lo supiese. No tengo más remedio que pensar que la muerte de mi padre ha obrado sobre mí desde una distancia enorme; ha obrado sin saberlo yo; se ha valido, para moverme hacia un fin determinado, de algo tan frívolo como un recuerdo infantil, que, sin embargo, se me presenta con una fuerza suave, enérgica y constante, me arranca de mi vida, borra mis proyectos y me trae aquí. Tiene que parecerme un azar mientras no averigüe cómo la muerte de mi padre pudo influir en mí de esta manera; pero no creeré nunca que sea casualidad. Debajo del azar hay siempre una razón misteriosa. La hay también, no sé cuál, debajo de todo esto.

Tales razones, dichas a veces con palabras demasiado especializadas, confundían a doña Mariana; y por eso Carlos, poco a poco, se redujo a pensarlas en soledad; y las pensaba, sin embargo, en diálogo polémico, y se inventaba razones opuestas, y discutía consigo mismo, y no llegaba a ninguna conclusión satisfactoria. Decidió un día escribir a Santiago de Chile, pidiendo noticias más detalladas de la muerte, y, sobre todo, de la vida de su padre; y doña Mariana le aconsejó que lo hiciese en papel en que constasen, impresos, su nombre y profesión, para que el cónsul tomase en cuenta la calidad del rogante. Compró el papel, lo llevó a una imprentilla, y de aquí salió el rumor de que don Carlos Deza iba a abrir consultorio, porque había encargado un talonario de recetas en el que constaba como suyo el domicilio de doña Mariana. Como, por otra parte, se había corrido la voz de que Cayetano le daba empleo en el astillero, y a nadie se le ocurría pensar -salvo a los clientes del *Cubano*- que rechazase un puesto en el que le pagaban bien por no hacer nada, después de un par de tardes de discusión los socios del Casino concluyeron que el encargo de las recetas (los mejor informados sabían que era sólo papel de cartas) descubría su propósito de aceptar el momio, en tanto que el *Cubano y sus* clientes lo interpretaron como señal de que se disponía a trabajar por su cuenta.

A la noticia de que don Fernando Deza había muerto en Chile nadie le dio importancia, y aunque Carlos sólo enlutó su corbata, ni siquiera las más exageradas cumplidoras de los ritos funerarios, las que contra viento y marea llevaban manto hasta los pies por el marido o el padre durante un par de años, vieron en el escaso luto de Carlos motivo de censura. Repentinamente, Carlos había dejado de ser la comidilla del pueblo; todo lo que le concernía se trataba en segundo término y como materia de relleno, cuando no complementaria, porque lo que verdaderamente apasionaba a las mujeres y, de rechazo, a los varones, eran las reformas que doña Mariana pensaba introducir en la iglesia de Santa María de la Plata, y cómo, desde que se conoció el propósito, a pesar del

tiempo transcurrido -poco más de una semana, o quizá dos- no se sabía que hubiera doña Mariana tratado con contratistas o albañiles, ni en la iglesia había el menor indicio de obras, ni don Julián sabía nada de ellas, se atribuyó el retraso a un cambio en la voluntad de doña Mariana, aterrada probablemente por el coste; y así como al principio, salvo don Lino, la habían puesto verde por dejar temporalmente al pueblo sin su mejor iglesia, ahora le quitaban el pellejo por su negligencia en acudir al remedio de un edificio de tanto mérito, que un día cualquiera podía derrumbarse.

La verdad era que doña Mariana había olvidado la iglesia y la promesa hecha al Arzobispo, y le preocupaba más la afición de Carlos a encerrarse en su habitación largas horas, que pasaba tumbado en la cama, y sus recaídas frecuentes en el silencio, aunque estuviesen juntos; un silencio que, por las trazas, era el resultado de una obsesión. No le había hecho preguntas sobre la visita a casa de Rosario, pero una mañana que se la tropezó en la calle le sacó confesión del regalo y de lo que habían hablado, aunque no de todo. Doña Mariana había temido que Rosario gustase a Carlos y que, por ella, se metiese en un conflicto con Cayetano o, peor todavía, que no se metiese, pero que todo el mundo llegase a saberlo; ahora empezó a lamentar que Rosario no le hubiese gustado lo bastante como para distraerle de su preocupación. La indiferencia de Carlos hacia todo lo externo, la inquietaba: habían llegado varios cajones de libros, remitidos por Carlos desde Alemania antes de su viaje y, sin abrirlos siquiera, los había enviado al pazo. Le preguntó doña Mariana si los había hecho venir para eso; Carlos respondió que pertenecían a un pasado que cada vez entendía menos, y que haberlos hecho venir era una equivocación.

El día de Reyes fueron juntos a misa; y sentados en el banco del privilegio parecían escuchar el sermón de fray Eugenio, especialmente hermoso, triunfal y tierno, sobre Jesús entre los hombres; pero Carlos apenas se enteró de sus palabras, y doña Mariana ni se dio cuenta de que había subido al púlpito. Pensaba en el modo de sacar a Carlos de aquel marasmo, y hacia el *Ite, missa est*, después de muchas vueltas, creyó haber encontrado un remedio, al menos momentáneo. En vez de salir, pidió a Carlos que la acompañase a echar un vistazo a la iglesia; comprobaron que, en ciertos sitios, la bóveda se agrietaba, y que en otros se torcía, como vencidos los sillares; pero doña Mariana, más que por el modo de las reparaciones, parecía interesada por la restauración de la iglesia en su pureza primitiva, y sobre esto habló por el camino, de regreso; durante la comida, y después de la siesta; y como Carlos confesaba su falta de preparación en materia arqueológica, al final de la tarde fingió ella haber tenido una ocurrencia genial, se la comunicó a Carlos y, sin contar con su asentimiento, contó con su colaboración. De modo que,

al día siguiente, después de haber desayunado, Carlos salió para el monasterio, con el encargo de pedir a fray Eugenio consejo técnico.

-Vas por el camino de la playa, todo seguido. No hay pérdida posible.

El caballejo iba tapado con una manta escocesa, y con otra parecida, pero ribeteada de cuero, se cubrió Carlos las piernas. La mañana estaba fría y resplandeciente; y las aguas de la mar tranquilas y azules. Se metió por el camino, entre una tapia cubierta de hiedras y un zarzal enorme; coronó un cerrillo; Pueblanueva quedaba atrás, envuelta en bruma azul como el humillo de los hogares. Volvió la cabeza varias veces para verla, hasta que una revuelta del camino se la hurtó. Un soto le trajo recuerdos infantiles: allí, de niño, solía venir con su madre, algunas tardes de verano. Doña Mariana traía la merienda en un cestillo, y se sentaba bajo un castaño próximo al camino, un castaño de gran copa, cuyas ramas sombreaban la carretera -ya no estaba, sino sólo el muñón cortado de su tronco-. Recordó también que aquel soto era suyo. Detuvo el coche, se empinó para ver mejor, y lo que vio fueron muchos muñones más, castaños cortados, robados seguramente. Se encogió de hombros. Como pasado, aquello tampoco le pertenecía.

El caballejo hacía, al trotar, un ruido grato de cascabeles; era fuerte, a pesar de su pequeñez. Subió el repecho de un trote, un repecho regular, y, al llegar arriba, Carlos tiró de las riendas.

-¡Sooh!

Le pareció que el caballo merecía un descanso. Saltó al camino y cargó una pipa. Cuando estaba encendida, vio, cerca ya de la otra parte del repecho, un grupo de mujeres.

-¡Doña Lucía!

-¡Ay, Carlos, buenos días! No me trate con tanta ceremonia.

El interés que pudiera sentir por la señora de Piñeiro se desvaneció al ver a una de sus compañeras, una entre todas. Se dirigió a ella inmediatamente, casi con descortesía para Lucía y para las otras.

-Usted... tiene que ser, es la hermana de Juan.

-Claro, es Inés. ¿No se conocían?

Había en ella algo que Carlos sólo había visto en el rostro de doña Mariana: energía, pero distinta de la de doña Mariana. Parecía como si algo interior intentase suavizarla y a veces lo consiguiese; como si lo consiguiese en las líneas del rostro, en los labios, en la barbilla, pero hubiese fracasado en el mirar. Los ojos de Inés eran oscuros y ardientes, pero los mantenía bajos, salvo un instante en que le miró y sonrió.

-Te hubiera reconocido en cualquier parte.

Tendría veinticinco años, quizá unos pocos más. En su figura la herencia materna había vencido, parcialmente, a la sangre de los Churruchaos. Su cabello no era rojo, sino rubio con reflejos rojizos; su cuerpo no era asténico. Algún rasgo de su cara, los más vigorosos, no

eran del todo delicados.

Lucía explicaba que todas las mañanas iban a misa al monasterio, y repitió su entusiasmo por fray Ossorio y su modo de entender la religión. Inés la corrigió suavemente.

-No es el modo de fray Ossorio, sino el de la Iglesia. Fray Ossorio no inventa nada. Repite las palabras del Señor y lo que la Iglesia ha enseñado siempre.

Se volvió hacia Carlos y le miró otra vez.

-No pienses, como mucha gente, que es un loco o un hereje.

-¡Ay, hija mía, yo no quise decir eso! Pero no me negarás que fray Ossorio es un cura distinto.

Se encaró con Carlos.

-Lo verá cuando lo conozca. Un santo.

-Tampoco la santidad es una profesión, Lucía. Todos debemos serlo.

-¡Ay, hija! Contigo, una tiene que medir las palabras.

Inés repetía, probablemente, lo que había oído, pero la seguridad, el tono con que lo repetía le pertenecían. Parecían tuyas las palabras, y daba la sensación de saber apropiarlo todo, de hacerlo todo suyo.

-Saluda a tu madre. Iré un día de éstos a visitarla. Y a tu hermano también.

Siguió el camino, impresionado. Inés había desalojado de su mente las preocupaciones y los recuerdos; pero no suscitaba en ella nada nuevo. Era como si sólo permaneciese la impronta de su figura, sus ojos fulgurantes, el eco de su voz serena. Como si, además, los ojos y la voz hubiesen eliminado los detalles, o como si hubiesen impedido a Carlos Fijarse en lo que generalmente observaba de las mujeres y recordaba de ellas. No podría decir si Inés tenía lindos pechos.

Le sacó de sí un estruendo lejano, llegado al volver el camino; levantó la vista y vio, al final de la carretera, más allá de la playa, un promontorio en cuya cima se alzaba el monasterio: como metido en la mar, sobre unos acantilados en los que se rompía, con furia, el oleaje. Subió por un camino difícil, bordeando un precipicio en cuyo fondo las olas se revolvían, blancas y verdes, hasta llegar a una plazoleta que el monasterio encuadraba: espumosas, rotas, salpicaban sus cimientos, saltaban por encima del parapeto y mojaban las piedras del camino. Más allá, sólo la mar.

Dejó el carricoche y llamó a la puerta. Un lego le escuchó y le hizo entrar. Otro, pasado un rato, le invitó a seguirle. Atravesó un claustro, subió unas escaleras, recorrió un pasillo largo. El lego empujó una puerta y le hizo pasar a una celda grande, de esquina, con ventanas abiertas sobre la mar en dos de sus paredes: entraba por ellas un resplandor verde y movido, que se reflejaba en el techo. Pero no parecía celda de monje, sino taller bohemio de pintor, en desorden. Al fondo, frente a un

caballete, fray Eugenio, vestido sobre el hábito una especie de mandil, pintaba furiosamente; y cerca de él, indiferente a la furia, un novicio pulía pan de oro.

Fray Eugenio, al entrar Carlos, arrojó el pincel a cualquier parte.

-¡Carlos, querido Carlos!

Corrió hacia él, le abrazó. Pero, de pronto, se volvió al monje joven y le pidió que saliera y esperase fuera.

-Siéntese. Aquí tiene este escabel. No creo que esté sucio. Siéntese. Me alegro mucho de que haya venido.

Hablaba de prisa, un poco atropelladamente, como si le hubieran sorprendido haciendo algo vergonzoso. No se sentó: de pie, vuelto hacia Carlos, tapaba con su cuerpo el caballete en que había estado pintando. Había cuadros por todas partes, grandes y chicos, terminados y por terminar, en que se repetían, con escasa variante, Cristos y Vírgenes insulsos, casi industriales. Pero si la mirada de Carlos resbalaba hacia los cuadros, fray Eugenio hablaba más fuerte, como para atraerla. Le llevó a las ventanas, le mostró la mar, el Finisterre lejano -«que a veces, en mañanas claras, se veía»-, y cuando ya no hubo nada que ver, le sacó del taller para enseñarle el monasterio y sus curiosidades. En el claustro pareció más tranquilo; dejó a Carlos que hablase y preguntase, y Carlos, advertido ya de que el fraile no quería tratar de sus pinturas, por lo que fuese, se limitó a preguntas baladíes, a palabras de compromiso.

Cuando explicó lo que le llevaba al monasterio, fray Eugenio dijo que él sabía poco de achaques arqueológicos, pero que fray Ossorio era muy versado; y fueron a la celda de fray Ossorio, al otro extremo. Fray Ossorio era un monje joven, fornido; debía parecer, a las mujeres, varonilmente guapo. Le sorprendieron hundido entre libracos, sobre la traducción de un texto alemán. Saludó a Carlos con alegría mesurada, y, por algo que dijo, dejó traslucir que también él le esperaba. Carlos, más que escucharle, le observó, y pretendía hallar las razones del encanto ejercido sobre algunas mujeres. Comparado con fray Eugenio, fray Ossorio pudiera parecer algo tosco en sus rasgos, pero la tosquedad aparecía dulcificada por una intensa vida espiritual, quizá también por dura ascesis. La conversación tomó en seguida un giro intelectual. Por lo pronto, el conocimiento del alemán establecía entre ellos una relación distinta, de la que fray Eugenio quedaba tácitamente excluido. El haber vivido ambos en Alemania reforzó la comunidad, y si fray Ossorio manifestó interés por los estudios de Carlos, cuyas materias no ignoraba, Carlos, un poco por cortesía, le interrogó sobre la teología que había estudiado. Quedaron en prestarse libros, cuando Carlos abriese los cajones en que guardaba los suyos.

Fray Eugenio, reducido a mera condición de auditorio, halló medio de intervenir recordando a Carlos el deseo de doña Mariana; y Carlos lo

expuso a fray Ossorio.

-Es muy sencillo restaurar la iglesia. Basta con desnudarla de adornos y requilorios, y reducirla a su ser primitivo. Si le parece, la veremos juntos una mañana y explicaré al maestro de obras lo que debe hacer. Aunque no sé si una vez restaurada quedará a gusto del cura.

-Me temo que doña Mariana no cuenta con él para nada. La verdad es que ella misma no sabe lo que quiere. Por eso me envió aquí.

Fray Ossorio empezó a explicar cómo debía ser la ornamentación de una iglesia románica, y en esto estaban, cuando llamaron a la puerta de la celda, y entró un fraile de edad madura, bajo, de pelo entrecano y cara astuta. Los otros dos se acercaron a él y le besaron el escapulario; luego lo presentaron a Carlos como el prior, fray Fulgencio.

-Sabía que estaba usted en el monasterio; por eso vine a saludarle.

Ante el prior, los dos frailes habían callado, y permanecían un poco atrás, sin mirarse y sin mirarle. El prior se sentó en el asiento que antes fray Ossorio había ocupado.

-¿Cómo va el trabajo, padre Ossorio?

-He terminado las veinte hojas que me dio Vuestra Paternidad.

-No cuento más que quince.

-Las cinco las he roto. Equivocaciones.

-Procure no equivocarse. Son cinco hojas, y nosotros muy pobres. No puede tirarse el papel, padre Ossorio.

-Sí, reverendo padre.

El prior, entonces, indicó a Carlos un asiento.

-Le extrañará que cuente a un fraile el papel que le doy para su trabajo, pero no puedo hacerlo de otra manera. El monasterio es muy pobre; comemos mal, comemos de manera insuficiente, y dos de nuestros muchachos están tuberculosos. Es una tristeza, créame, para quien los tiene a su cargo y ha de responder de ellos.

Sonrió.

-Usted no lo sospecharía, ¿verdad? Por ahí se dice que la Iglesia atesora las riquezas de la nación. Pues le aseguro que a este monasterio le ha cabido muy poco en el reparto. Vivimos, debo decirlo, gracias al trabajo de fray Eugenio y de fray Ossorio. No son nuestros únicos ingresos, pero son los más considerables. En los últimos tiempos, la verdad, han bajado un poco.

Fray Eugenio había inclinado la cabeza, escondida ahora, casi tapada por la capilla.

-Ellos no tienen la culpa. Desde que vino la República, la gente se ha apartado de nosotros.

Preguntó a Carlos si había visto las telas que fray Eugenio pintaba. Carlos negó.

-¿Es posible que no se haya fijado? ¿No le llevaron a usted al taller

directamente?

-Sí, pero permanecemos allí muy poco tiempo.

-Tiene usted que verlas.

Intervino fray Eugenio con timidez:

-Otro día. Hoy no hay nada que valga la pena.

-Debe saber, don Carlos, que a fray Eugenio le da vergüenza de pintar lo que pinta. Es un romántico. A él le hubiera gustado organizar un taller en gran escala, un taller como los de la Edad Media, y pintar magníficos retablos que no compraría nadie.

-Pretendo solamente orientar el gusto de los fieles hacia otra clase de representaciones.

-¡Hermosa idea, sí, señor! Pero ¿qué haríamos mientras tanto? Suele decirse que la Iglesia no tiene prisa, pero un monasterio pobre puede tenerla. Hay que vender los cuadros, fray Eugenio; hay que pintar lo que quiere la gente. Si no, moriremos de hambre.

Se volvió hacia Carlos.

-¿Ha visto, al menos, el monasterio?

Le respondió que sí; que fray Eugenio se lo había enseñado.

-Me gustaría verle a menudo por aquí y que se considere como en su casa, porque... -vaciló, sonrió, miró a los frailes-, porque en cierto modo lo es. ¿Sabe que este monasterio perteneció a su familia, y que si esta Comunidad se disolviese, el monasterio volvería a su propiedad?

Carlos abrió los ojos desmesuradamente.

-No lo sabía.

-Busque en los papeles de su padre y hallará la copia de la escritura de cesión. Fue redactada por mi antecesor en el Priorato cuando se restauró la Orden, y su padre de usted no hizo más que aceptarla. ¿Tampoco sabe usted cómo fue restaurada la Orden y por qué vinimos a dar a este monasterio? ¿No se lo ha contado todavía fray Eugenio?

Carlos negó.

-Ya se lo contará -continuó el prior-. Pero, después que lo sepa, hable conmigo. Es una hermosa historia que conviene conocer desde todos los puntos de vista.

Fray Eugenio, como avergonzado, miraba hacia la mar, y el padre Ossorio hurgaba en unos libros.

-De un modo o de otro, usted tiene, además, ciertos derechos sobre el monasterio: de una celda y comida gratis, si quiere vivir aquí. Debo advertirle que el privilegio no es de su exclusiva propiedad, sino que viene de antiguo y alcanza a todos los Churruchaos.

Miró a fray Eugenio.

-Así vino fray Eugenio, y así se quedó.

-No tengo pensado hacerme monje.

-¿Qué sabe uno? Aunque, si algún día lo pretende, no se olvide de

dejar fuera lo que ahora es; si ha leído alguna vez a san Pablo, recordará lo del hombre viejo y el hombre nuevo. Aquí no debe entrar más que el hombre nuevo.

Volvió a mirar a fray Eugenio.

-Traer consigo al hombre viejo no es más que fuente de dolores.

Se levantó y tendió la mano a Carlos. Éste vaciló: no sabía si besársela o limitarse a estrecharla. El prior le sacó del embarazo con un apretón fuerte.

-Me alegro de conocerle, don Carlos.

Al salir, dijo al padre Ossorio:

-Pásese después por mi celda. Le daré más papel.

Los dos frailes esperaron a que saliese, inclinados. Cuando la puerta se cerró, parecieron respirar con alivio.

Pero, a partir de aquel momento, perdieron la naturalidad. Apenas hablaron, se miraban entre sí, y fray Ossorio dijo algo acerca de la hora de comer.' Carlos se apresuró a despedirse, y fray Eugenio le acompañó, silencioso. En la puerta le dijo:

-Vuelva usted. Tenemos mucho de qué hablar... Vuelva mañana.

No fue Carlos directamente al pueblo, sino a su casa. Abandonó el caballejo y el carricoche bajo la lluvia incipiente y subió de tres en tres las escaleras, corrió a la torre y repasó los papeles del armario. Haló, efectivamente, la copia de la escritura a que el prior se había referido, acompañada de un paquete de cartas que leyó ávidamente. Estaban escritas en francés, unas, y en español, otras, y enviadas desde Santiago, desde París y desde Roma. Las firmaba un clérigo francés, de nombre Hugo, y se referían todas a la restauración de una Orden extinguida cuando la desamortización -una Orden española fundada en el siglo XV y que nunca había traspasado las fronteras del reino de Castilla-. Las más antiguas se referían al encuentro, en Santiago, entre el padre Hugo y don Fernando Deza, y a las conversaciones habidas entre los dos. El abate Hugo buscaba un monasterio abandonado para repetir la hazaña de Dom Guèranger en Solesmes, pero de otra manera; no vinculándose a la disciplina de una institución ya existente, sino con la libertad de una fundación nueva. No pretendía, sin embargo, crear una Orden ni lo creía necesario: le bastaba con restaurar una Orden extinguida, una Orden con tradición intelectual, cuya regla le permitiese hacer del monasterio un centro de espiritualidad moderna. Buscaba, al mismo tiempo, que el monasterio se hallase emplazado cerca de algún santuario donde se mantuviese viva la piedad popular: por eso había venido a Compostela, y por eso había elegido el monasterio de San Andrés, a cuya capilla, bati-da de las olas, acudían peregrinos desde los primeros siglos del Cristianismo. «Lo que yo quiero -escribía- no puede fundarse sobre la arena: necesita alimentarse de la religiosidad viva del pueblo, por cor-

rompida que esté. Nosotros la purificaremos, pero ella nos mantendrá a nosotros dentro de la realidad, nos impedirá convertirnos en intelectuales solitarios ajenos a este mundo.»

En las cartas escritas desde Roma contaba al detalle sus gestiones: las contaba sin desesperación, con alegría y sentido del humor. Su pluma describía a las personas con las que tenía que tratar y a las que necesitaba convencer; las describía con caridad alegre y enorme penetración. Una vez decía: «Si tuviera que tratar con ángeles, esto carecería de valor. Son hombres los que discuten conmigo, los que a veces se ríen de mí, los que levantan dificultades como montañas. Son rutinarios y débiles en su fe. Su mayor argumento es: “Pero ¿para qué?”. Y cuando se lo explico, no lo entienden». Así un año, dos, tres, sin desfallecer. Por fin, decía en la última carta: «Lo he conseguido. Jamás condiciones más duras se le habrán brindado a nadie. Me dan cinco años de plazo para crear una comunidad de veinte frailes, y en el momento en que baje de ese número habrá que disolverse. Espero que cinco años sean suficientes. Ahora me voy a Francia, donde tengo que vender mis bienes. Hay dos o tres sacerdotes que me acompañarán. Pronto estaremos cerca de usted...»’.

Eran unas cartas atractivas, apasionantes. Se traslucía en ellas una enorme, recia personalidad. Con ellas en la mano, vagando la mirada sobre los montes y la ría, recordó Carlos a Rancé, abad de la Tapa. El abate Hugo, luego prior de San Andrés, tenía que haber sido un hombre así: un hombre de mundo traspasado por la fe. Todo lo contrario que el padre Fulgencio.

Esperaba a Carlos una carta de Cayetano en que le pedía, puesto que no podían verse en casa de doña Mariana, que acudiese al casino para tratar de algo que importaba a los dos. Dio la carta a doña Mariana. Ella la leyó por encima y se la devolvió.

-No puedo imaginar qué te quiere, pero ve allá. No vaya a pensar que le tienes miedo.

La entrada de Carlos en el casino, inesperada, suspendió las partidas de tresillo, acalló el ruido de los jugadores de chamelo y arrancó del sillón en que casi dormitaba a don Baldomero Piñeiro. Se levantó, corrió hacia Carlos y le saludó de manera ostensible, como para que a los demás no cupiesen dudas acerca de su amistad. Luego le presentó a los jugadores.

Cayetano llegó en seguida y se apartó con él a un rincón, cerca de la radiogramola, en que sonaba un tango.

-¿Cuánto pides por la casa y las tierras que el *Galán* te lleva en arriendo? Me refiero a la Granja de Freame.

Al principio, Carlos no caía en la cuenta.

-No te hagas el desentendido. El *Galán* es el padre de Rosario, mi querida.

-¡Ah!

-Quiero comprarte la finca.

-No se me había ocurrido venderla.

-Eso no importa. Te ofrezco por ella cinco mil duros. Bien vendida, no creo que valga arriba de sesenta mil reales. No encontrarás a nadie que te dé un cuarto más. Te advierto que haces un negocio redondo. Te pagan de renta catorce duros anuales. Los cinco mil duros, puestos en el Banco al tres por ciento, te dan diez veces más.

Carlos se encogió de hombros.

-Ni las setenta pesetas que me dan ahora, ni las setecientas que pudieran darme, me sacarán de pobre.

-Eso no es una razón ni una respuesta.

-Quiero decir que no me interesa vender nada.

-¿Y un cambio? Tenemos algunas fincas colindantes. Puedes redondear un predio.

-Tampoco.

Cayetano no respondió. Sacó tabaco, lió un pitillo, sin ofrecer, y lo encendió.

-Tengo mis motivos para querer esa finca. Supongo que se te alcanzarán.

-No.

-Están bien claros. Rosario vive en ella, y tú eres el propietario.

-Rosario vive en ella desde que nació, y no se te ha ocurrido hasta ahora comprarla.

-Supón que quiero regalársela.

-Por lo que me has dicho, habrá otras mejores por el mismo dinero.

-Yo quiero ésa.

Carlos, con la misma lentitud, y en silencio, sacó de su tabaco, lió y encendió.

-No venderé nada que haya sido de mis padres.

-¡Eso es una estupidez! Tendrás que hacerlo si no quieres morir de hambre. Sabes de sobra que tus rentas no te darán para vivir.

-¿Has echado la cuenta?

Al céntimo. Pagadas las contribuciones, te quedan libres unos sesenta duros al mes.

-Me propongo, justamente, vivir con ese dinero. Llamémoslo... una experiencia.

-¿De miseria?

-De libertad.

-No lo entiendo.

-Si acomodo mi vida a esos ingresos, puedo hacer lo que me dé la gana,

o no hacer nada.

-¿Y llamas a eso libertad?

-Lo es.

Cayetano bajó la cabeza, como si meditase.

-También tú eres un anarquista. Las gentes como tú están de más en el mundo. Pronto no quedarán ya ni como mal ejemplo.

-¿Y las que son como tú?

Cayetano le miró con furia orgullosa.

-Yo me levanto cada mañana a las siete, y a las ocho estoy en mi puesto. Hago funcionar mi empresa y doy de comer a varios cientos de familias. Después de ocho horas de trabajo soy libre, pero he conquistado mi libertad.

Carlos se encogió de hombros.

-No me interesa conquistar nada. Me basta con mantener lo que tengo.

-¿Tus propiedades?

-Hablabamos de la libertad.

-¿Es por eso por lo que el otro día rechazaste mi ofrecimiento?

-No. Entonces no sabía aún a qué atenerme sobre lo que iba a hacer. Ahora ya lo sé. Si repitieras la oferta, la rechazaría otra vez, porque, aceptándola, dejaría de ser libre.

-Según tú, los mendigos son libres.

-Indiscutiblemente.

-No os entiendo. Pero me alegro de que ya no mandéis en el mundo. Las gentes como yo haremos más felices a los hombres.

Sacudió la mano como para alejar ideas inoportunas.

-Pero no te he traído aquí para teorizar, sino para pedirte un favor. Creí que te agradaría hacérmelo, incluso que te complacería. Has podido comprobar mi buena disposición hacia ti. Y debo advertirte que no suelo pedir favores, pero que cualquiera de éstos saltaría de alegría si yo, yo, le pidiese algo.

Se levantó.

-Creo que te pesará.

-Escucha un momento.

Carlos se levantó también.

-Quiero que sepas que no deseo verme mezclado en vuestros líos. O, si prefieres que te lo diga de otra manera, no estoy dispuesto a que me consideres como uno de éstos, algo así como súbdito tuyo, ni tampoco como enemigo. Deseo permanecer al margen; ya lo sabes. Acabo de hablarte de mi libertad.

Cayetano rió.

-Eso no puede ser. Aquí no hay nadie libre; aquí no hay más que amigos o enemigos. Y el que quiere estar conmigo..., ya sabe.

-Tiene que obedecerte, ¿no?

-Llámallo como quieras. Pero el que no me obedece es mi enemigo.

-Bien. Habrás visto que no te obedezco.

-Quiero pensar que no te has dado cuenta de la realidad, o que te engaña tu amistad con doña Mariana. Quizá cambies de manera de ver las cosas. Salvo si te vas del pueblo, naturalmente.

-Me quedo porque me apetece.

-Estás un poco en Babia, Carlos.

Se sentó en el brazo del sillón, sonriente.

-He oído decir que todos los sabios están un poco en Babia. ¿No te has dado cuenta de que, si quiero, puedo hacerte la vida imposible? Sin ir más allá: ayer he comprado unas tierras que lindan con tu pazo. Esta mañana fui a verlas; tus árboles les dan sombra y no dejan crecer la mies. Te llevaré al juzgado y te haré cortar los árboles.

-No lo harás.

-¿Vas a impedírmelo por la fuerza?

-No pienso. Pero vendré al casino todas las tardes, después de comer, y explicaré a tus súbditos, con todo lujo de detalles, con todos los términos técnicos que hagan falta, que eres un pobre enfermo, un neurótico aquejado del complejo de Edipo.

-¿Qué?

-¿No sabes lo que es? Está muy de moda. Cualquier médico de La Coruña podrá explicártelo. Posiblemente tus súbditos, después de saberlo, no te obedezcan como ahora, y hasta es probable que te compadezcan.

Cayetano, de un movimiento rápido, le agarró por la muñeca; y los jugadores del tresillo, y los del chamelo, que observaban, dejaron de jugar, se incorporaron y se hizo el silencio.

-Vas a decirme ahora mismo qué es eso.

-No.

Los jugadores se habían levantado; don Baldomero, más arriesgado, avanzó unos pasos y se metió entre los dos.

-¿Sucede algo? -preguntó.

Cayetano soltó rápidamente a Carlos

-¡Métase donde le llamen, coño! ¿Quién le da vela...?

-No pasa nada, don Baldomero.

Carlos miró tranquilamente a los tresillistas y a los chamelistas.

-No pasa nada, señores. No puede pasar nada. Unas tierras que no quiero vender.

Dijo «Buenas tardes», y salió. Se esperaba, quizá, de Cayetano que saltase sobre él y le aporrease las costillas, o que, vuelto a los testigos, les arrojase una tras otra las sillas del salón hasta aplastar su conato de independencia. Durante unos segundos, los tresillistas, los chamelistas, los mirones y don Baldomero se estremecieron de pavor ante lo

inevitable, y al mismo tiempo se alegraron de que el choque se hubiese producido. Pero Cayetano se limitó a volverse. Fue hacia el bar.

-Coñac, chico.

Apoyada la espalda en el mostrador, bebió la copa en silencio, mirando a los jugadores; después sacó del bolsillo una tagarnina, la mordió en un extremo, la encendió con fría parsimonia, y les miraba: la mirada pareció obligarles. Permanecían levantados, y fueron sentándose uno a uno, y sin chistar, los tresillistas, los chamelistas, los mirones, don Baldomero. Se sentaban y dejaban de mirar a Cayetano. Don Lino barajó.

-Corte.

Dio cartas.

Juego.

-Más.

-Usted.

En la mesa del chamelo renacía el estrépito de las fichas al chocar contra el mármol sucio.

-El as.

-Me doblo.

Les temblaba la voz.

Cayetano arrojó la tagarnina que acababa de encender y salió. Sólo cuando se oyó el ruido de la puerta al cerrarse con estrépito, don Baldomero se atrevió a hablar:

-Bien mirado, señores, somos un hatajo de cabrones, ¿no les parece?

Carlos contó el suceso a doña Mariana, y cuando llegó a lo del complejo de Edipo hubo de explicarle, muy por encima, su consistencia. A doña Mariana le hizo gracia.

-¿Y tú crees en eso?

-Ni creo ni dejo de creer. Según mis maestros, es algo que está en el alma de todos. En el caso de Cayetano, lo cierto es que siente por su madre un amor morboso. Le hubiese gustado que fuese la mujer más respetada del pueblo, la más importante, quizá también la más buena; pero existe usted.

-¿Vas a decirme que tengo la culpa?

-Por lo menos, es usted la causa. Si usted no existiese, o si, por lo menos, el padre de Cayetano no hubiera sentido por usted ese amor que todo el mundo conoce, Cayetano habría amado a su madre de una manera natural, con más o menos pasión, pero sin que la sombra de la honestidad ajena manchase la idea que tiene de su madre. Acaso se hubiese ya casado. Pero él no acepta, ni siquiera como posibilidad, que otra mujer pueda ser virtuosa o respetable, ni aun su propia mujer. Es un

hombre que, en vida de su madre, sólo se casará a condición de que su mujer se le entregue antes del matrimonio, de que vaya al matrimonio embarazada, de modo que tenga que entrar en su casa con la vista baja y como de favor. Esto, al menos, me parece.

-¿Y piensas que tu amenaza servirá de algo?

Carlos se encogió de hombros.

-No lo sé. Se me ocurrió como defensa en un momento en que la disputa podía acabar a golpes. Cayetano es más fuerte que yo, y yo no quería ser apaleado delante de aquella gente. Así, al menos, he traído las cosas a mi terreno.

-Aquí podría empezar la derrota de Cayetano y el fin de su imperio.

Eso mismo pensaba mucha gente en el pueblo, después de que los testigos fueron interrogados y exprimidos, y cada uno explicó a su manera el incidente. Los hogares más románticos se conmovieron con vagas esperanzas de libertad. En otros, más realistas, se pensó que Carlos no era rico, y que, por tanto, no podía ser poderoso, pues el poder que pudiera salir de la Ciencia no se les alcanzaba. Algunas mujeres lo sintieron de veras, porque Cayetano era más guapo que Carlos, y otras dieron por sentado que en lo sucesivo sería Carlos el seductor, aunque no barruntaban qué compensación podría dar a las seducidas. Doña Lucía pasó la noche en vela, y cuando, al fin, se durmió, soñó que el Tentador, tan parecido de cara a Cayetano, peleaba con un ángel de rostro feo, como el de Carlos, y que el ángel vencía y tomaba honesta posesión de su alma, y el ser entero de Lucía se inundaba de dicha.

Pero, de momento, no sucedió nada más. Se supo que Cayetano, la tarde misma del incidente, había ido en coche a Compostela; y que, de regreso, había llevado el coche personalmente, a velocidad rabiosa, por las carreteras frías y lunadas, y que se había metido en su cuarto sin hablar a nadie. Al día siguiente apareció en el astillero a la hora acostumbrada, algo ceñudo, pero nada más. Si su poder había sido derrotado, los indicios no aparecían por ninguna parte.

Carlos, muy de mañana, cogió el carricoche y fue al monasterio. Se cruzó por el camino con el grupo de devotas; pretendía pasar de largo, pero Lucía se empeñó en detenerle y en comentar el suceso del casino. Y aunque Carlos insistió en quitarle importancia, ella lo exaltaba como verdadera heroicidad y casi abraza a Carlos por su gallardía. Un poco en segundo término, Inés, silenciosa, les escuchaba.

-No veo a Juan hace días -le dijo Carlos-. ¿Quieres decirle que me busque?

-Ha estado en cama con catarro.

-En ese caso, mañana o pasado me llegaré a vuestra casa, y así, de paso, visitaré a tu madre.

Le esperaban, ya dispuestos, fray Eugenio y fray Ossorio. El pintor

llevaba consigo un cartapacio grande. Dieron un rodeo para no atravesar el pueblo por las calles bajas, a aquellas horas llenas de gente, y llegaron a la iglesia cuando ya las misas habían concluido. No había nadie en ella, sino el monago en la sacristía, que les abrió la puerta.

Fray Ossorio recorrió las naves, lo miró todo. Carlos y fray Eugenio esperaban en el crucero.

-Aquí hay dos cosas que hacer -dijo el monje joven-. Una, es de albañiles: derribar esa parte agrietada y reconstruirla sin cambiar de sitio una sola piedra. Es posible que también sea necesario reforzar las otras paredes: ellos lo sabrán. En cuanto a restaurar la pureza litúrgica y artística, lo primero que hace falta es suprimir todos los altares, absolutamente todos, que son puros pegotes, y librar las paredes de la cal, dejando al aire la piedra. Luego, en el presbiterio, pondremos un altar exento...

Se dirigió a fray Eugenio:

-¿Quiere usted hacer el dibujo, padre?

Pero fray Eugenio se había anticipado, y con mano rápida trazaba líneas, creaba sombras y volúmenes. Le dejaron con su menester. Fray Ossorio explicó a Carlos cómo debía ser el altar de una iglesia románica.

-Una simple mesa de piedra sobre cuatro columnitas, y el mantel blanco, sin retablo, ni floreros, ni requilorios de ninguna clase.

-¿Así? -preguntó fray Eugenio.

Les mostró el dibujo. Fray Ossorio se limitó a asentir, pero Carlos lo contempló con sorpresa. Las líneas de la iglesia eran las mismas, pero el conjunto ganaba en pureza, profundidad y misterio. Había, sin embargo, una novedad, a la que fray Ossorio no se había referido: las paredes del ábside aparecían cubiertas de pinturas: una figura de Cristo, una Virgen, ángeles y símbolos. El Cristo ocupaba la parte superior en toda su anchura, y los brazos parecían extenderse para abrazar. En su conjunto, el dibujo era algo más que un esquema o un anteproyecto. Valía por sí solo, y valía mucho. No parecía trazado por la mano que pintaba ciertas Vírgenes y ciertos Santos.

Fray Eugenio, sin esperar comentarios, se había vuelto de espaldas, y desde el presbiterio dibujaba lo largo de la nave; y después fue al fondo y siguió dibujando. Volvió con tres ó cuatro dibujos más, todos de la misma calidad, en los que Santa María de la Plata aparecía transfigurada.

-Lléveselos a doña Mariana. Así podrá hacerse una idea.

Les devolvió al monasterio y quedó en volver otro día, en cuanto desempaquetase los libros, a llevar algunos que a fray Ossorio parecían interesarle. No habían mencionado al padre Fulgencio, y Carlos refrenó sus deseos de preguntarles por el padre Hugo. Temía que sus preguntas pudieran lastimarles.

-Si lo prefiere, iré a su casa -dijo el fraile-; no será difícil que el padre prior me dé permiso.

-Mi casa está todavía inhabitable.

-Nunca peor que nuestro monasterio -intervino fray Eugenio-. Pero, personalmente, prefiero que venga usted por aquí. Con un poco de suerte, podremos charlar libremente. Le enseñaré algunas cosas.

«Sus dibujos secretos», pensó Carlos. Era indudable que los que llevaba para enseñar a doña Mariana querían decir: «No se deje usted engañar por lo que ha visto. Soy un artista, y ahí tiene la prueba».

Doña Mariana los contempló con gusto.

-Quedará muy bonita la iglesia; pero de esas pinturas no habíamos hablado.

-Tampoco fray Eugenio habló; se limitó a trazarlas.

-Quizá quiera pintarlas él.

-¿Qué sabe usted de fray Eugenio? -preguntó Carlos de sopetón.

-Casi nada. Estuvo algunos años fuera de Pueblanueva, y regresó al empezar la guerra europea. Se dijo entonces que venía de París. Habían muerto todos los de su familia, y él vivió solo en su casa durante unos meses; hacía una vida rara: salía a pintar, pasaba días en el campo o en el monte, volvía sucio y barbudo y se encerraba luego, sin relacionarse con nadie. Una vez quiso pintar a una moza desnuda, y se armó un escándalo. Yo no le hablé nunca, porque su familia y yo estábamos peleados, y él pareció ignorarme; pero me preocupaban sus andanzas. Empezó a vender las tierras que le quedaban, y unos predios que tenía cerca del monasterio se los compró el prior, no éste, el anterior, que era un hombre de otra clase, un caballero. Se hicieron amigos. Eugenio lo vendió, por fin, todo, y se fue al monasterio. Vivió allí una temporada, como huésped; de pronto se metió fraile, y dejé de verle durante unos años. Por fin, supe que había cantado misa. Un día vino a visitarme el prior; me pidió que influyese para que fray Eugenio predicase todos los domingos en la misa mayor. Hablé al cura, y así se hizo, pero fray Eugenio no me dirigió jamás la palabra, como si me tuviera miedo.

-¿Sabe usted que fue amigo, en París, de Gonzalo Sarmiento?

-No. No lo sabía.

-El único retrato que conserva Gonzalo de su mujer fue pintado por fray Eugenio.

-¿Supones algo?

-No. Nada. He visto el retrato, en París, y por eso me sorprendieron los cuadros que ahora pinta.

-No sabía que siguiese pintando. Cuando ayer me lo dijiste, me chocó. Quizá sea cosa de este prior, que es muy interesado. Creí que le habían destinado exclusivamente a la predicación. Más aún: algunas veces me pareció que predica sólo para convertirme. He tenido la impresión de que

sus palabras se dirigían a mí, y de que sólo yo le entendía de cuantos estaban en la iglesia.

Vino en esto el chico del casino con el recado de que algunos señores rogaban a don Carlos que fuese a tomar café con ellos. Preguntó quiénes eran. El chico respondió que don Cayetano, y don Baldomero, y don Lino, y otros más.

-Iré en seguida.

Se puso el impermeable y salió. Junto al arco de la Virgen, como emboscado, esperaba don Baldomero.

-Vaya con cuidado. Se trata de una broma, pero algo hay por debajo. Me parece que va usted a jugarse su reputación. Cayetano no le perdonará jamás lo de ayer.

Carlos pidió explicaciones.

-No le digo más. Si le ven conmigo, se estropeará todo. Pero vaya con cuidado.

Se escurrió, prometiendo que después le buscaría.

Carlos entró en el casino. Había diez o doce caballeros de varia catadura, incluidos los indianos de la localidad que Carlos nunca había visto juntos. Formaban círculo con las sillas, y, en el centro, también sentado, con la pajilla y el bastón sobre los muslos y una copa en la mano -baja la cabeza, como abrumado-, estaba Paquito el *Relojero*. Cayetano se adelantó, sonriente.

-Hombre, te agradezco que hayas venido. Ya conoces a Paquito, ¿verdad?

Todos se habían levantado, menos el loco. Miraba de refilón, inquietos sus ojillos bizcos.

-A los demás también los conoces.

Dos o tres le eran desconocidos. Fue presentado como el doctor Carlos Deza, y le sentaron luego entre don Lino y Cayetano.

-¡Trae café a don Carlos y lo que quiera de beber!

Le pusieron al lado una mesilla frágil con el servicio. Paquito no dejaba de mirarle.

-Le tienes miedo, ¿eh?

Cayetano se volvió hacia Carlos:

-Tiene miedo de que le cures.

-¡Es que tengo derecho a ser loco! -gritó Paquito, descompuesto-. ¿No es así, caballero?

Don Lino terció, solemne:

-No conseguimos hacerle comprender que la sociedad está obligada a curarle.

-Paquito -continuó Cayetano, sin hacer caso a don Linoes un gran mecánico. ¿Verdad que lo eres?

-¡Ya lo creo!

-Enseña el pájaro a don Carlos.

Con una sonrisa de felicidad, Paquito hurgó en un bolsillo y sacó una cajita envuelta en papel de seda. Se levantó corriendo y la mostró a Carlos.

-¡Mire, mire! Desenvuélvala con cuidado...

Pero no se la entregó, sino que él mismo quitó el papel, y antes de enseñarla se volvió y dio cuerda al mecanismo.

-¡Véala! ¡La hice yo!

Un pajarillo de plumas metálicas se había levantado del interior de la caja, aleteaba y se movía al compás de una musiquilla tenue.

-¡La hice yo! -repitió Paquito con orgullo.

-Si se cura, le daré empleo en el astillero.

-¡Eso no! ¡No quiero curarme! ¡Tengo derecho a ser loco!

-¡La sociedad lo exige, Paco!

-¡Un cuerno para la sociedad!

-¡Te daré cinco duros diarios de sueldo!

-¡No los quiero!

-Lo que tú quieres es vivir de parásito.

-Tengo derecho.

Guardó la caja, medroso. Volvió a la silla.

-Con permiso.

Se sentó.

-Don Carlos -dijo don Lino-, se trata de saber si es tonto o loco.

-¡Soy loco! ¿No te fastidia el cornudo?

-¡Te voy a romper la crisma!

-¡Rómpala, pero no mienta!

Cayetano puso paz:

-La cosa está mal planteada. Se trata de saber si se puede curar o no.

Paquito esperaba alerta la respuesta.

-No lo sé-dijo Carlos.

-Paquito estuvo seis meses en el manicomio, hace algunos años. Hubo que traerlo porque se moría, pero el médico dijo que se le podía curar.

-Yo no me atrevo a decirlo sin haberle observado antes.

-Ahí lo tiene. .

-Observarle quiere decir verle y oírle cada día, estudiar su conducta, someterle a ciertas pruebas. Sólo así puede darse un diagnóstico serio.

-Estoy dispuesto a pagar lo que cueste todo eso.

-¿No dices que se moría en el manicomio?

-Por eso pretendo que le cures fuera de él.

-¿Aquí, en el casino?

Rieron algunos.

-¡No estaría mal! Sería cosa de pasarse aquí el día.

Carlos se acercó a Paquito, le arrebató la copa, la olió y la arrojó a un rincón.

-Lo primero, nada de beber. Después...

Se detuvo un instante. Le escuchaban con atención maliciosa. -... después es necesario que todos ustedes se olviden de que Paquito es loco y le traten como a una persona normal. Ustedes y todo el pueblo. Si me dan su palabra, si me garantizan que nadie se acordará de que este hombre está ligeramente perturbado, yo, a mi vez, me comprometo a dar un diagnóstico y a intentar curarle.

-¡No, don Carlos, no! -gritó, implorante, Paquito.

Se puso en pie, se encasquetó el sombrero y señaló con el bastón a todos los presentes.

-¿A que no son capaces de prometer lo que usted pide?

-Ellos dirán.

Paquito se quitó de nuevo el sombrero, lo apretó contra el pecho y recorrió el círculo expectante.

-¿Qué vais a hacer sin mí? ¿A quién vais a pegar cuando tenéis ganas de pegar? Y a usted, Cayetano, ¿quién le va a llevar los recados a sus queridas? ¿Y quién va a componeros los relojes por dos cuartos? ¿Y quién os dirá los discursos de Azaña de memoria? ¡Los niños no tendrán a quién apedrear cuando estoy borracho! ¡Y cuando alguien rompa un vidrio, no habrá a quién echar la culpa! ¡Por favor, caballero, soy un loco necesario! ¡Que no me curen!

Lloraba con un llanto agudo que parecía risa.

-¡Don Carlos, usted es un hombre de corazón!... ¡Diga que no puede curarme!

Se replegó a la pared. Cerró los ojos.

-Si quieren curarme, tomaré el arsénico.

Quedó quieto, envarado, inmóvil. De pronto abrió los brazos y los ojos. Adelantó un paso hacia Carlos.

-Escuche el último discurso del diputado Azaña en las Cortes de la República: «Señores diputados...»

Recitó de carrerilla, con voz metálica, sin cambiar de postura. Sólo movía el brazo derecho, cogido el bastón por su mitad -contra el aire, contra el pecho, marcando el ritmo del discurso-. El muchacho del bar rió desde su rincón, y los otros también rieron. Voló un cojín, seguido de otros: golpeaban el rostro de Paquito y caían a sus pies. Él los apartaba y seguía recitando.

-¡Viva la República, Paquito!

-¡Mierda!

-¡Viva-la revolución social!

-¡Soy un loco de derechas! ¡Viva el Rey!

-¡Paquito, viva Gil Robles!

-¡Paquito, que viene la primavera!

Se le encogió el rostro de dolor, como si le hubieran clavado algo. Todos gritaron a coro:

-¡La primavera, Paquito, la primavera!

-¡Me cago en la madre que os parió a todos!

Un cojín, lanzado con fuerza, le golpeó la cabeza contra la pared. Otro derribó la pajilla. Paquito se agachó, la recogió y salió corriendo hacia la puerta. Cayeron sobre su espalda los últimos cojines.

-Comprenderás que la vida de pueblo es aburrida, y que locos de éstos los hay en todas partes. Nos divertimos a su cuenta, pero él come y bebe a la nuestra. Yo, por ejemplo, le doy cobijo en el astillero. Allí dispone de un cuchitril donde duerme y donde trabaja en

sus relojes. Lo que gana, para él.

-Reconozco -intervino el maestro- que la institución de los bufones está periclitada, como diría Ortega; pero en este pueblo sobreviven muchas otras que han desaparecido ya del mundo.

-En cualquier caso, te estamos agradecidos por tu intervención. Se ve que en seguida comprendiste de qué se trataba.

-Naturalmente, todo fue pura broma. Ya sabemos que es incurable.

-¿Por qué le irritó especialmente la mención de la primavera? -preguntó Carlos.

Rieron a carcajadas. Cayetano explicó:

-¿No lo sabes? Paquito tiene una loca en una aldea de Bergantiños. Cuando llega la primavera, se pone cachondo y va a ver a su loca cargado de regalos. Pasan juntos quince días, y él regresa luego, apaciguado para todo el verano.

Don Baldomero esperaba en el portal de doña Mariana. Parecía inquieto. Carlos le tranquilizó.

-¿Qué te querían en el casino? -preguntó doña Mariana.

-Desacreditarme en público. Cayetano tiene miedo de que explique a alguien su complejo de Edipo, y procura curarse en salud.

X

-He pensado -dijo Carlos- en desempaquetar los libros buscarles un acomodo en la habitación de la torre. Es el único sitio de mi casa donde se puede trabajar.

-¿En tu casa? ¿Por qué no en la mía?

-No voy a convertirme en su huésped para siempre.

-Me gustaría que lo fueses.

Carlos movió la cabeza, sonriendo.

-No está bien.

-Me había acostumbrado a tu compañía.

-Que viva en mi casa no supone abandono.

Le cogió una mano y se la acarició.

-Hay entre nosotros tantas cosas comunes, que ya no podremos prescindir el uno del otro. Si fuera posible -añadió bromeando-, acabaríamos por enamorarnos.

-Eso estaría bien, ya ves; pero, ya que no es posible, espero, a menos, que acabes por enamorarte de alguien parecido a mí.

El recuerdo de Inés Aldán pasó por la mente de Carlos.

-No se parece a usted tanto como piensa.

-¿A quién te refieres?

-A la hermana de Juan.

-Yo pensaba en mi sobrina. ¿Es que la hermana de Juan t gusta?

-Es la única persona que se parece a usted; pero no, no m gusta. La creo, sin embargo, interesante. Cualquiera día sabremo que Cayetano empieza a perseguirla.

Volvieron al tema de la torre.

-Habrá que hacer algunas obras, si quieres que aquello esté u~ poco habitable.

-¿No basta con barrer y limpiar?

-Sí; y, después, encalar la habitación, tapizar los muebles y ver el modo de calentarla.

-Hay un brasero.

-Eso no sirve de nada. Se me ocurre que puedes hacer una chimenea.

En tu casa hay seis o siete que, donde están, no te servirán de nada. Fuera de la del salón, que es muy grande, cualquiera de las otras puedes instalarla en la torre. En total, una semana de obras. Claro está que también habrá que echar una mano al dormitorio.

Doña Mariana se encargaría de avisar al maestro que tomase a su cargo el tapizado de los muebles. Carlos pidió un martillo y una trencha, y marchó a su casa en el carricoche; doña Mariana había mandado prepararle un cesto con merienda y vino, por lo del frío.

No había vuelto por su casa desde la llegada de los libros, que se amontonaban, encajados, en un pasillo. Empezó a sacarlos y buscó un sitio donde pudiera acomodarlos sin deterioro. Lo halló en la gran mesa del salón, y allí los fue dejando, en montoncitos, con los lomos para fuera, por si necesitaba alguno. Cuando terminó, mientras descansaba, pensó que el piano le sería necesario, y que haría falta traer un afinador que lo dejase en buen estado. Fue después a la torre, abrió los armarios y sacó de ellos los papeles y libros de su padre. Le dieron ganas de leer alguno de los legajos -aquel, tan atractivo, en que se contaba la vida de Mariana Quiroga-; pero decidió dejarlo para cuando estuviese instalado. Lo trasladó todo al salón, y en este trabajo estaba cuando oyó que le llamaban desde el jardín. Reconoció la voz de Aldán.

-¡Sube! Estoy aquí.

Traía puesto Aldán un abrigo largo, raído, y envolvía el cuello con una bufanda gruesa. Tosía.

-Pensaba ir mañana a verte. Ya te lo habrá dicho Inés.

-Ya no hace falta. Estoy bien. Me queda un poco de tos...

-De todos modos, un día de éstos iré a tu casa, a saludar a tu madre.

-No te apures. Con ella estás cumplido. Además, no será fácil que la encuentres: siempre anda por la huerta o por el monte.

Disimulaba con bastante torpeza el deseo de que Carlos no visitase a su madre; y Carlos, como sin darse cuenta, insistió y llegó a proponer que fueran en seguida, aquella misma tarde.

-Están los caminos muy malos.

-Tengo ahí el coche de doña Mariana.

Juan se había sentado enfrente. No le miraba: parecía interesado en las ilustraciones de unos libros alemanes, pero, la verdad, su mirada resbalaba por las páginas sin enterarse de lo que veía. Venía dispuesto a hablar con Carlos largamente; venía dispuesto a *darse a conocer*, no del todo, claro, sino parcialmente. Más que decirle cómo era, pensaba darle a entender que su personalidad aparente enmascaraba otra, y que su verdadero drama residía en la escondida. Pero la conversación no empezaba bien. Tenía que descubrirle algo que reservaba para más adelante.

-Mira, Carlos: te pido que no vayas a mi casa. Ni ahora ni nunca.

-¿Por qué?

-¿No te basta con mi ruego?

-Sí; pero pensaré que no deseas ninguna relación entre tus hermanas y yo.

Juan sonrió, con sonrisa un poco triste.

-No, no es eso. No es nada de eso. Por el contrario, estoy muy contento de que hayas conocido a Inés. ¡Ella puede decírtelo! Es por mi madre.

Se interrumpió, miró a Carlos. («¡Oh, Carlos no parecía satisfecho, Carlos esperaba una explicación!») Continuó:

-No quiero que la veas. Las razones te las dirán cualquier día, si no te las han dicho ya. Mi madre es borracha. Está borracha todo el día y no puede dejar de estarlo. Para nosotros es un espectáculo triste, pero nos hemos habituado. Los demás, los del pueblo, lo saben, pero no la ven.

-¿Quién le da el vino?

-Clara.

-Lo siento. No sabía nada de eso ni lo sospechaba. Sabía que erais pobres, pero la pobreza no significa necesariamente miseria y vicio.

(«Aquella respuesta de Carlos, bien manejada, podía servir para que la conversación derivase hacia la materia apetecida. Por lo pronto, llevaba previsto algo sobre la miseria.»)

-Te equivocas. La pobreza es algo de lo que hay que huir. Trae consigo la miseria moral, si el pobre no es, a la vez, heroico. Mi madre se emborracha porque no puede hacer otra cosa, y Clara acepta la miseria y se encenaga en ella. Sólo Inés, que es un alma delicada, la resiste, pero acabará huyendo. El otro día me dijo que piensa meterse a monja.

-¿Te desagrada?

-El monjío, en sí, me parece una bobada, pero comprendo que, en el caso de Inés, es la única salida. Yo preferiría que se casase...

Hizo una pausa. Carlos se había agachado a recoger unos libros.

-Inés tiene una moral recia -continuó Juan-. Es noble y fuerte. Clara, en cambio, sólo espera a que Cayetano le diga cuatro cosas para irse con él.

-¿Por qué estableces entre tus hermanas esa diferencia tan cruel?

-Nos la han dado hecha. Inés y yo somos hijos adulterinos.

Le salió sin pensarlo, sin medir las consecuencias y, sobre todo, antes de tiempo. («Aquella declaración debía de haberla hecho más tarde no como algo que necesita ser explicado, sino como explicación y remate de una serie de hechos descritos minuciosamente. Ahora, ya estaba... Quizá fuera posible remediarlo, si la respuesta de Carlos; como la de antes, le daba pie. Pero Carlos no le miraba ni decía palabra.») Se hizo el silencio y duró unos instantes largos, duró peligrosamente.

-¿No dices nada?

Carlos se levantó y fue hacia él. Le miraba a los ojos, y Juan no pudo reprimir el parpadeo. («No es que la mirada de Carlos fuese especial-

mente penetrante, ni que lo pareciese; ni tampoco que él se sintiera desamparado o transparente, sino más bien que su conocimiento de la profesión de Carlos le llevaba a atribuir una gran perspicacia a la mirada más vulgar.»)

-No puedo decir nada, pero te escucharé si lo deseas.

-¡Eso sí, eso es lo que deseo! Comprenderás que necesito hablar con alguien de todo esto, y no he hallado jamás a nadie con quien hacerlo.

-Sin embargo, te ruego que no seas cruel con tus hermanas. Con Clara, quiero decir...

-¡Oh, no conoces a Clara! Por causa de ella tendré que matar a Cayetano.

Era otro error. Pretendió corregirlo con un: «¡Bueno no exactamente!...» que no llegó a concluir, porque lo que debía seguirle le pareció falso y, sobre todo, inverosímil. La mirada de Carlos, que continuaba, lo desbarataba todo. Pero, al mismo tiempo, parecía prestar claridad y agudeza a la suya. Traía cuidadosamente estudiada la explicación fundamental, las razones reales por las que pensaba matar a Cayetano, la necesidad de hacerlo él, porque era su destino, y patatín y patatán; y también aquel prodigio táctico, en virtud del cual la gente pensaría que le había matado por vengar una ofensa, porque se había acostado con Clara, por... Había pasado la noche estudiando hasta las palabras, hasta las pausas, y ahora, mirado por Carlos, mirado de aquel modo profundo y un poco compasivo -eso, al menos, le parecía-, el plan perfecto, el plan meticuloso lo hallaba él mismo ilógico, ridículo, aunque fuese la verdad, aunque, efectivamente, él considerase, en el fondo de su corazón, que su destino era dar muerte a Cayetano, y que lo de Clara no fuese más que un episodio inteligentemente aprovechado.

-Supongo que en Pueblanueva hay doscientas personas que desean lo mismo. Alguno de ellos lo hará.

-Sí, claro. Pero yo...

(«Tampoco podía volver a su historia personal, a aquella tremenda historia que había empezado por desilusionarse de su padre y había acabado por no creer en Dios. “Es como una columna interior que nos sostiene. A mí me falló la base, porque mi padre era un farsante... Y, después, no podía perdonarlo, y Dios me obligaba. Tuve que prescindir también de Dios, y edificar una nueva columna apoyada en mí mismo:” Un par de años atrás, lo había escrito en verso. Era la misma idea, con palabras distintas. En verso estaba mejor, claro...»)

-Dime, ¿por qué no te vas de aquí? -le preguntó Carlos- España es grande, y América es más grande todavía. Yo podría ayudarte.

-No. Estoy prisionero de mí mismo; también de mis esperanzas. Esto tiene que acabar.

-¿Lo tuyo?

-Me refiero a la revolución.

Esta palabra, al menos, llevaba las cosas a otro plano. Juan se sintió más libre.

-¿No la deseas también, o, al menos, no la esperas?

-Soy un hombre bastante anticuado. No es que crea que el mundo marcha bien, pero no espero que marche mejor.

-Siempre creí que en el extranjero... En fin, temí que fueses comunista. Por ahí todo el mundo lo es, y yo mismo lo fui algún tiempo. Ya no lo soy.

-¿Por qué?

-Está claro. Si triunfasen los comunistas, seguiría mandando aquí Cayetano.

Carlos se echó a reír.

-Te obsesiona.

-Es mi enemigo.

-¿Lo es ya o lo será? Me refiero a eso que dices de tu hermana.

-No me has entendido bien, Carlos.

Juan había sacado un paquete de cigarrillos medio vacío, y ofreció uno a Carlos. Mientras liaban, Juan permaneció con la cabeza baja, atento al quehacer, y Carlos le miraba. Encendieron.

-No me has entendido bien, y tengo el mayor interés en que, al menos tú, no te equivoques respecto a mí. Yo no soy enemigo de Cayetano por razones personales. Tampoco puedo montar una enemistad radical sobre lo que ha de suceder, aunque sea tan fatal como será lo de Clara. Yo soy enemigo de Cayetano porque él lo es del pueblo. El pueblo es cobarde, y yo, no. El pueblo no se atreve a levantar la voz; yo la levanto en su nombre.

-El pueblo, a pesar de todo, considera a Cayetano su bienhechor. De eso estoy seguro.

-Nosotros no podemos sentir como el pueblo. Nosotros sabemos que la economía es un pretexto, y que la felicidad popular es otro pretexto, y que el verdadero propósito de Cayetano es mandar y aniquilar toda libertad. Quizá exista una clase de poder que se ejerce libremente sobre hombres libres, pero esa clase de poder no es la que le gusta a Cayetano. Lo que él quiere es reducirnos a la esclavitud; que todos marchemos como piezas de una máquina que echa a andar todas las mañanas a toque de sirena. Y eso es compatible con el comunismo, porque el comunismo es también eso. Cuando lo descubrí, dejé de ser comunista.

Hizo una pausa y miró a Carlos. («Era el momento propicio para una de las revelaciones previstas, una de las que debían quedar hechas, bien sentadas, aclaradas. Hacía falta que Carlos le escuchase seriamente, que no apareciese en su mirada ningún destello burlón.»)

-Hubo también razones de orden privado. Yo soy poeta -Carlos se sorprendió, pero no sonrió; más bien pareció agradarle la revelación. Hasta

es posible que la nueva expresión de su rostro fuese una expresión admirativa-. Soy poeta de una manera que no es compatible con el comunismo, porque el comunismo es una doctrina optimista, y mi poesía es desesperada. Parte de una experiencia dolorosa, de un desencanto radical. Cuando descubrí que no hay Dios, sentí que debía haberlo, y que no haberlo es una enorme injusticia. Mi poesía protesta contra la Gran Injusticia.

Se había embalado. Podía continuar. Carlos le escuchaba con interés. Probablemente, *aquello* no lo esperaba.

-Estoy escribiendo un poema cosmogónico en que describo la autoformación del Universo como resultado de un azar. En la segunda parte cuento el primer suicidio de un hombre cuando descubre que el Cielo está vacío, y cómo los demás hombres deciden llenar el Cielo de mentiras para salvar a la Humanidad.

Otra pausa, surgida de una súbita duda, de un temor súbito de que también aquello pudiera ser pueril, o de que pudiera parecérselo a Carlos.

-¿Te interesa esto?

-Naturalmente -Carlos se volvió hacia los montones de libros y los señaló-. Ahí hay muchos tomos de poesía. Y también de teología, y libros de arte...

-Pero... ¿no eres psiquiatra?

Carlos rió.

-Teóricamente, sí. Pero, la verdad, soy un mal médico. Desde el punto de vista de la Ciencia, he perdido el tiempo. Alguno de mis maestros desesperó de mí, porque no lograba interesarme realmente por la ciencia. Pero yo no tuve la culpa. La poesía, la teología, el arte, son materiales que estudia el psicoanálisis. A mí me interesaron por sí mismos, me siguen interesando. Sospecho que, en el fondo, se encierra en ellos más verdad que en la ciencia que los estudia, pero esto no podía decirlo, ¿sabes? La Ciencia también tiene sus compromisos.

-Entonces, ¿no eres un sabio, un gran psicoanalista? Quiero decir, un hombre que, con sólo mirar, desnuda el alma de los otros.

-Te aseguro que mis ojos no ven más que otros ojos cualesquiera -Juan abrió los suyos desmesuradamente, abrió también la boca y alzó una mano-. ¿Te decepciona?

-Sinceramente, sí.

-Es curioso...

Volviéron a mirarse: Carlos, sonriente, Juan, ya sin pizca de temor, aunque con vergüenza del temor pasado, con vergüenza de una fe puesta en miradas que eran como las suyas. Ensayó, en la respuesta, un tono de superioridad, casi de orden:

-Hacía falta que lo fueras.

-¿A ti? ¿Te hacía falta a ti?

-También a mí, pero, ante todo, al pueblo. Hay mucha gente que esperaba de ti que el sabio desbancase al rico. ¿Comprendes lo hermoso que sería? Carlos y no Cayetano. Fíjate bien...

Carlos se aproximó y le golpeó la espalda.

-Es curioso -repitió-. Tu punto de vista y el de doña Mariana son exactamente iguales. Por motivos distintos, pero coincidís. Y a mí no me interesa. Ni tampoco me va. En cuanto a ser un sabio...

Juan le interrumpió:

-¿Es necesario que la gente sepa que no lo eres, que lo vayas pregonando?

-¿Por qué?

-Porque entre la gente cuento a Cayetano, y él todavía te tiene miedo. Ya sé que te ofreció un empleo, y que tú no lo aceptaste. Eso estuvo bien, y la gente lo comentó. Pero si Cayetano supiese... En fin, que se crecería, que sería mucho más tirano.

-Quieres decirme que tengo la obligación de llevar adelante una farsa por razones de política local.

-Una farsa, no. Callarte, nada más. ¿Qué te importa que te tengan por lo que no eres?

Tendió la mano a Carlos.

-Hazlo.

Estaba todo dicho. Carlos vaciló, luego rió, se encogió de hombros y le apretó la mano.

-Tengo ahí algo que comer. Espera.

Cuando volvió con el paquete de la merienda, todavía le preguntó Juan:

-¿Por qué has venido aquí? ¿Porque has fracasado?

-No.

-¿Entonces?

-Algo me ha fallado, y algo he descubierto. En todo caso, porque fuera de aquí no tengo nada que hacer. Y aquí viviré muy bien. Estoy arreglando la casa.

-¿Quieres que vengan una tarde mis hermanas a ayudarte? Así verás -bajó la vista- que me parece bien que las conozcas y seas su amigo.

Merendaron. Juan, con voz tranquila y remotamente superior, explicó las ventajas del anarcosindicalismo sobre cualquier clase de marxismo no sólo en orden a la justicia social, sino a la creación de una nueva mentalidad humana. «El anarcosindicalismo hará felices a los hombres, a pesar del desencanto de Dios, y quizá por eso.» Luego marchó. Carlos le despidió a la puerta del jardín.

En la taberna del *Cubano*, Juan contó que había pasado la tarde en casa del doctor Deza; que le había ayudado a arreglar los libros; que le

había escuchado. «Nada más que mirarle a uno -dijo-, y ya sabe lo que sucede en el alma.» Carmiña le respondió que, cierta vez, ella había visto un hombre así, en la feria; pero no miraba a los ojos, sino que preguntaba desde lejos a una mujer con ellos vendados. «Pero me pareció un desgraciado», añadió la moza.

Fue a su casa a cenar. Estuvo silencioso. Al retirarse, advirtió a sus hermanas que Carlos Deza no se marchaba del pueblo tan pronto como había pensado.

-Allí hace falta una mujer para arreglar las cosas, y le he dicho que vosotras podríais hacerlo en un par de tardes.

En casa de doña Mariana., sentado en la cocina y de charla con las criadas, esperaba el padre de Rosario: ojillos vivos y azules, sonrisa cazurra, expresión tarda y revuelta, que nada decía sin toda clase de cautelas. Venía a comunicarle que, al término del mes, dejaría la finca libre, y Carlos le respondió que estaba bien, y que si podía servirle en algo más. El *Galán* le respondió que no, pero que sí. Acabó, por fin, proponiendo que no alquilase la casa hasta la recolección de la próxima cosecha, porque, al fin y al cabo, él la había plantado con su dinero y con su trabajo, y parecía justo que la recogiese. Carlos no sabía qué hacer. Le respondió que ya tomaría una decisión, y que pasaría a comunicársela; pero, a esto, el *Galán* opuso una serie de dificultades, por las que se traslucía su deseo de que Carlos no volviera a la casa ni hablase con nadie de ella, salvo con el propio *Galán*, que bien podía volver, el día que el señor dijera, a recoger la respuesta. Con esto marchó.

-Celos de Cayetano -dijo doña Mariana-. ¿Qué tratos te traes con la Rosario?

-Le he hablado aquí, cuando vino a traer el regalo, y en su casa, cuando le devolví la visita. No he vuelto a verla.

-Algo diría ella que puso a Cayetano en ascuas, o con algún cuento le fueron.

Carlos no fue al monasterio, como había pensado, a llevar los libros deseados por fray Ossorio, sino a su casa, con el pretexto de orientar sobre el terreno al maestro de obras, que aquel mismo día, por diligencia de doña Mariana, las empezaba. Mandó recado de que le esperase. Salió en el carricoche con tiempo sobrado, pasó por la plaza y fue luego por el camino por donde Rosario tenía que pasar a la hora de llevar las comidas al astillero. Fingió un accidente en el coche, detuvo al caballejo y empezó a hurgar en los ejes, como si algo se hubiera roto. Las gentes que pasaban decían «Buenos días» y continuaban de largo. Vio venir a Rosario, ya tarde, y muy apurada. Al verle, ella apretó el paso y saludó, casi sin mirarle.

-Rosario.

Ella se detuvo, como frenada, y la cesta que llevaba en la cabeza se

tambaleó.

-Dígame, señor -respondió sin volverse.

-¿Qué te sucede?

-Nada, señor.

-¿Por qué te vas de mi casa?

Se apartó del coche y fue hacia ella. La miró de frente, y Rosario bajó los ojos.

-¿Te lo mandan?

-Sí, señor.

-¿Hubieras preferido que se la vendiera?

Rosario sostuvo la cesta con una mano, y miró a Carlos con mirada firme.

-No lo haga, señor.

-Puedo hacerlo por ti.

-No me haría un bien. ¿No comprende que Cayetano me dejará cualquier día, y que quedaría atada a él para siempre? Es mejor así: vamos para otra casa arrendada.

-Lo siento. No creí...

-El señor no tiene por qué preocuparse. Pero no haga caso de mi padre. Ellos tienen mucha culpa. Por los jornales que ganan en el astillero me dejarían ir en cueros por la calle.

Se mordió los labios y añadió:

-Una está para eso.

Apartó a Carlos suavemente y marchó sin mirarle. Había dado unos pasos y se volvió.

-Iré una de estas tardes a devolverle su regalo. Cuando sepa que está en su casa. A la de la señora no quiero volver.

Caminaba con paso seguro y armonioso. La cesta oscilaba rítmicamente sobre su cabeza, y toda ella era ritmo sosegado y profundo, que marcaba la trenza rubia al bailar sobre la espalda, golpeándola. Carlos esperó, sin dejar de mirarla, hasta que Rosario se perdió en la revuelta del camino. Luego subió al coche y fuel, sin prisa, hacia su casa. Los albañiles se habían juntado en el zaguán y hacían su yantar. El maestro de obras esperaba fuera. Subieron juntos a la torre y Carlos repitió, más o menos, las instrucciones dadas por doña Mariana.

-Con unos miles de duros, esta casa quedaba como un palacio -dijo el maestro de obras.

-Sí.

Escogió los libros para fray Ossorio y los juntó a los dibujos de fray Eugenio.

-¿Qué le digo? ¿Que está usted conforme con el proyecto?

-Claro. Si es necesario, exagera un poco y di que estoy entusiasmada; aunque la verdad, me trae sin cuidado.

-Pasaré allá la mañana.

Estaba ya cerca del monasterio cuando vio venir al prior en compañía de un lego. Llevaba el padre Fulgencio la tesa puesta y un maletín negro en la mano. El lego cargaba con una maleta de cartón.

Se detuvieron. El prior dijo que iba a coger el coche de línea para Santiago. ,

-Si quiere, puedo llevarle. No tengo prisa,

Acepto. No por mí, que puedo caminar, sino por este hermano, que tiene que hacer en el monasterio y puede volverse.

Subió al carricoche y acomodó el equipaje. El lego te besó la mano.

-¿Iba usted a ver a fray Eugenio?

-Le llevo unos dibujos que hizo de la iglesia, ya sabrá usted, y, de paso, unos libros al otro monje.

-¡Buena pareja de locos! Bien es verdad que frailes así nunca faltan, para nuestro tormento. Aunque, la verdad, yo no tengo la culpa. Son la herencia que me dejó el difunto prior, fray Hugo, que era un santo, Dios lo tenga en su gloria, pero que no vivía en la realidad. A él se debe la ocurrencia de restaurar este monasterio, ¡en este Fin del Mundo!

Dio a Carlos unas palmadas en el hombro.

-Le agradeceré que no les caliente los cascos más de lo que los tienen.

-¿Yo? ¿Por qué yo?

-Hace tiempo que le esperan, don Carlos, uno y otro: desde que se dijo que iba usted a volver. Se conoce que ya no tienen qué decirse, y le necesitan a usted como tercero en discordia. Pero usted será, supongo, una persona sensata.

Carlos sonrió.

-No tengo una gran idea de mí mismo.

-Puede ser humildad, que es lo que a ellos les falta.

-Debo decirle, sinceramente, que uno y otro me han hecho buena impresión. Fray Ossorio me parece muy inteligente, y fray Eugenio es, por lo menos, un estupendo dibujante.

Echó mano a los dibujos y se los enseñó.

-Vea.

El prior los colocó sobre las rodillas y los fue viendo con cuidado. Retuvo luego el del presbiterio.

-Ahí tiene los sueños de esa pareja. ¿Usted piensa que la gente de hoy puede rezar en una iglesia como ésa?

-Le confieso que no entiendo gran cosa.

-Mire: este fray Ossorio era un chico de por aquí, que entró en el monasterio como todos, no por vocación, sino por huir del arado. No lo digo por censurarle: más o menos, casi todos entramos en religión por

razones parecidas. Pero fray Ossorio era muy listo, y fray Eugenio se fijó en él, y convenció a fray Hugo de que le mandase a estudiar al extranjero.

Dejó junto a los otros el último dibujo.

-Usted sabe que, de vez en cuando, corren por la Iglesia vientos de reforma. La historia de las órdenes religiosas es la de otros tantos reformadores, disconformes con la realidad, que quieren realizar sus ideales. Mi antecesor, que Dios tenga en su gloria, quiso ser uno de éstos. Se propuso, aparentemente, restaurar una Orden extinguida, pero, en el fondo, aspiraba a reformar la Cristiandad entera. Le reconozco, de buena gana, todas sus virtudes. Era rico, y gastó su fortuna en reconstruir el monasterio y en sostenerlo mientras le duró el dinero. Pero, a la vista de los resultados, ¿no hay que preguntarse si valió la pena?

El caballejo trotaba pausadamente. Carlos, flojas las riendas, miraba hacia delante. Al callarse el prior, le rogó que continuase.

-Llevo veinte años en el monasterio. De ellos, dieciocho los pasé al lado de fray Hugo. Yo era cura de la parroquia de Pueblanueva y tenía por delante una gran carrera: hubiera sido muy pronto canónigo de Santiago, quizá más. Fray Hugo empezó a hacerme la rosca: necesitaba un hombre práctico, un administrador. Me hizo la rosca y me convenció, porque su palabra era seductora. Dejé la parroquia y profesé. El entusiasmo me duró poco tiempo. Me preguntaba para qué me había traído fray Hugo, si no me hacía caso. Yo administraba, pero gobernaba él y no tenía en cuenta mis consejos. Yo le decía que la pobreza no nos permitía seguir adelante; él me respondía que con oración, trabajo y esperanza se alcanzaba todo. ¿Qué podía responderle? Pero la comunidad seguía pobre y no adelantábamos en el propósito de fray Hugo. Aunque, la verdad, todavía no sé cuáles fueron sus propósitos.

Hizo una nueva pausa y preguntó a Carlos si le interesaba. Carlos respondió que sí.

-Cuando apareció por aquí fray Eugenio le convenció, como a mí, de que entrase en la Orden, e hizo de él su confidente. Entre los dos concibieron que fray Ossorio, debidamente educado, llevaría adelante la reforma, porque fray Hugo era viejo y fray Eugenio fue siempre un incapaz. Por eso enviaron a fray Ossorio a Alemania. ¡Qué disparate! Un monasterio pobre, miserable, se sacrificó durante años para que el mocito estudiase teología y comprase libros. ¿Sabe usted qué me encargó fray Hugo antes de morir? «¡Haga usted lo necesario, padre, para mantener el monasterio con más de veinte monjes! Ya sabe usted que si baja de esa cifra, la comunidad se disuelve.» Había que mantener la comunidad hasta que fray Ossorio estuviese en condiciones de transformarla por obra de su sabiduría. «¡No me toque usted a fray Ossorio!» Y fray Ossorio, cuando volvió, no traía en la cabeza más que ideas vagas, romanticis-

mos. ¿Sabe usted qué le dije? «Haga lo que quiera, padre, pero de mí no espere la menor ayuda. En cambio, el monasterio necesita de usted, porque he prometido a fray Hugo mantener la comunidad en pie, y usted también tiene que ayudar a mantenerla.»

Rió con risa breve y metálica.

-La reforma quedó en ese grupo de beatas que vienen todas las mañanas al monasterio a oír misa en la cripta: un verdadero grupo de chifladas.

-¿Chifladas? -repitió Carlos con sorpresa.

-Sí, en cierto modo. Chifladas y presumidas. Vienen aquí por separarse de las otras, de las Marías de los Sagrarios, de las Hijas de María, etc. Se creen superiores y distintas porque fray Ossorio les dice misa de cara a ellas y ellas responden en latín palabras que no entienden. Y cuando el fraile les predica, le escuchan extasiadas como si le comprendieran. Debo decirle -añadió- que me he tomado el trabajo de escuchar al padre Ossorio, y el contenido de su predicación es irreprochable. Llego incluso a concederle que el catolicismo deba ser como él lo explica, pero no por eso ellas dejan de ser unas locas.

Carlos no sabía qué responderle, y pasó un rato en silencio.

-Desconfío de todas estas novedades y purezas -continuó el prior-. Soy viejo, he visto mucho y me he llevado muchas desilusiones. Por lo pronto, el padre Ossorio no tiene licencias para confesar, y le he prohibido todo contacto con sus parroquianas que no sea desde el presbiterio. Que predique lo que quiera, que diga la misa de cara al pueblo, pero manteniendo las distancias. Tengo demasiadas preocupaciones y no quiero líos de beatas apasionadas. ¿Sabe usted a dónde voy? A conseguir que metan en un sanatorio a esos dos frailes jóvenes, que están tuberculosos. Ésa es la realidad: dos muchachos que aún no han hecho el servicio y que ya están reventados para toda la vida. Si se murieran habría que disolver la comunidad, y quizá usted no comprenda lo que eso supone. Porque los que están ordenados podrían acomodarse en cualquier parroquia o capellanía: no lo pasarían peor que aquí. Pero ¿y los otros? ¿Puedo dejar abandonados en el mundo a diez muchachos sin medios de ganarse la vida?

El coche se había metido por las calles y llegaba a la Plaza de Abajo: estaba como el día de la llegada de Carlos, bulliciosa. Mujeres de pañuelos amarillos, hombres de boina y traje de pana, iban y venían, afanados en el mercado, bajo la lluvia fina. En un rincón de la calle, cargaban la baca del autobús.

-Le agradezco mucho que me haya traído, don Carlos; y recuerde lo dicho. ¡No me caliente más los cascos a ese par de insensatos!

Avisados del lego, que contó el encuentro en la carretera y el favor de Carlos al prior, fray Eugenio y fray Ossorio le esperaban, paseantes,

delante del monasterio por la parte del pretil que daba sobre la mar, en calma ahora, y gris, sin más que una pequeña rompiente blanca sobre los acantilados. Corrieron al coche. `e les veía libres y jubilosos, y sus voces, al dar la bienvenida, parecían traspasadas de alegría. Llevaron en seguida a Carlos al taller de fray Eugenio, de donde habían desaparecido, arrinconados, todos los cuadros. Juntaron escabeles; Carlos dio tabaco a fray Eugenio -fray Ossorio no fumaba-, entregó los libros y devolvió los dibujos. Exageró, según lo convenido, la complacencia de doña Mariana.

-De las pinturas, ¿ha dicho algo? -preguntó fray Eugenio.

-Nada en particular. Se refirió al conjuntó.

-Las pinturas del ábside son fundamentales en una iglesia románica. Y no cualesquiera, sino precisamente éstas.

-¿Quiere usted decir unas pinturas románicas falsificadas?

Fray Eugenio le miró asustado.

-¿Es eso lo que parecen?

-No. Lo que usted ha pintado son esquemas demasiado simples. Un Cristo, una Virgen, unos ángeles. Pero no sé exactamente la clase de pinturas que usted pondría en una iglesia cuya pureza románica se quiere restaurar.

Fray Ossorio hojeaba los libros. Cerró el que tenía entre manos.

-¿Me deja meter baza, don Carlos?

-Naturalmente.

-Hay dos modos, a mi ver, de concebir la pureza de una restauración. Una, buscando el mayor parecido con la iglesia primitiva, que no sabemos cómo fue, en este caso cabe el *pastiche*. Otra, aprovechando la belleza de la iglesia y su disposición arquitectónica para lograr otra clase de pureza, más intemporal y, por tanto, más actual. Me refiero, claro está, a la pureza litúrgica.

-Sin embargo, por lo que sé de arte, ese Cristo y esa Virgen quieren ser bastante románicos.

Fray Ossorio sonrió.

-Quizá porque el estilo románico haya creado arquetipos que no debieron abandonarse y formas de piedad cuya vigencia debe volver.

-De la piedad no puedo hablar, porque no entiendo; pero, ¿cree usted posible que una forma de arte de otro tiempo pueda volver a la vigencia? O nada entiendo de arte, o eso no es posible más que aproximadamente. El Renacimiento quiso hacerlo y no lo consiguió.

-Digo como usted: de arte no puedo hablar, porque no entiendo. Pero el padre Eugenio quizá pueda responderle.

El padre Eugenio hizo un gesto que quería decir: «¿A qué hablar de eso ahora?». Fray Ossorio insistió:

Hágalo, padre.

Y añadió en seguida:

-Desde hace algunos años, se han hecho muchas experiencias para devolver al arte religioso su verdadera significación y su puesto en la piedad. Es posible que usted conozca algunas, pero la de fray Eugenio no la conoce nadie más que yo.

Fue a un rincón del taller y arrastró un montón de cartapacios pesados.

-Aquí está la obra de mucho tiempo. ¿Quiere usted verla?

Fray Eugenio se interpuso.

-No, no. Todavía no. Antes de verla tiene usted que saber algo. Se sentó encima de los cartapacios, quizá para proteger su secreto.

-Es una historia curiosa, el modo cómo aquí, tan lejos del mundo, se ha intentado una restauración del arte religioso.

Miró a Carlos interrogativamente. Carlos sonrió.

-Tengo verdaderos deseos de conocerla, aunque sospecho que se relacione con el otro prior.

-¿Lo sabe ya?

-He dicho que lo sospecho.

-El padre Hugo fue un hombre extraordinario -hablaba fray Ossorio-. Si le digo que fue un santo no me parece suficiente, porque hay muchas clases de santos, y él pertenecía a una clase especial, poco común.

-¿Un reformador?

Fray Ossorio le miró con sorpresa y calló. Intervino fray Eugenio.

-¿Cómo lo sabe?

-Algo de eso me dijo el padre Fulgencio esta mañana.

Los monjes se miraron.

-Era de esperar -murmuró fray Ossorio.

-No me dijo en qué consistió su reforma.

-Ni se lo dirá jamás.

Fray Ossorio miró de nuevo a fray Eugenio; era una mirada interrogante. Fray Eugenio bajó la cabeza.

-¿Por qué no le enseña sus bocetos?

-Acaban ustedes de referirse a una historia que conviene conocer previamente.

-Señor Deza -fray Ossorio se levantó y habló con voz abstracta, de matices duros-, somos religiosos y nos obliga la obediencia. Quizá lo que le dijésemos no estuviera de acuerdo con lo que el padre prior le ha dicho esta mañana.

Fray Eugenio había abierto uno de los cartapacios y empezó a sacar cartones. Fray Ossorio los fue colocando apoyados en la pared, en un lugar de buena luz. Eran apuntes, bocetos, dibujados con mano diestra, al carbón y a la sanguina; algunos, manchados de color. Parecía como si en ellos se persiguiese la perfección de un tipo -figuras de Jesús y de la

Virgen, ángeles y símbolos.

Los ojos de fray Eugenio, escondidos en la penumbra de la capilla, espían el rostro de Carlos, registraban los mínimos destellos de su mirada.

-¿Le gustan?

-Sí, pero no sé lo que usted pretendía.

-Yo tampoco.

-Eso ya me sorprende más.

-Lo entenderá fácilmente. La mano que pintaba era la mía; la inspiración, del padre Hugo. Decía, por ejemplo, que, para pintar a Cristo, necesitábamos una nueva intuición de Cristo que sólo podía obtenerse de la experiencia religiosa, de modo que me hablaba de Cristo, pretendía llenarme de Él y luego me decía: «A ver si consigue usted pintar eso que acabo de describirle». Yo lo intentaba. «No es eso, no lo es todavía.» Y seguía hablando de Cristo. Murió hablando de Cristo, pero sin haber logrado que sus intuiciones fuesen mías para siempre.

Añadió con desaliento:

-Ahora estoy vacío.

El padre Ossorio había permanecido aparte y un poco vuelto hacia la ventana. Giró rápidamente sobre sí mismo.

-¿Sabe usted que la palabra del prior permanece entre nosotros, pero encerrada? ¿Sabe usted que lo que fray Eugenio necesita, lo que necesito yo para llenarnos otra vez de Cristo, está aquí escrito, y que el padre Fulgencio nos lo oculta?

Había hablado rápidamente, con furia; fray Eugenio le miró con sorpresa, con miedo. Fray Ossorio pareció temblar. Dijo con voz tímida, arrepentida:

-¿He hecho mal en decirlo, padre?

Fray Eugenio abrió los brazos, pero no dijo nada. Se volvió a Carlos y le sonrió:

-Don Carlos Deza es de confianza y le guardará el secreto.

Fue hacia Carlos con solemnidad y le puso las manos sobre los hombros.

-Hace dos años que el padre Ossorio y yo...

Vaciló y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

-Perdóneme. Otro día, tal vez. Estamos desobedeciendo.

Al padre Ossorio le interesaba, sobre todo, la historia de las religiones, la interpretación científica de los mitos. Decía que muchas de sus conclusiones podía tenerlas en cuenta, y aceptarlas, la teología. Como fray Eugenio no entendía del tema, les dejó solos en el claustro.

Cuando se cansó de pasear, Carlos se sentó en un poyete, mirando al

jardín, que ya no lo era, sino huerto de berzas y patatas. Fray Ossorio permaneció de pie, junto a él.

-¿Por qué no plantan flores? Parece que estas piedras las piden: mirtos, rosas y algún ciprés.

-Lo exige la economía del monasterio.

-¿Y esa fuente? ¿Por qué no da agua?

Tres sirenas de piedra, enlazadas por las colas, se miraban en el estanque vacío.

Fray Ossorio sonrió y se encogió de hombros.

-El murmullo del agua quizá perturbe el trabajo. Es bueno, en cambio, para la oración -añadió con una pizca de ironía.

-Pero los pechos de las sirenas, tan eminentes, pueden alterar la paz de las conciencias.

-Eso es asunto de cada cual.

De repente, preguntó Carlos:

-¿Usted cree en la Providencia, padre?

-Claro.

-¿Y la entiende?

-No.

-¿Admite usted, sin embargo, que eso que llamamos azares puede ser aplicado sin meter a Dios por medio?

-¿A qué lo pregunta?

-Yo estoy en este pueblo, según he creído hasta hace poco, a causa de un hecho concreto, cuyas causas psicológicas podría explicarme fácilmente, quizá sólo con una sencilla introspección. Algo, sin embargo, que sucedió al mismo tiempo y que he conocido más tarde, me hace suponer que la explicación racional no vale.

-Sin embargo, hay que agotarla.

-Suponga que está hecho.

-Aun así, es peligroso buscar razones excepcionales.

-¿Por qué no dice sobrenaturales?

-No puedo hacerlo todavía.

-¿Quiere escuchar un relato? Entienda bien que no es una confesión.

-Hable.

Carlos refirió, con pormenores, los motivos de su regreso, y el conflicto espiritual en que le habían metido lá hora y las circunstancias en que su padre muriera.

-Ahora tengo la sensación de estar aquí para algo ajeno a mí, aunque no se me alcanza qué pueda ser. Me siento conducido. Mi decisión de permanecer en Pueblanueva no obedece a un acto de voluntad activa, sino a la aceptación de lo que viene dado y que mi abulia no sabe o no puede rechazar. No es el resultado de determinaciones libres, sino un quedarse porque no puede hacerse otra cosa. Sin embargo, presiento que

todo esto tiene un sentido, o acaso una finalidad. Me quedo, me dejo meter en una situación con la que no había contado y de la que muy bien pudiera evadirme, pero pienso que, si huyo, traiciono a alguien que hasta hace poco no me había importado. Tengo, además, desde hace unos días, la sensación de ser como una pantalla de cine, en la que a cada minuto entran gentes inesperadas, gentes que lógicamente nada tienen que ver conmigo y con las cuales, sin embargo, estoy relacionado, desde antes de mi llegada, por una esperanza o por un deseo; desde antes de conocerlas o de sospechar su existencia. ¡Hasta el loco del pueblo parece tener relación conmigo! Es como si, de pronto, fuese yo el nudo de muchos hombres o mujeres que me estuviesen esperando. Sin embargo, las vidas de esas gentes no parecen cambiar porque yo haya venido y las haya conocido. ¿Por qué y para qué? Me hablan de sí mismos, de hechos que ignoro y en los que no tuve arte ni parte.

-Usted, ¿qué sabe?

-Hasta ahora, nadie ha hecho más de lo que hizo usted: hablar.

-¿Le parece poco? Fray Eugenio y yo le esperábamos para eso: para hablar.

-¿Admite que me esperaban?

-Desde luego, hace mucho tiempo. Fray Eugenio decía: «¡Si viniese Carlos Deza...!>, Y un día se supo que, por fin, vendría usted.

-¿Para qué me esperaban?

Fray Ossorio no respondió. Desparramó la mirada por encima del patatal, la detuvo en la fuente.

-Dígalo, por favor.

-Hablar es una forma de liberación, usted lo sabe. Y a usted, por su profesión, le es dado entender a los hombres y a sus pasiones. Tiene nombres y explicaciones de actos que, para nosotros, no son más que pecado.

-Sin embargo, hasta ahora...

-Hasta ahora, ninguno de nosotros dos ha intentado liberarse.

Añadió en seguida, bajando la mirada:

-Hacerlo, quizá sea pecado.

Se volvió, súbitamente acongojado, hacia Carlos; le tomó fuertemente de los brazos.

-Sin embargo, también lo es callar. Estamos muy lejos de la santidad por algo que no hemos hecho ni logramos entender. Son dos años dándole vueltas un día y otro, una noche y otra noche, en soledad o juntos. Muchas veces, después de maitines, fray Eugenio y yo nos buscamos, nos escondemos y hablamos, nos preguntamos y preguntamos a Dios, le pedimos una explicación, una claridad que nos oriente. Interpretamos hechos anodinos, pedimos con angustia una señal de que nuestra conducta es la recta, o bien de lo contrario.

-Pero ¿por qué?

-Porque tampoco nosotros entendemos a la Providencia. Porque nos preguntamos el para qué de algo que nos parece contrario a Dios y que, sin embargo, Dios ha provocado. Porque, de pronto, también nosotros nos hemos visto lanzados a una situación en la que permanecemos perplejos.

Sonó la campana llamando al coro. Fray Ossorio se estremeció, y refrenó en seguida el estremecimiento.

-¿Tiene usted que irse, padre?

-No. Hoy no -y añadió-: A1 quedar usted a mi cuidado, quedo implícitamente libre del rezo en común; mientras que esté usted aquí, se entiende.

Se oían pasos rápidos por los claustros. Dos filas de monjes con capa parda sobre los hábitos salieron de una puerta y fueron, silenciosamente lentos, hacia la iglesia; el último de ellos, desemparejado, fray Eugenio. Miró al pasar y sonrió.

-Me gustaría oírles cantar -dijo Carlos.

-¿Para qué?

-Es muy hermoso el canto de ustedes.

-Era hermoso en este monasterio, en otro tiempo: era la verdadera oración de una comunidad viva. También entonces había rosas en el claustro. Ahora, no vale la pena que escuche. Le irritaría, como a mí. Véngase a mi celda. Desde allí no oiremos nada.

Le cogió del brazo, como empujándole. Carlos saltó del poyete y le siguió.

La celda de fray Ossorio daba sobre la mar: grande y desolada: una cama de hierro con una manta vieja de listas azules, un aguamanil, un estante con muchos libros y una mesa con papeles amontonados. Entre ellos, una Virgencita esbelta y blanca, casi oculta por los papeles y los libros, y una lámpara de arcilla. Carlos la cogió y la miró.

-Muy bonita.

En el asa había pintadas en blanco y rojo, sobre un relieve, unas palabras griegas.

-¿Qué quiere decir esto?

-*Phos zoe*, -Luz y Vida. «Yo soy luz del mundo. Quien me sigue, no vivirá en tinieblas, sino que tendrá Luz de Vida.»

-Pero no vendrá usted a buscarlas a este monasterio, ¿verdad? -dijo, con exasperación repentina, aparentemente injustificada, fray Ossorio. Y añadió con voz sombríamente dramática-: Sin embargo, están aquí escondidas, hurtadas.

Carlos, de pie, con la lámpara en la mano, un poco asustado por la súbita pasión, no se atrevía a mirarle.

-Siéntese, si quiere escucharme. Allí, detrás de la mesa, en mi silla.

Piense que también yo soy una de esas personas que han entrado en su vida sin que usted lo esperase. Voy a consultarle como médico. Voy a preguntarle si el prior está loco. ,

-No me lo ha parecido en absoluto. ¡Oh, todo lo contrario! Me pareció demasiado cuerdo.

-Espere hasta escucharme, pero tenga en cuenta que se halla en la obligación de decirme la verdad. Si el padre Fulgencio es un enfermo, yo puedo escribir una carta, pedir que un Visitador haga un viaje al monasterio y nos escuche. Esta comunidad puede desbaratarse cualquier día. Y tenga en cuenta que quizá dependa de su dictamen la salvación de algunos de nosotros, quizá de todos.

Se llevó al pecho los dos puños cerrados.

-La mía, por ejemplo.

-¿Piensa usted que puedo, en conciencia, por lo que usted me cuente... ?

-Pienso que bastará un barrunto para que me decida.

Carlos se acomodó en la silla. Sus manos acariciaban la superficie suave de la lámpara. Sonrió a fray Ossorio e hizo un gesto de asentimiento.

-Gracias -le respondió el monje.

Buscó, con la mirada, un asiento que no había. Vaciló. Dio unos pasos atrás y se apoyó en la pared.

-No sé quién había sido el padre Hugo en el mundo, pero sí que entró tardíamente en el monacato. Es probable que a través de grandes sufrimientos: tenía la cara llena de dolor antiguo, de dolor vencido y superado. Cuando le conocí, había hallado la paz.

Se adelantó un paso hacia Carlos.

-He oído contar a un monje viejo, ahora muerto, que, cuando vinieron a este monasterio hace unos treinta años, el padre Hugo ayudaba en los trabajos de reconstrucción. Trabajaba, con los otros monjes, de albañil, y corno no sabía hacerlo, porque era débil y torpe, acarreaba materiales livianos, preparaba la argamasa o la cal, sin dejar de canturrear salmos. Era humilde. Lo fue siempre, hasta su muerte, humilde y sabio. Tenía el don de la sabiduría, su mirada entraba en el corazón, sus palabras daban sosiego al alma. Cuando yo era adolescente y vivía perseguido por el terror de mis pecados (ya sabe usted, los pecados de un adolescente encerrado en el monasterio), me llamaba junto a sí y me consolaba. No me rechazaba como pecador, no me amenazaba con la condenación eterna; me prometía alcanzar la gloria del Padre a través del dolor, de la impureza y del arrepentimiento. Yo estaba aquí, como tantos, por necesidad; él creó dentro de mí la vocación, la alimentó, la hizo crecer, pacientemente, un día y otro, sin cerrar ninguna puerta a mi libertad. Perdóneme, pero llegué a creer que me había escogido, quizá porque yo

fuese el más pecador de todos, el más desventurado. Me dejó el alisa limpia. ¡No sabe usted con qué alegría pasé el año de noviciado, ese terrible año anterior a la ordenación, lleno siempre de vacilaciones angustiosas! Se piensa en un posible error, pero se piensa también en la vida que nos espera si renunciemos, inútiles para el mundo, sin una profesión... Yo me había decidido desde mucho antes. Fui sacerdote alegremente, me sentí poseído por Dios, lleno de Él hasta la san gre. Los cuatro años siguientes a mi ordenación, los que pasé en Alemania, permanecí impecable. Si Dios me hubiera matado entonces, estaría junto a Él. Sin embargo, ni deseé la muerte ni pensé en ella, porque creía ya que me esperaba una misión.

Empezó a pasear, como si los recuerdos le inquietasen. Llegó hasta la puerta en silencio; volvió sobre sí.

-Usted oyó el otro día las quejas del padre prior por nuestra pobreza. Bajo el padre Hugo éramos más pobres todavía, sin darle importancia. El prior está preocupado por la tuberculosis de dos novicios. Nosotros no temíamos a la muerte; la esperábamos con alegría. He visto morir sonriente a un compañero mío, intentando cantar con nosotros el oficio de difuntos. Había pasado un año en la cama, vomitando la vida sin una queja. El padre Hugo venía todas las tardes junto a él y le hablaba. Le infundía santidad, ¿comprende?

Sonrió y se detuvo frente a Carlos, mirándole.

-Usted pensará, quizá, que le había sugestionado.

-¿Por qué lo dice?

-Es la explicación científica. No importa. El prior actual prefiere mandar a los enfermos a un sanatorio. ¿Imagina usted su muerte, solitarios, en una sala, separados de sus hermanos?

-Pienso también que allí pueden curarse.

-Eso no debe importarnos. Hemos aceptado la muerte como vengá.

-¿Y si el padre Fulgencio no se siente capaz de sugestionarlos, o, si usted lo prefiere, de infundirles santidad? ¿Si teme que mueran desesperados? ¿No es mejor que procure curarlos?

-Es posible que sea así, pero, en ese caso, ¿por qué quiso que le eligiesen prior sino estaba a la altura de sus obligaciones? Porque la secreta ambición de su vida fue siempre llegar a prior, para deshacer lo que, según él, estaba mal en la obra del padre Hugo. Pero ésta es otra cuestión.

Paseó otra vez. Desde la ventana, de espaldas a la luz, dijo:

-El padre Hugo me mandó a Alemania a estudiar teología en una universidad. Lo mismo que quería hacer de fray Eugenio el maestro de una escuela monacal de pintura, quiso hacer de mí un maestro de teología bien informado. En todo ese largo tiempo, ni un solo domingo dejó de escribirme, largas cartas en las que, aparentemente, comentaba la litur-

gia de la semana; en realidad, cartas de apretada sabiduría mística y teológica. Como si presintiera mis estudios, me decía lo necesario para entenderlos, para hacerlos como la carne mía: era como meterme en la sangre su sabiduría. Entiéndame bien, no una sabiduría temporal, sino la palabra de Dios.

Carlos había dejado de contemplar la lamparita, atraída su atención por una especie de patetismo sordo que hacía vibrar las palabras de fray Ossorio, que se crispaba en sus dedos, pero que no lograba triunfar de una aparente medida, ni descomponer el gesto más allá de un instante. Pasaba como una ráfaga, inmediatamente reprimida; como un resplandor súbito en el mirar, algo así como una angustia que aflorase y se recogiese luego, dominada, a la intimidad.

-¿Es a esas cartas a lo que antes se referían fray Eugenio y usted? -Sí. El padre Hugo las enviaba al convento de... en que yo me alojaba. Habrá usted oído nombrarlo: un centro intelectual abierto a todos, no sólo a frailes, no sólo a católicos. Su superior era un hombre de mente poderosa. Todas las semanas me llamaba: «Aquí tiene usted la carta del padre Hugo». Pero una vez me preguntó si las conservaba. Le respondí que sí. «Tráigamelas todas. Quiero leerlas.» Se las llevé. Unos días después me llamó de nuevo. Le acompañaban dos eclesiásticos y un seglar. «¿Sabe usted, me dijo, que posee el mayor tesoro de espiritualidad de los tiempos modernos?» No supe responderle. «Todo lo que nosotros hemos hecho en cincuenta años, y mucho más, lo ha superado un fraile desconocido de un convento remoto.» El seglar me preguntó si las había entendido; le dije que sí, o al menos eso me parecía. «Explíquenos cómo es; háblenos de él.» Hablé con cierta elocuencia, como si el padre Hugo me soplasen las palabras. El superior me entregó las cartas. «Tiene usted la obligación de no perderlas.» Desde entonces, cada semana, al entregarme la nueva carta, me hacía quedar, me preguntaba. Yo tenía la sensación de ser examinado, como si él quisiera comprobar por mis respuestas la eficacia de las cartas sobre mi espíritu. Un día me dijo: «La Iglesia guarda la Verdad del Señor, la Verdad intacta. Podemos llegar a ella, conocerla, estudiarla, pero con frecuencia olvidamos el modo de vivirla. Es como si, cada siglo, tuviera que sernos explicada de nuevo con palabras que van más allá de nuestra inteligencia, quizá porque cada siglo necesita que el Señor nos sea de nuevo revelado en forma viva y con palabras nuevas. San Benito, san Bernardo, san Francisco, san Ignacio, muchos más, dieron a la Palabra de Dios el tono apetecido, necesitado por su tiempo. Aquí, en estas cartas, se encierra ese modo de entender la vida religiosa que el mundo actual requiere para ser sacudido y llevado otra vez a la Iglesia. Es necesario que sean conocidas». Pocos meses después, el padre Hugo me anunció, en la más hermosa de sus cartas, que estaba próximo a morir. Aquella carta nos fue

leída, no sólo a los frailes y eclesiásticos, sino a las personas ajenas al convento que paraban en él. Entonces, habíamos leído ya a Heidegger, y nos preocupaba: la carta del padre Hugo era una respuesta cristiana, una explicación conmovedora del ser para la Vida frente al *ser para la muerte*, en forma de comentario a la liturgia de difuntos. Cuando murió, el superior me dijo: «A partir de este momento, no hará usted otro trabajo que preparar esas cartas para su publicación». «Tendrá que ser con el permiso del nuevo prior.» «Naturalmente, pero puede usted contar con él. Una vez terminado su trabajo, habrá que enviarlo a Roma.» Trabajé con entusiasmo. Cada día descubría un nuevo sentido, un nuevo matiz de doctrina, una nueva palabra cargada de vida y de verdad. Habíamos convenido ya el título del libro: *El Señor llega*, porque la Parusía del Señor para cada hombre, en cada instante, y para la Iglesia en todo momento, la actividad divina en el interior de los espíritus, desde su presencia, y a través de los Sacramentos y de la oración, era el punto de partida de aquella doctrina. Mi labor consistía en buscar los fundamentos de cada carta, acumular textos, razonar puntos parciales, esclarecer otros, y le aseguro que lo hacía como si el padre Hugo se hubiese instalado en mi interior, y sus palabras saliesen de mí, cargadas de razón. Hasta que un día, inesperadamente, recibí del padre Fulgencio orden de abandonar Alemania y regresar aquí. Daba, como explicación, la necesidad que nuestro monasterio tenía de mi presencia. Era; en cierto modo, normal esta llamada, y aunque a mí no me lo pareciera, así me lo hicieron ver: «Ha venido usted por cuatro años, y pasan ya en bastantes meses». Antes de partir, sin embargo, mi trabajo fue revisado, corregido en algún punto; y se me dieron instrucciones de cómo debía terminarlo, y de lo que debía hacer después. Marché melancólico, pero lleno de esperanza: llevaba en mi bolsillo una carta para el padre Fulgencio que, previamente, me habían leído. «Cualesquiera que sean las obligaciones del padre Ossorio, consideramos del mayor interés que, ante todo, concluya el trabajo que lleva de aquí, muy adelantado por cierto.» Añadía un párrafo sobre la importancia de las cartas que el padre Hugo me había escrito: «Creemos firmemente que, aunque en apariencia sean cartas dirigidas a un fraile, su verdadero destinatario es la Cristiandad». Yo también lo creía, y todavía lo creo.

Hizo una nueva pausa. Parecía cansado. Acercó un taburete a la mesa, empujándolo con el pie, se sentó; y, durante un espacio permaneció en silencio, con la cara escondida entre las manos.

-¿Le interesa lo que le estoy comando? -preguntó de pronto.

-Desde luego. Le ruego que continúe.

A veces pienso si daré a todo esto demasiada importancia, si habré hecho un mar de lo que sólo es un charquito. Hay momentos en que pierdo la fe en las personas más amadas y admiradas. ¿No serán, efectiva-

mente, vulgares comentarios a la liturgia las cartas del padre Hugo? Y todo el entusiasmo mostrado por el abad alemán, ¿no habrá sido una pequeña farsa, si no un gran error? Fíjese bien, querido amigo, que para llegar a esta conclusión, necesito pensar del padre Hugo que era un bobo, y que el hombre de quien, durante cuatro años, escuché palabras profundas y recibí dirección intelectual, no era más que un mentecato. ¿Es lícito que lo piense? Pues bien: eso es lo que se me exigió desde la llegada a este monasterio. No de manera expresa, claro. Se me permite decir que el uno fue un santo y que el otro es un hombre muy listo, pero las cartas del padre Hugo no tienen importancia, y yo estoy mejor empleado en traducir el alemán que en terminar el trabajo de mi vida. Entiéndame bien, por favor: no es que me niegue a sostener el monasterio con mi trabajo diario, aunque sea un trabajo tan impersonal como traducir. No me importa. Tampoco me importa que los coristas aprendan teología como quien aprende una lección de carrerilla, cuando a mí se me había destinado a ser su maestro. Reconozco que el prior tiene autoridad para dilatarlo, si me considera demasiado joven. Pero ¿por qué, a mi llegada, me arrebató las cartas del padre Hugo?

Carlos hizo un gesto de sorpresa.

-Exactamente. Me las quitó. La misma tarde de mi llegada, cuando aún no me había limpiado el polvo del camino. En la cámara prioral, él sentado, yo de pie. Leyó la carta que le traía, y sonrió. «A ver esos papeles, mocito.» Se los di, temblando de entusiasmo, y mientras los repasaba, esperaba su aprobación, y también algo así como un poco de aliento para seguir trabajando. Pero no sucedió nada de eso. Leyó por encima, sin dejar de sonreír. «¡Vaya con el padre Hugo!», dijo dos o tres veces; y luego: «Está bien. Ya leeré estos papeles con calma y ya hablaremos de eso». Me destinó a una celda. Entré en la vida de la comunidad como un fraile más. ¡Todo era tan distinto! Pronto advertí que muchas cosas fundamentales habían cambiado o habían desaparecido. La vida espiritual que el padre Hugo había creado, año a año y día a día, languidecía. En el monasterio no se pensaba más que en trabajar para salir de la pobreza. Me di cuenta el día en que acompañé a fray Eugenio a su taller. «Pero ¿qué pinta usted, padre?», le pregunté asombrado. Porque yo recordaba sus trabajos bajo el gobierno de fray Hugo, y aunque entonces no los entendiera, mis años de Alemania me habían ilustrado mucho. sobre el arte religioso, y estaba capacitado ya para entender lo que se había intentado. Ahora me encontraba delante de Vírgenes con caras bobaliconas, de angelitos cursis, de santos almibarados y ridículos. Fray Eugenio me respondió: «Por cada uno de estos cuadros una casa de Barcelona paga al monasterio quinientas pesetas. Puedo pintar cuatro al mes, a veces, cinco». «Pero, padre, ¿qué ha pasado aquí?» Fray Eugenio se encogió de hombros. Siguió pintando. Sólo algún tiempo después se

atrevió a franquearse conmigo. Pero ya entonces sabía yo a qué atenerme. El prior me había respondido con evasivas cada vez que intentaba recobrar mis papeles, y, por mi cuenta, había descubierto que, de manera implacable, procuraba borrar todo recuerdo del padre Hugo. ¡Hasta el lugar donde está enterrado! Porque un día quise conocerlo, para rezar en él, y no me respondieron; lo pregunté al padre Fulgencio, y me dijo que, por deseo expreso del padre Hugo, su tumba carecía de lápida. Me fijé, sin embargo, en que cuando los frailes pasaban por el claustro, evitaban pisar determinadas piedras. El corazón me dijo que el padre Hugo estaba allí. Entonces, desde aquel día, todas las mañanas dejaba sobre aquel lugar una flor, si la había, o una ramita de árbol con unas hojas. Cuando el prior se dio cuenta, mandó talar el jardín y plantarlo de patatas y cebollas.

Rió con risa breve, aguda.

-Había en el jardín un ciprés tan viejo como el cenobio. Yo arrancaba ramitas del ciprés. También lo mandó cortar. Bien es cierto que vendió por buenos dineros el tronco. Por fortuna, las sirenas de bronce no pueden ofrecerse como homenaje al recuerdo de nadie. Si no, habría mandado destruir la fuente.

Se levantó del escabel, fue a la ventana y permaneció -otra vez- un rato en ella, silencioso, mirando hacia fuera. Carlos, esperando, tableteaba con los dedos sobre la mesa.

-Hasta ahora -dijo- nada revela locura.

Fray Ossorio se volvió bruscamente; casi se revolvió.

-¡Es perseguir su recuerdo! ¡Es pretender borrarlo! ¡Es querer que nunca hubiera existido!

Corrió hacia la mesa, medio doblado sobre sí mismo, las manos anhelantes.

-Cada domingo, el prior nos habla. Sus pláticas siguen paso a paso las cartas del padre Hugo, pero dicen todo lo contrario. El prior es fiel al texto de la regla, ¡ya lo creo!, es un ordenancista implacable; pero su modo de entender la piedad no es el nuestro. Hay en él jesuitismo, franciscanismo, ¡de todo!, pero sin elevación, sin vibración. Parece como si la palabra de Cristo fuese sólo un código inflexible. Quizá menos todavía: un sistema moral, que sólo se diferencia de otros sistemas morales en que Dios lo ha dictado. Toda religiosidad se desvanece en sus manos. ¡Dios mío! Los otros frailes no lo perciben, pero yo veo cómo cada día, con cada palabra, pretende aniquilar lo que todavía permanezca entre nosotros del espíritu del padre Hugo.

Tendió hacia Carlos las manos con las palmas abiertas.

-¿Qué dice usted?

-Lo que se adivina por sus palabras, padre, tiene, quizá, el nombre de un pecado, no el de una enfermedad. Lo siento.

Fray Ossorio dejó caer los brazos, desalentado.

-No lo entiendo.

Levantó el tono de la voz hasta la exasperación.

-¡No lo entiendo! ¡Llevo dos años torturándomela cabeza! No tiene sentido. Esas cartas... ¿Cómo es posible que el Señor permita...? ¿No comprende usted que si esas cartas se publicasen, la supervivencia, la continuidad de este monasterio estaba asegurada? ¡Podíamos incluso ser ricos, que es lo que apetece el prior! Pero lo apetece por otros medios. Y, con ellos, bien sabe Dios que nos hundiremos, que del hermoso sueño de nuestro restaurador no quedará más que el recuerdo. Y entonces, cuando esto se desbarate, ¿qué será de nosotros?

De pronto quedó rígido, con la mirada clavada en los ojos de Carlos.

-¿Es usted cristiano?

Carlos se encogió de hombros.

-No lo sé.

-Eso no es respuesta. Se está con Cristo o contra él.

-Hay también la indiferencia y la indecisión. Yo más bien soy un indeciso. He sido creyente, he prescindido de la creencia; quizá nunca haya dejado de creer, y quizá en alguna parte de mi ser crea todavía; pero, si es así, esa parte creyente cuenta poco en mi vida.

-Si usted leyese las cartas del padre Hugo, *creería*. Usted me dijo antes que, a veces, se sentía conducido. Lo cierto es que ha llegado usted aquí, y aquí está su remedio. Yo debería ofrecérselo, y no puedo. Si usted fuera junto al prior y le dijese: «En esos papeles está, acaso, mi salvación», el prior se reiría un poco, le diría que no exagerase y, todo lo más, le mandaría leer las *Cartas a un escéptico en materia de religión*. El prior no alcanzaría a comprender que, para usted, *también* el Señor ha llegado, y que hay que ayudarle a usted a conocerlo.

Carlos se levantó de la mesa. Se acercó a fray Ossorio y quedó frente a frente.

-Quizá, en lo que a mí respecta, exagere usted un poco. No creo que el Señor haya llegado todavía. Pero si hubiese llegado ya, ¿por qué usted, que conoce la doctrina del padre Hugo, no me la comunica?

-No puedo hacerlo

-¿Se lo han prohibido?

-No. La he olvidado. O quizá sea que el diablo pasó una esponja sobre la faz de mi alma y borró de ella todo lo que pudiera consolarme.

-Siempre queda el Evangelio. Vamos, es lo que se me ocurre.

-No lo entiendo ya. Hay una gran oscuridad en mi corazón.

Carlos había dejado la lámpara de arcilla en un lugar visible. El monje la cogió con mano amorosa, como si cogiese una flor, y sonrió con ternura.

-Luz y Vida. No sabe usted lo que significó para mí esta pobre lámpara

de arcilla durante algunos años. Era el símbolo de todo. Ahora es para mí como la rosa de un recuerdo para un enamorado que ha dejado de amar. Llévela, se la regalo.

Se la tendió a Carlos.

Después de comer, mientras doña Mariana descansaba, Carlos se metió en su habitación.

Habían hablado de la necesidad en que Carlos se vería de tomar una sirvienta; y él se había defendido con el pretexto de que buscaba soledad, y de que una mujer en su casa le estorbaría. Pero doña Mariana no se había dejado convencer.

-Al menos, una asistenta. Ya me encargaré yo de eso.

Días antes, quizá el mismo día, había dicho lo mismo, y a Carlos no le había molestado; pero ahora se sentía de nuevo conducido, aunque no por ninguna potencia celestial, sino simplemente por la voluntad de doña Mariana, y si bien reconocía que hablaba con razón, algo en su interior se rebelaba.

Sobre su mesa estaba la lamparita, regalo de fray Ossorio. La puso sobre la palma de la mano y se deleitó al mirarla: era esbelta, de línea casi femenina. Aplicó una cerilla a la mecha y ardió con suave luz azul.

«Luz. Vida.»

-¿Si será un amuleto?

La dejó sobre la mesa, riendo. Pero la idea de que pudiera estar embrujada le divirtió. ¿Embrujada? No era, precisamente, la palabra. Quizá estuviera bendita. En todo caso, llevaba consigo una virtud especial, como la medalla que había llevado al cuello: de niño, por convicción, y, más tarde, por costumbre, hasta que una vez Zarah se la había arrancado. Zarah le había llamado también amuleto. Existía, sin embargo, una diferencia. Cuando él creía en la virtud de la medalla, se sentía protegido por ella y, a veces, avergonzado. Pero la lámpara no representaba protección. Era más bien un objeto portador de una virtud de otra clase, o de la misma virtud usada de otra manera, usada -lo pensó riendo- como cuña metida en su vida, como rendija que abriese paso a lo sobrenatural, o más bien como una rotura en la cáscara de su alma, por la que se colase todo lo que en su inconsciente permanecía ingobernado y acaso ingobernable.

Aquella sensación fugaz de ser conducido partía también del inconsciente, y era anterior al regalo de la lámpara. Y también era anterior la pretensión -cortés, eso sí- de doña Mariana de meterse en su vida y guiarla a su manera. Doña Mariana era atea. ¿Cómo codos aquellos ingredientes tan dispares podrían caber en el mismo fenómeno? ¿La vir-

tud de la lamparita y la voluntad conductora de doña Mariana le empujaban al mismo fin?

Volvió a reír.

-Estoy armando una buena novela -dijo en voz alta.

Y, de repente, salió del cuarto, bajó corriendo las escaleras y montó en el cochecillo. Arreó al caballejo, restalló la fusta sobre sus orejas. El carriche partió. Lo guió hacia la carretera.

No pensaba en lo que hacía. Se sentía conducido, fuertemente empujado, pero por otra fuerza, una fuerza nueva, quizá por su propia voluntad, que había estallado de pronto, que se había revuelto con furia burlesca y que llevaba a donde ni doña Mariana ni ninguna potencia celestial podría desear que fuese.

Llegó frente a casa de Rosario. Estaba cerrada la parte inferior de la puerta. Saltó del coche, brincó sobre la cancela, entró corriendo.

-¡Rosario!

Quizá el modo de llamar fuese excesivo. Hubiera debido llegar con pausa, como quien va de paseo y recuerda algo de poca importancia.

Rosario estaba sentada en su silla baja, en medio de la cocina. Tenía al lado una cesta de panochas, cuyas espigas desgranaba en el regazo. Alzó los ojos.

-¡Señor!

Su madre estaba más al fondo, junto al liar. Le miró con sorpresa y desagrado. Rosario iba a levantarse, pero la madre se adelantó, la sujetó por un hombro y fue, renqueando, hacia la puerta.

-Le dijo mi marido que no viniese.

Carlos permanecía fuera, apoyado sobre la media puerta. No le mandaron pasar.

-Tengo que hablar a Rosario.

-Rosario tiene padres.

-Entonces, con sus padres.

-Espere.

Se asomó y dio un grito, llamando a su marido. Lo repitió en seguida, urgente. El padre de Rosario asomó tras el pajar.

Vino corriendo, pero entró por la puerta de la cuadra y no se quitó la boina. Carlos seguía fuera.

-El señor quiere hablarte.

-Ya le pedí al señor que no viniera por aquí. Si algo se le ofrece, con mandarme llamar...

-Se refiere a Rosario.

-¿Algo del señor?

Carlos no respondió. Sacó tabaco, ofreció, y hasta que encendieron no dijo palabra. La madre se había retirado un paso, pero esperaba.

-El señor dirá.

-Voy a quedarme en el pueblo, en mi casa. Necesitaba una persona que se encargase de aquello...

-¿Una criada? -terció la madre de Rosario, bruscamente, como ofendida.

-No. Una criada, no. Un ama de llaves. Criada, se buscaría.

Rosario no había vuelto a mirarle. Desgranaba maíz tranquilamente, sin un solo temblor en los dedos.

-Pensé si, a lo mejor, Rosario... En fin, si ustedes quieren. Le daría un sueldo, claro. Sin regateos.

-¿El señor no sabe que Rosario es costurera?

-Sí.

-Rosario no necesita servir. En su casa no sirvió nadie.

Y aunque hubieran servido -añadió la madre-, Rosario tiene buenas manos para ganarse la vida, si su padre o sus hermanos le faltasen. Ahora, gracias a Dios, tenemos un jornal en el astillero.

-Me gustaría saber qué piensa ella -se atrevió a decir Carlos.

-Ella no tiene nada que decir. Está en casa de sus padres, y obedece.

Miró a Rosario por encima del hombro del viejo; desgranaba maíz todavía, la cabeza un poco baja, los dedos rápidos.

-Obedece -repitió la madre. ‘

Carlos se sintió en el aire. No sabía cómo marcharse, y, al mismo tiempo, necesitaba hacerlo. Los viejos habían enmudecido, y esperaban. En los ojos de la vieja saltaban chispas de orgullo.

¡Dios, qué hubiera dicho doña Mariana, si fuese testigo! Pero él no se sintió capaz de responder con la ofensa o el desdén. Se encogió de hombros y arrojó la punta del cigarro.

-Bueno. Ya encontraré a quien me convenga.

Hizo con los dedos señal de despedida.

-Que usted lo pase bien -respondió la vieja.

El viejo, ni eso.

Carlos se alejó. Subió al coche sin volverse. Sentía, sin embargo, sobre su espalda, la mirada aguda, maligna, del tío *Galán*, y el orgullo victorioso de su mujer.

Pensó que había cometido un error. Aquella misma noche, Cayetano sería informado, y, al día siguiente, lo contaría en el casino, entre grandes carcajadas. Y la primera vez que se encontrasen, se reiría en su cara, si no le buscaba adrede para reírse.

Encaminó el coche al pazo. Necesitaba esconderse hasta que la pesadumbre hubiera pasado, hasta sentirse otra vez dueño de sí, capaz de disimular ante doña Mariana, capaz -acaso- de reírse también.

Hacía frío. Venían de la ría ráfagas húmedas.

«Va a cambiar el tiempo», pensó.

XI

-Ahí está la criada del boticario, y trajo esto -anunció la *Rucha* hija: ofrecía a Carlos un sobrecillo dirigido a su nombre, con letra remilgada.

Contenía una tarjeta estrecha, larga, fileteada e impresa en oro, en que Lucía Abraldes de Piñeiro «rogaba a don Carlos que, si aquella tarde no tenía mejor ocupación, le hiciese el honor de merendar con ella y con unas amigas, a eso de las cinco.>.

Carlos, después de consultarlo a doña Mariana; respondió con tinajas letras en que aceptaba la invitación.

Faltaban más de dos horas. Tocó el piano un rato: de los vales favoritos de doña Mariana pasó, sin proponérselo, a piezas de más empeño, y comprobó que cada vez tocaba peor.

-Pues a mí me suena bien -dijo la Vieja.

Pasaba de las cuatro cuando llegó un nuevo recado, esta vez del boticario: que esperaba abajo a don Carlos, y que si quería dar un paseo.

Doña Mariana hizo un comentario burlón sobre el interés que, cada uno por su parte, mostraban don Baldomero y su mujer. Carlos, al marchar, los defendió de las burlas.

Don Baldomero le saludó cariacontecido, le cogió del brazo con energía dramática y se lo llevó a la calle.

-¿Sucede algo?

-Quiero prevenirle -respondió con misterio-. ¿Va a ir usted a mi casa?

-He aceptado una invitación de su mujer.

Ándese con pies de plomo. Es una trampa. Lucía quiere casarle con una de esas beatas. No puedo decirle con cuál, pero es indudable que ha echado el ojo a una de ellas para usted.

Soplaba el viento con furia, empujaba los cuerpos contra las paredes, pero el boticario no parecía enterarse. Se detuvo en medio de la calle y miró a Carlos trágicamente.

-Hágame caso y vaya con cuidado. Se juega su libertad.

-No creo que eso que usted llama trampa...

-Mire, don Carlos: usted es soltero, y aunque por ahí empieza a hablarse de si le gusta o no cierta moza, la verdad es que, hasta ahora,

no se le conocen apaños. Es una mala situación: no hay nada más fácil que enganchar a un hombre casto. ¡Si lo sabré yo! Le pasan por delante una muchacha con buenas pantorrillas, boquita de piñón y ojos inocentes, y usted cae como un pardillo, y después de caer, ya no tiene remedio.

Carlos le respondió que tomaría sus precauciones.

-No basta con que las tome esta tarde. Hágase a la idea de que, si a mi mujer se le mete en la cabeza, le van a perseguir, y usted no sabe lo que es un pueblo para estos tejemanejes. Primero, le insinúan que fulana es bonita, y que si su madre tiene cuartos; luego, dan por sentado que a usted le gusta; después, que si ella está por usted, y así, sin darse cuenta, un día se encuentra convertido en novio formal. Entonces ya no hay remedio, porque, si da el pescantazo, no le dejarán vivir.

-Me cuesta trabajo que pueda parecer a alguien un buen partido.

-¡Qué ingenuo es usted! Llamarse Deza y tener casa con torre, ¿le parece poco?

-No olvide que, en el mundo de donde vengo, eso ya no cuenta.

-En este en que ha caído, cuenta todavía. Aparte de que usted no es pobre, sino un rico mal gobernado. Cualquiera de esas beatas que van con mi mujer a la misa del monasterio, y que se pasan la vida hablando del breviario, y del canto gregoriano, y de no sé cuántas zarandajas, si se casara con usted, le administraría la hacienda al céntimo.

-Empiezo a pensar que, si es así, vale la pena de que me case.

Don Baldomero volvió a detenerse.

-No haga ese disparate. Arréglese como pueda, pero no se case.

De pronto se santiguó.

-Dios me perdone si digo una herejía. Ya sé que el matrimonio es santo, y que la Iglesia lo recomienda contra la concupiscencia. Pero usted, que me conoce, sabe que a mí no me remedió nada.

-Eso no descarta la posibilidad de que a mí me remedie.

-¿Habla usted en serio?

-Totalmente.

Don Baldomero echó atrás la gorra de visera y se pasó la mano por la frente, como si sudase.

-Hágame caso, que tengo experiencia. El matrimonio, en teoría, es una gran cosa. En la práctica, una de dos, o engaño a mi mujer, que es gran pecado, o pienso en las mujeres que me gustan, cada vez que me toca acostarme con la propia, lo que es pecado también. No hay opción, y, pecado por pecado, el de la simple fornicación en soltería es mucho menor. Además...

Volvió a limpiarse el sudor.

-... además, al casarse se renuncia a todo lo que hay de excitante en las mujeres. A la de uno se la trata con miramientos, y si ella es remil-

gada, como la mía, puede usted despedirse para el resto de su vida de todo lo que no sea tocarla por encima del camisón. En cambio, de soltero...

Le brillaban los ojos de lujuria.

-Mire: si yo lo estuviera, a estas horas habría montado ya un puticomio para mi uso privado. Y si fuese rico, me haría construir un carro como los, carros de los emperadores romanos, y me haría pasear tirado por veinte bacantes. ¿Se lo imagina, don Carlos? ¡Uno, tan ricamente sentado, y ellas tirando, y un látigo de rosas para golpearlas!...

Miró al aire con expresión placentera, en seguida deshecha por una mueca y un gemido.

—¡No puede ser! En cuanto uno se distrae, el pecado. ¿No podría usted librarme de esta obsesión, don Carlos?

Le acompañó hasta la puerta de la botica, pero renunció a subir.

-¡Allá usted! ¡Compóngaselas como pueda! Yo me voy al casino.

La criada pasó a Carlos a un comedor mezclado de sala de recibo, con una lámpara adornada de abalorios verdes y prismas de colores:

Doña Lucía vino en seguida. Rizado el pelo, empolvada, de punta en blanco, pero disculpando la sencillez de su atuendo. Carlos, por respuesta, señaló sus ropas gastadas.

-¡Bah! -le respondió ella-. En los hombres no importa, y menos en un sabio como usted.

Le hizo sentarse en el sofá, a su lado, y le agradeció que hubiese aceptado la invitación.

-Tengo que confesarle que empezaba a preocuparme por usted. Un hombre joven... Ya se sabe... La soledad no es buena, y en este pueblo hay mucha lagarta. Un hombre como usted necesita conocer muchachas...

Bajó la voz y se acercó al oído de Carlos.

-Tengo aquí a dos amiguitas. Ya verá... Ahora están en la cocina; se empeñaron en hacer unas tartas, para obsequiarle... Son muy buenas y muy guapas. Ya verá.

Rula Doval, Julia Mariño; entraron poco después, endomingadas, modosas. Se habían pintado los labios, aconsejadas -seguramente- por doña Lucía, pero no sabían llevarlo. Rula era rubia; Julia, morena -como escogidas-; Rula, tierna en el mirar; Julita, ardiente. Coincidían en lo robustas, en lo bien alimentadas. Los trajes, si decentes, ponían de relieve los atractivos descritos por don Baldomero. Se sentaron en las butacas, una a cada lado del sofá, y respondían con monosílabos cada vez que doña Lucía o Carlos les hablaban.

-Están un poco azoradas. ¡Imagínese, delante de usted, que habrá

conocido por esos mundos a tantas clases de mujeres!

El repertorio femenino de Carlos no era variado, pero fantaseó un rato y describió con detalle más lo imaginado que lo visto. Rula y Julita, cuando no se sabían miradas, escuchaban con atención apasionada.

-¿Y en París? ¿También estuvo usted en París? ¡Oh, no nos hable de París! Dicen que aquello es Sodoma, Gomorra y Babilonia juntas.

Pero Carlos habló de París.

Otra vez junto a su oreja, doña Lucía se atrevió a preguntar:

-¿Es cierto que los novios se besan en público?

-Nunca me he fijado.

-Hizo usted bien. En ciertas cosas más vale no fijarse. ¡Y cómo va el mundo! Un día tiene que caer fuego del cielo y abrasar esas ciudades en que tanto se ofende a Dios.

Rula y Julita pusieron la mesa, y marcharon a buscar el chocolate y las golosinas. En su ausencia, doña Lucía elogió sus virtudes:

-Créame, amigo mío: si quiere usted una mujer pura, no la busque por esos mundos entregados a Satán. -Una mujer pura, lo que se dice pura, sólo se encuentra en España.

Discretamente, Carlos aludió a Cayetano.

-¡No me miente usted al diablo! Él, y otros como él, quieren traer la inmoralidad del extranjero, pero entre nosotras no triunfarán, se lo aseguro. Ya sabe usted lo que dice el Señor: que las puertas del infierno no prevalecerán. Con estas almas escogidas, el diablo no tiene que hacer nada. ¡Los esfuerzos que me ha costado! Pero ya que en mi vida privada no hallo la felicidad, me compensa, al menos, la satisfacción de oponerme al mal con mis pocas energías.

Se atrevió a coger la mano de Carlos, mientras sus ojos imploraban:

-Ayúdeme. Entre estas criaturas, hay algunas que sienten vocación religiosa, y de éstas no me preocupo; pero otras no han sentido la llamada del Señor. Son chicas alegres y esperan, naturalmente, un marido...

El chocolate estaba bueno, y los pestiños, churros, picatostes, almen-drados, bizcochos y tarta, si tentaban por su aspecto, amedrentaban por su abundancia. Carlos hubo de probar de todo, y repetir, y ponderar su sabor.

-¡Son unos cielos estas criaturas! ¡Tienen manos de monja!

Las criaturas, después de la merienda, cantaron unos motetes, porque de canciones profanas no sabían, pero escucharon con buena cara las que Carlos quiso cantar. En mitad de la canción dio la tos a doña Lucía, y se marchó a su cuarto, y las toses resonaban en toda la casa. Rulita dijo:

-¡La pobre!

Y Julita respondió:

-¡La pobre!

No dijeron más, y Carlos siguió cantando a media voz. Hasta que regresó doña Lucía, pálida bajo el afeitado.

A las ocho menos cuarto, Carlos puso el pretexto de que Aldán le esperaba.

-No es mal muchacho -dijo doña Lucía, al despedirle-. Pero anda descarriado y necesita de una mano que le guíe.

-¿Una de sus amigas, quizá Rulita?

-¡Dios lo haga mejor! Rulita es plato para otra boca. Pero, de todas maneras, me preocupa Juanito Aldán. ¡A lo que llega una familia cristiana y distinguida, cuando hacen presa en ella las malas costumbres y la incredulidad!

Parecía dispuesta a contar, en el descansillo de la escalera, la vida y milagros de los Aldán desde cuatro siglos antes. Carlos, para abreviar la despedida, les prometió que, cuando se hubiera instalado en el pazo, las acompañaría alguna mañana a la misa del monasterio.

-¡Adiós, don Carlos!

Esperó hasta que los pasos de Carlos resonaron sobre las losas de la acera. Entonces regresó al comedor y se sentó, silenciosa, entre las muchachas.

-¿Hemos estado bien?

-¿Le hemos gustado?

-¿Qué le dijo?

Preguntaban atolondradas, una de cada lado, pisándose las preguntas.

-Y a vosotras, ¿os gustó?

Julia no respondió. Rulita dijo:

-Como feo, lo es de una vez.

-¿Qué importa eso? Es distinguido.

Julia dijo entonces:

-Es más guapo que Cayetano.

Lucía pateó la alfombra con furia.

-¡Cayetano, Cayetano! ¡Ya estáis con Cayetano! Parece como si no hubiese otro hombre en el mundo. No debías decir eso, Julia. Cayetano no va a casarse contigo.

-Tampoco éste.

-¿Tú qué sabes?

-Y si se casa conmigo, no se casará con Rula.

-También es cierto...

-Lo que nos hace falta es un muchacho para cada una.

-Lo que yo no entiendo -dijo Rula- es por qué tenemos que casarnos. Si es por tener hijos...

-¡Cállate! Ya dirás alguna animalada.

-Lo que digo es que no me hace falta don Carlos ni ningún otro.

-¡Qué sabrás tú!

Lucía entornó los ojos. Repentinamente cariñosa, puso la mano sobre la cabeza de Rula y la acarició.

-Eres muy joven, criatura, y todavía el demonio no se ha fijado en ti.

-¿Quiere decir Cayetano? -preguntó Julia.

-Quiero decir el demonio, un demonio que nos rasga las entrañas y nos saca a la cara toda la vergüenza del deseo...

-¿De qué?

Lucía indicó su copa, llena de jerez. Julia se le acercó.

-¿Se siente mal?

-No. Un poco de sed nada más.

Bebió un sorbo.

-¿Os habéis fijado alguna vez en Clara, la de Aldán? ¿Habéis visto cómo mira a los hombres? ¿No os habéis preguntado por qué es tan distinta de Inés, de nuestra Inés?

-Es que Inés es santa -atajó Julia.

-Es que Inés, por gracia especial del Señor, tiene cerradas al demonio las puertas de su cuerpo; pero pocas mujeres gozan de esa gracia. A todas nos llega, temprano o tarde; a todas nos domina, y es entonces cuando necesitamos que un hombre venga a librarnos, un marido, quiero decir. Recordad el Libro de Tobías. Toda mujer es como Sara y necesita ser rescatada del fuego que lleva dentro; y, cuando no halla quien la rescate, anda, como Clara, con el pecado en el rostro. Fijaos bien en el ejemplo que os pongo: Clara. Antes de ser como ella, antes de andar como ella...

Julia Mariño interrumpió:

-Pero yo no quiero ser como Inés. Inés no va a casarse, y yo quiero un marido.

-¿Es que tienes ya el demonio en el cuerpo, criatura? -Lucía la abrazó con pasión-. ¡Pobrecita! Carlos Deza podría rescatarte de su poder. Carlos Deza será un buen marido, es un hombre fino y de muy buena cuna.

-No me gusta -repitió Julia.

-¿Qué sabes lo que dices? Si yo fuese joven y soltera, como tú...

-Usted, sí; pero usted es de otra manera.

-Yo soy una mujer desgraciada, que sólo quiere haceros felices. Yo soy la que puede deciros lo que os conviene, porque conozco la vida, y porque, desde que estoy en este pueblo, he visto perderse a varias jovencitas como vosotras. Las mujeres llevamos la perdición en la sangre, y ahora Dios nos envía un san Jorge para librarnos del dragón; nos envía al Tobías que vencerá a Asmodeo; nos envía...

Julia Mariño se dejó caer en la butaca, se rió con risa poderosa y sacudió las piernas.

-Sí, sí, doña Lucía; todo está muy bien. Pero la que no se case con don

Carlos, ¿qué hace?

-Le queda Cayetano -dijo Rulita ingenuamente-. Oí decir muchas veces que es el demonio. Y a usted misma se lo oí, doña Lucía.

Había vuelto a llover. Una oscura masa gris se cernía sobre las aguas de la ría, sobre los tejados de las casas. El *Cubano* comentaba que la bonanza de enero había sido corta.

-Menos mal que no viene con sudoeste. Las parejas tendrán buen viaje.

Habían partido los últimos barcos de la flotilla. La taberna estaba casi vacía. De vez en cuando entraba una mujeruca, y llevaba al fiado, un cuartillo de vino. El *Cubano* apuntaba el gasto en un libro mugriento.

-Pues, a esta hora, Aldán ya no vendrá. A lo mejor sigue con el catarro.

Carmiña retiró la taza de tinto que, durante la espera, Carlos había bebido

-Con la familia que tiene, bien puede curarse.

-Ya le dije que se viniera aquí.

-Bueno es él para recibir favores de nadie.

-No lo hacía por favor.

-Mírese como se mire, padre, es una caridad.

El *Cubano* torció el morro.

-Me has oído decir mil veces que la caridad ofende al que la recibe.

-Sí, mi padre. Ya sé que dice muchas tonterías.

Carmiña salió por la puerta del fondo. Quedaron solos el tabernero y Carlos.

-Pues si quiere esperar...

Llevaba allí una hora. Había intentado anudar una conversación que el *Cubano* esquivaba por timidez. Quería, sin embargo, retenerle, como si su presencia diese brillo a la taberna, un brillo del que nadie era testigo.

-Lo digo por si se aburre, porque yo, ¿qué más quiero que tenerle aquí? Con el tiempo que hace...

-Es tarde ya. Voy a irme.

Se levantó y echó sobre el mostrador una peseta. El *Cubano* vaciló entre rechazarla o cobrar el gasto. Le dio, por fin, unas monedas de cobre.

-Comprendo que, sin la gente, esto no está entretenido. Si quiere, mando a casa de Aldán a preguntar cómo va del catarro.

-No. Hoy ya no.

-Mañana, entonces.

Se abrió la puerta de la calle, empujada desde fuera. Una muchacha, cobijada bajo un paraguas de hombre, miró al interior.

-Ya no hace falta. Esta...

La muchacha entró y cerró el paraguas.

-Buenas noches.

Avanzó hacia el mostrador con una botella blanca en la mano. Vio a Carlos y la retiró en seguida. Se detuvo, como perpleja. Miraba a Carlos y al *Cubano* alternativamente.

-Es la hermana de Aldán -dijo el *Cubano*.

Ella se acercó a Carlos, con sonrisa forzada. Parecía molesta, y, al mismo tiempo, contenta. Vestía con humildad: un abrigo raído, medias de algodón, zuecos. Era alta, robusta.

-Carlos, primo Carlos. Soy Clara.

Le tendió la mano, áspera, fuerte.

Distinta de Inés, y, sin embargo, igual; parecía como si cuerpos idénticos fuesen trabajados desde dentro por pasiones contradictorias. Los ojos y la boca, sensuales; el labio superior, un poco cínicamente levantado, un poco amargamente cínico. Y unos ojos grandes, vivos, apasionados, como los de Inés.

-Vengo a buscar vino para Juan. Está con su catarro. Toma vino caliente con azúcar.

Alargó la mano y dejó la botella sobre el mostrador.

-Me alegro de encontrarte. Mañana, Inés y yo pensábamos ir a tu casa. Ya sabes, a arreglar aquello. Juan nos dijo que vas a vivir allí.

El *Cubano* llenó la botella. Clara le dio unas perras.

-Por qué no vienes conmigo? Digo, si no tienes nada que hacer.

-Precisamente iba a salir.

-He de ir todavía a la lonja.

-No importa.

-¿Sabe si hay pescado? -preguntó Clara al *Cubano*.

Algo siempre viene.

Salieron. Clara abrió el paraguas.

-Si me dejas que te coja del brazo, nos taparemos mejor.

-No faltaba más.

Preguntó por Aldán.

-No he ido a verle porque...

-No me lo expliques. No le gusta que nadie nos vea en nuestro cubil. En el fondo, hace bien.

En la lonja compró unos pescados baratos; los envolvió en una berza y en un papel mojado. La vendedora miraba a Carlos. Estaba la lonja casi solitaria, alumbrada por una sola bombilla gastada. En un rincón, dos mujeres peleaban a gritos.

-Mañana le pagaré -dijo Clara sin embarazo.

-¿Mañana? ¿Lo de ayer también?

-Sí, mujer; y lo de mañana.

-Yo llevo dinero -dijo Carlos.

-No te molestes.

-Si el señor lleva dinero... Con lo de ayer son catorce reales. Carlos le dio el dinero. Un duro de plata. La pescadora lo batió contra el suelo.

-No tengo vuelta -dijo- Si quiere, puede llevarse otra cosa. -Es igual. Queda para mañana.

-No, no -dijo Clara-. ¿Cuánto' vale ese besugo?

-Se lo daré en los seis reales.

-Venga.

Lo metió en el paquete y arrastró a Carlos.

-Hace más de un año que no pruebo el besugo -dijo, mientras abría otra vez el paraguas-. Es para mí sola, ¿no?

-Como quieras.

-Después que cenen todos, me haré un guiso.

Volvió la cabeza y miró a Carlos.

-Pensaré en ti mientras lo como. Pero no digas nada del duro, ¿eh? Juan me mataría a palos si llega a enterarse. Él no debe saber nada.

Habían llegado a las primeras casas. Clara se detuvo.

-Para él, es mejor quedar a deber que pedir nada a nadie. Como si no fuera un modo de pedir.

Soltó el brazo de Carlos.

-Bueno. Hasta mañana.

-¿No quieres que te acompañe?

-No, no.

-A estas horas... Tu casa está fuera del pueblo.

-Bajo sola todas las noches.

-Pienso si, con este tiempo, no os será incómodo, mañana... -¿Qué más da?

-Puedo ir a buscaros, a la hora que digas, con el coche de doña Mariana.

-Eso está bien, pero no a casa. Acércate, a eso de las cuatro. Espéranos junto al camino del cementerio.

Le tendió la mano.

-Me alegro de haberte encontrado.

Echó calle arriba, rápidamente. Al pasar bajo un farol, la luz iluminó un instante su figura recia y esbelta, armoniosamente movida. Luego se perdió en las sombras y en la lluvia.

-Buenas noches, señor.

Paquito el *Relojero*, pajilla en mano, saludaba a Carlos desde-la esquina.

Esperó donde el camino del cementerio se aparta. Había escampado, pero las nubes oscuras permanecían sobre el pueblo y ocultaban las cimas.

Encendió la pipa. El humo ascendía hacia la capota del coche, resbalaba hasta el borde y se perdía en el aire.

Inés y Clara llegaron puntuales. Las vio, de lejos, metidas bajo el paraguas, con zuecas blancas y un saco cubriéndoles los hombros.

Cuando estuvieron más cerca pudo compararlas. Había de común -además- el ritmo. Caminaban como dos reclutas, hombro con hombro; el choclear de las zuecas sobre el suelo descarnado sonaba como un tambor redoblado.

Clara se soltó del paraguas y del saco y corrió hacia el coche.

-¿Qué hay, primo? No hemos tardado.

Inés, sosegadamente, le sonrió.

-Hola, Carlos.

Clara le dio la mano; Inés, no.

-Una de vosotras tiene que ir detrás.

-Tú, Inés. Cuelga ahí el paraguas.

Se acomodaron. El asiento era capaz, pero Clara, al cubrir las piernas con la manta, se arrimó a Carlos.

-También tú tienes que taparte.

-¿Y Juan?

-A ése no hay rayo que lo parta. Hoy tose menos.

-Está mejor -dijo Inés, desde la sombra.

Llegaron en seguida. Dejaron las zuecas en el zaguán; calzaban, sobre las medias, escaarpines de paño; los de Clara, ribeteados de rojo.

-Subid.

Clara fue delante y subió rápidamente. Inés dejó pasar a Carlos y le siguió silenciosa. Carlos les enseñó los armarios y les dio las llaves.

-De la ropa, que se encargue Inés. Habrá que fregar el suelo. ¿Hay un cubo por ahí? -dijo Clara.

-Pero ¿vas a fregar tú?

-¿Por qué no? Lo hago todos los días en mi casa.

-No en la mía.

-¡Bah! No andes con remilgos.

Miró a su alrededor.

-Esto hay que fregarlo. Barrerlo, al menos. ¿No tienes una escoba?

Sí. Había una escoba vieja en la cocina. Clara se ató un pañuelo a la cabeza.

-Déjanos solas.

-No intentarás barrerlo todo. Los albañiles estarán unos días más.

-No pases cuidado.

Carlos fue junto a los albañiles. La chimenea estaba ya instalada. Ahora enjalbegaban.

Fumó con ellos un pitillo, comentó la inoportunidad de la lluvia para la siembra. Luego marchó al salón, hizo lumbre y se sentó a leer, pero

pronto cerró el libro. La leña crujía en el hogar, y fuera se oía el rumor de la lluvia, que recomenzaba. Abrió la ventana y miró al jardín. El agua resbalaba por las piedras negruzcas de la pared, por las copas de los árboles. Allá abajo, Pueblanueva, como sumergida, perdía los contornos. Las torres de Santa María se clavaban en las nubes negras.

Se preguntaba si también Inés y Clara habrían entrado en su vida como los otros; si también le esperaban. Recordó sus rostros, iguales y diferentes. Inés había sublimado sus instintos; Clara parecía vivir metida en ellos, quizá dominada por ellos. Juan había dicho de ella que «esperaba a Cayetano», y éste, a su vez, había amenazado con acostarse cualquier día con la hermana de Juan; con Inés, no con Clara.

-Bueno, primo. Esto ya está.

Clara, plantada en medio de la puerta abierta, los brazos en la cintura, le miraba.

Se acercó a ella.

-He traído un cestillo con merienda. Lo preparó doña Mariana. Está en el coche.

-Ya será veneno, si viene de la Vieja.

No esperó. Salió corriendo por el pasillo y desapareció escaleras abajo. Carlos fue al cuarto de los armarios. Inés había sacado las sábanas y las mantas, las había sacudido y ventilado. Ahora limpiaba los armarios por dentro.

-Merendar vosotros. Yo iré luego.

-¿No estás cansada?

-No.

Hablaba sin mirarle. Se movía con gracia digna, con una elegancia que tenía algo raro, que Carlos no pudo identificar ni definir.

-Tienes mucha ropa, pero algunas mantas están picadas. Las dejaré fuera. Las sábanas tampoco pueden guardarse hoy. Necesitan aire.

Se arrodilló frente a un armario.

Clara llamaba desde el pasillo. Salió.

-Ven. Quiero que veas lo que hice.

Le llevó a la sala que había sido de su madre, al dormitorio de su madre.

-Lo limpié todo y tienes la cama hecha. Puedes venir cuando quieras. Señaló el armario.

-Hay mucha ropa antigua.

Lo abrió y lo mostró.

-Mira. Ropa interior, enaguas, trajes. Hay uno muy bonito, de seda negra. Tu madre debió de casarse con él.

Cerró la puerta de un golpe.

-Es una pena. Se va a picar.

Llevaba el canastillo de la merienda colgado del brazo. Lo dejó sobre un

velador.

-Podemos merendar aquí, si quieres.

-¿Por qué no en el salón?

-Aquí está más limpio.

-Justamente por eso. Además, en el salón hay fuego.

Clara cogió otra vez el canastillo.

-Vamos.

Comía brusca, toscamente; hablaba con la boca llena de comida. Al terminar se quitó el abrigo, lo echó sobre los libros de la mesa y se sentó junto a la chimenea, en el borde de la piedra.

-Nosotros también tenemos chimenea, pero nunca la vi encendida.

Quedó en silencio, mirando hacia las llamas. Carlos, un poco atrás, estudiaba su rostro oscurecido. En la penumbra se desvanecía toda sensualidad. Quedaban la frente noble, el perfil puro -la nariz levemente curvada- y el mentón resuelto; sólo en los labios se alteraba la pureza: los labios gordos, salientes, entreabiertos, el superior más avanzado. No eran feos -más bien atractivos-, pero interrumpían el ritmo suave del contorno, como una pincelada de mano ajena.

Había cruzado los brazos por debajo de los senos, respiraba lenta, profundamente. El resplandor de las llamas sacaba a sus cabellos castaños reflejos cobrizos; lo único en común con él y con los otros, aquellos reflejos del cabello, que Carlos ahora descubría.

-¿Tienes una vela?

Clara no se movió, pero Carlos volvió la cabeza bruscamente hacia la puerta. Inés había entrado; parecía una sombra ligera.

-Sí. Ahí, en el piano, hay dos o tres.

Se levantó. Inés había cogido un cabo de vela y se lo tendía. Carlos lo encendió.

-Puedes merendar ahora. Nosotros ya lo hemos hecho.

-No. Más tarde. Quiero terminar antes.

Salió en silencio y cerró la puerta tras sí.

-No vendrá -dijo Clara-. A lo mejor hoy es ayuno. Y aunque no lo sea, no vendrá. Cuando termine se pondrá a rezar.

Inclinó la cabeza hacia el regazo y ocultó el rostro. Carlos volvió a sentarse.

-Nosotros le importamos un comino. ¿No sabes que es santa?

Irguió el busto, estiró las piernas y los brazos. Se levantó.

-Bueno, ¿qué? Ya me has mirado bastante. ¿Qué te parezco?

Inesperado, fuera de lugar. Carlos se estremeció.

-¿Por qué dices eso?

-Pareces tonto, primo. Todos los hombres sois tontos.

Se dejó caer en una silla, frente a él, cara a la luz de la chimenea. Algo había cambiado en ella. Le miraba agresiva, casi con rabia.

-¿No sabes que Juan nos mandó aquí para ver si yo te gustaba? Es decir, supongo que no habrás pensado en Inés, sino sólo en mí. A Inés ya la conocías; no parece haberle hecho efecto. Además, ella no le da quebraderos de cabeza: va a meterse monja, que es una buena solución. Pero a mí hay que casarme antes de que ocurra una catástrofe.

Rió de modo inconveniente.

-¡Di algo, hombre, no quedés ahí pasmado! ¿O quieres verme mejor?

Se levantó, fue al centro del salón, dio unos pasos cómicos, un par de vueltas sobre sí misma, moviendo las caderas con exceso. De pronto quedó quieta y erguida.

-Enciende una vela. No puedo hablar contigo sin verte la cara. Carlos obedeció. El salón se iluminó levemente.

-¡Vamos, di si te gusto!

Carlos se llegó hasta ella, con la vela en la mano, y le alumbró la cara. A Clara le brillaban los ojos y le temblaba el labio superior. Carlos temió no poder disimular la pena súbita que aquello le causaba. Pena e incomprensión -aunque algo le advirtiera, allá dentro, que no era absurdo sino en apariencia- que obedecían a causas reales, aunque desconocidas. No era más absurdo que lo de doña Mariana, que lo de fray Ossorio, que lo de Piñeiro. Era, también, algo que estaba esperando su llegada para suceder. Pero Clara no se confesaba, sino que desafiaba. Sus ojos desafiaban como si él la hubiera ofendido. Sintió necesidad de dominarla con un efecto teatral.

-No. No me gustas.

Clara parpadeó fugazmente, como si vacilase. Se recobró en seguida.

-Estoy muy buena: es lo que me dicen cuando voy a la lonja a comprar pescado. Lo dicen con la mirada; a veces me dan un azote o me tiran un pellizco, que quiere decir lo mismo.

-Eres una desvergonzada.

Clara se encogió de hombros.

-¿Y qué? Es mejor que lo sepas. He fingido, desde ayer, ser una chica como las otras, no sé por qué. Es decir...

Calló y bajó los ojos.

-Lo sé, pero no te lo digo. Así nos entendemos mejor. Tú, tonto; yo, sinvergüenza.

-No quiero entenderme contigo. Si no fueras hermana de mi amigo...

-¿Me hubieras echado a patadas?

-A patadas, no. Te hubiera pedido que te fueras. Te lo pido. No creo haber dado pie a esta escena tan violenta.

-¿Violenta? Para ti. Yo he pensado todo el día en ella. Pensaba si engañarte, como hasta ahora, o poner las cosas en claro. Es mejor así; no tengo bastante educación para ser hipócrita con éxito.

-¿Qué te propones?

-Nada más que enterarte de cómo soy, para que no caigas en la trampa.

-¿Pretendes sugerirme que tu hermano quiere hacerme caer en una trampa?

-¡Oh no, nada de eso! Juan es incapaz. Juan sólo piensa: «Carlos está soltero y necesita una mujer, si va a quedarse aquí. A lo mejor le gusta Clara y me quita un peso de encima». Pero yo soy una trampa, Gusto a los hombres. Si hubiera permanecido silenciosa, y te hubiera seguido el aire, después de haber trabajado para arreglar tu casa y hacer tu cama, te habría gustado. Y.. ¿Quién sabe?

Levantó la mirada hacia él: iracunda todavía, pero implorante ya. -No me mandes marchar. No quiero ir junto a Inés. Quiero estar aquí hasta que ella se vaya y hablar contigo.

-Me es igual.

-A mí, no. Lo más desagradable ya lo he dicho.

Fue hacia la silla; sin volverse, añadió:

-Si hace falta, te pido perdón.

Se detuvo un momento, antes de sentarse.

-¿Me dejas que me siente otra vez junto a la chimenea? Tengo frío.

-Haz lo que quieras.

-También puedes apagar la vela. Ahora ya no me importa la oscuridad.

Se sentó como antes; se dobló sobre sí misma y ocultó el rostro entre los brazos. Carlos cargó la pipa, la encendió, se sentó al piano y tocó unas escalas. Sonaba a demonios, pero siguió tocando, y su ánimo irritado halló placer en las disonancias creadas por sus manos. De repente cerró el piano.

-¡No había necesidad de esto! -gritó.

El grito sacudió el cuerpo de Clara como un sobresalto.

-No te incomodes. ¿Por qué no lo tomas a broma?

-Eres la hermana de un amigo y casi me obligas a insultarte. -En el fondo, me he portado bien.

Se levantó lentamente y quedó apoyada en la chimenea.

-Pude haberte gustado. ¿Qué hubiera sucedido entonces? Eres pobre, pero no tanto como nosotros. Tienes una casa hermosa y te portas como un caballero. Ayer me diste un duro, y hoy me llevaste a tu lado en el coche, y te preocupaste de taparme; fue un gesto muy delicado, que me conmovió, porque lo hiciste limpiamente, sin tocarme. Hace un momento, cuando estábamos aquí, en silencio, antes de que viniese Inés, yo me dejaba tentar. Era cosa de seguir disimulando, si conseguía gustarte. A lo mejor te casabas conmigo. Yo, por huir de mi casa, me casaría con el diablo, y si el diablo no me quiere para casarse, es igual: acabaré huyendo con él. Tú lo evitabas.

-El diablo, ¿es Cayetano Salgado?

-¿Por qué lo sabes?

-No conozco a nadie que se le parezca más.

Clara le miró, con una leve sonrisa en los labios.

-¿Ya no estás incomodado? Entonces siéntate. Mientras estás de pie parece que esperas a que me vaya.

Carlos dejó la vela sobre la repisa de la chimenea y se sentó.

-Ya no estoy tan incomodado.

Ella volvió a sonreír.

-¿Y quieres que siga hablando?

-Sí.

-¿Sin mentirte?

-Para mentirme no valía la pena lo de hace un momento.

-Empiezas a comprender que ha sido mejor.

-Quizá.

La pipa se le había apagado. La encendió de nuevo.

-¿Por qué hablas de escaparte con Cayetano como cosa inevitable? ¿Por qué tu hermano lo teme?

-¿Qué quieres que haga?

-¿Estás enamorada de él, acaso?

Clara hizo un gesto de asco.

-¡No! Pero... Cayetano es rico. Cuando me lleve a La Coruña le diré que me compre mil pesetas de ropa interior y que me aloje en un hotel donde pueda bañarme entera con agua caliente -se le iluminó el rostro-. Después, que haga de mí lo que quiera. Yo no volveré más a Pueblanueva.

-¿Ésa es toda la razón: mil pesetas de ropa interior y un baño caliente?

-Y no volver.

-Puedes marcharte sin nada de eso.

-Sí. A vivir arrastrada, sin un momento de gloria. Puedo marcharme ahora, claro. Sola o con cualquier viajante de comercio. Me han hecho proposiciones, ¿sabes?, pero ninguno de ellos me ofrece nada de sustancia, sino mentiras: «¡Te querré siempre! ¡Te tendré como a una reina!» ¡Imbéciles! El otro, al menos, no engaña. Paga lo que toma y lo paga bien -hizo un gesto obscuro con la mano-. ¡Son una mierda los hombres! El peluquero de la plaza me espera, a veces, de noche, cuando regreso de comprar el pescado. Es un buen muchacho y tiene novia, pero le gusto. Me espera en la carretera, y tengo que defenderme a golpes. Un día le di una patada y cayó al suelo, dando gritos y retorciéndose. Me dio pena. Pensé que no estaba bien hacer daño a un hombre porque quiera tocarle a una los pechos, pero me fui y lo dejé tirado. Hay otro que también me espera, a veces: el de la mercería. Ése es tímido. Viene conmigo y no se atreve a decir nada ni a hacerlo, y yo lo provocho, y cuando me parece que va a atreverse, escapo. ¿Sabes por qué? Porque me gustan, y si me

quedo con ellos un poco más, caigo. Y no puedo caer si quiero que Cayetano me dé las mil pesetas.

-¿Es la tarifa?

-¡Ah, no sé! Pero como no tengo hermanos que emplear en el astillero... Se le ensombreció el rostro.

Juan es muy orgulloso, ¿sabes?, y no baja la cabeza. ¡Muy cómodo! Un hombre de verdad se guarda el orgullo y trae un sueldo a casa. Entonces puede exigir. Pero Juan come de nuestro sudor, y si yo me deslizo, me rompe una costilla. ¡Que se vaya al demonio! Por eso, cuando me largue, no volveré. Si quiere matar a Cayetano, allá él.

-No puedes juzgar así a tu hermano. ¿Piensas que no le duele su situación y la vuestra? No sabes con qué vergüenza, aquí mismo, me pidió que no fuese a vuestra casa, por tu madre.

-¿Qué le importa mi madre? Vergüenza, sí; la que él pase o pueda pasar. Tiene mucho honor el caballero. Pero no recuerdo que Juan haya ganado jamás una peseta.

Le brillaban los ojos de llanto refrenado. Las últimas palabras las había dicho sobre el hipo de un sollozo. Carlos no se movió, y ella quedó callada unos instantes.

-Ya ves -dijo luego- el trabajo que me costó no engañarte. Si te casaras conmigo, o me trajeses a tu casa de querida, todo se arreglaría. Ya sé que no tendríamos mucho dinero, y que trabajaría como una bestia, pero estoy acostumbrada. Yo, además, no te costaría mucho. Con lo viejo de tu madre me haría ropa interior para diez años.

-Te obsesiona la ropa interior.

-Es que no tengo -respondió con sencillez casi candorosa-. Si me quitase este traje, quedaría en cueros. Unas bragas y una camisa, cosidas y remendadas, ése es todo mi ajuar. Cuando las lavo y tardan en secar, como hoy, hay que aguantar sin ellas, y dormir vestida. Me da asco. Por eso sueño con ropa nueva y limpia. Ya ves a lo que estoy dispuesta.

-Me gustaría arreglarte algo. Puedo darte dinero.

-¿Para qué? ¿Para que mi hermano me pegue pensando que se lo saqué a otro?

-Se le dice.

-Antes se dejaría matar que admitir nada de nadie.

-¿Y a Inés?

-¿Inés?

Juan no pensará de ella que se lo ha sacado a Cayetano. Inés es buena.

Algo así como un relámpago de rabia estremeció el rostro de Clara.

-También tú te has dejado embaucar por esa beatona.

-A ella no la esperan los mozos en el camino, como a ti.

-Inés tiene el problema resuelto. Está enamorada de un fraile. Carlos dio un salto en el asiento; demasiado visible. Clara rió. -¡Sí, no te asustes! Ella no se da cuenta, pero sólo piensa en él y vive para él.

-¿Sabes que no se han hablado nunca, y que él no la conoce? -¿Qué importa eso? Está enamorada de él. Un amor de esos románticos, por ahora.

-Tienes algo malo dentro, Clara.

-Ya lo sé.

Volvió a quedar en silencio, entristecida.

-Perdóname -dijo Carlos.

-¿Por qué? Has dicho la verdad: soy mala de corazón. Pensarás que podía, como Inés, enamorarme de un ser lejano, en vez de esperar a que alguien se acueste conmigo por dinero. Pero lo malo no me nació aquí dentro, sino que vino de fuera y se metió en mí. Lo malo estaba en la calle, cuando vivíamos en Madrid y yo tenía que ir a la tienda, a pedir fiado, porque ya no teníamos dinero. No se preocupaban de por qué me daban el kilo de patatas o el real de huesos para hacer un poco de caldo. ¡Como yo era simpática!... Sí. Yo era simpática, y a los catorce años tenía caderas de mujer. Me daban las patatas y los huesos y, de propina, un azote, o me achuchaban contra un montón de sacos. Como ahora. Si no llevo el pescado, no hay que comer; pero yo voy a la lonja porque soy deslenguada y sé pelear con las vendedoras, y sacarles unos jureles al fiado cuando no hay dinero. Y cuando hay traiña o xeito, voy a la playa y me dan el pescado más barato, porque mis caderas les gustan a los pescadores, y yo, como lo sé, las meneo. Ésos no me tocan, porque respetan a Juan; que es su dios, pero me desean. Yo me aprovecho. Pero cuando uno de los otros me espera en el camino, y tengo que defenderme sin que Inés ni Juan se preocupen de mí, al acostarme lo recuerdo y no puedo hacer otra cosa, porque contra el recuerdo y el deseo no valen patadas ni puñetazos.

-¿Crees que Inés no los tendrá también?

-¡Bah! Ella no sintió jamás el aliento de un hombre buscándole la boca. El que tuvo más cerca fue Cayetano, que la esperó algunas veces, pero que no se atrevió a propasarse porque iba yo con ellos. O porque Inés le da miedo, vaya usted a saber. Pero yo no doy miedo a nadie. Yo gusto, y me lo dicen. Les contesto una grosería, pero en el fondo lo agradezco. ¿Qué quieres que haga?

-¿Nunca has tenido un novio?

-¿Aquí? Mira: no hay cosa que más desee que ir al cine. Estoy tan cansada que sueño con meterme allí y ver cómo otros viven y sufren. No sé por qué eso descansa tanto, y queda una tranquila. Una vez, de recién llegados, un muchacho me invitó, y me dejé llevar, pero, en cuanto apagaron, quiso meterme mano. Es para eso para lo que me quieren. ¿Cómo

voy a tener novio? Además, me da vergüenza que me vean de día. No bajo al pueblo nunca hasta el anochecido. Todas las muchachas me desprecian por la ropa que llevo y por la fama que tengo. ¡Oh! Me pegarían y me dejarían en cueros delante de todo el mundo. La novia del peluquero quiso pegarme cuando le di la patada a su novio. A poco la mato. ¡Como si yo lo hubiera llamado! Lo que ella no sabe es que él volvió a esperarme; y que volverá otras veces.

Se encogió de hombros e hizo una muequecilla descarada:

-Esto es todo.

Recogió el abrigo.

-Ayúdame a poner eso. No te dé reparos. Está limpio.

-Espera, no te vayas aún.

Ayudó a Clara a ponerse el abrigo, y ella se estremeció y echó a correr. Parecía como si un temor súbito la hubiera acobardado. Con una mano sujetaba el abrigo sobre el vientre: la otra, saliente por la abertura, no se cerraba, como si esperase algo que rechazar.

-Quiero preguntarte algo -dijo Carlos-. Si tienes frío, puedo traer una manta.

-No, no te molestes. No tengo frío.

-Entonces, siéntate. Como antes, junto al fuego. ¿No estabas bien ahí?

Clara se sentó. Le estorbaba el abrigo. Lo dejó caer y Carlos lo recogió en seguida.

-Lo primero, ¿por qué me has tenido miedo?

-No lo sé.

-¿Has visto en mí algún movimiento, o he dicho alguna palabra que te hiciera temer?

-No, pero... estoy indefensa, después de lo que acabo de decirte.

-Lo has dicho por tu voluntad.

-Sí. Pero eso no quita que esté indefensa.

-Con sólo gritar, vendría Inés.

-Antes que deberle nada, me dejaría violar aquí mismo.

-¿Piensas que soy capaz de hacerlo?

-No fue pensamiento. Fue un miedo que me vino de pronto. No estaba contigo, sino con un hombre. Cualquiera otro me hubiera abrazado.

Levantó la cabeza con un movimiento brusco, con un resplandor de odio en los ojos.

-¿Qué piensas tú que cree Inés ahora?

-Nada, desde luego; nos ha olvidado. En cualquier caso, nos oye hablar.

-Bueno. Pregunta lo que quieras.

No era fácil. Le entró el escrúpulo de parecerle, de pronto, vanidoso o necio. Se detuvo, buscando una manera indirecta.

-Dime, ¿por qué me has contado esas cosas?

-¡Oh, no sé! Creí que estaba bien.

-¿Cuándo lo decidiste?

-No lo decidí. Salió solo.

-Has dicho antes que habías estado pensando, que te habías dejado tentar.

-Sí, pero no se me había ocurrido que pudiera llegar a hacerte confidencias. Nunca se las hice a nadie.

-¿Hay alguien a quien pudieras haberlas hecho?

-No tengo amigas.

-¿Necesitabas hacerlas? Quiero decir: después de haberme hablado, ¿te sientes mejor, te ves más buena ante ti misma?

Clara rió.

-Tú no eres el cura.

-Respóndeme ahora a esto, pero sin mentiras...

-Yo no miento, Carlos -interrumpió ella con energía.

-Ya lo sé. Pero pudiera ser que lo que yo te pregunte, esto u otra cosa, te obligue a mentir por primera vez.

-No te lo perdonaría nunca.

-¿Cuándo pensaste que casándote conmigo resolverías tu vida?

-¿Y es por esa pregunta por lo que temes que te mienta?

Rió otra vez, con alegría, como si jugase a un juego inocente.

-Comprendí lo que pensaba Juan y pensé que no estaría mal.

-¿Y antes?

Antes, ¿cuándo?

-Antes de venir yo.

-Hijo, antes de venir tú, no sabía de tu existencia. Juan no habló jamás de ti hasta que llegaste. Fue una noche, por Navidad. Llegó a casa muy contento y, en vez de encerrarse, nos acompañó. No se incomodó, como de costumbre, por la borrachera de mamá. Estuvo amable con nosotras. Ahora recuerdo que le habían dado una pedrada y que venía vendado. Le pregunté con quién se había peleado. «¡Con unos del astillero!»; y en seguida contó que tú le habías curado, y que le habías reconocido y tratado como amigo de la infancia. Le pregunté quién eras, y me dijo que algo muy importante. «Y si es eso tan importante, ¿va a quedarse aquí?» «No, no. Viene a pasar una temporada.» Por eso me sorprendí mucho cuando, el otro día, dijo que te quedabas. Fue la primera vez que habló de parentesco, quizá por si Inés ponía algún reparo en venir. Entre parientes...

Le miró de reojo y con sorna.

-¿Somos parientes? Yo te trato de primo. No te habrá parecido mal.

-Sí, lo somos.

-Entonces también te alcanza mi desvergüenza-dijo con voz sombría.

Escondió la cabeza entre las manos.

-Lo siento, Carlos, pero jamás sospeché que existieras; ni, aunque lo sospechase, hubiera podido hacer nada por evitarlo. Las cosas son como son y como vienen, y si una nace desvergonzada, o se hace sin quererlo, ya no hay quien lo arregle. No lo he sentido nunca más que por mí, porque mi madre no se entera, mi hermano no merece que lo respete, y mi hermana... ¡bah! Pero tú me pareces decente, y, ahora que lo sabes todo, te molestará saludarme en la calle. Es natural.

-Si es así, ¿por qué ayer me dejaste que te acompañara y me pediste que te cogiera del brazo?

-Ayer estaba en plena tentación.

-¿No exageras un poco el alcance de las cosas? Después de todo, ¿en qué consiste tu desvergüenza? ¿En aceptar como una fatalidad que un día hayas de escaparte con Cayetano? En primer lugar, eso, si no estoy mal informado, lo esperan bastantes chicas del pueblo y muchas lo desean. En segundo lugar, no lo sabe nadie más que tú. De lo demás, no tienes la culpa. Harto haces con defenderte de tus...

Buscó una palabra sin gravedad.

-... de tus admiradores.

-Mira, Carlos...

Clara se levantó. Volvió a temblarle el labio, y su mirada temblaba también, como si quisiera apartarla, y, al mismo tiempo, mantenerla fija en Carlos.

-... te he contado algunas cosas con facilidad, porque vinieron rodadas, y no he pasado vergüenza al contarlas. Tampoco la pasaría si hubiera de decirte que me acosté con éste y con aquél: más difícil que decirlo después de hecho es dar por sentado que un día lo haré. Sin embargo, algo he callado. Es lo que me da vergüenza y lo que más caro me cuesta no callar. ¡No digas nada! Acabas de disculparme, te lo agradezco, pero no vuelvas a hacerlo. Yo tengo mis vicios.

A pesar de la voz, del gesto dramático, Carlos rió.

-¿Juegas a la brisca? ¿Fumas y bebes anís a escondidas?

Se acercó a Clara y le puso una mano en un hombro, dulcemente. Ella le apartó con brusquedad.

-No es para reír. Mis vicios no son para que nadie se ría.

-¿Es que los conoce alguien?

Ahora, tú; antes, Inés. Inés no se rió. Inés me pidió, con la mayor dulzura, que no volviese a dormir en su cama. Antes, dormíamos juntas porque en casa sólo hay tres camas y pocas mantas. Me dijo que no volviese a dormir en su cama, y comprendí que me había descubierto y que sentía asco de mí.

Adelantó dos pasos, la cabeza inclinada, mirando un poco en el vacío.

-La odio. Tenía que haberme reñido, que haberme golpeado. Tenía que llamarme cochina. O bien perdonarme y decirme que no lo hiciera. Claro

que es muy fácil decir «No lo hagas» cuando una llega a casa con la cabeza llena de ideas místicas y está románticamente enamorada de un hombre cuyo sudor no ha olido nunca. Pero a mí los hombres me tocan y, además, me gustan.

Levantó la cabeza, como esperando respuesta, o quizá juicio. Carlos le sonreía. Estuvieron así un instante. Clara abrió los brazos con desaliento.

-Tenemos un jergón de paja. Me fui a dormir allí, pero hacía frío. Me acostaba vestida y con abrigo, pero no podía dormir, y era peor. Una noche entré en el cuarto de mi madre y me metí en su cama. Ni se enteró. Nadie sabe que duermo con ella. Ahora, en invierno, puede pasar. Pero en verano, como no se lava, huele mal, y no puedo estar a su lado aunque la quiera mucho y me dé mucha pena. Me escaparé en cuanto llegue el verano.

Le subió un sollozo a la garganta, pero lo reprimió como si no le perteneciese.

-Vámonos cuando quieras -concluyó con firmeza.

Llovía, la lluvia golpeaba la capota del coche, rebotaba sobre las guijas del camino. El farolillo del carricoche apenas alumbraba. Inés se había instalado en el asiento interior. Clara, junto a Carlos, tapadas las piernas de ambos por la misma manta, ponía especial cuidado en no tocarle. Si el coche daba un tumbo, ella procuraba inclinarse hacia fuera. Estuvo a punto de caer.

Rodearon el pueblo. Al llegar al cruce del cementerio, Clara quiso apearse y seguir solas, pero Carlos insistió en llevarlas hasta su misma casa. No se veía la fachada, negra en la oscuridad: sólo una luz temblona y pobre.

-Adiós, Carlos. Volveré siempre que te haga falta.

Inés saltó del coche, se echó el saco sobre la cabeza y atravesó la era, chapoteando. Clara tardó en ponerse las zuecas. Abrió el paraguas, pero quedó quieta, mirando a Carlos, queriendo decir algo que no sabía. Escondía los ojos bajo la sombra del paraguas, pero Carlos veía brillar sus luces indecisas.

-Bueno, Carlos -dijo, al fin, Clara-, adiós.

Le tendió la mano.

-¿Qué hago si quiero verte? -preguntó Carlos.

-¿A mí? ¿Para qué?

-Somos amigos desde hoy.

-¡Deja eso! No puedo ser amiga de nadie.

-Sin embargo, algún día querré charlar un rato contigo.

Allá tú. Bajo a comprar el pescado a eso de las ocho.

-Adiós, pues.

Esperó a que desapareciera en medio de la lluvia, y regresó. Doña Mariana le esperaba en el comedor, un poco inquieta. Carlos contó los sucesos de la tarde, y la conversación con Clara en líneas generales... Doña Mariana la ignoraba. Sabía vagamente que Juan tenía una hermana pequeña.

-De todas las personas que conocí hasta ahora, es la única que no me esperaba.

-¿Eso te la hace simpática?

-¿Por qué voy a ocultarlo? Me impresiona, además, la frialdad con que acepta su destino. «Me escaparé en cuanto llegue el verano», con Cayetano, por supuesto.

-¿No será eso, precisamente, lo que desea?

-En todo caso, es un deseo circunscrito a lo posible. El número de opciones de que esta chica dispone es muy escaso: entregarse al barbero, o al tímido, o a cualquier otro de su calaña, o reservarse para Cayetano. Esto es lo mejor. Que lo haya elegido, o aceptado, es, en cierto modo, normal.

Habían cenado ya y tomaban café. Al terminar, Carlos fue al piano y tocó durante un rato, la misma melodía que aquella tarde había disonado en el piano de su casa. Seguía pensando en Clara, y la melodía puso música al pensamiento.

-Es una presa que irá a manos de Cayetano sin que él se esfuerce por conseguirla. Él prefiere a Inés, naturalmente. Inés parece envuelta en una especie de misterio que no responde, estoy seguro, a nada real, pero que la hace extrañamente atractiva. Es tan bonita como Clara, tiene parecidos encantos y, sin embargo, uno no puede prestarles atención, como si toda atracción física muriese antes de nacer. El hombre corriente se inhibe, pero Cayetano no es un hombre corriente. Para que Inés fuera su conquista suprema, su máxima venganza, bastaría con que fuese hija de usted. No siéndolo, le queda, sin embargo, la aureola de santidad. No me refiero a la fama que pueda tener, sino a una verdadera aureola, a algo que emana de ella constantemente, cuando trabaja, cuando está en silencio, cuando camina. Recuerde usted que, en la vida de don Juan, hay siempre una monja; y ésta pretende serlo. Sin embargo, no creo que Cayetano consiga nada de Inés, como no sea por la violencia, y aun esto es difícil. El día que lo comprenda, se dará cuenta de que Clara es una compensación apetitosa: mucho más sencilla, y sus encantos son de efecto inmediato. No creo que Cayetano la rechace cuando se le ofrezca, y ella lo hará en cuanto llegue el verano. ¡Por mil pesetas de ropa interior y un baño caliente!

Abandonó el piano y se sentó en el sofá, junto a doña Mariana. Permaneció en silencio mientras liaba un cigarrillo. Doña Mariana, de

vez en cuando, le miraba de reojo; le miraba y sonreía.

-Sin embargo, es algo nuestro. Cierto que no se nos parece como Juan; pero, cuando la tenga en la cama, Cayetano no dejará de pensar que ha obtenido una victoria personal sobre los Churruchaos.

-Y, ante todo, sobre ti.

-¿Por qué sobre mí, y ante todo?

-Suponte que Clara le cuenta que una tarde de lluvia estuvo en tu casa a tu merced. Y que tú la rechazaste.

-Si lo cuenta así, no será verdad, y Clara no miente.

-Si lo cuenta así, será una verdad como una casa, porque eso es lo que ha pasado hoy.

-Bien, ¿y qué? Usted misma dice que la rechazé. Otra cosa sería si yo la hubiera buscado.

-Quizá. Pero, desde su punto de vista, Cayetano se llevará algo que ha sido tuyo.

-Que ha podido serlo.

-Llámale hache. Si tuvieras instinto de propiedad no hablarías ahora de Clara Aldán, y de lo que llamas su destino, con esa tranquilidad.

-Le aseguro que le tengo la mayor simpatía.

-Será verdad, pero no se te nota. Eres médico. Clara Aldán, para ti, es un caso más.

-¿Qué pretende usted que haga? ¿Que me case con ella?

-¡No, hijo, nada de eso! No creo que puedas hacer nada, salvo darle dinero. Pero, en tu situación, yo sentiría algo parecido a rabia, que es lo que sienten los hombres ante lo inevitable.

-Hay otra manera de enfocar la cuestión.

-¿Cuál?

-Una cierta obligación moral. Pero no la siento. Debería sentirla. Juan es mi amigo, y empiezo a tenerle afecto. En conjunto, les tengo afecto a todos, incluso a Clara. Me gustaría arreglarle el asunto, sí; pero, como usted, pienso principalmente en birlarle a Cayetano una conquista.

-¿Eso es también una obligación moral?

-En mi caso, no. Recuerde que no me parezco a Cayetano.

-Tienes que ofrecer dinero a esa chica. Es decir, si con dinero se evita lo que tú llamas su destino.

-Temo que si le doy veinte duros se considere comprada, y yo no puedo comprar a la hermana de un amigo; ni sé tampoco si me sentaría bien considerarme propietario de una mujer.

-Pues tienes hasta el verano para encontrar una solución.

Aquella noche Carlos pensó largamente en Clara. Repasó los recuerdos, y en el recuerdo destacaba, aislado, su enorme atractivo sexual, como si de todo lo que Clara era y de todo lo que en ella había, sólo aquello le importase seleccionar. Al darse cuenta, se inquietó. Casi un mes

antes había escrito a Zarah: «¿Es posible que tú, tan perspicaz, no hayas adivinado lo poco que me importa el placer?». Ahora resultaba que una parte de sí mismo, cuyo dominio no había ensayado, se orientaba decididamente hacia el placer, o quizá guiaba sus actos sin que él mismo lo advirtiese. ¿Había verdaderamente invitado a Rosario a ser su criada sólo por fastidiar a Cayetano, o porque le gustaba? Se sintió indefenso. Si Clara, en vez de ser una muchacha instintiva y fundamentalmente honrada, tuviese un átomo de picardía, a la vuelta de un mes de familiaridad, que no hubiera podido rechazar, se encontraría cualquier mañana convertido en seductor de la hermana de su amigo. La palabra «seductor» le hizo reírse de sí mismo, pero en el fondo de su corazón sintió gratitud hacia Clara.

Vinieron a avisarle, por la mañana, de que la sillería estaba ya tapizada. Dijo que la llevasen directamente a su casa. Doña Mariana consideró que le hacía falta una alfombra, y mandó que bajasen de la bujarda las que tenía retiradas, para que Carlos viera entre ellas si alguna le iba bien a la tapicería. Sugirió también la conveniencia de adornar con unas porcelanas la repisa de la chimenea, pero Carlos rechazó el ofrecimiento como una frivolidad.

-Llévate, entonces, algún cuadro, o algún grabado. No hay nada más inhóspito que una pared desnuda.

Pero Carlos había visto en su casa cuadros y grabados en buen estado, y se refirió a una serie que, de niño, le gustaba, y que pensaba ahora trasladar a la torre. Doña Mariana se conformó con el regalo de la alfombra.

-¿Cuándo piensas marcharte?

-Cualquier día. Quizá mañana.

-No pensarás guisarte tú mismo.

-¿Por qué no?

Doña Mariana se echó a reír.

-Vives en la luna. No creo que sepas freír un par de huevos a derechas. Si haces esa vida, te convertirás en un salvaje.

-¿Por qué un salvaje y no un asceta?

-Para mí es igual. No me opongo a que te vayas, si lo necesitas; pero exijo que vengas a comer conmigo diariamente, y que uses de mi casa para no perder ciertos hábitos civiles, como bañarse. Estás en situación de comprender la importancia moral de un baño caliente. Y ya que salió esto, reclamo también el cuidado de tus camisas. No creo que nada de esto coarte en lo más mínimo tu libertad.

-¿Por qué piensa usted en ella?

-Porque es lo que te preocupa, hijo; eso salta a la vista. Y no es que me

parezca mal, porque estás en edad de ser libre. Lo que me choca es que hayas elegido este agujero.

Aquella tarde, después de comer, Carlos subió al pazo. Los albañiles se habían despedido al mediodía, encaladas ya las paredes. La sillería y la alfombra debían estar en el zaguán. Allí estaban, pero, junto a ellos, vio un par de zuecas blancas. Subió de unas zancadas, fue al cuarto de los armarios. La puerta estaba abierta. Clara, de espaldas, ordenaba un montón de sábanas. Se volvió al oírle. Dijo tranquilamente:

-Me pidió Inés que viniese a guardar esto. Ayer quedaron a ventilar. Ya casi he terminado.

-Yo lo hubiera hecho.

-No es cosa de hombres.

Siguió doblando sábanas y guardándolas. Eran de las pequeñas. Cuando llegó el turno a las grandes, pidió ayuda a Carlos.

-Has hecho bien en venir -dijo él-. Sin ti, me hubiera visto negro para doblarlas.

-¿Ves? Fue una buena idea. En seguida terminaré y te dejaré solo. Juan está mejor, ¿sabes? Esta mañana bajó al pueblo.

Le hizo algunas recomendaciones de orden doméstico: la conveniencia de dejar abiertos los armarios durante una temporada, y de guardar en ellos, en cuanto fuera posible, manzanas o membrillos, para que la ropa perdiese el olor a cerrada.

-Por cierto, hay que abrir también tu ropero. Está lleno.

Lleno de ropa femenina, anticuada. Clara miró con envidia los trajes, la ropa blanca. Adelantó la mano y acarició unos encajes.

-¿Por qué no te lo llevas? Yo no lo necesito.

Fue una idea repentina, pero comprendió que debía habersele ocurrido antes. Lo dijo, sin embargo, con voz indiferente.

-¿Yo? ¿Todo esto?

-Sí. A mí me estorbará.

-Pero ¡si vale lo menos cien duros!

-Siento que no valga mil pesetas.

Clara cerró el armario de un golpe.

-Gracias. No lo quiero.

«Soy de una torpeza incalculable», pensó Carlos. Tenía que arreglarlo, aunque fuese trayendo la conversación al terreno que hubiera querido evitar. Aunque tuviese que mentir.

Clara, sin mirarle, se ponía el abrigo.

-Espera. No te vayas todavía.

Ella alzó la cabeza, le miró con rencor.

-¿Qué me quieres?

-He pensado en ti mucho tiempo. Venía dispuesto a llevar a tu casa lo que acabo de ofrecerte.

-No quiero limosnas.

Se acercó a ella. Clara retrocedió otro tanto, hasta quedar acorralada contra el hueco de una ventana.

-Por favor, Clara. Ayer reprochabas a tu hermano su orgullo.

-Tengo el mismo derecho, ¿no?

-Tienes el mismo derecho a equivocarte, ¿quién lo duda? Pero ayer obrabas de otra manera.

-Ayer no sentía por ti lo que siento ahora.

Carlos se apartó -así, de cerca, Clara olía a piel limpia y saludable. Buscó una silla, pero no se sentó.

-He pensado en ti, y he comprendido que, desde ayer, tengo contigo algo parecido a una obligación. Entiéndeme bien, no una obligación que exija nada de ti, gratitud y otra cosa, sino el deber de evitar eso que, según me dijiste ayer, esperas como inevitable. Y no porque seas hermana de Juan, ni porque seas tú. Tendría el mismo deber con cualquier otra muchacha.

A Clara le dio un súbito y breve ataque de risa.

-¡Estás listo! Más de cien esperan lo que yo, o algo parecido. Menos mal que son muchas, y que un hombre solo no da para tanto; pero ten la seguridad de que unas cuantas lo van a conseguir. ¿Qué pretendes? ¿Ir una por una, a ver si lo remedias?

-Ninguna de ellas esperó de mí el remedio. Tú, sí, al menos unos instantes. Tú, además, me has dicho lo suficiente para saber que no lo has buscado, que no lo deseas, y que no será tu felicidad.

-Eso es cierto.

-Entonces, ¿por qué rechazas lo que te ofrezco? ¿Porque es pobre y poco?

-¡No seas imbécil! Ayer he llorado de envidia delante de este armario.

-Pero no me has dicho: dámelo.

-No sé pedir. Yo no sé más que comprar al fiado. ¿Querías que te dijese: me llevo esto y ya te lo pagaré? ¿Con qué? Yo no puedo pagar más que de una manera.

-Estás sacando las cosas de quicio. Nadie habló de comprar ni de pagar. Tampoco de limosnas.

-¿Cómo le llamas entonces?

Carlos dio una patada en el suelo. Retumbó el entarimado, tintinearón las figurillas de una consola.

-Te empeñas en ponerlo difícil.

-¿Yo? ¡Cuando dijiste «llévate esto», a poco te abrazo! No pensaba entonces en compra ni en limosna. Me parecía natural que me lo diceses y que yo lo aceptase. Simplemente, era mucho. Te hubiera dicho: no todo, sino esto y esto, que me basta. Eres tú quien lo estropeó.

-Vuelvo a pedirte que te lo lleses, sin pensar si es mucho o poco. Te

ruego, además, que aceptes una cama con todas sus ropas.

-¿Una cama? ¿Para qué?

-Tienes derecho al secreto de tus pecados.

-¡Oh, Carlos!

Le volvió la espalda y apoyó la frente contra el vidrio de la ventana. Carlos no se movió: se limitó a esperar el resultado. Clara lloraba. Podía ser de indignación, pero lo más probable era que el golpe teatral hubiese hecho su efecto.

Pasaron unos minutos. Clara se restregó los ojos con el dorso de las manos, pero permaneció todavía apoyada la frente en la ventana.

-Bien. ¿Me ayudas a vaciar el armario?

-Deja. Yo lo haré. Pero vete ahora.

Carlos se entretuvo en subir la sillería del zaguán a la habitación de la torre. Pasó unas cuantas veces por delante de la puerta abierta de la sala. Clara permanecía en el hueco de la ventana; pero, a la tercera o cuarta vez, la vio arrodillada delante del armario, y, junto a ella, la ropa en montones.

«¡Me hará falta un paño grande para hacer el lío!», dijo; y Carlos le respondió que ya aparecería. Ensayó la colocación del sofá, acomodó la alfombra, distribuyó butacas y sillas. La habitación cobraba un aire civilizado, casi mundano. Fue en busca de Clara.

-¿Quieres ver cómo ha quedado mi cuarto de trabajo?

Se la llevó con ese pretexto. La hizo merendar consigo de lo que doña Mariana mandaba poner en el cestillo cada vez que subía al pazo. Recorrieron, por fin, las alcobas, en busca de una cama. Adrede dejó Carlos para el final la que había sido su cama de niño, estrecha, de hierro pintado de verde, perillas de bronce y unas placas, a los pies y a la cabecera, con guirnaldas y angelotes juguetones.

-¡Es preciosa! -dijo Clara.

La desarmaron, la transportaron al zaguán con su jergón y su colchón. Había que cargarla en el coche con todo lo demás.

-No quiero que lo sepa nadie, Carlos.

Convinieron en llevarlo de noche, hacia las nueve, cuando todavía Juan no hubiera regresado.

-Hay una habitación vacía junto a la escalera. Lo guardaré todo allí.

Y en seguida:

-También puedo quedarme allí. Nadie se preocupa de dónde duermo. En cuanto llegue a casa, vaciaré esa habitación y la limpiaré. Es pequeña, pero tiene una ventana que da a la era.

Se marchó al atardecer. En el zaguán, mientras se ponía las zuecas, Carlos le dijo:

-¿Quieres ir conmigo al cine mañana por la tarde?

Clara, sorprendida, quedó con una zueca en la mano.

-Sí. Quiero que nos vean juntos. También te llevaré a casa alguna noche, cuando bajes a comprar el pescado. Así, el peluquero dejará de esperarte en el camino.

-Pero ¿por qué, Carlos?

-Todo por lo mismo: ese deber de que te hablé.

-¿Tanto odias a Cayetano?

-¿No concibes que pueda hacerlo por sentido del deber?

-No entiendo de eso. Las cosas se hacen porque se quiere o porque se odia. Tú no puedes sentir por mí más que desprecio; todo lo más, compasión.

-En cualquier caso, ¿lo aceptas?

-¡No, mañana, no! -interrumpió Clara-. Espera al domingo. Entonces habré arreglado el abrigo de tu madre y podrás ir conmigo sin avergonzarte.

Cuando Clara marchó, Carlos permaneció arrimado al quicio de la puerta. Ella se volvió una vez y dijo adiós con la mano. Se perdió en el camino. Anochecía. Carlos subió a su cuarto, se asomó a la ventana y miró al pueblo hundido en el valle. Se encendían, una a una, las luces. El aire, bajo las nubes, estaba claro, y las gotas de lluvia caían gruesas y espaciadas. Llegaba, de la mar, el viento del oeste: silbaba en la esquina de la torre, meneaba las hiedras y los árboles. Encendió un pitillo y buscó algo en qué pensar, algo que distrajese su fantasía del recuerdo de Clara, que borrarse aquella sensación que le había dominado y que ahora estallaba y le encendía la sangre. Como la noche anterior, le venían del fondo de su ser clamores de deseo, y tenía que protegerse contra ellos.

«En menudo lío me he metido» -ya estaba hecho, ya estaba comprometido. La llevaría al cine, y, algunas noches, iría con ella por la carretera, hasta el portal de la era, portal sin puerta, dos columnas medio caídas-, y sentiría el olor de su piel limpia.

Bajó al zaguán y trató de acomodar en el carricoche la cama, el colchón y el atadizo de ropa. No fue fácil. Lo consiguió, finalmente; sudaba. Enganchó el caballo y, antes de marchar, recogió el cestillo de la merienda y echó un trago de vino.

Fue dando un rodeo -sin prisas, era temprano-. El viento sacudía la capota del coche, la lluvia golpeaba las ancas del caballo con espaciado rumor; sonaban juntos los cascabeles y los cascos contra el camino. Poco a poco, los ritmos se acordaron -los cascabeles, el viento, la lluvia y los golpes de su corazón- hasta hacerse un solo ritmo, como si alguien, desde el infinito, ordenase el compás, como si entrase en su sangre y la dominase y la hiciese subir al cerebro y oscurecerlo. Perdió la conciencia de sí mismo, se sintió uno con el viento y la lluvia, y con los cascabeles y el caballo, y, como ellos, conducido. Fue un instante fugaz: hubiese

durado, y oiría la voz que le ordenaba como él ordenaba al caballo. Pero el pensamiento se hizo repentinamente lúcido. El viento, la lluvia, los cascabeles y su propio corazón recobraron el ritmo singular: fueron viento, lluvia y cascabeles, distintos de él mismo, cada uno con su ley. Supo lo que había pasado y le entró comezón de analizarlo, de despedazarlo, para convencerse de que no era más que una ilusión musical, de que nadie le conducía desde una distancia infinita. En todo caso, de que podía detenerse y dar la vuelta y decir no a la voz lejana que no había podido escuchar. Tiró de las riendas, y el coche se paró. Pero rió en seguida y restalló la fusta en el aire.

-¡Arre, *Bonito!*

«Tengo que pensar sosegadamente en mi situación. Aunque haya de aceptar la idea de la casualidad, necesito desprenderme de este sentimiento sumiso. Estoy tan acostumbrado a que me manden, que, cuando nadie lo hace, cuando empiezo a obrar libremente, mi espíritu crea mitos.» Clara esperaba ahora, cobijada bajo un paraguas de hombre, o acaso cubierta con un saco. Él estaba allí en virtud de razones concretas, unas que aceptaba, otras no; unas que conocía, otras adivinadas. Pero los movimientos de su voluntad eran independientes.

-¡Eh, Carlos!

Clara se había cobijado en el tronco hueco de un castaño. Saltó al coche y se sentó a su lado.

-No está más que Inés, y no se entera.

-Puede llegar Juan.

-No te preocupes. Descargaremos en seguida.

Se detuvieron. Indiferente a la lluvia, Clara descargó el coche y metió el regalo bajo un alpendre.

-Ahora vete.

Estaba de pie, junto al coche. La lluvia le mojaba el rostro y los cabellos. Sonreía.

Carlos le tendió la mano.

-Adiós, Clara.

Adiós, Carlos.

Se echó un poco atrás para que el coche pasara.

-Eres bueno, Carlos.

Juan llegó temprano. Bebió una taza de leche y se acostó.

Inés desgranaba habichuelas. Clara, junto al llar, cuidaba un puchero de patatas sin mondar; lucía, en la pared, un candil de aceite.

-Tengo que decirte algo.

Inés no contestó.

-Carlos Deza me ha regalado toda la ropa de su madre.

Inés levantó la cabeza y clavó su mirada en los ojos de Clara.

-¿Por qué?

-Dice que le estorba, y pensó que nosotras podemos darle algún destino.

-¿Te la dio para los pobres?

-No, entiéndeme. No me la dio para nadie, pero yo le dije que quizá alguna de aquellas piezas nos sirvieran, y que si podíamos quedarnos con ellas. Él, entonces, me dijo que me las había regalado a mí para que hiciese de ellas lo que me pareciera.

-Hay mucha gente a quien socorrer.

-Sí, pero yo estoy desnuda.

Señaló la camisa y las bragas puestas a secar en una cuerda cerca del fuego.

-No tengo más que eso.

-Bueno.

Inés volvió a sus habichuelas.

-Tengo que pedirte algo, Inés.

-Di.

Clara corrió hacia ella, se arrodilló a su lado, le cogió las manos. -Hay un abrigo negro, muy bueno, y un traje de seda antiguo. ¡si tú quisieras arreglarlos para mí! Basta que los cortes. Yo los coseré, aunque tenga que quedarme hasta las tres de la mañana. ¡Compréndeme, Inés! Yo no voy a ser monja. Quiero tener ropa decente, y no andar huida y avergonzada.

-Lo haré.

-¡Oh, Inés, cuánto te quiero!

Le besó las manos. Inés la apartó suavemente.

-No, Clara.

-¿Por qué no me dejas que sea tu hermana?

-Lo eres, pero no más que otra cualquiera.

-Los otros también besan la mano que les hace favor.

-Las mías no te lo hacen.

Clara permanecía en cuclillas frente a ella; imploró, todavía, una sonrisa o una mirada de amor, pero los ojos de Inés parecían buscar algo inefable más allá de las sombras. Se levantó con desaliento y volvió junto al llar.

-¿Cuándo te vas al convento?

-Cuando Dios lo disponga.

-¿Tienes ya reunida la dote?

-No.

-Voy a vender algunas de esas ropas, y te devolveré cinco duros que te he robado... hace tiempo.

Las manos de Inés se detuvieron, pero no alzó la cabeza, ni miró a su hermana, ni respondió. Clara puso la sartén sobre las trébedes, frió unos pescados y los repartió en tres platos, con las patatas. Cortó tres

rebanadas de pan.

-Aquí tienes tu cena.

Cogió otro de los platos y salió. Al fondo del pasillo entró en una habitación apenas alumbrada por una mariposa.

-Mamá.

La vieja olía a anís. Dormitaba en un sofá, medio tapada con un abrigo. Abrió los ojos.

-La cena, mamá.

Se sentó junto a ella, la irguió y le dio la cena como a un niño pequeño: un trozo de pescado, un trozo de patata, un poco de pan. La vieja abría los ojos y la miraba como a una desconocida. De vez en cuando canturreaba.

-Ven a acostarte.

La llevó hasta la cama, la desnudó -una cama revuelta y sucia-. La dejó bien arropada; recogió el plato y el cubierto.

-Hoy no dormiré contigo -dijo en voz alta.

La madre respondió con un gruñido.

Al regresar a la cocina, Inés había marchado. Clara cenó, fregó la loza y se lavó las manos, una y otra vez, y se las frotó con piedra pómez, hasta que desapareció el olor a pescado, hasta borrar el último resto del tizne de las ollas. Dejó la loza lavada en el fregadero; salió, y volvió, a poco, cargada con una máquina de coser; trajo también un quinqué, lo puso sobre la mesa, junto a la máquina. Por última vez salió, y, al regresar, cerró con una tranca la puerta de la cocina. Echó sobre la mesa unas piezas blancas, eligió una, la deshizo, cortó de los retazos unas bragas, las cosió a máquina. A ratos cantaba. Se sentía empujada por una alegría inmensa, que la hacía cantar, que, sin canciones, hubiera estallado en sollozos. Tuvo hambre; cortó una rebanada de pan y la untó de aceite y sal. Comía un bocado y la dejaba sobre la mesa. Hurgó en la ropa, buscó de dónde sacar unas puntillas y las pegó a los bordes de las bragas. Cuando hubo concluido, las alzó bien alumbradas y las contempló largo rato, estremecida de contento; las hubiera besado. Sentía que su piel las apetecía, que necesitaba de ellas, encerrarse en ellas, acaso protegerse; se acercó al llar y se desnudó junto al rescoldo, se vistió las bragas y un camisón antiguo, corto y ancho, con muchos encajes, largo de mangas y oliendo a viejo. Con el quinqué en la mano paseó la cocina, tiritando, sin dejar de sonreír; miraba su sombra en la pared, único espejo, y en la sombra se encontraba airosa; pero se miró también adentro, y se halló distinta, como que algo tan importante como su destino había cambiado: porque ahora, por virtud de aquellas bragas limpias que oprimían suavemente sus caderas, ya no sentía necesidad de venderse a Cayetano. Lo recogió todo, atravesó el pasillo sin hacer ruido y salió a la escalera. Había una puerta con la llave puesta. La abrió y se cerró por

dentro.

Había armado en un rincón la cama verde, de angelotes pintados. La contempló, la rodeó, corrigió su postura sin dejar de cantar. Por fin apagó el quinqué y se metió en la cama.

Sonó, lejano, el reloj de Santa María.

-¡Las dos, caray! No va a haber quien me levante.

Recogió las piernas dentro del camisón y se persignó.

Estaba fría la cama, pero las mantas pesaban dulcemente. Metió la cara dentro del embozo. ¡Qué delicia! Sola, en una cama limpia, con sábanas bordadas, de lino moreno. Un encaje le rozaba la oreja; se restregó contra el encaje por el gusto de sentirlo.

Carlos era bueno.

Tenla frías las rodillas y los pies. No podría dormirse si no se calentaba en seguida. Hacía falta echarse algo sobre las piernas: el abrigo que Carlos le había dado, porque la otra manta estaba en el rincón con el resto de la ropa. Pero le dio pereza incorporarse, destapar los hombros calientes. Se arrebujaó más. El calor salía del pecho, alcanzaba a los brazos y al vientre. Esperando un poco, llegaría a las rodillas. Frotó un pie contra otro, la planta fría contra el empeine, menos frío.

Carlos no era tan feo -fijándose bien- como a primera vista parecía.

Un pie contra otro; las cálidas palmas de las manos contra las rodillas. Un estremecimiento subía por los brazos y se desvanecía cerca del hombro, pero temblaba todo el cuerpo. Las rodillas y los pies parecían ajenos, separados, pero el resto del cuerpo lo sentía suyo, su sangre lo paseaba y lo calentaba. Todo, menos los pies y las rodillas, participaba de aquella felicidad de sentirse sola, caliente y limpia. Si recogía la manga del camisón, una cosa suave rozaba la piel, y la suavidad le recorría el cuerpo entero, como el olor que entraba por sus narices y parecía llegar al fondo de las entrañas.

Sí; Carlos había estado un poco estúpido.

¡Qué pesadez, los pies fríos! Las piernas, cansadas, querían estirarse y quedar quietas. La cama estaba más fría por allá abajo. Sacó el brazo y alcanzó el abrigo. Se tapó con él desde la cintura. Pesaba: cuando se hubiera calentado, lo quitaría. Pesaba y daba calor a las caderas, pero podía estirar las piernas, ponerse de lado, acostarse sobre el pecho y el vientre, aunque el camisón =tan corto- se arrollase por encima de los muslos. Metió los brazos debajo de la almohada, tocó con los dedos los hierros de la cama. Los retiró en seguida.

La habían conmovido aquellas palabras de Carlos: «Porque tienes derecho al secreto de tus pecados».

En medio del cuerpo caliente, algo golpeó con golpe suave -tus pecados-. Y del lugar golpeado salieron olas lentas de deseo, súbitas oleadas que invadieron el cuerpo, poco a poco, hasta las rodillas, hasta los pies

remotos. Dobló los brazos bajo el pecho, escuchó el rumor de la sangre. Carlos.

-No. Esta vez, no.

Esta vez, no; pero la marea lenta no le obedecía. Subía hasta los pechos, hasta la garganta, hasta los labios. Movía los brazos, tiraba de ellos hacia abajo. Era como si un dragón enorme y oscuro se hubiese metido en ella, como si sus garras la recorriesen por dentro y le apartasen las rodillas.

-¡No, no! -Y otra vez-: ¡No, no! -pero ya no mandaba en sus manos-. ¡Carlos! -gritó como un sollozo; y pensó en él como si fuese un san Jorge que viniese a librarla del dragón. Pero Carlos no estaba, y el dragón la aprisionaba, le mordía ya en las entrañas.

XII

La *Rucha* vieja despertó a Carlos con el desayuno. Mientras se lo servía, explicó que doña Mariana había marchado, muy temprano, de viaje, y que probablemente no volvería hasta el día siguiente, porque había llevado consigo a la *Rucha* moza.

-Dijo que no se despidió por no despertarle, y que le dispense.

Tenía por delante todo un día sin obligaciones, todo un día de libertad. Hizo la maleta y la trasladó, con todo lo suyo, al carricoche.

-¿Es que se va el señor? -le preguntó la *Rucha*, amilagrada.

-Cambio de casa solamente.

-La señora lo va a sentir mucho. Ya se había encariñado.

Bajo un alpendre, en la playa, una mujeres cosían redes y hablaban a gritos. Unos críos descalzos jugaban bajo la lluvia. Al pasar el coche, uno de ellos, atrevido, le preguntó si le llevaba un rato. Carlos le dejó subir y lo condujo hasta la cuesta, entre la mirada sorprendida de los otros rapaces.

—¡Hala! Ahora, vuélvete.

El crío agradeció el viaje con un guiño; saltó a la carretera.

Más adelante se tropezó con la madre de Rosario, que hizo como que no le veía y pasó sin saludar. Por la hora, y por el cestillo que llevaba, debía de ir al astillero con las eornidas.

Pasó el resto de la mañana acomodando su ropa en el armario. Se tumbó después en la cama y se demoró un rato en ella. Analizaba las manchas de la pared como test de psicoanálisis.

Bajó a comer temprano, y lo hizo en silencio.

-¿No me han traído ningún recado? -preguntó a la *Rucha*.

-Nadie vino, señor.

Habían pasado dos, quizá tres días, desde su visita a Rosario. El encuentro con Clara le había hecho olvidarlo, pero ahora se le recordaba. Rechazó el café que le servía la *Rucha*.

-Gracias. Iré al casino. Si viene la señora, mándeme recado. -¡Ah, no se preocupe! La señora no vendrá. Cuando lleva a mi hija, es que piensa dormir fuera.

En el casino habían empezado las partidas. Saludó y se sentó junto a una mesa de tresillo. No parecía que hubiese sucedido nada de particular. ¿Sería posible que Rosario hubiese ocultado a Cayetano la visita, o era Cayetano quien lo callaba?

Hablaban, de una mesa a otra, don Baldomero y un sujeto llamado Cubeiro, que llevaba en arriendo la bomba de gasolina. Se concertaban para una merienda, aquella misma tarde; se desafiaba a quién comería, a quién bebería más.

-¿Por qué no viene con nosotros, don Carlos? -le propuso don Baldomero.

-¡Una gran idea, ya lo creo! -añadió Cubeiro-. Véngase con nosotros, con los grandes *kulaks*.

Debía de hacerle gracia su propia frase, porque rió ruidosamente.

-¡Los grandes *kulaks*! ¡Ya lo creo! El juez, el boticario, el mandamás del pueblo, y aquí, don Lino, si se digna acompañarnos.

-Conmigo cuenten, si hay langosta.

-¡Mariscos y ribeiro, por un tubo! ¡No tiene más que pedir, don Lino! ¡Somos los grandes *kulaks* de Pueblanueva!

Le bailaban los ojos, rojizos y malignos, con una chispa de burla.

-Anímese, don Carlos. Las langostas las pone el juez, que se las regalaron por fallar una cuestión con injusticia. ¡Ya lo creo! Cosa de fincas. El demandante tenía razón, pero no se le ocurrió anticiparse con las langostas.

El juez municipal dejó las cartas sobre el tapete y miró a Cubeiro con severidad.

-Como sigas diciendo tonterías, te meteré en el calabozo.

-¡En el calabozo! ¡Vaya! ¿No somos iguales, o qué? Yo robo en la gasolina; tú, en el juzgado, y aquí, don Baldomero, en el bicarbonato. Los que no pueden robar, como don Lino y don Carlos, vienen de invitados. ¡Ya lo creo! Grandes *kulaks* honorarios.

La merienda empezó después de terminadas las partidas, hacia las seis y media, en una taberna de las afueras. Cayetano mandó aviso de que se retrasaría, y que fuesen merendando.

-Ya ve, don Carlos, si hay igualdad. Cayetano es el amo. Nos puede matar a todos de hambre y, sin embargo, con la mayor cortesía, nos permite ir comiendo. ¡Así da gusto! Pero yo doy gracias a Dios de que mis hijas sean feas, porque si fueran guapas se acostaría con ellas con la mayor cortesía. Claro que, mientras tanto, mi señora y yo podíamos ir comiendo.

-Podrías callarte, si estás borracho.

Cubeiro bebió, de un trago, una gran taza blanca llena de vino turbio.

-¡Vivan los grandes *kulaks*! Va la segunda taza a la salud de Cayetano, dueño y señor, con derecho de pernada reconocido por las autoridades

de la República.

Le arrojaron a la cabeza una pata de lubricante. Empezó a chillar. Poco después roncaba en el suelo, con la cabeza apoyada en un banquillo. Los demás cantaban, a tres voces, una copla gallega. A la mitad se pusieron a disputar porque alguien desafinaba.

-Usted, don Carlos, que toca el piano, ano es verdad que don Aquí canta la segunda voz en vez de la primera?

Cantaron de nuevo, para probarlo, pero la llegada de Cayetano interrumpió la copla.

-¡Hombre, Carlos, estás aquí!

No parecía enterado de la visita a Rosario. Le palmoteó la espalda afectuosamente y se sentó frontero. Sus ojos brillaban, alegres, a la vista del enorme centollo que le habían reservado.

A las nueve y media habían terminado los mariscos, las tortillas de patatas y una inmensa fuente de bistés con salsa. Trajeron flanes.

El juez hizo temblar el suyo, con sonrisa pícaro.

-Siempre que como flan me hago la idea de que muerdo a una mujer.

Lo que siguió de conversación versó sobre mujeres. Don Baldomero, medio borracho, contaba chistes verdes. Cubeiro, en su media lengua oscura, intentaba que el boticario revelase la verdad sobre si cierta dama de la localidad se rellenaba o no el buche de algodón en rama, como decían las malas lenguas; pero don Baldomero se hacía el sueco. Por desviar la conversación, interrogó a Cayetano:

-Oiga, por cierto, ¿está enferma la *Galana*? Porque esta mañana vi que su madre llevaba las comidas, y no ella, como siempre.

Cayetano no se había enterado, pero la pregunta del boticario le dio pie para cantar las excelencias de Rosario.

-Al principio se rebelaba, la puñetera, pero ahora, ¡canela fina!

-Te dura más que otras -comentó el juez-. Si no cuento mal, va para tres meses.

-Y otros tantos no hay quien se los quite. Digo, si no se tertia algo nuevo que merezca la pena. Por cierto que el otro día, en el mercado...

Describió una moza desconocida, por si alguien le ayudaba a identificarla.

-Debe de ser alguna aldeana.

-Pues habrá que enviar agentes a las aldeas.

Volvió al tema de Rosario. Estaba terminando para ella una de las casas baratas, y, antes de una semana, la trasladaría.

-Como me gusta guardar las formas, hubo que arrancar la reja a la ventana. Yo, señores, jamás entro por la puerta.

-¡Ya lo creo! -rió Cubeiro-. ¡Entras por la ventana, como los ladrones!

-¿Y piensas cobrarle renta? -preguntó, malicioso, el juez.

-Naturalmente. Una cosa no tiene que ver con la otra. La renta se la

descontarán al padre de los jornales. ¡No faltaba más! Bajo el gobierno de la República, señores, han desaparecido los privilegios.

-Pues a ver si pasan pronto esos tres meses -dijo don Baldomero-, porque ya tengo ganas de meterle mano a la Rosario.

-Y yo de romperle a usted la cara si lo hace.

-¡Hombre, no se ponga así! Lo que se acaba, se acaba, y los bienes dejados en el arroyo son del primero que pasa.

-En este caso concreto, la ternera lleva el hierro de la casa, y aunque ande suelta, tiene amo.

Cubeiro arrastró ruidosamente su taburete y se arrimó a Cayetano.

-Pues mira lo que te digo, Cayetano: eso ya no está bien. ¡Ya lo creo que no está bien! A mí me parece que no hay derecho, ¡qué caray! Porque, lo que yo digo, si uno pesca una sardina, y se la come, comida está; pero si la manosea y la vuelve al agua, es del primero que llegue con el arte.

El juez golpeó la mesa con los nudillos.

-Con cuidado. La comparación no es justa. Recuerden cuando varó en la playa de San Andrés aquella ballena. Traía un arpón clavado, y los dueños del arpón vinieron y la llevaron.

-¡Es que, según eso, nos quedamos sin mujeres!

Don Baldomero concedió la palabra a don Lino.

-Pienso -dijo el maestro- que es cuestión de mentalidad. En una sociedad racional, el amor es libre; pero ya saben ustedes que ahora está de moda considerar decadentes a las sociedades civilizadas. La mentalidad patriarcal funciona de otro modo. Ahí tienen ustedes a los moros.

-¿Es que va usted a comparar a Cayetano con Abd-el-Krim?

-No, precisamente, pero sí con la figura sociológica del patriarca. El patriarca es dueño no sólo de las mujeres, sino de las riquezas. Impone la ley y se sienta bajo una higuera a dictar justicia según su leal saber y entender.

-Ya lo sabes, Cayetano -Cubeiro se espabilaba por momentos, o quizá las ganas de encizañar lo espabilasen-. Al juez lo mandarnos a paseo. Te sientas bajo una higuera, y don Baldomero comparece con Rosario de la mano: «Señor patriarca, esta mujer la encontré en la calle y dice que no puedo meterla mano». «¡Ah, desvergonzado! ¿No sabes que esa mujer es mía?... ¡Treinta azotes, y, si reincide, a castrarlo!»

-¡Hombre, castrarme, no! La pena de castración se ha suprimido por bárbara.

-Y usted, Carlos, ¿no dice nada?

Carlos se encogió de hombros.

-Yo no estudié sociología.

-Pero, desde su punto de vista, algo pensará. Suponga que le gusta una chica, y que, cuando se acerca a ella, ve que tiene el hierro de la casa...

-¡Eso, eso! ¿Qué haría usted?

-Ustedes sienten curiosidad de saber qué haría yo en el caso de que me gustara una chica que hubiera sido amante de Cayetano, ¿no es eso?

El juez, don Lino, Cubeiro, don Baldomero, echaron atrás las cabezas; sólo se adelantó la de Cayetano.

-¿No es eso, digan?

-¡Hombre, no! -La voz de don Lino temblaba un poco-. Se había planteado una cuestión abstracta, una cuestión puramente teórica, que el juez explicó desde su punto de vista, y yo desde el mío. En fin, lo que se pedía de usted era una respuesta teórica. Porque usted tiene que haber estudiado el caso, o yo estoy mal informado. ¿A qué obedece el sentido de propiedad de la mujer poseída? He ahí la cuestión. Los sociólogos modernos están de acuerdo en que la relación entre los sexos es libre, y que ni antes ni después se establece ninguna dependencia. Pero, sin duda alguna, hay pueblos y personas que piensan lo contrario. ¿Por qué? ¿Qué dice, a este respecto, el psicoanálisis? Porque algo tiene que decir... La cuestión, como usted comprenderá, es de capital importancia para los pedagogos. Tenemos que inculcar a las generaciones jóvenes el sentido del respeto por los individuos del otro sexo, y enseñarles que todo sentimiento de propiedad sexual no es más que el residuo de prejuicios ancestrales. Ahora bien: si, como antes dije, la civilización racionalizada es una etapa decadente...

Siguió hablando, sin dejar un hueco por donde Carlos pudiera responderle. Hablaba de prisa; la perorata desvió en seguida el rumbo hacia problemas todavía más abstractos: que si la pedagogía estaba en un momento de crisis; que si intelectuales distinguidos, como Spengler, habían invertido los valores; que si esto y que si aquello. En seguida don Baldomero cuchicheó con Cubeiro, y el juez con don Baldomero; y pidieron otro jarro de vino. Hasta que alguien mandó callar al maestro.

-Otro día hablaremos. Reconozco que la conversación no es apropiada para una merienda.

Tenía, sin embargo, los ojos alegres, como el que ha triunfado.

Salieron de la taberna con algarabía de voces y cantares, cogidos del brazo, en parejas. A la entrada del pueblo se separaron. Al «¡Hasta mañana!» de alguien, Cayetano respondió:

-Hasta mañana, no. Mañana tengo que ir a La Coruña, y estaré fuera un par de días.

Carlos no advirtió que, mientras decía esto, le miraba.

-¿Va usted a casa de la Vieja? -preguntó don Baldomero.

-También va de viaje. Hoy dormiré en la mía.

-Entonces, si le parece, voy con usted. De paso le taparé con mi paraguas.

Rodearon el pueblo, en silencio, entre huertos y tapias, hasta la car-

retera.

-Hizo usted mal, don Carlos -dijo de pronto el boticario-. ¿No sabe usted que a Cubeiro le gusta meter a la gente en danza? Es un mala leche. ¡Lo que la hubiera gozado si usted y Cayetano llegan a pelearse!

-¿Qué quería usted que hiciese? ¿Callar?

-Callar, no, claro. Lo irían contando.

-¿Entonces...?

-Es difícil. Pero ándese con ojo. No pararán hasta enredarlos en una bronca. ¿Sabe usted qué decía el otro día Cubeiro en el casino? «Bueno, pero ¿quién manda ahora en el pueblo? ¿Cayetano o el mediquillo ese recién llegado?»

-Las cuestiones del pueblo me traen sin cuidado.

-Es lo que yo le dije, y debo confesar que don Lino era de mi opinión. Pero lo que ellos no., entienden es que alguien pueda permanecer al margen. Si usted no obedece a Cayetano es porque quiere mandar: ése es su razonamiento. Y, claro, mientras no consigan saber cuál de los dos se impone, no estarán tranquilos.

Se despidieron a la puerta del pazo. Carlos encendió una cerilla, buscó un cabo de vela que había dejado en el zaguán y subió a su dormitorio. Se oían, en el silencio, los menudos rumores de la casa y el de la lluvia sobre los árboles del jardín. Hacía frío. Se metió rápidamente en la cama, y mientras no se consumía el cabo de vela, se entretuvo de nuevo en el examen de las manchas y desconchados de la pared. La luz temblorosa creaba nuevas sombras: donde había visto una batalla veía ahora un rebaño de borregos, y donde peleaban dos felinos parecía más bien que se abrazaban un hombre y una mujer.

Se durmió. Quizá todavía la luz no se hubiera apagado. En todo caso, su espíritu se había entregado a los rumores, había buscado en ellos como una canción que lo arrullase. Al principio parecían una confusa sinfonía, pero, en medio de la mezcolanza, los fue recordando: la roldana del pozo, la ventana alta de la torre, la puerta de un cobertizo que no se cerraba nunca y el viento batía siempre; ruidos viejos, que le hicieron presentes los rincones de la casa, que era como tenerla entera, o como si levantase entera en el recuerdo. ¡La había llevado dentro tantos años, ignorándolo! Era suya; lo eran también, con propiedad exclusiva, los rumores. Dormido, siguió escuchándolos, los incorporó al sueño en toda su realidad sonora, pero acompañados ya de imágenes distintas. Venía del pueblo, subía por las escalerillas de la roca; el agua se deslizaba por los peldaños gastados, por las piedras de la tapia, por los surcos de las sementeras. Y la escalera no terminaba nunca; su fin se perdía en la oscuridad nocturna. Hizo un esfuerzo por remontarla, y de pronto se encontró en el jardín. Había cesado de llover, y una luna, emborronada de nubes sucias, apenas iluminaba las veredas. Pasó junto a los árboles

vecinos del cenador, junto a los tejos de la plazoleta; arrimado a uno de ellos había un hombre extrañamente quieto, cuyo rostro, cuyas manos se veían perfectamente, quietas también, y, sin embargo, móviles, porque, en la superficie de “la piel, millones de células visibles nacían y morían a cada instante. Era el diablo.

Se despertó asustado, con trémulo corazón. Buscó a tientas las cerillas y quiso encender la vela, pero sólo halló la cera derretida y dura sobre la superficie fría. Tuvo miedo y se rió de su miedo, pero la risa no lo ahuyentó. Recordó lo que, en el simbolismo freudiano, significaban las escaleras y el diablo, pero tampoco se tranquilizó. La habitación estaba oscura, rodeada de ruidos, próximos y lejanos: en la cocina, o en la torre, una ventana batía; crujían las maderas del suelo en el pasillo, y las vigas sobre su cabeza; colado por algún agujero silbaba el viento, y el rápido corretear de los ratones llegaba hasta él, agrandado como pasos de gigante. Muchas veces, de niño, se había despertado y había escuchado los ruidos nocturnos. Los reconocía todos, pero cuando el viento traía un ruido nuevo tenía miedo. Entonces sacaba la mano y tanteaba en la cama próxima el cuerpo de su madre dormida. Ahora estaba solo. Solo, con el recuerdo del diablo metido en su imaginación y con miedo creciente. En el salón había velas: podía llegarse hasta él y coger una. ¡Hacía tanto frío! Se levantó, y de un salto rápido llegó a la puerta y echó el cerrojo. Antes de acostarse se rió de su acción. Encendió una cerilla, y, mientras duró su luz, la mantuvo por encima de la cabeza. Cerrar la puerta contra el diablo era una precaución inútil, y tener miedo de un diablo visto en sueños, una estupidez. Volvió a la cama, se tapó la cabeza, pero el sueño había huido. Poco a poco se le fue partiendo el alma: la zona más oscura creía en lo que había soñado; la más clara analizaba el sueño y bombardeaba con razones la zona crédula, la rodeaba, la sitiaba, la atacaba, creaba en ella la angustia de lo absurdo, la empujaba hasta los últimos repliegues de la conciencia, pero no lograba destruirla, como si se hubiera encastillado en los límites, allí donde la razón perdía su poder. Entonces dejó de atacar y se replegó hacia la parte más lúcida, allí donde podía pensar con más clarividencia; echó mano de todo su saber para explicarse la razón del sueño, por qué había aparecido en él el diablo, por qué precisamente aquella noche, primera de soledad. Sí, la imagen del diablo pertenecía a su inconsciente, como la imagen de la escalera, y quizá significaban otra cosa que lo explicado por Freud; quizá lo significasen de añadidura y no fuesen sólo símbolos, sino mitos, y se correspondiesen con una realidad.

Y, de pronto, comprendió que el movimiento de su alma se había invertido, y que aquella mínima zona iluminada que discurría y explicaba se hallaba cercada ahora por las sombras del miedo, y que, desde ellas, se le atacaba con razones nuevas, con razones que no lo eran, que le orden-

aban santiguarse o saltar de la cama y tocar la lámpara bendita que el padre Ossorio le había regalado; razones mágicas que explicaban que el diablo había podido penetrar en él porque no se hallaba suficientemente protegido desde aquella vez en que, años atrás, Zarah le había arrancado con violencia la medallita del cuello.

Permaneció despierto, batallando, testigo de sus propias contradicciones, hasta que el alba clareó en las rendijas de la ventana. Sólo entonces pudo dormir.

Le despertaron unos golpes en la puerta del dormitorio, y las voces que daba, desde el pasillo, doña Mariana.

Se echó el abrigo y abrió la puerta.

-Espere. Abriré las maderas. No vaya a romperse la crisma.

Volvió al lecho. Entonces entró la dama. Vestía de viaje, con abrigo y sombrero.

-¡Menudo haragán estás hecho! ¿Sabes qué hora es?

Se sentó junto a él y le contó que acababa de llegar de La Coruña y que había pasado a verle antes de ir a su casa.

-Por cierto, ¿desde cuándo la gente duerme con las puertas abiertas?

-No creo que nadie venga a robarme.

-Pueden venir a asesinarte. Hazme el favor de tener cuidado; si no, te obligaré a que vengas a mi casa.

Salió con el pretexto de prepararle un desayuno, mientras Carlos se vestía. Cuando él bajó la halló en la cocina, con su doncella. Había paquetes por todas partes. La doncella acomodaba las cosas en los anaqueles, mientras doña Mariana colocaba en una bandeja nueva el café recién hecho.

-Pero ¿y todo esto?

Un hornillo de gasolina, una lámpara de carburo, dos quinqués de petróleo, peroles de aluminio, botellas, café, té, una caja de galletas, azúcar, botes de mermelada...

-Comprenderás, hijo mío, que tu plan de vivir como un asceta no me hace mucha gracia. Que al menos puedas prepararte una taza de té o beber una copa, si te parece.

Desayunaron en el comedor. Mientras, doña Mariana explicó que su viaje a La Coruña había obedecido a la necesidad de girar, como lo hacía todos los meses, una cantidad a Gonzalo Sarmiento.

-Por cierto que la carta que le escribí me salió destemplada; pero ese bellaco no me ha mandado noticias desde tu llegada.

¿Y si le contase que había soñado con el diablo, que había tenido miedo, y que, desde que había despertado, notaba como una presencia extraña en el alma, algo que le causaba desasosiego?

-No me extrañaría que estuviera enfermo. Me dio la sensación de hombre decrepito.

-Razón de más. Sólo tiene a su hija para cuidarle.

-Usted, ni eso.

-¡Bah! Yo soy dura. No tengo miedo ni a la enfermedad ni a la muerte. Cuando llegue, llegará, y a morirse. Pero la suerte de esa criatura me preocupa. A ti ya te tengo a mano, pero ella se me escapa. ¿Qué se le perderá en París?

Carlos sorbió el café y mordió una galleta.

-Probablemente, su vida está allí. Es algo que usted debe comprender.

-No lo comprendo. Para mí, su vida está aquí.

-¿A su lado?

-Sí, pero no para cuidarme, ni siquiera para acompañarme, sino para aprender a sustituirme.

Se le ensombreció la frente y miró a Carlos con ojos tristes.

-Me temo que no sepa hacerlo. Y me temo que tú no seas el llamado a ayudarla. ¡Cómo me falláis todos, vaya por Dios!

Bajaron juntos al pueblo. Antes de comer, Carlos se dio una vuelta por la taberna, donde encontró a Aldán.

-Ya sé que ayer a poco te peleas con Cayetano. Lo que no sabía es que te gustase Rosario.

Quitó importancia al incidente y negó que Rosario le gustara.

-Se hablaba de eso esta mañana en el mercado. La noticia la trajo mi hermana Clara. Por cierto que...

Le llevó, con un pretexto, fuera de la taberna.

-Hay algo que quiero explicarte, pero me cuesta trabajo. Tengo entendido que el otro día diste a mis hermanas ropas antiguas para que las vendiesen.

-Más bien se las di para que hiciesen de ellas lo que les pareciera.

-Clara las recibió como un regalo personal.

-Me parece muy bien.

-Es que... las va a usar ella misma.

Carlos le tomó del brazo.

-Mira, Juan, ¿por qué te atormentas en justificar lo que ya lo está de antemano? Regalé a tus hermanas las ropas de mi madre con un pretexto, pero, en realidad, lo hice porque comprendí que a Clara le vendrían bien. No he creído obrar mal, ni menos ofenderte. Es algo tan sencillo que no necesita comentario. Y tú no debieras haberte enterado, si no tuvieras la manía de hurgar en las cosas de tus hermanas.

Aldán no respondió, pero se soltó del brazo de Carlos. Caminaron un rato en silencio.

-¿Me juzgas mal por no haber aceptado el trabajo que Cayetano me ofreció? ¿Crees, como todo el mundo, que yo debiera someterme, sólo por

llevar a mi casa un dinero y sacar a mis hermanas de la pobreza?

-No seas bobo. Si mi juicio te importa, tranquilízate. Comprendo perfectamente tus razones y las comparto. En realidad, yo he hecho lo mismo que tú.

-Tú eres solo.

-¿Y qué? ¿Altera acaso los términos?

-Naturalmente. Eres libre de aceptar y rechazar; pero yo tengo un deber...

Agarró a Carlos del brazo y le detuvo.

-Vamos al muelle. Allí podemos hablar con libertad.

Se acogieron al socaire del faro.

A mí me importa un bledo que la gente me tenga por un vago, y, en cuanto a la opinión de mi hermana, no me preocupa, porque si bien es cierto que lo que hago lo hago por ellas, ellas no lo entenderían. El *Cubano* y los pescadores del Sindicato son mis amigos y estamos de acuerdo, pero las verdaderas razones de mi conducta no se les alcanzan. Les parece bien que no me haya sometido a Cayetano, y me admiran porque soporto la miseria. Más aún: no tienen de mis hermanas, sobre todo de Clara, buena opinión, porque las mujeres de ellos trabajan y ayudan a llevar la casa sin protestas, como cosa natural, en tanto que mi hermana no lo hace así. Bueno, reconozco que Clara trabaja, pero su trabajo no se ve o no se aprecia.

Hizo una pausa.

Además -continuó-, todo el mundo sabe que es ella la que compra el anís para mi madre, muchas veces sin dinero, y que soy yo quien tiene que pagarlo, siempre con vergüenza.

-También Clara puede tener sus razones.

-Quizá, pero no son justas.

-¿Lo son las tuyas?

-Eso creo, al menos. Y tú conoces el pueblo lo suficiente para comprenderlas. Porque en otro lugar no habría razón para que yo no trabajase. Y aquí mismo intenté hacerlo, poco después de nuestra llegada. Pretendí dar clases, una especie de escuela nocturna para muchachos. Pero un día se me presentó don Lino y me explicó que si no despedía inmediatamente a mis alumnos mandaría a mi casa a la Guardia Civil. Resulta que, según la ley, no puedo enseñar. Claro que, en otras circunstancias, don Lino no se hubiera metido en nada. Lo hizo obligado por Cayetano. Él supuso que acabaría por aceptar el empleo que me ofrecía y que, al aceptarlo, renunciaría a mi dignidad, como todos han renunciado. Es decir, que el día que le llegase el turno a cualquiera de mis hermanas, yo haría lo que los demás: no darme por enterado.

-El otro día aceptabas como una fatalidad el que Clara acabaría por entregarse a Cayetano.

-Sí; pero también dije que lo mataría. Ésta es la razón principal: la libertad de poder matarlo me cuesta soportar la miseria.

-Pues mira -dijo doña Mariana-, eso me hace más simpático a Juan.

-Reconozca, sin embargo, que nuestra simpatía no le resuelve nada.

-Si lo aceptase, yo podría inventar un empleo para él. Llevarme las cuentas, por ejemplo.

-No olvide que usted es la dueña de los barcos, es decir, que pertenece a la clase patronal.

-No sé que Aldán se haya metido nunca conmigo.

-Sin embargo, su papel de líder le impediría aceptar un empleo de usted.

-Eso sería un pretexto. La verdadera causa es el orgullo.

-Es probable. En cualquier caso, no me atrevería a servir de intermediario.

-¿También por orgullo?

-No precisamente, sino más bien... ¡Qué sé yo! Aldán es muy picajoso y más complicado de lo que parece. ¿Habría nada más fácil que callar lo del regalo de Clara y no venirme con explicaciones?

Doña Mariana mandó que preparasen a Carlos una merienda fuerte.

-No quiero que yayas tarde a casa.

Le obligó también a que llevase el coche.

-Tienes de sobra dónde encerrarlo. Mandaré que metan en él un saco de pienso, para que *Bonito* no te dé preocupaciones.

Carlos acomodó el caballo en una bodega cuya puerta abría al zaguán. La luz de carburo le permitía moverse fácilmente en aquellas tenebrosidades. Iba a cerrar cuando vio sobre un banco un papel, sujeto con una piedra. Casi se le cayó la lámpara, de sorpresa. Era un sobre cerrado, con su nombre y apellidos escritos a pluma. Lo abrió rápidamente.

Sr. D. Carlos Deza.

Don Carlos: Una servidora irá esta noche a devolverle el pañuelo.

Haga el favor de no cerrar la puerta, para que una servidora pueda entrar, y no pase cuidado, porque una servidora esta noche está libre. Servidora de usted, que le saluda,

Rosario Vienes

Letra grande y firme, aunque tosca; la ortografía, mala, y la firma, apoyada en una rúbrica retorcida.

Quedó perplejo, en medio del zaguán, y sólo se le ocurrió prender fuego a la carta y esperar a que se quemase. Miró la hora: pasaba un poco de

las ocho. «Esta noche» era un término muy vago. Podía llegar en seguida o tardar dos horas. Corrió a la cocina, cargó de petróleo un quinqué de los traídos por doña Mariana, lo encendió y lo colocó detrás de la ventana grande del salón; luego salió al jardín, sin cuidarse de la lluvia, y comprobó que se veía la luz desde la entrada del pazo, y más allá, desde la carretera. El camino era un puro lodazal, pero Rosario estaba acostumbrada y traería, seguramente, zuecas.

¿Dónde la recibiría? ¿En el salón o en el cuarto de la torre? Haría frío. Subió de dos zancadas y encendió la chimenea. Debía invitarla: ella lo había hecho también el día de su primera visita. Preparó la cafetera napolitana, tazas, azúcar, cucharillas, y lo puso en la bandeja traída por doña Mariana. Había sido muy oportuno el regalo. También había coñac. ¿Le gustaría a Rosario? Quizá mejor jerez y unas galletas. Lo llevó todo a la torre; dejó una luz prendida y la puerta abierta; bajó al zaguán y esperó. No pasaba de las ocho y media.

Estaba mal que le sorprendiese agitado. Debía recibirla con tranquilidad, o mejor aún, con frialdad; días antes, mientras los viejos *Galanes* le ofendían, ella no podía interpretarlo como hostilidad, menos aún como indiferencia. No tenía por qué devolverle el pañuelo; pero, determinada a hacerlo, le hubiera bastado con dejarlo en el banco donde él se sentaba ahora, sujeto por la misma piedra que había sujetado el sobre. Hacerlo personalmente, y a cencerros tapados, significaba amistad, quizá respeto, quizá algo más.

Por la puerta abierta entraba el viento helado, y se le envaraban las piernas. Tuvo que echarse al colete un trago de coñac, y, en vez de sentarse, pasear. «Esta noche» querría decir a las nueve. Los padres de Rosario se acostarían temprano, y, acostados, ella saldría por la ventana, y vendría sola por el camino, arrimada a los setos de zarzas para no ser notada. Como llovía, vendría envuelta en su mantón azul oscuro, y al llegar, antes de sacudirlo, las gotas de agua brillarían a la luz.

-Buenas noches.

Estaba en el umbral, vacilante.

-Entra. Buenas noches.

Fue hacia ella y le tendió la mano. Rosario, sin mirarle, buscaba algo bajo el mantón, quizá en el pecho. Sacó el pañuelo y se lo ofreció.

-Ahí lo tiene.

-¿Por qué me lo devuelves?

Rosario le miró fijamente.

-¡Señor! Tiene que ser.

-Como quieras.

Cogió el pañuelo y lo guardó.

-Bien. Entra.

-¿Para qué, señor?

-Estás mojada. Vamos, entra.

La empujó suavemente por los hombros. Rosario permanecía envuelta, casi embozado el rostro en el mantón, y las manos ocultas. Quedó en medio del zaguán.

-Creo -dijo Carlos- que la costumbre es dejar las zuecas aquí.

-¿Es que... voy a subir?

-Si quieres...

No respondió, pero dejó las zuecas debajo del banco y empezó a subir las escaleras. Carlos cogió la lámpara y la siguió. El mantón cubría casi por entero el cuerpo de Rosario; sus flecos excedían el borde de la falda, llegaban al tobillo.

Al cabo de la escalera, Rosario se detuvo. Intentó que Carlos pasara delante, y él hubo de empujar de nuevo.

-¿No cierra la puerta, señor?

-¿Para qué?

-¡Ciérrela! -gritó ella con un terror súbito; y antes de que él lo hiciera, corrió el gran cerrojo-. No debe dejar la puerta abierta -agregó.

-No pases cuidado. Aquí no vendrá nadie.

El aire estaba tibio en el salón de la torre, y las llamas se enroscaban y perseguían en el hogar. Rosario volvió a detenerse; miró alrededor.

-Acércate al fuego y caliéntate. Haré un poco de café. Ahí tienes galletas, si te gustan. Dame el mantón; lo pondremos a secar.

Fue a quitárselo. Ella no se había movido. No se movió. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabellera rubia le caía por los hombros.

-Estás muy guapa así, despeinada.

-Me deshago las trenzas en la cocina, antes de retirarnos, delante de todos. No me dio tiempo a hacérmelas después.

-Siéntate. ¿No te habrás mojado las medias? Puedes ponerlas a secar junto al mantón.

Lo colgó él mismo, frente a la chimenea, en el respaldo de una silla. Con el pretexto de preparar el café, volvió la espalda a Rosario. Ella se sentó, se quitó las medias y acercó al fuego los pies desnudos.

-Señor...

-¿Quieres algo? ¡Ah, te has descalzado! Espera. Traeré una manta para que te abrigues.

Ella protestó, pero él ya había salido. Regresó en seguida con la manta.

-Deja. No te muevas. Yo lo haré.

Se arrodilló y le envolvió las piernas y el cuerpo hasta la cintura. Ella no dijo nada: le miraba. Y Carlos, al sorprender la mirada, adivinó lo que iba a pasar, aunque no sabía cómo.

Estaba tranquilo. Podía moverse sin prisa, hablar de bagatelas, escucharla.

-Ibas a decir algo.

-Pedir perdón.

-¿Por qué?

-EL otro día, cuando el señor volvió a mi casa...

-¡Ah, el otro día! Fueron tus padres, no tú.

-Yo no podía decir nada. Quiero que el señor lo comprenda.

-Claro que lo comprendo.

-Yo hubiera dicho que sí de muy buena gana. Le estoy muy agradecida al señor de que se haya acordado de mí -sonrió-. Yo cerraría la puerta todas las noches.

En la cafetera napolitana silbaba un chorro de vapor. Carlos apagó el alcohol y esperó a que el café se colase. Luego lo sirvió y acercó las tazas.

-No está bien que el señor haga eso.

-¿Por qué?

-¿Tengo que decir por qué?

-No. ¿Te gusta con mucho azúcar?

Rosario estaba un poco embarazada. Alargó una mano hacia la taza.

-Así. Está bien ya, señor; gracias.

-¡Espera! ¡No lo bebas aún!

Pero Rosario ya se había quemado. Carlos rió, y ella rió también. Después quedaron serios, mirándose.

-¿Cómo te has atrevido a venir?

-Él no está esta noche.

-Pero venir sola, a estas horas...

-Nadie tiene por qué saberlo ni por qué hacerme mal.

-¿Querías sólo entregarme el pañuelo?

Rosario le devolvió en silencio la taza vacía.

-También quería contar algunas cosas, si el señor puede escucharme. No quiero que el señor piense mal de mí.

-¿Por qué he de hacerlo?

-Es natural que lo haga.

-Hay muchas más mujeres en Pueblanueva que han sido queridas de Cayetano.

-No me importan las otras; de quien tengo que dar razón es de mí.

-¿Y por qué a mí?

Rosario esquivó la respuesta y contó que, un día, su padre había dicho: «Están metiendo mucha gente en el astillero», y la *Galana* vieja había respondido: «Sí, mucha gente. A los peones les dan un duro de jornal». Días después lo habían repetido, y habían calculado los ingresos si el padre y los dos hermanos se empleaban. «Tres pesos diarios, que hacen dieciocho a la semana.» «¿Y por qué no se lo pides a Cayetano?» «¿Yo, mujer? Eso no es cosa de hombres.» Acordaron que iría la *Galana*. Otro día, de mañana, mandó a Rosario que dejase la labor. «Vas á venir conmigo.» Le aconsejó ponerse la ropa del domingo y cintas en la trenza, y

fueron al astillero. Cayetano las encontró a la puerta de la oficina, les preguntó quiénes eran y qué querían. «¡Ah, sí, los *Galanes!*» Las mandó pasar y escuchó a la vieja, mientras miraba a la joven. «Algo habrá, algo habrá.» «¿Quiere que mande a mi marido?» «No, ya iré yo una de estas noches a llevar la respuesta.» «El señor no tiene por qué molestarse.» «No es molestia. Después de la cena, siempre doy un paseo. Y esta moza, ¿cómo se llama?» Rosario no respondió. «Contéstale, mujer. ¿O es que no sabes hablar?» Dos noches después, Cayetano apareció en casa de Rosario, habló con los hombres y quedó en que irían al trabajo a partir del lunes. Se hacía tarde. «Si al señor no le parece mal, nosotros nos retiramos. Rosario puede hacerle compañía hasta que el señor quiera.» Cuando los viejos y dos hermanos se marcharon, Cayetano preguntó a Rosario dónde estaba su cuarto.

-¿Y tú?

-Yo, ¿qué iba a hacer? Era el trato. Lo sabía desde que mi madre me llevó con ella.

-¿Has llegado a quererlo?

-¿Yo, señor? ¡Así lo parta una centella delante de mí, la hija de mi madre ni llorará una lágrima! Una aguanta todo lo que él quiere hacer, que ya es bastante. Y no por una, que de una patada le hundo las costillas, sino por la casa y los viejos.

-¿Tan mal lo pasabais sin el jornal del astillero?

-¡No, señor! ¡Qué íbamos a pasar! En mi casa, gracias a Dios y a las manos de todos, se comió siempre, y no faltaron cien duros ahorrados para comprar una vaca. Fue la codicia. Ya veremos ahora lo que van a hacer, en esa casa adonde vamos, sin un pedazo de huerta, sin más que un patio para tener unas gallinas. ¡Ya echarán de menos, ya, la casa del señor, y la finca, y el ganado! Quince duros al año, y se quejaban. Ahora vamos pagando seis al mes. ¡Por un cuchitril lleno de humedad! Pero lo manda el amo.

-¿Y cuando él te deje...?

-Eso es lo que no piensan los viejos. Antes, por el aquel de la finca, no había de faltarme un marido. Ahora me sobrarán moscones.

-Yo sé que Cayetano, aunque te deje, no piensa permitir que nadie ande contigo. Dijo que ya tenías el hierro, como una vaca.

Rosario se estremeció, y un relámpago de ira alumbró sus ojos; pero fue un solo instante. Sonrió con dulzura. Alzó las manos en un gesto que concedía.

-Y una, ¿qué va a hacer? Si una tuviese hombres en su casa... Se levantó repentinamente. Sacudió la manta y quedó descalza sobre el entarimado.

-Es tarde, y esa ropa estará seca.

Sus pies eran menudos y -blancos.

Carlos cogió las medias y las palpó.

-Sí. Ya están secas, y también el mantón.

-¿Me las da, si hace el favor...?

Esperó con ellas en la mano hasta que Carlos dio la vuelta, sólo entonces se las calzó.

-El mantón. ¿Quiere ayudarme a ponerlo?

Vuelta de espaldas, con las manos alzadas, recogió el mantón por el borde y lo cerró lentamente sobre su cuerpo. Pero Carlos no lo había soltado. Sus brazos se cerraron también sobre el cuerpo quieto de Rosario, y ella no se movió.

-¡Dios mío! ¡Qué tarde tiene que ser! -dijo Rosario.

-Pasa de las doce.

Estaba transfigurada. Le bailaba en los ojos, le temblaba en las palabras una alegría entera, expresada en locuacidad y movimiento. Pero Carlos sabía que no era de amor, ni siquiera de las sensaciones que -según había confesado- experimentara aquella noche por vez primera, sino por la satisfacción de haber engañado a Cayetano, de haberse burlado de sus padres. Los había mentado con rabia triunfante, y había deseado que la vieran en los brazos de Carlos; que la viera todo el pueblo.

-Iré contigo hasta tu casa.

-¡No lo haga, señor! ¿Para qué va a venir? Sé el camino y no me pierdo.

-No sé qué me da dejarte ir sola a estas horas.

-Nada me ha de pasar.

Cogió el mantón y se lo ofreció a Carlos.

-Póngamelo otra vez, como antes.

Envuelta en él, se acercó.

-Mándemelo el señor, y me quedaré aquí para siempre.

-¿Estás segura de no arrepentirte?

-El señor no tiene más que mandarme.

Esperaba una respuesta, con la cara levantada y los grandes ojos azules quietos como aguas profundas.

-Piénsalo mejor, y si lo acuerdas así...

-Como el señor lo mande.

Descorrió el cerrojo.

-Cierre siempre la puerta, señor.

-Pero ¿por qué ese miedo?

-Al señor hay quien no le quiere bien.

Carlos alumbraba con la luz en alto. Llegaron al zaguán.

-¡Mis zuecas! ¿Dónde están mis zuecas?

Se abrazó a él y le miró. Había en sus ojos sorpresa y miedo real,

inmediato.

-Las dejé aquí, junto al banco. ¿Lo recuerda el señor?

-Míralas. Están junto al portón.

Alguien las ha cambiado de lugar.

-¿Alguien?

Se las calzó sobre los escarpines; resonó el taconeo sobre las piedras del zaguán.

-¡Váyase, señor! ¡Suba y cierre la puerta! ¡Alguien estuvo aquí esta noche!

Se acercó a él y le besó.

-Me daría mucho dolor que lo matasen.

Huyó corriendo; se perdió su sombra en el fondo de la vereda, envuelta en lluvia violenta.

-¡Espera, Rosario! ¡Voy contigo!

-¡No salga, por Dios! -respondió la voz lejana de Rosario, y con ella, el chirrido metálico del portón exterior al cerrarse.

Carlos entró en la bodega, por si hubieran robado a *Bonito*; pero el jaco permanecía en su rincón, bien trabado por la cuerda. Le palmeó y salió. Dejó abierto el zaguán, pero echó el cerrojo a la puerta de la escalera.

Quedaban en la chimenea unas brasas. Hurgó en ellas un rato, hasta avivarlas. Luego preparó café y bebió un largo trago de coñac. Pensó en acostarse, pero se había desvelado. Buscó unos leños y se sentó junto al fuego, en la misma silla que Rosario había ocupado.

Estaba un poco triste. Podía precisar con exactitud el momento en que la tristeza había nacido, tímidamente, en su corazón, y el esfuerzo por apagarla o, al menos, por disimularla, mientras Rosario estaba en su compañía, mientras su alegría tremenda resplandecía en sus palabras. Una alegría, sin embargo, intransferible, no de carne exaltada, ni de amor cumplido, sino de triunfo, y él se sabía instrumento: dócil, casi inactivo, bastante ingenuo. Ella lo había decidido, lo había planeado, lo había ejecutado. Probablemente, días atrás, mientras él discutía, en retirada, con el viejo *Galán*, ella, sin alzar la cabeza, sin abandonar las espigas, se regocijaba en su corazón y se determinaba a devolverle el pañuelo la primera noche que pudiese hacerlo. Había sido juguete de Rosario. ¡Oh, claro está, sin mala intención! Quizá ella hubiera pensado que si por parte de él no había inconveniente, si había pensado llevarla a su casa, bastaba con acercarse -no importaba el pretexto- y dejarse abrazar. Había elegido el momento. Había alzado los brazos, muy cerca de él, vuelta de espaldas, indefensa, como diciendo: «Ahora». Y él la había abrazado; dócil, sí, y, sin embargo, su excitación no era tanta que no hubiera podido dominarse y soltar el mantón mientras ella se envolvía. Después había sido algo distinto. Rosario había hallado algo nuevo, y estaba conmovida.

Volvió a beber coñac. La victoria sobre Cayetano era lo de menos. Casi no le importaba, aunque llegase a enterarse, aunque las gentes de Pueblanueva le saludasen vencedor. No le importaba. La tristeza le nacía como de una humillación; pero había algo más que no lograba aislar ni podía definir; algo que venía mezclado a la tristeza, una sensación como si aquello le hubiese separado de alguien o de algo, o como si algo se hubiese roto y él se quedase solo, aislado, reducido a sí mismo.

Abrió la ventana y se asomó. Una rama de tejo se balanceaba sobre su cabeza, hasta rozarla, y sacudía sobre sus cabellos gotas frías de lluvia. Soplaban un viento furioso, desconcertado; su fragor llenaba el valle y ascendía por las laderas; lo llenaba todo, asumía en su seno todos los demás ruidos. Le pareció que, en medio del estruendo, una flauta sonaba con música alegre, un si es no es burlona; pero fue sólo un instante. El frío de la noche sosegó su sangre. Sintió necesidad de entenderse, de ver con claridad, reducido a sistema riguroso de causas y efectos lo acontecido en las últimas horas; y junto al fuego pensó largamente, frenando la imaginación para que la razón discurriese, fría, como si lo que analizaba no le perteneciera. Y así estuvo mucho tiempo. Cuando se quedó dormido en la misma butaca en que Rosario había estado, envuelto en la misma manta que la había cobijado, creía saber a qué atenerse, al menos en relación con todos sus actos desde su llegada a Pueblanueva. Quedaba un punto oscuro, que su análisis no podía desentrañar, porque a medias no le pertenecía, o así, al menos, lo creía él. Y si este punto correspondía a la intervención directa de una Voluntad Trascendente -podía admitirse como hipótesis de trabajo-, ¿cómo lo sucedido después le había llevado, paso a paso, a los brazos de Rosario? Al llegar aquí, Carlos se rió de sí mismo, se preguntó en seguida por qué se reía, y halló que desde un par de horas antes se había convertido en espectador de su propia vida y se portaba frente a ella como un lector de novelas frente al personaje; y que su vida, vista desde fuera, resultaba cómica, como un gato que se persigue a sí mismo. Pero halló también que, en el ejercicio del análisis, había desmenuzado los hechos de tal manera que los había destruido, y ahora podía contemplar los restos -aquel montón de datos para un médico- como si jamás le hubieran pertenecido.

XIII

Cuando se despertó había entrado la mañana. Abrió la ventana y contempló el valle, el pueblo envuelto en la lluvia, las aguas revueltas de la ría. Su casa estaba en silencio, como si el viento, al callarse, hubiera dejado una oquedad en que las ramas del tejo caían como vencidas o muertas.

Mientras se mojaba la cara, recordó sus conclusiones de la noche anterior. Le parecía ahora que, lógicamente, deberían seguirse de una determinación práctica, en orden a su conducta con Rosario. Podía suceder que apareciese por la puerta con el petate al hombro, como le había insinuado; o bien que se quedara con su familia, pero que alguna noche volviese a visitarle. En ambos casos *podía* rechazarla y quizá *debía* hacerlo. Prescindió, de momento del *podía*, y se quedó con el *debía*. ¿Por qué *debía* rechazarla? ¿Para evitar una situación comprometida o una relación sentimental indeseada? Es decir, ¿por conservar la libertad? Tenía que reconocer que ninguna de estas razones le importaba, y que su libertad, después del análisis, se mantenía entera. ¿Por qué, entonces? ¿Por miedo a Cayetano?

Había un punto oscuro, que la noche anterior permaneciera oculto -razonablemente, porque la noche anterior se había atenido a los hechos, y ahora no los analizaba, sino que se proponía una conducta-: ¿era posible todavía evitar los juicios morales, reducir el deber a pura conveniencia? Mas para ello tendría que prescindir del punto oscuro, tan atractivo para su curiosidad: como si algo se le ofreciera, secreto, y con sólo alzar la punta de un tapete quedase al aire, evidente. Sólo que aquello podía descubrirse sin quererlo, por su misma fuerza, no como acto deliberado, sino como tantos otros -bien conocidos, aislados, y estudiados, por lo demás- que parecían provocados desde fuera.

Debajo del tapete yacía el recuerdo de Clara y una extraordinaria, imprevisible noción cuyo nombre concreto rechazó de momento, pero aceptó en seguida; seductor, cargado de dramatismo, perfectamente delimitado, pero sin relación aparente con Clara. ¿Por qué la recordaba al mismo tiempo que el nombre del pecado? ¿Por qué aparecían juntos,

como dos huevos en el nido -juntos, pero sin rozarse?

«Dentro de cualquier ser humano -pensó- yace la historia del mundo. Si meto la mano en mi alma, puedo sacar, no ya este sentimiento de pecado, sino un hombre de Neanderthal, vivito y coleando, el mismo, probablemente, que se aterró cuando soñé con el Diablo y que sigue convencido de que el Diablo entró en mí y anda escondido por ahí dentro, haciendo de las suyas.» Pero el hombre de Neanderthal, de momento, no le importaba, y el sentimiento de pecado sí, considerado en sí mismo y en su relación con Clara; le importaba singularmente, y también el hecho indiscutible de que toda su trabajosa construcción nocturna, todo su exquisito sistema de causas y efectos quedase, de momento, alterado, quizá inservible. Sin embargo el sentimiento, casi la sensación del pecado, no le había invadido ni conmocionado, sino que permanecía distinto, casi aislado, casi en el aire, más como noción intelectual de un sentimiento que como sentimiento vivo. Algo así como una pieza que hubiera olvidado y que, aparecida, le obligaba a destruirla y a rehacerla.

Lo que sabía del pecado servía de poco. Para reconstruir su análisis, necesitaba un conocimiento teológico, aunque fuese somero -fue ahora no poseía- no porque fuese a creer en él, sino porque no podía lícitamente atenerse sólo a unos efectos psicológicos interpretados por una ciencia en la que tampoco tenía fe. ¡Menudo galimatías! Mientras tomaba el café, pensó que acaso el padre Ossorio pudiera informarle. El padre Ossorio era, sin duda, un pecador experimentado y sabio. Iría a verle, en seguida, aquella misma mañana, antes de que cualquier acontecimiento le distrajese, o de que el examen de sí mismo comenzase a aburrirle. Estaba, por lo menos, tranquilo, y su propio problema se había reducido a términos estrictamente intelectuales, sin que nada sentimental se mezclase, sin que nada turbio viniese a perturbar la fría meticulosidad de su análisis. Clara y el pecado. ¿Por qué Clara? La había deseado, quizá, un momento. Contaba poco en su vida -menos, desde luego, que Rosario.

Bajó las escaleras silbando.

-Buenos días, don Carlos.

Paquito el *Relojero* se hallaba en el zaguán, sentado en el banco, y con una especie de mesilla delante, llena de menudas herramientas. Tenía en las manos una maquinaria diminuta, que no soltó al levantarse. A su lado, sobre el banco, había un bulto grande, como de ropa, estaban también el bastón, la flauta y la pajilla.

Sonreía y parpadeaba. Sus ojos bizcos se movían rápidamente, como inquietos.

Carlos fue hacia él.

-¿Qué haces aquí?

-¡Ya ve! Me he cambiado de casa.

-¿Quieres decir que te has cambiado a la mía?

-Sí, señor.

Carlos rió.

-Bienvenido. ¿Es que quieres curarte?

Paquito retrocedió con aspavientos de susto.

-¡Ah, eso, no, señor! La primera condición es que no ha de intentar curarme.

-La primera condición del contrato de arrendamiento, ¿no es así?

-Bueno. Será eso.

Carlos se sentó a su lado, en el banquillo. Le dio un par de palmadas en el hombro; Paquito bajó la cabeza y dejó sobre la mesita el reloj en que trabajaba.

-¿Te han desahuciado?

-¿A quién? ¿A mí? ¡No, señor! Me he mudado de casa por mi voluntad.

-No lo entiendo.

Paquito le miró de soslayo, entre pícaro y temeroso.

-¿Tiene un pitillo? Le advierto que no vengo dispuesto a fumar a su cuenta; es que, como salí temprano del pueblo, no tuve ocasión de comprar tabaco.

Cogió el cigarrillo que Carlos le ofrecía y lo encendió rápidamente, sin mudarle el papel.

-Cayetano -dijo- me tenía disgustado hace tiempo, por la cuestión de ser unas veces criado y otras esclavo. Yo pasaba por todo: que se riera de mí y que me diese de patadas. Hay hombres que hemos nacido para que nos muelan a palos, y cuando es así, no hay qué hacer. Pero otras cosas no se aguantan.

Dio una chupada corta al cigarrillo, y luego otra. Miró a Carlos, esta vez de frente.

-Paso también por la cuestión de que me use de correveidile. Que si hoy iré a las ocho. Que si hoy no iré. Pero la cuestión de tenerlo a uno bajo la lluvia horas y horas, en una noche de invierno, no se le hace a un cristiano.

Hizo una pausa, como esperando respuesta o, al menos, una señal de comprensión; pero Carlos no se movió ni dijo nada.

-Usted no sabe lo que es una noche de invierno, lloviendo a chuzos, por esas corredoiras, y bien alerta, para cumplir con la cuestión del mandato sin que escape detalle. Y si hay que correr, correr; y si hay que esperar, esperar.

-No obstante, te quedan huelgos para tocar la flauta -respondió Carlos, con sonrisa avisada.

El rostro de Paquito resplandeció de alegría.

-¡Naturalmente! Usted la oyó, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y entendió lo que quería decirle?

-No.

-Si hubiera prestado atención a la cuestión de la flauta, no harían falta ahora estas explicaciones. La flauta decía bastante.

-Con el viento, no se oía bien.

-Eso debía de ser: la cuestión del viento. ¡Condenado ciclón! Entonces ya no hace falta explicar más.

-Creo que sí. No olvides que apenas oí la flauta.

Paquito se rascó la cabeza.

-Mire: no sé si me saldrá bien la cuestión de explicarlo. Pero la verdad es que, a eso de las nueve y media estaba yo sentado ahí fuera, debajo del alpendre, porque llovía, y empecé a pensar: si sigo con Cayetano, es cuestión de irle con el cuento. Pero, la verdad, no me parecía bien. Yo seré un loco, pero hay cuestiones en que la cosa está clara. Ir con el cuento, por esta vez, no era de hombre cabal. Y, entonces, empecé a dar vueltas a la cabeza; venga a llover y yo venga a pensar. Salí de aquí, dejé a la moza en su casa, y seguía pensando. Hasta que, por fin; se me ocurrió el arreglo. Por eso volví y toqué la flauta, para que usted se enterase. Si yo venía a vivir con usted, estaba obligado a usted, no al otro, y podía callarme. Me fui al astillero, puse la ropa a secar, y, en cuanto tocó la sirena, cogí el petate y me cambié de casa. Y aquí estoy. No tengo que contar nada a nadie. Es cuestión, en cambio, de guardar un secreto. ¡Ah! Y cuestión de una puerta. Usted tiene la mala costumbre de dejarlo todo abierto, eso no está bien, si no hay quien guarde la casa. Su padre, que en gloria esté, hacía igual.

-¿Le has conocido? -preguntó Carlos son sobresalto.

-Voy a cumplir cincuenta años para San Salvador: su padre se marchó del pueblo el diez de agosto de mil novecientos uno. Tenía yo dieciséis años, y ya estaba loco, pero sabía distinguir entre un hombre de bien y un hijo de zorra.

Puso una mano sobre el hombro de Carlos y le miró con afecto.

-Usted se parece a él. Cuando llegó al pueblo, lo dije: es igual a su padre. Le doy mi palabra de que no me alegré, porque los hombres de bien no prosperan, y, en este pueblo, menos. Ya me ve a mí: con más palos en el cuerpo que una estera.

Volvió a fumar profundamente.

-Buen tabaco. Ya ve: Cayetano, para dárselas de demócrata, lleva tabaco de éste en la petaca, y es el que ofrece; pero él fuma de macillo. A mí nunca me dio de los buenos.

Hizo con la mano libre un signo grosero.

-Ahora ya es cuestión de hablar mal de él.

-¿Sabe alguien que Rosario estuvo aquí anoche?

-Nosotros tres, y Dios. Se lo juro por las cenizas de mi madre.

Se levantó rápido, y se plantó delante de Carlos, con las manos juntas.

A mí puede creerme, don Carlos. Si fuera a decirlo a alguien, me hubiera quedado en el astillero. Pero ¡qué caray!, uno tiene derecho a ser persona decente.

Se puso, cómicamente, de rodillas.

-Le juro que no lo diré a nadie aunque me eche de aquí.

-Puedes quedarte.

Paquito dio a su voz entonación solemne, gravedad a su ademán.

-En ese caso, tenemos que tratar de la cuestión. Usted pone sus condiciones, y yo, las mías.

Señaló con un gesto el piso superior.

-Tiene arriba seis relojes antiguos, de buena marca. Todos están parados. Es cuestión de arreglarlos.

-¿Cómo sabes que los tengo?

-Ya le dije que dejar la puerta abierta es malo. Pero yo no robé nada. Yo no robo nunca. A mí, lo único que pueden echarme en cara es que una vez, hace años, fue cuestión de violar a una criatura. Está mal, dicen, y debe de ser así, a juzgar por los palos que me dieron y por los seis meses que pasé en el manicomio. También me emborraché muchas veces, pero de eso tienen la culpa los que quieren verme borracho. Nunca robé. Estuve aquí, di una vuelta por la casa, y dije: seis relojes mudos, ¡qué gusto oírlos, cuando estén compuestos, dar las campanadas a las doce, uno detrás de otro! ¡Tin, tin! ¡Tan, tan! Uno tiene carillón.

El de la consola grande. Cuando Carlos era niño, escuchaba las campanitas atraído por su son delicado.

-Otra condición es que no se preocupe de mí para nada. Soy un hombre libre. Como cuando tengo hambre, y duermo poco. Cuestión de cama no necesito. Ahí, en ese cuartucho, pondré mi tenderete. Unas veces trabajo y otras no: nadie tiene derecho a obligarme: y, cuando llega la primavera, me marchó. Al que no me deje marchar, lo mataré.

-¿Por qué?

Paquito quedó repentinamente serio.

-De eso ya hablaremos.

-¿Por qué no ahora? -y agregó Carlos, con gesto explicativo-: tengo derecho a informarme de mi inquilino.

Paquito pareció perplejo, pero sólo un instante. Corrió al banco, tomó el bastón y lo ofreció a Carlos.

-Naturalmente que tiene derecho. Es cuestión de que se entere de todo. En este bastón están mis secretos. Cada una de esas anillas tiene su rosca, y se descompone. Aquí guardo mis ahorros. Vea. Pesetas de plata y billetes. Cuestión de unas trescientas, en total. Para la primavera habré llegado a cuatrocientas. Y, aquí, están los avíos de coser: agujas, hilo, dedal... ¡Un hombre solo tiene que saber de todo! Cuando se me cae un botón, lo pego, y cuando se me hace un roto, lo coso.

Bajó la voz y miró alrededor, con precaución.

-Aquí tengo el retrato del Rey y de la Reina.

Sacó un recorte de revista ilustrada y lo mostró a Carlos.

-El Rey y la Reina. Don Alfonso XIII, que Dios guarde.

Rió y empezó a tararear la Marcha Real. De pronto, echó mano a la flauta y continuó la melodía, mientras recorría el zaguán con paso de soldado.

-Aún hay más. ¿Quiere desenroscar el puño?

Por seguirle la vena, Carlos lo hizo. Quedó en sus manos un frasquito de vidrio, lleno de un polvo blanco, cristalino.

-¿Qué es?

-El arsénico. Si mato a alguien, es cuestión de tomarlo y ya está.

-Pero ¿por qué has de matar a alguien? Eso es, justamente, lo que quiero saber.

Paquito se acercó desconfiado.

-Usted dijo una vez que podía curarme.

-Es cierto, pero no pienso hacerlo. Forma parte de tus condiciones.

-¿Me da su palabra?

Carlos tendió la mano. Paquito le miró, sorprendido, y tendió en seguida la suya, con regocijo.

-¡Esto ya es otra cosa, don Carlos! Usted me da la mano. ¿Sabe lo que quiere decir, entre hombres de bien? Yo lo sé. Secreto por secreto. Yo no diré a nadie que Rosario vino a verle esta noche, y usted no dirá a nadie... -se detuvo, e hizo sonar los dedos-. Lo sabe todo el mundo.

-Yo no lo sé.

-¿No sabe que tengo novia? La tengo. A mí me gustan las mujeres, pero ninguna se quiso casar conmigo. ¡Un loco! Pero soy un hombre, y una vez quise violar a una niña. Quedamos en que está mal, pero ¿no es uno un hombre? ¿No tiene derecho a una mujer, como cualquiera? ¡Un loco! Bueno. Una vez estaba en una romería, allá por Bergantiños, y fue cuestión de que me dieran vino para que les dijera un discurso de don Eduardo Barriobero. Me hicieron subir a una mesa, bajo un toldo, y les dije el discurso. Entero, con puntos y comas, bien dicho. Pero empezaron a reírse de mí, me tiraron botellas, me maltrataron, y me dejaron tendido en la cuneta, con la cabeza rota. Mire. Aún tengo la cicatriz.

Apartó el pelo y mostró una raya roja, junto a la sien.

-Fue cuestión de morir allí tirado, como un can rabioso. ¡Mala centella los coma! Me dejaron en la cuneta, sin que un alma caritativa me echase un poco de aguardiente. ¿Usted cree que hay derecho? Estaba sin sentido. ¿Para qué sirve la Guardia Civil? Allí me dejaron tirado, hasta que ella me recogió. Cuando cambia el tiempo, me duele la cicatriz.

-¿Y eso es todo?

Paquito se sentó, dejó la flauta y empezó a recomponer el bastón.

-Todo el mundo sabe en el pueblo la cuestión de mi novia, Cuando llega la primavera, me voy a verla. Compro una tela grande, de muchas flores, que es como a ella le gusta, y una caja de galletas, y caramelos, y me voy, porque ella me espera. Entonces me preguntan: «Paquito, ¿cómo sabes cuándo te espera?». Y yo les contesto: «Sois unos ignorantes. ¿Cómo saben las golondrinas cuándo es cuestión de emigrar?». Yo vivo tan tranquilo durante el año; pero, un día de primavera, siento como un golpe en las entrañas, y entonces ya sé que, desde aquel momento, ella sale todos los días al camino. Hago mis compras, lío el petate y me voy. Me voy cantando y tocando la flauta, por los atajos del monte. Cuando llego a su aldea, ella me está esperando.

-Probablemente, siente también el golpe en las entrañas.

-No lo diga de broma, porque es así.

Miró a Carlos de una manera especial, como de quien va a descubrir el quid de la cuestión.

-Ella también es loca -y, entre compungido y apresurado, agregó-: por eso no quiero que me curen. Si no fuera por ella, sería cosa de pensarlo. Pero, si me curo, ¿cómo sabré después que ella me espera?

Dejó sobre el tenderete el bastón recompuesto.

-Otro día le seguiré explicando esta cuestión. Para hoy ya fue bastante. Ahora, póngame sus condiciones.

-Una sola: que no te metas en mi vida.

Paquito sonrió. .

-Usted no sabe lo que dice. ¿Qué quiere? ¿Que le deje la puerta abierta? ¿Que no le cuente lo que sé? ¿Y que si alguien quiere matarlo, lo deje entrar? Hay, además, lo de las mujeres. A usted lo van a meter en muchos líos.

-Una sola mujer, y ya ha terminado.

El loco soltó una carcajada larga.

-Lo de ésa acaba de empezar. ¡No sabe usted con qué lagarta ha tropezado!

Se acercó a Carlos hasta casi hablarle al oído.

-Mire: yo, en cuestión de mujeres, entiendo poco. Tengo a mi loca, y como los dos lo estamos, nos entendemos bien. Pero algunas cosas me dan en las narices, y cuando me dan -en las narices, acierto. La *Galana* es de mucho cuidado; si no, al tiempo. En cambio, la otra...

-¿Quién es la otra?

-Clara.

-¡Ah, Clara! ¿Qué sabes de ella?

-Tiene buen corazón. Una vez vino al mercado, a mi garita. Me traía un reloj antiguo, a ver si se lo compraba. «Pero, mujer, yo no tengo dinero para pagártelo.» «Por lo que sea.» «Si quieres, déjamelos, y veré de venderlo.» Me lo dejó. Valía lo menos mil pesetas; un gran reloj. Lo limpié, lo

arreglé y fui a ver quién lo quería. Me ofrecieron veinte duros, y se lo vendí al de la gasolina por veinticinco. Cuando volvió Clara le dije: «Ahí tienes, esto me han dado, ni un real más». «Bueno. Toma para ti»; y me quería meter en la mano cinco duros. ¡Una pena de reloj! Está ahora en el comedor de Cubeiro. Lo hubiera comprado para mi novia, pero pensé que, en cuestión de relojes, no entiende, y que se lo robarían. Clara me quiso dar cinco duros de comisión. ¿No le parece de buena persona? Además -se apretó más todavía, habló más bajo- tiene mejor cuerpo que la *Galana*.

-¿También lo sabes?

Paquito rió con picardía.

-Las vi desnudas a las dos. Una vez Cayetano me mandó con un recado para Rosario, que se fuese acostando, y llamé a la ventana y se lo di. Me vinieron ganas de quedar y curiosar un poco, y por la rendija vi cómo se desnudaba y se miraba al espejo. Cayetano me cogió mirando, y me dio una mano de palos que me dejó baldado. Y yo le dije después: «Una mujer que se mira desnuda al espejo no es de buena ley». Estaba muy buena, ésa es otra cuestión, pero Clara no tiene nada que envidiarle.

Se detuvo, esperando a que Carlos le interrogase por Clara, pero Carlos se limitó a sonreír.

-Bueno. Un día por la tarde vine a ver los relojes. Había venido ya dos veces más, y andaba dando vueltas a la cuestión de arreglarlos sin que usted lo supiera, porque me daba pena que estuviesen parados. Entonces, sentí que venía alguien cantando por la escalera, y me escondí en una alcoba. Entró Clara y se puso a revolver en un armario, a sacar la ropa y mirarse al espejo con ella puesta por encima. De pronto empezó a desabrocharse. Yo me dije: «Va a quitarse la bata y ponerse otra», pero, ¡caray!, se quitó la bata y quedó en cueros. Nadie podía suponer que fuese de aquella manera. Pero ya ve, tenía el armario abierto y no se le ocurrió mirarse, como a la otra.

-Después, llegué yo.

-Pero Clara se había vestido.

-¿Oíste lo que hablamos?

-Cuando gritaban, sí.

-Entonces, sabes también que no me acosté con ella.

-De esa cuestión ya no puedo hablar, porque, cuando merendaron, aproveché para escaparme.

-¿Lo crees bajo palabra?

-¿Para qué va a darme palabra, si no me importa? Yo saqué la cuestión porque Clara es mejor persona, y, de cuerpo, lo- tiene más bonito. Puede hacerme caso, yo. no tengo simpatía por su hermano, ni la tuve por su padre, que, en cuestión de política, era un traidor. ¡Un hombre de su

cuna, con título de conde, acabar aliado con Cayetano! Tuvieron la culpa las mujeres.

Carlos se levantó, fue en silencio a la puerta y permaneció en el umbral unos instantes, mirando a la lluvia.

-Ven acá, Paco.

El *Relojero* se acercó tímidamente, con la flauta en la mano, sin sombrero. Le caían sobre la frente los cabellos mojados, y los ojos bizcos bailaban de inquietud.

-Dime, ¿eres un loco o un perillán?

Paquito rió con una risa afilada y humilde; llevó la flauta a los labios y tocó una escala.

-También puedo afinarle el piano.

-¿Eres un loco o un perillán?

-Mire, señor: todavía puede mandarme que me vaya, y me iré; pero si me pregunta si estoy loco, ¿yo qué voy a decirle? Llevo cerca de cincuenta años oyendo: «Estás más loco que un chivo». Los locos siempre se creen cuerdos. Cuando estuve en el manicomio, el único que se tenía por loco era yo, y ¡cuidado que allí había tipos como cencerros! De esas cuestiones, no entiendo; pero, si estoy loco, no quiero dejar de estarlo, y, si no lo estoy, me encuentro bien así. Cuando lo pienso, me digo: Paco, estás loco. Ahora que, en lo que cabe, soy una persona decente. Si es por eso por lo que me lo pregunta.

Carlos le sonrió y le palmoteó la espalda.

Anda, sube y empieza a afinarme el piano. A ver cómo lo dejas.

Había olvidado la expedición al monasterio y la consulta teológica al padre Ossorio. Bajó al pueblo. Doña Mariana le preguntó por qué había tardado, y él dio una disculpa. No dijo nada de Paquito, pero preguntó, en cambio, noticias sobre los Aldán.

-¿Qué hacía su padre? ¿Cuál era su papel en el pueblo?

Doña Mariana le contó en pocas palabras lo que sabía de los matrimonios de Remigio Aldán y de la situación de sus hijos.

-Eso me aclara algunas cosas de Juan. Pero ¿y su madre?

-Cuando se volvió gorda, el marido no le hizo caso, y se divirtió con otras. Ella se dio a la bebida.

-¿Fue usted su amiga alguna vez?

-De Remigio, sí; llegó a hacerme el amor cuando estaba soltero, y, después de casado, su primera mujer me visitaba. Pero a la madre de Juan jamás la he visto. Cuando venían aquí, no salía de casa, como si tuviera vergüenza. A Juan no le hablé jamás, y a Clara no creo haberla visto nunca. A Inés, sí. Un día le hablé, pero no me fue simpática. Me fastidian las beatas.

-No creo que Inés sea una beata corriente.

Aquella tarde, cuando ya habían merendado, llegó un chiquillo con el

recado de que la señorita Clara esperaba a don Carlos en la lonja. A doña Mariana le extrañó.

-Recuerde que le he prometido llevarla al cine el domingo, y que hoy es viernes. Querrá recordármelo.

Eso quería Clara, o, al menos, le sirvió de pretexto. Había hecho ya su compra de pescado, y esperaba arrimada a una columna, de espaldas a la luz y al griterío de las vendedoras.

-No se enojará la Vieja porque te haya mandado a buscar.

-¿Por qué había de enojarse?

-¡Hijo! Te tiene a su lado como si fueras un novio. En toda la semana no te he visto.

Parecía contenta. Pidió a Carlos que la acompañase hasta su casa, y durante el camino rió. Al despedirse, recordó el trato.

-Espérame a las cinco, en la plaza.

-¿Ya tienes tu traje nuevo?

-Un traje estupendo. No te avergonzarás de ir conmigo.

Marchó corriendo, sin darle la mano. De regreso, Carlos pasó por el Casino, y se acercó al rincón donde se jugaba al tresillo. Vio a Cayetano en la partida, y le saltó el corazón. Cayetano no le hizo mucho caso, ni los demás. Don Baldomero perdía doce duros, maldecía de las cartas, y se empeñaba en jugar todas las veces. Cubeiro, de mirón, bromeaba a su cuenta. Fue el único que, pasado un rato, atendió a Carlos. Lo llevó lejos de la partida, junto a la gramola, con el pretexto de que oyese unos discos recién comprados. Mientras sonaba el último tango, se sentó a su lado, y le preguntó qué tal le iba en el pueblo.

-Mire, aquí no hay más que dos soluciones: o conformarse, o hacer como si se estuviera conforme. Ahí tiene usted a don Baldomero: no puede ver a Cayetano, y por detrás lo pone verde, pero, cuando están juntos, parecen tan amigos, y se gastan bromas. A mí me pasa igual. Si ahora partiese un rayo al amo, bebería una buena copa a la salud de su alma; pero, entre tanto, hay que conformarse. El que se rebela es tonto o insensato. Esto aparte, le estoy agradecido, porque gracias a él, voy viviendo, y me sobra un duro para gastar en vino o en lo que se me antoje. Y, después de todo, nos quejamos de vicio. Cayetano exige lo que exigiría otro cualquiera en su lugar: que no se toque lo suyo y que se le obedezca, pero, fuera de eso, no se mete en nada. Si usted quiere robar, puede robar, con tal de que no le robe a él. Ahora, al que se mete en su vida, no se lo perdona.

-¿Me lo dice usted como consejo?

-Tómelo como quiera. Se lo digo porque, si es verdad que se queda aquí, como dicen, lo mejor será que sepa a qué atenerse. Pueden haberle engañado. Yo, que conozco el percal, le aseguro que, a Cayetano, el que se la hace, se la paga, tarde o temprano. Ahí donde lo ve tan

campechano, tiene muy mala leche. Y uno piensa, con razón: ¿Qué se gana metiéndose con él? Cada uno a su vida. Tenga en cuenta, además, que no le molesta que hablen mal de él; casi le divierte. Nos da esa libertad, y no podemos quejarnos.

El tango había acabado. Cubeiro cambió el disco.

-Lo más difícil de aguantar es lo de las mujeres, lo comprendo; pero usted no tiene hermanas, ni esposa, ni hijas. ¿Qué más le da que se acueste con ésta o con la otra? Por otra parte, a un hombre como usted no pueden gustarle las mujeres del pueblo. Digo para casarse, porque para lo otro cualquiera es buena, y lo mismo da que haya pasado antes por Cayetano. Lo que dijo el otro día de Rosario la *Galana*...

Espió el rostro de Carlos con mirada de través, como distraída. Carlos no pestañeó.

-... era un poco exagerado. Siempre dice lo mismo, pero es cosa de tener paciencia, porque, a los seis meses de dejarla, puede usted acostarse con ella, y yo también. Ha pasado siempre. Él sabe que, cuando anda con una moza, nos apetece a todos, y si dice lo que dice es por hacernos un poco la puñeta; pero no se sabe de ninguna mujer que haya vuelto con él después de plantarla. En estas condiciones, ¿qué necesidad hay de meterse en cuestiones? Es cosa de esperar.

Dio unas palmadas en la pierna de Carlos.

-Ya verá usted. Allá por el verano, llevaremos a Rosario de merienda.

En la partida, después de un rato de silencio, renacía el griterío. Don Baldomero aseguraba a voces que el tercero no sabía jugar, y que debía haber arrastrado. Cayetano le dijo que no sabía perder y abandonó la partida. Carlos le llamó.

-Oye, Cayetano.

Cayetano atravesó el salón y se sentó al lado de Cubeiro.

-¿Qué sucede?

-Tengo que decirte que, desde ayer, Paquito el *Relojero* vive conmigo.

Cayetano encendía un cigarrillo, pero, al oírle, detuvo la mano y le miró, inmóvil.

-Iba yo para casa, en el coche de doña Mariana, y le encontré esperándome. Dijo que lo había pensado bien, y que quizá le conviniera curarse, pero que, antes, quería saber si yo le merecía confianza, y que, por eso, si no me importaba, se quedaría a vivir en mi casa. Me hizo gracia, y le dije que bueno. Esta mañana, muy temprano, salió y volvió con su tenderete y su equipaje.

Cayetano encendió el cigarrillo. La sonrisa había volado del rostro de Cubeiro, y, por un momento, había mirado a Carlos con terror.

-Bueno. No me importa -respondió Cayetano después de una bocanada-. Ya te cansarás de él.

-¿Y va usted a curarlo? -preguntó Cubeiro.

-Haré lo que pueda.

-¿Dices que esta noche ya durmió en tu casa?

-Creo que sí. Estuvo lo menos hasta la una liado con un reloj. Quiere arreglar todos los que tengo.

Cayetano se encogió de hombros.

-Si me lo permites, considéralo como un regalo. Supongo que un bufón puede también regalarse.

Cuando Carlos llegó a casa, halló al loco ante el piano destapado.

-Esto me va a dar trabajo -dijo-. Aún no he terminado de limpiarlo. ¡Y cómo suena! Debe de hacer veinte años que no lo tocan.

Carlos examinó el trabajo y felicitó a Paquito.

-Le he dicho a Cayetano -añadió, sin transición- que estás aquí desde ayer, y que vienes a que te cure. No me desmientas.

Paquito, de pie, quedó pensativo.

-¿Y si al pasar el tiempo ven que sigo tan loco?

-No te importe. No sabemos qué pasará, ni lo que convendrá entonces.

-Eso también es cierto. Lo hizo para que no sospeche, ¿verdad?

-Y también para evitarte la paliza de despedida. -Dio al loco un puñado de cigarrillos-. Voy a leer un poco. Hasta mañana.

Paquito volvió a su faena, y, durante un rato, limpió cuerdas y las hizo sonar. De pronto, lo dejó todo y bajó al zaguán; se puso la pajilla, cerró la puerta y guardó la llave en el bolsillo. Llovía, pero salió como si tal cosa, un poco apresurado, hasta que, fuera de la finca, miró la hora y sosegó el paso. Fue un trecho por el camino. Luego, saltó un seto y corrió por los sembrados, sabiendo donde ponía los pies, como por vereda familiar. Cerca de la casa de Rosario, volvió a la carretera, pero con precauciones, emboscándose en la oscuridad de los zarzales. Abrió la cancela y entró en el corral. Estaba franca la media puerta, y, en la cocina, la *Galana* vieja fregaba la loza. Paquito se metió en el hueco de un castaño: era su escondite habitual, sabía cómo colocarse allí para esperar cómodamente. Vino un perro, saltó, recibió unas caricias y desapareció. La *Galana* salió con una vela, protegida del viento con la mano, fue al gallinero, permaneció dentro unos minutos; al regresar a la casa cerró la puerta. Paquito, entonces, volvió a mirar la hora. Era temprano. En estos casos, para no aburrirse, recurría a los recuerdos. Prefería los buenos, los de la loca de Bergantiños. Así, apoyado el traste en una raíz del castaño que era como una misericordia, la había recordado muchas veces. Las paredes de la oquedad le aislaban, le separaban de todo. Se echaba la pajilla sobre los ojos y dejaba que las imágenes reapareciesen, ordenadas por la memoria implacable, sin una deformación, sin una novedad. Se veía a sí mismo, engalanado de flores el sombrero, rociada de vino la flauta, caminando por los montes; y a la loca, que le esperaba al pie de un crucero y que empezaba a gritar cuando le descubría; que

corría hacia él, saltaba a su alrededor, reía, le abrazaba, y tiraba de él hacia la cueva del monte donde se escondían. Allí, la loca envolvía su cuerpo desnudo en las telas floreadas, se engalanaba el cabello con ramas de hinojo y flores de San José, comía galletas y reía, feliz, mientras él tocaba la flauta. A veces, los mozos de la aldea venían de noche. Querían burlarse, y una noche la habían violado, sin que Paquito, maniatado, pudiera evitarlo; pero al día siguiente, buscó un escondrijo secreto, como un cubil de fieras, y allí pasaban las noches, y desde allí oían los gritos de los mozos que les buscaban. La loca, entonces, se abrazaba a él.

Chirrió la cancela de la cerca, y los recuerdos se desvanecieron. La sombra de Cayetano atravesó tranquilamente el corral, hasta la ventana. Dio unos golpes en el cristal. Paquito se aplastó contra el fondo de la oquedad, y escondió la pajilla.

Cayetano repitió la llamada. Se abrió la ventana. La abrió Rosario, vestida.

-¡Hola! -dijo Cayetano.

Apoyó las manos en el alféizar para saltar, pero Rosario lo detuvo.

-No entre.

-¿Porqué?

-Porque no me da la gana.

Paquito sacó la cabeza del escondrijo, y la retiró en seguida, temeroso. Pero no podía permanecer acurrucado, porque las palabras, envueltas en el rumor de la lluvia, llegaban confusas.

Cayetano se había sentado en la ventana, el rostro endurecido.

-Le dije que no entre. Si se mueve, le doy con la tranca.

Fue a cogerla a un rincón. Cayetano saltó, le agarró la mano y se la retorció hasta hacerla soltar el garrote. Rosario se revolvía, quería arañarle, le rasgó la gabardina, mordió la mano que sujetaba su muñeca.

-¡Putal!

De una patada la arrojó al suelo. Cayó sobre ella, la golpeó hasta cansarse. Rosario gritó, gimió luego. Los puños cerrados de Cayetano caían sobre su rostro, sobre su pecho; caían ciegos furiosos. Se abrió la ventana del piso y la vieja *Galana* gritó:

-¡Rosario!

Detrás se movía alguien que preguntaba. La ventana volvió a cerrarse. La *Galana*, medio desnuda, bajó la escalera y abrió la puerta del cuarto.

-¡Ay, señor!

Gritó, pero no socorrió a Rosario, no sujetó a Cayetano. El Galán miraba por encima del hombro de su mujer. Los dos hijos escuchaban desde la cocina, mudos.

-¡Ay, señor! ¿Qué le hizo?

Cayetano, de rodillas, empujó el cuerpo inerte de Rosario. Le había roto la falda y la blusa, le había desgarrado las bragas, quedaban al descubierto la espalda, los muslos, el sexo. Cayetano se secó el sudor y escupió sobre la carne golpeada; escupió con desprecio, con saña.

-¡Señor!

La *Galana* dio un paso. El marido se acercó también.

-Le sangra la cara, señor. ¿Quiere un poco de caña?

Uno de los hijos corrió al vasar y trajo una damajuana. La *Galana* la ofreció, destapada.

-¿Quién estuvo ayer con Rosario? -preguntó Cayetano.

-¡Nadie, señor! ¡No salió de casa en todo el día!

-¿Quién vino a verla?

-Nadie, señor. Créamelo por el alma de mis difuntiños, no vino nadie. Se acostó temprano, porque el señor no venía. ¿Qué le hizo?

Cayetano había vertido aguardiente en el cuenco de la mano y se restregaba la frente arañada.

-¡Aaaj!

Echó un trago. Sus pies tropezaron con la tranca. Se agachó a cogerla.

-¡Ay, señor! ¿Va a pegarle más?

No le pegó más. Fríamente rompió la luna del espejo, golpeó la cómoda hasta quebrarla, la cama hasta hundirla.

-¡Ay, señor!

Saltó la ventana y se perdió en la oscuridad. Rosario permanecía derribada y quieta. Sollozaba. La *Galana* cerró la vidriera, atrancó las maderas.

Los hombres se habían sentado en la cocina. Miraban al suelo, en silencio. La vieja quedó en la puerta, puesta en jarras, de espaldas a Rosario y un temblor furioso en los labios.

-Mañana no podremos ir al trabajo -dijo uno de los mozos.

-No -respondió el *Galán*.

La *Galana* se volvió con rencor, hacia el cuerpo de su hija.

-¿Qué le habrá hecho?

Los hombres no sabían responderle. Arrastrando la pierna reumática, la vieja *Galana* entró en la cocina y se dejó caer sobre una banqueta.

-Iréis, al menos, a cobrar. Mañana es sábado.

Paquito había abandonado el escondite, había saltado la cerca, corría por los vericuetos, desalado. Miró atrás varias veces, y creyó ver la sombra de Cayetano, que también corría. Llegó al pazo sin aliento, entró y cerró la puerta. Había dos troneras en el zaguán, como es costumbre, y por una de ellas espía la vereda. Cayetano llegó corriendo, pasados unos

minutos; llegó, se detuvo frente a la puerta, y permaneció así un rato, indeciso. Dos o tres veces alzó la mano hasta la aldaba, sin llamar. Después paseó, y, por fin, con paso lento, se perdió en la sombra.

Paquito dejó la pajilla sobre el banco del zaguán, encendió una cerilla y entró en el cuchitril. Tenía empapada de lluvia la chaqueta: se puso otra, remendada, y subió, descalzo.

Al fondo del pasillo lucía un resplandor. Fue hasta la torre y entró en el estudio, sin llamar. Carlos leía junio a la chimenea.

-¿Qué se te pierde?

Sin responderle, Paquito se acercó al fuego y se calentó un poco. Le miraba, de vez en cuando, y reía.

-¿De dónde vienes?

-Cayetano acaba de darle a Rosario una buena tunda. ¡Mi madriña querida, en mi vida vi más palos! Cuestión de patadas, puñetazos, ¡yo qué sé! Y ella le zumbó también, mientras pudo.

Señaló la botella de coñac.

-Si me da un poco de eso... Estoy como una sopa.

Bebió de un trago y volvió a reír.

-¡Qué tunda, mi madre! Ella quedó como muerta. Ni a mí me pegaron nunca tanto. ¿Me da más de eso?

Bebió de nuevo y carraspeó. Se le encendían las mejillas y el alcohol le bailaba en los ojos. Buscó tabaco en el chaleco.

-Después, Cayetano vino corriendo, y estuvo para llamar, pero no se atrevió. Aún debe andar cerca.

Abre la puerta y búscalos.

-No sea loco. El nombre de usted no salió para nada. Fue ella, que le dio con la ventana en las narices. Es de mucho cuidado.

Carlos se levantó.

-Voy a verla.

-Yo no iría. Van a enterarse los viejos, y mañana lo sabrá Cayetano.

-¿A mí, qué?

-Yo no iría. Pero si va, no vaya solo, y lleve una escopeta. Es cuestión de defensa propia.

-No tengo escopeta.

-Lleve lo que sea, un cuchillo, unas tijeras. Y yo iré con usted.

-¿Para qué?

-Hay un perro que ladra. A mí me conoce: es cuestión de caricias. Los perros se llevan bien conmigo, ¿sabe? En general me llevo bien con todos los animales. Luego, viene la cuestión de la ventana: a usted no le abrirá. Además, no debe ir por la carretera, y yo puedo enseñarle los atajos.

-Habíamos quedado en que no te meterías en mi vida.

-Éste es caso de conveniencia. Si lo dejo ir solo, me quedo sin amo y sin casa.

Carlos paseó en silencio. Paquito, cerca del fuego, le miraba ir y venir. Tiritaba.

-Si me deja, bebo otro trago.

-Bueno.

-Estoy mojado hasta los huesos.

-¿No tienes con qué mudarte?

-Si vamos a salir...

-Espera.

Carlos salió, fue a su dormitorio y revolvió en sus maletas. Halló una linterna eléctrica y la probó. Volvió a la torre.

-Vamos.

-Póngase algo. Lluve mucho. Y lleve el cuchillo.

La boina y el impermeable, nada más. Nada más. Desechó la idea del cuchillo. Pero, ya en el zaguán, esperó a que Paquito explorase el jardín; y, fuera del pazo, le siguió por donde le llevaba, fuera de la carretera. El loco no permitió que encendiera la linterna; y cuando llegaron a casa de Rosario, volvió a esperar, hasta que Paquito hubo tranquilizado al perro; y saltó el seto por donde le dijo, y esperó junto a la ventana a que golpease el cristal con una piedra, suavemente. Una vez, dos.

-Déjalo ya. Debe estar dormida.

-Ya que estamos aquí...

Llamó de nuevo, y se escuchó el ruido de las maderas al abrirse. Carlos se alumbró el rostro con un destello de la linterna.

-Antes de salir, hágame una señal -dijo Paquito; y se refugió en el hueco del castaño. Sólo cuando vio que Carlos había entrado, y que la ventana se había vuelto a cerrar, echó mano de sus recuerdos.

Esquirlas de cristal cubrían el piso de la habitación; crujieron y se rompieron bajo los pies de Carlos. Quedó en el hueco de la ventana, retenido por Rosario, que sollozaba. Le había abrazado, sin decir palabra, y se apoyaba en su pecho. Olía toda ella a vinagre. Habló cuando Carlos encendió la linterna e intentó alumbrarla. Se cubrió la cara con las manos.

-¡Apague eso! ¡No quiero que me vea así!

Después le preguntó cómo había venido con Paquito. Y Carlos lo explicó.

-¿Por qué has hecho eso? -preguntó luego.

-Después de haber estado con el señor, no podía recibirlo.

-¿Por qué?

-No lo sé, señor. Por una cosa que me venía de dentro. Sabía que me iba a pegar, y lo hice. Estoy contenta.

No le había soltado. Hablaba quedo, y sus labios, al moverse, rozaban como una caricia el cuello de Carlos.

-Mañana me pegaré con él.

-¡No lo haga, señor! -se apretó más-. Nadie tiene que saber que fue por usted. No quiero que Cayetano lo sepa. Que piense que fui capaz de echarlo sin ayuda de nadie. Déjeme ese gusto.

Rogó. También temía que Cayetano hiriese a Carlos a traición, o lo matase. Cayetano tenía mucha fuerza, y mucha gente dispuesta a ir a la cárcel por matar a un hombre si Cayetano lo mandaba.

-No quiero que le pase nada al señor. Tendría mucha pena.

-Entonces, vendrás a mi casa a quedarte.

=Tampoco, señor. Iré cuantas veces quiera, y pasaré allí la noche, si lo desea, pero sin que lo sepa nadie, como ayer.

-¿Vendrás mañana?

-Iré cuando me hayan pasado los golpes. Así no quiero que me vea. Tengo la cara hinchada y los pechos marcados de cardenales. Le mandaré recado por el *Relojero* cuando haya de ir. Ahora, váyase.

Abrió, con cuidado, la ventana; con la mano izquierda, mientras la diestra enlazaba a Carlos por la cintura. Carlos hizo la señal, y Paquito se acercó.

-No hay cuidado.

Saltó.

-Déjeme que lo bese.

Sangraban los labios de Rosario, y Carlos se sintió atraído, retenido, por el sabor salado. Quiso entrar de nuevo.

-No, señor. Hoy no.

Paquito tiraba ya de su chaqueta, y el can le olfateaba los zapatos.

-Tengo que ir al Casino -dijo Carlos a doña Mariana.

Había permanecido silencioso y, a ratos, abstraído. Ella le había preguntado, dos o tres veces, si le sucedía algo. Se le notaba la preocupación. Dio una vuelta por el muelle, bajo la lluvia, para distraerse. Cuando llegó al Casino, la partida había comenzado, pero Cayetano no estaba. Carlos se puso a mirar, y, a alguien que le preguntó, respondió que le convenía aprender el juego del tresillo, porque en algo había que matar el tiempo.

-Cuando quiera -le dijo don Baldomero-, viene usted a casa y le enseño. Lucía también sabe jugar.

Cayetano llegó un poco tarde. Parecía de buen humor, o, al menos, lo simulaba. No había puesto vacante, y se sentó al lado de Carlos.

-¿Qué? ¿Te acostumbras al pueblo? Esto no es corno Viena.

Carlos tuvo la sensación de que, detrás de la sonrisa, la mirada de Cayetano buscaba algo, quizá una certeza. Hubo de admitir que la educación inglesa de Cayetano no había sido inútil.

Vinieron en busca de Cubeiro, que jugaba, y Cayetano quedó en su puesto defendiéndole unas pesetas.

Ganó rápidamente. Cubeiro, al volver, prefirió tocar unos discos a

seguir jugando. Protestaron don. Lino y don Baldomero, que perdían.

-Para usted, don Baldomero, tengo una compensación -dijo Cayetano sin dar importancia a las palabras-. Puede acostarse cuando quiera con la *Galana*.

Carlos haba permanecido sobre sí, a la espera de aquélla o de otra manera de afrontar la cuestión. No se alteró. Los otros dejaron de jugar.

-¡Hombre! ¿Se ha peleado con ella?

-Le di anoche una paliza que la dejé baldada.

Don Lino jugaba un solo a favor, pero ni él ni los demás parecieron interesados.

-Cuenta, cuenta.

Cayetano rió. Dejó las cartas sobre el tapete, y sus manos empezaron a moverse, explicativas.

-Cuando uno pega a una mujer, es para hacer con ella lo que a uno se le ocurra. Y anoche tuve un capricho.

Acercó el rostro a don Lino y le habló al oído. Los ojos del maestro relampaguearon de lujuria.

-¡Qué bárbaro! ¿Lo hizo?

-Ella no quiso, y se me puso brava. Entonces, le di de palos. -¿Y después, le dejó?

-Ya no me importaba. ¡El gusto que da pegar a una mujer desnuda! La verdad es que me arañó y me mordió. Miren...

Mostró la mano, amoratada en un lugar, y el arañazo de la frente.

-Pero, en lo gordo de la faena, las heridas no duelen. Le di de veras, hasta sudar; la dejé tirada y me dio asco. Se acabó Rosario. Y como la tengo pagada hasta fin de mes, he pensado...

Se volvió hacia el bar y gritó:

-¡Chico! Tráete unas cuartillas.

Corrió el chico del bar con lo pedido. Cayetano continuó, mientras escribía.

he pensado en extenderles unos vales, a los que quieran pasar con ella una noche. A usted, don Baldomero, desde luego. ¿Y usted, don Lino?

Agitaba la cuartilla escrita y la pasó por las narices estupefactas, abiertas de esperanza lujuriosa, del boticario y del maestro. Sonreía. Dominaba la situación.

-¡Hombre, Cayetano...!

-¡Pero ella, a lo mejor...!

-¡Sin miedo! La tengo pagada hasta fin de mes, y si se niega le planto fuego a la casa. Es decir...

Se interrumpió.

-... bueno. Fuego a la casa, no, que tiene dueño.

-Otra paliza -sugirió Cubeiro-. Me extiendes otro vale, y se la pego. No

debe estar nada mal, darle fuerte en las nalgas, con la mano bien abierta.

Alzó la suya y golpeó en el aire un trasero imaginado, apetecido acaso.

-Y tú, Carlos, ¿no quieres también un vale? A ti no creo que intente rechazarte. Eres su casero.

Almibarado, cortés, como si ofreciera un polvo de rapé, Carlos pasó a su terreno.

-No estoy tan seguro.

-Son dos autoridades, la tuya y la mía.

-La mía, no la ejerzo. Además...

-¿Qué?

-El juego, así, no tiene gracia. ¿Qué se ventila?

-¡Caray, don Carlos! -intervino, voceras, don Baldomero-. ¿Qué se ventila? ¿Usted ha visto bien a la *Galana*?

-No muy bien, pero no es suficiente. Al menos, para mí. Como regalo, no me parece aceptable, quizá porque mis ideas sobre la esclavitud difieren de las de Cayetano. Y como broma de casino, la encuentro poco pesada. Una cosa de éstas, se organiza para que el pueblo esté pendiente de ella mientras no se lleva a cabo, y para que se hable de ella durante cien años, después de realizada. De modo que, si ha de seguir el juego, les ruego que tengan en cuenta mi proposición, que es ésta: dos de nosotros, Cayetano y yo, por ejemplo, nos comprometemos a algo grave; mi vida contra la de él, o sus bienes contra los míos. Gano si la *Galana* rechaza al que se presente en su casa con el vale, o si paso en su cuarto más de una hora; pierdo si me da con la puerta en las narices, o si admite en su cama al que vaya con el papelito. De lo contrario, sin riesgo, sin emoción, la aventura no me atrae.

-¡Qué bien habla! -susurró el maestro.

Cayetano había escuchado sin pestañear, pero también sin que una sola señal de interés o enojo hubiera alterado su rostro. Sonrió al final.

-No tienes sentido del humor, Carlos.

-O quizá lo tenga, aunque distinto del tuyo.

-Lo que no me explico -terció Cubeiro- es su manía de tomarlo todo por lo trágico, don Carlos. Es como si yo tuviese un par de langostas o una empanada de lampreas que me hubieran regalado, y les dijera: Señores, a disfrutarlas.

-No consigo entender la identidad entre las lampreas de la empanada y esa moza que Cayetano acaba de ofrecernos.

-¿La identidad? ¿Qué es eso?

-¡Eres una bestia, Cubeiro! Identidad quiere decir...

La mano de Cayetano, extendida hasta la boca del maestro, le hizo callar.

-Has dado en el clavo, Carlos. Tú y yo no nos entenderemos jamás,

porque para mí, entre la *Galana* y una buena langosta no hallo diferencia. Es decir, hay una: el modo de deshacerse de ellas una vez disfrutadas.

-¡Enorme! ¡Enorme! -chilló Cubeiro, con grandes carcajadas-. ¿Y si fuera al revés?

-Si fuera al revés -le respondió Cayetano, calmoso, marcando bien las palabras-, te llenarías bien la boca con Rosario, hasta hartarte.

Cubeiro siguió riendo; rió más brutalmente todavía, pero, entre la risa, una leve mueca, un resplandor de odio fugaz, respondieron en vez de sus palabras.

-Hay que sacar ese solo; don Lino -dijo Cayetano, recogiendo sus cartas.

XIV

Planchar unas enaguas con tres palpaos de encaje no es nada fácil. Plancharlas con el encaje encañonado, más difícil aún, sobre todo cuando se ha perdido el hábito de planchar con delicadeza, cuando las últimas prendas almidonadas -las camisas de Juan, en el tiempo en que Juan las usaba- se han planchado hace bastantes años.

La verdad es que ni los hombres llevan ya pecheras planchadas, ni las mujeres enaguas de volantes. Clara las había hallado entre las ropas de doña Matilde, le habían gustado, se había enamorado de ellas y quería ponérselas. Puro capricho personal. Carlos no lo sabría nunca, pero si tenía un poco de interés, podía averiguarlo con sólo mirar: montada la pierna, el volante de encajes quedaría por debajo del borde de la falda, a media pantorrilla. No era un descoco, ni una postura indecente, ¡y hacía tan bonito!

Las tres de la madrugada, y le dolía la espalda de encorvarse y de cargar la fuerza del cuerpo sobre el brazo derecho. Había trasnochado toda la semana, se había quedado a coser, noche tras noche, en la cocina. Probablemente había adelgazado -bueno, eso no era muy grave-. Había terminado el abrigo y el traje; estaban ahora sobre su cama, doblados. Sólo faltaban las enaguas. Un poco más, y estarían a punto. Un poco más: quizá un cuarto de hora-suponiendo que no se agotase el carbón, que no se enfriase la plancha-. Se acercó al llar y sopló con fuerza; por la chimenea de la plancha salieron algunas chispas, pocas, y mucha ceniza. Esto se acaba. ¡Qué digo, un cuarto de hora! Ni cinco minutos.

Carlos no supondría jamás que lo hacía por él.

Era sólo una parte de lo que hacía, o más bien, de lo que pensaba hacer. Había proyectado muchas cosas, nada fáciles. En un principio, no. En un principio le había parecido suficiente una prueba manifiesta de gratitud -cualquiera-. Por ejemplo, si él quería besarla, dejarse besar. No proponérselo, pero sí darle facilidades, o sacar la conversación a cuento de algo visto en el cine. «Bueno, sí, pero sólo una vez, ¿eh?» Sólo una vez: esto se dice muy fácilmente y puede hacerlo quien no lleva dentro enormes ganas de besar. Por lo pronto, ¿qué pasaría después? No

mientras Carlos estaba junto a ella, y la abrazaba, sino más tarde, al quedarse sola y carecer de fuerzas para vencerse. Bien, pasaría lo de siempre.

¿Tendría que ser así, siempre así? ¿Tendría que ser así también con Carlos? Y él lo sabría, o, al menos, lo sospecharía.

Fue entonces cuando se le insinuaron los proyectos difíciles. No dejarse besar ni dar facilidades, ni hablar de eso. ¿Y si Carlos, en el cine, quería aprovecharse de la oscuridad? Al imaginarlo sintió repugnancia, no de sí misma, de Carlos. Podía pensar en él pidiendo un beso o besándola por sorpresa, pero no aprovechándose en el cine. Carlos tenía que ser de otra manera, y todo el interés que sentía por él nacía de esta seguridad. ¡Oh, si Carlos pretendiese lo mismo que los otros -lo mismo que el barbero, por ejemplo-, su simpatía se vendría abajo, y no volvería a mirarle a la cara! De modo que si estimaba a Carlos por su corrección -hubiera podido aprovecharse aquella tarde en que ella estaba inerte, y él lo sabía-, era justo que también ella fuese correcta. No sólo en apariencia, claro.

Tenía que cambiar, para poder decirle un día: «Oye, Carlos: aquello que te confesé una vez ya no existe, ya ha desaparecido, ya...». Cómo se diría con toda claridad, y, al mismo tiempo, sin mentarlo? «Ya no lo hago.» O quizá mejor: «Mira, Carlos: ahora, cuando me acuesto, me duermo tranquilamente, ¿sabes?». Él comprendería.

No sólo eso. Hablar mejor, pensar mejor. Lo de pensar resultaba más difícil, pero imprescindible: porque todo el mal venía de pensar; y el pensar, del desear. Pero ¿y si deseaba a Carlos? Esto iba a suceder necesariamente; más bien había sucedido ya. Sucedió incluso obsesivamente. Cuando le dijeron que «el médico del pazo andaba detrás de Rosario la *Galana*, y quería quitársela a Cayetano», le dolió el corazón. Después había pensado que Carlos era admirable, porque osaba lo que nadie había osado, quitarle una mujer al amo (en realidad, dos, porque también a ella se la había quitado); pero la admiración no le evitaba las imaginaciones de cada día. Carlos detrás de la *Galana*, Carlos rondándole la casa o quizá acostado con ella -entonces no era ya la *Galana*, sino ella misma, la imaginada: se volvía hacia la ventana y esperaba que se abriese y saltase Carlos por ella.

También todo esto tenía que cambiar. Pero ¿cómo?

La plancha se había enfriado; faltaba por encañonar un tercio del encaje. Por suerte, era de la parte trasera. Se puso las enaguas como un delantal, y caminó unos pasos: daba gusto ver el donaire con que se meneaban.

Se detuvo en medio de la cocina. «¿Y si acompañase a su hermana al monasterio?», pensó.

Todas aquellas muchachas que iban a la misa matutina con Inés y con

doña Lucía, estaban protegidas del pecado, lo había oído muchas veces. Se decía incluso que a toda mujer que no deseaba ser solicitada, un día u otro, por Cayetano, le bastaba con sumarse a ellas, ir a misa con ellas, rezar como ellas rezaban y hacer lo que hacían. A Clara no le eran simpáticas: las encontraba sosas, afectadas, hipócritas. Hacían dengues por nada y miraban a las demás orgullosamente, como si fueran de otra clase. Pero, a lo mejor, eran, en efecto, de una clase distinta -carecían de imaginación y dominaban el deseo, o quizá no lo sintiesen por estar también protegidas contra él-. Cómo podía ser, no se le alcanzaba, ni había sentido jamás curiosidad por averiguarlo, pero el hecho era cierto. Caminaban en grupo, muy de mañana, hacia el monasterio: parecían monjas, y la gente las miraba respetuosamente, como si lo fuesen. Cayetano no se había atrevido con ninguna -con Inés, meses atrás, y había perdido el tiempo.

Lo recordó. Inés no se había alborotado. De una manera sencilla, con palabras amables, había rogado a Cayetano que siguiese su camino, y Cayetano la había obedecido. Si esto podía hacerse con Cayetano, hombre de carne y hueso, resultaría más fácil hacerlo con una imaginación.

Pero ¿cómo decirle a Inés: «Quiero ir contigo»? Y si se atrevía, si Inés lo aceptaba, ¿cómo presentarse delante de las otras, que nunca la habían mirado bien? Sin embargo, tenía que intentarlo. Allá, en el monasterio, el padre Ossorio, que sería, seguramente, una especie de brujo, disponía de un poder especial para que las muchachas fuesen capaces de resistir a Cayetano. Las que querían, resistirle, claro.

(A lo mejor, su hermana no estaba enamorada del padre Ossorio. Se puede probablemente sentir entusiasmo por un hombre sin amarle. O quizá, al decir aquí amor, se quisiera significar un sentimiento distinto.).

Podía, por ejemplo, levantarse con el alba, dejarlo todo arreglado, y salir antes que Inés, ir sola al monasterio; y esperar allí. La iglesia es un lugar público, de donde no se echa a nadie. Ella se sentaría detrás y regresaría sola: pasados algunos días se atrevería a juntarse a ellas, a regresar con ellas. El padre Ossorio no podía darse cuenta de que había una más, y, si daba alguna bendición especial, o si hacía un exorcismo, también a ella le alcanzaría.

Levantarse de madrugada: a las siete. Y eran más de las tres.

Salió de casa con miedo; todavía era de noche. Se echó sobre la cabeza el mantón de su madre, no sólo porque llovía, sino porque, así, la confundirían con una aldeana de camino. Rodeó el pueblo hasta la carretera del monasterio: miró, de pasada, hacia la casa de Carlos, allá arriba, oscura, encaramada en lo alto de la enorme peña, medio oculta por los árboles sombríos. Le dieron ganas de subir, de golpear el portón y gritar a lo que iba -y escapar luego, claro.

No fueron más que ganas. Sus piernas caminaban independientes,

como si el cuerpo marchara sin relación con el pensamiento y la voluntad. Había veces que parecían cosas distintas, separadas. Siempre que trabajaba, el cuerpo hacía lo suyo, como desentendido de lo que pensaba o de lo que quería. Cuando las cosas venían de la mente, nunca llegaban al cuerpo, sino que quedaban como metidas en la cabeza, moviéndose allí, transformándose.

-A lo mejor, ahí es el alma.

En cambio, cuando surgían del cuerpo, cuando subían, ardientes, por el pecho y la garganta, lo encendían todo, lo trastornaban todo, también la cabeza, también el alma.

Si siempre fuese como ahora, no harían falta exorcismos ni bendiciones especiales. Pero lo de ahora sólo era posible al trabajar o al caminar. Cuando se ama, hace falta el cuerpo.

Pudiera ser que el exorcismo del padre Ossorio mantuviese la separación, crease una especie de prisión al deseo, o le impidiese nacer. Encerrarlo, sí: saber que está ahí, sentirlo vivo, esperar que un día pueda saltar y quemarlo todo, y que sobre fuego para dar. Pero matarlo, no.

-Yo no quiero ser monja.

Clareaba el alba por encima de los montes. Del fondo del camino llegaba el canto agrio de una carreta. Apuró el paso.

La carreta surgió en una revuelta; el carretero hablaba con dos mujeres cargadas de cestas.

-Buenos días nos dé Dios.

-Buenos días.

Iba a preguntar si faltaba mucho para el monasterio, pero no. se atrevió. Continuó de prisa. Había dejado de oírse la carreta cuando llegó a la playa. Las olas se estrellaban a un lado y a otro: veía sus crestas de espuma, alumbradas por la suave aurora, romperse y deshacerse sobre la arena; y, más allá, golpear con furia los acantilados y escalarlos. Las luces del monasterio brillaban por encima de la espuma.

Tuvo miedo otra vez, como si las olas de una y otra parte fueran a caer sobre ella, fueran a tragarla. Recordó la conseja de que, cierta vez, aquel camino entre la costa y el monasterio se había hundido, y que la mar había arrebatado a un tropel de peregrinos borrachos y pecadores: sus ánimas volvían, algunas noches, y cantaban su pena a lo largo de la playa.

Se quitó las zuecas y echó a correr, a riesgo de mojarse, hasta la cuesta que subía al monasterio; y, allí, siguió corriendo, como si algo la persiguiera. Llegó, jadeante, al atrio vacío. ¿Por qué tenía tanto miedo? Estaba sola, en la inmensa plaza de piedra, que, a la luz suave y cruda, parecía irreal. Dos o tres luces de las ventanas se reflejaban en las losas húmedas y era como si las perforasen y por el agujero saliesen llamas tenues, como de infierno lejano.

Le temblaban las piernas, le golpeaba el corazón. Dejó caer las zuecas y se santiguó.

-Esto sólo nos pasa a los pecadores. Ellas no tendrán miedo.

Ellas aparecerían pronto, silenciosas. Clara no quería que la sorprendiesen ni que la viesen siquiera. Miró a su alrededor. Al fondo del atrio, la mole inmensa del monasterio -monótona e inmensa, sin más que una puerta cerrada e innumerables ventanas- no ofrecía rincón para esconderse; a un lado, la iglesia se había abierto, y salían de ella un resplandor difuso y el lejano rumor de los frailes que cantaban. Se puso las zuecas y corrió, otra vez: corrió hasta la puerta de la iglesia, perseguida por el ruido de sus pasos. La iglesia estaba vacía, y algo la cerraba a la mitad: detrás cantaban los monjes, y el resplandor venía también de allí detrás. Se puso el velo, se arrimó a una columna y esperó mientras los frailes cantaban.

-¿Viene a oír misa?

Un fraile se había acercado, silencioso. Traía en una mano un libro y una vela encendida. Repitió la pregunta:

-¿Viene a oír misa, o quiere confesarse?

¡Qué raro! Se parecía a Juan. Juan, de viejo, sería así.

-Vengo a la misa, a esa misa...

-Entonces, baje a la cripta. Aquella puerta pequeña, a la derecha de la entrada.

-Gracias.

-Si quiere confesarse, yo estaré hasta las nueve.

Señaló un confesonario oscuro.

-Gracias.

La miró todavía con curiosidad, y luego se fue, se metió en el confesonario, y se puso a leer. Entonces Clara se dio cuenta de que los monjes ya no cantaban, y de que todo había quedado en silencio.

Bajó: con pasos cautelosos y lentos, con temblor en el corazón. Alumbraban la escalera dos candiles de aceite, tan altos y tenues que, más que alumbrar, creaban sombras a lo largo de las paredes húmedas y en los rincones polvorientos. A cada escalón, el golpe de la zueca resonaba, seco, bajo la bóveda, y escapaba, hacia abajo, como para anunciarla y precederla. Se descalzó las zuecas y descendió en puntillas los últimos escalones, y quedó sobre el umbral de la entrada, sobrecogida de la penumbra, de la soledad y del silencio. Sentía oscuramente que se hablaba delante de algo desconocido, quizá terrible, y todo su cuerpo se estremeció, y estuvo a punto de volver sobre sus pasos y escapar, escaleras arriba, fuera de la cripta y de la iglesia, lejos del monasterio, hacia lo que era suyo y no le daba temor: sólo un esfuerzo la detuvo y la empujó hacia dentro, y la ayudó a dominarse cuando sus pies pisaron el

suelo frío de la cripta y su mirada buscó dónde esconderse.

Era un lugar pequeño, abovedado, con unos bancos y un altar al fondo. Sobre el altar había una cruz delgada y unas velas encendidas: cortas y anchas, metidas en unos cuencos como tazas; el libro, cerrado, no descansaba sobre el atril, sino sobre un cojín. Y nada más: ni santos, ni flores.

Se refugió en el rincón más lejano, se arrodilló sin saber por qué, y así estuvo como queriendo esconderse y anularse, como si algo demasiado misterioso y grande, que su presencia podía estorbar, fuese a acontecer delante de ella: porque, en aquel silencio casi espeluznante, en aquella penumbra casi dramática, tenía que haber algo más que una misa para beatas; algo que exigía la transfiguración de los asistentes -en tanto que ella permanecía igual, y en vez de felicidad, llevaba miedo en el corazón, un miedo nuevo, sin nombre.

Se oyeron en la escalera los pasos de las que bajaban, y también eran distintos: pasos quedos y rítmicos, pasos respetables, como de soldados que marchan sin algarabía de música en la noche sin luz, en una tierra sin casas -mirándolo bien, eran vulgares pasos de unas gentes que bajan de dos en dos-; pero su ritmo volvió a sobrecogerla, y le hizo esperar la aparición de unos ángeles. Entraron, emparejadas, doña Lucía e Inés, Julia Mariño y Sarita Couto, Pepa Ferreiro y Rula Doval..., hasta catorce. No se habían transfigurado. Pepa Ferreiro seguía gorda, y, a pesar de la compostura, movía las caderas y se le meneaban las faldas al andar, como a una vieja. Se arrodillaron, se santiguaron, pero lo hacían de manera especialmente recatada y compuesta. Clara intentó imitarlas, pero no supo.

Sonó una campanita y entró un monaguillo seguido de un cura que no vestía como los otros, sino que se envolvía en una como capa verde; y entraba con las manos recogidas y la cabeza inclinada. Hizo una reverencia, subió al altar, dejó algo sobre él y bajó de nuevo. El monaguillo no estaba a su lado, sino lejos.

-Introibo ad altare Dei.

Ad Deum qui laetificat juventutem meam.

Habían contestado todas en voz baja y unánime. Clara se estremeció. Nunca había visto una misa así; la novedad la sacó de sí misma y de sus pensamientos, le hizo escuchar y ver solamente.

-Misereatur tui Omnipotens Deus...

El cura ascendió a las gradas, rodeó el altar y se volvió hacia ellas.

-Aufer a nobis...

Y, de pronto, Inés empezó a cantar.

-Kyrie eleison.

Las otras le respondieron. Clara intentó cantar con ella -en voz muy baja, como un susurro, para no ser oída-; pero lo que ella sabía era dis-

tinto: la misma música (¡Dios mío, cuántos años y cuántas vueltas desde el colegio!), pero cantada de otra manera. Todo era de otra manera. Cerró los ojos, quisiera cerrar los oídos. ¡Qué bien cantaban, qué dulcemente! También el cura cantó:

-Gloria in excelsis Deo.

Después, el coro. Y, después, el cura solo. Por último, Inés: algo que Clara no había oído jamás, que no recordaba del colegio ni de parte alguna -podía ser que, en los años que no iba a misa, las cosas hubieran cambiado.

-Timebunt gentes numen tuum, Domine, et omnes reges terrae gloriam tuam.

Aquello no le pertenecía. Tuvo la sensación creciente de robar algo, de que algo profanaba, y de que no le pertenecería nunca porque lo profanaba y lo robaba. Y también de que, aunque quisiera entrar, no podría, porque algo la retenía fuera y eso mismo se interponía como una valla que sólo dejase mirar, y escuchar.

El cura, después de leer en alta voz, se había apartado hasta la esquina del altar, y empezaba a hablar en castellano.

-Se dice en el Evangelio de hoy que «el reino de los cielos es semejante al fermento que toma una mujer y lo esconde entre celemines de harina, hasta que la hace fermentar toda». Es una parábola. El mismo Evangelio explica que Jesús «no hablaba a las turbas sino en parábolas, para que se cumpliese lo dicho por el Profeta: Abriré mi boca en parábolas, diré cosas ocultas desde la creación del mundo».

Tenía hermosa voz el cura -¿sería fray Ossorio?-, pero ella no le entendía. Y las palabras del fraile, conforme iba explicando, llenaban la cripta, entraban -seguramente- en el corazón de aquellas mujeres silenciosas y recogidas, lo alumbraban y llenaban de alegría; pero a Clara no la alumbraban, ni siquiera entraban en ella, sino que permanecían fuera, y la empujaban, la apretaban contra la pared como si quisieran expulsarla. Se esforzó en escuchar; en meter, a la fuerza, las palabras en su cabeza. ¿Qué era aquello, escondido por una mujer, que lo transformaba todo? El fraile hablaba del reino de los cielos, pero Clara se sintió señalada, como si el fermento fuese su pecado, e hiciese hervir todo su cuerpo y toda su alma en podredumbre. Esto le sucedía sólo a ella: ninguna de las otras guardaba nada en su corazón que pudiera pudrirse; y si el fraile seguía hablando así, comprenderían que se refería a la intrusa, que la señalaba; volverían las cabezas, la descubrirían en su rincón, acosada y acusada. Le dio vergüenza de que pudieran descubrirla y reconocerla como pecadora. Se levantó y fue hacia la puerta, pegada a las sombras, y subió la escalera. La voz del fraile quedaba lejos: ya no era más que voz. En seguida, volvieron a cantar.

Subió rápidamente, con las zuecas en la mano, sin respirar, como si

los versillos del Credo la golpeasen como látigos y fuesen a dejarla, desnuda y lastimada, sobre las escaleras de piedra. Entró en la iglesia y se sintió más tranquila. Había unas cuantas personas -aldeanas, envueltas en sus mantones, arrodilladas, con las cestas a su lado y las zuecas junto a las cestas-. No sabían, seguramente, cantar ni responder a los latines del cura; probablemente también tenían pecados. Eran como ella. Si les dijese: «Yo hago esto», le responderían: «Bueno, mujer; no haces daño a nadie». Se acercó, reconfortada. Una detrás de otra, esperaban el turno de la confesión. Avanzaban sin levantarse y arrastraban consigo las cestas, como temiendo que alguien metiese la mano bajo la cubierta y robase, quizá unos huevos, quizá uno de los pollos que alborotaban y que su dueña no conseguía hacer callar. Clara se arrodilló, última en la fila, y esperó también. El mismo movimiento de ánimo que le hizo sentirse igual a ellas, la empujó a hacer lo mismo que ellas. No tuvo que aguardar mucho, porque el fraile las despachaba rápidamente, con cortas penitencias que iban a cumplir junto a la columna más cercana, o frente al altar de la Dolorosa. Después, se colocaban las cestas en la cabeza, sobre un molido húmedo, y salían rápidas. El mercado empezaba hacia las nueve.

Hacía muchos años que Clara no se había confesado. Cinco, o quizá diez. Y no recordaba el rito previo. Hizo lo que había visto hacer a sus predecesoras: se arrodilló junto a la celosía, se santiguó en voz alta, para que el fraile la oyese. Y cuando le preguntó algo relativo al tiempo, no supo qué contestar. El fraile repitió la pregunta.

-No sé. Mucho.

-¿No eres de las que vienen a la cripta?

-Ésa es mi hermana.

-Entonces, traerás sin hacer el examen de conciencia.

-¿Qué es eso?

Se arrepintió de haberlo preguntado. Quizá el fraile la mandase a paseo.

-Es traer el recuerdo de los pecados.

-¡Ah! Entonces, no hace falta. No tengo más que uno, y no lo olvido.

Lo dijo. Precisó, requerida por el fraile, frecuencias y circunstancias. Esperó luego a que el fraile la increpase, al menos que le riñese. Pero el fraile no dijo nada:

-¿Me ha entendido usted? -se atrevió a preguntar.

-Sí. Te he entendido perfectamente.

-Y.. ¿no quiere saber también cómo empezó?

-Si quieres decirlo...

-Claro que sí. Hace bastante tiempo, cuando yo tenía catorce o quince años, me lo enseñó la hija de la portera, que era una niña escuchimizada que después murió tuberculosa. Entonces, no lo hice, porque no me

importaba. Pero, después, era yo mayorcita, lo recordé. Desde entonces...

-Sí. Ya entiendo.

-¿Tengo que contarle más?

-No.

-Y, ¿no me riñe?

-¿Por qué he de reñirte? Estoy aquí para perdonarte en nombre del Señor. Tienes que arrepentirte. Entenderás lo que es eso: un dolor de haber ofendido a Dios y un deseo de no ofenderle más.

-Pero ¿Dios se preocupa de mí?

-Naturalmente.

-No lo he notado nunca, ni me atreví a pensarlo. Claro que se cuida de mi hermana, pero mi hermana es buena. Yo, no. Nunca creí que pudiera importarle a Dios ni tampoco que pudiera ofenderle gran cosa, ¿me entiende? Como si no supiese que existo.

-Si es así, ¿por qué has venido a confesarte?

-En realidad, no vine a confesarme. Eso se me ocurrió luego. Yo quería meterme en el grupo de las que oyen misa abajo, y ser como ellas: me levanté temprano, vine aquí, y esperé. Pero tuve miedo, allá abajo, y escapé.

-¿Por qué tuviste miedo?

-¡Oh! Aquello es una especie de misa para santas, y yo no lo soy. No sabe usted cómo rezan y cómo cantan: parecen ángeles. No tenía nada que hacer allí. Además, el cura se dio cuenta de que había una pecadora, y empezó a hablar de mí. Me dio vergüenza.

-Y, cuando te acercaste al confesonario, ¿qué esperabas?

-Que usted me riñese; pero, no sé por qué, nadie me riñe. Yo pienso que si contase a Jesucristo lo que le he contado a usted, me echaría de su presencia.

-Por el contrario, Jesucristo te perdonaría.

-Entonces, tampoco me sirve.

-¿Cómo dices eso?

-Es la verdad. Necesito que alguien me saque los colores. Si no, seguiré lo mismo.

-Hay algo que quiero saber. Si no piensas en el Señor, ¿para qué necesitas que te perdonen tus pecados? Lo que tú haces, sólo es pecado delante del Señor.

Clara sonrió.

-Usted no entiende bien lo que me pasa. Hay un hombre, ¿sabe?, y quiero ser digna de él.

-Y, para eso, ¿vienes a buscar el perdón de Jesucristo?

Así debe de ser.

-Tienes que desear ser digna de Jesucristo. Justamente lo que esperas de ese hombre podría ayudarte a ser grata a los ojos del Señor.

Clara no respondió. El fraile preguntó en seguida:

-¿Me entiendes?

-No muy bien. Lo otro, sí lo entiendo. Si usted me perdona, me siento mejor. Hoy, cuando me encuentre con él, iré bien vestida, y le pareceré bonita; pero, si además de eso, estoy perdonada... En fin: no sé explicarme. Él también sabe que hago eso; se lo dije yo misma. Claro que, cuando se lo dije, no me importaba que lo supiera.

-Y él, ¿no hizo nada por curarte?

Clara se estremeció.

-¿Sabe usted quién es?

-Lo sospecho.

-Y.. ¿a mí, también me conoce?

-No, pero...

Clara se echó atrás.

-¿Qué te sucede?

-Tengo miedo. No le dirá usted nada.

-No puedo hacerlo, ni lo haría aunque pudiera. ¿No lo comprendes? Todo lo que has dicho aquí, se lo has dicho a Dios. Pero...

-¿Qué?

-Me gustaría ayudarte.

-¿Por qué?

El fraile retrasó unos segundos la respuesta.

-Debes saber que el Señor Jesucristo nos redimió conjuntamente y nos unió en su Cuerpo, y esto nos hace hermanos.

-Eso lo oí muchas veces, pero, lo que se dice hermanos, no los tuve nunca, ni aun los hijos de mi madre. De Inés, se explica: es una santa y tiene otras cosas en qué ocuparse, pero, el otro, no es un santo, ni mucho menos y tampoco hizo jamás nada por mí. Ya ve usted: si me hubiese dado unas buenas bofetadas a tiempo...

-O si te hubiese escuchado con amor.

-¡Quién piensa en el amor! De eso se habla, pero de boquilla. A mí me dijeron muchas veces que me querían, pero las trazas no eran de quererme.

-¿Tampoco él?

-Él no me da importancia, y esto es lo malo: si yo le importase, me hubiera avergonzado, me hubiera insultado. Pero me escuchó sonriente, y ni siquiera se le ocurrió lo que a usted, perdonarme. Por eso, lo que tengo que hacer es cambiar.

-Yo podía ayudarte.

-¿A que él me quiera?

A ser digna de Dios -y, como Clara no respondiese, el fraile continuó:- Puedo ayudarte a ser como tu hermana.

-No me interesa.

-No sabes lo que dices.

-Pero sé lo que quiero, y si fuera como mi hermana, le perdería para siempre.

Clara se levantó.

-Espera aún. No te he dado la absolución.

Pero Clara no le escuchaba. Caminaba ya, con paso firme, hacia la puerta.

El fraile asomó la cabeza, la miró con ojos angustiados. Cuando Clara salía, abandonó el confesonario y corrió tras ella. La alcanzó en el atrio.

-Escucha. Quiero ayudarte como sea. Soy... soy algo pariente tuyo.

Ella le miró con ojos entristecidos.

-No me fio de usted.

-¿Por qué?

Clara se encogió de hombros.

-¿Qué sé yo? Una corazonada.

El fraile fue tras ella hasta el camino. Allí le dijo:

-Puedes volver cuando quieras.

Clara bajaba la cuesta, apresurada. No volvió la cabeza ni dijo adiós. Ya en la playa, pensó que había perdido la mañana, y que la ocurrencia de venir al monasterio había sido estúpida. Sin embargo, se sentía apenada. No sabía bien por qué, pero la pena estaba allí, en el corazón, le subía a la garganta, y le daba ganas de llorar.

Cuando llegó a casa, Juan se había alborotado: gritaba desde la cama que eran las nueve y media y que el café no estaba hecho. Silenciosamente, Clara fue a la cocina y encendió el fuego.

-¿A dónde has ido esta mañana? -le preguntó.

-Por ahí...

Clara abrió la puerta de la sala, y entró -la sala enorme, vacía, desolada: no había en ella más que una cómoda vieja, y unas sillas desvencijadas-. El espejo de la cómoda era demasiado pequeño y estaba demasiado sucio para mirarse en él, pero le servía de pretexto. Entró y fue derecha al rincón de la cómoda; Inés, sentada junto a la ventana, leía o rezaba. No se movió ni alzó los ojos.

-Voy a salir.

Se plantó delante del espejo. Sólo veía en él un pedazo de su cuerpo que parecía el pedazo de un fantasma. Y no valía de nada acercarse o retirarse, porque, aunque el pedazo de cuerpo variase, el espejo daba la misma versión borrosa.

Se decidió.

-¿Quieres ver qué tal me sienta el abrigo?

-Bien.

La mirada de Inés la había rozado apenas, y volvía al libro de rezos. No había nada que hacer.

Bien mirado, rezar era más importante, y ella no tenía derecho a estorbar, a interrumpir a su hermana; pero sentía necesidad de que alguien le dijera que estaba guapa, que el traje y el abrigo le sentaban bien y que no se notaba que fuese un arreglo. Una persona de sensibilidad añadiría que las telas eran ricas. ¡Oh, cómo crujía la seda del vestido, cómo se había deleitado en el crujido mientras la vestía! Metida en aquel traje se sentía distinta.

Y los guantes. Inés no se había fijado, seguramente, en los guantes. Los había comprado el día anterior, le habían costado siete pesetas con cincuenta céntimos. No los había mejores, ni más finos. Negros, con un respunte blanco. Le venían algo estrechos, pero la presión de su piel sobre los dedos ásperos le recordaba algo así como un triunfo.

Había comprado otro par más: pardos, bastos, baratos; y se los había puesto en la cocina, mientras hacía la comida, y, sin quitárselos, había fregado la loza. Ahora estaban junto al rescoldo, colgados de unas astillas, a secar. Por tres pesetas con tres reales protegía sus manos de la suciedad. Quizá llegase a tenerlas finas.

Y unas medias de seda. No se atreviera a mostrárselas a Inés, menos aún a enseñarle las piernas así calzadas. Pero, en su cuarto, se había mirado mucho tiempo, había puesto el espejito en un rincón, a ras del suelo, y había caminado hacia atrás y hacia delante. En el espejo se veían los tobillos y las piernas hasta media pantorrilla. Estaba todo bien. Las medias de seda, saliendo de los zapatos negros de tafilete, altos de tacón, hacían linda la pierna y mejoraban la figura. Los zapatos le habían costado cinco duros.

-¡Dios mío, cuánto dinero en estas pocas cosas! ¡Y, a lo mejor, la semana que viene no hay qué comer!

Horquillas, un peinecillo y una cinta de seda para el pelo. El gasto total había ascendido a cincuenta y tres pesetas -hay que decirlo todo: se había comprado también unos sostenes blancos, con entredós. Los había azules y rosa, pero le parecieron exagerados y, sobre todo, no iban bien con el resto de su ropa interior. Cuando se los puso y se miró, sintió un cierto desencanto, porque no mejoraban nada: comparaba, de memoria, el perfil de su pecho con lo visto en los anuncios de algunas revistas: tan perfecto, que parecía imposible.

Cincuenta y tres pesetas, un disparate. Por la ropa sobrante de doña Matilde le habían dado, en el mercado, veinte duros.

Salió al pasillo. En su madre no había que pensar. Dormiría la mona, como siempre, o, si no dormía, peor, porque se irritaba y chillaba. ¿Y si, por casualidad, prestaba atención un momento? Entró.

-Mamá, voy a salir.

La madre estaba sentada en el sofá, arropada de una manta. Miró con ojos turbios y dijo algo que Clara no entendió. Olía mal.

-Mamá, si quisieras entrar en la alcoba, se ventilaría esto.

No valía la pena insinuarlo. La madre se incorporó y señaló el vaso y la botella.

-Te vas a morir, mamá. Estás muy mal.

Sirvió, sin embargo, un dedo de aguardiente y lo alargó a la vieja. Vio cómo lo bebía y escuchó su ronquido casi animal.

A una persona así no se le puede preguntar si una está guapa y si le sienta bien un traje.

Quedaba Juan. No se había levantado todavía, y quizá no se levantase. A juzgar por su humor de la mañana no debía de tener ni una perra. Juan era muy pundonoroso: jamás aceptaba una invitación. Pagaba su vino, y si no tenía con qué pagarlo, no salía de casa. Si tenía pitillos, menos mal; pero si no los tenía, gritaba con cualquier pretexto.

Probablemente no tenía pitillos.

Sin embargo, se acercó a la puerta y escuchó, y después de unos instantes la empujó suavemente.

-¿Qué se te pierde aquí? -gritó Juan.

En pernetas, arrodillado, recogía del suelo colillas y las colocaba sobre un trozo de periódico. Al entrar Clara, saltó a la cama y se tapó: todas las colillas cayeron.

-¿Ves? ¿Por qué no llamas al entrar?

-Perdona. Yo las recogeré.

Se agachó, pero no llegó a tocarlas.

-Huelen mal.

Juan la miró con desprecio.

-Date la vuelta mientras las cojo. Huelen mal, pero tengo que fumarlas. ¿A qué has venido?

¡Qué divertida cara, con el cabello alborotado, como una cresta roja!

-Voy a salir.

-¿Y qué? ¿O es que vas a pedirme permiso?

Clara, a pesar de todo, sonreía.

-Hijo, no encuentro a nadie de la casa que se fije en mí y me diga si voy bien.

-¿Y a mí qué me importa cómo vayas?

-Podía importarte. Voy a salir con tu amigo.

Entonces, Juan la miró con detenimiento.

-No te habrá dado también las medias y los zapatos, supongo. ¿Y los guantes? ¿Desde cuándo tienes guantes?

-Los he comprado con mi dinero. Son bonitos, ¿verdad?

Alzó los brazos y miró las manos, complacida.

-Acabaré rompiéndote una costilla.

-¿Por qué? Dinerito honrado. Me dieron veinte duros en el mercado por unas piezas de ropa, y aún me sobró algo para darte.

Arrojó sobre la colcha un duro de plata, y se acodó a los hierros de la cama. Juan se echaba sobre los hombros una chaqueta vieja. No cogió el dinero.

-Anda, hombre, no seas orgulloso. Puedes comprar tabaco. Te lo doy sin rencor.

-¿Para qué sales con Carlos?

-Me ha invitado. Piensa llevarme al cine.

-¿Y tú?

-¡Ah! Yo voy muy contenta. Carlos es buen muchacho.

Se sentó en el borde de la cama, sonriendo.

-No puede parecerte mal que vaya con él.

-No me fio de ti.

-¿Qué puedo hacer? ¿Robarle?

Juan movió la cabeza tristemente.

-No es eso. Puedes comprometerle.

-¿Por salir con él?

-Yo me entiendo, y tú también me entiendes. Pero te advierto que en cualquier caso, estaré de la parte de Carlos, y será a ti a quien rompa las costillas. Después no digas que no estás avisada.

Sobre la cama, cerca de la almohada, había un montón de cuartillas y un lápiz. Juan los cogió y leyó un rato.

-Déjame en paz.

-Todavía no. Ya que has hablado de eso...

-Lo hice para advertirte. Es bastante.

-Y yo quiero decirte que me gusta Carlos y que haré lo posible por ser su novia, y que no me importa lo que pienses.

Juan se incorporó violentamente y la agarró por las solapas del abrigo. La miró a los ojos unos instantes y la soltó luego, empujándola.

-¡Desgraciada! ¿Qué va a hacer una mujer como tú junto a un hombre como Carlos? ¿Piensas que puede casarse contigo?

-¿Por qué no? También tú lo has pensado alguna vez. ¡No lo niegues! Me mandaste a su casa a ver si le gustaba.

-¿A ti? Juan se echó a reír-. No fue a ti, sino a Inés. ¿Cómo pudo habérsete ocurrido?

Le siguió la risa, una risa venida de las entrañas; una risa asombrada, estupefacta y divertida.

-¡A ti! ¡Enviarte a ti!

Clara se sintió sacudida y despreciada, pero al mismo tiempo pensó que su hermano tenía razón, y que sólo a ella podía habérsele ocurrido -yendo Inés con ella, estando Inés allí, hermosa también y moralmente perfecta-. Ahogó la respuesta airada a la risa de Juan, y se encogió de hombros.

-El caso es que fui, y Carlos me gusta. Haberlo pensado antes. Es

decir, si no prefieres que me haga la encontradiza con Cayetano y le pida trabajo para ti en el astillero.

La mano de Juan se alzó para pegarle, pero Clara se la detuvo.

-No seas cobarde. Carlos no te estimaría por esto.

Puesta de pie soltó el brazo de Juan.

-Las cosas han cambiado. Hay algo que me interesa y quiero conseguirlo. No te pido permiso ni me importa tu opinión; pero si pretendes impedirlo, yo, a mi vez, haré un disparate. Verás lo que prefieres.

Fue hacia la puerta con pasos seguros. Antes de salir, se volvió a Juan.

-Y si necesito... eso, comprometer a Carlos, lo haré.

Salió al pasillo y cerró la puerta de golpe. Resonó el ruido en la casa vacía. Clara, taconeando, fue a su cuarto, se quitó los zapatos y los envolvió en un trozo de periódico. Se puso luego las zuecas y, con el paquete bajo el brazo, salió al corral. Lloviznaba. Pensó que apurando un poco el paso llegaría a la iglesia antes de que lloviese fuerte.

Pasó los grupos de mozas endomingadas que, como ella, iban al pueblo -al cine, también; quizá al baile-. Supuso que la miraban y que comentarían con sorpresa la novedad de sus ropas. No volvió la cabeza. Llegó a la plaza desierta. junto a la puerta de la iglesia, una vieja vendía castañas. Se acercó y compró de las asadas.

La vieja la miró con estupor.

-Vas muy guapa hoy, Clariña.

-¿De veras?

-Ya lo creo.

Guiñó un ojo.

-¿Tenemos novio?

Clara, sonriente, alzó los hombros.

-¡Quién sabe! No es tan fácil.

-Ya te va siendo hora. Has de andar por los veinticinco.

-Para febrero.

-A esa edad hace falta un hombre. Malo si no se tiene.

Clara se quitó las zuecas y las envolvió.

-Guárdemelas. Ya las recogeré cuando me vaya a casa. Dígame ahora -añadió con timidez- si le gustan mis zapatos.

Carlos pasó por el Casino para hacer tiempo. Esa explicación, al menos, se dio a sí mismo; y la aceptó sin gran convicción. Cuando entró y se acercó al grupo de tresillistas, un silencio forzado, algo así como un vacío con el que nadie cuenta y al que no sabe adaptarse, le advirtió que estaban hablando de él y que había interrumpido la conversación.

Miradas furtivas y frases del juego echadas como para tapar algo. Había un mirón nuevo, de cabello blanco y rostro joven -el mirar asus-

tadizo- que nadie le presentó, pero que, desde su llegada, empezó a moverse con desasosiego, acercándose un poco a cada movimiento, hasta que se colocó al lado de Carlos. Le dio un suave codazo y le habló al oído.

-Venga un momento, por favor.

Fueron al otro extremo del salón.

-Soy Padilla, el médico. Permítame que me presente.

Le tendía la mano.

-¿Cómo está usted?

-Perdone si no me presenté antes, pero...

Le sonrió con risa ancha e ingenua, un poco temerosa.

-... como decían que usted era un sabio, no sabía si me recibiría bien. Ahora ya sé que es usted un hombre sencillo. No le parecerá mal que se lo diga, ¿verdad? ‘

Carlos le disculpó y se disculpó asimismo por no haber pensado en su colega.

-Debemos de ser de una edad. ¿Dónde estudió usted?

-En Santiago.

-¡Ah, en Santiago! Yo estudié en Madrid. Viví allí desde niño. ¡Qué gran ciudad! Aunque, claro, para usted, que estuvo en Viena...

-También estuve en Madrid, y me gusta.

-Esto es el último rincón del mundo. ¡Ay, aquellos años! Lo que más echo de menos es el teatro. Yo era estrenista: iba siempre con entrada de claqué, y el día de *La ciudad alegre y confiada* llevé en hombros a don jacinto. ¿Sabe a quién me refiero?

También aquella conversación parecía urdida para tapar algo, o quizá para ganar tiempo.

-Comprendo que debí saludarle antes, sobre todo desde que supe que usted no pensaba ejercer aquí. Ya se habrá enterado: aquí se gana poco. Yo soy el forense, un sueldo de nada, y las igualas... A cuatro pesetas por familia. Menos mal que soy soltero.

Y nada de recetar específicos. Todo se resolvía con fórmulas magistrales -o no se resolvía.

-Ayer, sin ir más lejos, visité a una enferma. Usted quizá la conozca, una tal. Rosario la *Galana*. Contusiones por todo el cuerpo. «Hay que darle unas friegas con embrocación.» «¡Ay, señor, ¿no bastará con vinagre?» Que si eran pobres, que si la embrocación es muy cara. Todo lo más, algo que valiera seis reales.

-¿Por qué me lo cuenta a mí?

Padilla quedó parado.

-Se estaba hablando...

Miró a diestra y siniestra, y bajó la voz.

-Nadie cree que Cayetano le haya pegado por lo que dijo. Piensan que

usted anda por medio y yo quería prevenirle.

-¿De qué?

-Por la cara no van a hacerle nada, pero debe andar con ojo. Un escopetazo en la oscuridad y, después... no me gustaría certificar su muerte.

Señaló a los tresillistas, silenciosos bajo la lámpara verde.

-Algunos de éstos le tienen simpatía, pero ninguno se pondrá de su parte; por miedo. Yo mismo...

-¿También usted lo tiene?

-¿A ver? Le he contado esto por solidaridad profesional, aun-, que me pregunto cómo un hombre así se mete en estos líos. Es ponerse a nuestra altura. No debía venir al Casino, ni dar conversación a ninguno de esos tipos. En estos pueblos no se puede ser campechano, en seguida le toman por un igual. Aquí me tiene usted: tengo un carácter apacible y soy incapaz de enfrentarme a nadie: pues al mes de estar aquí ya me miraban por encima del hombro. Y no digamos Cayetano... Ése...

Hizo un gesto con la mano que podía significar cualquier cosa.

-Hágame caso. Guarde las distancias y..

Hizo una pausa. Desde la mesa más próxima no le podían oír. -... no ande de noche por las carreteras.

Le dio una palmada en el hombro y añadió en voz alta:

-Ya le digo: teatro como aquél no lo hay ahora. Ya habrá leído usted eso de *Bodas de sangre*. ¡Bah! Me gustaría verlo y comparar...

Le empujó suavemente hacia el centro del salón, y pasaron un rato. Padilla insistía en el recuerdo de *La ciudad alegre y confiada* y en la apoteosis de don jacinto, como la de un torero.

Alguien comentó:

-Ya le está colocando el disco a don Carlos.

Venía de la mar un viento helado. Carlos se metió bajo los soportales, y ascendió hasta la plaza. Eran las cinco en punto de la tarde en el reloj de Santa María. Se detuvo. Al otro lado, bajo el pórtico de la iglesia, Clara esperaba. Le había visto ya; se había apartado de la castañera y retrocedía lentamente hacia el fondo oscuro, mientras Carlos atravesaba la plaza. La castañera hizo un comentario, algo así como «¡Buena moza lleva!». Clara se había apoyado en las columnitas de la archivolta: sus cabellos rozaban los pies de la santa descabezada. Carlos se detuvo y la miró y remiró en silencio, sonriendo. Ella esperaba, sin moverse, como si de Carlos fuese a venir la condenación o el indulto.

-Pareces otra mujer -dijo él.

Le tendió la mano, y Clara se la apretó con fuerza, sin soltarla. -Es lo mejor que podías decirme.

Añadió en seguida, sin mirarle:

-Gracias.

Como si fuera a llorar. Carlos la cogió del brazo.

-Si es así, ¿por qué... ?

No se atrevió a concluir la frase, porque Clara no lloraba.

-He pasado la semana viviendo para esto. He cosido hasta las cuatro de la mañana y esperaba que alguien me dijera: Estás bonita.

-Debí habértelo dicho, porque es cierto.

-¡Oh, me has dicho algo mejor! Algo que no me atrevía a desear. ¿Comprendes? Pareces otra mujer. Parecerlo, ya es algo: casi como serlo.

-¿Es que quieres ser otra?

-Con toda el alma.

Abandonaron el pórtico. La castañera dijo: «¡Que se diviertan!» y volvió a sonreír.

-Esa mujer me dijo que estaba bonita. Antes se lo había preguntado a Juan y a Inés: no me hicieron caso. No me parece mal, porque ellos tienen sus problemas, y yo soy impertinente, pero les hubiera agradecido unas palabras que me diesen seguridad. Bueno, si en casa hubiera un espejo, me pasaría sin su opinión.

-¿Por qué quieres ser otra?

-La única persona que no necesita hacerme esa pregunta eres tú.

-Admito la necesidad de algunos cambios. Por ejemplo, no me gusta tu modo de comer.

-¿Sólo eso? -Clara rió y le apretó el brazo-. Es lo más fácil. Todavía recuerdo las buenas formas. Lo que pasa es que... me parecían inútiles.

Faltaba una hora para el cine. Carlos propuso meterse en alguna parte, y entraron en un medio bar, medio taberna, donde un grupo de obreros endomingados alborotaba alrededor de una timba de siete y media. Se sentaron lejos del bullicio, al extremo de una larga mesa de pino. Clara rechazó el ofrecimiento de tomar anís con el café.

-Es lo que bebe mamá, y me da asco.

Había una botella de *benedictine* que el tabernero destapó para ellos.

-Lleva en casa lo menos treinta años. Nadie pide de esto.

Apártela para nosotros. Cada domingo tomaremos dos copas.

-¿Quieres decir que saldrás conmigo todos los domingos? -preguntó Clara después que el tabernero se hubo retirado.

-Era el trato.

-Dime, Carlos, ¿deseas de veras que cambie? ¿Lo deseas lo mismo que yo? -dijo con vehemencia.

-Lo deseo en la medida que tú lo desees, y sólo porque tú lo desees.

Clara hizo un gesto de desaliento.

-No es eso lo que quería oír de ti.

-Entre nosotros, el trato es no mentirse.

-Por eso te confieso mi desilusión, en vez de ocultarla.

-¿Qué esperabas?

-¡Qué sé yo! Por lo pronto, que no te conformases con lo que has conseguido, que esperases algo más y quizá que me lo exigieses. Pero veo que lo que el otro día llamabas tu deber consiste solamente en evitar que me entregue a Cayetano. Bueno. Por ese lado ya no hay peligro.

Estaba evidentemente entristecida. Carlos se sintió un poco culpable.

-¿No se te ocurre pensar que te encuentre bien como eres?

-¡No digas eso! No puede parecer bien a nadie.

-Antes te dije: pequeños cambios. Creo que vendrán solos, sin proponértelos. Un traje bonito, como el que llevas, para que siente bien del todo requiere buenos modales, y no decir ciertas vulgaridades. Debo reconocer que hoy no has hecho todavía nada desagradable. Te estás portando de un modo encantador. Más aún: creo que te estás portando como la que verdaderamente eres. El saberte bien vestida te ha bastado para volver a ti misma, a la que fuiste antes.

-¿Antes?

-Sí; alguna vez, más o menos lejana. Si no fuese así, te sentirías embarazada; no sabrías ni llevar el traje.

Clara hizo un gesto con la mano.

-Bueno, Carlos. Me gusta que lo pienses, pero no es bastante. Hizo una pausa, le miró con mirada rápida, y añadió:

-¿Qué te parece Inés? ¿Te gustaría que fuese como ella?

-Inés me parece bien, pero, si fueses como ella, no estaríamos ahora aquí, charlando de estas cosas.

-¿Y las chicas que van con ella?

Apenas las conozco.

-Son honestas y buenas. Ninguna de ellas...

Bajó los ojos.

-Ya me entiendes.

-Supongo que la diferencia entre ellas y tú consiste en que sus pecados los sabe sólo el confesor, y los tuyos los conozco yo. Ahora bien: quiero hacerte comprender que, por esta única causa, no debes sentirte inferior a ellas, y menos aún a mí. Yo también tengo mis pecados. Acabaré por contártelos para que nos sintamos iguales.

-Gracias, pero no es lo mismo.

-¿Por qué?

-Si un día te casas, no te verás obligado a confesarte a tu mujer. Yo, en cambio, tendré que contar a mi marido...

Se interrumpió y añadió en seguida:

-No sé si podré hacerlo, porque me dará vergüenza. Por eso quisiera cambiar.

Sonaba el timbre del cine, anunciando la entrada, y, junto a la puerta, se agrupaba una clientela vociferante y confusa. Doña Lucía, emperifollada, y las muchachas que la acompañaban, desentonaban ligeramente del conjunto, y, sabiéndolo, se mantenían un poco aparte. También desentonaba Clara, y, además, sorprendía; la miraban con insistencia y cuchicheaban a su paso. Ella atravesó los grupos con la cabeza erguida, sin soltar el brazo de Carlos.

Había una cola delante de la taquilla. Carlos se sumó a ella.

-Deja -dijo Clara-. La taquillera es amiga mía y me dará las entradas sin esperar. Dame el dinero.

Entró por una puertecilla, y Carlos esperó. Doña Lucía le hizo, entonces, seña de que se acercara.

-¿Cómo está usted?

Ella se había apartado de sus compañeras. Le tendió la mano e hizo un gesto compungido.

-¡Ah, Carlos, Carlos! ¡Cómo me falla usted! -dijo en voz baja-. ¡Con qué mujeres se relaciona! Todo el mundo habla de la *Galana*, y ahora le veo muy amartelado con Clara.

-Está usted equivocada. Ni Clara ni...

-No se disculpe. Todos los hombres son iguales. ¡Y yo, que había elegido para usted una de mis amigas! Claro que son chicas de las que no van al cine solas con un hombre. ¡Aún si se hubiera fijado usted en Inés! ¡Pero, Clara!... No es que se sepa nada malo de ella. Sin embargo, para usted... ¡Tan vulgar! ¡Ande! ¡Váyase con ella! Ya le está esperando, y no parece haberle hecho mucha gracia verle conmigo.

El cine era una habitación larga y estrecha, con duras butacas de madera. Sobre la entrada, a todo lo ancho de la sala, una especie de palco avanzaba por encima del patio. Allí vio Carlos, acomodadas, a doña Lucía y a sus amigas.

-¿Por qué no has comprado entradas de palco? -preguntó a Clara.

-No quiero estar al lado de esas superferolíticas.

-Sin embargo, aquél es tu sitio.

-Otro día...

El público de las butacas alborotaba. Se tiraban cáscaras de cacahuetes, bolas de papel; se llamaban a voces; los niños de las filas delanteras disparaban flechas, se insultaban o se agredían. Un acomodador, vestido de mahón, daba gritos en vano. En medio del tumulto, se oía apenas la música de un disco.

Sosegaron al apagarse la luz. En la pantalla apareció Gary Cooper, oficial de lanceros bengalíes. Cuando mató, de un tiro, a una serpiente, todos exclamaron:

-¡Ooooooh!

Clara se había quitado el abrigo y lo mantenía doblado cuidadosamente sobre el regazo. Seguía la aventura de los lanceros con expresión apasionada, con ojos entornados y felices. También se admiró de que el protagonista matase a la serpiente, y se alegró de que Franchot Tone no muriese tan pronto.

-Los hombres ya no son así -dijo una vez, en voz baja, pero acercándose a Carlos, de modo que éste sintió en la mejilla el hálito caliente de las palabras.

Fue su único comentario. Al encenderse las luces, parecía transfigurada y dichosa. Pero, al salir, pasaron junto a doña Lucía, y se sintió mirada; arrugó la frente.

-¿Qué le importará a esa imbécil si voy contigo o no?

-Será que le gusta tu abrigo.

-No miró el abrigo. Me miró a mí. Ya verá ella...

Se colgó del brazo de Carlos y se arrimó ostensiblemente.

-Note importa que haga esto, ¿verdad? Quiero darle en las narices, aunque vaya diciendo por ahí que me entiendo contigo.

Y, de repente:

-Oye, ¿si estará enamorada de ti?

-No digas disparates.

-No me explico entonces por qué me miró con odio.

Después del cine, la gente se paseaba por los soportales, si llovía, o por el centro de la plaza, si hacía bueno. Las señoritas, por la derecha; las de medio pelo, por un lado o por otro, según su gusto; las artesanas, por la izquierda.

Clara explicó a Carlos el rito del paseo, y le pidió que, si no la llevaba a casa todavía, marchasen a otra parte.

-¿Volvemos a la taberna?

-Bueno.

Había poca gente. Pidieron algo de beber. Carlos llevó la conversación a la infancia de Clara. Ella contó algunas cosas del colegio de monjas en que había estado, un buen colegio. De pronto, un día, su padre había dicho que aprendería más en un Instituto, y la matriculó en él.

-Fue porque no tenía dinero para pagar el colegio, que era muy caro.

En el Instituto, Clara había descubierto que gustaba a los hombres. Los chicos le decían palabras brutales; los bedeles, con cualquier pretexto, se acercaban a ella y la tocaban con disimulo. Algunos profesores la miraban como se mira a las mujeres.

-Había uno, muy joven, que nos enseñaba latín. Era muy tímido, yo le gustaba, y todas las chicas de clase lo sabían. No me preguntaba la lección jamás, ni me reñía por mucho que alborotase. Una vez que lo encontré en la calle, se atrevió a hablarme, sólo para enterarse de dónde podía ver a mi padre. Le dije que fuese a la Gran Peña, porque papá no vivía

con nosotros, sino que conservaba su piso de soltero, donde no estaba nunca. No sé lo que le diría el profesor de latín; el caso es que papá llegó a casa furioso, y me prohibió que fuese al Instituto. Tiempo después supe que aquel sujeto tímido se había atrevido a reñirle porque me dejaba andar sola por Madrid, y que le había propuesto casarse conmigo. ¡Figúrate qué disparate! Yo no tenía más que quince años. De modo que no volví a estudiar.

Después había llegado la pobreza. El padre apenas daba dinero y se desentendía de la casa. Inés se pasaba el día en la iglesia, o en el antiguo colegio, donde las monjas la adoraban; muchas veces quedaba a comer allí, y aún pasaba semanas enteras, con cualquier pretexto.

-Yo la admiraba, porque era muy distinguida, y la envidiaba porque no tenía que trabajar, como yo, en la casa, desde que no teníamos criada. Sin embargo, yo encontraba natural que fuese yo misma la sacrificada. En cuanto a Juan, vivía como podía, y sólo venía a casa a dormir, cuando venía. Andaba metido en jaleos de estudiantes, y alguna vez lo habían detenido. Tuvimos que alquilar una habitación sobrante. Vivíamos frente a un cuartel de Caballería. La portera, cuando supo que admitíamos un huésped, nos mandó a un sargento de muy buena facha, que parecía un general, ' con su dolmán colorado y su gorro de húsar. Me gustó en seguida. Su habitación estaba junto a la mía, pared por medio, pero con las puertas muy separadas, porque yo, para entrar en mi cuarto, tenía que atravesar el dormitorio de mamá. El sargento, al poco tiempo, empezó a tirarme los tejos, a briscarme cuando estaba sola y a hablar conmigo con cualquier pretexto. Era casado y se había separado de su mujer, porque ella le engañaba. Un día me dijo que me quería, y yo lo mandé a paseo, y le amenacé con que le echaríamos de casa si volvía a decirme algo. La verdad es que me gustaba cada vez más y, de ser soltero, quizá me hubiera escapado con él, porque, casarnos, no nos lo permitirían por aquello de que él sólo era sargento. Después del repeluzno que le di, dejó de perseguirme, y se estuvo callado una temporada larga. No hacía más que mirarme, cuando nos encontrábamos. Un día, recibí una carta, sin firma, muy amorosa. Supuse que era de él, y no le di importancia. Siguió escribiéndome: al principio, cartas muy sentimentales que parecían copiadas de esos libros que se venden para que los soldados escriban a sus novias: yo las leía a solas, me reía de ellas, pero, en el fondo, me gustaba recibirlas. Más tarde, las cartas cambiaron de tono: decían que me deseaba y que acabaría por ser suya. Describía lo que haríamos, cuando me decidiese a irme con él; lo describía con pelos y señales, y si en un principio me dio repugnancia, acabé por hacer de sus cartas mi placer, y las leía una vez y otra, como alucinada, y lo que decía en ellas me andaba por la cabeza todo el día, de modo que parecía tonta. Hasta que por fin dio en golpear la pared,

quedamente, cada vez que me oía rebullir. Empezó a pedirme en las cartas que le respondiese del mismo modo; después, que hiciese lo que me indicaba, y yo estaba tan embaucada, que lo hacía, y de esto vino todo mi mal. No sé en qué hubiera terminado aquello, ni si, de durar, acabaría por volverme loca o por irme con él adonde quisiera llevarme, a pesar de ser casado. Papá no se ocupaba de nosotros para nada. Inés y Juan no parecían de casa. Mamá empezaba a emborracharse, y todo el trajín caía sobre mí. Un día me decidí escribir al sargento, y lo hice: una carta muy larga, que no me atreví a darle inmediatamente, que conservé mucho tiempo, pensando cada noche que la entregaría al día siguiente. Hasta que por fin se la dejé sobre la almohada, y aún le añadí un párrafo diciéndole que me llevase consigo adónde quisiera, que me iría con él. Aquella noche, no golpeó la pared: fui yo quien lo hizo, sin respuesta. Al día siguiente, se marchó muy temprano, dejando sobre la mesa del comedor un sobre con la mensualidad corriente y el aviso de que mandaría a recoger su equipaje. Esperé, sin embargo, que volviese a buscarme; lo esperé durante algún tiempo, y engañaba la espera leyendo sus cartas, hasta que un día las quemé todas y no volví a pensar en él. Pero el daño hecho ya no tenía remedio. Esto era ya cerca de la República. Andábamos, entonces, de cabeza, porque Juan se había marchado con unos estudiantes al Pirineo, no sé con qué pretexto, y se supo luego que se había sublevado y que había tenido que huir a Francia; gracias a esto no volvía a pensar en el sargento. Papá también andaba metido en política: iba y venía a Galicia, y una vez nos mandó mil pesetas, que mamá quiso guardar para ella, pero que yo le obligué a emplear en el pago de los alquileres atrasados, que eran no sé cuántos, y en otras deudas, ,v, lo que sobraba, para vivir. Tuvimos una trifulca horrible, pero mamá sólo se quedó con parte del dinero, y supe después que había enviado una cantidad a Juan, que lo pasaba muy mal en Francia, hasta que vino la República y Juan volvió. Por aquellos días, papá venía a casa con frecuencia, nos traía a veces dinero, y aseguraba que pronto dejaríamos de pasar apuros, porque sus amigos eran ministros y le iban a dar el oro y el moro; y Juan también andaba muy contento, siempre metido en líos, y, cuando quemaron las iglesias, yo sé que estaba en el ajo. Pero, de pronto, una noche vinieron a avisarnos de que papá se había puesto muy enfermo, y que fuéramos a su casa. Mamá dijo que no iba, mis hermanos tampoco, y yo, sin explicarme por qué, tuve que ir sola, de noche, a ver cómo mi padre moría. Después me enteré de que yo era, de los tres, la única legítima, y que resultaba su heredera, porque lo que quedaba de su fortuna, la casa en que vivimos ahora, perteneció a su herencia, y mamá no tenía ningún derecho sobre ella, ni los otros tampoco.

Hizo una pausa, y miró a Carlos tristemente.

-Esos dos, Inés y Juan, nunca me han querido bien por esto. Como si

yo tuviera la culpa.

Carlos afectaba no dar importancia a la historia. Comió algo y encendió un pitillo.

-No creo a Juan de mala condición. En cuanto a Inés, la tengo por persona caritativa y por encima de estas bobadas.

Clara sonrió.

-Sí, sí, bobadas.

Permaneció un momento silenciosa, y continuó:

-Lo mejor era marcharse de Madrid y veniros a Pueblanueva. Juan no quería, porque alguien le había prometido un destino; pero pasaban los días y no traía a casa más que esperanzas. En el barrio no había ya nadie que nos fiase, habíamos vendido todo lo vendible, y días hubo que pasamos con lentejas sin aceite. Inés lo aceptaba en silencio: jamás dijo una sola palabra más alta que otra, ésta es la verdad; pero Juan armaba los grandes bochinches, y con quien se las entendía era conmigo, porque mamá no quería saber nada: se metía en su cuarto, y si tenía anís, mejor. Hasta que un día me impuse: no había más remedio que largarse. Pero no era tan fácil, por la portera, que no nos dejaría sacar los muebles. Tampoco teníamos dinero para los billetes. Fue Juan quien los consiguió, de favor, y yo quien convencí al sereno, que era gallego, para que nos permitiese salir de noche, con lo que pudiéramos llevarnos. Aquello fue una juerga: yo echaba, desde el balcón, los bultos de ropa, y el sereno los recogía en la calle. Cuando todo estuvo fuera, bajamos en silencio, recogimos el equipaje y salimos pitando para la estación. Quedaba la casa abierta, con los muebles dentro, y la llave en la puerta. El sereno me dijo que me daba un duro por un beso, y yo se lo di, pero no quise el duro. ¿Qué iba a hacer? Se había portado bien. Pasamos en la estación lo que faltaba de noche, y parte del día. Juan marchó, y trajo unas pesetas que alguien le había prestado, y con eso comimos durante el camino. Pero, antes de salir el tren, apareció la portera, y nos armó el gran escándalo, que escuchamos como quien oye llover, porque no era cosa ya de avergonzarse. Hasta que por fin salió el tren... Bueno. Llegamos a La Coruña, y, para pagar los billetes del autobús, fue otra odisea. Aquí me tocó otra vez el arreglo, porque me fui a casa de un pariente de papá, y le dije lo que nos pasaba, y él, por evitar la vergüenza de que se supiera, según me dijo, me dio diez duros; pero la verdad es que, antes de dármelos, me preguntó mil inconveniencias, y me dijo que era bonita, y me dio a entender que podía venir a La Coruña cuando quisiera, que él me ayudaría.

Hizo un guiño y rió.

-¿Comprendes? Resulta que, delante de una chica guapa, no importaba el parentesco. ¡Hay cada sujeto por ahí suelto! Lo mismo dan marqueses que sargentos de Caballería. Menos mal que, de este manejo, yo

sabía lo mío; que si llego a ser inocente, y le hago caso, y me voy a La Coruña un día de éstos en que una está harta, me hubiera lucido. ¡Había que ver cómo me acariciaba, al verme llorar! Me dio asco, por viejo sucio.

Hablaba sin rencor, como si todos aquellos recuerdos la divirtiesen.

-Todas mis desdichas me vienen de tener el cuerpo bonito, y ya sé que si algún día me sucede algo bueno en este mundo, será por lo mismo. No sé si alegrarme o echarme a llorar.

Clara había apoyado la barbilla sobre los puños cerrados, y miraba a Carlos con ojos en que temblaba la resignación; desde los que pedía ayuda. Repentinamente dejaron de temblar, dejaron de pedir. Se hicieron más grandes y más hondos, se aquietaron, se encendieron de una luz distinta y nueva que los transformó, que transformó todo el rostro de Clara, como si hubieran lavado las señales de la sensualidad y del cinismo. La curva, un poco levantada, del labio superior, se enderezó, y por los labios entreabiertos respiraba con regularidad profunda y sosegada. Así un cierto tiempo inmensurable en que Carlos tuvo que disimular su alteración, en que tuvo miedo. «Si ahora cogiese sus manos, aquí mismo acababa una historia, y empezaría otra nueva.»

Considerada como paciente, Clara era perfecta: respondía a todas las preguntas, cualquiera que fuese su naturaleza, sin asomo de reserva o engaño. Como a Carlos le extrañase, ella le respondió:

-¿Por qué voy a ocultarte nada, si sabes lo principal?

A Carlos le importaba averiguar si la aventura del sargento había dejado alguna huella en el alma de Clara.

-Era un tío asqueroso -dijo ella-. Porque pensándolo bien, una se explica que cualquier hombre que está con una mujer, que la besa, haga una barbaridad; pero él no me había tocado jamás un pelo. Todo se lo inventaba, y luego me lo escribía para que yo lo imaginase también. ¿No te parece que un sujeto así no puede estar bien de la cabeza?

Odiaba su recuerdo. Comprendía que, por su influencia, algo se había torcido en su vida.

-Porque lo natural, creo yo, es que una chica piense en un hombre al que querer y con quien casarse, pero yo no lo pensé jamás. Los hombres siempre me han parecido una cosa necesaria, pero repugnante.

Dieron las nueve, y Carlos la acompañó a casa. Hicieron un alto junto a la iglesia: mientras Clara se ponía las zuecas, la castañera les preguntó qué tal lo habían pasado. Añadió, mirando a Carlos, que Clara era una buena chica.

-Porque ya ve, a pesar de ser hija de quien es, siempre trató a todo el mundo con llaneza.

Clara, riendo, le respondió que tenía menos dinero que todo el mundo.

-Otras hay -dijo la castañera- tan pobres como tú, y se creen marquesas.

Al llegar a la carretera, Clara se soltó de Carlos.

-Seguramente -dijo- nos vendrán siguiendo.

Caminaron, uno junto a otro, sin agarrarse. De vez en cuando, Clara miraba atrás.

-¿Ves? Ahí vienen dos.

Carlos miró también. Quizá dos sombras caminasen, efectivamente, a distancia y sin prisa. Carlos hizo un comentario; Clara no respondió.

Cuando casi habían llegado, Clara dijo:

-Has sido muy bueno conmigo, Carlos, pero...

-¿Hay un pero?

-Me hubiera gustado que me dijese lo que debía hacer, para esforzarme en hacerlo.

No esperó la respuesta, y salió corriendo. Desde la puerta, vio a Carlos, inmóvil, que le decía adiós. Ella alzó la mano, y entró.

Halló que Inés había hecho la cena, y la había dejado junto al fuego: un guiso de pescado y café con leche.

Clara sirvió a su madre y le dio de comer. Después volvió a la cocina y comió también. Fregó los cacharros y marchó a su cuarto. No sabía si Juan estaba en casa o no.

Tardó en acostarse. Sentada en la cama, pensaba que su deseo de cambiar no había encontrado la ayuda apetecida. Estaba como unos días antes, abandonada a sí misma. Y pudiera suceder que su deseo fuese una impertinencia, que no importase a nadie, ni nadie lo agradeciese. Evidentemente, a Carlos no parecía importarle gran cosa. Estaba claro que ella no le interesaba, al menos del modo que le hubiera gustado interesarle. Sentiría, acaso, algo de amistad, o un poco de compasión. Mejor eso, compasión. Quizás sólo porque era hermana de Juan. Carlos apreciaba a Juan, lo había defendido varias veces -los hombres siempre se entienden-. Lo que había hecho por ella se lo debía a Juan. Y también, probablemente, porque le divertían las cosas que le contaba.

Aun así, bien hubiera podido ayudarla. Darle un consejo, o acaso un remedio.

El fraile le había preguntado si Carlos no intentaba curarla; luego, lo que a ella le pasaba, o, más bien, lo que hacía, era como una enfermedad (lo había sospechado alguna vez). Y si era así, ¿por qué Carlos se mantenía indiferente? Quizás fuese porque siempre importa tener a mano a una muchacha que tiene una debilidad, por si se necesita de ella para un remedio.

Le costó caro aceptarlo. Razonaba en contra, diciéndose que Carlos era bueno, y que se había portado con ella como un caballero -«¿otra manera de indiferencia?»-, que era el primer hombre que la había tratado

como un ser humano -«acaso el modo verdaderamente humano de tratarme fuese el otro»-. Pero sus razones no prevalecían. Y aunque Carlos jamás hubiese pensado en ella como posible conquista, ella se sentía dolida, lastimada, por su actitud. «Te encuentro bien como eres...» ¡Al diablo! Ella no se encontraba bien así; amaba la limpieza, pero algo en ella no era limpio.

Y, sin embargo, la tentación que le nacía, ahora mismo, en las entrañas, llevaba el nombre de Carlos. No tenía nada para luchar contra ella, más que su voluntad. ¿Y si hiciese una promesa? Ir descalza en romería, a San Andrés, subir la cuesta de rodillas...

Cuando Carlos dio la vuelta, Cubeiro y don Baldomero se aplastaron contra las zarzas del seto, para no ser vistos. Cubeiro apagó el pitillo.

Dejaron que Carlos se alejase, y después regresaron por atajos.

-¿Qué? -les preguntaron en el casino.

-Tenía yo razón -respondió, satisfecho, don Baldomero.

Cubeiro se sentó, desalentado, y pidió un vermut.

-Hay que rendirse a la evidencia, señores. No le tocó un pelo de la ropa.

-Entonces, ¿por qué la acompaña? -preguntó el juez.

-Eso me pregunto yo: ¿por qué la acompaña?

-Supongamos que le hace la corte para casarse con ella.

Un coro de risas gordas respondió a don Baldomero.

-¡No sea imbécil, hombre!

-¿Por qué soy imbécil, vamos a ver?

-En primer lugar, porque don Carlos no puede ignorar la clase de pájara que lleva al lado. A no ser que el imbécil sea él, claro.

-¿Qué se sabe, en concreto, de esa muchacha? ¿Hay alguien que se haya acostado con ella?

-Hombre, eso nunca puede decirse con seguridad...

-Quizá en otra parte lo haya hecho, no aquí. Porque, señores, entre nosotros, apenas hemos echado la vista encima a una rapaza, cuando damos por cierto lo que no pasa de suposición.

-¡Bueno! Como usted sabe, esa chica tiene gustos populares. Le da por los marineros, como al hermano. ¿No lo comprende? -el juez se rió de su propia ocurrencia-. Él y ella se dedican a consolarlos; Aldán les promete el reparto, y ella, mientras tanto, se reparte entre ellos. ¡ja, ja, ja! Para salir de dudas, pregúntese al Sindicato...

-¡Hombre, eso está bien!, pregúntese al Sindicato. Propongo que el presidente del casino oficie a su colega de esta manera: «La junta directiva, reunida en sesión extraordinaria...». ¡Y le pondremos marco a la respuesta, para que no haya dudas!

Cayetano había permanecido silencioso y divertido. Fumaba y sonreía.

Cubeiro le interpeló.

-Tú, Cayetano, ¿no dices nada?

-A mí nadie me dio vela en este entierro.

-En materia de mujeres llevas la vela por derecho propio.

-Vamos, dé su opinión.

Cayetano arrojó la punta del cigarrillo y bebió un sorbo de vino.

-Sólo puedo decirles lo siguiente: Clara Aldán es una mujer guapa, con un cuerpo bonito. ¿No están de acuerdo?

-¡Hombre, claro! ¡Un cuerpo pistonudo!

-Uno de los mejores cuerpos de la villa, sin duda. Ahora bien: es notorio que jamás me acerqué a ella.

-Jamás.

-Si lo reconocen, ¿cómo es que nadie se ha preguntado la razón?

Miró a su alrededor. Nadie le respondió.

-De donde se deduce que siempre andan ustedes por las ramas, sin ir al fondo de las cuestiones. ¿Piensan. ustedes que hubiera dejado sin probar un bombón, sin más razones en contra?

-Siempre pensé que a las hermanas de Aldán, por ser quienes son, usted las respetaba -se atrevió a decir don Baldomero.

-¿Respetarlas? -Cayetano rió furiosamente-. ¿Por ser quienes son? Pero ¿imagina usted que me importa un pito quiénes son? ¡Dos hijas de puta, ni más ni menos! Usted es imbécil, don Baldomero.

El boticario bajó la cabeza.

A Clara Aldán, señores, no le he puesto los puntos por la sencilla razón de que esta casa no trabaja con material averiado. ¿Está claro?

Y añadió, entre triunfal y dogmático:

-Por mi casa no pasan más que virgos. O casadas -añadió, después de una pausa muy breve, mirando a don Baldomero.

El boticario recibió la mirada como una sentencia.

Carlos fue a cenar a casa de doña Mariana. Lo hizo en silencio, preocupado.

-¿Qué te pasa? -le preguntó la Vieja, a los postres.

Él tardó en explicarse, y lo hizo de manera retorcida, casi exasperante. No estaba disgustado según lo que se entiende habitualmente por disgusto, pero lo estaba porque algo no le había gustado.

-No entiendo una palabra, Carlos.

-Las relaciones entre personas -respondió Carlos- son de naturaleza moral. Los efectos que causan son también morales. Ahora bien, lo que hoy me ha disgustado de Clara no pertenece al orden moral, sino al estético. Es una chica que me impresiona patéticamente, pero con un patetismo melodramático. ¿Me entiende?

-No.

-Será que yo mismo no lo entiendo bien. Sin embargo, lo de *patetismo melodramático* no está mal buscado. Quiere decir que los motivos que me conmueven no son nobles y de calidad, sino vulgares. Compare usted la piedad que se siente por un mendigo y la causada por una gran desgracia irreparable. La primera tiene remedio, la otra no. Da usted dinero al mendigo, y deja de sentir piedad. ¿Me entiende ahora?

Doña Mariana afirmó, sonriente, y, mientras Carlos seguía hablando, no dejó de mirarle.

-Usted sabe de Clara lo bastante para comprender que todos sus problemas se resolverían con dinero; que si tuviese unas pesetas sería una chica como otra cualquiera, más o menos atractiva, y que usted y yo nos sentiríamos obligados hacia ella.

-Yo no siento ninguna obligación.

-Yo, sí.

-La que tú quieras inventarte.

Carlos hizo una pausa, antes de responder.

-Esto es más difícil de explicar y de entender, pero es real. Me siento obligado hacia Clara porque creo, a mi pesar, que yo estoy aquí, que yo he venido aquí precisamente para remediar su vida.

-¡Estás loco, hijo mío! -le respondió, riendo, doña Mariana.

-Si acepto que he sido conducido (y esto no me lo quita nadie de la cabeza), una de dos: o estoy aquí para hacer de Rosario la *Galana* mi manceba, lo cual, si Dios me ha conducido, resulta chocante, o para casarme con Clara. Son las dos posibilidades más inmediatas, y, al mismo tiempo, las únicas que he hallado. ¿Prefiere usted la primera?

Doña Mariana dejó de reír.

-Estás loco -repitió.

-Mi razonamiento es irreprochable. Tengo, sin embargo, que agradecer a la Providencia el que haya respetado mi libertad; porque, efectivamente, puedo desentenderme de Clara y quedarme con Rosario.

Hablaba seriamente, casi con gravedad. Doña Mariana sosegó la inquietud que le causaba, y siguió escuchándole.

-No crea usted que esta última elección sería caprichosa, y si me pongo a buscarle razones, la hallaría en seguida. Porque, ¿quién le dice a usted que esa chica, Rosario, no sea tan grata a los ojos de la Providencia que me haya elegido a mí para sacarla de su estado y llevarla por un camino más honorable? Ser mi querida es más honorable que serlo de Cayetano. En esto estará de acuerdo.

Doña Mariana respiró profundamente, como quien ve alejarse un peligro.

-Creí que hablabas en serio y me diste miedo.

-Pues no hablo en broma. Lo que sucede es que mi situación es bas-

tante cómica, o que yo, con mi manía de analizarlo todo, saco a relucir lo que de cómico hay en la situación. Sin embargo, vea usted: si aceptamos que la Providencia me ha traído...

-Pero ¿por qué insistes en eso? ¡No hay Providencia ni niños muertos! Has venido porque te dio la gana, y tus obligaciones, si las tienes, van por otro camino.

-Usted no cree en Dios, doña Mariana, pero yo, sí. Y, si no creyese, no estaría tranquilo. Dios explica muchas cosas que, sin Él, serían inexplicables.

-¿No será que te lo inventas, precisamente, para explicártelas?

-Le aseguro que no. He examinado todas las hipótesis, y ninguna me satisface. O aceptamos a Dios, o al Destino. Prefiero a Dios, que al menos, si me zarandea, me da a elegir. El Destino no da lugar a elección. El Destino diría: vuelve a tu pueblo para casarte con Clara. Y, en tal caso, ¿qué haría yo, si no deseo, no quiero o no puedo casarme con Clara? ¿Apencar con ella, aunque Rosario me gustase más? ¿Casarme con ella y tener a Rosario de querida? Sería feo, y muy gravoso para mi hacienda. No, no. O la una, o la otra. ¿A usted, qué le parece?

La dama se sirvió una copa de licor de café y la bebió de un sorbo.

-Perdona, hijo; pero, para escucharte con tranquilidad, tengo que tomar un trago.

-Écheme otro.

Bebió también Carlos y después rió.

-Tome a broma lo que digo, pero es la pura verdad. Rosario y Clara. O la una o la otra. La señora del boticario hubiera preferido meter entre las dos una de sus amiguitas, pero no espero que lo consiga. No me gustan. Son unas chicas muy hacendosas, muy modosas y muy puras, pero sin el menor atractivo.

-No olvides que también yo tengo mi candidata para ese tercer puesto.

-¡Su candidata, la linda, la delicada Germaine! Un fantasma es poca cosa para competir con dos mujeres de carne y hueso.

Carlos se levantó y cogió el marco de plata en que se guardaba la fotografía de Germaine. La miró un instante.

-Si el alma de mi padre vive en mí, o si heredé de él algo más que el nombre y estas narices, yo debería enamorarme de esta muchacha, como mi padre se enamoró de usted. Pero esta muchacha no existe. Es una oportunidad que la Providencia no ha querido darme.

-Puede forzarse a la Providencia -dijo doña Mariana con extremada energía.

-¿Qué quiere usted decir?

-Sólo eso, Carlos, sólo eso: que frente a la Providencia, y aun contra ella, está nuestra voluntad.

Carlos se acercó, se sentó en el brazo del sofá y le acarició los cabellos.

-¿Por qué me quiere usted tanto?

Doña Mariana no le respondió. Se dejó acariciar y cambió de conversación. Pero aquella noche tardó en dormirse. Pensaba en Clara, pensaba en que Carlos pudiera comprometerse con ella, quizá casarse. No por amor, naturalmente, sino por compasión, o por creer que fuera su deber... Podía metérsele en la cabeza, y, entonces, no tendría remedio.

Doña Lucía esperaba a su marido con la sopa servida.

-¿Vienes borracho? -le preguntó.

Él la miró, y se sentó sin responderle. Probó la sopa, y se quemó los labios.

-¡Siempre me pones la sopa hirviendo! -protestó; y ella le respondió:

-Vienes borracho.

Él revolvía la sopa con la cuchara, soplaba su contenido antes de sorberlo, y todo esto mantenía su mirada fija en el plato, como si verdaderamente le incomodase la temperatura de la sopa. Doña Lucía dejó de mirarle y se ensimismó también, atenta, no a la sopa, que no había probado, sino al vaso vacío que sus dedos hacían girar.

-Tu amigo Carlos es como todos. Le gustan las mujeres ordinarias.

-Sí.

No era más que una tísica. ¿Podía una tísica gustar a Cayetano sólo por el hecho de ser casada? Años atrás había sido bonita; ahora estaba demasiado pálida, demasiado delgada. Se le contaban las costillas.

-No me explico cómo un hombre así, de carrera, puede acompañarse de una mujer como Clara.

-Le gustará.

Para que una mujer guste tiene que haber un mínimo de carne; el gusto entra por los ojos, pero también por los dedos. Sus dedos se habían defraudado hacía mucho tiempo. A no ser que una tísica faltase en la cuenta y en la experiencia de Cayetano.

-En eso, en que le gusta, muestra su ordinariez: ¡un montón de carne con ojos! Como si el alma no contase.

¡El alma! Podía estar seguro de que el alma de Lucía no había atraído a Cayetano. Pero, entonces, ¿qué? ¿Si su mujer tendría encantos ignorados por él?

Apartó el plato y miró a su mujer con atención.

-Los que no buscan más que el cochino placer, como tu amigo Carlos...

-¿Qué sabes tú lo que busca?

Ni examinada con lupa vería en ella nada que no hubiera visto ya: un rostro fatigado, unos ojos febriles, un cuerpo flaco. Sí, y un alma; pero el alma no se toca, ni se ve, ni le encalabrina a uno, ni da ganas de saltar y de morder furiosamente. Cuando una mujer habla del alma es que lo

demás se acaba.

-Tú, además, no tienes por qué meterte en eso. Y, por si no lo sabes, te diré que unos del casino los han ido siguiendo, y Carlos no le ha tocado un pelo de la ropa.

-¿Es posible?

-Como lo oyes. Lo que se dice ni tocarla.

-A saber lo que hicieron antes. Por lo pronto, la llevó al cine.

-¿Y qué?

Entró la criada con una fuente de pescado al horno, y la dejó sobre la mesa.

-Trae el plato, que te sirva.

-¿Y tú?

-No tengo gana de comer. No me encuentro bien. Tomaré un poco de café con leche antes de acostarme.

-Tendrías que ir a la montaña una temporada.

-Lo que quieres es deshacerte de mí.

Don Baldomero se encogió de hombros y atacó el besugo. Al segundo bocado le brillaba, de grasa, la barbilla.

-Allá tú. Pero, al menos, ve a Santiago, a que te vean por rayos.

Hacía la recomendación por mero sentido del deber, para que su conciencia no le acusase de que se desentendía de Lucía; por lo demás, su muerte la consideraba, desde tiempo atrás, como la única solución: una solución remota y demorada que quizá llegase tarde.

Quedaba ella revolviendo el azúcar del café, parsimoniosamente, cuando don Baldomero se levantó de la mesa.

-Hasta luego. Estoy en el casino, si me busca alguien.

Pero no fue al casino. Entró en la rebotica, a recoger dinero para el tresillo, y recordó que las cuentas de la semana estaban por echar. Llamó a la criada.

-Tráeme una taza de café.

Tomó también un trago del aguardiente guardado tras los libros. Revolvió la ceniza del brasero, para reanimarlo. Encogido en el sillón, con las piernas bajo las faldas de la camilla, el pitillo en los labios, echó mano de los recuerdos, mientras sumaba: recuerdos de la vida secreta matrimonial, a los que recurría cada noche de domingo, a los que se agarraba como a un clavo ardiente, para no defraudar a Lucía si se ponía cariñosa. Lucía había sido atractiva: lo había sido a pesar del fraude aquel de los burujos de algodón. Y, alguna vez, perdiera la cabeza, y se había dejado desnudar. «¡No, por Dios, me da vergüenza! ¡Por Dios, Baldomero! ¡Apaga la luz al menos!» Podían pasar por recuerdos excitantes. Los retenía, los repasaba en todos los detalles, los mantenía vivos, a pesar del tiempo.

Había consultado con su amigo, el Penitenciario de Santiago, la licitud

del procedimiento; había discutido toda una tarde, con los textos de Teología Moral sobre la mesa, abiertos por el tratado *De Matrimonio*.

-Es lícito.

-Como comprenderás, hay que llevar un poco de alegría a esa criatura triste, condenada a muerte. Y ya que no puedo darle otra...

-Habría que ver si, de verdad, no puedes darle otra.

-Como poder... Pero, ya sabes, cuando uno está prisionero de sus malos hábitos...

-¿Vas a decirme que no eres libre de enmendarte?

-Voy a decirte, sencillamente, que no me apetece hacerlo.

-No me explico, entonces, tu preocupación de si eso es pecado o no.

-Que lo es, lo que hago fuera de casa, lo tengo bien sabido; pero el lecho conyugal es sagrado.

Muchas veces había pensado que el sacrificio de las noches dominicales era un acto de caridad que Dios le tendría en cuenta. Lo contaba entre sus deberes más difíciles y estaba dispuesto a todo por no faltar.

-... aunque, a veces, los recuerdos no bastan, porque, si bien es cierto que causan ilusión, la ilusión se desvanece al palpar la realidad. Entonces, créeme, hace falta un verdadero esfuerzo de voluntad, y hay que recordar a otras mujeres para no dar la vuelta y dormirse.

-¡Eso sí que es pecado! El recordar a otras...

-¿Y la intención? ¿Es que no vale de nada la intención?

También ahora los recuerdos traídos a la fuerza resultaban insuficientes. Don Baldomero pretendía fijarlos en las márgenes de la libreta -desnudos escuetos que se ensanchaban, se metamorfoseaban en opulentos por la virtud de una línea: torsos, caderas, senos, que su mirada recorría golosamente.

-¡La intención! El infierno está lleno de buenas intenciones. Los recuerdos pasaban como ráfagas de luz y se desvanecían, a pesar de los garbatos. En cambio, la disputa con el Penitenciario se empeñaba en persistir.

-La verdadera razón de por qué eso es pecado no daréis nunca con ella. Siempre he creído que los moralistas han enfocado mal la cuestión.

-¿Vas a decirme que san Alfonso María de Ligorio...?

El café y el aguardiente se habían terminado, y el segundo pitillo agonizaba. Miró, con desaliento, la hora. ¿Estaría despierta todavía? Había visto, al pasar por delante del cine, que el protagonista era Gary Cooper. A lo mejor, no le gustaba a Lucía.

-Señor, perdóname mis pecados, pero ayúdame. Es una pobre mujer, y Tú ya sabes que, si el domingo es un poquito feliz, pasa de mejor humor la semana.

Pero a veces el Señor no escucha las plegarias: hay un sistema de causas segundas que lo estropea todo.

Todavía fumó otro pitillo antes de subir. Tiró la colilla. Al entrar, la habitación estaba a oscuras, pero Lucía rebullía.

-No enciendas, por favor. Me duele la cabeza.

Se desnudó en silencio y se metió en la cama. Sus pies buscaron los pies helados de Lucía.

Apártate, por favor.

-¡Estás tiritando!

-Mucho te importa a ti.

-Intento calentarte.

-¡Déjame en paz!

No había sucedido nunca. Se sorprendió y se sintió humillado, aunque, pensándolo bien, quizá fuese el modo como el Señor respondía a su plegaria. Pero, aun así, se sentía ofendido.

-¡Te digo que me dejes! ¿Lo estás oyendo?

-Pero ¿te das cuenta de lo que haces?

-Perfectamente.

Don Baldomero se sentó en la cama y encendió la luz.

-¿Para qué enciendes?

-Quiero verte la cara. No puedo creer que esto sea en serio.

-¡Completamente en serio!

Lucía se escondía debajo de la sábana.

-¡Lucía!

La sacudió, dejó al descubierto el hombro escuálido, y Lucía gritó, como si la hubiera lastimado. Volvió el rostro frío: guiñaba los ojos a la luz.

-No me da la gana, ¿entiendes? ¿O piensas que una mujer es una esclava? ¡Pues tengo derecho a gobernar mi cuerpo!

-Tu cuerpo no es de tu propiedad.

-¿Y el tuyo? ¿Es acaso de la mía?

-La moral dice con toda precisión que la esposa solicitada no puede negarse al marido, salvo en caso de enfermedad muy grave, que no es el tuyo.

-Pues yo me niego. Ya está.

-Es un pecado.

Se echó, con calma, fuera de la cama, y metió los pies en las zapatillas forradas que Lucía le había regalado. Al sentir la tibia lana, se enterneció. No tenía por qué armarle un alboroto, sino amonestarla suavemente, pero con precisión, de modo que todos los aspectos del caso quedasen claros.

-Es el pecado más grave que puede cometer una casada. Peor todavía que ponerme los cuernos.

Lucía se sentó en el lecho, rápidamente. Le miraban con fijeza sus ojos febriles.

-Sí, el peor pecado. Hay, además, la humillación. ¿O es que no te das cuenta de que acabas de humillarme? Otro marido hubiese...

Empezó a vestirse. No sabía por qué, pero se vestía. Lucía no le miraba, ni escuchaba la continuación de su perorata, con citas del P Lugo, S. J., y declaraciones sobre la esencia del matrimonio y sus fines primarios y secundarios.

-Porque san Pablo lo dice claramente, y después de san Pablo...

Avisó que se marchaba al casino, y, antes de salir, puntualizó por última vez:

-Te hago moralmente responsable de mi conducta, si insistes en tu negativa.

Se alejó por el pasillo con pasos fuertes; pero, al llegar a la escalera, le pareció que la escena quedaba manca, que algo importante, o, al menos, oportuno, faltaba por decir.

Volvió a la habitación, se detuvo ante la puerta y escuchó: le pareció que Lucía sollozaba, y se sintió victorioso, con ganas de remachar la victoria.

-Si te queda alguna duda, pregúntalo al confesor -dijo; y volvió a escuchar, por si Lucía respondía, o le daba pie para entrar y quedarse. Pero Lucía no respondió: ni aun con sollozos. «Es una terca.»

-¡Ah! -añadió, entreabriendo la puerta-. Comprenderás que, en estas circunstancias, están de más las misas en el convento. No puedes comulgar en gracia de Dios, ni nada de lo que reces vale mientras no cambies de propósito. ¡Anda, que te lo explique más claramente fray Ossorio!

Esto lo oyó Lucía, lo recogió en el corazón, lo situó al lado de las palabras que la acusaban de pecado peor que el adulterio. Sin un temblor, sin que el ánimo se le encogiese aterrado, sino con gran paz. Peor que el adulterio, lo peor de todo. Y no le daba miedo, sino sosiego. Dejó de mirar la pared frontera para mirarse adentro, porque la tranquilidad le sorprendía: hubiera esperado lucha, arrepentimiento, dolor de corazón, propósito de enmienda, quizá salir al pasillo y llamar a Baldomero, para cambiar en seguida de opinión, rechazarle de nuevo, encastillarse en la negativa, decir que no porque le salía de dentro, cuando el miedo del infierno la empujase a aceptar. Pero aquella paz le brotaba como una luz de la conciencia de pecado, y la inundaba toda; y aquella convicción de que cualquier cosa que hiciera sería menos pecaminosa: como si sus posibilidades de pecar hubiesen hecho la más alta diana.

-Peor que el adulterio.

Se dejó escurrir entre las sábanas con el cuerpo estremecido de alegría y no cerró los ojos en la oscuridad. Su voluntad anhelaba que, aquella noche, se abriese una puerta al diablo que, con la cara de Cayetano, la visitaba en sueños. Un diablo corpóreo, de manos rudas y fuertes, de mirar aprisionante, por cuyos brazos deseaba ser estrujada.

XV

En el recodo de los álamos, allí donde el río se ensanchaba, donde se remansaba el agua, alguien había colocado unas piedras y levantado un alpendre: mucho tiempo atrás, porque las piedras estaban gastadas, y el alpendre medio caído. El Ayuntamiento republicano había construido un lavadero de cemento, cerca de la playa, bien guardado de la lluvia, con un funcionario que concedía turnos y los cobraba a real la hora; allí hacía menos frío, pero estaba lejos, y las mujeres que acudían a él, o peleaban, o murmuraban. El viejo lavadero del recodo había perdido clientela; sólo bajaban a él Clara y la *Chasca*, porque les quedaba cerca y porque eran enemigas del tumulto.

A Clara, además, le gustaba la *Chasca* por verdadera y limpia. Lo demás que se sabía de ella le traía sin cuidado.

Llegó con la ropa metida en un balde de zinc. La *Chasca* debía de llevar allí un par de horas: un montón de sábanas lavadas rebasaba el borde de la cesta.

-Ya te vi ayer con el médico.

-Me vio todo el mundo.

-¿Cómo te fue?

-¡Psch! ...

-Pues por guapa no sería, que lo ibas bien.

Clara sacó del balde la ropa blanca, y se la tendió a la *Chasca* con una sonrisa.

-¿A ver? -dijo la *Chasca*.

La examinó, acarició el tejido y las puntillas.

-¡Buena tela! ¿De dónde te vino?

-Un regalo.

-¡Ah!

Clara se puso los guantes.

-¿Y eso?

-Es para no estropear las manos.

-¡Lo que se hace por un hombre!

-¡Bah! Total, para nada.

Empezó a lavar. La *Chasca* golpeaba en la piedra una enorme sábana remendada.

-Pues, mira lo que te digo: cuando a una le gusta un hombre, no hay que dejarlo escapar.

-¿Qué quieres que haga? ¿Que lo meta en mi cama a la fuerza?

-Eso no es lo que más resultado da.

Tendió, sin palabras, la sábana a Clara, y entre las dos la retorcieron.

-Una piensa que un hijo es lo que más ata a un hombre, y yo también lo pensé; y cuando le dije que estaba embarazada, me respondió que bueno, que marcharía a Cuba para ganar dinero, y que luego volvería a casarse. Se fue, pero no supe más de él.

-Todos no son iguales.

-Con el segundo, hice lo mismo; pero, aquél, ni hablar de Cuba. Por ahí anda, tan campante, con tres o cuatro hijos de otras tantas mujeres. De modo que cuando se presentó el tercero, ni pensar en el asunto. Tomé mis precauciones y me casé con él.

-¿Cómo?

-Le hice el *meigallo*.

Clara sonrió.

-¿Te ríes? Si lo hubiera metido en cama, tendría otro hijo, y él andaría por ahí adelante. Así, no tuve hijo, pero él es mi marido.

Clara recordó que, además de marido de la *Chasca*, el *Chasco* era medio tonto.

-El caso está en que valga la pena.

-Si lo que quieres es casarte...

-Claro; pero si, además, me quiere.

-¡Bah! Un hombre hace falta para trabajar y para despigarla a una, mientras se es moza. Lo demás son bobadas.

Metió otra sábana en el agua; la restregó luego contra la piedra con brazos poderosos.

-Bobadas. En el mundo no hay más que trabajar para comer y comer para trabajar. Si no fuera por lo que es, los hombres no hacían puñetera falta. De modo que, ya sabes: si te decides, yo sé de una que, por pocos cuartos, te echaría una mano.

-No, no. Si él lo quiere, bien; pero eso de obligarlo, no sé, no me parece decente.

-Allá tú.

Por la orilla del río, mirando bien dónde ponía los pies para no embarrar los zapatos relucientes, llegaba la *Rucha* hija: el delantal blanco bajo el abrigo, y la cofia rizada como una corona. Clara dejó de lavar, sorprendida; le temblaban las manos.

-¿Qué querrá ésa aquí? -preguntó la *Chasca*.

Viene por mí.

-¿No estáis reñidos con la Vieja?

La *Rucha*, al otro lado del río, se había detenido. Hizo unos dengues y se quejó del camino.

-Mi señora me mandó al pazo de Aldán, a preguntar por una tal señorita Clara, y me dicen que estará aquí. ¡Qué horror! tA eso le llaman pazo?

Hablaba con retintín, se sonrió al decir *señorita Clara*, mientras daba vueltas al paraguas abierto.

-tY qué? -preguntó Clara, sin mirarla.

-Dice mi señora que vaya a hablar con ella.

-Está bien.

Antes de la hora de comer.

-Está bien.

-¿A qué hora come tu ama? -preguntó la *Chasca*.

-Todo el mundo come a la misma hora.

-Será todo el mundo que no trabaja, porque nosotros comemos cuando Dios quiere.

-Es que vosotras no sois todo el mundo.

La *Chasca* quedó en jarras, agresiva.

-Si para ser todo el mundo hay que poner la cosa esa en la cabeza y llamar a la Vieja mi señora, Dios me mantenga muchos años fuera del mundo, amén.

Clara le rogó en voz baja que la dejase.

-Iré en seguida, en cuanto haya lavado esta ropa.

La *Rucha* hizo un mohín desdeñoso y marchó sin despedirse, con pasito menudo, lleno de cautelas.

-¡Mira bien dónde pisas, no sea que des con los perifollos en el río! -le gritó la *Chasca*.

Cuando la *Rucha* hubo desaparecido, dijo Clara:

-Lávame esto, si puedes. Voy a ir allá.

Vestida, calzada y enguantada, Clara no tenía donde verse entera. Dio una patada al espejillo que sólo le devolvía la imagen de media pierna, y salió. Se metió en el pueblo, en vez de rodearlo, sólo por mirarse en algún escaparate. Bullía la gente en el mercado: el coche de línea acababa de llegar. Un viajante que descargaba muestrarios de la baca le dijo un piropo, el mozo de la peluquería se quedó estupefacto al verla, y, más abajo, varias cabezas asomaron a la puerta de la tienda de comestibles. Un socio del casino la siguió de lejos, como quien no quiere la cosa, y, al verla entrar en casa de la Vieja, regresó al corrillo con la noticia. Los presentes respondieron con tacos variados, y sólo uno dijo en castellano claro que no lo entendía.

-A lo mejor fue doña Mariana quien le dio para la ropa nueva. -Pero

¿por qué?

Clara no había hallado espejo ni vidriera de mercería donde contemplarse a gusto, y caminaba insegura. Los broncecillos relucientes del zaguán, la suave alfombra del vestíbulo, el rostro hostil y rudo de la *Rucha* -tan frágil y elegante vista de espaldas- la acoquinaron; pero vio el gran espejo de dorado marco, lo vio al fondo, como una tentación, y se acercó a él, y se miró, y halló que estaba bonita y que no desentonaba. Se sonrió a sí misma y dio gracias a Dios.

-Buenos días, Clara.

Doña Mariana había llegado silenciosamente, estaba cerca de ella, erguida, y le sonreía. Clara respondió al saludo con timidez; dio un paso atrás, un pasito menudo y cobarde, como si se hubiera arrepentido y quisiera marchar. Pero se mantuvo, y se esforzó por sostener la mirada de la Vieja. ¡Dios, qué fuerza tenía!

-Entra, no te quedes ahí. Dentro también hay espejo.

Clara vaciló.

-Es que... en mi casa...

-Quítate el abrigo. Aquí hace calor.

Y como Clara se embarazase, doña Mariana agregó:

-Te ayudaré.

Pero antes de que doña Mariana llegara, Clara ya se lo había quitado, y esperaba con él en la mano. Doña Mariana se volvió a la *Rucha*.

-Recoge el abrigo de la señorita. ¡Vamos, date prisa!

La criada recogió el abrigo, con la cabeza baja y un mirar asesino advertido por Clara. «Le sacaré los ojos cualquier día», pensó; y le volvió la espalda para no verle la mirada.

Doña Mariana la había cogido del brazo y la empujaba hacia una puerta. La nueva habitación estaba caliente, y la alfombra apagaba los pasos. Se detuvo.

-¡Qué bien vive usted! -dijo.

Haría cualquier cosa que la Vieja le mandase, por el modo que tenía de hacerlo, por aquella seguridad y aquella riqueza. ¡Así cualquiera podía ser una dama, y permitirse el lujo de tener un hijo de soltera sin que la gente le faltase al respeto!

-Bueno, usted dirá.

Doña Mariana se había sentado en un sofá, y le señalaba un sillón enfrente, pero cerca. Un sillón ancho, grande, blando, que sólo sentarse en él y sentir cómo se hundía era una gloria.

-¿Te gusta esto?

-¡A ver!

-Tu casa fue tan buena, lo menos, como la mía.

-Yo no me acuerdo. Y usted sabe...

Se detuvo, por miedo de soltar alguna inconveniencia, y repitió:

-Bueno. Usted dirá. Porque para algo me habrá llamado.

-Para conocerte.

-¿Nada más?

-¿Es que tú esperabas otra cosa?

-Sí, señora. Creí que me llamaba para decirme que no volviese a salir con Carlos.

-¿Por qué había de hacerlo?

-Yo no tengo buena fama.

-Yo, tampoco.

-No es lo mismo. ¡Caray! Con una casa como ésta, mucho me importaría a mí la mala fama.

-Exactamente lo que me importa a mí la mía.

-Eso.

-Pero a ti, como eres pobre, te preocupa la tuya.

-Verá. Es como si fuese una fea, y le gustase ser bonita. Como no tiene remedio...

Doña Mariana cogió una labor de ganchillo.

-¿A ti te gusta Carlos? -preguntó, de pronto.

-Sí, señora. Ya sabía que me lo preguntaría.

-¿Por qué?

-¿Para qué otra cosa iba a llamarme?

-Tienes razón. Sin embargo, ya lo sabía. No hace falta ser muy lista para eso. Y a él, ¿le gustas?

-¿Qué sabe una? Carlos es un tipo raro, un hombre de esos que no se adivina nunca lo que piensan. Yo creo que le gusto, pero no lo bastante para tomarme en serio. Así que no pase cuidado.

-¿Quién te dice que me preocupe?

-Usted es ahora como su madre, y le parece que yo no soy la nuera apetecida. Eso lo reconozco. Aunque, claro está, las madres quieren siempre para sus hijos mujeres que no les convienen.

Rió doña Mariana.

-¿Eso quiere decir que le convienes a Carlos?

-Para sacarlo de pobre, no. Soy dueña de mi casa, y de una poca tierra, pero eso no es nada. Claro que una mujer sirve para otras cosas, pienso yo.

-Pero, al parecer, no hay caso. Si no le gustas...

-No he dicho que no le guste, sino que no le gusto lo bastante para casarse conmigo.

-¿Y sin casarte?

-Ya me han ganado la delantera.

-¿La Galana?

-Eso dicen. No piense que vengo aquí a delatar a Carlos. Después de todo, es soltero.

-Pero a ti eso no puede gustarte.

-Yo, señora, he visto muchas veces a los hombres como perros junto a mí, y sé mejor que usted lo que tira una mujer. Claro que no me gusta, y que lo siento. Pero ¿qué quiere: que le invite a cambiarme por ella?

Se detuvo y miró a doña Mariana con susto súbito en el semblante.

-No me habrá usted llamado para proponérmelo.

-¿Me crees capaz de hacerlo?

Clara se echó hacia atrás en el sillón y no pudo contestar: doña Mariana había hablado en tono repentinamente duro, con el mismo tono usado con la *Rucha*, y ahora la miraba fríamente.

-Respóndeme.

Clara hizo un esfuerzo para hablar.

-Es que, si usted me lo mandase, lo haría.

Se sobrepuso, se levantó, se acercó a doña Mariana.

-Mire, señora: no sé si lo que digo está bien o mal. No estoy acostumbrada al trato de gente como usted, lo sabe perfectamente, y a los animales con que hablo cada día se les puede decir lo que se piensa sin que se ofendan, y si se ofenden, responden del mismo modo, y a otra cosa. Usted me ha traído aquí, me hizo decir lo que quería, y ahora se ofendió porque fui sincera. Bien. Yo no quise ofenderla. Lo dije porque, de pronto, me dio miedo que me hubiera llamado para eso, y más miedo me dio saber que, si me lo pidiera, estaba dispuesta a hacerlo, y también se lo dije. Pero, entiéndalo bien, lo haría a petición de usted, pero si usted no me lo pide, o no me lo pide él, no lo haré jamás. Quiero decir que no he premeditado cazar a Carlos, o, si lo pensé en algún momento, me he vuelto atrás. Después de todo, hace dos meses no sabía de su existencia. De modo que puede estar tranquila.

La Vieja sonreía otra vez. Le había pasado el enojo y sonreía. Clara quedó ante ella con las manos tendidas y sin palabras que decir.

-¿Te has desahogado ya?

Cogió el bastón y la empujó con él hacia el asiento.

-Siéntate, te digo. Me gustas. No eres cobarde, como lo fue tu padre y como lo es tu hermano. Y si ahora quieres llorar, llora. Yo, en tu lugar, lloraría.

-No.

-Mejor entonces. Así podremos hablar.

-Yo ya lo dije todo.

-Yo aún no he empezado.

Se levantó y tiró de la campanilla. Pidió a la *Rucha* dos copas de vino y algo de picar.

-Ahora, voy a decirte una cosa. Tengo un bajo vacío, cerca del mercado, y quiero montar allí un negocio, una quincalla.

Clara la miró asombrada.

-¿Usted?

-¿Por qué no? No quiero decir que vaya a ponerme al frente, y a vender metros de puntilla a las aldeanas. Necesito una persona de confianza, y tú me sirves. Te daré un sueldo...

-No te vayas, Juan. Tengo que hablaros -dijo Clara a su hermano.

-¿A mí?

-A ti y a ella.

Señaló, con la mano enguantada, los platos del fregadero:

-Cuando termine esto.

Juan se encogió de hombros y encendió un pitillo.

-No sé de qué vas a hablarme.

Marchó a la sala. Inés estaba allí, en el hueco de la ventana, sentada, con el libro de rezos abierto sobre el regazo. Juan se acercó y echó un vistazo al libro.

-No me dirás que ya entiendes el latín -le dijo, bromeando. Inés alzó la cara y le sonrió, un instante.

-Clara quiere hablar con nosotros. ¿Te lo dijo?

-No.

-¿No supones qué será?

-Voy a marcharme.

-Si ella quiere hablarnos...

-Ya será alguna estupidez, o alguna marranada. Esperaré en mi cuarto.

Salió. Su cuarto no había sido ventilado, y la cama permanecía revuelta, como la había dejado al levantarse. Abrió la ventana y respiró el aire húmedo.

-¿Qué? ¿Vienes o no? -le gritó Clara desde la puerta.

Se levantó y fue a la sala. Al salir, se echó el abrigo por encima de los hombros. Hacía frío, un frío glacial y penetrante.

-Bueno, ¿qué pasa?

Inés cosía a mano las vueltas de un abrigo. Clara, arrimada a la chimenea sin lumbre, alzó una mano explicativa.

-Hoy estuve en casa de la Vieja. Me llamó para ofrecerme un sueldo.

Juan, que se había acercado, indiferente, a la ventana, y miraba el huerto envuelto en lluvia, se volvió, como sacudido por algo interior y violento. Iba a apostrofar a Clara, iba a gritarle: «¿Qué tienes tú que hablar con ella?»; pero no lo hizo porque Inés sonreía y parecía alegre de la noticia. Se acogió, expectante, al rincón de la ventana.

-Quiere poner una tienda de quincalla, y dice que yo le sirvo. Es una suerte, porque por lo menos me dará cuarenta duros, y con ese dinero...

-¿Cómo dices? ¿Que te dará cuarenta duros?

-Eso, lo menos. A lo mejor, son cincuenta.

Juan abandonó el refugio de la ventana, adelantó unos pasos, miró a Clara, sonrió.

-¿Nada más?

-Ya me parece bastante.

-Por un trabajo, quizá sí. Por una venta, es muy barato. Yo no me vendo por tan poco.

Arrastró una silla y se sentó, cariñosamente, junto a Inés. Repitió:

-No me vendo por tan poco.

Clara les miraba con sorpresa: a Inés, que cosía, sin decir palabra, y a Juan, que le sonreía con burla.

-No te entiendo. Esto no tiene que ver contigo. Es a mí a quien ha llamado.

-Pero es a mí a quien compra. Eso está claro. Como no se atreve a hacerlo directamente, porque es muy delicada, te lo ofrece a ti. Pero la maniobra es igual a la de Cayetano: atraparme por la miseria, comprarme.

Se volvió a Inés.

-Nuestra hermana es tan estúpida que se cree que le hacen un regalo por su cara bonita.

-No se habló de ti para nada, Juan. La Vieja...

Juan alzó la mano.

-No sigas. ¿Para qué vamos a discutir?

-¡Es que se trata de un sueldo, Juan! ¡Un sueldo, un trabajo! ¡Dejar esta vida arrastrada y vivir como personas! ¿Te das cuenta de lo que podríamos hacer sólo con cuarenta duros?

-Tú. Lo que podrías hacer tú.

-¡Son para todos!

-Para ti. Yo, si aceptas esa limosna, me iré de casa.

Inés se sobresaltó. Juan echó atrás la silla y se puso en pie.

-Entérate bien, Clara. Yo no puedo impedir que sirvas a la Vieja, pero me iré de casa. No puedo comer un mendrugo de pan comprado con dinero de la Vieja, o con dinero de Cayetano: es igual.

-Pero ¿por qué? ¿Quieres decirme por qué? ¿Es que te hago daño trabajando?

Juan se le acercó hasta casi rozarle la cara.

-No tienes moral. Imagínate que mañana los pescadores se ponen en huelga. Imagínate que piden aumento de salarios. ¿Con qué cara podría yo alentarlos, dirigirlos, ponerme al frente de ellos, exigir a la Vieja, si comía de su pan?

Clara, empujada por las palabras, había retrocedido hasta la pared.

-¡Ah! ¡Es por eso!

Se volvió, implorando, a Inés.

-¿Y tú, Inés, qué dices?

Inés levantó los ojos de la labor.

-Yo, si Juan se va de casa, me marcharé con él.

-¡Iros al diablo!

Clara salió de la sala con paso recio. Batió la puerta y las paredes temblaron -en alguna parte cayó el yeso de un desconchado-. Cogió el paraguas y las zuecas y salió. Iba decidida a decir a doña Mariana que sí, que estaba de acuerdo.

A cada paso que daba por la carretera, bajo la lluvia fina, se le aplacaba la furia. Pensó que quizá Juan tuviese razón -desde su punto de vista, claro-. Pensó...

Al llegar al pueblo, entró en el estanco y compró un pliego de papel y un sobre, y, allí mismo, escribió una carta a doña Mariana. Le dijo la verdad. Y se la envió por un chico al que dio unos céntimos por el recado.

Volvió a su casa. Se oía, lejos, el ruido de la máquina de coser.

Buscó un rincón de la cocina, se sentó en una silla baja y lloró silenciosamente.

La noticia de que Carlos había salido, el domingo, con Clara, la oyó la vieja Galana en el mercado, el padre en el tajo, y, al atardecer, una vecina les vino con el cuento, por si Rosario no se había enterado, y a ver qué pasaba.

Rosario preparaba la cena. Los hombres regresarían pronto: aprovechando una escampada se habían ido al huerto. Toda la conversación con la vecina recayó en la madre. Rosario, ni se volvió, atenta al llorar. La vecina, a cada detalle, la miraba inútilmente. Parecía que nada de lo pasado entre Carlos y Clara le importase.

Tampoco respondió a los comentarios de su madre, entre la marcha de la vecina y el regreso de los hombres; y como la madre insistiese, le gritó:

-¿Quiere callar de una vez? ¿O es que soy, acaso, la novia de don Carlos?

Llegó el padre, y, poco después, los hermanos. Rosario sirvió la mesa. Después se metió en su cuarto y se cambió de ropas.

-¿A dónde vas? -le preguntaron.

-A un recado.

Salió, envuelta en su mantón, sin explicar.

-Llevaba algo, ¿verdad?

-Llevaba algo.

La madre se asomó a la puerta y la vio alejarse por la carretera.

-No va al pazo. Parece que va al Outeiro.

Entonces, salió al camino uno de los hermanos.

-Sí. Va al Outeiro. Se metió por el atajo.

-¿A qué irá al Outeiro?

El atajo trepaba por el repecho de la colina, se metía entre setos y sembrados y, más arriba, entre pinares. Por el medio del atajo corría el agua de la lluvia. Rosario pisaba de una piedra en otra para no mojar las zuecas relucientes. Llegó frente a una casa blanca, más allá de una era. El día había caído. Al atravesar la era, ladró un perrillo. Una voz le mandó callar. Luego preguntaron:

-¿Quién es?

No respondió hasta pisar los umbrales.

-Buenas noches.

Había fuego en el llar, y una vela encendida. Una vieja gorda, de cara sonriente, mondaba patatas junto al hogar. Miró a Rosario.

-¿Quién eres?

-Rosario, la del *Galán*, la costurera.

-¡Ah!

-¿Puedo entrar?

-Entra.

Rosario dio unos pasos y se detuvo. La vieja la indicó, con el gesto, una banqueta.

-Rosario, la del *Galán*.

-Sí.

-La que está ahora con el señorito.

-Ya no.

-¿Ya no?

Rosario movió la cabeza.

-¿Y eso? -continuó la vieja.

-Ya ve.

Se quitó el mantón y lo dobló sobre el regazo. Encima puso un paquete que había traído oculto. La vieja miró el paquete y, luego, a Rosario.

-Una docena de huevos.

-Dios te lo pague. Como están los tiempos...

Rosario le alargó el paquete. La vieja lo abrió, se levantó y puso los huevos en un plato.

-Son buenos.

-Los había juntado para otra persona.

-Dios te lo pague.

La vieja dejó el plato sobre el vasax, y se volvió a Rosario.

-¿De modo que reñiste con Cayetano?

-Lo despaché.

La vieja la miró con sorpresa.

-¿Te atreviste?

-Sí.

-Cuenta...

-¿Para qué? Antes de que él me despachase a mí...

La vieja volvió a sentarse y sonrió.

-Habrá otro.

-Habrá.

-Tan rico como ése, no.

Rosario se encogió de hombros.

-Todo no es ser rico.

-Y, entonces, ¿a qué vienes?

-Me parece que soy machorra.

Por primera vez le tembló en las pupilas algo así como interés o pasión.

Añadió:

-¿Usted cree que tiene remedio?

-Todas las cosas tienen remedio, unas más y otras menos.

-Quería quedar preñada.

-¿Del otro?

-Sí.

El pañuelo que la vieja llevaba a la cabeza se había aflojado. Se lo anudó.

-Ya ves. Pasa de treinta años que vino a verme, una vez, doña Angustias.

-¿También era machorra?

-Peor. Se le malograban los hijos. La llevé al Puente del Perdido, estando preñada de Cayetano, una noche de luna llena; le bauticé el hijo en el vientre, y se logró.

-Bien pudo haberlo bautizado mal.

-Ella me había traído una onza de oro. Todavía la tengo.

Rosario señaló los huevos.

-Le traeré más, y si empreño, le daré una pulsera de oro.

-Si piensas que lo vale...

-Lo vale.

-Espera un poco.

La vieja se acercó a la cocina, echó en la olla las patatas. Después recogió un poco de ceniza, la vertió en una taza, le mezcló aceite, sal, y se santiguó.

Se había puesto seria. Estaba frente al llar, y la luz de la llama le bailaba en el rostro. Rezaba por lo bajo, hacía cruces sobre la mixtura, canturreaba latines; con una cuchara de palo meneó el engrudo. Luego alzó la taza sobre la lumbre y cantó otra vez. Salían de su boca nombres de santos y de diablos en letanía.

-Ven adentro.

Cogió la vela, y Rosario la siguió. Entraron en una alcoba, pequeña, encalada, con una cama de hierro -la colcha, portuguesa-. Algunas sillas, y una mesa de pino junto a la cama.

-Échate.

Puso la taza sobre una silla mientras Rosario se acostaba. La vieja, sin soltar la vela, le alzó las faldas y le bajó las bragas. Quedó el vientre al descubierto.

-Buena ropa, ¿eh? Y buenas piernas. Así les gustan a los señoritos.

-Esto será seguro, ¿verdad?

-No hay seguro más que lo que Dios quiere.

-Le traeré la pulsera de oro.

-Cállate ahora, y cuando yo diga el *Gloria Patri*, tú respondes amén. Cierra también los ojos.

-¿No me irá a hacer mal?

-No te muevas.

La vieja dejó sobre la mesa la palmatoria, y, con el dedo untado en el mejunje, trazó cruces y redondeles sobre el vientre tembloroso de Rosario, mientras rezaba.

-Ahora, abre las piernas.

-¿También ahí?

-También.

Siguió rezando y ungiendo. La puerta había quedado abierta. Apareció en ella, silencioso, un mocetón, como una sombra en la que, de pronto, se encendieran los ojos como luces. Le vio la vieja y gritó:

-¡Vete de ahí!

El mozo tardó unos segundos. Rosario, sobresaltada, abrió los ojos, y le vio. Se bajó la falda, apurada, hasta tapar los muslos.

-¿Quién es?

-Mi hijo Ramón. No pases pena.

-Cierre la puerta.

La vieja cerró y pasó el pestillo.

-Hay que empezar otra vez.

-Bueno.

Repitió las unciones y los rezos hasta el amén de Rosario.

-¿Usted cree que me ha visto?

-¿Quién?

-Su hijo.

-¿Qué te importa? No va a hacerte nada.

-Tengo que ir sola por ahí abajo.

-Te digo que no va a hacerte nada. Es un buen hombre. No lo hay mejor para el campo en todo el pueblo. Gracias a Dios, acaba de llegar del servicio. No sé cómo pasé sin él estos dos años...

Salieron a la cocina. Ramón se había sentado en la piedra del llar y miraba la lumbre.

-Siéntate.

-Es tarde.

-Siéntate un poco. Ramón, tráele esa banqueta.

Ramón, calmadamente, le acercó un escabel y volvió a su asiento del llar. No había dejado de mirarla; le brillaban los ojos como brasas en la oscuridad, y Rosario sentía su cuerpo recorrido, tocado, penetrado por la mirada.

-Tus hermanos trabajan en el astillero, ¿verdad?

-Trabajaban. También mi padre. Los echaron.

-¿Y ahora?

-La finca es buena. Da para todos.

-Pero no es vuestra.

-Como si lo fuera. Pagamos una miseria a don Carlos Deza.

-Sin embargo, un jornal...

-Eso dicen ellos.

-¿Y tú?

-Yo tengo buenas manos para ganar un duro diario, y mantenida.

-Algún día vendrás. Tengo unas sábanas que obrar.

-Cuando quiera.

Rosario se incorporó, pero la vieja le hizo señal de quedarse.

-No tienen prisa. Ya te avisaré, allá para el mes que viene.

La vieja insistió en preguntar sobre la finca, sobre lo que plantaban, sobre lo que recogían, sobre las vacas y los cerdos. Ramón no se había movido. Su mirada cosquilleaba en la boca de Rosario, en los pechos, a lo largo de las piernas. Cosquilleaba como una mano fuerte y áspera que acariciase suavemente, y ella se dejaba acariciar con agrado. Una vez volvió el rostro hacia la lumbre, y respondió con una larga sonrisa a la mirada de Ramón.

-Bueno, me voy.

-Como quieras.

-Ya vendré a decirle...

-¿No quieres que vaya Ramón contigo? Ya es de noche.

Ramón se estremeció y adelantó un poco el torso. Rosario tuvo miedo.

-No, no. Sé bien el camino.

-Alúmbrala, Ramón.

-Adiós.

Ramón cogió un quinqué y se acercó a la puerta. Alzó la luz por encima de la cabeza y se apartó un poco para que Rosario saliese. No se movió mientras ella cruzaba la era, y ella la cruzó tranquilamente, ceñido el mantón; pero, al llegar a las sombras, corrió por el atajo, sin cuidarse del agua que le entraba en las zuecas y le mojaba los escaarpines. Corrió como si la mirada de Ramón le golpease las espaldas, como si la desnudase y quisiera acostarla en el prado húmedo. Le daba miedo aquel placer sentido al saberse deseada, aquel deseo al que respondía contra su voluntad -que le agitaba el pecho y le reseca la

garganta.

A la vista de su casa se arrimó a un castaño, a descansar. Llovía, y el agua le mojó el rostro y el cabello. Se sintió más tranquila y pensó en Carlos: pensó en sus abrazos, delicados, y en el modo de abrazar que tendría Ramón.

Pensó también que Carlos era un señorito y Ramón sólo un labrador y que Carlos era el dueño de la granja de Freame: una casa, varios ferrados de labradío, con el río por medio; un poco de monte...

Los padres, los hermanos, esperaban en silencio sentados alrededor de la mesa. Rosario abrió la puerta y se detuvo en el umbral, a respirar. Se volvieron hacia ella, la miraron. La madre dijo:

-¿De dónde vienes?

-Vengo.

-¡Quiero saber de dónde vienes!

Calmosamente cerró y fue a su cuarto. La madre repitió:

-¡Quiero saber, te digo... !

-¡De donde me da la gana, y no se meta en mis cosas!

-¡Te voy a echar de casa!

-¡Atrévase!

Se encerró en su cuarto. La madre barafustaba fuera, increpaba al padre por su falta de autoridad, incitaba a los hermanos contra Rosario. Ella se había acostado, con los ojos cerrados, y oía vagamente los gritos, como si no fuesen con ella, y más tarde el ruido de los últimos quehaceres, hasta que todo quedó en silencio. No se había movido, no había abierto los ojos, pero su voluntad había borrado del recuerdo la mirada de Ramón y la había sustituido por las palabras, por las caricias de Carlos, y era lo que ahora apetecía, lo que había querido apetecer -lo que le mantenía vivo y ardiente el deseo en las entrañas-. Se levantó, de pronto, abrió el armario, buscó apresuradamente ropas interiores, se desnudó y se vistió. Se puso medias finas, y escarpines de paño.

Un ruido en el piso la detuvo. Alguien bajaba la escalera. Llamaron a su puerta.

-¡Rosario! -gritó la madre.

-¡Déjeme dormir en paz!

Apaga, entonces, la vela, que se gasta.

Apagó, y esperó hasta que todo quedó, otra vez, tranquilo. Entonces, a tientas, buscó un frasco de colonia, recordó los lugares donde Carlos la había besado y los perfumó. Después, bien embozada en el mantón y con las zuecas en la mano, saltó, por la ventana, a la era.

Llovía otra vez, pero sin viento. Sujetó, sin embargo, las ventanas para que no hiciesen ruido. Después rodeó la casa y salió a los sembrados. Por atajos llegó al pazo. Empujó la puerta con cuidado.

Paquito, en su cuchitril, enderezaba el volante de un reloj con menudo,

cuidadoso martilleo. Oyó rechinar los goznes, y saltó al zaguán. Rosario ya estaba dentro.

-¿Qué quieres?

-Vengo a ver al señor.

-Si fuera yo, te echaría a patadas. Te digo que si fuera yo...

Rosario le empujó suavemente.

-No te metas en esto. Y cierra la puerta.

Empezó a subir las escaleras. A la mitad, se volvió a Paquito.

-¿Dónde está? ¿En su cuarto o en la torre?

-En el limbo. ¿No lo oyes tocar?

Se oía el piano, remoto. Rosario se guió por él. Golpeó la puerta. No entendió la respuesta, pero abrió. Carlos estaba sentado al piano, había dejado de tocar, y la miraba.

-¡Rosario!

-Buenas noches, señor.

Él se acercó. Ella dio un paso, sin cerrar.

-Entra, anda.

-Ayúdeme el señor a quitarme el mantón.

Respiraba agitada, le bailaba el deseo en los ojos, adelantaba los labios entreabiertos. Carlos, al besarla, la miró, buscó en ella algo más interior que el deseo, pero en las pupilas de Rosario, una luz juguetona se interponía, una luz como una red o una defensa. Se enmarañó en ella, se dejó arrastrar por el vértigo.

¡Meu rei! -dijo Rosario.

XVI

La criada preguntó a doña Angustias si tomaría el café, y ella le respondió que no, que iba a comulgar.

Eran las ocho y media de la mañana. Por la ventana abierta llegaban los ruidos del astillero. Un barco, oscuro entre la niebla gris, se acercaba al muelle, pitando, y desde el muelle le respondían a gritos que abriese de proa y que arrojasen el cabo.

Cayetano salió de un cobertizo y corrió hacia el embarcadero. Un capataz se le acercó y le explicó algo relativo al barco que atracaba. Cayetano dio órdenes. Al volverse, vio a su madre y agitó los brazos.

-¡Buenos días, mamá!

Los capataces, los obreros, saludaron también. Lo hacían cada mañana, y a doña Angustias le complacía el acatamiento. Sonrió a un lado y otro, como una reina agasajada, mientras Cayetano se acercaba al pie de la ventana.

-¿Vas a salir?

-Voy a misa.

-¡Que te pongan el coche!

-No, hijo, que está ahí al lado.

-¡Mira que está fría la mañana!

-Voy abrigada.

-¡Mira que como te acatarres...!

Le echó un beso y volvió al astillero. Los capataces, los obreros, habían comprobado una vez más que la madre y el hijo se amaban. Doña Angustias le veía satisfecha. Era el más fuerte, el más poderoso. Aun así, vestido como todos, se destacaba por la figura y el ademán. Era, además, bueno, mejor de lo que decía la gente.

Tenía que rezar, sin embargo, por él. Lo hacía siempre, día y noche. Ofrecía al Señor sacrificios para que Cayetano no se descarriase del todo, y para que nunca le sucediese nada malo. Tenía muchas envidias.

Abandonó la ventana y se puso la mantilla. Metió en el bolso el dinero de la limosna, y algo más, por si lo había menester.

Salió al pasillo. Al pasar frente a la puerta del comedor, vio a don

Jaime sentado a la mesa, con el desayuno delante, sin tocarlo. No la miró, ni seguramente miraba a ninguna parte. Empezaba a chochear, o, al menos, a estar un poco ido. Tenía prontos en que quedaba como alelado.

Doña Angustias pensaba que Dios empezaba a castigarle, y que, cuando el Señor lo hacía, tendría sus razones, y no había por qué meterse en las razones de Dios, ni importunarle con simplezas cuando empezaba su justicia.

Se santiguó antes de pisar la calle. La criada esperaba con el paraguas abierto.

-¡Cómo llueve! -dijo doña Angustias, por decir algo.

Seguía pensando en su marido, y en la justicia de Dios. Dios la había escuchado. Nunca le había pedido venganza, sino justicia. Dios era, ante todo, justo.

En el camino emparejó con dos beatas que iban también a misa. Las saludó, les preguntó por los maridos ausentes. Hablaron de que en La Habana iban las cosas mal.

-Si los hombres no mandan ya dinero, ¿de qué vamos a vivir?

Ninguna de ellas tenía hijos que emplear en el astillero, sino hijas.

Claro que aún son pequeñas -aclaró la más joven de las dos, con retintín; pero doña Angustias no recogió la alusión, ni pensó que lo fuese.

Se despidieron a la puerta de la iglesia. Doña Angustias repartió unas pesetas entre los pobres de pedir. Luego, entró. Las beatas retuvieron a la criada, que sacudía el agua del paraguas.

-¿Sabes si está enterada?

-¿De qué?

-De lo de Rosario la *Galana*.

-Yo no sé nada.

-¿No sabes que Cayetano le dio una tunda que la dejó baldada? Dicen que no se puede mover, pobriña, y que pasa la noche en un puro grito.

Dieron detalles. No estaban totalmente de acuerdo; más bien había contradicciones, pero la criada los recogió, sin discriminar. El último toque de campana las metió en la iglesia.

Al salir, doña Angustias preguntó a la criada por qué había tardado. Ella respondió de modo que doña Angustias entrase en sospechas, y sólo cuando recibió orden de contar lo que sabía, con amenaza de despido si se callaba, lo contó. No en la calle, sino en el gabinete de doña Angustias, y a puerta cerrada.

-No se lo diga a nadie.

-Por mí señora, no se ha de saber, pero todo el mundo está enterado.

A pesar de eso, tú, ni palabra.

-No, señora.

Salió la criada, y doña Angustias apartó el café. Había perdido el apetito.

to y sentía el corazón turbado, y algo que le entenebrecía el alma. Empezó a llorar. No podía pensar; el sentimiento le oscurecía la mente, pero, desde su corazón, se elevaba una plegaria sencilla, reiterada: «¡Dios mío, Dios mío!». Quería decirlo todo. Pedía piedad para su hijo y piedad para ella misma.

Así estuvo mucho tiempo. Fuera seguían los ruidos, y a veces, entre ellos, llegaba la voz de Cayetano, ordenando o riñendo. Doña Angustias se sobresaltaba, intentaba formular un reproche, pero no podía. Era más fácil pedir piedad. Cayetano no la había ofendido, había ofendido a Dios. Ella se ponía de parte de su hijo, y pedía por él.

Se preguntaba, sin embargo, por qué Cayetano habría hecho aquello. Otras veces, muchas otras veces, había tenido queridas. No estaba bien, pero eran cosas de hombres, y lo pagaba con buenos regalos, y ninguna se había quejado. Dios tenía que considerarlo con benevolencia, porque, bien mirado, no hacía mal, sino bien, y sacaba a mucha gente de la pobreza. ¿Por qué, a ésta, le había pegado? Tenía que haber razones, pero, a lo mejor, Dios no estaba conforme con ellas. ¡Si ella, al menos, las conociese! Podía preguntarlo, sí. Pero Cayetano le mentiría para tranquilizarla, y la *Galana* le mentiría también, para sacarle los cuartos.

De repente, se hizo la luz en su cerebro. Todo un sistema de causas trascendentes se le reveló con su entera, abrumadora evidencia, como si un ángel severo lo dictase al oído.

-Yo había prometido un altar a la Virgen de Lourdes, y no pudo ser, por causa de esa bruja.

Estaba claro. Dios y su Santa Madre la castigaban en lo que más quería, la hacían sufrir con el pecado de su hijo. Había hecho una promesa, se había comprometido ante la Santa Madre de

Dios, y luego, ante el primer obstáculo, se había acobardado. La Señora de los Cielos le mostraba su enojo. Estaba claro: no era Cayetano el verdadero pecador, sino ella. ¡Pobre Cayetano! Le había creído capaz de una villanía, cuando, en realidad, no era más que el instrumento del castigo divino. Corrió a su alcoba, y se arrojó de rodillas, delante de la Virgen. Ya no pedía perdón por su hijo, sino por ella misma. «¡A él, no; a mí!», clamaba entre sollozos. «¿Qué debo hacer para que me perdones?» Escrutaba los ojos doloridos de Nuestra Señora de las Angustias, tan bonita y tan triste en su cromo de marco dorado, por si de ellos salía la respuesta. Los ojos no se movían, ni la miraban siquiera. Pero la respuesta le brotó del corazón, con la misma claridad con que antes había comprendido el castigo divino.

Corrió al tocador y se arregló la cara. Llamó a la criada. -¿Se me nota que he llorado?

-No, señora.

-Busca al señorito, y dile que necesito el coche. Vino Cayetano. Le dio

un beso.

-¿Te pasa algo?

-No.

-Tú has tenido algún disgusto. -¡Te digo que no!

-¿Fue papá?

-¡No lo he visto en toda la mañana!

-Pues tú has llorado.

-Sí, pero por nada. Cosas mías.

-¿A dónde vas a ir?

-Al monasterio.

-Te llevaré yo mismo.

-¡Te digo que no es nada importante!

-Sin embargo, te llevaré. Es la primera vez que vas al monasterio.

No preguntó más, y por el camino fueron silenciosos.

-Tú, espérame en el coche.

-¿A quién vas a hablar?

Cayetano se encogió de hombros y abrió la portezuela.

-Como tardes, iré a buscarte dentro. .

Doña Angustias ensayó, sin fortuna, una expresión severa.

-Tardaré lo que haga falta, y tú no te moverás.

El ruido del automóvil había atraído a un lego. Condujo a doña Angustias hasta un recibidor oscuro y húmedo como una mazmorra, amueblado de sofá, mecedoras y sillas de rejilla, medio desfondados los asientos. El suelo era de piedra resbaladiza, y la cal de las paredes se abría en grietas negras o caía a pedazos.

-Quiero ver al padre Fulgencio.

Salía el lego. Doña Angustias añadió:

-Que está la señora de Salgado.

Mientras esperaba, se arrimó a la ventana. El aire gris, las nubes revueltas, resultaban más alegres que aquella sala de recibir. Doña Angustias se sentía oprimida, y pensaba: «¡Cómo viven, los pobres!». Había sido buena la idea de venir, había sido mejor la ocurrencia de dar una buena limosna al monasterio. Y, ¿quién sabe?, a lo mejor Dios había dispuesto las cosas de tal manera que, al final, resultasen los frailes beneficiados. ¡Qué extraños eran los designios de Dios! ¡Y por qué ignorados caminos conseguía su propósito! Había hecho falta el disgusto de la mañana, y, antes, la brutalidad de Cayetano con Rosario, y, aún antes, el orgullo de doña Mariana. ¿También el orgullo de doña Mariana formaba parte de los designios de Dios? Al pensarlo, le dio un vuelco el corazón. No, no. Doña Mariana había obrado contra Dios. Aquél era otro cantar. De su benevolencia, doña Angustias excluía a doña Mariana.

-Buenos días. ¿Contempla usted nuestra pobreza?

El prior sonreía y le tendía la mano. Doña Angustias se inclinó a besar-

la, pero él no se lo permitió.

-¡Qué frío pasarán ustedes aquí!

-El que hace. Claro está que siempre sobra de un año para otro. Tenemos frío en el cuerpo para lo que nos queda de vida.

-¡Vaya por Dios!

Aunque, como es el frío que Él nos envía...

Indicó a doña Angustias el asiento menos averiado, y se sentó también. Había recogido las manos bajo el escapulario.

-De buena gana la llevaría a usted a otro lugar, pero el resto es clausura. ¿Viene usted abrigada? Sí, trae usted abrigo. Bien. Pues usted dirá.

Doña Angustias no sabía cómo empezar. La desasosegaba el rostro agudo del fraile, aquel rostro que parecía humilde y resultaba burlón, la mirada que parecía de vuelta, pero que en el viaje de ida le llegara hasta el alma.

Empezó a contar lo del altar de la Virgen de Lourdes y su fracaso. Cierta señora de la localidad, de no muy buena reputación, había tenido la culpa. En medio del relato hacía pausas, y el prior le respondía: «¡Ah!», o bien: «¡Oh!». Pero las interjecciones, aunque poco variadas, venían cargadas de asombro.

-... de modo que he pensado en levantar ese altarcito en la iglesia del monasterio. Aquí vendrá menos gente, pero Nuestra Señora queda igualmente honrada.

-Aunque lo levantase usted en el desierto.

-Culto no ha de faltarle, porque para eso están ustedes. Yo quería...

Se detuvo. El fraile la, ayudó.

-Que se celebre una misa diaria en ese altar. A cambio, haré un buen regalo al monasterio. Un regalo importante. ¿Qué es lo que ustedes necesitan?

-¡Todo, señora!

Empezó la enumeración. Ahora, las interjecciones corrían a cargo de doña Angustias, acompañadas de delicados remilgos: «¿Es posible? ¡Y los cristianos sin saberlo!». «¡No nos perdonará Dios por dejarles morir de hambre!»

-Dios lo perdona todo, señora; y a los que ofrecen el remedio, suele premiarles.

Quedaron en que una visita posterior concretaría ofertas y peticiones.

Cayetano había fumado tres cigarrillos, y encendía el cuarto, cuando salió su madre. La acompañaba el prior, que se acercó al coche y saludó a Cayetano. Los bendijo, al arrancar el coche.

-Es un hombre simpático, y están en la miseria -dijo doña Angustias.

Cayetano reprimió un exabrupto anticlerical.

-¿Qué dinero necesitas? -preguntó con sorna.

-Ya hablaremos. Por ahora sólo quise enterarme de sus necesidades.

Bajaba el coche la pendiente, y a ambos lados la mar golpeaba las peñas. Cerca del promontorio, media docena de *bous* peleaban contra las olas.

Fray Eugenio daba los últimos toques a un san Antonio de Padua muy bonito. Los daba con rabia y burla; toques de carmín, perfiles de sonrisa, reflejos nacarados de azucena, rosados de inocente carne. El prior entró en la celda silenciosamente, se llegó al cuadro, lo contempló. Fray Eugenio seguía con las últimas pinceladas, absorto en ellas.

-Bonito cuadro, ¿no le parece?

Fray Eugenio se volvió, murmuró un saludo y una excusa.

-Ya sé que el ejercicio del arte abstrae casi tanto como el deliquio místico. No se disculpe.

-No, no. Es otra cosa. ¡Dios me libre de compararlos!

-Pero el cuadro es bonito. ¿Cuánto podemos pedir por él? Considerando, claro está, que la República ha abaratado el género.

Fray Eugenio imaginó una cifra alta.

-Pongamos mil pesetas.

-¡Mil pesetas! ¿Cuánto tiempo lleva usted con este san Antonio? ¿Dos meses? Pasará otro antes de que se seque. Después habrá que embalarlo para que no se estropee, y mandarlo a Barcelona. Otro mes más. Y lo que tarden en venderlo... En resumen: que dentro de cuatro meses lo pagarán. ¡Un mal asunto, fray Eugenio! Ya no se estima el arte. Unos cromos con marco y cristal son más baratos y hacen el mismo oficio.

-Lo siento, padre, pero no puedo trabajar más de prisa.

-Yo no se lo pido. Pero se me ocurre que hay otros trabajos...

Empujó al monje hacia el hueco de la ventana, y le dijo en voz baja, de modo casi misterioso:

-Tengo que hablarle. Acaban de hacerme una importante oferta.

Contó la entrevista con doña Angustias.

-¿Qué piensa usted que podré pedirle? ¿Cinco mil duros? ¿Diez mil?

-¡Es mucho dinero! -dijo fray Eugenio, medio asustado.

—Es poco dinero. Por discreción no pienso pasar de los diez, pero necesito justamente el doble. Veinte mil duros. Con veinte mil duros ya podemos empezar.

No se atrevió fray Eugenio a preguntarle qué era lo que podría empezarse con los veinte mil duros. Dejó que la mirada interrogase.

-De eso es de lo que quiero hablarle. justamente de eso -respondió el prior, cauteloso.

Bajó la voz todavía más. Bajó la voz y detuvo con una mirada dura los ojos temerosos, huidizos, de fray Eugenio.

-Quiero poner un colegio en el monasterio.

-¡Pero, la Regla! ...

-Por encima de la Regla está la necesidad.

-¿Qué quiere usted? ¿Enriquecernos con un colegio de párvulos?

-No sea bobo, padre. Yo sé perfectamente lo que quiero.

Se retiró de la ventana y buscó un taburete en que sentarse.

-Fíjese bien en lo que voy a decirle: hay en Pueblanueva más de cuarenta estudiantes de bachillerato. Unos van a los maristas de Lugo y otros a los jesuitas de Vigo. Si nosotros montamos un internado, vendrán aquí. ¡No pretendo que vengan, de momento, los cuarenta! Con veinte me basta. Veinte somos nosotros. Cobrándoles como el más barato, sacaremos lo suficiente para que cada niño alimente a un monje. ¡Veinte niños, y se acabó el hambre! ¿Se da usted cuenta? ¡Veinte niños, a treinta duros cada niño! Pero necesito veinte camas, material para seis aulas, cuartos de baño, retretes nuevos, y todo eso que ahora quiere la gente para sus hijos. ¡Veinte mil duros de gastos! Si la señora de Salgado nos regala la mitad, hay que sacar los otros de donde sea. Para esto he venido a verle.

-¿Pretende usted que yo...?

-Cálmese.

Se levantó el prior, se acercó parsimoniosamente al monje, le cogió de los brazos.

-Le necesito a usted por dos razones. La primera, para que convenza al padre Ossorio de que no debe oponerse al proyecto. El padre Ossorio puede arrastrar, en el capítulo, a los jóvenes.

-Yo también me opondré.

-No me importa que usted se oponga, y casi me conviene que lo haga. A usted nadie le hace caso en el monasterio, más que el padre Ossorio. Pero le mando, fijese bien, le mando que convenza al padre Ossorio de que un colegio sería nuestra salvación.

-El padre Ossorio piensa por su cuenta.

-Ésa es la pena. Pero usted tiene que convencerle.

Sonrió, ensayó un gesto halagüeño.

-Basta que usted le diga, por ejemplo, que, alguna vez, el padre Hugo lo había pensado.

-¡El padre Hugo se hubiera horrorizado de semejante proyecto!

El prior volvió a mirarle con dureza, volvió a sujetarle con fuerza, a acorralarle casi en el rincón de la ventana.

-Tengo razones de sobra para creer que el padre Hugo quiso montar un internado en el monasterio. Yo se lo aseguro, y usted tiene que creerlo. El internado era uno de sus muchos proyectos... Uno de los pocos razonables.

-Está bien -intentó que el prior se apartase-. ¡Está bien! -repitió.

-Hay otro asunto más. ¿Sabe usted algo de las pinturas de la iglesia?

-No he vuelto a saber nada.

-Esas pinturas, fray Eugenio, pueden ser su despedida triunfal del arte. Si las hace usted hermosas, grandiosas, como a usted le gusta, ¿qué menos que veinticinco mil pesetas le pagarán por ellas? No alcanzo la cifra del presupuesto, pero ya hay para empezar. Quince mil duros. Habrá algunas deficiencias...

Dio unas palmadas en el hombro del monje.

-Coja en seguida la mula y váyase a casa de don Carlos. Me parece, de momento, mejor hablarle a él que abordar directamente a doña Mariana.

Fray Eugenio cabalgó en la mula y salió del monasterio por la puerta de los corrales. El hermano lego le había dado un enorme paraguas, con el que se cubrió: chorreaba el agua por las varillas, y un hilillo brillante caía sobre la cabeza del animal, justo entre las dos orejas. Venía el viento de la mar, estruendoso; te golpeaba la espalda, empujaba la cabalgadura hacia la orilla de la carretera. Fray Eugenio tuvo miedo de que la mula se despeñase, de que el viento pudiese más que el instinto de la mula, y la arrojase al fondo de la playa, donde las olas dejaban montones de algas.

Pasado el arenal pensó en la comisión que le sacaba del monasterio en tal día, y de aquella facha que imaginaba ridícula. «Debo de parecer un don Quijote con paraguas.» Era lo de menos, y, bien considerado, su facha, con paraguas o sin él, cabalgando o a pie, tenía siempre algo de ridículo.

«Querido Carlos, vengo a verle para un asunto desagradable.» Buen modo de empezar, valiente y franco, aunque pudiera haberlos mejores. Después le contaría la conversación con el prior. «Necesito que usted me diga si doña Mariana piensa todavía en pintar la iglesia, y cuánto me pagará.» ¿Se atrevería a decirlo? Imaginó, otra vez, la escena; y a Carlos escuchándole sorprendido, quizá molesto; repitió las palabras, y sintió que el rostro húmedo se le enrojecía. Tenía que haber palabras más disimuladas, palabras insinuantes que le evitasen la vergüenza. ¿Cuáles? Imaginó otro modo de empezar, otro modo de saludar, incluso otro modo de llegar. «Pasaba casualmente, y se me ocurrió...» Tampoco. Recorridos los circunloquios, se llegaba necesariamente a la declaración vergonzosa, y la casualidad de la visita, con aquel día, no parecía verosímil, aunque Carlos, cortésmente, fingiese aceptarla.

Sin embargo, tenía que seguir adelante, por mandato del prior, presentarse ante Carlos, hablarle de las pinturas. Aquella coacción le empujaba con más fuerza que el viento por la carretera de guijarros descarnados. Así llegó a la cuesta. La mula dejó de trotar y se puso al paso, y aún se detuvo un par de veces antes de coronar el repecho. Llegó ante la

verja del pazo.

A lo mejor, no está.

Deseó ardientemente que Carlos se hubiera ausentado. Podría regresar al monasterio, y decírselo sencillamente al prior. «No estaba en casa, tendré que ir otro día más temprano.»

Los yerbajos y las ramas menudas arrancadas por el viento manchaban el sendero; el agua caída de los árboles sacudía la copa del paraguas. Frente al zaguán abierto, el fraile se detuvo, paralizado por la última vacilación. Podía regresar, podía inventar un pretexto, podía...

En el zaguán apareció Paquito. Miraba al fraile y se reía. Saludó; sin dejar de reír. En seguida se ocultó. Fray Eugenio sintió sus pasos en la escalera. Ya no había remedio. Carlos bajó en seguida. Fray Eugenio se había apeado y esperaba en el umbral, con el paraguas abierto, en una mano, y las riendas de la mula, en la otra.

-Paz.

Se dejó arrebatarse las riendas y el paraguas; se dejó conducir a la torre. Allí bebió el café preparado por Carlos, se calentó junto a la lumbre y aceptó la invitación de un poco de coñac.

-Estoy verdaderamente helado. ¡Y qué bonita es su celda! Porque es lo que parece: la celda de un monje algo más mundano que nosotros.

Todo había sucedido de manera distinta. Lo difícil, ahora, era llevar la conversación al punto apetecido.

Tenía la impresión de haber llegado sin oportunidad, como si su presencia estorbaba algo, aunque no fuese más que una soledad apetecida: Carlos se portaba con amabilidad, pero no parecía contento.

-Pasaba, y se me ocurrió venir a verle. Marcho en seguida.

-¿Ahora, con esta lluvia? Me atrevo a invitarle a comer conmigo. Si lo permite el prior, naturalmente.

-El prior...

El prior le había enviado a un negocio: aceptar la invitación podía considerarse como necesario para que el negocio llegase a buen fin.

-Me gustaría quedarme, pero, si no recuerdo mal, usted suele almorzar con doña Mariana.

-Me aterra bajar al pueblo con esta lluvia, pero tengo a quien enviar para que nos manden la comida.

Despachó a Paquito, con el coche y un recado. Al regresar, parecía contento. Fray Eugenio se consideraba comprometido moralmente a plantear la cuestión de las pinturas, sin escapatoria; aunque, aceptada la invitación, le pareciese más indelicado todavía. Hizo un esfuerzo y cantó de plano:

-Verá usted, don Carlos. No estoy aquí por casualidad. Tampoco estoy por mi gusto. Me manda el padre Fulgencio.

Contó la entrevista de aquella mañana. Interpoló, en la narración, comentarios y disculpas. Carlos no dio importancia a la embajada: «Hablaré a doña Mariana, y ya veremos de sacar lo más posible»; pero, en cambio le preocupó lo del colegio y, sobre todo, la situación del padre Ossorio.

-Y el padre Ossorio, ¿por qué se opondrá?

-Pero ¿no comprende- usted que nosotros no podemos, según la Regla, dedicarnos a la enseñanza?

Para Carlos, el motivo último de la divergencia escapaba, por la sutileza, a su comprensión, pero escuchó los detalles internos de la oposición sorda planteada entre el prior y el padre Ossorio.

-Un día, esto acabará-concluyó el monje-, pero no acabará bien. El padre Ossorio es la parte más débil.

-¿Cómo no cambia de monasterio?

-No puede. Nuestra Orden no tiene más casas que ésta. Recuerde que *somos* un ensayo de restauración.

-Esta mañana, si no lloviese, hubiera ido a visitarles. Necesitaba de ustedes.

-¿De mí?

-Quizá también del padre Ossorio, o principalmente de él. Es teólogo, si no recuerdo mal.

-Sí.

-No estoy seguro de necesitar un teólogo, sino más bien un psicólogo que sepa teología. Deseo ciertas explicaciones sobre el sentimiento del pecado.

Añadió en seguida, antes de que fray Eugenio pudiera responderle:

-Explicaciones concretas sobre un caso personal, sobre el mío. Por dos veces he tenido la sensación de hallarme en pecado; la última de ellas, esta noche, ahora mismo. Y no lo entiendo bien, porque no estoy seguro de creer en el pecado. Casi puedo asegurarle que no creo. Se trata de una sensación, fíjese bien, no de una convicción.

Sonrió.

-Claro está que tampoco creo en el diablo, y, sin embargo, tengo también la sensación de que se me ha metido en el alma. No digo tampoco que lo crea, pero sí que lo siento, que lo experimento. Y puedo señalar el día y la hora en que entró y cómo lo hizo, aunque no por qué. Es un demonio apacible, no de los que hacen blasfemar y echar espumarajos por la boca. El demonio que me va bien: tranquilo, analítico, y nada apresurado. En el infierno deben saber lo que conviene a cada cual.

Reía, pero el fraile no. El fraile le escuchaba paralizado, y le miraba con ojos en que temblaba un espanto remoto o disimulado.

-¿Por qué bromea?

-¡Dios me libre de bromear! Pero no voy a rasgarme las vestiduras

porque el infierno se haya dignado preocuparse de mí. Soy un hombre de ciencia, y la experiencia es nueva. Mi obligación es observarme. Insisto en que no creo en el diablo, pero es evidente que está dentro de mí. Luego, el sentimiento del pecado...

Recordó que a fray Eugenio le gustaba el tabaco, y le ofreció de fumar.

-Antes le dije que necesitaba un psicólogo que supiera teología. No es eso exactamente. Lo que necesito es un teólogo que tenga experiencia personal del pecado.

Fray Eugenio tembló y bajó los ojos.

-¿Quién no la tiene?

-No del pecado en general, sino de... -se detuvo y sonrió-. Bueno, la experiencia de la soberbia, por ejemplo, no me sirve. Lo mío es más modesto. Cosa del sexto. Ya sé que, según los teólogos, es el menos grave de los pecados. Sin embargo...

Fray Eugenio le interrumpió..

-Por favor, no hable usted de moral. Si lo llevamos al terreno moral, no aclararíamos nada. La moral pertenece al orden de las consecuencias, y el pecado al de las esencias. El bien y el mal son nociones morales: el Pecado y la Gracia son mucho más hondos, pertenecen a la experiencia religiosa. Usted no se ha referido al mal, sino al pecado.

-Exactamente. ¿Puede usted decirme algo?

Fray Eugenio evitaba mirarle. Había clavado la vista en el cigarrillo recién encendido, y le temblaba la mano. Carlos creyó que le respondería: «Sí. Puedo contarle a usted mi caso», e inmediatamente comprendió que también fray Eugenio tenía una historia, de la que sólo conocía menudos detalles, como balizas de un pasado sumergido y tremendo. Recordó un instante el retrato de la madre de Germaine -sólo un instante-. El fraile alzó la vista, y en el modo triste de mirarle había como un ruego. Carlos sonrió.

-No. Lo que usted pretende, no -le respondió fray Eugenio: y había en su voz una resonancia de falsedad.

-Seguramente tampoco el padre Ossorio podrá responderme. Es difícil hallar el consultor que necesito. Para entendernos, sería menester que, no sólo conociese entera mi intimidad, sino que yo conociese la suya. ¿De qué vale, por ejemplo, que le diga a usted que esta noche una mujer pasó conmigo unas horas, y que acepté su presencia porque en ella encuentro, además de una liberación, una garantía de libertad, y que, sin embargo, cuando marchó, tuve la sensación (la sensación, le repito; no algo intelectual o espiritual, sino físico) de estar en pecado y de tener el demonio dentro? Era de madrugada y ya no pude dormir. Del mismo modo que si usted se clava una espina en una mano la siente ajena y molesta hasta que se la arranca, así me sentía, y me siento, molesto por esa sensación que me parece venida de fuera, clavada desde fuera, como

una espina. La siento, y siento que no me pertenece, que está ahí como si alguien la hubiese arrojado dentro de mí. Y yo, querido fray Eugenio, no sólo necesito librarme de esa molestia, sino que necesito explicarme su presencia. Nada de lo que existe dentro de mi alma, ni lo delicado, ni lo más misterioso, me sirve para explicarme que un acto mío lo sienta como pecado.

-¿Y en su niñez? ¿No creyó usted alguna vez en el pecado?

-En mi niñez, yo llamaba pecado a la simple transgresión de la ley. Mis primeras nociones no fueron religiosas, sino morales: el corazón de mi madre, de quien las recibí, era un corazón de juez, y ese modo jurídico de entender el bien y el mal se continuó en el colegio, donde pudo haberse refinado mi conciencia moral, pero donde jamás tuve ninguna experiencia verdaderamente religiosa. Después, mi modo de entender el bien y el mal varió, y, según él, nada se ha conmovido, ni en mi vida, ni en la de ella, ni menos en el universo mundo, porque nos hayamos amado. No lo tengo por malo, aunque quizá no sea bueno; pero siento que es pecado. ¡Lo siento, ¿comprende usted?, lo siento, y perdone mi insistencia en marcar, una vez más, el carácter de sensación! Porque también eso es absurdo. El pecado, lógicamente, debe sentirse en el alma; debe ser el resultado de una comprensión súbita, de una operación intelectual, por rápida que sea, pero no un estado irracional que se siente en los nervios y en la sangre.

Había hablado de pie, sosegadamente, templando con el tono y la sonrisa el calor excesivo de sus palabras. Había un contraste demasiado evidente entre las palabras y el tono en que habían sido dichas. Se dio cuenta, y rió.

-¿Por qué se ríe?

-Porque todo esto es ridículo.

-No.

-¿Va usted a explicarme por qué no lo es? ¿Va usted a decirme que se me insinúa Dios desde fuera, que me tiene cogido, y que su manera de insinuarse, de decirme que está aquí, es esa sensación disparatada? ¿Es eso lo que va usted a hacer?

-No puedo explicárselo; no puedo explicarle nada. Pero que Dios anda en todo esto, me parece evidente.

-El padre Ossorio me dijo el otro día: también Dios ha llegado para usted, o algo parecido. No lo creo. Puesto a creer, más bien me inclinaría por el diablo. Ése, al menos, también lo siento. Lo siento y lo veo. Cuando cierro los ojos, cuando me duermo, si quiero, puedo verlo. Es un tipo fascinador.

-No bromeé.

-¿Es ése su consejo, sólo ése?

-No puedo decirle más. Yo no soy...

Carlos le interrumpió. —

-Entonces, todo lo hablado está de más. Fijese en que, el otro día, el padre Ossorio había llegado a un punto semejante a éste. Si no avanzo, si usted no me ayuda a avanzar, esta conversación no viene sino a repetir lo dicho, esta escena es inútil, yo doy vueltas sobre mí mismo sin sacar nada en limpio, y, mientras tanto...

-¿Qué quiere que le diga? ¿Que yo he sentido lo mismo que usted, y que en mi caso no me sirvió de nada? ¿Quiere que le diga que el pecado me trajo al monasterio?

-No. No quiero que me diga nada personal.

-Es que si le sirviera de ayuda, se lo diría.

Evidentemente, esperaba con temor la palabra, el gesto, la mirada de Carlos que le obligase. El temor le temblaba en las manos y en la respiración. Carlos se limitó a decirle:

-¿Piensa usted que una historia pueda servir de ejemplo?

Antes habló usted de intimidaciones...

-Intimidaciones, no historias ejemplares. Contactos esenciales entre dos personas, no parábolas. Su historia, seguramente, no me serviría.

Fray Eugenio se tranquilizó.

-Quisiera recordar -dijo-, con las mismas palabras con que lo oí, algo dicho hace tiempo por el padre Hugo. Pero, ya ve, ni el padre Ossorio ni yo logramos recordar más que ideas vagas, palabras sueltas. ¿Por qué sucede así? No sólo usted, sino nosotros, hallaríamos solución.

-Seguimos sin avanzar un paso. También eso lo dijo el padre Ossorio.

-El padre Hugo se refería a la salvación del hombre por la mujer, y viceversa. Su modo de entender el amor y el matrimonio era sencillo y profundo, pero no puedo recordarlo, no puedo reconstruir ni una sola de sus ideas. Sólo recuerdo eso, vagamente: la salvación mutua, recíproca; una relación entre el hombre y la mujer hecha del mismo amor con que Dios ama a los hombres, o algo así -se interrumpió, como buscando en los recuerdos-; una participación, más bien, en ese amor...; pero, así dicho, sólo es una generalidad tópica. Había algo más.

-¿Y por qué no supone usted que puede servirme? No se trata ahora de salvación, ni hay mujer a la que tener en cuenta.

-Usted ha dicho...

-... que hay mujer, naturalmente; pero insisto en que no cuenta en este asunto. ¡Oh, por favor, no se asombre! Ya le dije antes que ella vino aquí libremente, y que yo la acepté porque garantizaba mi libertad; pero entre su vida y la mía no hay otras relaciones. Ella viene aquí porque le conviene, o, dicho de manera más brutal, se sirve de mí para conseguir algo que le interesa.

Doña Angustias estaba silenciosa y un poco triste. Cayetano le había sorprendido miradas de preocupación, miradas que se posaban sobre él, largas y tiernas, pero inquietas. Le miraba así cada vez que se enteraba de una nueva aventura, o de que una muchacha había sido abandonada, pero nunca con tal insistencia.

En el otro extremo de la mesa, don Jaime masticaba difícilmente una corteza de pan moreno. Estaba viejo, le caían los párpados sobre los ojos casi apagados, sobre los ojos cobardes y temerosos. Hacía treinta años que don Jaime no hablaba en la mesa, y desde que Cayetano era un hombre, no se atrevía a mirar. Cuando doña Angustias hablaba con su hijo, don Jaime parecía olvidado, arrinconado.

-;No tomas café, mamá? -preguntó Cayetano.

-No, voy a acostarme.

-Espera, que te acompaño.

Rodeó la mesa y ayudó a su madre a levantarse. La cogió del brazo y salieron. Don Jaime levantó la cabeza un momento, hasta que cerraron la puerta; luego siguió masticando su corteza.

Doña Angustias quiso besar a Cayetano, al llegar a la puerta de su habitación.

-No, mamá; después. Acuéstate, que quiero hablar contigo. -¿Para qué?

-Quiero hablar contigo. Esperaré fumando a que me llames. La doncella había abierto la puerta, y la cerró al entrar doña Angustias. Cayetano encendió uno de sus cigarrillos ingleses y paseó frente a la puerta, hasta que la criada asomó.

-Ya puede entrar, señorito.

-Está bien. Vete.

La cama de doña Angustias era alta, de tres colchones. Cayetano había dormido en ella, de niño, muchas veces, y recordaba que su madre lloraba. Ahora se había puesto las gafas, y retenía en una mano un libro de oraciones.

Cayetano se acercó y le dio un beso.

-¿Qué te sucede? -dijo ella.

-A mí, nada; pero a ti...

-Estoy perfectamente, ya lo sabes. Ni siquiera siento el reuma. Cayetano se sentó en el borde de la cama.

-Esta mañana creí que tu visita al monasterio obedecía a algún capricho, o a alguna petición que te hubieran hecho los frailes. Ahora creo que no es eso.

-¿Por qué? -doña Angustias vaciló antes de mentir-. Fue eso. El prior me hizo saber por don Julián...

-No, mamá.

-¡Te lo juro!

-No lo jures, que es pecado.

Rió Cayetano, y cogió la mano de su madre y la besó.

-Mi madre no peca nunca. Mi madre es la mejor mujer del mundo. Pero esta vez quiere engañarme.

Hizo una pausa y la miró a los ojos.

-Dime, ¿qué cuento te han traído?

-¡Ninguno, te lo aseguro!

-No te dejaré dormir si no me lo cuentas. ¿Es algo de doña Mariana?

-¡No, no! Por esta vez, no.

-¿Entonces...?

Dejó de sonreír, y su madre vio trasparecer el rostro duro de su hijo cuando mandaba o cuando castigaba. Le dio miedo.

-No te pongas así. No es nada importante. Es... lo de esa Rosario.

-¿Qué te contaron?

-Que le pegaste. Y eso no está bien. Un hombre como tú no puede hacerlo. Es una cobardía.

Cayetano la miró rápidamente y bajó la cabeza.

-¿Quién te lo dijo? -preguntó, sombrío.

-Eso no importa.

-Algún mala sangre, que quiere disgustarte.

-¿Por qué lo hiciste?

-No tuve la culpa. Fue...

Hizo un gesto violento y se puso en pie.

-¡No puedo explicártelo! Son cosas de hombres. Pero tú no debes disgustarte. No tiene nada que ver contigo.

-Todo lo tuyo es mío -dijo doña Angustias tristemente-. Y cuando haces daño, parece que Dios me castiga.

Atrajo a Cayetano, le obligó a sentarse de nuevo y le acarició el cabello.

-Ya sé que no tuviste la culpa. La culpa es mía. .

-¡No digas estupideces, mamá! ¡No tienes nada que ver con esto!

-¿Qué sabes tú? ¡Cuántas veces son los padres responsables del mal que hacen los hijos! Y siempre, siempre, el mal de los hijos nos castiga.

-Pero ¿por qué hablas de castigo? ¿Quién va a castigarte a ti? -Dios.

Cayetano se apartó de su madre y la miró duramente.

-Si Dios te castigase, tendría que vérselas conmigo.

-¡No digas blasfemias! -doña Angustias se tapó los ojos, horrorizada,

-Perdona. Pero...

Era difícil explicar con palabras, de modo que doña Angustias lo comprendiera, la razón de su blasfemia: tenía sus ideas, la hacían feliz, y no había por qué quitárselas. Prefirió, a explicar, besarla.

-Perdona, mamá. Es cierto que pegué a Rosario, y si hubiera sabido

que iba a disgustarte, no lo habría hecho. Pero ya te dije que no tuve la culpa. Pasó algo, y.. ¡en fin!, ella no vale la pena de que te duelas. Es una mala pécora.

-Es una criatura de Dios.

-Pero me hizo daño.

-¿A ti?

Miró a Cayetano con ternura súbita.

-¿Una mujer así? ¿Es que la querías?

-No. No fue esa clase de daño.

-¡Pobre hijo!

Volvió a acariciarle, y, en su corazón, creyó otra vez firmemente que Dios se había valido de Cayetano para advertirla, y como había pensado aquella mañana. ¿Por qué, después de la visita al monasterio, lo había dudado? ¿Por qué había vuelto a creer que Cayetano era culpable? Estaba claro que había sufrido; todavía sufría. Dios quería, además, castigarla en lo más delicado de su corazón. No podía ver cómo sufría Cayetano.

-Bueno, no te pongas así. Ya no estoy triste. Me basta saber que no has tenido la culpa.

-Pero deberías decirme quién te vino con el cuento.

-Eso no te importa a ti.

Cayetano cerró los puños, airado.

-Un día haré un escarmiento.

No le dolía el recuerdo de la paliza dada a Rosario, ni siquiera la humillación recibida cuando ella había querido echarle, sino el disgusto de su madre. Todavía insistió en preguntarle el nombre del que le había acusado.

-Es que tú no comprendes, mamá, que todos esos cuentos te los traen puras envidiosas para hacerte daño.

Prometió, sin embargo, que no volvería a recordar el asunto, y ella aseguró que la tristeza le había pasado, y sonrió al despedirse. Cayetano bajó a su despacho y se sirvió coñac. Le dieron ganas de romper la botella -cristal de Bohemia- contra la pared, de salir con una fusta a la calle y golpear a quien encontrase. Todos eran igualmente culpables, porque todos le envidiaban por igual. A todos envolvía en el mismo desprecio.

-¡Pueblo de cabrones!

Los había tenido a raya, los había dominado, les había obligado a reconocer su fuerza. Se había permitido el lujo de mantener entre ellos enemigos declarados y disidentes, sólo porque los demás viesan cómo, finalmente, los dominaría también. Aquel equilibrio era obra suya; mantenerlo estaba en su mano. Podía, cuando le apeteciese, arruinar al pueblo o expulsar a los disconformes. Cuando le diese la gana.

Sí. Eso había sido. Pero, indiscutiblemente, algo había cambiado. Lo

había pensado alguna vez y había rechazado el pensamiento, por estúpido; el pensamiento volvía ahora, en la soledad opaca y confortable de su despacho, y no podía ni debía rechazarlo otra vez. Algo había cambiado. Y él empezaba a ser víctima del cambio; las cosas y las personas apuntaban una rebelión. ¿Cómo, si no, se hubiera atrevido la Rosario a rechazarle? *Indiscutiblemente*. Y él había cerrado los ojos a la evidencia. Se había dejado llevar por la pasión momentánea, por un movimiento del orgullo herido. ¿Cómo no habría pensado que su madre se sentiría dolida de que pudieran decir de su hijo que había golpeado a una mujer? -porque eso era, y no el temor del castigo divino, lo que de verdad entristecía a su madre.

Algo había cambiado. Aparentemente, la única novedad del pueblo era una persona más. Y el resto, visto por encima, permanecía igual. Que unas cuenteras vinieran con chismes a su madre no era nuevo. El cambio estaba por debajo de las apariencias, era un cambio subterráneo. Las chismosas no eran nada nuevo, pero, ahora, añadían insolencia a la envidia. La causa se llamaba Carlos, y era un tipo imbécil y narigudo por quien había tenido que pegar a Rosario, por quien había tenido que vanagloriarse de haberle pegado, por quien doña Angustias había sufrido un día entero, se había atormentado, había llorado quizá. Como en el cuento que su madre le contaba de niño: «... *ferreiro a min chaves, chaves a-o hórreo, hórreo a min gra, gra a-a porta...* » Todas las cosas tenían su causa, todos los hechos su responsable; se encadenaban unos a otros: «... *vaca a min leite, leite a-o ferreiro, ferreiro a min chaves...* » , y terminaban en Carlos.

-Voy a darle una buena paliza.

La ocurrencia le hizo saltar del asiento, le alisó la frente ceñuda, le alegró el rostro con una sonrisa. Dejó de razonar y, mientras subía de tres en tres los tramos de la escalera, imaginaba los golpes dados en el rostro de Carlos, aquel rostro de polichinela que parecía hecho para ser pegado. Se cambió rápidamente: traje, camisa, corbata. Se vio en el espejo, complacido: de punta en blanco, como si fuese a cenar con el presidente del Anglo South-American Bank en un hotel de Londres. Le hervía, sin embargo, la sangre en las venas, y golpeaba el aire con los puños científicamente cerrados. Al salir se puso un sombrero, y rechazó la ocurrencia de armarse.

Se lanzó por la calle desierta y mojada; el motor rugiente del coche alborotó el sosiego nocturno y sacó varias cabezas a las ventanas. «¿A dónde irá a estas horas Cayetano?» «Ahora que no tiene querida, se irá de niñas.» Llegó frente a la verja del pazo, descendió para abrirla -el terno azul se mojó un poco-. Se sentía sereno, dueño de sí: capaz de discutir y de reírse antes de golpear. Detuvo, por fin, el coche frente al zaguán, y encendió la cachimba. Hizo sonar el claxon, después de unas chupadas.

Paquito entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

-¡Hombre, Paquito! -le dio un cachete-. ¡El tiempo que hace que no te echo la vista encima!

-Buenas noches.

-Vengo a ver a tu amo.

Empujó la puerta y entró. Los ojos asustados del loco parpadeaban.

-Yo no tengo amo -respondió con brío y un punto de enojo en la voz.

-¡Ah! ¿No? ¿Qué haces aquí entonces? ¿Curarte?

-Vivo aquí, pero no soy criado. Hago lo que me da la gana. Él puso sus condiciones y yo las mías. Eso es. Somos dos hombres libres.

Cayetano se echó a reír.

-¡Eso me gusta, mira! ¡Viva la libertad! -y añadió con seriedad irónica-: Si no eres criado, ¿quién le dirá a don Carlos que estoy aquí?

-Yo.

-Entonces, eres criado.

-¡No lo soy, leñe! ¿Es que usted no distingue entre una obligación y un favor a un amigo?

-¿A mí?

-No. A él.

A mí no me hacías favores, me obedecías. Y cuando no lo hacías, te zurraba. De manera que ahora...

Se acercó unos pasos fingiendo amenaza. Paquito huyó a la escalera.

-Sin tocarme, ¿eh? Las palizas se acabaron. Yo no obedezco a nadie.

Anda. Dile a tu amo que quiero verle. ¡Corriendo!

Paquito desapareció en lo alto de la escalera. Cayetano pensó que aquél todavía le tenía miedo, y que quizá su amo se lo tuviera también.

Se sentó a esperar en el último escalón, de espaldas a la puerta de la escalera, y echó al aire bocanadas de humo, indiferente.

-Está aquí -dijo Paquito, asustado, sin entrar en el cuarto de la torre.

-¿Quién?

-Él, Cayetano. Está abajo.

-¿Qué quiere?

-Dice que verle, pero yo pienso...

Entró y se acercó a Carlos.

-Le diré que está acostado. Es una mala persona, y a lo mejor viene a matarle.

Carlos sonrió.

-¿Qué pensarían de mí si no lo recibiera? Dímelo: ¿qué pensarían de mí en el casino? Y tú mismo, ¿qué pensarías?

Paquito bajó la cabeza.

-Bueno. Que entre, entonces; pero yo estaré detrás de la puerta con una tranca.

-No.

-¡Don Carlos, usted no le conoce! Hay que tenerle miedo.

-¿Y quién te dice que no lo tenga? Sin embargo, hablaré con él.

El loco se encogió de hombros.

Allá usted, pero después no diga que no fue avisado.

-Si me mata, difícilmente podré decir nada.

Le empujó hacia la salida.

-Ve adelante. Yo saldré a recibirle.

Mientras recorría el pasillo, calmamente, pensó Carlos que sólo disponía de un arma para defenderse, y que acaso no fuese eficaz contra Cayetano.

-Sin embargo, tanto como para venir a matarme...

Se irguió al llegar a la puerta de la escalera.

-Hola, Cayetano.

-Buenas noches, Carlos.

Seguía con la pipa en los dientes. Subió, y repitió el saludo al cruzar la puerta:

-Buenas noches.

Carlos cerró y echó la llave. Cayetano se volvió bruscamente. -¿Por qué cierras?

-Desconozco todavía los hábitos del *Relojero*. Puede ser de los que escuchan.

Añadió:

-Iré delante para mostrarte el camino.

Al llegar a la torre se hizo a un lado y dejó pasar a Cayetano.

-Éste es mi estudio. No tan lujoso como el tuyo, pero caliente. Siéntate.

Se acercó a un armario y sacó de beber.

-Tiene que ser coñac o nada. También hay café.

Cayetano aceptó. Mientras Carlos servía, examinó la habitación. Mientras bebía el coñac, la elogió. Carlos se había sentado también, frente a él, junto a la chimenea. Le escuchaba sonriente y se refería a los arreglos hechos y al estado de la habitación a su llegada. Empezó a contar cómo su madre la había mandado tapiar.

-Ya ves. Esta habitación tiene la culpa de que yo haya vuelto a Pueblanueva.

No parecía amedrentado. Hablaba de tonterías como la cosa más natural del mundo, y, sin embargo, nada a su alrededor podría valerle si él se levantaba y le decía: «Carlos, voy a romperte la cara». El asiento de Carlos quedaba más abajo que el suyo: bastaba con echarse encima y golpear. Pero así no tenía gracia, y, en el fondo, no estaba bien. Ni era tampoco lo que él pretendía, golpearle solamente, sin mediar palabra, sin que Carlos viese venir la agresión, sin que él se regocijase viéndole perder pie, titubear las palabras y -acaso disculparse y pedir perdón-. Porque Carlos no podría responderle, ni casi defenderse. Todas las ventajas esta-

ban de parte de Cayetano: era más fuerte, traía un propósito y podía elegir el momento, en tanto que Carlos sólo podía sentir un miedo vago, o quizá ni eso. ¿Cómo seguía hablando con aquella tranquilidad, con aquella naturalidad, como si nada hubiese pasado entre ellos? -Dos o tres momentos difíciles, a punto de armar bronca, y lo de Rosario-. ¿Y si lo de Rosario no fuese más que una sospecha suya?

-Bien. Supongo que esta visita es de pura cortesía. Había olvidado, hasta que oí tu nombre, que me la debías.

-¿Debértela?

-Recuerda que estuve en el astillero. ¡Aquélla sí que es una bonita habitación!

-También quería hablarte.

Cayetano dejó el coñac sobre la mesa. No sabía cómo empezar. ¡Con lo sencillo que le había parecido un cuarto de hora antes! Pero todo sucedía de manera distinta de lo previsto; sobre todo, aquella tranquilidad inocente de Carlos, aquel suponer que había venido a devolverle la visita. ¿Si sería imbécil, o sólo farsante?

-Hay algo que quiero preguntarte, algo muy serio.

-Di.

Cayetano tardó unos instantes, y, hecha la pregunta, se arrepintió de cómo la había hecho.

-¿Te has acostado con Rosario?

Carlos rió, no ofensivamente, no galleando, no con esa risa que provoca el puñetazo, sino de cierto modo ingenuo y sorprendido.

-Pero, hombre, ¡qué pregunta! ¿No comprendes que no puedo contestada?

-He venido a saber la verdad, y no marcharé hasta saberla. Te lo pregunto de hombre a hombre. Si tú lo eres...

Carlos permanecía sentado, y el tono de Cayetano no parecía inquietarle. Quizá no se hubiera dado cuenta de que las palabras amenazaban con toda claridad...

-¡La verdad! -Carlos le miró con fijeza, no con ira ni con miedo, sólo con algo que parecía curiosidad-. ¡La verdad! Si no te la digo, no soy un hombre: ése es tu punto de vista. ¡Es curioso! El mío es justamente el contrario.

-Puedo convencerte...

-¡Ahí está la dificultad! Convencerme. Tendríamos que discutir toda la noche, tendrías que echar abajo mis principios de conducta; en una palabra, tendrías que cambiarme en otro hombre, para que yo aceptase tu punto de vista. Tendrías que transformarme en alguien semejante a ti, y eso es imposible. Me temo que no te diré nunca la verdad.

Cayetano se adelantó un poco en su asiento. Reiteró el tono duro.

-Yo le llamo a eso cobardía.

-¿Y qué? Para mí, lo cobarde sería decirte la verdad. Sería como el que confiesa un delito por temor a una amenaza. O quizá fuera algo más complicado todavía. Por ejemplo: si yo fuese uno cualquiera de Pueblanueva, te diría: «No, don Cayetano, no me acosté con ella. ¿Cómo pudo ocurrírsele?»; y lo diría para congratularme contigo. O bien: «Sí, señor, me acosté con ella. ¿Y qué?». Y lo diría para presumir de haberte puesto los cuernos, lo cual, para un habitante de Pueblanueva, debe tener cierta importancia. Ahora bien, yo no me considero capaz de sentir como uno de éstos, yo no necesito congratularme contigo ni presumir de haberte engañado. Para mí, la cuestión se plantea de otra manera; la cuestión consiste, ante todo, en que tú has pegado a Rosario creyendo que se había acostado conmigo, y después te has alabado de haberlo hecho. En estas condiciones, yo tengo que decirte que no; sea cual sea la verdad. Necesito hacerlo sólo para que te quede el remordimiento de haber sido injusto.

-¿Y si no te creo?

-¡Ah, entonces la cosa se complica! Entonces sucede que no puedes soportar el remordimiento, que tienes conciencia de haber sido culpable, y que, para justificarte, atribuyes a Rosario un delito inexistente.

-¡Yo no he pensado nada de eso! -respondió Cayetano con brío.

-No se trata de lo que piensas, ni de lo que tu voluntad acepte conscientemente de tu pensamiento, sino de algo más oscuro, más profundo, más difícil de averiguar.

-No me interesa. ¿No comprendes que mi único deseo es que me respondas que te has acostado con Rosario para romperte la cabeza?

Carlos, sin dejar de sonreír, cogió el atizador de la chimenea y se lo ofreció.

-Toma. Rómpemela cabeza, pero no esperes la respuesta que deseas.

Se levantó de un brinco sin soltar el atizador. Quedaba, de pronto, en situación ventajosa sobre Cayetano, y armado. Cayetano intentó reprimir un movimiento defensivo, un movimiento que quizá fuese sólo un parpadeo. Pero Carlos no alzaba el hierro sobre su cabeza, ni parecía dispuesto a la agresión, sino que continuaba ofreciéndolo, tranquilo.

-Tendrás que matarme, si ése es tu propósito, sin saber la verdad. Y después, para justificarte ante ti mismo, tendrás que inventarme un delito en el que cada vez crearás menos. Y todavía después...

-¿Después, qué?

-Después no sabrías responder a derechas ante el tribunal que te juzgase.

Cayetano se levantó también, y rió.

-¿Un tribunal? ¿Juzgarme a mí un tribunal? ¡No sabes quién soy ni lo que puedo!

Todavía Carlos mantenía en la mano el atizador; pero ya no lo sujeta-

ba, sino que lo dejaba colgar. Se había arrimado a la repisa de la chimenea, y su mano libre había recobrado el coñac. Tomó un sorbo.

-¡Es curioso! -dijo luego-. Empiezo a creer que me he equivocado contigo.

Levantó la vista y miró a Cayetano como se mira a un bicho raro.

-Mi profesión consiste, entre otras cosas, en clasificar a las personas después de haberlas estudiado. Después de hablar contigo, pensé: «Cayetano es un *gentleman* a la inglesa; ha estado en Inglaterra, se ha educado allí, se porta como un perfecto inglés». No podía extrañarme: los ingleses poseen algo que atrae a cualquiera, la elegancia y el dominio de sí mismos. Un inglés es incapaz de llevar zapatos claros con chaqueta oscura y de permitir que nadie averigüe sus sentimientos por lo que él deje traslucir de ellos. Un inglés da siempre la cara...

-¡Yo estoy dando la cara! -le interrumpió Cayetano.

-Sí, pero le has pegado a Rosario y has presumido luego, delante de media docena de imbéciles, de haberlo hecho. Fue entonces cuando temí haberme equivocado. Era un hecho extraño, algo que desentonaba en el conjunto. Entiéndeme: todos los actos de una persona responden a su carácter. El modo de ser de cada cual determina lo que puede hacer y lo que no podrá hacer jamás. Yo, por ejemplo, que soy un sabio, no puedo creer en ciertas cosas. Si de pronto te dijeren: «Don Carlos Deza ha soñado con el diablo y piensa que lo tiene metido en el cuerpo», ¿lo creerías? ¿No lo hallarías absurdo? Porque, razonablemente, un hombre como yo no puede creer en el diablo, ni menos tenerlo aposentado en la mitad del alma como en su propia casa. Yo tenía que creer que habías pegado a Rosario, porque era evidente, pero lo encontraba absurdo. Y, entonces, me hice un razonamiento: O no es un verdadero *gentleman*, o sufre una peligrosa duplicidad personal. En cualquiera de los casos, mi primer juicio era equivocado. Suponerte paciente de una doble personalidad no se me había ocurrido. ¡Sería divertidísimo! Es algo enormemente destructor e implacable. Actúa desde dentro, desintegra, separa, convierte al enfermo en un pelele. Bastaría que tus enemigos se sentasen a la puerta de sus casas y esperasen a que tú mismo te destruyeses poco a poco.

Había dejado de hablar sencillamente, y daba a sus palabras un tono de convicción profunda, un tono de seguridad cuyas razones Cayetano no lograba entender, pero que empezaban a afectarle.

-No creo que nada de eso sea cierto, ni tampoco de lo que me dijiste el otro día de un complejo. Consulté con un médico y es un disparate.

-Aún no he terminado -respondió Carlos.

Arrojó el atizador sobre los morillos, y encendió un pitillo.

-Me han dicho varias veces que intentarías matarme. Me lo han dicho varias personas: que me matarías de noche, o que mandarías a alguien

que me matase. Yo, por orgullo, no podía creerlo. Cuanto más me lo decían, menos precauciones tomaba para defenderme. Regreso solo a mi casa y mi puerta está siempre abierta. Una sola preocupación sería confesarme que me había equivocado en mi diagnóstico. Porque, a pesar de lo que acabo de decirte, y de esas dudas que tengo sobre ti...

Dejó el coñac sobre la repisa y miró a Cayetano sonriendo.

-... te tengo por tan capaz de matarme como a mí mismo de creer en el diablo. A traición, quiero decir, o por medio de un esbirro -añadió mientras se sentaba.

-¿Y cara a cara, como estamos ahora?

-Hace unos minutos te he ofrecido el atizador...

Espió, con mirada rápida, el rostro de Cayetano, y añadió en el mismo tono:

-... y ahora te ofrezco más coñac. Tienes la copa vacía.

-¡Eres un tío desesperante! -respondió Cayetano.

Carlos se había levantado y servía coñac en ambas copas.

-Distinto de ti, solamente. Me dedico a analizar a los demás. Es muy entretenido.

Le tendió la copa llena de coñac.

-Pero, como entretenimiento, no está al alcance de cualquiera. Tú, por ejemplo, no podrías hacerlo. Para ti los hombres son como bloques que se conducen de una manera fija y que te permiten obrar. Si, de pronto, uno de ellos cambia de conducta, te molesta, porque tu conducta tiene que cambiar también. Concibes a las gen: tes como máquinas bien engrasadas, pero si una de ellas responde de manera inesperada, te sobresaltas y haces tonterías, pegas a Rosario y vienes a mi casa con la pretensión de que te confiese que me he acostado con ella. Yo, en cambio, prefiero averiguar las causas... Ahora, por ejemplo, intento saber por qué has venido a mi casa. ¡No espero que me lo digas, porque tú mismo lo ignoras! Pero esta noche la pasaré dándole vueltas a la cabeza, a ver si logro reconstruir el proceso que te ha traído aquí. No es muy fácil, palabra. Por lo pronto, necesito explicarme satisfactoriamente varias contradicciones en tu conducta. El motivo que te trajo no parece revelar una gran seguridad, y, sin embargo, desde tu llegada aquí, te has dominado como un *gentleman* lo haría. No lo entiendo.

Se echó atrás en el sillón y respiró fuerte.

-¡Qué felices son los hombres como tú! Si una mujer se porta de manera inesperada, con una paliza se resuelve. Yo, en cambio, me pasaría horas y horas intentando averiguar por qué Rosario...

-¡No hablemos más de Rosario! -replicó, exasperado, Cayetano.

-¡Como quieras! Creí que podría ayudarte a que la comprendieses.

Sobrevino el silencio. Cayetano daba vueltas a la copa; Carlos fumaba.

-Eres un tipo raro -dijo por fin Cayetano-. No tienes más que labia, pero sabes valerte de ella. Estoy convencido de que no tienes razón, de que no has hecho más que envolverme con palabrería, pero la verdad es que me has envuelto. Ya ves que lo confieso. Tienes lo que a mí me falta.

-Bien poco, ¿no? Si tú tienes lo demás...

-Lo tengo, pero' todo es necesario. Y un tipo como tú puede ser muy útil. Hay gente muy marrullera, lo mismo en la política que en los negocios, y para defenderme de esa gente, o para convencerla, me veo en la necesidad de romper por la calle del medio, y muchas veces, por eso mismo, no saco todo el partido posible. Me hacía falta un tipo como tú. Te sacaría diputado.

Carlos se echó a reír.

-¿Yo? ¿Diputado yo? Lo fue mi padre, y lo mandó a paseo.

-El otro día, cuando te ofrecí un puesto de médico, cometí un error. Ya ves que sigo confesando mis equivocaciones. Lo que ahora te ofrezco es una alianza. Los dos juntos haríamos grandes cosas.

-Quieres decir, más exactamente, que tú, con mi ayuda, harías grandes cosas.

-Sabría compensarte.

-¿Con qué?

-Dinero, poder.

-¿Es eso lo que quieres para ti?

-Ya lo tengo, pero necesito más. Ahora mando en Pueblanueva. Un día mandaré en toda la industria gallega, y otro día...

-No me interesa.

-Un día seré ministro. No tardará muchos años. Las próximas elecciones las ganaremos nosotros, y el país cambiará. Vamos hacia un estado socialista, y en él yo seré algo muy importante. Tendré más poder todavía y seré agradecido con los que me sirven.

-Pero ¿es de veras el poder lo que te interesa?

-Claro.

-¿Para qué?

-¿Para qué? ¿Me lo preguntas? Para lo que lo quiere todo el mundo. El poder es lo único que vale la pena.

-¿Más que el placer?

-¡Desde luego! -le brillaron los ojos y sonrió desde muy arriba-. El verdadero gusto que se saca de las mujeres es dominarlas, poder con ellas. Para lo demás, no hacen puñetera falta.

Carlos se levantó, metió las manos en los bolsillos y fue hacia el fondo de la habitación. Se volvió de pronto. Había en su rostro una fingida expresión de asombro.

-¿Me permites que hable durante un rato? Sin interrumpirme, quiero decir, por raro que te parezca lo que diga. Y, sobre todo, sin tomarlo a

mal. Yo soy médico, y al médico se le escucha siempre, aunque desagrede su diagnóstico.

Cayetano frunció los labios delgados, parpadeó.

-Di lo que quieras.

-No voy a diagnosticar, sin embargo, sino a describir. El poder es distinto para el que lo ejerce, para el que lo sufre y para el que lo contempla. Yo estoy en el último caso, y lo que veo del tuyo difiere de lo que ves, tanto, al menos, como difiere para tus queridas o para tus lacayos. Para mí, lo que llamas poder, tu poder, es un juego de ilusión y picardía entre el que manda y los que obedecen. Hay una especie de pacto tácito entre tus súbditos, en virtud del cual se dejan dominar para aprovecharse. No pongo en duda que te acuestes con la mujer que te dé la gana, pero tampoco creo que ella sea víctima de una seducción, sino, simplemente, una mujer que se entrega voluntariamente para sacarte algún beneficio. Todas ellas lo han sacado, y los hombres que te obedecen, lo mismo. Pero en cuanto una, o un grupo de ellas, se propone lo contrario, lo consigue. Ahí tienes las beatas que van al monasterio. No puedes nada contra ellas.

-¿Las beatas? ¿Esas cursis que van a misa con la boticaria? -reía Cayetano otra vez con risa altiva, ofensiva y segura-. ¡No me acuesto con ellas porque no quiero... -hizo una pausa, cambió de tono- y mientras no quiera!

-Eso hay que probarlo. Mientras tanto, existe el hecho evidente de que, ellas al menos, escapan a tu poder. Pero no es esto solo. Aun en el caso del hombre o la mujer a ti sumisos, ¿hasta dónde alcanza tu voluntad? ¿Qué es el número de actos sobre los que tú mandas, comparado con el de sus actos libres? Cuenta entre ellos el odio, la burla interior, el resentimiento contra ti por el solo hecho de obedecerte. Asomarse a la conciencia de un esclavo es aterrador, y asombra cómo la esclavitud favorece el ejercicio libre de la maldad.

-Todo eso me regocija y me hace sentirme más poderoso. ¿Eres capaz de comprender la satisfacción que siento cuando uno que me mataría de buena gana me besa la mano? Lo prefiero a una buena hembra.

-Lo que no comprendo es que eso cause satisfacción.

-En el fondo no eres más que un moralista. Tú te pones ahora de parte de los esclavos, pero no olvides que tus abuelos mandaron aquí más o menos como mando yo. Hicieron lo que yo hago, y habrán sentido lo que siento. Condenándome a mí, los condenas a ellos.

-Es distinto. Ellos habían heredado el poder, era casi su obligación. Tú, en cambio, lo has ganado a pulso.

-Por eso me siento superior. ¿Qué mérito hay en el poder heredado?

-No me preocupa el mérito, sino otra cuestión. ¿Por qué un hombre siente necesidad del poder?

Miró interrogativamente a Cayetano, como brindándole la ocasión de responderle, y Cayetano se sintió empujado por la mirada.

-Todos los hombres desean mandar, pero unos lo consiguen y otros no.

-Pero ¿por qué? ¿Qué hay en el alma de un hombre que necesita mandar? ¿Qué pasa en el alma de esos seres que son felices si mandan, y que sólo así pueden ser felices? ¿Lo has pensado alguna vez?

-Es como si me preguntaras por qué, cuando pasa una mujer estu-
penda, tiene uno ganas de llevársela a la cama. Es lo natural.

Carlos meneó la cabeza negativamente.

-No es precisamente eso. Puede ser natural en ciertos hombres, pero del mismo modo que lo son las enfermedades. El apetito de mando es una enfermedad.

A Cayetano le dio la risa.

-Entonces todos estamos contagiados de ella.

-Es posible, pero no por eso deja de ser enfermedad.

Cayetano no respondió. Paseó un rato en silencio. Un par de veces pareció que iba a decir algo. Por fin volvió a la chimenea.

-No creo una palabra de lo que dices.

-No puedes creerlo, porque te obligaría a cambiar los fundamentos de tu vida.

-¿Estás, pues, convencido de que soy un hombre débil?

-Lo somos todos. La raza de los hombres fuertes desapareció hace mucho tiempo, para serlo, es necesario que un sentimiento superior haga de todas las partes del alma un bloque compacto sin una sola grieta, y, sobre todo, que la conciencia no se autoanalice, que halle al mal una justificación o, al menos, que acepte una forma de perdón. La conciencia de culpa es destructora. El que carece de ella, o el que admite la realidad del perdón objetivo se libra de sus efectos. Pero, en nuestro tiempo, esas formas de alma son escasas, o se dan sólo en hombres primitivos e insignificantes. Sabemos demasiado, y no podemos escapar al saber de nosotros mismos, por mínimo que sea. En cualquier periódico halla el hombre vulgar la denuncia de sus defectos. Por otra parte, hemos perdido defensas contra el mal. Difícilmente un hombre puede hoy creer que sus manos sólo hacen bien, porque el mal es evidente. Entonces, se acude a las justificaciones sonoras, en que no creen más que los imbéciles. Se hace mal en nombre de cosas sublimes, en nombre de la humanidad futura, en nombre del bienestar, de lo que sea; pero el que lo hace, cuanto más grande y poderoso sea, más necesita engañarse a sí mismo, convencerse de que cree en aquello que le sirve de justificación, porque en el momento en que deje de creer le comerán los monstruos de su propia alma. Quítales la acción, déjalos a solas consigo mismos, y verás cómo se destruyen.

Dejó caer los brazos, que habían acompañado, con sus movimientos,

las palabras, y añadió:

-No hay opción: o engañarse, como tú, o hacer cara a la realidad y perder toda posibilidad de acción, que es lo que yo hago. Por eso no podemos aliarnos. No lograrías arrastrarme, y yo, en cambio, te predicaría a cada paso sermones como éste, que acabarían contigo.

-No creo una palabra de lo que dices -repitió sordamente Cayetano-. Y no puedo discutirte, lo comprendo, porque me falta tu labia. Pero...

Se aproximó a Carlos, erguido, con un comienzo de sonrisa en los rincones de los labios, con un brillo nuevo en los ojos. Le puso la mano sobre el hombro y sonrió francamente hasta acabar en risa.

¡Ya verás! Antes dijiste que soy un hombre de acción. Es cierto. No puedo demostrarte que estás equivocado más que así..., ¡y te lo demostraré!

Carlos inclinó levemente la cabeza.

-Equivocarse es lo peor que puede pasarle a un intelectual, pero, mi palabra, amo tanto la verdad, que la reconozco aunque haya de confesarme vencido. Sólo pongo una condición: ¡que no me defraudes otra vez! Nada de palizas a Rosario. Juego limpio...

-Pero con mis armas.

Todavía bebieron la última copa. Volvió Carlos a alumbrarle el camino, le acompañó hasta la puerta, y esperó a que el coche arrancase. Entonces, Paquito se acercó a Carlos, por detrás, y le preguntó algo.

-¿Se han pegado?

Repitió la pregunta, una, dos veces. Carlos no le respondió. Con el quinqué en la mano, miraba al fondo de la vereda.

Madrid, mayo-octubre de 1956

Índice

<i>Prólogo</i>	2
I	19
II	30
III	42
IV	54
V	80
VI	100
VII	113
VIII	123
IX	136
X	157
XI	185
XII	218
XIII	236
XIV	256
XV	291
XVI	306